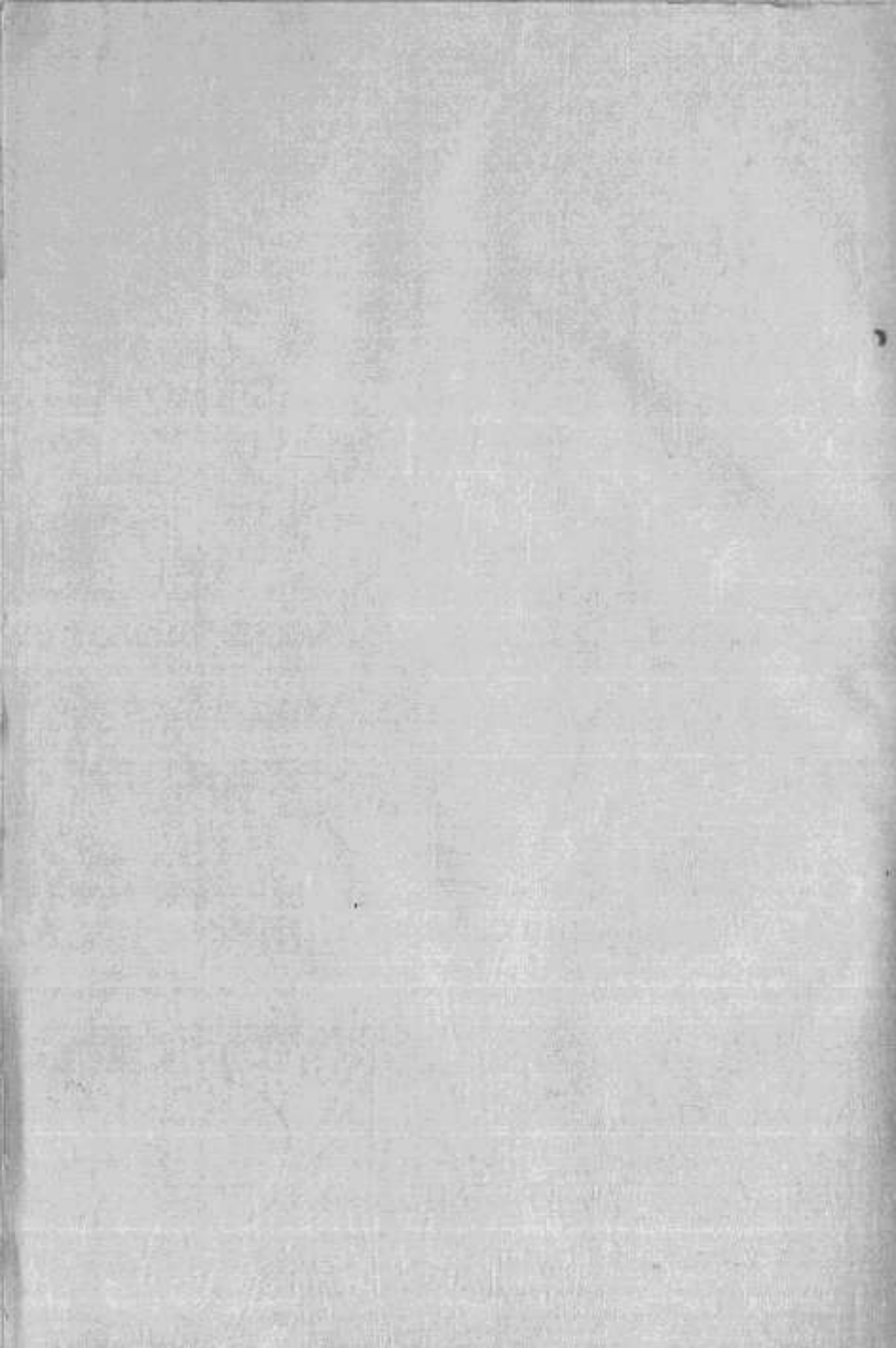


ATV

106





**EL REY DE LOS CARLISTAS.**

**REVELACIONES DEL GENERAL BOET**

SOBRE LA GUERRA CIVIL Y LA EMIGRACION.

CARTAS ESCRITAS

A El Diluvio de Barcelona

por

**Luis Carreras**

*2.<sup>ª</sup> Edición, corregida y aumentada*

.....  
**TOMO PRIMERO.**  
.....

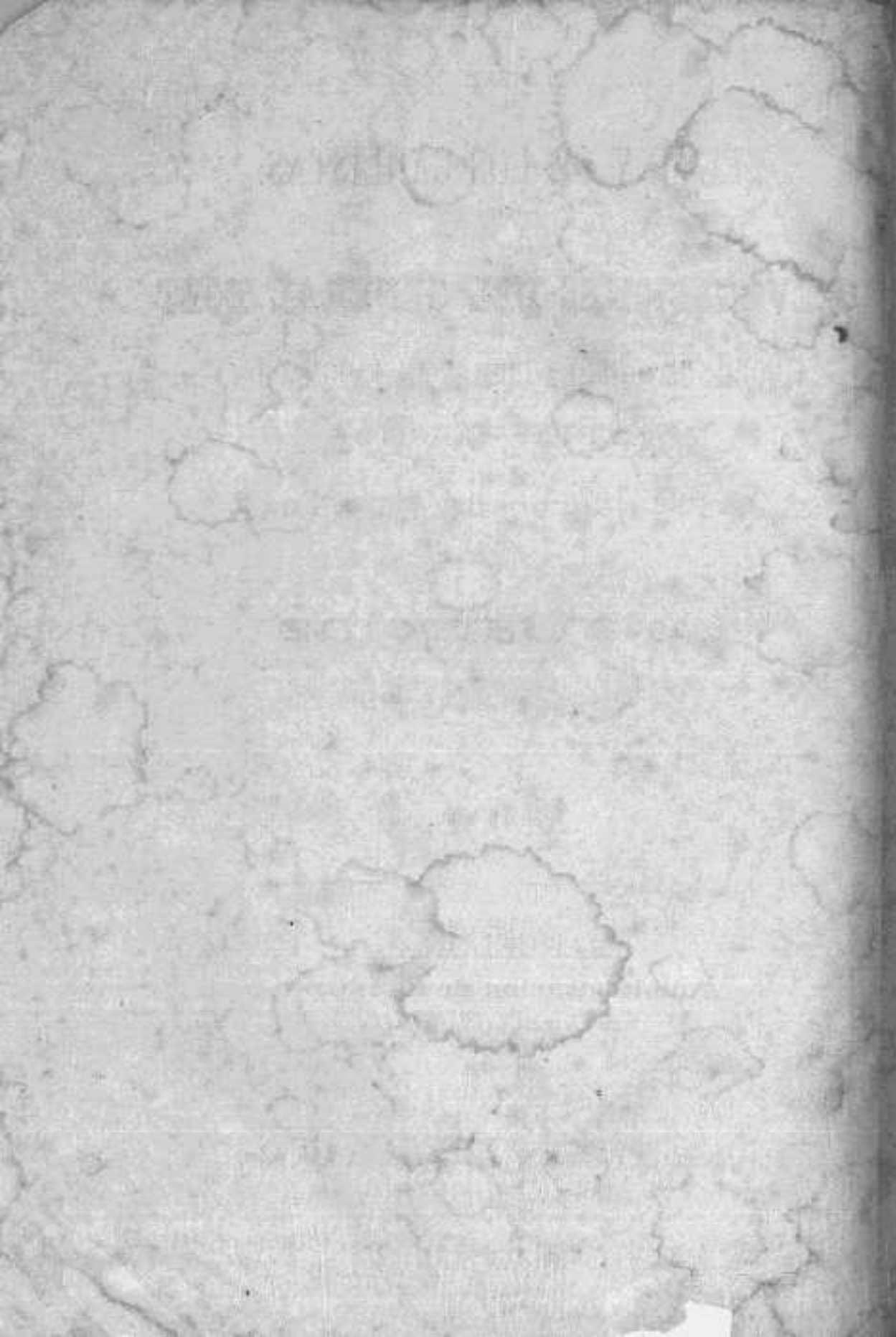
**BARCELONA:**

**Administracion de El Diluvio,**

**PLAZA REAL, 7, BAJOS.**

1879

Imprenta de EL PRINCIPADO, Escudillers Blanches, 3 bis, bajos.



H. 9359  
R. 36540

ATV  
106

# EL REY DE LOS CARLISTAS.

Revelaciones del General Boet

SOBRE LA GUERRA CIVIL Y LA EMIGRACION.

CARTAS ESCRITAS

A EL DILUVIO DE BARCELONA

POR

LUIS CARRERAS.

2.<sup>a</sup> Edicion, corregida y aumentada.

~~~~~  
TOMO PRIMERO.  
~~~~~

**BARCELONA:**  
LIBRERIA DE  
GASPAR Y HOMDEDEU.  
*Daguerla, 2.*

**MADRID:**  
LIBRERIA DE  
LEOCADIO LOPEZ,  
*Cármen, 3.*

1880.

# EL REY DE LOS CARLISTAS

Revoluciones del General Bona

CON LA HISTORIA CIVIL Y LA ECONOMÍA

CARTAS ESCORTAS

DE BARCELONA

Es propiedad y quedan cumplidos  
los requisitos de la ley.

JUAN CARLOS

Editor: Carlos y sucesores

ESTADO LIBRE

W. E. B. DUBOIS  
1868-1935

MANEJADO  
POR  
JUAN CARLOS

1868



# PRÓLOGO.

## DON QUIJOTE DE LA MANCHA y don Carlos de Borbon.

Al estudiar el *QUJOTE*, muchas veces, admirado de la originalísima concepción de esta obra, me ponderaba su carácter excepcional diciéndome: que si remontásemos á su principio filosófico para aplicarlo á ideas contemporáneas, y producir otro libro de la misma indole: sería tan difícil hallar un tipo raro y nuevo, que de un modo propio, equivaliese á aquel, que ni posible era conceptuar de qué modo lo lograría el ingenio mas privilegiado.

En efecto *D. QUIJOTE* es la feliz personificación de una idea anticuada, que de repente aparece en medio de una nueva sociedad, formando con esta un contraste tan chocante, que produce las escenas mas originales, mas interesantes y cómicas. Aunque el siglo XIX no carezca de ideas arcaicas; pues el absolutismo, ya se llame carlismo en España, ya legitimismo, é imperialismo en Francia, ya despotismo en otras partes, figura como la mas importante de ellas; me parecia á mi que era poco menos que imposible personificarlas en un hombre, que reuniese las extraordinarias condiciones de los principios que habria de simbolizar, y de las genialidades de la época actual donde debería vivir; y que por lo singular, por lo chocante, por lo lógico, por lo trastornado y disparatado del conjunto fuese tambien un tipo maravilloso, cómico y excepcional, y formase de un modo nuevo y razonado el *D. QUIJOTE* de este siglo.

¡Cuál no fué mi sorpresa cuando oyendo las confidencias de Boet, reconoci que este problema literario, que yo tenia por tan difícil, la naturaleza, la misma naturaleza lo habia resuelto en la persona de *D. Carlos!* Si, el héroe del *As de oros* con sus trasnochadas ideas ab-



solutistas, con su excepticismo y supersticion, con su sandez y fatuidad, con su groseria, su corrupcion y brutalidad es el tipo mas completo, mas extraordinario y destacado que haya producido modernamente la naturaleza, ayudada de una idea politica anticuada, como el despotismo; de una pésima educacion, y de esa coincidencia de circunstancias y costumbres actuales que deforma inevitablemente á aquellos hombres, que tienen un concepto falso de si mismos, de la humanidad y del siglo.

Aunque entre D. QUIJOTE DE LA MANCHA y D. CÁRLOS DE BORBON haya la diferencia que aquel es un mentecato valiente y generoso, y el otro un mentecato cobardo y vil; esto mismo prueba la gran originalidad del tipo de D. Cárlos; pues asi como las virtudes de aquel dependen de la gran idea que lo trastorna, y del carácter religioso y heróico de la época; las bajezas y vicios de éste dimanen de la infame idea absolutista que representa, y del carácter excéptico e industrial de nuestro siglo. De ahí que sea fundada la extraordinaria originalidad de D. Cárlos, y la comparacion que de él hago con non QUIJOTE.

La accion de la obra de Cervantes tiene un sello tan nuevo como el héroe, porque como se verifica entre un hombre y toda la sociedad, es vasta, sorprendente, variada y maravillosa. Empero la accion de la vida de D. Cárlos tiene un sello no menos extraordinario y vasto, porque como se realiza con el auxilio de los carlistas, y en medio de una sociedad mas adelantada que ellos; aunque por el contraste que hace con el estado de nuestra civilizacion, se parezca á la accion del QUIJOTE; por el gran acompañamiento de secuaces españoles, y por los adictos y similares extranjeros que rodean á D. Cárlos, se distingue de la de Cervantes, cuyo héroe carece de este séquito. He aqui, pues, como la accion del héroe del *As de Oros* es tan original y grandiosa como la del héroe de la *Mancha*.

Pero entre el libro del *Quijote* y el del *Rey de los Carlistas* hay una gran diferencia que demuestra la inmensa superioridad del primero. Este es una *creacion satírica*; y el otro una *sátira política*, basada en la historia intima de D. Cárlos y el carlismo. Cervantes, apoyándose en la realidad, la imaginacion y el arte, hizo una novela extraordinaria; y yo apoyándome en el arte y la verdad mas estricta, he referido lo que un testigo ocular me ha contado. El QUIJOTE dimana de la experiencia, de la ciencia y genio de su autor; y el REY DE LOS CARLISTAS dimana de la historia, y de la casualidad

de haber querido darla á conocer quien la sabia de coro. Aunque este libro no tenga precedentes en la moderna, ni en la antigua literatura, la excepcion depende de que antes de ahora no hubo un hombre que estuviere interesado, como el Sr. Boet, en revelar los secretos de un carácter tan estrafalario como D. Carlos y de un partido tan cómico y odioso como el de este.

No seria extraño que algunos lectores cavilosos se preguntáran si los vicios de D. Carlos son verdaderamente hijos del despotismo y del carácter personal, ó tan solo de este. A ello contestaré que la historia demuestra que provienen de ambas cosas, pues por buen carácter que haya tenido un hombre, el poder absoluto lo ha siempre desmoralizado y corrompido. Aunque la naturaleza y la educación contribuyeran mucho á hacer de D. Carlos una figura monstruosa de bellaqueria y ridiculez; la causa mas eficaz han sido los principios absolutistas de que está empapado; los cuales trastornándole la cabeza, le han convertido en un delirante de fatuidad y corrupcion. Sin las ideas políticas, D. Carlos hubiera sido un tronera cursi que hubiera hastiado á los hombres mas crapulosos; pero la representacion del despotismo lo ha elevado á una figura odiosa y grotesca, que no es posible mirar sin aversion, y careajadas.

Asi pues, D. Carlos personifica uno de los extravios mas grandes del entendimiento humano, con todas las consecuencias morales que puede causar; D. Carlos es el absolutismo con sus pretensiones sobrenaturales; con sus infulas de genio superior é infalible; con su trato orgulloso y duro; con sus ideas de avasallamiento humano; con sus principios de derecho divino; y con todas las necedades, con todas las ridiculeces, vicios, brutalidades y vilezas que infaman y cubren de vis cómica la vida de la gente que, creyéndose de origen divino, vive como superior á los demás hombres.

Examínese la historia de los déspotas que han existido y aun existen, y se hallará infestada de los vicios, y empapada de las ideas de D. Carlos. Napoleon I llegó á violar á sus mismas hermanas; pegaba á su esposa, y creia que esta debía alegrarse de sus deslices, porque era un hombre superior á toda ley moral; y aquellos déspotas que no han violado á sus hermanas, han cometido otras bellaquerias no menos asquerosas.

D. Carlos es el prototipo, el *Quijote* verdadero de todos estos monstruos. Napoleon I disimulaba con el genio militar y político su grotesco orgullo, su profunda corrupcion y repugnante hipocresia:

los demás despotas de genio se han levantado sobre sus ridiculeces é infamias por los mismos medios; y muchas de las nulidades, que forman el resto de los soberanos despóticos, han procurado embellecerse un poco, rodeándose de un aparato y etiqueta que les hiciesen respetables. D. Carlos, que no solo carece de genio, sino hasta de sentido comun; no ha podido encubrirse como los despotas de genio; y habiendo nacido y vivido en el destierro, no ha sabido evitar que su necedad y crapulosas costumbres se desarrollaran extraordinariamente, haciendo de su persona el tipo cómico por excelencia de los absurdos, de las groserias, ridiculeces y cenagosos vicios del absolutismo político.

En toda la edad moderna no hay un príncipe que ofrezca, como él, un cúmulo tan grande de imbecilidades, de bajezas, de rasgos grotescos, de actos corrompidos y de bufonadas extraordinarias; y es necesario bajar hasta la decadencia del imperio romano para hallar quien le iguale en todos estos conceptos. D. Carlos es la imagen mas grandiosa y sublime de la insensatez, de la inhumanidad, de la cobardia, de la impudencia, de la ridiculez, de la inmoralidad y de la infamia del absolutismo; y si Aristófanes y Cervantes existiesen, no hubieran dejado de retratarlo en alguna obra inmortal.

Quizá sea oportuno decir que parte tiene en esta obra el señor Boet, y cuál sea la mía; pues no falta quien ha supuesto que las cartas eran de aquel, aunque se hubiese ya publicado una serie con mi nombre. El Sr. Boet no tiene en la concepción, composición y redacción de las cartas la mas leve parte directa, ni indirecta, habiéndose reducido su papel á referirme someramente los hechos, ya por orden cronológico, ya á la ventura. Con estos datos se podia hacer, ordenándolos bien, una honita historia, corta y muy curiosa, de la vida íntima de D. Carlos y el Carlismo. Pero como no me propuse escribir una historia, en el sentido que se dá á esta palabra, sino hacer una reconstrucción exacta de las escenas, á fin de poner en mas evidencia lo horrible y bufon de D. Carlos y su partido; tomé las breves esplicaciones de Sr. Boet por base de mis trabajos, y unas veces preguntando por detalles, y otras pidiendo documentos, pude describir los hombres y las cosas del Carlismo de modo que tuviesen un sello verdaderamente histórico y produjesen un fuerte contraste satírico.

El Sr. Boet me secundó en esta tarea, haciendo los mayores esfuerzos de memoria para acordarse de las ínfimas particularidades



que le pedía; confiándome cartas y otros papeles de las personas que había de retratar; y sobre todo comparando detenidamente la impresión que le causaban mis manuscritos con lo que recordaba de las escenas que describían. Su opinion fué siempre que los que han conocido á los retratados, ó han asistido á las escenas no podrán menos de reconocer la exactitud de la reconstrucción. El señor Boet ha exclamado varias veces leyendo los manuscritos que le parecía hallarse de nuevo en las ocasiones que leía, y oír á los que hablaban. Ignoro si los demás enterados serán de su parecer; aunque sé que muchos ya opinan como él respecto del carácter de don Carlos y de otros personajes.

Si en la parte militar de las *Revelaciones* los que conocen mis escritos militares hallan alguna semejanza entre las ideas que pongo en boca del Sr. Boet y las mías, tanto respecto á crítica de operaciones, como á organizacion; no lo atribuyan á un abuso mio, porque no es más que una coincidencia casual. En gran número de cuestiones militares nos hemos hallado ambos conformes, sin que uno pudiera sospechar de la sinceridad del otro, porque mis trabajos se habían publicado antes de conocer al Sr. Boet, y este se había servido ya en Cuba y el Centro de muchas ideas, y había tomado apuntes que me comunicó. Hago esta aclaracion para que se comprenda que las opiniones que Boet emite en las *Cartas* son suyas, aunque muchas figuren ya en trabajos míos anteriores de algunos años.

En esta edicion se hallarán algunos puntos mas desarrollados que cuando las *Cartas* aparecieron en el diario barcelonés. Las condiciones del libro son diferentes de las de un diario, desde las tiránicas leyes canovistas que ahora oprimen al periodismo, y á veces se ha juzgado prudente contener la pluma, ó hacer algunas supresiones, a fin de no chocar con la suspicacia tiberiana de un fiscal. Sin embargo los nuevos desenvolvimientos lejos de alterar el carácter de la primera edicion, muchas veces lo completan. Terminaré estas lineas advirtiéndole que esta obra viene á ser la segunda parte de las *Cartas* publicadas con el título de *EL REY DE LOS CARLISTAS: D. CARLOS, EL TOISON Y EL GENERAL BOET*, y que por consiguiente es necesario el conocimiento de este opúsculo para comprender muchos pasajes de la nueva obra.

Milan y Enero de 1880.

## El Carlismo.

---

*Milan 6 de Junio de 1879.*

Durante el curso de las conversaciones que el Sr. Boet se sirvió tener conmigo sobre el asunto del Toison, mi interlocutor hablaba frecuentemente de cosas que no cabían en aquel tema, las cuales eran tan originales y curiosas, que un día le dije: «Si mis visitas no le molestarán á V., desearía que terminado el trabajo que estoy escribiendo, me hiciese el obsequio de repasar conmigo todas las noticias que no habré podido referir, para emprender otra série de cartas, donde se viese á D. Carlos en un cuadro mas vasto, y no menos interesante que el de ahora. Páreceme que seria conveniente describir á grandes rasgos la parte filosófica é íntima de la última guerra civil de España, y lo que no hubiésemos dicho de la emigracion; pues así se conocería mejor al pretendiente y á su partido; y los que trabajamos para impedir que levanten jamás la cabeza, al menos de un modo potente, nos hallaríamos en mejor estado de atacarlos y destruirlos.»

El general me contestó: «Todo lo que le he referido hasta ahora, y lo que incondicionalmente continúe refiriéndole, es propiedad de V. Si conoce que muchos datos no caben en las cartas del Toison, por impedirlo lo índole de estas, dispuesto estoy siempre que guste á hacer un repaso general, pues lejos de molestarme las visitas de V., me complacen, porque me dan lugar de decir

al público muchas cosas, que entiendo son patrióticas y humanitarias. El carlismo, señor Corresponsal, ha de desaparecer, no solo porque lo capitanea una familia indigna de estar al frente de cualquier partido, sino porque es una rémora de nuestra civilización y de nuestro restablecimiento político.

Mientras haya carlismo, habrá en España masas ignorantes; eclesiásticos batalladores; aventureros latro-políticos; conspiraciones fanáticas, y guerras civiles cansadas, estériles é inhumanas. El carlismo dificultará siempre todo adelanto político, económico y social; maleará el régimen parlamentario; enturbiará la libertad religiosa; perturbará el desenvolvimiento de la vida municipal y provincial; atrasará el vuelo de nuestra agricultura, industria y comercio; envenenará el estado de las familias; obstruirá el curso de nuestra marcha científica, literaria y artística; nos impedirá fortalecernos y desarrollarnos, y nos tendrá relegados á esa categoría de nación decaída, débil, inerme, que por su causa ahora tenemos, debiendo mirar en silencio y con la mayor humillación, lo que en Europa se hace, á pesar de que nuestra posición peninsular y colonial, nuestra historia, nuestra lengua y temperamento nos destinen á representar un papel algo lucido, aunque no seamos ya la gran potencia militar de los siglos XV y XVI.

Si el carlismo, prosiguió el Sr. Boet, fuese verdaderamente un partido de ideas, un partido nuevo, un partido de intereses nacionales, sería infame destruirlo, porque se privaría á España de un elemento que la animase y robusteciese. Pero el carlismo no es mas que una agregación de intereses egoístas, de vanidades repugnantes y de rutinas seculares, que nos debilitan y empobrecen. Los curas no se proponen mas que sujetar la nación á un despotismo teocrático, á fin de renovar aquellas épocas fetichistas, donde mandaban como soberanos en la familia y los municipios pequeños; y tener la hinchada satisfacción de que al pasar por la calle los chicos corran á besarles la mano; los ciudadanos se les quiten el sombrero con una sonrisa servil; los alcaldes de monterilla se dejen gobernar de ellos; los padres y madres les consulten sus asuntos domésticos, y sigan docilmente su parecer; y los moribundos ricos les distribuyan parte de su hacienda. No crea V. que sea la libertad



de cultos y el régimen constitucional en sí mismos lo que les haya irritado; pues en otras épocas toleró la primera, y en general la ha tolerado muy campechanamente, siempre que lo ha creído necesario, ó prudente; y muchas veces defendió con gran tenacidad la libertad constitucional, en una ú otra forma, demostrando que es mas partidario de ella que del absolutismo.

Lo que los curas han atacado en la libertad de cultos y en el constitucionalismo es el peligro de perder la influencia de que gozaban; sin ver que de este modo la han perdido inevitablemente, poniéndose en frente de la sociedad, que no solo se ha disgustado de su conducta, sino que se ha divorciado de ellos. Por esto no son los curas de los españoles católicos, sino los curas de los carlistas, y cuanto mas hacen por el carlismo, mas pierden como ministros sagrados. Hay sin duda eclesiásticos que no se dan cuenta de aquella diferencia; y que penetrados de un temor infundado sobre los destinos de su culto, buscan en el triunfo del Pretendiente una verdadera defensa religiosa. Pero no sé como pueden conservar estas ilusiones, despues de los rudos desengaños que han llevado durante las luchas carlistas. ¿A qué eclesiástico de buena fé, se le puede ocurrir, por ejemplo, que las hordas de Savalls defendian el catolicismo? Allí no habia mas que una turba multa de blasfemos, que de lo que ménos se ocupaban era de religion. ¿Qué eclesiástico sincero puede imaginar que hombres como Cucala eran defensores del catolicismo, ni de otro culto? ¿Y Dorregaray, y yo mismo, cuando hemos dado algun indicio de tal desvario, ni la han dado nuestras huestes del Centro? No hablemos de D. Carlos, porque este era mas enemigo de la religion, que los materialistas mas apasionados. Los carlistas que en la última guerra defendieron el catolicismo, hoy ya se han separado del partido, todo desengañados y tristes.

Sean francos los curas intransigentes, y digan con llaneza lo que verdaderamente piensan y quieren; manifiesten sin rebozo que su objeto no es religioso, sino profano; que no se preocupan de los intereses del culto, sino de los suyos propios; que no anhelan que luzca el catolicismo, sino que resplandezcan ellos; y que á trueque de alcanzarlo, están dispuestos á apoyar eternamente á un hombre tan descreido como el Pretendiente; y á alis-

tarle la canalla mas corrompida é inmunda del país. Pero los buenos, los desinteresados, los piadosos, haganse por Dios, superiores á su preocupacion; miren á su rededor; vean lo que han logrado, y salgan á toda prisa de un camino por el cual conducen á la ruina la institucion que anhelan salvar. ¿Qué sacó el clero de la guerra del 35? La pérdida de los conventos y de gran parte de su prestigio social. ¿Qué ha sacado de la del 70? Otra pérdida del respeto que aun inspiraba; pues hoy en dia el país desconfia de él, como de enemigos encarnizados. Es cierto que han logrado contener y reducir la libertad religiosa; pero no pueden ignorar que la victoria ha sido estéril; pues lo poco que ganaron en la esfera legal, lo tienen ya perdido en la social, donde aquella libertad no infundé temor á nadie, é inspira entusiasmo á muchos.

Yo creo, señor Corresponsal, que el clero abrirá un dia los ojos; y conociendo el verdadero carácter de don Carlos; la parte buena lo abandonará, escogiendo mejores y mas humanos medios de defensa religiosa; y que si la parte mundana y guerrilleresca no se enmienda, caerá definitivamente bajo el peso de la masa del sacerdocio, que no querrá tolerar mas que algunos centenares de ministros profanos, ambiciosos y sin escrúpulos, echen á perder para siempre en España las creencias católicas que aun quedan. Si me equivocare... no tardará muchos años en arrepentirse.

¿Y qué se proponen hoy en dia los seglares carlistas? ¿qué idea, ni qué programa tienen? ¿qué esperan, ó en qué confían? Cuando se me colocó al frente del partido, hubo entre todos una voz unánime de que yo era la última esperanza; y ya le he enseñado á V. numerosas é importantes cartas, que lo corroboran del modo mas claro. Ahora que aquella esperanza está perdida, quedan reducidos á ser partidarios de sus propias ilusiones, y de los desvarios del Pretendiente. Lo único que hacen es dar importancia al mentecato y cobarde de D. Carlos, que se adorna con su adhesion para lucirla en las orgías de las baronesas de Samoyer que aun frecuenta, y en las conferencias que tiene con las madamas Hannover de París. Si alguien pregunta á los carlistas por la idea que defienden, no pueden contestar, sino que siguen á don Carlos; y si les replican que este ya es ahora el ludibrio y asco de toda Europa, no pueden justificar su vocacion.

ni siquiera diciendo que la dinastía carlista representa una idea nacional.

¿Qué son los carlistas en sí mismos? No son mas que hombres de armas tomar, sin recursos, ni dirección, ni programa. Los que no dicen pestes del Pretendiente, se abstienen de defenderlo; los que discurren algo sobre la política, saben que sus ideas son impracticables; los que están en la emigración, no esperan, ni pueden esperar sino miseria. ¿Son defensores de la religión? No, porque la mayor parte no se han preocupado nunca de ella. ¿Defienden la libertad? No, porque D. Carlos la rechaza, aunque lo disimule, consignándola en sus programas; lo cual sabe todo el mundo. El Pretendiente ha prometido á España unos fueros, como si hoy fuese posible restablecerlos en provincias donde se ha perdido la memoria de su ejercicio. Si la promesa hubiese sido formal, hubiera hecho lo que yo le aconsejaba, resolviendo prácticamente el modo de establecer la antigua libertad municipal y provincial en la situación moderna. Los carlistas que hoy están en la emigración, y los que dentro de España continúan siéndolo, no han sabido nunca, ni tampoco ahora saben de un modo bien claro, porque lo fueron y lo son. Unos lo han sido porque les gustaba la vida de guerrillero; otros porque estaban descontentos del gobierno que mandaba; otros porque lo eran desde el 35, que fué la época de positivas convicciones; otros porque esperaron hacer mas carrera; otros porque su mala índole hallaba campo en las perturbaciones de la guerra; y si muchos continúan en la emigración, ó en el partido, es tan solo por rutina, por amor propio, por compromiso y algunos por especulación.

Dígame V., pues, ¿qué cosa buena, útil, ni patriótica ha de esperar España del carlismo? ¿Puede esperar nuevas formas políticas? No. ¿Puede esperar poder? Menos. ¿Puede esperar honra y gloria? Tampoco. ¿Puede esperar ciencia, arte, industria, agricultura, influencia internacional? Nada de esto. Lo único que ha de esperar son homicidios y fratricidios, incendios, robos, violencias y saqueos, que no tendrán otro resultado que el daño que hagan al país. Los carlistas dejarán algunos centenares ó millares de hombres en el campo de batalla; los liberales otro tanto; y despues los primeros volverán á la emigración, ó á sus casas; allí á perecer de hambre y



frio con sus familias; y aquí á vivir odiados y maldecidos de sus conciudadanos. Tal es hoy en dia el estado y el porvenir del carlismo.

La única parte curiosa de él, es la inocencia y candor con que sirve de juguete é instrumento á los neo-católicos; quienes lo manejan con tanta habilidad y gracia; lo benefician con tanta sutileza y donaire, y lo trasquilan con tanta destreza y suavidad, que verdaderamente compone uno de los cuadros mas divertidos. Los neo-católicos, que aunque no creen en nada de moral, ni religion, defienden la moral y religion por su propio interés; se han apoderado del carlismo, y propiamente lo hacen bailar como les conviene. ¿Ha visto V. aquellos juguetes en forma de payaso, con los brazos y las piernas en resorte, para que las abran y cierren, tirándoles de un hilo? Pues lo mismo es el carlismo en manos de los neos. Cuando á estos les conviene que los carlistas abran los brazos, tiran del cordel; y ya tiene V. á todos estos con las piernas encogidas.

La gracia es tanto mayor, cuanto que hay carlistas que no quieren dejarse engañar de los neos; y conociendo el juego de estos, dan á entender que se burlan todas sus tretas, cuando la verdad es que son los primeros en servirlos y obedecerlos. Ahí tiene V. á *La Fé* de Madrid, órgano de los carlistas puros; y al *Siglo Futuro* diario oficial de los neo-católicos. Apenas pasa dia sin que *La Fé* arremeta al *Siglo Futuro* con los puños cerrados, denostándole y maldiciéndole, y *La Fé* no dá un paso en política sin el permiso y consentimiento del *Siglo Futuro*. ¿Quién cree V. que inspiró la organizacion religiosa que ha adoptado el carlismo? El jefe de los neo-católicos, D. Cándido Nocedal. Podria enseñarle á V. toda la correspondencia de él con D. Carlos, proponiendo y desarrollando el plan que ahora se sigue. ¿Se acuerda V. de aquellas peregrinaciones á Roma, compuesta de gente haraposa, que luego de llegar, habia de pedir auxilios á la embajada? El autor de ellas fué Nocedal; porque veria V. en sus cartas la indicacion de este resorte. De ahí que su hijo hiciese allí un papel tan grande. Los jubileos que despues se han celebrado en España; las romerías, las misiones de eclesiásticos vehementes y atronadores, todo esto es obra de los neo-católicos; es la ejecucion de su plan; es la conducta que siempre acon-

sejaron que se siguiese, como podría V. verlo en las cartas de su jefe; y los carlistas, aunque rabien, aunque muerdan el freno, aunque pataleen furiosamente, siguen y tendrán que seguir á los neo-católicos, que los llevan de las riendas por donde mas les conviene, ya á la derecha, ya á la izquierda, ya adelante, ya atrás, medrando á su costa, burlándose de su credulidad, engañándolos, despojándolos, llevándolos al degolladero, y celebrando despues entre carcajadas la esperanza y resignacion con que se han dejado desollar.

Así, pues, señor Corresponsal, acepto la idea que ha tenido V. de hacer otras cartas; y á este efecto le autorizo de nuevo para servirse de los datos que le he dado y le dé; aunque rogándole que antes de publicar lo que escriba, se tome la molestia de leérmelo, á fin de que tenga todas las condiciones de exactitud. Ahora presentaremos al público un espectáculo nuevo mostrándole á D. Carlos rodeado de las masas carlistas; lo cual producirá un contraste tan grande, que no es posible que deje de interesar. En una parte se verá la fé, la abnegacion y el entusiasmo de los buenos carlistas; y en otra la necedad, la inmoralidad y vanidad del Pretendiente; en el centro del cuadro destacará D. Carlos, ocupándose tan solo de placeres, de infamias, de intrigas palaciegas; y en el resto de él brillarán los carlistas trabajando sin descanso para darle el triunfo; sacrificando vida, intereses, familia y amor patrio, con una constancia admirable; y entre D. Carlos y sus masas resaltarán de un modo siniestro las aventuras mas trágicas y grotescas.

## II.

### De Cuba á Estella.

*Milan 8 de Junio de 1879.*

El general empezó su relacion de este modo: Al salir de Cuba á últimos de 1873, desembarqué en los Estados Unidos, donde permanecí algunos dias; y como soy algo observador, no pude menos de notar el contraste que ha-

sejaron que se siguiese, como podría V. verlo en las cartas de su jefe; y los carlistas, aunque rabien, aunque muerdan el freno, aunque pataleen furiosamente, siguen y tendrán que seguir á los neo-católicos, que los llevan de las riendas por donde mas les conviene, ya á la derecha, ya á la izquierda, ya adelante, ya atrás, medrando á su costa, burlándose de su credulidad, engañándolos, despojándolos, llevándolos al degolladero, y celebrando despues entre carcajadas la esperanza y resignacion con que se han dejado desollar.

Así, pues, señor Corresponsal, acepto la idea que ha tenido V. de hacer otras cartas; y á este efecto le autorizo de nuevo para servirse de los datos que le he dado y le dé; aunque rogándole que antes de publicar lo que escriba, se tome la molestia de leérmelo, á fin de que tenga todas las condiciones de exactitud. Ahora presentaremos al público un espectáculo nuevo mostrándole á D. Carlos rodeado de las masas carlistas; lo cual producirá un contraste tan grande, que no es posible que deje de interesar. En una parte se verá la fé, la abnegacion y el entusiasmo de los buenos carlistas; y en otra la necedad, la inmoralidad y vanidad del Pretendiente; en el centro del cuadro destacará D. Carlos, ocupándose tan solo de placeres, de infamias, de intrigas palaciegas; y en el resto de él brillarán los carlistas trabajando sin descanso para darle el triunfo; sacrificando vida, intereses, familia y amor patrio, con una constancia admirable; y entre D. Carlos y sus masas resaltarán de un modo siniestro las aventuras mas trágicas y grotescas.

## II.

### De Cuba á Estella.

*Milan 8 de Junio de 1879.*

El general empezó su relacion de este modo: Al salir de Cuba á últimos de 1873, desembarqué en los Estados Unidos, donde permanecí algunos dias; y como soy algo observador, no pude menos de notar el contraste que ha-



cia esta nacion con el pais que acababa de dejar, y con lo que aun recordaba de España. Allí veia ciudades populosas y espléndidas, gran número de edificios públicos de utilidad general, un movimiento extraordinario, mucho concurso de extranjeros de todos paises, y tipos de varias razas, en medio de una libertad extraordinaria, y sobre todo de un orden completo, sin prevenciones militares, ni una vigilancia aparente de policia, y con toda la independenciam de que es capaz un hombre civilizado.

Mirábalo todo con curiosidad y sorpresa, y no solo no podia cansarme de verlo, sino que hubiera deseado estar mas tiempo para darme mejor cuenta de aquel portentoso organismo, y de su no menos portentoso funcionamiento. Tenia mis sentimientos é ideas trastornados, y cada dia pensaba y sentia de otro modo. Me hubiera dolido en el alma no haber conocido un pueblo tan diferente de los que habia visto, é imaginado. Observaban aquel asombro los naturales del pais, con quienes me traté; y me preguntaban con benevolencia mi parecer. «Señores, decia yo; no puedo esplicarlo, porque estoy tan desconcertado, que aun no tengo la opinion formada. A pesar de esto, reconozco que me parezco otro hombre; que gozo de una satisfaccion que jamás conocí, y que me encuentro mas carácter y personalidad." Como supondrá V., esta respuesta les complacia mucho, y no dejaban de mostrármelo. «No es extraño, decian; porque aquí el hombre es verdadero dueño de sí mismo; pues quien cumple rectamente con sus deberes de ciudadano, dispone libérrimamente de sí mismo, sin peligro de que ni los particulares, ni las autoridades, le coarten sus derechos. En este pais todos podemos vivir á nuestro arbitrio; y escribimos, hablamos, aprendemos y procedemos con la independenciam mas completa. Lejos las autoridades de vigilarnos y vejarnos, solo procuran sernos útiles y servirnos."

Una de las cosas que mas me sorprendió fué no ver militares; y como mi carrera me movia á notarlo mucho, lo confesé así á mis interlocutores. «Cierto, me dijeron, que no vagan por la poblacion soldados y oficiales. ¿Pero ve V. esta calle, y la otra, y la de mas allá, y en una palabra, toda la ciudad? Pues á una señal de las autoridades, veria salir de todas las casas soldados y oficiales,

dispuestos á batirse por la patria; y si lo hacemos ó no, ahí está la última guerra que lo demuestra.”

Con esta magnífica impresion partí para España, y durante el viaje no pude olvidar aquel grandioso espectáculo de un pueblo viril, nuevo, activo y ordenado, donde todo parecia hacerse por sí mismo, y la gente vivía sin limitaciones autoritarias, ni perturbaciones sociales. Como iba á poner mi espada al servicio del carlismo, no pude menos de reflexionar; y aunque no supiese nada de política, por no haberme nunca ocupado de ella; ni cambiase de bandera por apasionadas convicciones, sino por recuerdos mal dormidos de la niñez, y por un deslumbramiento de la actualidad; con todo me turbé de que siendo tan bueno, como acababa de ver, un sistema verdaderamente liberal, me marchase á ofrecer la vida y espada á un hombre, que representaba el absolutismo mas riguroso.

«¿Qué extraños son nuestros destinos! Si yo hubiese visto algunos años atrás esos Estados-Unidos, no solo hubiera acabado de perder las ideas que mamé en la niñez, sino que sería un hombre muy diferente. Habia oído hablar con tanto desprecio de este país, ponderándose sus desórdenes y desmoralizacion, que estas opiniones han contribuido á desviarme; pero aunque ahora lo haya visto poco tiempo, y en su aspecto normal, me basta para conocer que un pueblo que vive ordinariamente así, no es capaz de las perturbaciones que me describieron. Allí habrá sin duda irregularidades y tumultos; funcionarios corrompidos, ciudadanos des-envueltos y ocurrencias trastornadoras. Sin embargo, si todo esto hubiese corroido, ó pudiese corroer, el organismo de la nacion; esta no viviria un momento del modo libre, animado y civil que he visto. Tambien se halla la irregularidad, la corrupcion, la desenvoltura, el trastorno y tumulto en los Estados que se gobiernan por leyes restrictivas; y ninguno goza de la vida, de la salud y bienestar sociales de los Estados-Unidos.”

Así llegué á España, y entré en las Provincias Vascongadas para presentarme al gobierno carlista. ¡Pero cuál no fué mi sorpresa al hallar allí algo de lo que acababa de admirar en la gran nacion americana! En medio de un país montañoso, lleno de agreste grandeza, y de silenciosa sublimidad, veia un cuadro hechicero de vida

y orden. Las cordilleras se unían entre sí, destacando picos inaccesibles, que remontaban unos sobre otros, y formaban perspectivas lejanas y misteriosas; y el cielo cobijaba extensamente aquellas inmensas masas, encerrándolas en una atmósfera azul, cuyos horizontes parecían aislados del resto del mundo. Circulaba un aire sano y restaurador, y se respiraba con desahogo y alegría.

Veíanse picos cubiertos de nieve, que brillaban fantásticamente á los rayos del sol, ó destacaban de un modo grave á la hora del ocaso; y los valles y colinas encantaban por el verdor de los sembrados y árboles. Todas las montañas estaban surcadas de caminos, y salpicadas de blancas casas, que despedían aseo y bienestar; por las cuestas vagaban perezosamente numerosos ganados, paciendo en pintoresca dispersión, bajo el cuidado de algún muchacho distraído, ó indiferente; en los campos se veían á las mugeres, solas, ó en cuadrilla, labrando, y cantando alegremente; y á cada momento aparecían numerosas carretas de víveres y municiones, tiradas por bueyes, que caminaban tardíamente; piquetes carlistas, que marchaban con paso y bizarría marciales; y andariñes que se deslizaban con agilidad y rapidez. A veces los andarines y los boyeros llamaban á las labradoras, ó estas á aquellos; y trababan breves y alegres diálogos, que yo no comprendía, pero que me parecían rebosar de esperanza y entusiasmo.

Como V. conocerá, estaba sorprendido y maravillado; pues me parecía imposible que en aquel territorio corriese una guerra civil encarnizada y general. «¿Qué es esto? me decía. ¿Cómo unas provincias, tan pequeñas gozan de este bienestar, aunque el enemigo ocupa sus capitales, é invade con grandes fuerzas sus regiones? ¿qué secreto tiene este fenómeno? Yo comprendería que hubiese entusiasmo bélico, por mas que el territorio estuviese yermo y asolado; pero lo que no comprendo es que, á pesar de la guerra, se viva tranquilo como en tiempo de paz, y se trabaje con tanta libertad y alegría.»

Este contraste me recordó lo que había visto en los Estados-Unidos; pues si bien había gran diferencia en la situación de ambos pueblos, hallaba en las Provincias Vascongadas algo, un no sé qué inexplicable, de lo que allí había observado. «Parece, me decía, que en esta tierra todo despide también seguridad é independencia,



laboriosidad y tranquilidad; y que los habitantes disfrutaban habitualmente de un orden tan bien constituido, que ni la guerra misma ha sido capaz de alterarlo. En todo el camino apenas he visto hombres trabajando, lo cual indica que están en el ejército; y sin embargo, nadie diría que sus brazos faltan, viendo estos campos tan bien cultivados y cuidados. Por todas partes circulan convoyes militares, y aunque ha de ser para esa gente un trabajo nuevo, es imposible dejar de admirar el orden con que lo hacen. Hé aquí un país donde las cosas parecen también hacerse por sí mismas, sin el impulso de ningún poder gubernativo, ni la vigilancia preventiva de la autoridad."

Llevado de esta sorpresa y encanto, varias veces me acerqué á las mujeres que cultivaban los campos; y con un pretexto cualquiera, entraba en conversacion con ellas, si sabían hablar el castellano. «Buenos dias, las decia. Parece que se canta con alegría y se trabaja de firme." Ellas entonces suspendiendo sus faenas, me contestaban muy sencilla y atentamente por boca de alguna anciana: «Buenos dias nos dé Dios, señor. ¿Cómo no hemos de cantar, si trabajamos con mas gusto que antes? Nuestros maridos y hermanos son á la guerra, que Dios los bendiga á todos; y nosotras los suplimos aquí, para mantenerlos y sustentarnos, sin perjuicio del rey, ni de nuestra hacienda; por que, señor, si Dios quiere que defendamos al rey Carlos con nuestra sangre, tambien quiere que le ayudemos con nuestros haberes; lo cual hacemos de muy buena gana, pues tanto pagamos los pobres como los ricos, y del mismo modo se bate el hijo de un gran señor, que el de un sencillo arrendatario. En nuestra tierra, señor, todos somos iguales; y no sucede como dicen que pasa en otras partes de España, donde todo cae sobre el pobre, dejando al rico libre y holgado. Esta es la verdadera ley de Dios ¿verdad, señor? Porque Dios no quiere que aquellos ricos á quienes colma de beneficios, dándoles tanta hacienda, que con sola ella haria la felicidad de más de cien familias pobres; se sirvan de lo que tienen para oprimir en las ocasiones aciagas á quien tiene ménos, ó no tiene nada. ¿Verdad, señor?"

«Habla V. con toda razon, contestaba yo; y así debe hacerse para que el pueblo esté contento." Entonces alguna otra anciana tomaba la palabra. «¡Oh! decia.

Nuestros diputados lo entienden, señor, y no le piden á nadie sino lo que le toca dar. No hacen como aquellos de Madrid que distinguen sin conciencia al pobre del rico, para abrumar al primero, y favorecer al último. Por esto estamos tan contentos de la guerra, y no perdonaremos nada para sentar á D. Carlos, nuestro rey, en el trono de sus mayores. Si hemos de hacer veinte años de guerra, la haremos; y si hasta los niños han de tomar el fusil, nosotras mismas se lo pondremos en las manos. Yo tenía tres hijos, señor, y todos son á la guerra, para defender á Dios y al rey; y si más tuviera, más enviara, porque yo y mis hijas bastamos para las faenas del campo. Dios quiere que los vascos y navarros nos sacrifiquemos; y así se hace; pues lo que Dios no paga en este mundo, lo paga en el otro; que así nos lo dice siempre el señor cura.”

«Yo, dijo una chica, tenía un novio, que quería casarse cuando empezó la guerra. Pero en vez de escucharle, le dije: toma el fusil, y ve á defender á su majestad divina y á su majestad humana; yo te seré fiel; y cuando termine la guerra, nos casaremos.”—«¿Y por qué no lo habías de hacer así? repuso otra moza. A tener yo novio, le canto la misma canción; y si hubiese pensado mas en amores que en combates, le dejo por otro, que fuese mas patriota. Hoy la gloria de una doncella es poder decir á sus compañeras: mi novio tambien es voluntario de Dios y de S. M. D. Carlos; tambien se bate, y ha asistido á la última batalla, donde mató á muchos *guiris*. Yo, es cierto que no puedo decirlo, porque aun soy muy jóven para enamorar; pero al menos mi padre y mis hermanos son voluntarios, y nadie me negará que sean tan buenos como los mejores.”—«Vaya, les decia yo, se conoce que hay entusiasmo. Así va bien.”

«Mucho entusiasmo, señor, mucho, contestó una mujer de mediana edad; y si los habitantes de nuestras capitales fuesen como los de la montaña, ya hubiéramos ganado. Por desgracia los vascos no estamos unidos como antiguamente; y así los *guiris* pueden hacernos la guerra. Pero no importa; si la gente de Bilbao y Vitoria son ya tan *guiris* como los mismos habitantes de Madrid, peor para ellos; nuestro triunfo es seguro, porque defendemos la causa de Dios y de su santa religion; y como dice muy bien el señor párroco, entre Dios y el demonio,

siempre el demonio pierde.”—«Sin contar, añadió otra, que S. M. D. Carlos es un gran rey, mas guapito y buen mozo, mas gallardo y gentil, que un mes de mayo; y nos quiere como á las niñas de sus ojos. El no pide sino lo que es suyo, y lo que se debe á Dios; y vive entre nosotros, como si se hubiera criado en nuestra tierra; á la cual admira mucho; porque dice que somos la gente mas honrada del mundo. Nosotros lo sabemos por lo que cuentan aquellos señores que le sirven; los cuales, como usted supondrá, estan bien enterados de lo que piensa y dice; y con esto vivimos tan contentos que las mugeres quisiéramos ser hombres para tomar un fusil, y los niños envidian á los jóvenes que tienen la edad de ser voluntarios. Pero ¿cómo ha de ser? es necesario seguir los consejos del señor cura, que nos decía desde el púlpito el domingo pasado, que del mismo modo defendemos nosotras la religion y el trono, trabajando en los campos y en los montes, que los varones batiéndose con los enemigos de Dios y del rey; y que tanto bien hacen los sacerdotes rogando al cielo que nos dé la victoria, como los niños guardando el ganado en el monte. Y bien mirado, señor, tenia razon ¿verdad?

«¿Cómo no la habia de tener un cura tan sabio y tan bueno como el nuestro? exclamó una jóven casada. Si todo él es un bendito de Dios, que sería pecado decirle una mala palabra. Además, señor, Dios le inspira; y el santo hombre tiene una caridad, que solo vive para sus feligreses. Por esto todos los habitantes estamos contentos de él, y le creemos, y obedecemos en todo, como si fuese Dios y el rey en persona. El nos dice siempre que tengamos fé en nuestro triunfo; que S. M. D. Carlos es un príncipe destinado por el cielo á hacer la felicidad de España; que es tan bueno, tan justo, tan piadoso, tan santo; y nosotras saltamos de gozo al oírlo; y quisiéramos ver en aquellos momentos á S. M. para gritar alegremente ¡viva Carlos VII! ¡viva la religion! y arrodillarnos á sus piés, y besarle las manos. Y nuestros maridos y hermanos estan tan entusiasmados como nosotras; porque vamos, señor, que D. Carlos lo merece, siendo un príncipe tan de bien, y tan querido de Dios y de sus ministros.”

Tales eran, señor Corresponsal, las conversaciones que tenia por el camino con las labradoras; y aunque



hablé con mugeres de diferentes provincias, todas me contestaron de un modo análogo, que probaba una fé ciega en el Pretendiente, un amor entrañable por su causa, un entusiasmo varonil por la guerra, una seguridad tranquila de la victoria, y una disposicion general para los sacrificios mas costosos. «¡Cuán agradecido debe estar este hombre, me decia yo, á la confianza y amor de esta buena gente! ¡Con qué cariño y reverencia no debe corresponderles! Semejante abnegacion no la puede jamás pagar un rey, ni de un modo aproximado. Estas provincias se dejarán matar y asolar por darle el trono que reivindica, sin idea de otro premio que la satisfaccion de hacerlo, como si cumpliesen un deber religioso y nacional. Si D. Carlos es lo que ellos dicen, no cabe duda de que lo merece.» Pero como ya sabe V., aquellos buenos labradores se engañaban de medio á medio, pues D. Carlos no se ocupaba de Dios, ni la patria, sino de los intereses más egoistas y bajos.

### III.

#### **El entusiasmo del Norte.**

*Milan 10 de Junio.*

Llegué por fin á Estella, y me encargaron la organizacion de unas fuerzas aragonesas en clase de coronel. Empecé en seguida á trabajar activamente, y poco despues fui presentado á D. Carlos, quien me recibió en la corte, como á las personas de parecida graduacion. Aunque en esta entrevista no ocurrió nada de particular, observé al Pretendiente, tanto por el interés que su persona me infundia, como por lo que habia oido decir á la gente de mi tránsito.

Ví á un jóven muy alto y gallardo, de fisonomía superficial y de maneras vulgares, y hasta extravagantes, sin gracia ni distincion. Hablaba castellano en mal acento, y parecia estar prendado de sí mismo. Pero lo que mas me extrañó fué que cuando se levantaba, hacia con los piés y las manos unos movimientos particulares, arras-

hablé con mugeres de diferentes provincias, todas me contestaron de un modo análogo, que probaba una fé ciega en el Pretendiente, un amor entrañable por su causa, un entusiasmo varonil por la guerra, una seguridad tranquila de la victoria, y una disposicion general para los sacrificios mas costosos. «¡Cuán agradecido debe estar este hombre, me decia yo, á la confianza y amor de esta buena gente! ¡Con qué cariño y reverencia no debe corresponderles! Semejante abnegacion no la puede jamás pagar un rey, ni de un modo aproximado. Estas provincias se dejarán matar y asolar por darle el trono que reivindica, sin idea de otro premio que la satisfaccion de hacerlo, como si cumpliesen un deber religioso y nacional. Si D. Carlos es lo que ellos dicen, no cabe duda de que lo merece.» Pero como ya sabe V., aquellos buenos labradores se engañaban de medio á medio, pues D. Carlos no se ocupaba de Dios, ni la patria, sino de los intereses más egoistas y bajos.

### III.

#### **El entusiasmo del Norte.**

*Milan 10 de Junio.*

Llegué por fin á Estella, y me encargaron la organizacion de unas fuerzas aragonesas en clase de coronel. Empecé en seguida á trabajar activamente, y poco despues fui presentado á D. Carlos, quien me recibió en la corte, como á las personas de parecida graduacion. Aunque en esta entrevista no ocurrió nada de particular, observé al Pretendiente, tanto por el interés que su persona me infundia, como por lo que habia oido decir á la gente de mi tránsito.

Ví á un jóven muy alto y gallardo, de fisonomía superficial y de maneras vulgares, y hasta extravagantes, sin gracia ni distincion. Hablaba castellano en mal acento, y parecia estar prendado de sí mismo. Pero lo que mas me extrañó fué que cuando se levantaba, hacia con los piés y las manos unos movimientos particulares, arras-

trando un pié en el suelo, y levantándolo en el aire por el flanco; cogiendo por el brazo, ó la levita á sus interlocutores, y sacudiéndoles enérgicamente, y estirándose con afectacion los puños de la camisa. A pesar de que no formé ningun concepto de él, me chocó que hubiese inspirado tanta confianza á los vascos y navarros, porque no le hallaba nada que entusiasmase. «Quizá, me dije, tiene cualidades que no se conocen á primera vista; y ahora sería indiscreto juzgar por esta visita, que ha sido tan breve.»

Como yo habia ido al campo carlista para trabajar de veras, instruia con toda diligencia las fuerzas que me confiaron, á fin de que luego fuesen de lo mejor que hubiese en aquel ejército. Dióme esto mucho que hacer, y me impidió enterarme de lo que pasaba en torno mio, fuera del orden militar. Asi es que aunque Estella sea una pequeña poblacion, donde la gente se conoce en seguida; no tuve por de pronto relaciones íntimas con nadie. Las únicas personas con quienes hablaba algo de asuntos generales, eran mis patronos; los cuales me trataban como si me conocieran mucho, y sobre todo como si fuese del mismo pais. A veces por la noche me sentaba con ellos al amor del fuego, porque como llegaba de Cuba, sentia mucho el frio; y allí, todo calentándonos, conversábamos de la corte y de la guerra.

Las palabras de mis patronos concordaban con las de las labradoras, á quienes antes hablára; expresando el mismo entusiasmo y confianza. «Señor coronel, me decia el patron; ganaremos, ganaremos sin duda; porque la causa es buena, y Dios nos ayuda visiblemente. Recuerde V. cuantas victorias ya hemos obtenido; cuanto han crecido nuestros recursos, y cuan aterrados están los *quiris*. Los señores curas, que en estas cosas saben mucho, porque se puede decir que conversan con el mismo cielo, tambien nos lo dicen; y así todos estamos seguros de que pronto iremos á Madrid. ¡Qué bien ha hecho V., viniéndose con nosotros! No solo ha ganado la bendicion de Dios, sino la gracia de S. M., que vale otro que tal, aunque sea un poco ménos; pues por mas que nuestro señor D. Carlos sea Rey, nunca será tanto como el Criador, que es quien hace á los reyes.»

«¿Y V. cree, preguntaba yo, que hay el mismo entusiasmo en las demás partes de estos paises?» Mi huesped se sonreia, y contestaba: «Si lo cupiese mayor del que



existe en Estella, diria que lo es, pero como no cabe, he de decir que es tan grande como el de aquí. En todas las poblaciones de Navarra, Alava, Vizcaya y Guipúzcoa hombres y mugeres, ancianos y niños arden en descos de entronizar á D. Carlos, y salvar la religion del gran peligro que corre. Solo esas malditas ciudades de Bilbao, Vitoria y San Sebastian siguen á los enemigos; pero no importa, señor coronel; las tomaremos, de seguro las tomaremos; porque el vascongado es muy valiente; y cuando defien- de una causa santa, no hay hombre en el mundo que lo iguale. Entonces haremos un escarmiento ejemplar en esos rebeldes; que así han renegado de las creencias de sus antepasados. D. Carlos será rey de España; vaya si lo será; como si ya lo viese; y á fé mia que lo merece; por- que ya ha visto V. cuan simpático es; y no hablemos de su talento y piedad, de su patriotismo y abnegacion, se- ñor coronel; porque todos los curas las admiran, y ya sabe V. que cuando un sacerdote lo dice, es el Evange- lio, porque los señores curas no mienten, ni pueden mentir, pues como son personas sagradas, todas sus pa- labras son la misma verdad."

La conversacion se generalizaba; y la mujer, ú otro, decia en corroboracion: «Aquí estamos tan contentos de tener entre nosotros á S. M., que Dios no podia darnos en este mundo una felicidad mayor, ni mas dulce. ¡Si viera V. con qué uncion oye misa, tan jóven y gallardo, en la iglesia de las monjas! está allí con una humildad que nos encanta á todos; pues los mismos señores sa- cerdotes dicen que parece un santo, y que jamás han visto á un rey tan devoto. Y no digo nada de cuando to- ma la Santa Eucaristía; porque créalo V., señor coronel; llega á olvidarse tanto del mundo, que se ve que solo piensa en el divino cuerpo que va á recibir. Despues entra en el convento á hacer visita á sus reverencias; y las señoras monjas le traen chocolate para él y los seño- res que le acompañan; y pasan juntos mucho tiempo, hablando de Nuestro Señor Jesucristo y de su Santísima Madre; y se dice que á veces hacen allí ejercicios pia- dosos, cantando unas canciones en alabanza de Dios y del Santo Sacramento al son de una guitarra. En fin, se- ñor coronel; el día que S. M. entre en Madrid, será el mas glorioso de nuestra sagrada religion. Yo rebose de en- tusiasmo pensando que nosotros, por pequeños que sea-

mos, contribuiremos á esta gran victoria; porque todos nuestros hijos, sobrinos y primos están en el ejército; y algunos otros parientes ya han recibido la palma del martirio en los campos de batalla, dando su vida por Dios y S. M. Pero, como dicen los señores eclesiásticos, ¿qué importa? dichosos ellos, é infortunados nosotros, que no hemos tenido su fortuna. Encomendémoslos á Dios en nuestras oraciones, y pidámosles que rueguen al cielo que nos conceda su gracia. ¿No hacemos bien, señor coronel? Yo me admiraba de tanta sencillez, y decía. «Tiene V. razón.»

«Lo único que nos incomoda, murmuraba el patrap, es que S. M. no eche de su lado á una porcion de zánganos que hacen mucho daño, y que harian mas, si nuestros diputados no les cortasen el paso. S. M. es la virtud personificada; y aquellos malos hombres abusan de su bondad, haciendo lo que no debieran. Pero S. M. ya lo sabe; los conoce bien, y tengo para mí que un día hará en ellos un estrago ejemplar; porque á veces los buenos reyes son así; que sufren mucho para castigar con mas rigor.»—«Pues á mí, decía la mujer, lo que mas me incomoda es que no venga aquí S. M. la reina; porque la verdad, me gustaria conocerla. Todos los que la han visto dicen que es tan buena señora, tanto que ella y S. M. el rey son el matrimonio mas virtuoso de la tierra.»—«¿Cómo quieres que la reina venga habiendo guerra? exclamaba el marido incomodado. Unas cosas se te ocurren... A mayor abundamiento, que la buena señora ha de cuidar de los principitos, que son tan pequeñitos, que no pueden separarse de su madre. Bien está S. M. la reina en Pau, trabajando sin descanso todo el santo día en que no les falte nada á los heridos; y no hace poco ocupandose de esto, con aquellos señores de Francia que la ayudan tan eficazmente.» Tales eran poco mas ó menos, señor Corresponsal, las conversaciones que casi cada día oia en la casa donde estaba alojado.

Al poco tiempo de mi llegada á Estella, se dió una corrida de toros en celebridad de los dias de D. Carlos. Levantaron en la Plaza Mayor una especie de circo al aire libre, sirviendo de palcos y tendido los balcones y tejados de las casas. Toda la córte y la poblacion asistieron á esta fiesta. Los toreros eran gente del ejército carlista, capitaneada por Rosa Samaniego, que tenia el cargo de



primer espada. La cuadrilla estaba vestida de oropeles, que le daban un aire medio de torero y medio de payaso; y como es natural, la corrida fué una de las caricaturas mas pesadas que jamás he visto. Sin embargo, aproveché esta ocasion para observar á los personajes del carlismo que asistian á la funcion, á quienes no habia aun conocido. D. Carlos presidia con un aire de fatuidad é impertinencia muy marcados; y estaban á su lado D. Alfonso y D.<sup>a</sup> María de las Nieves, que habian llegado de Cataluña para quejarse del despotismo de Saballs. D. Alfonso parecia hombre de muy mediana inteligencia y de falta de iniciativa; era delgado y pálido y, sin el nombre que llevaba, no hubiera allí descollado. Su esposa era pequñita y delgadita; mostraba cierta vanidad y alguna resolucion y malicia; y llevaba en la cabeza una boina con una borla de oro excesivamente larga. Parecióme mujer de algunas pequeñas condiciones más que el marido.

D. Carlos contemplaba la corrida con grande interés; y tomando en serio aquella farsa, á cada incidente se movia, gesticulaba y aprobaba. Lo que mas parecia entusiasmarle era el juego de Rosa Samaniego; pues se mostraba satisfecho y orgulloso de cualquier tonteria que este hiciese. Cuando llegaba el momento de matar al toro, y Rosa Samaniego lo degollaba del modo mas brutal, el Pretendiente se envanecía de ello, como de la mas brillante hazaña de un hijo suyo. Aunque entonces no se oyese hablar mucho de aquel en mal sentido, le miré y ví que era un tipo vulgar de montañés; un hombre atlético y fornido, con una cara tosca y colorada, que no despuntaba por nada característico. Al principio de la guerra habia cobrado fama de guerrillero audaz é incansable; y ahora mandaba una patulea de otro género, sin haber perdido su primera nombradía; pues si algunos contaban en voz baja cosas terribles de él, la opinion general le era favorable.

Terminada la corrida, me dirigí á mi alojamiento; cuando de repente me cogieron por detrás, y me hallé con un antiguo amigo y compañero, que se habia pasado antes que yó, y de quien hacia años que no tenia noticias. Llamábase Pepe..... aunque será mejor que suprima V. su apellido. «Chico, me dijo. ¡Cuánto y cuánto me alegre de verte! He sabido tu llegada; pero como estoy fuera, no pude verte antes; hoy he podido venir; te he

buscado enseguida; tus patronos me han dicho que estabas á ver esos mamarrachos; he ido; te he visto, y al fin he podido abrazarte. ¿Quién nos lo habia de decir, ¡eh! que pararíamos aquí?" Despues de los primeros momentos de expansion, nos cogimos del brazo, y como le acompañé á una oficina, donde habia de presentarse á aquella hora; durante el camino hablamos un poco de las cosas del carlismo, de las cuales estaba mas enterado que yo, que no sabia nada. «¿Has visto á Rosa Samaniego? me preguntó. ¿Qué te ha parecido? Pero no levantes mucho la voz; porque sería peligroso." Yo le referí mis impresiones, y esperé su contestacion.

«Rosa Samaniego es un tuno, un pillo, un asesino de la peor especie, me dijo el amigo; pero la culpa no es suya, porque antes de la guerra y al principio de ella era un hombre de bien, muy honrado y fiado. Hoy mismo cualquiera podria entregarle cien mil duros, con la seguridad de que no le faltaria un céntimo. Pero don Carlos le ha convertido en una fiera de las mas peligrosas, y hoy todo el mundo le hace buen semblante para no comprometer el pellejo. Aquí donde lo ves, Rosa Samaniego figura como uno de los personajes mas importantes del carlismo. Es dueño de vidas y haciendas; no depende de nadie; mata á quien quiere, y justifica los crímenes mas horrendos con solo decir que ha acabado con un espía, ó con un mal carlista. No puedes imaginar el terror que ha infundido en el país. Para horrorizar mas, en vez de fusilar á sus víctimas, las despeña vivas en ese abismo de Izquierda, que está ahí arriba, donde mueren despedazadas por las rocas, en medio de los mas crueles sufrimientos físicos y morales. La última infamia que ha cometido ha sido despeñar por orden superior á un matrimonio, porque la mujer no quiso conceder sus favores; lo cual no es el primer caso del mismo género."»

Como antes no habia oido hablar de un modo tan claro y positivo de esto, no pude ménos de asombrarme. «¿Qué interés tiene el rey, exclamé, en que se cometan estas infamias? Si esto no le hace sino daño.» Pepe bajó mas la voz, y dijo: «El rey es peor que el mismo Rosa Samaniego. Cuando le conozcas á fondo, verás que tú y yo, y cuantos nos hemos pasado, cometimos un disparate colosal al venirnos aquí."—«Pero Pepe, le dije ¿cómo

tolera esas infamias el general en jefe? Yo en su lugar ya hubiera fusilado á aquel asesino, ó hubiera dado mi dimision."—«El general no lo hace, me contestó; porque como Rosa Samaniego depende directamente del Rey, dá solo á este cuenta de lo que hace; y el que le meta mano, se estrellará como los mismos que caen en la sima. Don Carlos tapa á todo el mundo la boca diciendo que Rosa Samaniego es uno de sus mas fieles servidores; y que nada hace sin aprobacion y órden suyas. Con esto el parlurdo se ha erguido; y del mismo modo hace cara á un diputado, que á un general."

Confieso que esta relacion me causó un penosísimo efecto. «Yo creia, dije, que S. M. habia puesto fin á esos horrores, desterrando de su territorio á aquella fiera del cura de Santa Cruz."—«¡Qué disparate! exclamó el amigo. Si el rey no le desterró por sus asesinatos, sino por zelos que tenia de su popularidad. ¡Qué demonios de ideas has llevado hombre! Veo que no sabes nada de lo que aquí pasa. El cura de Santa Cruz es un sacerdote muy mentecato y fanático; pero, segun aseguran, muy rígido y bien reputado. Tuvo esta guerra por una cosa santa; y creyendo que su estado no le permitia tomar las armas, se dedicó á introducirlas; y con frecuencia se le veia cargado de fusiles como un horrico, y sudando la gota gorda, trepar por esos senderos, á través del tiroteo que le dirigian los soldados y carabineros liberales. Un dia al fin cayó preso, creo que en su misma casa; y habiéndose echado de una ventana á la calle, pudo escapar, metiéndose no sé si en un rio, ó en un bosque, que estaba cerca. Entonces comprendió el pobre diablo que ya no habia seguridad para él, sino en la montaña; y tomando un palo y un zurrón, levantó una partida, y empezó á hacer la guerra de guerrillas del modo mas original. No llevaba, ni nunca usaba armas; no montaba jamás á caballo; comia del mismo modo que su gente, y todavia peor; y dormia vestido en el suelo, ó en un banco."

Yo, que no sabia nada de esto, escuchaba el relato como una novela llena de interés. «Así, continuó Pepe, se hizo luego un hombre popular, y recogió cuanta gente quiso; pues los labradores le tenian por santo. El corria incesantemente de un lugar á otro, haciendo las marchas mas largas y atrevidas. Cada dia tenia encuentros;



á veces sorprendia al enemigo, y casi nunca era sorprendido. Por desgracia se le metió en la cabeza que los liberales eran herejes; y como buen inquisidor, mataba del modo mas piadoso á cuantos caian en sus manos, ya fuesen soldados, ya paisanos. Anunciábales que habia llegado su última hora; les invitaba elocuentemente á confesarse, y como él mismo se ofrecia á hacerlo, casi los confesaba á todos; despues de lo cual, decia á su gente: *Ahora matadlos, porque ya están bien preparados.*

Al oirlo, no pude menos de sonreirme y horrorizarme. «Este hombre era un loco infame, esclamé.» ¡Oh! me dijo el amigo. Aun no lo sabes todo. El cura de Santa Cruz no contento con asesinar á sus prisioneros, fué en busca de los que tenian otros jefes; se apoderó de ellos á las buenas, ó á las malas; y despues de la confesioncita de costumbre, los despabiló, como á los otros. La mayor parte de los vascos y navarros no cabian en sí de entusiasmo; porque como son rudos y fanáticos, creían que de este modo ganarian mejor y mas pronto. D. Carlos aprobaba tambien la conducta del cura; y decia que si todos sus jefes fuesen tan activos y rigurosos, sería juego de pocas tablas ir á Madrid. Pero la reputacion del cura y el entusiasmo de las poblaciones por él fué creciendo de tal modo, que el rey, que es un miserable envidioso, se cargó de oír tanto bombo; y aprovechando un choque que hubo entre algunos generales y el guerrillero, se deshizo de él, desterrándolo de sus Estados. Con que, ya ves que D. Carlos promete; y que á este paso nos dará muchos disgustos. Pero hemos llegado á la oficina, y debemos separarnos. Ya nos veremos mañana, si puedo; ú otro dia que vuelva; y entretanto sé prudente, porque el rey, lo sé de cierto; hace abrir toda nuestra correspondencia: así la que nos llega, como la que mandamos.

IV.

**Primera conversacion con D. Carlos.**

*Milan 13 de Junio.*

Volvi á mi alojamiento todo disgustado y pensativo.



á veces sorprendia al enemigo, y casi nunca era sorprendido. Por desgracia se le metió en la cabeza que los liberales eran herejes; y como buen inquisidor, mataba del modo mas piadoso á cuantos caian en sus manos, ya fuesen soldados, ya paisanos. Anunciábales que habia llegado su última hora; les invitaba elocuentemente á confesarse, y como él mismo se ofrecia á hacerlo, casi los confesaba á todos; despues de lo cual, decia á su gente: *Ahora matadlos, porque ya están bien preparados.*

Al oirlo, no pude menos de sonreirme y horrorizarme. «Este hombre era un loco infame, esclamé.» ¡Oh! me dijo el amigo. Aun no lo sabes todo. El cura de Santa Cruz no contento con asesinar á sus prisioneros, fué en busca de los que tenian otros jefes; se apoderó de ellos á las buenas, ó á las malas; y despues de la confesioncita de costumbre, los despabiló, como á los otros. La mayor parte de los vascos y navarros no cabian en sí de entusiasmo; porque como son rudos y fanáticos, creían que de este modo ganarian mejor y mas pronto. D. Carlos aprobaba tambien la conducta del cura; y decia que si todos sus jefes fuesen tan activos y rigurosos, sería juego de pocas tablas ir á Madrid. Pero la reputacion del cura y el entusiasmo de las poblaciones por él fué creciendo de tal modo, que el rey, que es un miserable envidioso, se cargó de oír tanto bombo; y aprovechando un choque que hubo entre algunos generales y el guerrillero, se deshizo de él, desterrándolo de sus Estados. Con que, ya ves que D. Carlos promete; y que á este paso nos dará muchos disgustos. Pero hemos llegado á la oficina, y debemos separarnos. Ya nos veremos mañana, si puedo; ú otro dia que vuelva; y entretanto sé prudente, porque el rey, lo sé de cierto; hace abrir toda nuestra correspondencia: así la que nos llega, como la que mandamos.

IV.

**Primera conversacion con D. Carlos.**

*Milan 13 de Junio.*

Volvi á mi alojamiento todo disgustado y pensativo.

repasando lo que mi amigo acababa de decirme; pues me parecia de mal agüero para las esperanzas que formara. Aunque supusiese exagerado el mal concepto que Pepe tenia del Pretendiente, no podia desconocer que se fundaba en algo grave, y que D. Carlos no era un hombre de aspecto serio, ni simpático, por mas que los vascos y navarros se hiciesen lenguas de sus virtudes. La proteccion que daba á Rosa Samaniego y la que habia dado al cura de Santa Cruz me parecian un mal indicio de su carácter, y de lo que pasaba en sus dominios. «Por mas que no sea cierto, me decia, que haya desterrado al Cura por envidia de su popularidad, ya es impolítico que en lugar de castigarle por sus crímenes, le haya protegido; y que hoy extienda su proteccion á un salvaje como Rosa Samaniego; ó que segun asegura mi amigo, le ordene las muertes que hace.»

Al llegar á casa, los patronos me preguntaron cómo habia hallado los toros, y si me habia divertido mucho; y despues de contestarles de un modo vago, el patron, bajando la voz, me dijo: «¿No sabe V. lo que ha pasado en la corrida?» Yo me quedé suspenso, porque no habia visto que pasase nada. «Pues sepa V., señor coronel, añadió con misterio; que á lo que parece, se habia divulgado en Madrid la noticia de que hoy habia de haber aquí la gran funcion que V. ha visto; y que muchos personajes de Madrid, de lo mas gordo, así, como diputados y ministros; envidiosos de que en Estella se diesen ya corridas de toros mas brillantes que las de Madrid, no han podido resistir al deseo de ver la de hoy; y disfrazándose, han estado aquí con nosotros, en la plaza de Estella.» Cuando oí este disparate, dicho con tanta seriedad y secreto, estuve para reirme á mandíbula batiente; pero me reduje á sonreirme, para no ofender al patron. «No lo crea V., le dije. En Madrid hay tan buenas corridas de toros como en cualquiera otra parte; y aquellos señores no han de arriesgarse nada para ver una excelente funcion.»

«Que se equivoca V., señor coronel, repuso el buen hombre, con la mayor conviccion. Sepa V. que ha sido el rey en persona quien lo ha descubierto y quien lo ha dicho á la corte; pues desde el balcon, ha visto con sus propios ojos á los personajes de Madrid; y por las señas, que ha dado á sus cortesanos, se ha caído en la cuenta

de que eran nada menos que el mismo Ruiz Zorrilla, Pi Margall, Rivero, Sagasta, Martos, Figueras y muchos más; que á lo que parece son muy aficionadas á toros. Y sepa V., señor coronel, que los cortesanos instaban á S. M. para que mandase prender á aquellos señores, porque no podia haber mejor ocasion; pero el rey, que es tan leal y magnánimo, no ha querido, y ha dicho: «Ya que mis enemigos, fiados en mis regios sentimientos, han venido á las fiestas de mis dias, y he sido yo en persona quien los ha reconocido; no quiero que se les persiga: déjenles volver á Madrid, llevando una prueba tan evidente de mi real generosidad, y un recuerdo tan halagüeño del esplendor de mi corte. Así harán propaganda, á pesar suyo, y me ayudarán á conquistar el corazon de mis queridos españoles.—¿No lo halla V. bien pensado? añadió el patron.»

Parecíame á mí imposible que D. Carlos hubiese hecho lo que aquel buen hombre decia; y me reduje á preguntarle quien se lo habia contado. «La corte, señor coronel, la corte, me contestó. Si los servidores de palacio andan de casa en casa refiriendo el descubrimiento de S. M.; la extraña concurrencia que hemos tenido, el nombre de los forasteros, y la magnanimidad del rey.» Entonces me callé y me retiré á mi habitacion, aburrido de una cosa tan grotesca, que daba la mas triste idea de la capacidad del Pretendiente. A poco llegó mi asistente, y para probar la noticia, le pregunté qué se decia de bueno. «Dicen, me contestó, que S. M. asegura que la corrida de toros ha sido tan buena, que hasta han venido á verla clandestinamente muchas personas importantes de Madrid.»—«S. M. lo habrá dicho en broma para burlarse de los toros, objeté.»—«No señor, mi coronel, me replicó; porque hasta se ha tratado de prender á los forasteros, lo cual S. M. ha prohibido.»

Ya no pude dudar del hecho; y mal que me pesase, reconocí que indicaba una soberbia que llegaba á la imbecilidad, ó una imbecilidad que se confundia con la soberbia. «¿Y un hombre, me dije, que imagina esas cosas, pretende sentarse en el trono de España? ¿quiere hacer una gran guerra, espera vencer, y entrar en Madrid?... Válgame Dios, añadí; voy creyendo que mi amigo tenia razon al ponderar el disparate que los del ejército hemos hecho afiliándonos al carlismo. Mas nos valiera



hacernos mozos de cordel, si no queriamos servir mas en aquellas filas.»

En esta situacion de ánimo me hallaba, cuando un dia recibí aviso de que D. Carlos queria verme; y aunque me sorprendí del recado, me calmé atribuyéndolo á la buena impresion que habia hecho la actividad con que organizaba las fuerzas aragonesas. Presentéme á la hora señalada, y hallé al Pretendiente paseándose en una sala estirando á cada momento los piés por la derecha y la izquierda. Detúvose al verme; miróme con un poco de embarazo, se estiró los puños de la camisa, y me dijo: «Tú has llegado de Cuba, eh?» «Señor, sí, contesté.»—«¿Allí servias contra los insurrectos, eh? añadió.»—«En efecto, señor, dije.»—«Los insurrectos son unos bestias, unos imbéciles y groseros, exclamó D. Carlos; y me dió un golpe en el pecho con los tres dedos de la mano. Tengo con aquella gente ciertas cuentas pendientes, añadió; y ya saldaremos.» Y cogiéndome por la solapa de la levita, me dió un gran tiron, que me sacudió mucho.

Yo no sabia lo que me estaba pasando, y todo era decirme: «Qué quiere significarme este hombre con esos golpes y tirones?»—«Sé, prosiguió, que les has hecho mucho daño, y me alegro; porque así has procedido como buen carlista. Aquella gente ha faltado conmigo del modo mas estúpido y descortés. Pero en el fondo me alegro. No hay plazo que no se cumpla; y un dia ú otro, me la pagarán. Entonces volverás allá de mi parte, y harás el resto en mi nombre.» Y resbalando el pié derecho hácia el flanco, lo levantó con cierta prosopopeya en el aire. «¿A qué viene todo esto? me preguntaba yo. ¿A dónde irá á parar ese hombre?»—«Paréceme, me dijo tomándome del brazo, que no estás enterado de nada, eh?—y sin darme tiempo de responder, me sacudió fuertemente, y añadió: Se vé que no. Pues sabe que los insurrectos me han hecho una gran injuria, y que mas adelante la lavaremos en torrentes de sangre cubana. ¿Estás?»

Yo me incliné. «Señor, sí, contesté.»—«Son unos imbéciles rematados, con una soberbia que llega á la insolencia, exclamó. Les ofrecí un tratado de alianza, bajo los pactos mas halagüeños: ellos habian de suministrarme fondos; yo con esto haria aquí una guerra formidable, que impidiese enviar fuerzas á Ultramar; y ellos con este desembarazo, debian apretar allí de firme; con lo cual



en breve hubiéramos acabado la cuestion. Pero me rechazaron brutalmente. ¡Necios! añadió; y volvió á estirar los puños de la camisa.» Imagine V., señor Corresponsal, la sorpresa y el disgusto que aquella noticia hubo de causarme a mí, que soy uno de los defensores mas apasionados de nuestras posesiones de Ultramar. Quédeme absorto y asombrado; y solo pude decir maquinalmente: «Señor: así hubiéramos perdido irremisiblemente las Antillas.»—«Ya lo sé, repuso D. Carlos tirándome de la solapa. ¿Pero en el fondo qué importa? Las hubiéramos reconquistado; porque yo tengo grandes proyectos sobre América; pienso renovar los prodigios de Pizarro y Cortés; y tú has de ser uno de mis caudillos. Pero ya hablemos de esto mas adelante.»

Le confieso á V. en verdad, que no sabia lo que me pasaba; y que estaba tan turbado y desconcertado, que no comprendia lo que el Pretendiente queria decirme. «Sin embargo, prosiguió D. Carlos, temo una cosa, y te he llamado para calcular sobre ella. ¿Cuánto te parece que va á durar la insurreccion cubana?»—«Mucho, Señor, contesté.»—«¿Que entiendes por mucho? ¿cinco meses, seis, ocho?...»—«Señor, dije, no meses, sino algunos años.» El Pretendiente quedó radiante; y levantando altivamente la cabeza: «Bravo, dijo; bravo; así no se me escaparán, y habrá tiempo de tomar satisfaccion. Temia que el gobierno de Madrid los domase en breve, y que al apoderarme del trono, ya estuviese la isla como una balsa de aceite; en cuyo caso, era imposible darles la leccion que tengo pensada; pero como dentro de muy pocos meses ya estaré en Madrid, aun los cogeré con las armas en la mano, y podre castigarlos ejemplarmente. Para entonces ya me acordaré de ti ¿oyes? añadió tirándome del brazo.»—«Señor, gracias, contesté.» Dicho esto, se sentó, cruzó negligentemente una pierna sobre otra y volvió á estirarse los puños de la camisa.

Yo no podia volver en mí del asombro; y sin faltar á la atencion, me decia mentalmente: «¿Qué tipo es este, Dios mio? ¿qué mezcla de payaso y monstruo ofrece este hombre? ¿qué confusion tiene de majadería, de perversidad y groseria? ¿á qué vienen esos gestos con los brazos y piernas, y esos irguimientos ridiculos de cabeza? ¿este es D. Carlos? ¿este ha de ser rey?...» El Pretendiente me llamó á la realidad, haciéndome nuevas preguntas.

«Ahora dime, añadió: cómo están allí los peninsulares; quiero decir, en qué sentido están, respecto de mí; pues no me interesa menos saberlo.»—«Señor, dije, sería muy difícil contestar de un modo preciso, porque allí se habla sobre todo de la guerra local.»—«Pero también se hablará de la mía, repuso, porque como has visto, es formidable.»—«Señor, indudablemente se habla también de ella.»—«¿Y qué se dice?»—«Señor, contesté, el *Diario de la Marina*, que es uno de los periódicos más importantes de la Habana, consideraba últimamente sin ambages, ni reticencias, que si el general Cabrera se decidiese en estos momentos á tomar parte en la lucha, su influencia; no solo traería á V. M. un considerable refuerzo moral, sino también un imponderable aumento de medios, que en breve podrían inclinar la balanza á favor de V. M.»

Don Carlos se levantó muy incomodado; y cogiéndome de la solapa, exclamó: «¿Son cabreristas allí?...» Quedéme cortado, y apenas balbuceé: «Señor, no lo creo.» El Pretendiente se puso á andar con agitación de un extremo á otro de la estancia sin decir palabra, y con la cabeza erguida como si buscara algo en las paredes; y yo le observaba, esperando algun chubasco de cólera; pues suponía que sin querer, por falta de experiencia de la corte, y sobre todo de antecedentes, había cometido algun disparate mayúsculo.

De repente D. Carlos se detuvo, y mirándome fijamente, exclamó: «¿Conoces á Cabrera?»—«No, Señor, contesté.»—«Conoces á algun amigo suyo?» volvió á preguntar.»—«Tampoco, Señor, dije.»—«¿Es bien cierto lo que me dices?» exclamó.»—«Podría jurarlo, Señor.» D. Carlos hizo un gesto. «¡Jurar! dijo. Bonito caso hago yo de los juramentos. ¿Eres cabrerista, tú?» Como yo entendí si era carlista, contesté ingenuamente que sí.—«¿Sí?» exclamó él dando un paso atrás. «¿Con qué, eres cabrerista?»—«Perdone V. M., Señor, respondí medio sofocado. He dicho que era carlista, no cabrerista.»—«No; replicó el Pretendiente. Porque yo te he preguntado si eres cabrerista, no si eres carlista.»—«Siento mucho, Señor, haber entendido si era carlista, porque yo no soy cabrerista, ni de ninguna fracción; sino del partido de V. M.»

Entonces pareció calmarse; y despues de mirarme fijamente, como si desconfiase, me dijo más tranquilo:

«Así me gustas. Sé de mi partido, y vive divorciado de todo bando, pues en el carlismo no debe haber mas partido, ni mas fraccion que yo.» Y resbalando un pié, lo levantó en el aire. «Los carlistas, añadió, no podeis ser como los liberales. Todos, desde los mas altos hasta los mas bajos, debeis tenerme á mí por único partido. Yo soy D. Carlos vuestro rey, vuestro padre, vuestro árbitro, vuestro amparo, vuestro juez, vuestro Dios; y cuando yo hablo, todos debeis inclinaros.»

Estiróse los puños de la camisa, y prosiguió: «Tomar por jefe á uno de mis vasallos es menospreciarme é injuriarme á mí; es cometer un crimen de lesa magestad. En mí debeis tener puestos siempre los ojos, en mí han de cifrarse todos vuestros pensamientos, en mí habeis de descansar vuestro corazon. Por D. Carlos debeis vivir y por D. Carlos morir. D. Carlos es el soberano de vuestras vidas, de vuestras haciendas, de vuestra libertad, de vuestro presente y de vuestro futuro. Don Carlos ha recibido de Dios un derecho absoluto sobre vosotros. D. Carlos puede despojaros, puede encarcelaros, puede desterraros, puede mataros. D. Carlos es dueño de daros riqueza, fama, honores, gloria é inmortalidad. D. Carlos puede sumiros en la miseria, puede sepultaros en la desgracia, causaros los dolores mas atroces, sin otra responsabilidad que la que le pida Dios, que es su único superior. Porque D. Carlos ha nacido por disposicion del cielo; D. Carlos ha vivido por los altos designios del Empireo; D. Carlos representa la religion, la moral, la patria, la justicia, la familia, la propiedad, la industria, la ciencia, el arte, la agricultura y la táctica militar. Y D. Carlos soy yo, Boet; y yo soy el rey; el hombre de los hombres, el legislador de los legisladores, el general de los generales y el padre de los padres.»

«Pero el alito de la podredumbre liberal ha penetrado en mis Estados, y los carlistas parecen haber olvidado mi carácter sobrenatural. Aquí cada general tiene sus adictos; y unos se critican á otros. Yo no lo puedo sufrir, porque de este modo enflaquecen mi causa, y faltan á la lealtad. Los de Viñalet murmuran de los de Dorregaray; éstos de los de Elío; los de Elío de los de Mendiri, y los de Mendiri desuellan á todos los otros. Nadie se puede ver, y todo se hace mal, para hundir á los rivales. Yo no quiero críticas, porque



no las puedo sufrir. Aunque Dorregaray se crea mas de lo que vale, no importa. Cuando á mí me convenga, ya le despediré. Ya sé que Elio no sirve para nada, porque es viejo; pero no me gustan críticas. Si Viñalet es un chocho, que allá se las haya; por esto me rio de él. Yo no quiero criticar ni que se critique á mis generales. Aunque Mendiri no tenga los talentos que él se figura, me revienta que lo digan los de Dorregaray. Los militares deben cuidarse de obedecer y vencer, dejando al rey que proceda como mejor juzgue. Con que, Boet, añadió, trabaja como bueno; no te metas con nadie; y deja tu suerte en mis manos; que yo sé que tu conoces mucho la América; y como he concebido grandes proyectos sobre Ultramar, te prometo un ilustre porvenir. Adios, y ten presente que te quiero mucho, ¿oyes? Vaya adios.» Dicho esto me dió un tiron de solapa, y me despidió.

Salí medio loco del alojamiento real, y fui á dar una vuelta por las calles más desiertas, para recobrarne un poco. «Señor, me decía. ¡Qué vendabal me ha caído encima! ¡qué caricatura tan cargada y cargante es este hombre! Los insurrectos, los peninsulares, Cabrera, los proyectos de América, los cabreristas, los derechos divinos de D. Carlos, los maldicientes..... ¿quién sería capaz de poner orden en ese caso? ¿y aquel afán de decirme que no le gustaban las críticas, mientras él descalabraba con tanta frescura á los generales, sin considerar que estaba presente un subalterno, á quien no conoce? Vamos, Boet: te luciste de veras, viniendo aquí. Pero hay que reconocer, que no me figuraba; que ese hombre es algo mas malo y tonto porque decirme á mí de buenas á primeras que hizo proposiciones de alianza á los insurrectos cubanos, es la mayor simpleza política.»

Sin embargo, aquella conversacion me demostró que habia hecho muy mal descuidando el estado político del carlismo; y como no podia dirigirme por noticias á otro de confianza que á mi amigo Pepe, esperé que nos volviésemos á ver para contarle lo que me pasara, y pedirle datos. Tardé algunos dias en verle, y apenas pudimos estar á solas, le referí punto por punto mi entrevista; y le alarmé sobre todo con lo que le dije de Cabrera. «¡Cáspita! me dijo. Ve con cuidado, porque no puede darse aquí peor nota que llamar cabrerista á alguno, sobre todo si es oficial pasado. El rey no puede ver á Cabrera, ni sufre



que se hable de este en su presencia.»—«Yo sabia que habia algo, repliqué, pero no creia que fuese tanto.»—«Es tanto, repuso Peque que si Cabrera hiciese el disparate de venir, quizá sería fusilado en 24 horas.»—«¿Pero por qué? exclamé. ¿Qué tiene D. Carlos contra él, para odiarlo tanto?»

Mi amigo me dijo: «Cada cual lo cuenta á su manera, pues unos dicen que cuando la sumision de D. Juan á la reina Isabel, Cabrera formaba parte del convenio, y se habia comprometido á robar á D. Carlos y Alfonso para entregarlos al gobierno de Madrid; lo cual era una de las cláusulas del tratado; y otros lo niegan rotundamente, asegurando que es una calumnia. Ahora ve á saber la verdad. Lo que positivamente hay es que el Pretendiente odia profundamente á Cabrera, y que este desprecia á aquel con toda su alma. El origen de esto parece muy antiguo, pero se asegura que hace pocos años hubo entre ambos un choque, que inflamó á D. Carlos.»

«Cabrera, prosiguió mi amigo, tuvo una entrevista con el Pretendiente, quien le trató como á un cualquiera, llamándole de tú, y hablándole sin la menor educacion. Pero el tortosino, que es mucho hombre, no lo toleró, y le dió una leccion de las mas acerbas. «Sé, le dijo, que se ha educado muy mal á V. A.; que no le han enseñado nada útil; que nadie se ha cuidado de hacerlo un príncipe digno de pretender el trono de España; y que hasta se ha acostumbrado á llamarlo majestad, como si ya fuese rey. Tenga, pues, ante todo entendido V. A., que el señor conde de Montemolin, que sabia y valia mucho, y sobre todo que era un príncipe de mucha urbanidad; en atencion á mis servicios, me trataba de V., y me consultaba como á un igual; y que yo no solo no daré á V. A. el tratamiento de majestad, mientras no esté en el trono; sino que no toleraré que V. A. me vuelva jamas á tutear.»

Como yo ignoraba esta historia, me sorprendí, y no pude ménos de exclamar: «Esto es terrible.»—«Como cosa de Cabrera, me contestó el amigo. Pero escucha, que ahora viene lo mejor. Despues de haber añadido Cabrera lo que le pareció bien, ambos se separaron, quedando D. Carlos como un trapo. Pero un día que este se hallaba en su jardin, alguno habló halagüentemente de Cabrera; y el Pretendiente, todo colérico y vengativo, cortó de un árbol una rama, y tirándola con furor, exclamó:

«Si un día entro en Madrid, la primera cosa que haré será cortar la cabeza de Cabrera, como he cortado esta rama.» Algun cabrerista, que lo oyó; recogió la rama, y se la mandó á la señora de Cabrera, con una carta donde le explicaba la escena. La señora lo refirió á su marido, rogándole que abandonase el partido de un jóven tan malvado; y viendo que no podia convencerle, plantó la rama en una maceta; y desde entonces cada vez que llegan comisiones carlistas á su casa, á la hora de comer, manda traer la maceta, y dice delante de todos: «Ramon: acuérdate de que D. Carlos ha jurado cortarte la cabeza, como cortó esta misma rama.» De todo esto ha dimanado, añadió Pepe, el entibiamiento de Cabrera, y la rabia que contra él tiene D. Carlos.»

V.

**Observaciones políticas y militares.**

*Milan 16 de Junio.*

El Sr. Boet prosiguió: Las explicaciones que me dió mi amigo sobre la cuestion cabrerista y sobre otras cosas de menor importancia, me demostraron que aunque en Estella fuese peligroso ocuparse de política, quizá lo era mas desentenderse de ella; y como yo no quería ser partidario de ningun caudillo, tomé la determinacion de observar de lejos los vaivenes de aquellas rivalidades; y en vez de dedicarme tan solo al lucimiento de mi batallón, estudié tambien el estado del país, de la corte y de la guerra, valiéndome de los datos que mi amigo me daba, y de las observaciones que por mí mismo hacia.

Como V. comprenderá, señor Corresponsal; examinadas las cosas á esta distancia, no dejaban conocerse con toda precision; pues tan solo era posible juzgarlas de un modo aproximado. Pero aquella misma distancia me ayudaba á ver mejor el conjunto, á distinguir mas su carácter, y formarme un concepto bastante fiel. Así es que aunque entonces no pude conocer al carlismo del modo matemático, detallado y recóndito que en la emi-

gracion; despues ví que no solo me habia equivocado muy poco, sino que tan solo me engañé creyendo que tenia curacion lo que de todo punto era incurable. Voy, pues, á dar á V. una idea de la situacion de los carlistas del Norte, desde el pueblo hasta D. Carlos; y si me equivoco en algo, le puedo asegurar que este error no altera la verdad del todo.

Cuando llegué allí el movimiento carlista se hallaba en toda su plenitud; de modo que casi era imposible que tuviese mas entusiasmo, ni mas desarrollo, atendidos los elementos de que disponia. En el pueblo habia confianza, fé, abnegacion; en las autoridades civiles mucha actividad y energía; en la administracion del país grande órden y movimiento; en el ejército, disciplina, obediencia y aliento; en el Estado mayor, esperanzas, y en la córte, alguna reserva, junto con mucha mala voluntad.

La causa de esta halagüeña situacion se debia sobre todo á la autonomia de aquellas comarcas; y al motivo del levantamiento de ellas; lo cual permitió que el carlismo tuviese luego una base política y económica, que daba á la lucha buenas proporciones, impidiendo prevalecer las rencillas y rivalidades que existian desde los primeros tiempos. Advierta V. que no entiendo significar que las borrasen; sino que, aunque continuasen reinando, habia un movimiento mas general y elevado, que las dominaba.

La idea de los vascos y navarros al tomar las armas, no fué defender sus fueros y provincialismo, sino la religion católica y D. Carlos; creyendo que ambos eran lo mismo, y que lo dinástico estaba perfectamente embebido en lo católico, y lo católico en lo dinástico. Comprenderá V., que allí no se tratase nunca de fueros, con solo recordar que como la revolucion de setiembre no se propuso tocarlos, era absurdo pensar que nadie se levantara á defenderlos. De aquí que no solo no se hablase de los fueros durante la guerra, sino que ni se ocurriese remotamente la idea de que hubiesen podido perderse. Una clase social, que V. puede ya imaginar que es el clero, empezó á predicar á los vascos y navarros que habia llegado el momento mas terrible para el catolicismo; que los liberales iban á caer formidablemente sobre él para destruirlo; que el país se llenaba de protestantes y masones; que la masonería era una de las instituciones mas horrendas é infernales; y que si alguien no remediaba



este mal, la venganza mas terrible de Dios caería sobre España.

Atendido el carácter vasco-navarro, estas predicaciones causaron un gran efecto, pues la gente no solo creyó literalmente que todo lo que le decian era cierto, sino que se preocupó del cataclismo que le profetizaban. Los carlistas, que trabajaban mucho desde el principio de la revolucion; introdujeron su política en aquellas predicaciones, dando la union de D. Carlos y el catolicismo, por una de las cosas mas lógicas, mas naturales y sólidas. Desde entonces el vasco-navarro aprendió de coro que el catolicismo corria gran peligro, y que D. Carlos lo habia de salvar. Aunque se ha supuesto tambien que los vascos y navarros habian abrazado de nuevo el carlismo por una idea dinástica; á mí me pareció siempre que esto no hubiera bastado para originar y sostener aquella guerra; pues por mas que ya fuesen algo carlistas, sus opiniones tenian un carácter platónico muy fugaz. El gran motor de la guerra fué allí la religion; y si el nombre de D. Carlos figuraba en la contienda, era sobre todo porque los laborantes carlistas lo describieron como el defensor mas eficaz de ella, y como el representante natural de la unidad y del esplendor del catolicismo en España.

Tambien he oido decir que los vasco-navarros quisieron imponer el absolutismo á la nacion, conservando ellos sus fueros democráticos; y nada supe, ni observé, que lo confirmase. Si álguien tenia esas ideas, puedo casi asegurar que los vasco-navarros ni siquiera pensaron en ellas; pues todo su afan se cifraba en la cuestion católica, y verosimilmente jamás se fijaron en otra cosa. Ellos no quisieron mas que restablecer en España un culto único, prescindiendo de la política. Convencidos de que la libertad de conciencia era un escandalo y una calamidad nacionales, se propusieron ahogarla, aunque fuese en un torrente de sangre propia y ajena. Además como el Pretendiente en sus proclamas ofrecia los antiguos fueros á las demás provincias; aquellos vascos, que eran capaces de discurrir mejor, debian creer que la victoria no produciria en España un absolutismo político.

Para apreciar debidamente la trascendencia de aquella inflamacion religiosa, es necesario tener presente que, aunque los fueros vasco-navarros no sean teocráti-



cos; el clero interviene de tal modo en la vida del país, que todos los actos públicos tienen un espíritu y aparato eclesiásticos, que dan al vasco-navarro un gran carácter religioso. Así es que las provincias, siguiendo leyes acentuadamente láicas, están como pendientes de su clero, y obran según el espíritu de éste. Lejos de haber allí la distinción de Iglesia y Estado que se halla en las demás partes de España; ni de haberse formado una corriente social, independiente de la del sacerdocio; todo continúa unido y compacto, como en los pueblos más teocráticos de la Edad Media. Por esto el levantamiento religioso de los vasco-navarros acarrecó de un modo lógico la adhesión de su administración; y el entusiasmo del país se confundió con el de casi todos sus administradores.

Entonces gobernantes y gobernados estuvieron de acuerdo; fué unánime el grito de que era necesario un gran esfuerzo patriótico para defender y ganar la causa que adoptaban; de que importaba sacrificarlo todo á este propósito; y que el rico y el pobre debían igualmente concurrir de un modo proporcionado, con hombres y hacienda. Así es que la administración estuvo dispuesta á ordenar con gran energía; y el pueblo á cumplir lo que le mandase. Como en virtud de su autonomía democrática, los vasco-navarros se administraban libremente; tenían una organización flexible y práctica, fundada en la índole y las necesidades del país; y entonces la dedicaron completamente á la guerra, dándole el aumento de actividad que la ocasión requería. Con esto la máquina marchaba velozmente; y si no hacía todo lo que podía desearse, le faltaba poco, y sobre todo, atendida la riqueza de aquel pueblo, no cabía en ningún ánimo discreto pedir ni esperar más.

Imagine V., pues, señor Corresponsal, si fué formidable aquel levantamiento, y cuanto partido podía sacar de él un hombre de talento y conciencia, que hubiese estado á la cabeza de la guerra. Se fundaron hospitales, se organizaron ambulancias, se establecieron fábricas de armamento y municiones, se constituyeron almacenes de víveres, de vestuario y calzado, y se presentó un numeroso contingente de soldados. Las diputaciones eran las autoras de esta rápida y brillante organización; y no puede V. imaginar cuán fácil y diestramente procedían, y con cuanta brevedad y exactitud mandaban

al ejército todo lo necesario, y muchas veces en una abundancia que pasmaba.

Es cierto que en unos ramos se lucian mas que en otros; pero como no dependia de ellas, sino de circunstancias ajenas, todavía dudo que en esto una administracion de otra índole hubiese hecho tanto. En una palabra: allí la religion y D. Carlos, no solo exaltaban á las masas, sino que daban á los administradores un último impulso, lo mismo en vigor, que en tino y resultado. Todos estaban contentos, porque todos contribuian con justicia rigurosa; y aunque algunos magnates, sirviéndose de la influencia de la corte, ó del ejército, quisieron que les rebajaran las cargas, no lo pudieron alcanzar, como le sucedió al mismo marqués de Valdéspina.

Se ha dicho que los carlistas habian tambien recibido grandes auxilios del extranjero; y que D. Carlos mismo contribuyó á la guerra con parte de su fortuna. Pero en lo primero ha habido mucha exageracion; y lo segundo no es exacto. Los comités belgas, franceses é ingleses enviaron algo; el duque de Modena hizo tambien algun regalo; pero ni las sumas tenian importancia, ni se dedicaron todas á las necesidades de la guerra. D.<sup>a</sup> Margarita recibia parte de ellas, en su suntuosa morada de Pau; y aunque debo suponer que las enviaba á su destino, no sé en verdad qué enredo hubo, porque de repente el delegado belga no quiso entregarle nada mas, y remitió los fondos directamente á las provincias.

Algunas sumas eran destinadas á los hospitales, donde no se sacaba de ellas mucha utilidad; pues mientras unos rebosaban de recursos, otros tan solo tenian lo mas necesario. Andaba por allí el conde de Bourgade, el mismo que ahora agencia los trabajos de la causa de Milan; y segun ví, no gozaba de gran reputacion de administrador, acusándosele de entretenerse mas en la prosperidad y lucimiento de su persona, que en las necesidades de su cargo. El Pretendiente, no solo no dió un cuarto para la guerra, sino que logró que las Provincias racionaran su corte; y segun tengo entendido, no faltó quien algunas veces comerciase, vendiendo las raciones señaladas. Así es que los gastos de la guerra del Norte, salian del mismo país; y él era quien nos sustentaba y pagaba á todos; él quien nos equipaba y armaba; y él, en fin, quien nos curaba los enfermos y heridos.

Este grandioso espectáculo, que hubiera ya sido admirable en provincias ricas como Cataluña; era sublime allí, donde no existe una riqueza notable; porque había abundancia, rapidéz en producirla, órden en acopiarla, y fecundidad en mantenerla. Parecía que aquella tierra se hubiese de repente convertido en un vasto y bien surtido emporio, capaz de subvenir á todo lo que ocurriese. Los convoyes de víveres, armamento municiones y vestuario cruzaban sin cesar por todos los caminos, sin confusion, ni embarazo, llegando muchos con una exactitud rigurosa. Todo lo hacían y mandaban las diputaciones; y los militares no teníamos otra intervencion, que pedir lo necesario, y tomarlo de manos de los diputados. Jamás el ejército liberal estuvo tan bien surtido, á pesar de tener una numerosa y vasta administracion militar centralizada.

Si algunos no se fijaban en todo esto, yo que gusto de observar, lo estudiaba y analizaba atentamente; y como lo que había leído y lo que había visto de los Estados-Unidos, engrandecían mis ideas, no solo lo apreciaba, sino que lo enlazaba estrechamente con los principios de administracion autonómica. Veía en aquellas pequeñas provincias unos estados que gozaban de su propia autonomia desde algunos siglos; y que en aquella crítica situacion, á pesar de estar privados de sus capitales, habían sido capaces en brevisimo tiempo de producir por sí mismas una cosa tan difícil, como la organizacion de un gran ejército; y lo estaban sosteniendo y mejorando, en medio de los azares de una guerra larga, sin dar muestras de agotamiento ni cansancio. Conoci enseguida que dependia de sus mismos derechos autonómicos; y recordando que en la última guerra de los Estados-Unidos había pasado otro tanto; y que por el contrario en la guerra entre Francia y Prusia, los franceses habían quedado enseguida agotados; deduje lógicamente que el poder provincial es uno de los mas fecundos elementos para la defensa de un país, y en general para el sosten de una guerra.

«Hé aquí un fenómeno, pensaba, que merece estudiarse á fondo por la trascendencia que tiene, y por la novedad de que está lleno; pues así como el derecho autonómico hasta ahora se había tan solo fundado en las artes de la paz; se vé claramente que merece tambien defen-



derse por las ventajas que dá á la guerra. Ahí tenemos dos Estados bien diferentes: los vasco-navarros y los franceses. Aquellos son un pequeño y modesto país, que vive autonómicamente; y estos una grande y opulenta nación, que vive centralizada. Los vasco-navarros son capaces de levantarse contra el resto de España; y organizando entre los combates un poderoso contingente de tropas, se defienden heroicamente, repeliendo al adversario; mientras los franceses han de rendirse á discrecion, apenas sus enemigos ponen los piés en la capital. Así tenemos, que si la autonomía fuese general en España, podríamos hacer una formidable guerra ofensiva y defensiva; porque como cada region seria un completo organismo administrativo, sostendria por sí sola un ejército, ó lo formaría y mantendría; mientras que ahora, si perdiésemos Madrid, todo nuestro poder quedaria desconcertado y paralizado."

Estas observaciones me impresionaron mas, por considerar, que la guerra nunca ha dependido tanto como ahora de la administracion; ya por el número de hombres á que se elevan los ejércitos, ya por la rapidez de los movimientos, y por las necesidades del actual armamento, que tantas municiones consume. Así es que viendo que el principio autonómico, que habia visto funcionar en los Estados-Unidos y en las Vascongadas, allí en la paz, y aquí en la guerra; produjo tan ópimos resultados, me enamoré apasionadamente de él, y me alegré mucho de que D. Carlos hubiese prometido los fueros á España; porque así se estableceria en todo el país un régimen autonómico. Por desgracia ignoraba, no habiéndome ocupado nunca en política, que aquellas leyes no podian restaurarse en su forma antigua; y que el Pretendiente, lejos de haberse propuesto modernizarlas, no queria otorgarlas ni en su antigua forma, por ser enemigo acérrimo de todo lo que limitase su absolutismo.

## VI.

### **Los chismes é intrigas.**

*Milan 19 de Junio.*

De lo dicho habrá V. ya deducido que, en la parte mili-



derse por las ventajas que dá á la guerra. Ahí tenemos dos Estados bien diferentes: los vasco-navarros y los franceses. Aquellos son un pequeño y modesto país, que vive autónómicamente; y estos una grande y opulenta nación, que vive centralizada. Los vasco-navarros son capaces de levantarse contra el resto de España; y organizando entre los combates un poderoso contingente de tropas, se defienden heroicamente, repeliendo al adversario; mientras los franceses han de rendirse á discrecion, apenas sus enemigos ponen los piés en la capital. Así tenemos, que si la autonomía fuese general en España, podríamos hacer una formidable guerra ofensiva y defensiva; porque como cada region seria un completo organismo administrativo, sostendria por sí sola un ejército, ó lo formaría y mantendría; mientras que ahora, si perdiésemos Madrid, todo nuestro poder quedaria desconcertado y paralizado."

Estas observaciones me impresionaron mas, por considerar, que la guerra nunca ha dependido tanto como ahora de la administracion; ya por el número de hombres á que se elevan los ejércitos, ya por la rapidez de los movimientos, y por las necesidades del actual armamento, que tantas municiones consume. Así es que viendo que el principio autonómico, que habia visto funcionar en los Estados-Unidos y en las Vascongadas, allí en la paz, y aquí en la guerra; produjo tan ópimos resultados, me enamoré apasionadamente de él, y me alegré mucho de que D. Carlos hubiese prometido los fueros á España; porque así se estableceria en todo el país un régimen autonómico. Por desgracia ignoraba, no habiéndome ocupado nunca en política, que aquellas leyes no podian restaurarse en su forma antigua; y que el Pretendiente, lejos de haberse propuesto modernizarlas, no queria otorgarlas ni en su antigua forma, por ser enemigo acérrimo de todo lo que limitase su absolutismo.

## VI.

### Los chismes é intrigas.

*Milan 19 de Junio.*

De lo dicho habrá V. ya deducido que, en la parte mili-

tar, los carlistas del Norte eran soldados de un espíritu excelente, de un entusiasmo ilimitado, y de una disciplina bastante firme. Servían con gusto, tenían mucho amor á la causa, sufrían los trabajos con alegría, y se batían contentos é impávidos. Todo esto dependía no solo de la fé religiosa con que habían abrazado el carlismo, sino tambien de otras cosas no menos eficientes, como estar bien alimentados, equiparse de un modo bastante regular, hallarse en su propio país, y ver fácilmente á sus padres, novias y parientes. Los campamentos parecían reuniones de amigos, á pesar de hacerse con rigor el servicio. A cada paso hallaba V. gallardos mozos bailando los zorricos de la tierra; otros cantaban los romances de Trueba y demás poetas suyos populares; y muchos formaban alegres grupos donde se conversaba animadamente; mientras los ordenanzas iban y venían, los factores y furrieles desempeñaban sus comisiones, y los oficiales se paseaban con gravedad, leyendo el *Cuartel Real*, ó discutiendo las noticias del día.

A pesar del desprecio de muchos por los ejércitos improvisados, no pude allí reconocer que fuese bien fundado; porque sea que el español adquiriera muy pronto el carácter militar, sea que la fé ayudara á los vasco-navarros, puedo decir que aquellas tropas, aunque adoleciesen de algunos defectos, tenían bastante solidez. El servicio era severo, y las maniobras tenían corrección. No quiero decir que los soldados fuesen un modelo de parada, ni mucho menos, sino que operaban con mucha regularidad. Si hubiese habido tiempo de instruirlos más, ó si antes de la guerra se les hubiese enseñado el ejercicio, es indudable que hubieran tenido un porte sobresaliente. No crea V. que lo diga á la ligera; porque habiendo antes pensado mucho en organización militar, aproveché aquellas novedades para estudiarlas á fondo, y someter á la experiencia las opiniones tradicionales que nos enseñan en las academias y textos. Como la revolucion que se ha hecho en los ejércitos ha impuesto ahora á las naciones un servicio breve y obligatorio, tuve en el Norte lugar de conocer que este bastaba para formar buenos soldados.

Ya que V., como periodista, se ha ocupado en estudios militares, quiero tambien hablarle de otra observacion que allí hice referente á eso que llamamos espíritu de

cuerpo. Es indudable que los soldados que viven largos años en un mismo batallon, regimiento, ó lo que sea, llegan como á afiliarse á él, constituyendo una entidad moral vigorosa, que da mucho nervio á las masas. Esto que como usted sabe, se llama espíritu de cuerpo, no puede menos de enflaquecerse y desaparecer, reduciendo el servicio á pocos años, según ahora se practica. En nuestro ejército del Norte observé que se evitaba ventajosamente este defecto, por medio del espíritu provincial; pues habia tal emulacion entre los soldados de una y otra provincia, que bastaba para dar á los batallones una cohesion fuerte, una constancia inquebrantable y un valor heróico. Los navarros se inflamaban de ver la brillantéz de los vizcainos; estos se erguian al oír alabar á los alaveses, y esta especie de certámen redundaba en beneficio de todos. Así, pues, aquí hallé una razon mas de preferir la organizacion militar provincial, por ser la única que en el sistema contemporaneo puede formar ejércitos buenos.

El espíritu de la oficialidad y de los jefes subalternos era generalmente bueno, ya procediesen ellos del ejército liberal, ya del antiguo carlismo. Los nuevos afiliados no teníamos seguramente la fé religiosa que el país; ni la pasion dinástica que los viejos carlistas, pero deseábamos cumplir bien; y como ya estábamos acostumbrados á una obediencia rígida, puedo asegurar que casi no se faltaba al deber. Los viejos oficiales carlistas seguian una conducta idéntica; y si tomaban parte en las disidencias militares y políticas; era sin detrimento del servicio. No podia decirse lo mismo de los jefes subalternos de esta procedencia, aunque tampoco se les puede acusar de perturbadores de la homogeneidad, no habiendo salido su oposicion de los límites razonables. En una palabra, señor Corresponsal; los soldados, los oficiales y jefes subalternos del Pretendiente estaban allí en bastante buen estado de espíritu y disciplina.

Pero al llegar al Estado Mayor, la situacion cambiaba mucho. Habia varios generales, cada uno de los cuales tenia un círculo de partidarios, que sino era exclusivo, poco faltaba; y aunque pasc algo de esto en todos los ejércitos del mundo, allí descollaba amenazadoramente. Elio, Dorregaray, Mendiri, Valdespina y otros de ménos mérito, ó posicion, convertian, quizá á pesar suyo, el



campo carlista, en un verdadero campo de Agramante. Elío era entonces el general en jefe; Dorregaray tenía el mando general del país; y Mendiri y Valdespina, ocupaban otros puestos importantes. Había contra Elío un descontento general, por creerse que la edad y los achaques no le permitían ya dirigir la guerra; y lo cierto es que adolecía de una calma imperturbable y de una confianza ilimitada, que muchas veces nos costaron caras, y que nunca nos fueron útiles. Pero como Elío no se avenía á retirarse; sino él, sus admiradores, acusaban de aquellas quejas á tal ó cual general, de quien decían que deseaba sucederle; y como este y sus amigos se veían obligados á defenderse, era imposible que lo hiciesen, sin viveza y acritud.

Con esto había una profunda división en las planas mayores, las cuales se frotaban de continuo, haciéndose bastante mal. La de Elío acusaba á Dorregaray de ambicioso, y hacía circular voces misteriosas de que era mason, y se entendía con los enemigos; de otros decían cosas parecidas, ó no menos alarmantes; y los partidarios de los difamados criticaban amargamente las operaciones de Elío; las llamaban funestas y desastrosas, y aseguraban que este general bastaría para esterilizarlo todo, y dar al adversario una completa victoria. Como cada cual seguía esta rivalidad según su carácter, la oposición tenía un sesgo vehemente, ó hipócrita, franco ó solapado, calumniador, depresivo, injusto, deshonoroso, fiero, que entristecía, indignaba y desmayaba á los imparciales.

Las operaciones se resentían mucho de esto, porque los afiliados de aquellos generales perjudicaban cuanto podían al rival, dejando de apoyarle, callándole noticias, y murmurando de lo que hacía, á fin de comprometerlo delante del enemigo, de exponerle á algún descalabro, de falsearle los movimientos, y menguar sus ventajas; y apenas lo alcanzaban, prorumpían en dieterios contra él; lo despedazaban encarnizadamente, le acusaban de incapacidad, y daban pérfidamente á entender que estaba en convivencia con los liberales. En vano la víctima se defendía, alegando razones; porque toda su filosofía era inútil ante aquel complot de calumniadores. Así es que en la esfera superior del ejército había rabias frenéticas, que todo lo envenenaban; indignaciones violentas,



que clamaban patéticamente justicia; intrigas infernales, que roían las honras y reputaciones mas sólidas; y alegrías malvadas, que celebraban con carcajadas horrendas nuestras mismas derrotas, y á veces llegaban á desear que hubiese un cataclismo para gozarse inefablemente en el desprestigio y caída de los rivales.

Sea dicho en honor de la verdad, que Dorregaray y Mendirí hacían en esta lucha de rivalidades mejor papel que otros generales; porque no solo criticaban con razon las faltas de algunos, sino que lo hacían con desinterés personal. Dejando aparte á Mendirí, por estar poco enterado de sus cosas, Dorregaray servía allí con la abnegacion mas pura y denodada. Lejos de querer el mando supremo, opinaba que debía encargarse á Cabrera, creyendo que este acallaría todas las envidias, traería mas elementos á la causa, impulsaría las operaciones, y daría homogeneidad al movimiento. La opinion de Dorregaray era general entre todos nosotros, fuésemos ó no cabreristas; y reforzada por estos, cobraba cada dia una importancia irresistible. Hablábase en alta voz de la necesidad de que viniese Cabrera; y soldados y subalternos estaban conformes en decir que su llegada habia de ser la victoria.

Pero habia grupos tan numerosos, como compactos, que lo combatían tenaz y hábilmente. Susurrábase que el alma de ellos era el mismo Elío; pero ignoro con qué fundamento, porque este general tenia fama de muy caballero y reservado; y aquella conducta hubiera estado en contradiccion con estas cualidades. Lo que no puede negarse es que habia gente que trabajaba con actividad contra Cabrera, y que lo hacían en tales términos, que confundían á los patrocinadores de este. Decían que no quería ir; que se habia negado, á pesar de habersele llamado; que se habia hecho constitucional y mason; que estaba demasiado rico para compartir nuestros trabajos; y que era inutil desearle, porque no se movería de Inglaterra aunque todo el partido le rogase de rodillas.

No habia en todo esto una razon plausible, ni motivo de importancia; porque lo de haberse hecho constitucional, se reducía á querer un programa político semejante al de fueros que D. Carlos prometió. Pero

el hecho es que aunque Cabrera fuese tan deseado, no venia, ni habia noticias de que se pudiese en camino. Luego lo impedia un misterio muy grave del cual no se hablaba públicamente. Ya sea ó no cierta la escena que mi amigo Pepe me contó, la causa principal de aquella abstencion era el odio profundo del Pretendiente, segun pude yo mismo conocer, y segun en la emigracion supe positivamente; pues D. Carlos me dijo varias veces con toda claridad, que queriendo entonces fusilar á Cabrera, procuró atraerlo á Estella; y que si lo hubiese persuadido, no le hubiera dado veinticuatro horas de vida. Este odio no podia fundarse en razones políticas, porque don Carlos un dia ú otro me lo hubiera dicho, en lugar de contestarme vagamente, cada vez que le hablaba de ello. La causa debió ser una antipatía vivísima, un gran resentimiento personal, ó ambas cosas á la vez.

Desearé V. ahora saber qué conducta seguia el Pretendiente en aquel conflicto de sus generales; y se lo contaré, segun las noticias que pude alcanzar, y que aun recuerdo, pues ya se me han olvidado muchas. D. Carlos estaba allí rodeado de una corte, que aunque comprendiese algun hombre listo y hábil, no era propia de un Pretendiente, ni por la inteligencia, ni por el carácter, ni la educacion. Viendo esta gente que su rey no se preocupaba mas que de su lucimiento personal, se dedicaron á fomentarlo, tanto para tenerle propicio, como para descollar sobre el ejército, y hacerse árbitros de la situacion.

En esta política se hallaron enseguida tan de acuerdo el rey y sus cortesanos, que sería difícil asegurar cuál la proseguía con mas decision; aunque ya puede asegurarse que todos competian en hacer daño al carlismo. El y ellos procuraban fomentar por bajo mano las rivalidades del Estado Mayor, dando á todos la razon y la culpa, á fin de rebajar á la vez lo mismo á unos, que á otros; el Pretendiente hablaba con frialdad y desden de sus generales delante de los cortesanos; y estos en presencia de aquel criticaban fuertemente las operaciones, diciendo, si eran de Dorregaray, que Elío lo hubiera hecho mejor; si de Elío, que Mendiri hubiera estado mas acertado; y si de este, que el marqués de Valdespina hubiera hecho otra cosa mas eficaz. D. Carlos lo aprobaba; y si los cortesanos le exponian la conveniencia de que se supie-

se, no lo contradecía, ó lo prohibía bastante flojamente para indicar que lo hiciesen sin comprometerle. Entonces los cortesanos se dispersaban por los cafés, alojamientos y oficinas de Estella, ó del sitio donde la corte se hallaba; y referían en voz baja las opiniones del Pretendiente.

Corría en seguida la voz con la velocidad del rayo; sacaban de ella armas los adversarios, y quejas los amigos del censurado; se encarnizaban unos contra otros; llegaba la cosa á oídos de la víctima, y no solo producía gran descontento en su division, sino que á veces daba lugar á que el general se quejase amargamente al rey de las habladurias de sus cortesanos.

Entonces si el general estaba ausente, D. Carlos le escribía una tierna carta, llamándole querido suyo y defensor denodado de su causa; protestando del profundo afecto que tenía por él; asegurándole que despreciaba á sus calumniadores; recordando las amigables conversaciones que habían tenido juntos; prometiéndole grandes recompensas, y ofreciéndole de nuevo su eterna admiración y cariño. Si el calumniado estaba cerca, lo llamaba, le estrechaba las manos con efusion, le rogaba con ojos humedecidos que no hiciese caso de los envidiosos; le acariciaba con una dulzura exquisita; le recordaba sus grandes servicios, y le aseguraba una y mil veces que podía contar con su afecto y proteccion. Pero apenas habia mandado la carta, ó despedido al general, llamaba á sus cortesanos, para rebajar y desprestigiar otra vez al mismo á quien acababa de alabar.

Así las Provincias Vascongadas y Navarra, que en apariencia eran un cielo, eran en el fondo un horrible infierno, donde unos atormentaban cruelmente á otros; donde algunos centenares de zánganos inutilizaban y malbarataban la riqueza del país; donde la canalla mas vil se burlaba de la sencillez, de la buena fé y entusiasmo de la gente; donde se manchaban villanamente las honras mas brillantes, y las reputaciones mas justas se derribaban y cubrían de cieno; donde se jugaba con millares de vidas, sin escrúpulo ni remordimiento; todo, en último resultado, para que un mozalbate necio, fátuo y ridículo, descollase, rodeado de algunas nulidades grotescas, que pasaban el día incesándolo y llamándole *hombre sobrenatural*.



## La vida de don Carlos.

*Milan 22 de Junio.*

Nada podrá darle á V. una idea mas viva de la conducta de D. Carlos, como un breve bosquejo de las ocupaciones ordinarias de este; y aunque no vi con mis ojos lo que le contaré, fui informado de ello por personas fidedignas, que no puedo suponer me engañasen. Las escenas que le voy á referir ocurrieron en diferentes localidades del Norte, y en varios tiempos de la permanencia del Pretendiente allí; de modo que no pasó todo en la misma Estella, aunque aquí sucediese mucho é importante.

Ya le he dicho que D. Carlos estaba rodeado de una corte de jovencitos de condiciones impropias del cargo; y que la conducta de estos era muy censurada del ejército y del pueblo. Aunque no niego que mereciesen esta reprobacion, la justicia me obliga á confesar que el Pretendiente era el único culpable de lo que hacian, pues la mayor parte del tiempo tan solo cumplian las órdenes de aquel. Se susurraba tambien que desmoralizaban á D. Carlos, halagando sus pasiones; y bien que algunos lo dijese para cubrir y excusar á este; como muchos lo hacian de buena fé, debo manifestar que era todo lo contrario, pues el Pretendiente no solo no necesitaba que lo corrompiesen, sino que los que estaban á su lado habian de guardarse de que él todavia no los sumiese mas en la crápula. Sobre esto D. Carlos me habló mucho en la emigración, mofándose de los crédulos; y diciéndome que no los desengañó porque le convenia que otros se llevaran la culpa de sus costumbres.

El héroe del *As de oros* pasaba divinamente el tiempo en las Vascongadas y Navarra; pues entre murmurar, maldecir, intrigar, desunir, corromper y seducir, apenas podia fastidiarse. Lo único que, segun me dijo, le cargaba, era la necesidad de asistir á funciones religiosas;



y solo se consolaba de esto, á lo que me aseguró, cuando por haberse estas celebrado en algun convento de monjas, podia despues entrar dentro, y acompañar un rato á las religiosas. Aunque sobre estas visitas me contó en la emigracion cosas graves, que me parecieron dudosas, creo prudente no referírselas á V., por mas que algunos me las hayan confirmado, añadiendo detalles precisos.

Una de las ocupaciones ordinarias de D. Cárlos era la maledicencia; y por mas que ya le he referido algunos detalles, me he quedado corto, y cualquiera lo quedaria, por mucho que dijese sobre este particular. Le causaba siempre un placer inefable saber que los militares andaban divididos y recelosos unos de otros; que los cortesanos y políticos no podian verse entre sí, y que los eclesiásticos se despedazaban mutuamente. Apenas despuntaba un general, un escritor, ó un prelado, se dedicaba cuidadosamente á derribarlo, fastidiándolo con toda suerte de intrigas, de burlas y desprecios. El clero sobre todo era objeto de sus desaires y humillaciones, porque como no le inspiraba el temor que la gente de espada y pluma, le hostilizaba y mordía, sin ningun miramiento. A esto se atribuyó una violentísima pastoral que el Obispo de Urgel publicó en Estella á últimos de noviembre de aquel mismo año, quejándose de la corrupcion del campo carlista, y de la irreverencia de este al catolicismo; y diciendo, en un arranque amenazador, que Rafael Maroto fué en otra época el instrumento de que Dios se sirvió para castigar faltas semejantes.

La maledicencia de D. Cárlos llegaba frecuentemente á lo mas rastrero imaginable. Si sabia que dos militares de importancia se querian, llamaba á uno, y despues de hablarle de cualquier achaque, le decia: «Fulano, tu ya sabes que te quiero mucho ¿verdad? Pues guárdate; porque sé de cierto que tienes enemigos.»—«Señor, contestaba el otro; sin duda los tengo, pero como nada pueden alegar contra mí, no los temo.»—«Sin embargo, objetaba el Pretendiente, no dejan de murmurar mucho. ¿Conoces á zutano? añadía, nombrándole al amigo.»—«Señor, sí, contestaba el otro. Es un íntimo mio.»—«¿Íntimo, eh? exclamaba él sonriendo. Buena mano tienes en elegir á tus amigos de confianza. Te felicito mucho, hombre.»—«Señor....., decia el otro cortado.»—«Mira, proseguia D. Cárlos, si me prometes no revelarle

nada, te referiré lo que me ha contado de tí, pues no quiero que riñas con él, sino que le prevengas."

Alarmábase el otro; y entrando en dudas de su amigo, prometía al Pretendiente callar. «Sabe, pues, decía Don Carlos, que la última vez que estuvo aquí, me dijo que eres un ladrón; que habías robado tanto en tal ó cual casa, y que solo me sirves para hacer tu negocio." Entonces el acusado se exasperaba, y creyendo que aquellas revelaciones eran ciertas, protestaba de su inocencia, y atacaba violentamente á su pretendido contrario. «Señor, es una calumnia, es una bellaquería, es una infamia, exclamaba; y si no hubiese dado á V. M. la palabra de callarme, correría á arrancar el corazón á aquel bellaco."

Entonces el Pretendiente le miraba con fingida tristeza, y estrechándole las manos con cariño, exclamaba: «¡Qué desconsolador es que un amigo falle á otro por el solo prurito de hacerle daño! Porque dígame qué le ha servido al tuyo calumniarte ante mí, que soy un admirador de la amistad sincera, y no puedo sufrir á los que la fingen? No hay en el mundo, otra pasión mas bella. El amor paternal tiene por objeto un egoísmo, como reproducirse en un hijo, viéndose continuado en carácter, nombre, ideas, propensiones y gustos; el amor sexual es otro egoísmo, que se encamina á lograr los deseos que nos inspira una persona de diferente sexo, como obtenerla, gozarla, guardarla para nosotros solos, poseer su corazón, inspirar su entendimiento, vivir con ella, y tal vez hacerla participe de nuestras ambiciones paternas. Solo la amistad es pura, desinteresada, ideal, abstracta, y mas santa y celeste que el amor religioso, que tambien se inspira en el egoísmo de alcanzar el cielo. ¡Ah! decía con ojos tiernos. ¡Cuánto siento que los carlistas no seáis todos un modelo de amigos; queriéndoos exquisitamente; siendoos fieles unos á otros; ayudándoos como verdaderos hermanos de armas y de partido; y dando á los liberales ejemplos incomparables de armonía! Tu no puedes imaginar cuanto me gusta ver á dos verdaderos amigos de esos que son uña y carne; que todos los secretos se confían y guardan; que no se faltan en un ápice; que parecen vivir el uno para el otro, y rien, y lloran juntos, se aconsejan bien, se ayudan siempre, y no se separan jamás. Si por algo me duele ser

rey, añadía melancólicamente; es por no tener el gozo de hallar verdaderos amigos, pues los reyes, en razon á nuestra alta clase, tenemos buenos vasallos, excelentes servidores, leales cortesanos y sinceros admiradores; pero amigos no los encontramos jamás."

Conmoviase con esto el otro, y exclamaba: «V. M. lleva razon; y fulano no es un amigo, sino un pícaro, un hipócrita, un canalla, un malvado, con perdon sea dicho de V. M.» Entonces D. Carlos se aprovechaba de su exasperacion para hacerle otra treta. «Yo no le he creído de nada, decia; porque harto conozco tus sentimientos; y tan solo me he figurado que aquel era uno de esos enredadores que temiendo que tu contases sus lios, te los colgaba á tí, para desautorizarte.» Casi siempre la víctima caía en el lazo, y descubria todos los secretos de su amigo. «V. M. ha acertado, decia, porque yo le reprendí varias veces por su comportamiento, vaticinándole que acabaria mal, si no cambiaba.» Y en seguida, llevado de su resentimiento, contaba todo lo que sabia. «Vea V. M. exclamaba, el caso que debe hacerse de él.» Entonces el Pretendiente lo despedía, dándole algunos tirones de solapa, y asegurándole con ojos tiernos que le quería mucho; y hacia comparecer al otro, y le contaba en las mismas formas hipócritas, lo que su amigo acababa de referir; de lo cual, indignado aquel, se vengaba descubriendo todos los chismes del otro. «Ya ve V. M., decia, que ese hombre no es mas que un tunante; y que lejos de poderse meter conmigo, tiene mucho de que avengonzarse»— «Tu has hecho bien avisándome, contestaba el Pretendiente; porque como ya sabia que eres leal y honrado, he supuesto en seguida que quien te desacreditaba, no podia ser cosa buena.» D. Carlos creia que de este modo se hacia superior á todos; porque era el único que quedaba entero; sin ver que lo que realmente lograba era atraerse el odio secreto de muchísimos; y que como no era capaz de gobernar el Estado, ni de dirigir el ejército, desautorizaba y desprestigiaba á todos los que lo eran; y les impedia vencer, y hasta luchar.

No son menos curiosas las escenas, donde procuraba directamente hacerse una aureola de grande y piadoso monarca. Habia en la corte un jóven ex-tripero de Zaragoza, llamado Salvador Morales, á quien escogió por secretario de sus ocurrencias mas peregrinas. Morales



era un hombre delgado, medio calvo, sério, atento y silencioso, del cual se murmuraba mucho, aunque sin razón, pues quizá era allí el único que no criticaba á nadie. Yo sospecho, aunque otros creen lo contrario, que habiendo conocido á su amo muy á fondo, se guascaba con él, sin conocerlo este; porque el lenguaje que le tenia no puede tomarse sino como una broma bien hecha. Salvador Morales habia pasado de tripero zaragozano á periodista, y como se moria de hambre, se fué á Estella donde al menos pudo asegurar la pitanza, haciendo de monaguillo del Pretendiente. Como no era del todo tonto, vió enseguida del pié que su amo cojeaba, y le dió por ahí á trueque de comer cada dia. Pero esto no le libró tampoco de caer un dia en desgracia, y ser echado ignominiosamente de la corte.

Habia de ser una de las cosas mas divertidas del mundo ver á D. Carlos tratando en sério de política con Salvador Morales; y á este manteando á D. Carlos, con las apariencias mas atentas y respetuosas. No sé hasta qué punto son exactos los detalles que me dieron de estas escenas; pero casi puedo asegurar que se aproximan mucho á la verdad. El Pretendiente llamaba á su secretario, y le decia: «Vamos á ver, Morales: ven acá y siéntate.» Diciendo esto, le cogia de la solapa y dándole un violento tiron, le hacia sentar. «Quiero que hablemos de cosas importantes, añadia; y le pinchaba en el pecho con los tres dedos de la mano.»

Morales se cruzaba de brazos, se ponía grave, y miraba fijamente al Pretendiente con los ojos muy abiertos. «Un personaje, decia D. Carlos, me ha asegurado hoy, que España en peso, visto el desbordamiento de la anarquía que han hecho los republicanos, me va á llamar; y que antes de quince dias, entraré en Madrid, bajo palio, entre las aclamaciones mas frenéticas del pueblo. ¿Qué te parece á tí? Pero atiende, añadia, cogiéndole y tirándole del brazo; que segun se ve, la situacion del país es ya insufrible porque no se respeta ni la propiedad, ni la religion, ni la honra de las mugeres; y todo está tan desmoralizado y perdido que no queda otra esperanza que yo, que soy el defensor legítimo y natural de la religion, de la familia y de la propiedad. A ver qué opinas tú: dímelo con franqueza.»

Morales quedaba un poco meditabundo, como si bus-

case en su interior la broma mas adecuada; y luego tomando un tono solemne, decia poco mas ó menos lo siguiente: «Señor: aprovecho la ocasion que se me presenta, para tener el alto honor de dirigirme á V. M. con el respetuoso y profundo amor que constantemente he sentido hácia su augusta persona, no solo por las inmerecidas distinciones que de V. M. he recibido, sino principalmente porque he sido, soy y seré siempre leal y respetuoso súbdito de V. M. en la próspera, como la adversa fortuna; pues yo, Señor, ya era carlista antes de nacer.»—«Bien, hombre, bien, bravo; exclamaba don Carlos. Ni Castelar haria un período tan magnífico. Prosigue, y cuenta con mi eterno amor, pues ya sabes cuanto y cuanto te quiero.»

Entonces morales se inclinaba profundamente, y respondia: «V. M., que es rey y padre cariñoso, me trata con un amor que no merezco; pero yo, penetrado de reconocimiento, me esmeraré en ser lo menos indigno posible de tanta y tan augusta confianza.» Don Carlos lo tomaba todo en sério. «¡Qué bien hablas! exclamaba. Tu eres el primer político y orador de la córte. Pero sepamos de una vez tu parecer.»—«Respecto de lo que han dicho á V. M., exclamó Morales con acento convencido, ¡ah, Señor! recordad qué cien veces se ha visto España al borde del abismo; y nunca, nunca, nunca durante sus terribles crisis, demandó en su auxilio las virtudes de vuestro Augusto abuelo, ni ha demandado la espada victoriosa de V. M.»—«Tienes razon, exclamaba el Pretendiente; prosigue; y le pinchaba en el pecho con los dedos.»

Morales, procurando conservar la seriedad, añadía: «Señor, con los escombros de las repúblicas no se levantan tronos legítimos; porque aquellos materiales no se adhieren á estas obras. Sobre las ruinas de las repúblicas brotan los partidos que les son afines; pero nunca sus contrarios; porque estos se dispersan, ó se imponen.»—«Magnífico, exclamaba D. Carlos. Me voy convenciendo de lo que me dices. Continúa esplicándote.» Morales añadía: «Señor, despues de la revolucion inglesa, aparece el sucesor de Carlos I; pero no llamado por Inglaterra, sino impuesto por la férrea mano de Monk, que mandaba el ejército. Entre el cataclismo y el remedio, ya sabe V. M. que se levantó la horrenda figura de Cromwel. Despues de la revolucion francesa no aparece Luis XVIII,

sino Bonaparte emperador; y si al fin sube al trono el rey legítimo, no llega llamado por Francia, sino impuesto por toda Europa.”

D. Carlos le escuchaba extasiado. «¿Qué bien estudiado lo tienes! decía. ¿De dónde sacas tan grandes ideas? A mí ya se me había ocurrido lo mismo; pero no creía que también fueses de mi opinion. Voy observando, Morales, que en política siempre piensas del mismo modo que yo. Por esto te quiero tanto, añadía, y le daba un gran tirón de levita.” Morales se inclinaba y decía: «Hechas, Señor, estas observaciones, manifestaré á V. M. con el respeto y lealtad de verdadero vasallo, que segun mi humilde modo de ver, el triunfo de la legitimidad, no depende del triunfo, ó de la ruina de la república española, sino de las victorias que la inmortal, la gloriosa é invencible espada de V. M. continúe obteniendo contra el enemigo.” —«Mucho, mucho exclamaba el Pretendiente. Asi mismo me lo figuraba yo guerra, pues, y á ellos, Morales; que el triunfo es seguro. Pero, añadía, ¿sabes qué deberías hacer? Escribir un artículo sobre esto mismo, aunque con alguna variante; porque lo insertaríamos en el *Cuartel Real*, donde hará grande efecto. No te olvides sobre todo de tocar aquello de mi invencible y victoriosa espada, porque le gusta mucho al ejército.” (1)

A veces el iniciador no era D. Carlos, sino el mismo Morales, quien parecia tomar gusto en la broma. «¿Sabe V. M., le decía, que la única vez que le ví recibir á Jesus Sacramentado, era tal el ensimismamiento de V. M., tal su devocion, tal su unción, tal su adoracion, que me representó la misma, la mismísima y propia figura del gloriosísimo é inmortal San Fernando”? D. Carlos le cogía por la solapa, y tirando con rudeza, exclamaba: «¿De veras?” —«Señor, del mismo modo que lo digo.” Entonces el Pretendiente le sacudía con vigor, y decía, «Pues hombre, haz un artículo sobre esto, y ponlo en el *Cuartel Real*, porque los vascongados gustan mucho de estas cosas. El paralelo de San Fernando es de altísima importancia. Escríbelo, escríbelo pronto; y pinta la solemnidad del templo, el recogimiento de los fieles, el perfume del incienso, los cantos del cabildo, la armonia del ór-

(1) Las respuestas de Morales, que refiere Boet, están conformes con los papeles de aquel que este me ha mostrado.—Nota del Corresp.



gano, los ojos del oficiante fijos atentamente en mí. Describeme postrado ante el altar con los sentidos dirigidos al Altísimo, pidiéndole gloria, paz y felicidad para mi pueblo; rogándole con sollozos compungidos que ilumine á los españoles obcecados para que España entera reconozca mi derecho y se acabe pronto la guerra; suplicándole con un río de lágrimas que guie á mis ejércitos con el aliento del ángel San Rafael y con la espada de Santiago; en fin, Morales, crea, imagina, exacta, poetiza, colorea; haciendo un artículo pintoresco, místico, grandilocuente, bello, sonoro, retumbante; y sobre todo destaca bien aquello del paralelo con San Fernando.”

Un día parece que D. Carlos llamó á su secretario, y le manifestó que queria consultarle un suceso de mucha gravedad. «El gobierno revolucionario forma nuevos y grandes ejércitos contra nosotros, le dijo, y conviene poner en el *Cuartel Real* una proclama, donde se diga, se diga, se diga... vamos, ya me comprendes; una cosa... así... que no tenemos miedo. A ver si se te ocurre una buena idea. Yo ya he meditado, y hallado un rasgo napoleónico; pero ahora se ha de enlazar con un texto bien airoso y marcial. Es necesario que acabes diciendo que haremos tal ó cual cosa con *una bayoneta de repuesto*. ¡Aquí de tu saber é ingenio! Pero cuidado con olvidarte de lo de la *bayoneta de repuesto*, porque sin esta, no habrá efecto.” Morales quedó pensativo, y al fin dijo: «Señor, me parece que se puede escribir una proclama energética y en estilo cortado, donde se diga, se diga... algo... así... por ejemplo: «La revolucion hace un esfuerzo supremo. ¡No importa! Su gobierno va á enviar contra nosotros nuevos y numerosos ejércitos. ¡Mejor, voluntarios! ¡Cuantos mas enemigos vengan, mas caerán! Para vencer, no nos faltan corazones, ni municiones. No nos falta mas que una bayoneta de repuesto, y esta ya la tenemos!” D. Carlos le cogió entusiasmado por las solapas, y tirándole fuertemente: «Bravo, bravo, exclamaba. Pronto escribe esto. Parece ideado por Napoleon. *No nos falta mas que una bayoneta de repuesto y esta la tenemos ya*. Esta bayoneta soy yo, verdad, Morales?”—«¿Quién puede ser sino V. M.? exclamaba el secretario.”—«Anda á escribir, dijo D. Carlos, anda sin perder tiempo, y en seguida al *Cuartel Real* con la proclama. ¡Qué entusiasmo no producirá lo de *no nos falta mas que una bayoneta de*

*repuesto, y esta la tenemos ya! ¡Magnífica idea he tenido!*"

Cuando Valentin Gomez, el redactor del *Cuartel Real*, recibia estos esperpentos, se ponía furioso, gritaba y pataleaba, quejándose de los papeles ridiculos que hacian representar á su diario. Como era un muchacho de mérito, que habia tomado en sério su empleo, no comprendia, ni hubiera sabido secundar los bromazos de Morales; y los pelos se le erizaban cada vez que le llegaban aquellos manuscritos «¿No conoce el rey, exclamaba, que si los diarios liberales caen en el rastro de estos mamarrachos, nos van á poner á todos en berlina con la mayor razon? Parece imposible que haya en la córte tanta majaderia é impertinencia.» Pero que quieras que no, habia de insertar los artículos; y de este modo la broma era completa.

## VIII.

### Una comedia y un drama.

*Milan 25 de Junio.*

Continuando el Sr. Boet su relacion, dijo: El Pretendiente seguia en el Norte las mismas costumbres licenciosas que en París y en otras partes del extranjero, valiéndose de la solicitud de algunos cortesanos, ó tomando él mismo la iniciativa. No entraré en el detalle de lo primero, portiznar demasiado; pero me ocuparé un poco de lo segundo, en atencion á las consecuencias que producía.

Cada vez que el Pretendiente escribia á su esposa, le contaba muy circunstanciadamente sus propias aventuras, haciéndole un retrato minucioso de sus favoritas, y comparándolas con ella punto por punto, ó de un modo aproximado. Si se hubiese reducido á esto, habria de dejarse encerrado en los misterios del hogar; pero, á lo que me han asegurado, estaba celoso y ufano de las cartas donde engarzaba estos brillantes; y llamaba al redactor del *Cuartel Real*, para leerselas, y hacérselas admirar. Sabiendo que este tenia fama de escribir bien, queria persuadirle que él tambien redactaba divinamente. Por imposible que parezca tanta monstruosidad en sentido

*repuesto, y esta la tenemos ya! ¡Magnífica idea he tenido!*"

Cuando Valentin Gomez, el redactor del *Cuartel Real*, recibia estos esperpentos, se ponía furioso, gritaba y patalcaba, quejándose de los papeles ridiculos que hacian representar á su diario. Como era un muchacho de mérito, que habia tomado en sério su empleo, no comprendia, ni hubiera sabido secundar los bromazos de Morales; y los pelos se le erizaban cada vez que le llegaban aquellos manuscritos «¿No conoce el rey, exclamaba, que si los diarios liberales caen en el rastro de estos mamarrachos, nos van á poner á todos en berlina con la mayor razon? Parece imposible que haya en la córte tanta majaderia é impertinencia.» Pero que quieras que no, habia de insertar los artículos; y de este modo la broma era completa.

## VIII.

### Una comedia y un drama.

*Milan 25 de Junio.*

Continuando el Sr. Boet su relacion, dijo: El Pretendiente seguia en el Norte las mismas costumbres licenciosas que en París y en otras partes del extranjero, valiéndose de la solicitud de algunos cortesanos, ó tomando él mismo la iniciativa. No entraré en el detalle de lo primero, portiznar demasiado; pero me ocuparé un poco de lo segundo, en atencion á las consecuencias que producía.

Cada vez que el Pretendiente escribia á su esposa, le contaba muy circunstanciadamente sus propias aventuras, haciéndole un retrato minucioso de sus favoritas, y comparándolas con ella punto por punto, ó de un modo aproximado. Si se hubiese reducido á esto, habria de dejarse encerrado en los misterios del hogar; pero, á lo que me han asegurado, estaba celoso y ufano de las cartas donde engarzaba estos brillantes; y llamaba al redactor del *Cuartel Real*, para leerselas, y hacérselas admirar. Sabiendo que este tenia fama de escribir bien, queria persuadirle que él tambien redactaba divinamente. Por imposible que parezca tanta monstruosidad en sentido



moral y comun, no dude V. de que es rigurosamente exacto, pues la misma doña Margarita despues me lo confirmó.

Llegaba el redactor á la presencia de D. Cárlos, quien, despues de hablarle de otras cosas, le decia poco mas ó menos: «Ya que estás aquí, voy á leerle una cosa de gusto. Como tú tienes tan buena pluma, lo juzgarás mejor que otro. Estáme atento, y escucha.» Dicho esto, le iba leyendo una de aquellas abominables cartas; y, para que las saborease mejor, á cada paso se interrumpia, y tirándole de la solapa, le preguntaba todo satisfecho: «¿Verdad que está bien dicho? ¿Verdad que no se podria escribir mejor? Vamos, sé franco, aunque seas literato. ¿Te verias capaz de hacer una cosa de este mérito?» El redactor, que era un jóven de buen entendimiento, y de excelentes costumbres, quedaba escandalizado y cortado; y salia de tan repugnante consulta por medio de alguna escapatoria. «No, verdaderamente, decia con segunda intencion; jamás seré yo capaz de poner una carta como esta.»

D. Cárlos, tomándolo en otro sentido, se ufanaba, y pinchándole en el pecho con los dedos, exclamaba: «¡Ah, ah! ¿con que confiesas mi superioridad?... Así me gusta que seais los escritores; juzgando con modestia y justicia, á los que sin ser literatos, escribimos mejor que vosotros. En efecto, por mas que la revolucion diga que los hombres de derecho divino somos unos estúpidos, es indudable que nacemos con un talento tan superior al de los hombres comunes, que aunque no estudiamos, sabemos mas que estos. Nosotros que por herencia hemos recibido de Dios la mision de salvar los tronos, la religion, la familia, la propiedad y demas instituciones sociales, tambien hemos recibido para cumplirlo todas las dotes necesarias. Así es que tenemos infusa la ciencia universal; y pensamos mejor que nadie; discurremos mejor que quien quiera que sea; prevemos mas sagaz y largamente que toda una sociedad, y todo lo hacemos con la perfeccion mas acabada. Cuando escribimos, somos un modelo de academicos; cuando gobernamos, allí hay que admirarnos; cuando mandamos ejércitos, ningún general nos iguala; y en vestir con elegancia, en galantear á las hermosas, en bailar toda suerte de bailes, maravillamos y encantamos. Ya ves, yo no he

aprendido nada, no he sido enseñado de nadie, y á pesar de esto soy superior á todos mis políticos, á todos mis generales y escritores. Pero volvamos á lo que decíamos de esta carta. ¿Qué efecto te parece que hará á Margarita?—«Deplorable, Señor, contestaba el otro.»—«Esto prueba que la pintura es elocuente, replicaba don Carlos. Se conoce que no me has engañado.»—«Elocuente, dice V. M. ¿Diga elocuentísima. Lo que no comprendo es qué se propone sacar V. M. de esto.»—«Hacer rabiar á mi muger, demostrándola que aquí no me falta nada de lo que necesito y quiero, contestaba el Pretendiente.»

El escritor salia de la cámara indignado y mareado; y alguna vez, no pudiendo contener su despecho, corría á contar lo que habia pasado á un amigo de confianza. «El rey no es de carne y huesos; exclamaba, sino del cielo más corrompido; no es mentecato, sino imbecil, como los seres privados de sentido. ¿Qué bajeza en toda su persona! ¡Ni los rufianes están tan degradados como él! Si tengo razon de decir que en aquel cuerpo no hay mas que una fetidez irresistible, y unos brazos y piernas desmesuradamente largos, que parecen cuatro inmensas astas de un molino de viento. ¡Qué calamidad nos ha caido encima! ¡qué vergüenza y horror haber encendido una guerra por ese mónstruo en figura de hombre! ¡qué remordimiento que tanta gente honrada se mate por él! ¡Ah, si uno pudiese volver atras!» Tales eran las sentidas exclamaciones de aquel escritor; y no eran menos dolorosas las de la persona á quien se confiaba.

Considerando aquellos y otros hechos, no sé como doña Margarita no se ha divorciado ya de D. Carlos, y qué motivos tiene de haber continuado en su compañía, tolerando tantos insultos. Ignoro en qué se han fundado algunos diarios para anunciar en diferentes tiempos que ese divorcio era cercano; pues aunque estuve en tanta intimidad con la familia, siempre evité estas cuestiones. Algunos han supuesto que la señora se habia hecho tan insensible á los ultrajes, que los recibia con la mayor indiferencia; y alguna vez D. Carlos me indicó alguna cosa idéntica. Pero yo, siguiendo mi sistema de esquivar estos puntos, formaba mi concepto, y lo guardaba para mí; y ahora me permitirá V. la misma reserva. Lo que

puedo decirle tan solo, y lo hago con la mayor satisfacción; es que aunque D.<sup>a</sup> Margarita no se quejase mucho de las primeras cartas de aquel género, al fin perdió la paciencia; y un día contestó muy resentida á su esposo que viviese como quisiese, pero que se abstuyese de insultarla, haciendo comparaciones tan ultrajantes. «Ya sé, exclamaba, que eres un libertino incorregible, pero hazme el favor de no contarme tus deslices, y sobre todo de no escribirme paralelos entre yo y esas desventuradas.» D. Carlos tuvo la frescura de leer esta carta á aquel escritor, y le dijo: «Chico, tenias razon en decir que mis descripciones eran elocuentísimas, porque hasta han llegado á exasperar á mi muger. Esto prueba que aunque no sea literato como tú, cuando tomo la pluma, soy un águila.»

Voy ahora á contarle á V. dos escenas, que aunque sean del mas vil libertinaje, creo que deben figurar en sus nuevas cartas para eterna infamia del Pretendiente. En una de las escursiones que hacia por las Vascongadas y Navarra, se le presentó un anciano labrador acompañado de su hija. Suprimiremos los nombres y el de su pueblo á fin de evitar esta vergüenza á las víctimas. El padre se quejó de una contribucion que no podia de ningún modo pagar, y le suplicó que interviniese para que se la perdonaran. D. Carlos dió una ojeada á la hija, que era jovencita, soltera y agraciada; y hallándola de su gusto, se propuso abusar de la sencillez del anciano.

Con tal objeto le aconsejó que se volviese á la aldea, dejando en la corte á la niña, para recibir mas tarde la respuesta. «Yo no puedo evitarte ese pago, le dijo: pero como te quiero mucho, y me intereso tanto por vosotros, veré lo que puedo hacer en favor tuyo, y te lo haré decir por tu hija.» Quedó el viejo muy alegre y reconocido, y no hallaba palabras con qué expresar estos sentimientos á aquel bribon. «Señor, decia, nosotros los campesinos no sabemos hablar, como las personas de la ciudad; pero creed que os daría toda mi sangre por la bondad con que me habeis recibido.»

Partió en efecto para la aldea, y la niña se presentó á la hora que D. Carlos señalara. Iba vestida con su traje de fiesta, toda rústica, limpia y ruborosa, y en su inexperiencia, no sabia cómo responder al soberano de su tier-



ra. «¡Qué bonita eres! le dijo el Pretendiente. Tendrás muchos novios, ¿eh?»—Señor, contestó la jóven; yo no soy bonita, ni tengo novios, y V. M. se burla de mí.»—«A fé que nó, dijo el Pretendiente. Eres una criatura verdaderamente preciosa.» Pero cubramos, cubramos con un velo la infamia que pasó, señor Corresponsal; cubramosla enseguida; porque la niña dejó allí su honra; y el Pretendiente la despidió, entregándole una cantidad de dinero. «¡Es una calumnia! dirán los carlistas furibundos.» Pero para su confusion, esta aventura tiene pruebas irrefutables. La niña de resultas, dió á luz un niño; y aunque parece que desde el principio reveló á su padre el nombre del violador, aquel se guardó bien de quejarse mientras este se halló en España. Pero se condujo de otro modo cuando la guerra terminó.

En efecto, un dia cierto sugelo, que fué cocinero de D. Carlos en Estella; se presentó al marqués de Valdespina, uno de los primeros personajes carlistas; y le manifestó lo que habia ocurrido, y los testigos que habia del abuso del Pretendiente. «El padre de la jóven, dijo, se propone ahora dar un escándalo, presentándose á los tribunales de París, y reclamando justicia contra Su Majestad. Si alguien no se apresura á arregarlo, van á hundir al partido carlista. Aquella familia, está indignada del abuso que cometió el rey; y á no ser que este señale una pension para la madre y el hijo, presentará su querrela.» Alarmado el marqués de un incidente tan grave, y de la sensacion que podria causar, nos escribió enseguida varias cartas á D. Carlos y á mí, tomando la precaucion de certificar las mias; y allí nos contaba muy al pormenor la historia y estado del asunto, aconsejando y rogando que enseguida se mandara dinero á aquella gente.

En aquel momento habíamos nosotros emprendido el viaje á Grecia, y las noticias nos alcanzaron en Caserta, junto á Nápoles. Enseguida ví la importancia del incidente, y abundando en las mismas ideas de Valdespina, me apresuré á hablar á D. Carlos. ¡Pero cuál fué mi sorpresa al verle risueño y exaltado de gozo! «¡Boet, me dijo; qué fortuna tan grande me acaba de caer! No me faltaba mas que un hijo bastardo para ser un Pretendiente completamente á la moda; y ahí tienes á Valdespina que me anuncia esta inefable ventura. No estará el

*Figaro* poco contento de anunciarlo; y á fé que con este motivo es necesario que me dé mucho bombo, y me compare con Luis XIV, que tambien tuvo bastardos." Disgústome mucho esta odiosa ocurrencia, y llamándole á la realidad, le apremié para que resolviera lo que habia de hacerse. «Si el padre de la chica acude á los tribunales, le dije, cae la mar sobre nosotros; y aquí no hay otra alternativa que probar que aquello es una calumnia, ó dar enseguida dinero."

«¡Qué ha de ser una calumnia, hombre! exclamó. El chico es mio, y estoy tan ufano de él como de mi primogénito. ¿Pero no conoces tú mismo que soy hombre de suerte? He perdido la guerra, sí, pero al menos me queda de ella un bastardo. ¡Qué guapito y monito debe ser el picarillo! En fin, como hijo de su padre. ¡Oh! jamás olvidaré que ha sido en Caserta donde he tenido la buena ventura de saberlo. Será necesario que al regresar á París, lo hagamos insertar de un modo misterioso en el *Figaro*, porque la noticia me realzará mucho. Un príncipe que tiene bastardos es siempre objeto de la curiosidad general, Boet; pues un bastardo supone una relacion de amor, y esta una conquista; y los hombres de conquistas son ahora los que dan el tono á la sociedad. ¡Con qué aire me pasearé por los boulevares, como diciendo, *ya tengo un bastardo*. ¿Qué mas quisieran mis envidiosos? ¡Y con qué cuchicheos y sonrisitas maliciosas me mirarán las señoras, al verme en los salones ó en la calle! «¿No lo sabe V.? se dirán una á otra, tapándose con el abanico: *¡hasta tiene un hijo bastardo!*"

«Porque has de saber, Boet, que tener un hijo bastardo es actualmente ser un hombre excepcional; es distinguirse de los demás, es sobresalir entre todos, es formar un tipo á parte; es sorprender, maravillar, asombrar y gustar. Como ahora la sociedad está mas disciplinada que antes; no hay tanta tolerancia como entonces con los padres de los hijos bastardos; y hombres y mugeres admiran al valiente, que se atreve á arrostrar el anatema comun; y la misma sociedad que para ser consecuente debia condenarle; al fin le absuelve por el mismo heroismo que ha tenido. Ser públicamente padre de bastardos en los siglos pasados era una gloria reconocida; pero serlo hoy, que toda la gente importante esconde sus lios, es un fenómeno del cual solo es capaz un preten-

diente y príncipe modelo como yo. ¡Cuánto dará que hablar este suceso! ¡cuántas divagaciones inspirará! ¡cuán sospechoso me hará! ¡de qué misterio no me rodeará ante las mugeres! ¡qué interés no inspirará en los salones galantes! ¡qué de preguntas no se me harán sobre esta paternidad! ¡qué indirectillas no me lanzarán las hermosas! ¡qué de atractivos no hallarán en mí! Yo estoy loco de contento, Boet; no sé lo que me pasa; el corazón me baila en el pecho; la cabeza se me va; las piernas me saltan; y me parece que soy el más afortunado de los hombres, y el más feliz de los príncipes de derecho divino. ¿Quién sino yo hubiera osado luchar á brazo partido contra esos desafueros de la opinión pública? ¿quién sino yo se hubiera atrevido á despreciarlos, provocarlos y atacarlos? Ni el Cojo de Erhorsdoff, ni Francisco de Nápoles, ni Luis Napoleon, ni otro alguno de los pretendientes tienen alma para tan gran empresa. Yo, que he sido el único que ha desenvainado la espada para defender los derechos de la legitimidad en España; también he sido el único que ha rechazado las preocupaciones modernas, para reivindicar la prerogativa antigua de que los reyes legítimos fuésemos bastardos reconocidos para honra y gloria del trono y de la nación. No basta, Boet, que de nuestra ilustre y noble raza salgan los retoños que produce el matrimonio, porque como son escasos, se priva al mundo de una porción de otros seres que lo honren, lo ilustren y sublimen por medio de la sobrenaturalidad que han recibido de sus divinos padres; los reyes y los pretendientes de derecho divino tenemos el sagrado deber de propagar nuestra especie por medio de concubinas; á fin de comunicar nuestras virtudes á mayor número de seres. Por esto será menester anunciar en el *Figaro* que yo ya lo he hecho; pues de este modo mis colegas se animarán; acabarán de despreciar á la opinión pública, romperán con ella, y me ayudarán á realzar el nivel social, llenando el mundo de hijos bastardos emanados de una raza superior como la nuestra.”

Yo no sabía si reírme, ó desesperarme, pero como el caso era tan serio, todas las necesidades de D. Carlos no lograron ponerme de buen humor. «Bien, bien, le decía. Lo urgente es enviar dinero, y veo que V. M. toma esto con mucha calma.”—«No, hombre, me contéstó; si el dinero se enviará enseguida. ¿Pero cómo queréis que no



gocé pensando que ya tengo un hijo bastardo? Dichoso día aquel en que conocí á aquella linda aldeana, la cual me ha dado una de las mayores felicidades que podian caerme en estos tiempos calamitosos. ¡Amable niña! Jamás podré olvidar tus virtudes; y cuando sea rey, te haré princesa de... de... Vallibona, que es un nombre muy bonito. ¿Quién me habia de decir en aquellos momentos, que tendria la dicha de ser padre de un bastardo? ¡Que el cielo te bendiga por tanta ventura! El día que esto se anuncie en París, habrá una sensacion indescriptible. ¡Don Carlos, dirán, ya tiene un hijo bastardo!"

«En efecto, repliqué con ironía; y la sensacion será mayor, cuando el padre de la señora princesa de Vallibona se presente con su amable niña y el guapito de su nieto á contarle un cuento á V. M. ante los tribunales de aquella ciudad.»—«¿Qué ha de presentarse, hombre! me contestó. ¿No te digo que enseguida se le enviará dinero? Tranquilízate sobre esto, y escucha el proyecto que acabo de formar. Mandaré socorros á la madre, y le daré orden de ir á establecerse en París con el chico y su padre. Para honrarla mas, le haré enseguida princesa; y como el nombre me cuaja, se llamará la señora princesa de Vallibona; al hijo lo haré duque de Navarra, que es título que á los Navarros les sacará de quicio; y al padre le concederé el título de conde de cualquier parte.»—«Sí, dije yo; el que le cuadrará mejor será el de conde de la Paciencia, á fin de que tenga toda la necesaria para tratar con V. M.»

Sin embargo, aquel mismo día y el siguiente, D. Carlos, no por miedo del escándo judicial, sino por el envanecimiento de tener un bastardo, tomó algunas disposiciones sobre los fondos que pedia el marques de Valdespina. Pero como es mentecato y cínico, lo hizo del modo mas impropio y odioso. Telegrafió y escribió á D.<sup>a</sup> Margarita, contándole la buena fortuna que habia tenido; refiriéndole el plan de establecer en París á aquella familia, y encargándole que enseguida mandase á esta dinero. La esposa, como era natural, se enfureció y receló; y en lugar de hacer lo que su marido le ordenaba, le contestó toda despechada y colérica, y desde entonces emprendió una campaña epistolar para darle á entender que aquel hijo no era suyo.

«Te engañan, le decía; abusan de tu buena fé; quieren explotarte. Sea lo que fuere lo que haya habido entre tu y aquella chica, el hijo no es tuyo. Sé de cierto lo que ha pasado; sé de cierto que todos los mozos del pueblo tienen mas derecho que tú á atribuirse aquella paternidad. No seas crédulo, no seas tonto, no seas inocente. Te juro que el hijo no es tuyo.»

No podría V. figurarse la indignacion que esto causó al Pretendiente. «Margarita es una envidiosa, exclamaba, porque todo lo que me dice no tiene mas objeto que desapegarme de mi nuevo hijo. ¿Si lo sabré yo quién es su padre? Pero teme que el bastardo sea mas adelante rival de sus hijos; y ahora me sermonca hipócritamente. Yo sé ya lo que pasa en las familias reales entre hermanos de distinta naturaleza; pero he previsto el caso, y si mi bastardo al ser mayorcito es peligroso, le obligaré á seguir la carrera eclesiástica, y con la influencia que tendré en el Vaticano, á la primera vacante, le hago nombrar arzobispo de Toledo y Patriarca de las Indias.» Aunque estas necedades y majaderías me hiciesen reir, preveía demasiado el peligro judicial para que me fijase en ellas, y así le dije: «Yo temo, Señor, que á este paso el chico ni siquiera llegará á cantar misa; y que quien la cantará sin órdenes mayores, ni menores, será V. M. ante algun tribunal de París.» En poco estuvo como no me engañé; porque la familia ultrajada iba á entablar la causa, cuando el marqués de Valdespina, viendo que no habia tiempo que perder, le envió de su propio peculio una fuerte cantidad que la costó. (1)

Pero lo que voy ahora á contar supera á esto en infamia. D. Carlos vió una vez por casualidad á la señora de un comandante del Norte, que era una muger bonita, afable y dulce; y habiendo tenido un capricho por ella, mandó partir al marido con una comision, y llamó la esposa á su alojamiento, haciéndole decir que habia de proponerle una agencia de gran interés político. La mu-

(1) El marqués de Valdespina ha negado estos hechos; pero apretado por una contundente respuesta del Sr. Boet, calló vergonzosamente, al ver que en Caserta existian los telegramas sobre este asunto escritos del propio puño de D. Carlos y enviados á D.<sup>a</sup> Margarita.—Nota del corresponsal.

ger se presentó con la mayor confianza; y no quedó poco sorprendida de saber las verdaderas pretensiones de D. Carlos. «Señor, le contestó; yo soy casada, quiero á mi marido, estimo mi honra, y por nada del mundo faltaré á mis deberes. Por consiguiente, ruego á V. M. que me permita retirarme, autes los cortesanos no murmuren viéndome tanto tiempo aquí.» El Pretendiente la entretuvo con palabras de galantería; hasta que viéndola tan entera y decidida rompió por todo, y la dijo: «Mira: yo soy el rey, el rey absoluto, y como no sufro desaires, ni resistencias de nadie, tampoco los sufriré de tí. Si quieres, haré la fortuna de tu marido, y si continúas uraña, tambien sabré vencerte. Ten entendido que de aquí no saldrás sino rendida, ó deshonrada.» Y cerrando la puerta, se metió le llave en el bolsillo.

Al ver tan infame y malvada actitud, la señora montó en cólera, y le apostrofó violentamente. «¿Así paga V. M. á mi marido, exclamaba; los servicios que le presta en la guerra? ¿Así le reconoce la sangre que ha derramado por su causa en los campos de batalla? No contento con disponer de su vida, ¿todavía me pide á mí que le sacrifique su honra y su felicidad conyugal? ¿y V. M. es el defensor de la religion? Lo que V. M. hace conmigo no lo harian ni los demagogos mas frenéticos.» El Pretendiente, todo despechado y colérico, le contestó altivamente. «Sabe que no tienes el derecho de rehusarme lo que me digno pedirte. Yo soy S. M. Don Carlos, y tu no eres mas que una fulana de tal; yo soy el rey de derecho divino, y tu eres por la voluntad de Dios mi vasalla. Si me he dignado poner los ojos en tí, ha sido, no para envilecerte; sino para honrarte á tí y á tu marido, y ambos por este favor deberíais besarme las manos. La historia está llena de ejemplos de estas cosas. Siempre los vasallos se han tenido por dichosos de inspirar una pasión ó capricho á su rey; y los padres han entregado sus hijas, y los maridos sus esposas á los soberanos que bajaban de la cumbre del trono al polvo del hogar doméstico para comunicarse con una muger inferior. ¿Cuándo una niña no se ha ufano del amor de un rey? Aquí está la duquesa de la Valliere que lo demuestra. ¿Cuándo no se ha enorgullecido una casada de dejar su tálamo conyugal por los brazos de un soberano? La princesa de Eboli con Felipe II, y la condesa de Montespan con Luis XIV, son



dos de los mas memorables ejemplos. ¿Y qué padre ha osado jamás levantar la voz contra la hija suya que se ha honrado aceptando los altos y amorosos favores de un amante régio? ¿qué marido se ha atrevido nunca á castigar á su muger? ¿qué familia por honrada y noble que fuese, ha llegado á murmurar de que una pariente suya fuese la favorita del soberano? Pero tu eres una estúpida y orgullosa; estás empapada de esas ideas revolucionarias que niegan á los reyes legítimos, como yo, todos sus derechos; te has casado con un hombre, que debe tener mas de mason y liberal, que de leal y humilde vasallo; y me niegas lo que te hago el favor de pedirte; me disputas lo que tengo el derecho de tomarte; me defiendes la posesion de lo que es mio; porque yo soy S. M. D. Cárlos; yo soy S. M. el rey; y sabe que D. Cárlos, es el rey y dueño de todo en sus estados, desde la hacienda hasta la vida."—«Señor, contestó la muger toda llorosa: yo no comprendo lo que V. M. me ha explicado. Solo sé que quiero á mi marido; que soy y debo ser suya, y de nadie mas; que lo he jurado; y que procuraré cumplirlo. Por consiguiente ruego otra vez á V. M. que me deje salir." Pero D. Cárlos en vez de contestar, salió furiosamente y la dejó encerrada.

Respiró ella al verlo fuera; pero observando que nadie la abria, temió que la tendieran un lazo. Llamó á las puertas; y al ver que no le contestaban, conoció que estaba secuestrada. Entonces se echó á llorar deshechamente; y como parece que no era de carácter fuerte, sino mas bien pusilánime y débil, se asustó y abatió. «¡Oh, desdichada de mí! exclamaba; ¿cómo podré resistir este dolor? ¿cómo podré escapar de este peligro? ¿Por qué cometí la imprudencia de venir? ¿por qué ¡ay de mí! no he esperado el regreso de mi esposo? ¿pero quién me habia de decir que el rey, que á todos ha de darnos ejemplos de moralidad, sería capaz de tal infamia? ¡Oh, pobre esposo mio, si supieras ahora la fuerza que hace á tu esposa el hombre, á quien defiendes con tu sangre y vida; el hombre á quien tanto veneras; el hombre que tienes por un Dios! Si supieras que me ha mandado que te deshonorase; pretendiendo que tenia el deber de hacerlo; ¡cuán grande sería tu sorpresa y dolor! ¡qué triste y desgarradora sería tu desilusion!" Entre tanto pasaban las horas, y no se abrian las puertas, ni desde el aposento se oian

rumores inmediatos. A cada momento las angustias de la desdichada aumentaban. En vano llamó otras veces; nadie respondía. Su llanto crecía, su dolor era cada vez mas punzante, y aquella soledad le aterraba. Se abrasaba de sed y no pudo satisfacerla. Invocaba á Dios y á la Virgen, sin recibir ningun auxilio. En esto se hacia de noche, llegaba la oscuridad, pasaban las horas, daban las nueve, las diez, las once, las doce, y nadie abría las puertas. «Yo me muero, yo soy muerta, murmuraba la infeliz.»

A cosa de la una, entró D. Cárlos con una luz; cerró, y viendo á su víctima medio tendida, llorosa, inmóvil é inanimada, la dijo: «Escoge; por aquí se sale á un punto donde no hay nadie; y por aquí á otro que está lleno de cortesanos. Si no eres mala, saldrás por aquel, y salvarás tu reputacion; si no, te haré salir por este, y quedarás perdida; porque nadie creerá ya en tu inocencia.» La muger no tenía ya fuerzas para defenderse, ni para escoger; estaba medio muerta de debilidad, de cansancio, de sentimiento y terror; y el Pretendiente cometió todas las infamias que le plugo.

Al dia siguiente, con la idea de hacer un buen regalo á la pobre señora, le mandó por uno de la córte, un gran cartucho de dinero. Indignada ella de esta nueva afrenta, lo echa enojada en una mesa, y corre á vestirse para ir á la córte, y tirárselo á la cara del Pretendiente. «¡Infame! despues de haberme violado, todavía me insulta tratándome de prostituta, exclamó.» En aquel momento llegaba el marido; y como halló aquel dinero, y oyó llorar á su muger en otro aposento, se receló, y se oculto para observar lo que pasaba. La muger, que no sospechaba su presencia, sale vestida y fuera de sí; coge el dinero, y se va toda llorosa y agitada. El marido, mas alarmado que antes, la sigue; y queda estupefacto de que entrase en el alojamiento real. Viendo que no salía, entra tambien, y pide ver al rey. Los cortesanos le contestan que no está visible; y al fin le confiesan riendo que ha recibido una visita de una señora muy hermosa, y que habla con ella. El marido comprende enseguida su deshonra; pero dominándose, replica que esperará; pues ha de ver al rey por un asunto de gran interés. Al cabo de algun tiempo, D. Cárlos llamó para que le trajesen pastas y licores, y entonces el que estaba de servicio

le comunicó que aquel comandante deseaba hablarle.

Asustado el Pretendiente, da orden de que no le dejen entrar; y encerrándose con su víctima, le cuenta lo que le acaban de decir. La esposa conoció enseguida que su marido habia descubierto la verdad, y quedó espantada y traspasada de dolor. «¡Ay, Dios mio! exclamaba. Mi última hora llegó, porque mi marido sin duda me matará. ¿Ve V. M. cuanto mal ha hecho? ¿ve cuánta desgracia ha llevado á una familia honrada y feliz? Ahora nuestro amor conyugal ya no es posible; y aunque me salvase; toda la vida seré infeliz.»

No sabiendo D. Carlos qué hacer, manda llamar por la puerta excusada al anciano general Ignacio Plana, que era ministro de la Guerra; le cuenta lo que acontece, y le pide consejo. Al oír este una relacion tan infame, se indignó vivamente, y dando suelta á su acaloramiento, dirigió á D. Carlos los apóstrofes mas vehementes. «¿Yo intervenir en esta maldad? exclamaba. ¿Yo deshonorar mis canas, cubriendo las indignidades de V. M.? Yo no soy ministro de sus amores, Señor, sino ministro de la Guerra de su causa; y antes que envilecerme, tomando parte en esta escena, lo mando todo á paseo y me voy á Francia. V. M. ha cometido una maldad horrenda, una villanía de canalla, y yo no lo encubriré.»

Entonces la desgraciada señora se arrojó en sus brazos llorando á raudales; le cuenta lo que pasó entre sollozos desgarradores, y le suplica con la voz mas desesperada que la salve. «¡Ah, general! exclamaba. Compadézcase de mí, como si fuese hija suya. No soy culpable de nada, porque si no me defendí mas, fué porque las fuerzas me abandonaron, y estaba mas muerta que viva. El mismo rey es testigo de que digo la verdad.» Entonces el general se conmueve, y no pudiendo contenerse, llora como un niño al ver tan desgraciada aquella pobre inocente. «¡Qué escenas! ¡qué escándalos! ¡qué abusos! exclama. ¿Quién no se horrorizaria de un suceso tan infame y repugnante?» Y volviéndose hácia la señora, añadió: «Bien, hija mia, bien; haré cuanto pueda por V.; pues veo que ha sido mas desgraciada que culpable. Tranquílcese, cálmese, y veamos si habrá medio de desvanecer las sospechas de su marido.»

Entonces imaginó decir á este que él y Don Carlos habian llamado el día antes á su esposa para pro-



ponerle llevar un mensaje de altísima importancia á Andalucía; y que aunque esta titubeó en aceptar lo, por estar su marido ausente, habiendo ellos creído que se había decidido, le enviaron una cantidad para gastos de viaje. Pero que ella había devuelto el dinero, diciendo resueltamente que no podía hacerlo sin el consentimiento de su esposo. Grande fué la repugnancia con que el pundonoroso Plana hizo esta delicada comision; y bien puede asegurarse que tuvo entonces uno de los mas fuertes disgustos de su vida, como él mismo lo indicó en cartas. Pero, como se trataba de salvar á una inocente, se sacrificó noblemente por este humanitario objeto. Sin embargo el marido no se dejó engañar, y aunque disimuló sus convicciones, desesperado de ver pagados sus servicios con la deshonra más sangrienta, al cabo de pocos dias se hizo matar en un combate. El general Plana, que ahora está en España, no podrá seguramente olvidar mientras viva, aquel horrendo suceso, cuyos tristes y desgarradores detalles conoce mucho mas exactamente que yo.

IX.

**Los combates de Bilbao y Monte Muru.**

*Milan 28 de Junio:*

Aunque yo desde los primeros tiempos de mi llegada, no tuviese conocimiento de todos aquellos excesos, lo que entonces supe bastó para demostrarme el disparate que había hecho entrando en el partido carlista; pero ya no podia volver atrás, y á pesar de mi repugnancia, tuve que seguir, como lo hacian Dorregaray y Mendiri, Plana y tantos otros, que siendo hombres de mucho carácter y honor, sufrían tambien, por mas que estuviesen mejor enterados que yo, y supiesen que D. Carlos era incorregible: cosa que entonces no solo yo ignoraba, sino que ni siquiera creia.

Continué, pues, y en 1874 estuve en el famoso sitio de Bilbao. Allí se vió prácticamente todo lo que en princi-

ponerle llevar un mensaje de altísima importancia á Andalucía; y que aunque esta titubeó en aceptar lo, por estar su marido ausente, habiendo ellos creído que se había decidido, le enviaron una cantidad para gastos de viaje. Pero que ella había devuelto el dinero, diciendo resueltamente que no podía hacerlo sin el consentimiento de su esposo. Grande fué la repugnancia con que el pundonoroso Plana hizo esta delicada comision; y bien puede asegurarse que tuvo entonces uno de los mas fuertes disgustos de su vida, como él mismo lo indicó en cartas. Pero, como se trataba de salvar á una inocente, se sacrificó noblemente por este humanitario objeto. Sin embargo el marido no se dejó engañar, y aunque disimuló sus convicciones, desesperado de ver pagados sus servicios con la deshonra más sangrienta, al cabo de pocos dias se hizo matar en un combate. El general Plana, que ahora está en España, no podrá seguramente olvidar mientras viva, aquel horrendo suceso, cuyos tristes y desgarradores detalles conoce mucho mas exactamente que yo.

IX.

**Los combates de Bilbao y Monte Muru.**

*Milan 28 de Junio:*

Aunque yo desde los primeros tiempos de mi llegada, no tuviese conocimiento de todos aquellos excesos, lo que entonces supe bastó para demostrarme el disparate que había hecho entrando en el partido carlista; pero ya no podia volver atrás, y á pesar de mi repugnancia, tuve que seguir, como lo hacian Dorregaray y Mendiri, Plana y tantos otros, que siendo hombres de mucho carácter y honor, sufrían tambien, por mas que estuviesen mejor enterados que yo, y supiesen que D. Carlos era incorregible: cosa que entonces no solo yo ignoraba, sino que ni siquiera creia.

Continué, pues, y en 1874 estuve en el famoso sitio de Bilbao. Allí se vió prácticamente todo lo que en princi-

pio le he referido sobre nuestra situacion militar y administrativa. Cercóse la ciudad, dando el mando al marqués de Valdespina; y formóse una línea de contravalacion, al cargo de otros generales, á fin de impedir que las tropas del gobierno nos hiciesen retirar. A mí me destinaron á esta línea exterior con las fuerzas aragonesas. Aunque los trabajos del marqués de Valdespina contra la plaza fuesen muy criticados, atribuyéndose á incapacidad de este el poco resultado que daban; es necesario tener presente que aquel general se resentia mucho de las camarillas militares que le combatian y desacreditaban, y de la falta de elementos que habia en nuestro ejército para tomar una poblacion de aquella importancia. Si allí pudo adelantarse mas, no fué tanto como algunos decian. Donde me parece que se cometieron mas faltas es en la línea de contravalacion, cuyas fuerzas relativamente tenian mas medios y mas libertad. Pero el mal de esto dependió tambien de aquellas mismas intrigas.

Es el caso que la nulidad y envidia de D. Carlos producian en el ejército carlista una atonía y confusion, que le obligaban á estar en continua defensiva, cualesquiera que fuesen sus ventajas y los errores y descabros del enemigo; porque como no era posible seguir un plan, ni dar impulso, por las animadversiones y sospechas que toda iniciativa suscitaba; aunque un general fuese de carácter resuelto, habia de abandonar las ideas mas racionales. Si daba una disposicion, chocaba enseguida con sus rivales; si sacaba alguna ventaja, era luego objeto de la envidia del Pretendiente; y si vacilaba, descontentaba á las tropas, lo cual aprovechaban sus rivales y los cortesanos para echarle á perder. De ahí que todos buscasen alguien que cargase con la responsabilidad; que nadie se atreviese á dar la orden mas perentoria, sin el mandato del superior; y que este muchas veces se ausentase, á fin de mandar lo menos posible.

En los campamentos de Bilbao hubiera V. visto á nuestra gente alegre, animosa y firme; los jefes de cuerpo esperanzados y contentos, y la administracion de las provincias vigilante, activa y exacta. Así es que todos trabajábamos á gusto; llegaban cada dia convoyes de víveres y municiones; partian de las líneas otros llevándose nuestros enfermos y heridos; y no carecíamos de nada,



ni teníamos ningun estorbo. Solo cuando llegaba la hora de maniobrar, parecia que de repente todo fallase; y por esto apenas el enemigo principi6 sus movimientos sobre la línea de contravalacion, empezaron nuestros desaciertos y angustias.

Se posesionaba por ejemplo uno de los cuerpos liberales de alguna posicion, que dominaba, 6 enfilaba á tal 6 cual de las nuestras; y era preciso evacuarla, y retroceder á otra donde sin perjuicio de la línea general, estuviésemos mejor; pero no solo no venia la orden de hacerlo, sino que comunmente no se encontraba al que debia darla, 6 no se podia obtener que la diese. Resultado: que tenia uno que exponerse del modo mas tonto al fuego de la artilleria enemiga, desmoralizando al soldado; 6 retirarse á veces por su propia iniciativa, lo cual siempre causaba confusion. Llegaba el ataque general de los liberales, y á lo mejor, se acababan las municiones; y se encontraba V. que á pesar de hallarnos bien abastecidos de ellas, no solo nada se habia dispuesto, 6 cumplido para renovarlas, sino que se ignoraba dónde habian de pedirse; por lo cual era forzoso disminuir el fuego en el trance mas apurado. Ocasiones hubo en que yo y otros jefes nos hallamos reducidos á cinco y seis cartuchos por plaza, teniendo encima á las columnas enemigas de refresco, bien provistas de municiones, y disparándonos una lluvia infernal de balas de fusil y cañon. No tuvimos entonces otro recurso que esperar al enemigo, sin responder á su fuego; y por nuestra suerte, este se retiró, cuando la posicion ya era insostenible. En el primero de estos ataques derramé mi sangre por la causa del infame D. Carlos, quedando con el cuello pasado de parte á parte.

Tres combates allí se dieron: uno mandado por Moriones; otro por Serrano, y otro por este y Concha. Moriones no podia de ningun modo vencer por falta de elementos; y se replegó á Somorrostro, abatido y quebrantado; pero nosotros, que quizá pudimos vencerlo completamente, tomando enseguida la ofensiva, no lo hicimos por falta de aquella unidad, iniciativa y confianza de que el Pretendiente era causa. Aunque fuese una operacion lenta-dora, los generales que debian ordenarla, no se atrevieron, ante las envidias que habian de encender, y las criticas que recibirian. Así se dió á los liberales todó el

tiempo necesario para reforzarse; y nuestras tropas perdieron en aquella larga inaccion el empuje que habian adquirido; y desmayaron, viendo que no se sacaba de ellas el partido natural.

Cuando Serrano nos atacó con el nuevo ejército, yo estaba ya convaleciente; y habiendo asistido á la accion, ví que nos salvamos por milagro. Nuestros soldados se batian bien; pero si llegaba el momento de evacuar una defensa, el jefe no sabia qué disponer; y si acababa las municiones, le era casi imposible renovarlas. Así es que algunos se vieron obligados á dar muchas cargas á la bayoneta, por estar reducidos á un par de cartuchos. Serrano fué menos desgraciado que Moriones, por disponer de mas elementos, pero con solo tirar, hubiera quizá tomado nuestra linea, ó al menos la hubiera dejado en situacion muy crítica. Es cierto que sospecharia que la disminucion de nuestro fuego era una estratagemma militar.

No culparé á ningun general carlista de no haber tomado la ofensiva, despues del descalabro de Serrano; pues entonces era muy expuesto. Pero sí haré constar la falta que hubo de disposiciones para la retirada de Bilbao, á pesar de haber tanto tiempo de darlas. Cuando Serrano y Concha, obrando en combinacion, nos embistieron, estábamos tan desprevenidos, que si Concha opera con mas diligencia, la mayor parte de nuestro ejército queda cortado y en poder de los liberales. Allí pudo acabarse definitivamente la guerra. No solo mientras Serrano atacaba, muchos careciamos de instrucciones completas, sino que dió el caso que Concha envolvió la mayor parte de nuestra izquierda, sin que esta lo sospechara, ni recibiera orden de retirarse.

En nuestras lineas todo era confusion, y los jefes de cuerpo nos mirábamos unos á otros, preguntándonos lo que podiamos hacer para evitar la catástrofe. En algunas partes importantes de la linea buscábamos á los generales, sin hallarlos; y cuando sabiamos su paradero, no podiamos avisarlos, porque estaban conferenciando en el pico de alguna alta y lejana montaña. Entonces cada cual dispuso lo que le pareció; y como la necesidad de retirarse era evidente, todos lo hicimos con diligencia, guardando el mejor orden posible. Los jefes de cuerpo, que estaban inmediatos, se ponian á las órdenes del compañero que

les inspiraba mas confianza, quien dirigia el movimiento. De este modo me hallé mandando una division en aquellas difíciles circunstancias. Gracias á la iniciativa de Dorregaray, que hizo evacuar á tiempo el tren de sitio, y á la de los jefes subalternos de la línea de contravalacion, todo el ejército y material se salvaron. Pero si Concha, en vez de dilatarse en reconocimientos indiscretos, y en marchas lentas, maniobra con actividad, ni Dorregaray, ni nosotros llegamos á tiempo.

Nos retiramos todos á Durango; y habia en muchos cuerpos tal confusion y pavor, que, durante el camino, mas que fuerzas de un ejército, parecian una aglomeracion de fugitivos desmoralizados. No se oian mas que gritos, llantos, disputas, lamentos, amenazas; los oficiales no lograban hacerse obedecer de aquella muchedumbre; los carros no podian abrirse paso, ni caminar; se daban voces de traicion y venta; cundian las alarmas mas aterrorizadoras; á cada momento habia un pánico; y los soldados echaban á correr, enpujándose, y derribándose mutuamente; los carreteros abandonaban sus vehiculos, y algunos artilleros sus furgones y cañones, para salvarse mejor. Si el enemigo, en vez de entrar triunfante en Bilbao, nos hubiese seguido, se apodera de un riquísimo botin, y de la mayor parte de nuestro ejército; lo cual hubiera tambien influido decisivamente en la conclusion de la guerra.

La excelente administracion de que disfrutábamos nos permitió restablecer luego el orden y disciplina; porque como afluyeron enseguida á Durango los convoyes de víveres y municiones, los generales y jefes tuvimos los elementos necesarios; y la tropa se calmó, viendo que estaba en seguridad, y que no le faltaba nada. Luego se reformaron los cuerpos, y cada cual partió para el sitio que le fué señalado. La administracion provincial, que habia dirigido todos los convoyes á Durango, los dividió entonces con gran facilidad y no menos orden, á medida que las tropas desfilaron; y cuando los soldados llegaban á su destino, recibian exactamente las raciones.

Ya Concha preparaba su movimiento contra Estella; y apenas nuestro general lo supo, dió orden á los cuerpos de concentrarse en la línea que la defiende. Obedeció el ejército, ocupando en poco tiempo las posiciones señaladas; y la administracion provincial siguió este nuevo



movimiento, con la misma facilidad y rapidez que los otros, logrando que no faltase nada de lo que dá al soldado constancia y alegría.

Empero, el estado mayor carlista se hallaba en gran angustia; porque desatinado por las intrigas de la corte, y quebrantado por el descalabro de Bilbao; falto de unidad, y contrariado por las enemistades personales, carecía de ánimo y entereza. El gran consumo de municiones que tan estúpidamente se hizo en Bilbao, habia agotado las reservas de las fábricas del Norte y los envíos del extranjero; y como se llamaron á la defensa de Estella fuerzas de Castilla y otras partes, nos hallamos con un contingente de tropas muy superior á las municiones de que podíamos disponer; y aunque nuestras fábricas trabajasen de noche y dia en hacer otras, su producto diario era insuficiente. La retirada de Bilbao habia tambien relajado mucho la moral del soldado y la confianza de los jefes subalternos, demostrando que no solo se habian malogrado el entusiasmo y superioridad del ejército en las ocasiones mas propicias, sino que se habia dejado á este abandonado á sí mismo en momentos críticos, debiéndose la salvacion á las faltas del enemigo, y á circunstancias fortuitas. De aquí que los generales no tuviesen confianza en el éxito de las nuevas operaciones, y que el ejército desconfiase de la direccion de los generales.

Cundió enseguida la voz de que no podria salvarse á Estella; y los generales dieron orden de evacuarla; las tropas se familiarizaron con la idea de defender la linea flojamente, y D. Carlos se marchó á la frontera de Francia con su corte y bagaje. Habia llegado otro momento supremo, y la mayor parte de nosotros creíamos que la guerra no duraria quince dias.

Por fin llega Concha al frente de su ejército; y empieza una série de extrañezas, que ningun carlista esperaba. Nosotros debíamos reducirnos á defender los pasos y retirarnos á las Amezcuas, pero Concha nos dió una victoria, cuando todos creíamos inevitable la derrota mas fulminante. Tomó el enemigo posiciones; y aunque extendió la linea excesivamente, dándonos ocasion de concentrarnos, caer en masa sobre un punto flaco, y derrotarle con facilidad y seguridad; era tal la desconfianza de los que mandaban, que no ordenaron esta ope-

racion salvadora. Así se vió al ejército de Concha en una situacion crítica, y al de D. Carlos en frente de él, sin aprovecharlo. Ataca Concha á Abárzuza, donde teníamos fuerzas de avanzada; y como no era un sitio que quisiéramos sostener, despues de una viva resistencia, lo abandonamos á la caída de la tarde, dejádoselo ocupar. Aquellas fuerzas se replegan en desórden por el camino montañoso de Monte Muru; y esparraman tal desaliento en los cuerpos que allí había, que ni posible fué colocar retenes. Si los liberales hubiesen seguido á los fugitivos, aquella misma noche entran sin resistencia formal en Estella; porque como el movimiento nos hubiera amenazado la retirada, todos nos hubiéramos apresurado á evacuar la línea.

Pasamos una noche de terrible ansiedad. No nos llegaba ni un parte, ni un confidente, ni un aviso oficioso, á pesar de que estábamos en el centro del carlismo, y de que casi todo el país nos era adicto. Nuestros generales tampoco sabian nada. Como la voz de que estaba todo perdido era tan fundada, no se habia organizado un servicio de espionaje para aquella zona; y los habitantes se retraian para no comprometerse, y muchos habian huido por temor de los liberales.

Al dia siguiente empezó el ataque general, que Concha concentró en la parte de Abárzuza, por donde se proponia entrar en Estella. La idea era buena, porque al mismo tiempo que forzaba la línea, nos amenazaba, segun ya he dicho, la retirada; lo cual habia de apresurar su victoria, debilitando nuestra resistencia. Pero la ejecucion fué muy descabellada. Al pié de Abárzuza hay dos caminos para ir á Estella, uno llano, la carretera, que está dominada á la derecha por las posiciones de Monte Muru; y mas atras otro montañoso, que formando un semicírculo á lo largo de la carretera, se enlaza y confunde con Monte Muru, al cual flanquea. Los carlistas habian atrincherado fuertemente á Monte Muru por la parte de la carretera, cubriéndolo con muchas tropas; y habian situado en el camino montañoso una brigada para defender el flanco.

El general Concha, en vez de simular un ataque de frente por la carretera, á fin de perder poca gente ante una posicion tan fuerte, y dar el ataque verdadero por el camino montañoso del flanco, que era el mas debil,

lo hizo al revés; y mientras sus columnas se estrellaban al pié de Monte Muru, enviaba tan solo una falsa cabeza de columna para entretenernos en el camino montañoso. A pesar de esto, habia entre nosotros tal decaimiento, que pudo tomar del modo mas fácil la posicion; porque el brigadier carlista que mandaba en el camino montañoso, turbado y despavorido, nos dió sin razon la órden de retirarnos, lo cual se hizo, dejando descubierto el camino y el flanco de Monte Muru. Si aquella falsa cabeza de columna hubiese entonces adelantado, coge por detrás á los defensores de Monte Muru; se apodera de aquella posicion abandonada, y Estella queda en poder de los liberales. Pero aquellas tropas no se movieron; los carlistas de Monte Muru, ignorando que la brigada de su flanco habia dejado la posicion, continuaron defendiéndose con energia, por creerse seguros; la lucha prosiguió encarnizadamente en el frente, ó sea por la parte de la carretera; y llegada la noche, cesó, creyendo nosotros que se reanudaria al dia siguiente.

En la línea carlista habia una sorpresa general de que ya no se hubiese perdido todo; pero como se ignoraba lo que pasaba en la enemiga, nadie se hacia la ilusion de creer en la victoria; antes al contrario, atendido que ya escaseaban las municiones, se daba por seguro que al dia siguiente tendríamos que retirarnos. La misma idea habia en nuestro estado mayor.

Pasamos la noche sin saber nada, ni tener el menor indicio del ejército contrario; y por fin amaneci6; y cuando esperábamos de un momento á otro un nuevo ataque, empez6 á cundir la voz de que Concha habia muerto el dia antes; que el enemigo estaba en retirada, y que ya se hallaba fuera de nuestro alcance. Todo nos cogió tan de sorpresa, que nadie lo quiso creer; y la expresion *es imposible* se hallaba en todas las bocas. Despues de haber pasado algun tiempo en dudas y discusiones, se mand6 alguien á averiguarlo; y ya no cupo duda de que era cierto, viendo que el enemigo habia desaparecido. Entonces el desfallecimiento y pánico se convirtieron en admiracion, ánimo y alegría; la gente prorumpia en vivas á Carlos VII; se dió órden de avanzar, y se envi6 en seguimiento de los fugitivos alguna fuerza, la cual por haberse puesto en camino tan tarde, apenas pudo hacer un simulacro de persecucion.



Tales fueron en substancia las batallas de Bilbao y Estella.

X.

**Episodios de guerra.**

*Milan 1.º de Julio.*

No le he contado á V. ningun episodio de aquellos combates, á fin de poner mas clara la razon táctica de ellos; pero voy á referirle ahora algunos detalles que no carecen quizá de interés. Habia llegado al Norte un sacerdote italiano, á quien por llevar un gran Crucifijo de plata, le llamaban el *cura del Cristo*. Era un hombre de buena y gallarda presencia, de fisonomía abierta y simpática, de costumbres muy austeras y de trato sencillo, que, á pesar de que no predicaba ni hablaba de política, parecia dominado de un gran fervor religioso. Llevaba en una funda un Crucifijo, de un metro de longitud; y recorria los campamentos orando, haciendo cuanto bien podia, y comiendo lo que le daban, pues como no lo pedia, algunas veces se quedaba ó estaba expuesto á quedarse sin racion.

Mientras estuvimos en el sitio de Bilbao se presentó el dia antes de todos los combates; y, sacando el Cristo de la funda, obtenida licencia del que mandaba, lo presentaba amablemente á jefes, oficiales y soldados para que lo besasen. Aunque lo ignoro, supongo que con ello ganariamos cierta cantidad de indulgencias, y que el buen hombre queria que estuviésemos bien provistos de estos galardones por si alguna maldita ó impía bala nos enviaba indiscretamente al otro mundo. Todos besábamos el Crucifijo de mas ó menos buena gana; despues de lo cual el cura se retiraba satisfecho de su misericordiosa obra. Llegada la hora del combate, aparecia otra vez, y entrándose por los sitios de mas peligro con el Cristo en la mano, recorria las guerrillas ó las trincheras mas avanzadas sin cuidarse de la balas ni de las granadas que llovian, y animaba á los defensores enseñándoles aquella imágen, y consolaba á los heridos y moribundos haciéndosla besar.

Contrastaba tanto esta conducta con la de nuestros

Tales fueron en substancia las batallas de Bilbao y Estella.

X.

**Episodios de guerra.**

*Milan 1.º de Julio.*

No le he contado á V. ningun episodio de aquellos combates, á fin de poner mas clara la razon táctica de ellos; pero voy á referirle ahora algunos detalles que no carecen quizá de interés. Habia llegado al Norte un sacerdote italiano, á quien por llevar un gran Crucifijo de plata, le llamaban el *cura del Cristo*. Era un hombre de buena y gallarda presencia, de fisonomía abierta y simpática, de costumbres muy austeras y de trato sencillo, que, á pesar de que no predicaba ni hablaba de política, parecia dominado de un gran fervor religioso. Llevaba en una funda un Crucifijo, de un metro de longitud; y recorria los campamentos orando, haciendo cuanto bien podia, y comiendo lo que le daban, pues como no lo pedia, algunas veces se quedaba ó estaba expuesto á quedarse sin racion.

Mientras estuvimos en el sitio de Bilbao se presentó el dia antes de todos los combates; y, sacando el Cristo de la funda, obtenida licencia del que mandaba, lo presentaba amablemente á jefes, oficiales y soldados para que lo besasen. Aunque lo ignoro, supongo que con ello ganariamos cierta cantidad de indulgencias, y que el buen hombre queria que estuviésemos bien provistos de estos galardones por si alguna maldita ó impía bala nos enviaba indiscretamente al otro mundo. Todos besábamos el Crucifijo de mas ó menos buena gana; despues de lo cual el cura se retiraba satisfecho de su misericordiosa obra. Llegada la hora del combate, aparecia otra vez, y entrándose por los sitios de mas peligro con el Cristo en la mano, recorria las guerrillas ó las trincheras mas avanzadas sin cuidarse de la balas ni de las granadas que llovian, y animaba á los defensores enseñándoles aquella imágen, y consolaba á los heridos y moribundos haciéndosla besar.

Contrastaba tanto esta conducta con la de nuestros

curas castrenses, que en breve se hizo querido y popular. En efecto, estos curas se ocupaban mucho de *guirris* y *carcas*, ponderando las ventajas piadosas de estos sobre aquellos; comían lo mejor y mas sólidamente que podían; lo pedían, cuando no se lo daban, ó regañaban si la pitanza no era bastante succulenta; y algunos, llegada la hora de rompernos los cascós, se retiraban lo mas lejos posible, diciendo que su misión era de paz y misericordia, y generalmente se metían en las ambulancias, donde el peligro era algo remoto. Nuestros soldados bromeaban mucho sobre todo esto; y se entusiasmaban con el *cura del Cristo*, cuyo desinterés ponderaban á todas horas, con un respeto mezclado de ese chiste urbano, que el peligro inspira al militar.

Se sospechaba, por ejemplo, que dentro de uno ó dos dias habria jarana; y los voluntarios discurrían, afirmándolo, ó negándolo, segun las disposiciones que se observaban. De repente un chusco exclamaba: «¡Qué no habrá nada, compadres! Yo aseguro que nos estaremos quietos.»—«¿Por qué? preguntaban los otros mirándole con interés.»—«¡Toma! porque el *Cura del Cristo* no se ha dejado ver. Si algo hubiese, ya nos hubiera traído las indulgencias.» El grupo se echaba á reír, celebrando la ocurrencia como un dato exacto. Pero á veces el sacerdote se presentaba en aquel momento; y al verle, habia una hilaridad general, y todo el mundo decia: «Ya tenemos batalla segura, camaradas: ¡ajo al Cristo que es de plata!» Y mientras llegaba la hora de besarlo, menudeaban las bromas. «Ese hombre, decían, huele la pólvora de lejos.»—«En esto, añadían otros con malicia; se parece á ciertos curas de nuestros batallones; que una vez roto el fuego, van también á olerla lo mas lejos posible.»—«Claro, decían algunos; como sus reverencias tienen una misión de paz y misericordia, no pueden ver los toros sino desde la barrera.»—«Y si es posible, reponía el otro, desde la contrabarrera, porque es lugar mas abrigado.» A pesar de esto, como la mayor parte de curas castrenses, á trueque de combatir á los liberales, arrostraban todos los peligros, hasta haciendo cosas impropias de su ministerio; influían mucho en el espíritu de los soldados, y la conducta tan superior del *del Cristo* dislabá mucho de desacreditarlos.

Aunque en los combates de Bilbao presencié otros



episodios, no recuerdo ninguno que tenga tanto carácter é interés: Empezadas las operaciones de la línea de Estella, el día antes del ataque de Abárzuza, recibí orden de ir á este pueblo con mis fuerzas, desde un sitio muy distante en que aun me hallaba; de modo que tuve que hacer una larga marcha forzada para llegar á tiempo. Caminábamos juntos el coronel Caveró, su ayudante, que era un alemán, yo y el mio, que era un jóven muy listo, llamado Bravo de Ribera. Al llegar á una venta, hicimos alto para tomar un bocado; y mandamos asar un gran pedazo de carne, que comimos medio sanguinolenta con un apetito voraz. El alemán, que era un comilon insaciable, al mismo tiempo que un valiente heroico, devoraba su racion con un gusto exquisito. «Como ya ha llegado nuestra última hora, decia; al menos tendremos la ventaja de reventar con el vientre lleno.» Caveró, que no tenia superior en valentia, exclamó: «¡Pardiez! ¿V. cree que nos mataran?»—«Sin duda, respondió con desparpajo el alemán, devorando su racion. Tengo la seguridad de que nos derrotan el ejército, y nos matan á nosotros.»—«Derrotados lo seremos de fijo, replicó Caveró. Muertos nosotros, no lo creo.» Escuchaba yo sonriendo esta desagradable conversacion, y entonces dije: «A fé, que si presintiese que me han de matar, maldita la carne que comiese.»—«Pues, señores, dijo el alemán imperturbable; yo tengo la conviccion de que moriré; y por esto mismo procuro atracarme bien; pues morir con la panza provista es el único consuelo de un filósofo.» Como era muy original, todos nos echamos á reir; y despues de comer proseguimos la marcha, como si fuéramos á la gloria, no á la celestial; que esta no llevábamos prisa en obtenerla.

Por fin, llegamos á las avanzadas de Abárzuza, de cuyo pueblo habian ya huido casi todos los habitantes; ocupamos las posiciones que el jefe nos mandó; y defendimos el lugar del modo que ya le referí á V. En medio del ataque cayó un chubasco diluvial, y me pasé el impermeable para no empaparme de agua hasta los huesos. Caveró se batia como un leon, su ayudante alemán no se quedaba atrás, y yo y Bravo de Ribera seguíamos las peripecias de la accion. Pero ninguno de nosotros caía. «Por ahora, decia yo, la profecía no se cumple, á pesar de que no faltan balas ni imprudencias para facilitarla.»

Llegamos al fin del combate enteros y sanos; y perdido el lugar, recogimos nuestra gente, y nos retiramos los cuatro juntos por el camino de la montaña, hablando de la accion, mientras el enemigo entraba é incendiaba á Abárzuza. Caia la tarde; y bajo la lluvia que aun continuaba, tomamos á toda prisa por una vereda, donde incesantemente silbaban numerosas balas. «¿Por qué no pasamos por la otra, que es mas cubierta? dije yo.»— «¿Qué disparate, mi coronel! repuso el aleman. Lo mismo nos amolarán por aquella que por esta. No nos tomemos tanta molestia, ya que hemos de quedar aquí.»— «¿Cómo! exclamó Caveró. ¿Todavía cree V. que nos van á matar?»— «De seguro, mi coronel, contestó el ayudante; y estoy esperándolo de un momento á otro.»— «¿Que el diablo se lo lleve á V.! dijo Caveró.»— «Es un personaje que me tiene sin cuidado, replicó el aleman. Lo único que me preocuparia en estas circunstancias es no haber comido; pero con aquella lonja de carne me he preparado bien.»

Yo y mi ayudante caminábamos, riendo de tan original insistencia. De repente oimos unos choques de bala; el aleman cae secamente; Caveró dá un grito, y yo siento algo en la ropa. «¿Qué me han geringado!» exclama Caveró.— «Creo que á mí tambien, dije yo.»— «Pues yo todavia estoy entero gritó, Bravo; pero mi amigo el aleman no chista ni se menea.» Nos reconocimos en seguida con la natural curiosidad de estos casos; y el aleman estaba muerto; Caveró herido, y yo tenia el impermeable pasado de dos balazos. «Aquí me las den todas, exclamé alegremente.»— «¿Ay! dijo Caveró. No puedo yo hablar con tanta frescura. Pero todavia espero ver cosas mayores.»— «El único que ha salido del chubasco, sin daño de barras, soy yo, observó Bravo. ¿Si aun no me habrá llegado el turno?»— «Pues oiga V., le dije; no sé si todas las fuerzas se han retirado, como ordené; vuélvase V. hácia Abárzuza en seguida; y si han quedado algunas, repítales la órden, y procure V. que ese señor turno no se deje ver.»

Mientras recogíamos el cadáver del aleman, y colocábamos á Caveró de un modo conveniente para mandarlo á las Amezcuas, mi ayudante partió como un rayo, y volvió al cabo de algun tiempo, despues de cumplir el encargo. «¿Vive Dios, mi coronel! exclamó al verme; que

el pobre alemán debía ser brujo, ó nigromante, porque en poco ha estado como no le acompañó en su viaje. Como ya anochece, he tomado á las avanzadas enemigas por soldados nuestros, sin reconocerlos hasta á boca de jarro; de modo que ha empezado á caer sobre mí una de balas, que creí verdaderamente que allí me quedaba. Se vé, añadió, que el alemán supo de antemano que soplaban malos vientos para él y el coronel Caveró; pero que no conoció que V. y yo nos hallábamos libres de cuidado." Así acabó aquella extraña aventura, cuyo resultado nos dejó á los dos muy tristes, por lo mucho que queríamos al difunto y al herido. Este curó; y al reingresar, echó también muy á menos al pobre y valiente alemán.

Retirados los liberales despues de la muerte de Concha se me mandó ocupar á Abárzuza; y al llegar á este pueblo, hallé bastantes soldados enemigos y alguna gente de sus ambulancias, que no habian podido seguir la retirada, y que se me rindieron enseguida. Al mismo tiempo corrian al pueblo algunos de los habitantes fugitivos y varios soldados nuestros, hijos de allí, deseosos de saber qué habia sido de sus hogares y familias. Viendo unos sus casas quemadas, y otros, saqueadas y desmanteladas, prurumpieron en gritos de ira y rabia; mezcláronse las mugeres en el tumulto, y sedientas de venganza, pedian gritando á los hombres que no dejaran sin castigo el daño que el enemigo habia hecho. A cada momento aumentaba el número de los aldeanos; y los recién llegados unian su cólera á la de los que ya estaban excitados. «Los *quiris* nos han arruinado, exclamaban. Mi casa está incendiada. A mí me han robado cuanto tenia. No sé lo que se ha hecho de mi pobre madre, y temo que la hayan quemado dentro de casa. ¡Venganza! ¡venganza!»

Como enseguida se supo que teníamos prisioneros, el tumulto se concentró en el sitio donde los guardábamos; y cual armado de una navaja, cual de una hacha y cual de la bayoneta, se precipitaron en el depósito, dando gritos y ahullidos terribles. «¡Mueran los *quiris*! ¡á matarlos á todos! exclamaban. ¡Que no haya cuartel para ninguno!» Y hombres y mugeres, soldados y paisanos, querian asaltar la casa donde los habíamos encerrado. Tal era el furor, que todos los prisioneros se daban por



muerdos; y en verdad que su peligro fué inminente. Pero yo, que estaba encargado de su custodia, monté á caballo, me puse al frente de mi batallón, y despues de tomar disposiciones para salvar á los amenazados, arengué á los amotinados. «No os avergüenza, les dije; deshonrar vuestra victoria con represalias tan infames? ¿quién os asegura que los prisioneros hayan sido los que han incendiado el pueblo? ¿no sería injusto que ellos pagasen la pena de lo que otros hayan cometido? Deteneos, y mostraos dignos de vuestra reputacion, porque estais haciendo cosas que deberian repugnaros, y que los que tenemos la sangre mas fria no podemos permitir. Sabed que yo estoy encargado de guardar á los prisioneros; y que antes me matareis á mí, que tocar á uno de ellos. Si no os detenéis, rompó enseguida el fuego contra vosotros.» Reprimiéronse entonces; y solo algunas mugeres refunfuñaron, diciendo: «Este debe ser un *quiri*, porque va vestido como ellos.» En efecto, yo llevaba con alguna variante el mismo uniforme que en el ejército contrario; y aquellas pícaras, no sabiendo como excitar á sus paisanos, me hacian de este modo sospechoso, para que no me tuviesen respeto.

Al cabo de unos momentos, exaltados otra vez por los lamentos y gritos de la gente que continuaba llegando, intentaron asaltar el depósito; y de nuevo me ví en grandes apuros para contenerlos. «Queremos matar á los *quiris*! gritaban. Dénsenos de grado, ó vamos á tomarlos por fuerza. ¡Arriba, navarros!»—«¡Atrás! exclamé amenazadoramente. Mientras yo y mis aragoneses vivamos, nadie pondrá impunemente las manos sobre esos desgraciados. ¡Atrás enseguida, gente sin entrañas, ni juicio!» Por fin, despues de haber bregado mucho, desvaneci aquel furór; calmé á todo el mundo, y logré no solo salvar á los amenazados, sino que los mismos que querian poco antes matarlos, ayudasen á cargar los heridos liberales en carretas para trasportarlos á Estella. De aquí que mas adelante un liberal de sanidad militar, al ser canjeado, escribiese á varios diarios de Madrid una carta, dándome las gracias por el favor que hice á los prisioneros.

Cuando estuve libre de aquel peligro, salí á dar la vuelta por el pueblo; y uno de los espectáculos mas pintorescos era ver la carretera llena de los fugitivos que regresaban

con los efectos que habian sacado de sus casas: venian las familias confundidas, los hombres y mugeres con fardos y colchones en la cabeza, los chicos llevando en las manos sartenes, pucheros é instrumentos de labor; en medio de algunos grupos seguia pacíficamente algun asno, ó gallardamente algun mulo, cargados de una pirámide de objetos, y montados por algun hombre, ó muger, que no podía andar; acá y allá descollaban los carros, atestados de muebles y personas; y de vez en cuando aparecia algun imposibilitado, transportado en una silla por dos robustos labradores. Todo era movimiento y agitacion, y el convoy llegaba al pueblo, serpenteando confusamente por la carretera, entre las voces de los que lo formaban.

De repente se descubrió un coche tirado por excelentes caballos, donde iban algunas señoras bien vestidas, acompañadas de unos ayudantes de Estado Mayor, quienes se dirigian al pueblo para contemplar los estragos que habian hecho los liberales. «¿Quiénes son aquellos usías? preguntaban los labradores.»—«¡Virgen mía! ¿no las habeis conócido? decian algunas mugeres. Son las señoras de Argons; aquel general, que antes de la guerra vendia casullas y roquetes por estos andurriales; las cuales ahora ya no se acuerdan de sus antiguas angustias, y apenas se dignan mirar á las que éramos mas que ellas.»

«Dios me perdone, si pecco, exclamaba una; pero en esta guerra han pasado cosas muy extrañas, porque mientras unos nos hemos arruinado, otros se han enriquecido. Ese señor casullero tenia tanto de militar como yo de duquesa; y á pesar de esto, cátele V. en cuatro días con faja y excelencia; que cualquiera diria que es un nuevo Zumalacárregui.»—«Señora Antonia, decia algun viejo labrador; así va el mundo; y no hay como tener poca vergüenza y muchos empeños para medrar. Si V. no sabia que en nuestro país de un casullero se puede hacer un general, que ni bueno sea para mandar un piquete, ya está V. desengañada. Tenga su merced paciencia, que mejores cosas hemos de ver aun, si la guerra continúa. Entre tanto los *quiris* nos han saqueado y quemado el pueblo, y nosotros los pobres labradores ya tenemos con que entretenernos. ¡Ah! yo he sido voluntario del gran Zumalacárregui, y si este aun viviese no se

veria hoy lo que todo el mundo sabe. Pero callar y paciencia."

Lleguéme á la iglesia, donde estaban un gran número de heridos liberales; y era una cosa tristísima ver este espectáculo. Tendidos en el suelo desnudo; unos encima de sus mantas, y otros sobre las frias piedras; yacian miserablemente aquellos infelices con la cabeza reclinada en el morral, ó en el suelo: cual agonizaba, cual llamaba con voz apagada á su madre, cual se quejaba dolorosamente, cual estaba inmóvil como un muerto. Habia heridas horrendas que desfiguraban toda la cara; los uniformes estaban manchados de sangre y barro; y el suelo lleno de charcos sanguinolentos. Algunos heridos se habian reclinado en la pared, y se lamentaban maquinalmente, como sin darse cuenta del sitio donde se hallaban, ni de la gente que los rodeaba. Los médicos, enfermeros y soldados, con algunas mugeres y paisanos caritativos, andaban por entre ellos, socorriéndolos del mejor modo posible; y trasladándolos cuidadosamente á las ambulancias, para enviarlos al hospital. Yo me acerqué á un herido que estaba mudo, inmóvil y pálido como un muerto, y le dije: «Muchacho, ¿cómo va la herida?»—«La herida bien, señor, me contestó. Si no fuera el hambre que tengo... No sé cuánto hace que no he comido, y el hambre me atormenta.»—«¿Cómo! exclamé. ¿No comiste ayer?»—«No, señor, me contestó, porque no habia raciones.»

Esto me sorprendió mucho; mandé en seguida darle algo, y despues de entretenerme un poco con otros heridos, me fui á la sacristía, que estaba llena de cadáveres liberales. La gente los contemplaba en silencio, ó hablando en voz queda. Veíanse por el suelo todas las clases confundidas, soldados, oficiales y jefes; y sobresalian las figuras y actitudes mas extrañas. Todos estan pálidos, como la cera vieja; y unos presentaban la imagen de la tranquilidad; otros tenian los brazos abiertos por encima de la cabeza, y el rostro lleno de angustia; muchos parecian acurrucados, y entre todos, descollaba un cazador de cara morena, larga, flaca y enérgica, que estaba todavia en ademan de atacar á la bayoneta: sus ojos vidriosos lucian siniestramente; su rostro revelaba una decision irresistible; su boca parecia entreabrirse para dar un viva á su bandera; sus piernas estaban en-



cogidas en estado de subir una cuesta, y tenia aun los brazos terciados y los puños cerrados, como si enristrase el fusil. La muerte le sorprendió de aquel modo, sin darle tiempo de cambiar. Jamás podre olvidar tan heroica figura.

Volví á mi alojamiento bastante afectado por las últimas escenas que habia visto, y considerando quien era D. Carlos, y lo que á los españoles nos costaba, no pude ménos de entristecerme. «¿Por qué estraña fatalidad, pensaba, nos hemos de matar y arruinar en nombre de un ser tan antipático é inmoral? ¿por qué hemos de figurar tantos hombres decentes en las filas de un partido, cuyo jefe es un infame? ¿no es sensible que se haya derramado por él la sangre inocente de esta y otras batallas? ¡Ah! Los que conociendo á D. Carlos han engañado á los españoles, persuadiéndonos que era un hombre digno; merecen el desprécio mas abrumador de la gente honrada, y las censuras más acerbadas y vehementes de la historia.»

Así discurría, cuando de repente se me presentó el *Cura del Cristo de Plata*, todo angustiado y adolorido, y cogiéndome de las manos, exclamó: «¡Señor coronel! Por amor de Dios, ayúdeme V. á salvarlos. He sabido cuanto ha hecho V. ya para librarlos de un brutal atropello, y no creo que ahora abandone á los infelices, cuya vida le ha costado tanto.» Sorprendido de unas palabras tan sentidas y misteriosas, le pregunté con interés de quienes me hablaba. «De los prisioneros, señor, de los prisioneros, me contestó. Acabo de saber que en desagravio del incendio de este lugar, van á ser diezados sin piedad, y que hoy mismo se fusilará á los que tengan la triste suerte de sacar un número fatal. ¡Qué horror! añadió tapándose la cara. ¡Fusilar á sangre fría los prisioneros, cuando nada obliga á hacerlo! ¿Qué van Vds. á ganar derramando esta inocente sangre? ¿no ven que un prisionero es sagrado? ¿no han vencido Vds. ya? ¿á qué mezclar ahora la alegría de la victoria con la tristeza y horror del cadalso? ¡Oh, señor coronel! es necesario que me ayude V. á sacar del peligro á aquellos infelices. Yo estoy dispuesto á correr á ver al rey y echarme á sus piés, y no me levantaré de ellos hasta que S. M. me conceda el perdon.» Aunque nada sabia yo de aquel propósito, creí que podia ser cierto, y le aconsejé que

fuera á ver el general en jefe sin pérdida de tiempo. «El rey está lejos aun, le dije, y será mejor que desde luego interese V. á los que mandan aquí.» Siguió él mis indicaciones, y despues de mucho trabajo, logró que se renunciase á aquellos fusilamientos.

Al llegar á mi alojamiento, que era la misma casa donde murió Concha; pregunté á la patrona si habia hallado papcles. Contestóme que sí, y me entregó un paquete, que conservé como preciosidad histórica. Leílos, y entonces supe, entre otras cosas, que aquel general se habia hallado en la penuria mas extrema; que avanzó y combatió, sin poder racionar á sus soldados; que no logró nunca estar abastecido de un modo regular; y que esto retardó todas sus operaciones. ¿Qué enseñanza fué esta para mí! Mientras el desdichado Concha, que disponia de la administracion militar central de España, se moria de hambre con su ejército; nosotros, que nos abastecíamos en una administracion provincial, nadábamos en la abundancia, sin que un solo dia nos faltara el buen pan, la excelente carne, el confortante vino, y todo lo demás que suele tomar el soldado en campaña. Sin embargo esto no disculpa á Concha de haber cometido en sus ataques tontos, tan fundamentales, y tan funestos errores.

## XI.

### **Murmuraciones y criticas.**

*Milan 8 de Julio.*

Despues del inesperado triunfo de Monte Muru, sucedió lo mismo que despues de Somorrostro contra Moriones; nos quedamos tranquilamente á la defensiva, esperando que los liberales se repusieran, y nos atacaran de nuevo á las órdenes de un general menos proyectista y aparatoso, y mas táctico y decidido. Se dió licencia á gran número de voluntarios para que ayudaran á los campesinos en la siega de los campos; se distribuyeron una infinidad de grados y condecoraciones.

fuera á ver el general en jefe sin pérdida de tiempo. «El rey está lejos aun, le dije, y será mejor que desde luego interese V. á los que mandan aquí.» Siguió él mis indicaciones, y despues de mucho trabajo, logró que se renunciase á aquellos fusilamientos.

Al llegar á mi alojamiento, que era la misma casa donde murió Concha; pregunté á la patrona si habia hallado papcles. Contestóme que sí, y me entregó un paquete, que conservé como preciosidad histórica. Leílos, y entonces supe, entre otras cosas, que aquel general se habia hallado en la penuria mas extrema; que avanzó y combatió, sin poder racionar á sus soldados; que no logró nunca estar abastecido de un modo regular; y que esto retardó todas sus operaciones. ¿Qué enseñanza fué esta para mí! Mientras el desdichado Concha, que disponia de la administracion militar central de España, se moria de hambre con su ejército; nosotros, que nos abastecíamos en una administracion provincial, nadábamos en la abundancia, sin que un solo dia nos faltara el buen pan, la excelente carne, el confortante vino, y todo lo demás que suele tomar el soldado en campaña. Sin embargo esto no disculpa á Concha de haber cometido en sus ataques tontos, tan fundamentales, y tan funestos errores.

## XI.

### **Murmuraciones y criticas.**

*Milan 8 de Julio.*

Despues del inesperado triunfo de Monte Muru, sucedió lo mismo que despues de Somorrostro contra Moriones; nos quedamos tranquilamente á la defensiva, esperando que los liberales se repusieran, y nos atacaran de nuevo á las órdenes de un general menos proyectista y aparatoso, y mas táctico y decidido. Se dió licencia á gran número de voluntarios para que ayudaran á los campesinos en la siega de los campos; se distribuyeron una infinidad de grados y condecoraciones.



á oficiales y jefes, habiendo tal profusion, que llegó á avergonzar á la mayor parte de los agraciados; y la corte y el campamento carlista volvieron á tener su anterior aspecto de inercia, envidia, intriga y desquiciamiento.

Como entonces me hallaba bastante enterado de la situacion, veia, sin mezclarme en nada, como el mal se desenvolvía y propagaba, amenazando llegar en breve á las mismas entrañas del carlismo. El sitio de Bilbao y el ataque de Estella habian abierto un poco los ojos al pueblo, quien empezaba á pasar de la extrema confianza que los curas y los agentes carlistas le inspiraron, á la sorpresa, á la duda y temor. Aquella táctica extraña de vencer al enemigo y dejarlo rehacer; aquellas teorías ridiculas de despreciar á los liberales, y dejarlos llegar al corazón del país; aquellas promesas halagüeñas de de triunfar pronto, comparadas con el escarmiento de haber visto á Estella casi tomada, al ejército en la contingencia de huir á las Amezcuas, y al Pretendiente con toda su gente y equipaje al pié de la frontera francesa; todo esto, en junto, y cada cosa por sí, habia hecho caer de las nubes á los vascos y navarros de todas las categorías.

Así es que en las Provincias y en Navarra se empezó á murmurar más que antes, pues así como entonces se reducian á lamentarse de que D. Carlos no echase de su lado á los cortesanos, ahora la gente adicta se atrevia ya á decir mal de este mismo, habiendo quienes aseguraban en voz baja que tenia la culpa de todos los desaciertos; y quienes, por estar ménos enterados, se quejaban de que no se mostrase más agradecido al país. Si los carlistas hablaban ya de este modo, puede usted imaginar cómo se producirian aquellos paisanos que aunque no fuesen liberales, eran hostiles á la guerra; pues por más que su estado les obligase á callar, ya se atrevian á exponer prudentemente su opinion, siempre que no corrian peligro de ser descubiertos. Estos juzgaban con mucha perspicacia la guerra, y pesando los elementos de cada parte y su calidad, creian que el país habia cometido una de las calaveradas mas tontas, al levantarse en defensa de D. Carlos. Aunque estas críticas no se produjesen libremente, con todo trascendian á la poblacion, pasando discretamente de familia en familia, donde se examinaban y comentaban con más efecto de lo que convenia al carlismo.

Como el clero vasco-navarro había tenido, y seguía teniendo una participacion tan influyente en el levantamiento, se resintió en seguida de la modificacion de las ideas del pueblo, aunque distase mucho de perder su autoridad. Verdaderamente los vasco-navarros recordaban muy bien que los curas les habían predicado aquella guerra como una cruzada santa; que les habían hecho el panegírico mas entusiasta de D. Carlos, y prometíoles un triunfo fácil y brillante; y al ver ahora que la guerra tenia mas carácter civil que religioso; que D. Carlos era un hombre muy diferente, y que no solo no llegaba el triunfo, sino que dos veces en cortísimo tiempo se había estado muy cerca de la derrota fatal, habían de desconfiar de las exhortaciones del sacerdocio.

Este, que tampoco había hallado en el Pretendiente el tipo devoto y sumiso que deseaba, murmuraba tambien de la guerra, añadiendo sus quejas á las de toda la poblacion; lo cual, á la vez que aumentaba los murmullos de descontento, le disculpaba ante las masas que creían en su sinceridad. Pero los hombres imparciales no se dejaban convencer tan fácilmente, y aprovechaban todas las ocasiones para decir que el clero era la causa de aquel escándalo; que por su culpa se derramaba tanta sangre; que por su fanatismo se arruinaba el país, y por su obcecacion se perderian los fueros.

Recuerdo que despues de la victoria de Monte Muro, hallándome en Lorca, tuve ocasion de hablar con uno de esos tipos despreocupados. Me habían hecho brigadier, de resultas de la victoria, y había tenido que pasar á aquel sitio, no recuerdo con qué objeto. Estando en el alojamiento, llegó un vecino de media edad y de aspecto acomodado; y como en aquellos países hay una familiaridad patriarcal, y el recién llegado era amigo de la casa, pronto entabló conversacion conmigo y con el patron, que estaba presente. «¿Creería V., señor brigadier, me dijo, que yo predije al general Martinez Campos que perderian la batalla?» Así empezó la conversacion.

«¿Ha sido V. militar? le pregunté.»—«No, señor, me contestó; pero uno conoce el país, toma idea de la guerra, viendo lo que hacen y preguntan los generales, y forma juicio. Por aquí atacaba á Estella aquel general, y al ver el gran espacio de terreno que ocupaba, no pude menos de decirle: guárdese V.; mire V. que, aunque yo

no entienda nada en estas cosas, conozco la tierra á palmos, y los carlistas pueden desembocar por dos ó tres partes de la línea que V. ocupa, y cortarle. Pero él se sonreía con presunción, meneaba nerviosamente la pierna y decía: «¡Bah! los carlistas no valen nada, y verá V. como mañana tomaremos café en Estella sin falta.»— «En realidad, dije yo, la batalla no se perdió por esta parte, sino por la de Monte Muru.»—«Sin embargo, señor brigadier, repuso el campesino, ha de reconocer V. que aquí podía haber mucho.» Yo contesté: «Sin duda podía haber aquí y en otras partes, á concurrir ciertas circunstancias; pero el hecho es que no ocurrió nada.»

Hubo un momento de silencio, durante el cual me pareció que mi interlocutor buscaba el modo de tratar de otras cosas que le interesaban mas; y como yo me mostraba siempre muy tolerante con las opiniones que oía en casa de mis patronos, le allané las dificultades, pareciéndome que aquel tipo debía ser un navarro curioso de conocer. «¿Y qué se ha dicho aquí de la última victoria? pregunté. ¿Se ha reanimado mucho el país?...» El forastero meneó la cabeza. «La victoria no ha disgustado, me contestó, pero como no se hace nada para acabar la guerra, nadie se entusiasma, porque no ve el fin de estas cosas. El patron le dirá si me equivoco.»—«No, camarada, repuso el otro. Porque es bien cierto que ya todos quisiéramos la victoria definitiva, ó la paz.» Yo me sonreí. «¡Qué poco carlistas son Vds.! dije. Pero no importa; pues yo respeto todas las opiniones, y aun me gusta oírlas, aunque contradigan las mías.»

Los dos amigos se miraron. «A decir la verdad, repuso el patron, ni mi camarada ni yo somos carlistas; no pertenecemos á ningun partido de los que dividen á España, y solo somos fueristas acérrimos. Pagamos para esta guerra lo que la Diputacion nos impone; obedecemos lo demás que las autoridades mandan; no chocamos, ni hemos chocado con las ilusiones de nuestros paisanos sobre su levantamiento; pero tenemos esta guerra por una equivocacion, que á todos nos costará cara.»—«Ni mas, ni menos, dijo el forastero.» Mientras el patron hablaba, le daba yo en mi interior la razon; pero como nó me correspondia demostrarlo, aparenté escucharle con alguna incredulidad. «Vamos á ver, dije: ya que nos hemos hallado juntos tres hombres razonables, quisiera



que me dijese Vds. por qué desconfían del éxito."

El forastero tomó la palabra. «Señor brigadier, me dijo, las causas son muchas, y tan delicadas algunas, que será mejor no tocarlas, aunque Rosa Samanuego y sus satélites no esten presentes. Yo tengo ya alguna edad; he visto un poco el mundo, y puedo añadir que mi paisano se halla en el mismo caso.»—«Mucho que sí, añadió el aludido.»—«Ahora bien, repuso el forastero; no ganaremos, porque siendo carlista la causa, para vencer habria de existir en el país un partido carlista, lo cual no sucede. Aquí el carlismo es una escarapela que se lleva sin conciencia de su significado; y la gente vitorea á Carlos VII, como podria vitorear á otro. Nuestras provincias han caído en manos de ciertos personajes que explotan dos cosas nuestras muy sagradas, el sentimiento religioso, y nuestra admirable administracion foral. Con lo primero han exaltado á Navarra y á las Provincias, que han tomado en masa las armas; y con lo segundo han podido organizar la guerra. Pero como éstos estados son pequeños, y España es grande, nosotros seremos vencidos y domados, porque ya ve V. que por ahora no podemos hacer mas que defendernos, y mas adelante, cuando ya estemos agotados, ni la defensa nos será posible.»

El patron añadió: «Y entonces será la gorda, y entonces lo pagaremos junto, porque si la otra vez salvamos los fueros, ahora los perderemos sin falta, pues el año 40 pudimos imponer condiciones en virtud de la pasion carlista que habia aquí y de estar apoyados en el Centro por los 25,000 hombres de Cabrera, y en Cataluña por mas de 18,000 carlistas aguerridos, lo cual nos daba verdadera importancia, aunque estuviésemos cansados y divididos. Ahora no existe nada parecido.»

«En nuestra tierra, dijo el forastero, la gente es tan sencillota y carece tanto de mundo, que todo se lo cree. Ciertos curas le han encasquetado que debian levantarse por la religion y por D. Carlos, defensor de ella; y se han levantado, como si fueran á una conquista ya hecha; de modo que en vez de cavilar sobre la simpleza que hacian, han pasado el tiempo en chismes de vecindad. ¿Qué diria V., señor brigadier, que ocupaba y preocupaba mas á nuestros pobres navarros cuando se estaba preparando el gran disparate del sitio de Bilbao? Pues

sepa V. que tan solo se trataba del inmenso, del inmensísimo é inauditsimo escándalo de haber entrado S. A. D.<sup>a</sup> María de las Nieves en una iglesia de Estella con la boina puesta; lo cual parecia tan enorme, tan grave, tan impio, que de la noche á la mañana no se hablaba de otra cosa entre compadres y comadres de la ciudad y de muchas otras partes; ponderándose con horror é indignacion que la cuñada del defensor del catolicismo, una persona de sangre real, una muger tan venerada por el clero, hubiese cometido aquel abominable desacato á la reverencia de una iglesia. Ya vé V., señor brigadier, si la situacion era para entretenerse en estas chiquilladas, buenas todo lo más para los ócios de media docena de beatas.”

«A decir la verdad, continuó el forastero, nuestro país ha tenido en este siglo una gran desgracia y una gran fortuna en conservar su sistema foral; porque conservándolo, ha podido sustraerse á esa exagerada centralizacion que tanto mal ha causado á España, quitando á sus antiguos reinos y comarcas, la vida, la libertad é iniciativa de que eran capaces; y así cuando se comparan nuestras provincias con las otras españolas, las nuestras parecen un vergel, al paso que las otras son un desierto. Nosotros debemos estas ventajas á los fueros, que nos han permitido administrarnos nosotros mismos; plantear fácilmente todas las reformas y mejoras que nos convenian; allanar á cada cual sus proyectos de utilidad privada y comun; y hacerlo barato y en breve tiempo. Pero como tuvimos la sandez de no reorganizar aquellas leyes, amoldándolas mejor á la índole del siglo, nuestras provincias han quedado avasalladas por el clero, como antiguamente; lo cual ha sido causa de todas nuestras desgracias, y lo será de las que sobrevengan. El clero ha formado aquí un espíritu de apocamiento, de devocion y fanatismo, que entontece á los varones, y quita la sinceridad á las mugeres; y por esto verá V. que el navarro y vascongado es de cabeza pesada, y la muger muy ladina y devota; el clero ha singularizado todas estas provincias, enajenándolas del resto de España, con un celo egoista, por miedo de perder su dominio; en fin, señor brigadier, el mismo clero es la causa de ese espíritu batallador que hay entre nosotros por cuestiones tan injustas con la unidad religiosa.”

«Lo que dice mi amigo es el mismo evangelio, rupuso el patron; y nosotros, y los que piensan del mismo modo, no podemos menos de lamentar que nuestro país se deje dominar de este modo por un sacerdocio, que aunque sea de buenas costumbres, lo cual nadie le puede quitar; cuando se trata de la tolerancia religiosa, es egoista, despótico, tiránico y mal patriota; pues no vacila en asolar al propio país en que ha nacido, para impedir que cada español siga el culto que mas le agrada. Nuestro clero no ama los fueros ni la felicidad de su patria, señor brigadier; tiene por nuestra libertad provincial y por la prosperidad de nuestra tierra la mas completa indiferencia; y por esto no ha vacilado nunca en sacrificarnos á su despotismo teocrático, á su interés clerical y á su exclusivismo católico. En nuestro país todos somos buenos, porque todos lo queremos entrañablemente, lo mismo los liberales que los carlistas y los indiferentes. Los malos ciudadanos son únicamente los curas carlistas. Ellos han sido la causa de este levantamiento, señor brigadier; ellos han sido la causa de que una comarca que debia inspirar tantas simpatías á las demas provincias liberales de España, no le inspirara mas que aversion y odio; y ellos serán la causa de que caigan sobre nosotros toda suerte de calamidades. Cuando España vencedora nos quite los fueros ¿quién tendrá la culpa de ello? Ese clero, y solo ese clero.»

«Bien dicho, amigo, exclamó el forastero, y entonces que nuestros paisanos vayan á consolarse, confesándose y comulgando con el señor párroco que les mandó tomar las armas en nombre de Dios; que vayan á buscar fueros en las iglesias y sacristias donde les daban el santo y seña; que vayan á pedir fueros á los predicadores que les han calentado de cascos desde estos púlpitos diciéndoles que el cielo les ordenaba dar vidas y haciendas en defensa del catolicismo; que vayan.... Pero temo, señor brigadier, dijo interrumpiéndose, que abusemos un poco de la tolerancia de V., hablando tan libremente.» Yo, que habia hasta entonces escuchado atentamente, le contesté: «No, señor, porque como la conversacion es reservada, la puedo oir sin escándalo del público. Sin embargo, me parece que exageran un poco el resultado de la guerra, porque yo que soy militar, no hallo que la victoria de los libe-



rales sea tan segura y fácil como ustedes dicen.” El forastero se sonrió. «Bah! dijo. Esto si que lo ha dicho V. por el bien parecer; porque es imposible que crea en la victoria quien ocupa en el ejército un grado tan alto. V. sabe perfectamente lo que pasa entre bastidores; ve no menos bien lo que sucede á la luz del dia, y ha de juzgar de la guerra no menos pésimamente que nosotros. Sí, señor brigadier, sí; los liberales nos vencerán, nos domarán, nos aniquilarán, y nos quitarán los fueros, y de todo esto, lo repito, será culpable el clero carlista, que es la única gente que entre nosotros no tiene patriotismo. Sí; el clero carlista tendrá la culpa de que los liberales nos opriman y aniquilen; el clero carlista será el verdadero responsable de que las Cortes españolas nos arrebaten los fueros, ese bien inapreciable que el país quiere tan entrañablemente; el clero carlista será el solo autor de nuestra esclavitud y miseria, y de nuestra ruina y desolacion. Entonces los navarros y vascos podremos meditar entre las angustias y la tristeza mas dolorosa sobre las consecuencias de dejarse dominar por unos sacerdotes, que aunque tengan virtudes católicas, carecen de amor á la patria, á la libertad provincial y á la familia.”

## XII.

### **Descontento de los Paisanos, del Clero y del Ejército.**

*Milan 10 de Julio.*

El general Boet continuó de este modo: Si en aquel tiempo los vascos y navarros no se arrepentian todavía de haber tomado las armas, tenian ya poco entusiasmo por la guerra. Cuando el sitio de Bilbao chocó mucho que en los precisos momentos en que Serrano y Concha acometian la línea carlista, el Pretendiente celebrase un consejo de guerra con sus principales caudillos cuatro leguas atrás de nuestros campamentos, por miedo de exponerse á los cañones de Somorrostro y Bilbao; pues aunque

rales sea tan segura y fácil como ustedes dicen.” El forastero se sonrió. «Bah! dijo. Esto si que lo ha dicho V. por el bien parecer; porque es imposible que crea en la victoria quien ocupa en el ejército un grado tan alto. V. sabe perfectamente lo que pasa entre bastidores; ve no menos bien lo que sucede á la luz del dia, y ha de juzgar de la guerra no menos pésimamente que nosotros. Sí, señor brigadier, sí; los liberales nos vencerán, nos domarán, nos aniquilarán, y nos quitarán los fueros, y de todo esto, lo repito, será culpable el clero carlista, que es la única gente que entre nosotros no tiene patriotismo. Sí; el clero carlista tendrá la culpa de que los liberales nos opriman y aniquilen; el clero carlista será el verdadero responsable de que las Cortes españolas nos arrebaten los fueros, ese bien inapreciable que el país quiere tan entrañablemente; el clero carlista será el solo autor de nuestra esclavitud y miseria, y de nuestra ruina y desolacion. Entonces los navarros y vascos podremos meditar entre las angustias y la tristeza mas dolorosa sobre las consecuencias de dejarse dominar por unos sacerdotes, que aunque tengan virtudes católicas, carecen de amor á la patria, á la libertad provincial y á la familia.”

## XII.

### **Descontento de los Paisanos, del Clero y del Ejército.**

*Milan 10 de Julio.*

El general Boet continuó de este modo: Si en aquel tiempo los vascos y navarros no se arrepentian todavía de haber tomado las armas, tenian ya poco entusiasmo por la guerra. Cuando el sitio de Bilbao chocó mucho que en los precisos momentos en que Serrano y Concha acometian la línea carlista, el Pretendiente celebrase un consejo de guerra con sus principales caudillos cuatro leguas atrás de nuestros campamentos, por miedo de exponerse á los cañones de Somorrostro y Bilbao; pues aunque

se ocultó cuanto pudo este exceso de cobardía, al fin llegó á ser público, causando pésimo efecto. No chocó menos que al avanzar Concha sobre Estella, hubiese corrido á la frontera, lo cual indicaba claramente, que en caso de derrota, se hubiera refugiado precipitadamente en Francia, dejando á la gente abandonada á sí misma. La ausencia de Cabrera también disgustaba y enfriaba, porque si bien los enemigos de este decían que no venía por antojos suyos, no dejaba de conocerse, ó comprenderse, que siendo aun carlista y representando la primera autoridad militar y política del partido, su retraimiento debía depender de la mala voluntad de don Carlos.

Un observador, que en aquel entonces se hubiese relacionado con la plebe y la clase media carlistas, hubiera oído conversaciones medio públicas y medio reservadas, que ya tenían un carácter bastante diferente de las que le he referido de la época en que llegué. Se llegaba V. á un anciano campesino, ó campesina, y sonriéndole para inspirar confianza, le decía: «Vamos que pronto iremos á Madrid.» El le miraba con sorpresa, y exclamaba: «¿A Madrid, señor? ¿de qué modo? porque yo no comprendo que podamos ir á Madrid, sino en un convoy de prisioneros de los *quiris*.»—«¿Qué disparate! iremos en triunfo, llevando nosotros á los *quiris* presos.» El campesino meneaba tristemente la cabeza. «Caballero, decía, yo he visto ya la otra guerra; fui voluntario de Carlos V. desde que apareció el gran Zumalacárregui hasta que Maroto vendió al Rey; y no solo creo que no iremos á Madrid, sino que temo que esta guerra acabará peor que la otra. Pero yo no soy mas que un pobre labrador; aquí manda quien lo puede todo; y uno debe callar y obedecer.»

Por mas que este lenguaje, lleno de reticencias, significase mucho, no expresaba todavía el profundo desaliento de la clase media adicta al levantamiento. «¿De qué han servido, exclamaba esta, los sacrificios que hemos hecho, y que aun hacemos? Se nos ha pintado la victoria como fácil, y hace años que luchamos sin ganar apenas algo. Se nos dijo que los extranjeros nos ayudarían con recursos, y todo ha debido salir de nosotros. Si al menos se agradeciera y utilizara... El rey no está á la altura de la situación. Todos los generales se quejan de



su comportamiento, pues el que le alababa ayer, le abomina hoy, y el que ha empezado murmurándole, no lo ha alabado despues. Todos los militares critican á sus cortesanos, atribuyéndoles las desgracias que suceden. Estos hombres son gente sin carácter, talento, ni moralidad, que tan solo se ocupan en hacer daño á quien valen mas que ellos. Si Cabrera hubiese venido, en veinticuatro horas arroja toda esta basura, y reanima y mejora la situacion. Pero la corte prefiere su ausencia á la victoria que el traeria. Pues entonces, ¿á qué luchar? ¿á qué sacrificar nuestro país? ¿á qué dar tan generosamente vidas y haciendas? Valdria mas que esta gente se fuera, ya que no ha de hacer nada, dejándonos entender con el gobierno de Madrid; pues así quizá salvásemos algo de lo que aun poseemos.

Luego se citaban en voz baja hechos vergonzosos del Pretendiente; se hablaba de sus vicios, de sus entrevistas secretas con tales ó cuales mugeres; de escándalos que habia habido en sus alojamientos de diversos puntos, donde el señor de la casa, en pago de su hospitalidad, habia recibido una afrenta en la persona de su esposa; de la ayuda que para estos actos prestaban á D. Carlos algunos cortesanos, guardándole las espaldas ó ayudándole á formar emboscadas. «Fulana, decian las madres entre sí; cuando el rey llegue, ojo á las hijas de V.; no se fie de nada, ni de nadie, porque han pasado muchos escarmientos; y cuando los padres lo han sabido, ya no tenia remedio. Este hombre es una fiera que no respeta á nadie, y desdichada de la inocente que cae en sus manos.» Los maridos andaban tambien muy sobre aviso, y el casado que tenia la desgracia de alojar á D. Carlos, si no era tonto, pasaba el tiempo velando. A veces en las poblaciones del Norte se oian conversaciones como esta: «¿Saben Vds. D.ª Tal?»—«¿Quién, preguntaba una, la señora de la casa donde el rey ha parado estos dias?»—«La misma. Pues el rey.....»—«¡Imposible! exclamaban todos. Si es tan buena señora y tan honrada.»—«No lo duden Vds.; el hecho es cierto, y toda la corte habla de esto entre risas y chistes. Pero la pobre señora no ha tenido la culpa, porque fué sorprendida por el rey, que abusó de su temor de producir un escándalo.»—«¡Jesus! ¡que cosas! ¿y el marido lo sabe?»—«Se supone que sí, porque ni él ni ella fueron á despedir al rey cuando este

partió." Entonces empezaba un coro de exclamaciones y apóstrofes. «¡Pobres señores! decían unos. Si ese hombre es un canalla! añadian otros. ¡Qué infamia y vileza! decían todos. ¡Abusar así de la hospitalidad que le dan.".

El cuadro de la opinion pública no sería completo, si dejase de referirle á V.º lo que se decia entre los oficiales superiores del ejército, y entre el clero vasco-navarro; todos los cuales juzgaban de la situacion del mismo modo pésimo y desmayado. Los militares, observando la marcha de la guerra, además de tener la victoria por imposible, preveían que llegaría muy pronto la descomposicion general, y que de repente, cuando menos lo esperasen, el país abandonaría el carlismo, dejando solo á D. Carlos y á sus jefes.

«¿Cuánto creen Vds. que aun durará esto? preguntaban entre sí los generales y jefes, que se tenían confianza." —«Lo que los vasco-navarros tarden en estar cargados, contestaban unánimemente; lo cual será luego, pues la impotencia del carlismo ya sobresale por todas partes. No hay nadie capaz de salvar la situacion. Todos los generales estamos agotados, porque el rey nos ha esterilizado, sin dejarnos hacer nada. Aquí había muy buena voluntad y muchos recursos; pero se ha malogrado, impidiendo que se beneficiara. Las operaciones han debido hacerse sin ton, ni son; en la guerra ha tenido que prescindirse de los primeros elementos de la estrategia y táctica; ningun jefe ha podido estar seguro de su puesto veinticuatro horas seguidas; todos hemos tropezado á cualquier paso que diésemos; hemos tenido que luchar mucho más unos con otros, que juntos con los liberales; nada se ha estimado en lo que valia; ni la buena voluntad, ni los buenos deseos, ni la bizarría, ni el talento; hemos sido todos víctimas de la intriga y de la imbecilidad de media docena de tunantes; y hoy no hay un solo general que no sea impotente para poner algun orden en este caos.".

Así hablaban los altos militares de todas las fracciones; porque aunque continuasen divididos y envidiosos entre sí, bien puede asegurarse que no había uno que se hiciese la ilusion de creer que podía contar con nada sólido para encargarse del mando, y mejorar la situacion. «Si á mí me diesen esto, murmuraban los ambicio-

sos, lo aceptaría por no rechazarlo, y por cumplir con un deber; pero sin esperanzas de ser mucho mas afortunado que los que ahora lo dirigen; pues las dificultades no residen en la guerra, sino en esa gentuza de que se compone la córte.”—«Si me quitasen el mando, decian los que lo tenian, lo dejaría con muy poco sentimiento, porque ya estoy cansado de esas luchas sordas que me enervan y abruman. Mandar con las condiciones de aquí es una fatalidad.”

En cuanto al clero, deploraba en voz baja la pérdida de sus ilusiones; y comparando el nuevo pretendiente con su abuelo, reconocia que era completamente diferente de este, y que carecia de cualquiera de las condiciones necesarias para defender ó representar una causa religiosa; escandalizado del trato que daba al obispo de Urgel y á otros distinguidos eclesiásticos de su partido, reconocia que no era digno del apoyo del sacerdocio, y que habia llegado la hora de hablar de él con mas reserva, absteniéndose de ponderar sus virtudes.

«Padre, decian los curas entre sí. Debemos confesar que las cosas van mal. El rey es un tunante, que no tiene nada de las virtudes de su abuelo Carlos V. Este, ya que no fuese hombre de mucho talento, al menos era probo y buen religioso. El primero en cumplir sus deberes católicos, imponia respeto con su sinceridad á los mismos que se quejaban de su comportamiento político. Así las casadas, como las doncellas estaban seguras á su lado, y cualquiera muger podia presentarse en su corte, sin temor de salir ofendida, ni mal reputada.”—«No solo tiene razon, vuestra reverencia, replicaban otros, sino que se quedó corto. Este chicuelo no respeta nada. ¿No ha oido hablar su reverencia de su poco respeto á los claustros de religiosas? ¿qué visitas son esas que tan frecuentemente hace á uno de las mas venerados conventos de Estella, acompañado de su corte de mozalbetes sin pudor? ¿qué bailes son los que allí hay al son de una guitarra entre las monjas y los visitantes? ¿cómo se permite que el rey comprometa de este modo la fama de nuestros monasterios? ¿no sería ya hora de poner coto á estos y otros escándalos? Así no se defiende la religion, sino que se la desacredita y derriba.”

Los curas mas políticos hablaban con alguna moderacion, y se reducian á decir: «A un rey, que defiende



francamente el catolicismo, se le puede disimular y perdonar mucho, con tal que salve las apariencias; que así lo han hecho muchos y muy piadosos pontífices; porque lo que peca con la izquierda, lo rescata con la derecha. Estos reyes mostraban el mayor respeto y la mas profunda atención por el clero; buscaban su compañía; le pedían sus consejos; atendían sus ruegos; lo ensalzaban y hacían respetar; y sin ser, ni mucho menos, modelos de piedad, derramaban el mayor bien sobre la religion y el sacerdocio. ¿Pero cuándo D. Carlos ha seguido con nosotros esta conducta? ¿cuándo nos ha respetado? ¿cuándo nos ha atendido? ¿cuándo nos ha elevado? ¡Ah! todos hemos visto como se mofa de un hombre de tanta virtud y doctrina como el Sr. Obispo de Urgel que tanto le quiere, y tan adicto le es; y con qué desden nos mira á los demás sacerdotes, desde los mas eminentes hasta los mas humildes. D. Carlos es una gran calamidad religiosa, que siembra la impiedad y el vicio por nuestro país."

Calcule V., señor Corresponsal, si era delicada allí la situacion, cuando el país hablaba de este modo. Para colmo de desencanto, el pretendiente se habia metido en la cabeza que los fueros vascos eran uno de los principales obstáculos para triunfar; que las diputaciones y juntas impedían el gobierno y administración de sus Estados; que por culpa de ellas no se sacaba de la riqueza territorial todo el fruto que podia dar; que eran culpables de la inercia que habia en el ejército; y que conveniria suspender el régimen foral durante la guerra, sustituyéndolo por una administración política y militar que dependiese de él, y que estuviese centralizada en manos de gente de su confianza. «Si yo, decia, fuese aquí verdadero rey; si pudiese mandar como tengo derecho, ya estaria en Madrid. ¿Pero quién hace nada, aprisionado entre esos fueros, diputaciones y juntas?» Y los cortesanos le decían que tenia mucha razon, porque los fueros eran una antigualla odiosa.

D. Carlos, ya desde el principio, habia hecho establecer unas oficinas centrales de la guerra, con objeto de introducir las en el régimen foral, concederles atribuciones, y organizar un dualismo que produciendo confusion, le diese lugar de sobreponerlas á las de las autoridades provinciales; y aunque no lo alcanzó, y los vasco-

navarros se rieron mucho de su proyecto, hablando de este con ludibrio; no lo abandonó, esperando ocasion de realizar sus intentos. Sé todo esto, porque mas adelante, en Paris, él mismo me lo contó, haciéndome una relacion de su plan. «Yo no podia sufrir el régimen de los fueros, me decia. Con esta clase de gobierno, me hallaba allí á racion, como los soldados; no sacaba un cuarto de las Provincias y de Navarra; vivia en la mayor escasez; si queria dinero, habia de pedirlo al duque de Módena, ó á Margarita; y muchas veces me hallé en grandes apuros para disponer de alguna cantidad. Si hubiese persuadido á aquellos brutos de que por algun tiempo me dejaran mandar de veras, ó si al menos hubiese podido imponerles mis ideas, otro gallo me cantara.»

Aunque hubiese vasco-navarros que sospecharan de sus intenciones, al principio lo ocultaron, reduciéndose á defender bien sus prerogativas, sin dejárselas coartar en un ápice. Pero como el Pretendiente no cejó, al fin empezó á susurrarse lo que se habia propuesto; y los hombres importantes del país se pusieron en guardia. Por desgracia hubo en este tiempo algo entre una autoridad militar y la Junta de Santi-Estéban; y D. Carlos, atropellando por todo, se quitó la máscara, dejó conocer claramente su pasion antifuerista, maltrató á los individuos de la corporacion, y disolvió brutalmente á la Junta, diciendo que si era contrafuero no le importaba nada, porque todos los medios le parecian buenos para hacerlo.

Esto produjo un gran escándalo, resonando como una enormidad de la cual apenas habia ejemplo. «¿Veis? ¿veis el respeto que nos tiene ese hombre? decian los vasco-navarros no carlistas á sus paisanos. ¿Veis cómo paga nuestros sacrificios? ¿veis cómo agradece la sangre y hacienda que le ha dado nuestra tierra? Si perdemos, los liberales nos quitarán los fueros. Pero si ganamos, nos los quitará D. Carlos.» Los carlistas estaban muy afectados y coléricos. «¿Quién lo habia de prever? murmuraban tristemente. Un hombre que debiera llevarnos en palmas, nos trata á baqueta, como país conquistado. Pero, añadian con fiereza; si imagina que los vascos y navarros se lo hemos de tolerar todo, ya sabremos desengañarle á sus espensas.»

XIII.

**El Obispo de Urgel.**

*Milán 11 de Julio.*

Desde que conocí la desmoralizada situación del Norte, deseé sustraerme á ella, para no ser una de sus víctimas, y con este objeto procuré que me destinasen á otra parte, donde estuviese libre de aquella mala influencia, y pudiese trabajar de un modo mas conforme á mis ideas y sentimientos. La casualidad me sirvió bastante, porque habiendo pedido D. Alfonso que me enviaran al Centro, aunque esta solicitud halló mucha oposicion, las cosas vinieron rodeadas de tal modo, que al fin se atendió; y recibí orden de ir á Aragon para organizar las fuerzas, y operar con ellas.

Entré en Francia á últimos del verano del 74; y costeando la frontera, acompañado de algunos ayudantes; llegué á Bañeras de Luchon, y penetré otra vez en España por el Valle de Aran, en Cataluña. El pais tenia un aspecto montañoso, lleno de aridez y desolada grandiosidad; las cordilleras se extendian en vastas y enérgicas líneas, que remataban á veces en picos altos y escabrosos; el cielo era de una atmósfera clareada, y entre las montañas se abrian valles frescos y bien cultivados. Aquí y allí estaban tendidos algunos pueblos y aldeas que daban animacion al paisaje.

Aunque aquella parte era liberal, estaba dominada por los carlistas, que corrian libremente por ella, sin mas cuidado que vigilar á una columna enemiga de soldados, guardia civil y carabineros, que al mando de Delatre, á veces desde el confin de Aragon, se acercaba á aquel punto. Hacia poco tiempo que la Seo de Urgel habia caido en poder nuestro; lo cual abatiendo el espíritu de los liberales, tenia mas engreidos á las carlistas, quienes mandaban con gran orgullo y despotismo. A pesar de esto, se oia un clamoreo bastante general contra ellos por una inmoralidad, que perjudicaba toda la



comarca. Había al pié de la frontera española una ruleta francesa que funcionaba de noche y día; y muchos labradores, atraídos por el afán del lucro, corrían á jugarse allí las economías y hasta la hacienda, saliendo la mayor parte pelados y arruinados. La partida carlista que estaba de observacion en aquella parte, hacia por una buena cantidad causa comun con los dueños del establecimiento, protegiendo descaradamente el juego, y aun propagándolo, por medio de las voces que hacia correr sobre la buena suerte de algunos jugadores afortunados; y como esto contrastaba tanto con nuestro programa de *Dios, Patria y Rey*, imagine V. cómo era juzgado.

«Ladrones y barateros imprudentes, exclamaban todas las personas sensatas; hablan de religion y moralidad, y fomentan un juego inmoral que es la ruina de centenares de familias honradas. Helos ahí, prácticamente, esos hombres funestos, que han encendido la guerra civil; dicen con el mayor descaro que se han levantado para exterminar la demagogia, y ellos son los demagogos mas desenfrenados.» Las mugeres, que eran las mas endemoniadas contra aquel juego, se distinguian por la vehemencia de sus apóstrofes. «Los carlistas son la desgracia de esta tierra, exclamaban; ellos tienen la culpa de que tanta gente se pierda; ellos nos seducen á los maridos para que vayan allí á hacerse robar. Así mal rayo les aniquilara á todos, sin dejar á uno solo con vida. Si aquí hubiese justicia, ya les hubiera dado á todos garrote vil.»

Antes de entrar en el país, supe por confidencias preparadas, que la columna liberal se hallaba lejos, y por consiguiente que no corría ningún peligro de ser sorprendido. Así es que me adelanté con toda seguridad, haciendo alto en uno de los primeros lugares de la frontera, en Viella, donde me alojé con mi acompañamiento. En seguida procuré que personas de confianza fueran á reconocer el camino que pensaba seguir, á fin de evitar un mal encuentro.

Al mismo tiempo llegaba tambien allí el famoso obispo de Urgel; quien cansado de los malos papeles que habia representado en Estella por la desenvoltura de D. Carlos, se apresuró, al saber la caída de la Seo., á volver á su diócesis, donde siquiera viviria menos humi-

Hado, si no mas honrado. Le acompañaban algunos eclesiásticos con sendos sombreros de leja muy grandes, que les daban un aspecto pintoresco. Aunque le conocia un poco, allí tuve lugar de verle muy á mi sabor. Era un hombre fornido y de buena estatura, de cara ruda, expresiva y enérgica; de edad avanzada y de maneras secas y resueltas. Tenia buena voz y hablaba con acento absoluto. Parecia uno de esos prelados de la Edad Media, que entraban en las batallas dando con la derecha grandes sablazos, y con la izquierda piadosas bendiciones á los mismos á quienes acababan de romper la cabeza.

«¿Conque, dije para mí, este es el famoso que D. Carlos puso en berlina tantas veces? ¿este es el que habia de pasar por el bochorno de hacer en Estella y Durango grandes antesalas, mientras el primer mozalvete entraba en la cámara del rey? ¿este es el que sufría las bromas mas pesadas de todos aquellos cursis de la corte carlista, que se mofaban de él en sus barbas con el mayor descaro?... Pues no me parece que se distinga mucho por la paciencia, porque toda su fisonomía revela despotismo y energía. Será que en Estella halló la horma de su zapato.»

Con este prelado me pasó allí un lance del cual quizá no recuerde con la mas escrupulosa exactitud todos los detalles; pero cuyo fondo puedo asegurarle á V. ser rigurosamente cierto. Hacía ya algunas horas que habia llegado, y estaba conversando sosegadamente con mis ayudantes, cuando de repente entra en mi alojamiento el obispo, acompañado de sus familiares, y se me presenta con los ojos encendidos, con la faz contraída, y el cuerpo agitado violentamente «¡Al arma, al arma, señor brigadier? exclamó levantando el báculo. Desenvaine V. la espada; no pierda un momento; arme V. con pistolas á su acompañamiento; dénos V. las que sobren á mí y á mis familiares; reparta V. entre todos las municiones; y corramos á levantar barricadas y á atrincherarnos en el pueblo. La columna de Delatre llega corriendo, y no hay tiempo que perder. Nosotros le ayudaremos á V., aunque seamos eclesiásticos; porque tratándose de la Religion y de D. Carlos, lo mismo servimos para tomar el hisopo, que el trabuco. Si, como parece, no tiene V. carabinas, no importa; vengan esas pistolas, y fuego sobre esos malditos liberales; que cuantos mas enviaremos al fuego

eterno, mas favor le haremos á nuestra España. Vamos, señor brigadier, salga V. en seguida á dar órdenes; Delatre está cerca, y quiere cogernos á todos vivos para fusilarnos; pero yo le prometo á V. que si los demás se batan como yo, será él quien quede cogido y fusilado.”

Al oír las primeras palabras, me quedé atónito de la desenvoltura y vehemencia del prelado; y como estaba segurísimo de que no habia ningun peligro, miré á aquel, temeroso de que hubiese perdido el juicio. Pero pasada la primera impresion, me pareció tan ridicula su actitud, que tuve que hacer un esfuerzo para no echarme á reír. «¡Dios mio! ¡qué tipo tan particular! pensé. ¡Jamás habia yo visto á un personaje de esta índole! ¡y qué cómica es su exaltacion! ¡qué divertido su temor! ¡y qué extravagante su valentía!” Entretanto él, sin esperar mi respuesta, y todo descompuesto y jadeante, se habia vuelto hácia sus acompañantes, y les exhortaba á tomar las armas. «¡Ha llegado el momento de batirse por Jesucristo y D. Carlos! les gritaba. ¡Valor! El que muera, gana indulgencia plenaria; yo le absuelvo de todos sus pecados y va derecho al cielo, ¡Animo, señores reverendos! Arremangarse enseguida la sotana; atarse un cordel ó un pañuelo á la teja por debajo de la barba; empuñar las pistolas que el señor brigadier nos dé; y así que aparezca Delatre, pim, pam, pum; balas sobre ellos, y caiga quien caiga. ¡Animo! ¡no desmayar! yo iré al frente de sus reverencias; yo me expondré el primero, y si me matan, no se olviden de cantarme un *de profundis*, así que termine el combate. ¿Puedo contar con vuestras reverencias?” Los otros contestaron con la cara toda avinagrada: «Sí, ilustrísimo señor.”—«Pues entonces á armarse y batirse. Que todas vuestras reverencias se encomienden bien á Dios, y le pidan que nos ayude. Adelante y viva Carlos VII, viva la religion y mueran los liberales! Sea nuestra divisa: ¡Dios, Patria y Rey!”

Y volviéndose para tomar las pistolas, quedó sorprendido de no hallar ninguna, y de vernos á mí y á mis ayudantes tranquilos, y con la sonrisa en los lábios. «¡Señor brigadier! exclamó.”—Señor obispo, dije. ¿está V. burlándose de mí, ó hablando en sério?”—«¿Como si me burlo? exclamó él. ¿Cómo si hablo en sério? Le digo á V. que llega Delatre; y que si no tomamos disposiciones urgentes, nos coje y fusila á cuantos estamos aquí.”



—«Pues yo le replico á V. que sin tomar disposiciones urgentes, ni tardías, no nos fusilará, ni cojerá, por la sencilla razon de que no llegará, ni llega, ni viene, ni tiene ganas de presentarse.»—«Sé de cierto todo lo contrario, replicó el obispo.»—«V. no sabe nada de cierto, contesté, porque quien sabe lo que positivamente hay soy yo, que como militar tengo á mis confidentes preparados. Además si Delatre llegára, no soy ningun estúpido para defenderme con pistolas de una columna armada de Remingtons. Tranquilícese V.; y si no puede, vuélvase á Francia hasta que esté mejor informado; que es lo que yo haría enseguida, si verdaderamente el enemigo viniera.»

El obispo se puso colérico, y cerrando los puños, exclamó: «¿Yo retirarme ante los réprobos liberales? ¿yo retroceder ante una columna de esa gente masónica, condenada de Dios? Jamás se dirá que el obispo de Urgel ha huido, porque los fautores de la heregía avanzaban. Yo soy una roca, señor brigadier, y ó ellos se estrellarán en mí, ó me romperán. La roca no se moverá.»—«Será mejor, dije con calma; porque la roca puede tener la seguridad de que ni se hallará en el caso de ser rola, ni de romper á nadie.»—«¿Es decir, replicó, que se obstina V. en negar que Delatre viene?»—«Sí, señor, dije.»—«Pues yo aseguro lo contrario, fiado en noticias precisas. Antes de dos horas la columna estará en Viella.»—«Entonces, apréstese V. á la defensa, repuse; pues tendré mucho gusto en contemplar su heroísmo, aunque me reserve las pistolas y municiones para cosas mas serias.»—«¿Me abandona V.? exclamó él. Bien está. Protesto enérgicamente de ello; le hago á V. responsable de cualquier desgracia que nos sobrevenga á mí y á mis familiares; y que el Rey en este mundo y Dios en el otro se lo demanden.»—«Amen, contesté.»

El obispo se volvió hácia los suyos. «Ya ven sus reverencias lo que pasa, exclamó. Este señor nos abandona y escarnece, aunque como brigadier de nuestro ejército tiene el deber de ampararnos. Pero no importa. Si él no quiere ayudarnos, nosotros solos nos defendemos. ¡Animo! El dia del martirio ha llegado. Caigamos como heróicos soldados de Cristo, y digamos como el profeta: *extravit gladium vagina, et fundit adversus inimicos suos*. Si no tenemos pistolas, busquemos escope-

tas; y si no podemos atrincherarnos en el pueblo, atrincherémonos en el campanario. La gloria es segura, tanto si vencemos, como si quedamos vencidos; porque vencedores, lo seremos por Cristo y Carlos VII; y vencidos, recogeremos la palma del martirio. No perdamos tiempo; que Delatre llega á marchas forzadas. Seguirme aprisa." Dicho esto salió; pero observando que sus familiares hacian una cara muy avinagrada, y que todo mohinos tropezaban con sus propias piernas, se detuvo, los miró severamente, y dijo: «¡Animo, señores reverendos! levantarse la sotana, y cuidado con que á alguno se le caiga la teja por la calle; que esto haria reir al pueblo, que está infestado de malditos liberales y masones."

Quando estuve solo con mis ayudantes me eché á reir como un loco, ponderándome lo original que era aquel obispo. «¿Quién diantre habia de prever, me decia, que pasaría un rato tan agradable? Pero, Señor, ¿de donde ha salido ese hombre? ¿cómo en un palacio obispal puede haberse formado ese tipo singular? Yo he visto mucha gente, á pesar de ser todavía jóven; y no recuerdo nada semejante en ningun ramo social." Sin embargo, pasada la explosion de la alegria, me fijé en consideracion mas sérias, chocado de que un hombre que ocupaba en el catolicismo un lugar tan distinguido, hiciese cosas tan impropias de su dignidad eclesiástica. «¡Qué rubor no debe causar á un verdadero católico, pensaba, una escena como esta, que mas bien parece inspirada por el Coran que por el Évangeliol! Cualquier mahometano hubiera hoy tomado al obispo por uno de los suyos. ¿Pueden darse peores ejemplos al clero español?... Despues esta gente se queja de la indiferencia religiosa de los españoles; despues dicen que en España el número de anti-católicos llega á millones; despues claman que cada vez que hay una revolucion, esta quita al catolicismo algo de lo que aun conservaba. ¿Qué tiene de extraño, si en cada encrucijada se tropieza con Curas de Santa Cruz y de Alcaban; ó con obispos de Urgel, que comprometen del modo mas sanguinario á la iglesia nacional? Malos derroteros, muy malos sigue ese clero y si prevalece su intemperancia, mucho puede perjudicar al catolicismo."

No sé lo que el obispo y los suyos hacian entretanto, pero sé que Delatre no vino; y que continuamos en Vie-

lla sin necesidad de atrincherarnos ni siquiera en el campanario. Pero la noticia de los proyectos bélicos de su ilustrísima, corrió de casa en casa con gran rapidéz, siendo celebrada á carcajada tendida, y con un gran amenizamiento de sal y pimienta catalanas. «¿No ha llegado aun la columna de Delatre? decia la gente.»— «Aun no, pero ya está cerca.»—«Que Dios la ampare y asista bien, exclamaban algunos; porque el señor Obispo de Urgel ha decidido defender el pueblo á golpes de teja; y habrá un aplastamiento de soldados, que no quedará uno por memoria.»—«Cuando la guardia civil y carabineros vean los proyectiles que les disparan, exclamaban otros; y reciban alguno de aquellos trastazos, corren despavoridos hasta Huesca.»—«Y Delatre que se guarde bien, añadía con seriedad un abogado; porque yo he leído que un gran general griego, llamado Pírrro, murió de una teja que una muger le tiró por la cabeza; y si á Delatre se la tira con sus formidables brazos el obispo, los sesos le irán á parar á Bañeras de Luchon.» Asi continuó la zumba toda aquella noche.

Al dia siguiente, que era domingo, y una de las festividades del Catolicismo, se celebró una gran funcion en la iglesia del pueblo; y el obispo, á pesar de su desventura anterior, quiso predicar. Yo fui á oírle, curioso de saber cómo se explicaba un hombre tan original; y hallé la iglesia llena de gente de bote en bote de todos los sexos y edades. La noticia de que el prelado predicaria habia atraído á todo el pueblo, y á gran número de campesinos de los contornos. En mi vida he oido un sermon mas lastimoso de forma y fondo. El obispo habló en catalan, y parecia un labrador rudo sermoneando á los mozos y mozas de su granja. Propúsose demostrar las excelencias de hacerse carlista, y las ventajas del carlismo sobre el liberalismo, y no solo lo hizo muy groseramente, sino que como hubo de chocar con el recuerdo de la ruleta vecina, produjo el efecto mas deplorable.

«Ya sé, exclamaba, que la mayor parte de vosotros sois liberales; pero mal que os pese tendreis que oír la verdad; porque, en mi calidad de señor obispo, tengo el derecho de volver al buen camino á las ovejas descarriadas, y vosotros lo sois mucho, labradores y labradoras; pues habeis dejado penetrar entre vosotros á esa peste, á esa heregia, á esa maldad, á esa monstruosidad, á esa



sociedad, llamada liberalismo y masonería; y todos estáis en camino del infierno..." Observé que entonces un padre, que parecía vecino acomodado, tocaba á dos hijos suyos, y salía con ellos de la iglesia, arrastrando á tres ó cuatro vecinos mas. «¿Qué os figurais que es el carlismo y el liberalismo? vociferaba el prelado. En vuestra ignorancia, porque vosotros no sois mas que ignorantes extraviados y perdidos; en vuestra ignorancia imaginais que el carlismo es abominable, y el liberalismo masónico hechicero. ¡Error! ¿Quereis saber al pelo la diferencia? Imaginad que no sois mas que espíritus; y que llega Dios, y os dice: aquí están las formas del perro, del asno, del puerco, del zorro, del lobo y de otros animales inmundos; y aquí están las formas del hombre. ¿Cuál preferis? Vosotros diriais todas: preferimos las formas del hombre. Pues bien: los liberales y masones son perros, asnos, puercos, zorros y lobos con apariencia de hombres; y los carlistas son hombres verdaderos."

Tres ó cuatro vecinos y dos ó tres señoras se levantaron, y se marcharon del modo mas ostensible. Toda la concurrencia iba poniendo una cara feroz al prelado. «Y qué! dijo este. ¿Os figurais que levantándoos de este modo uno á uno, y saliendo de la iglesia con cólera mal contenida, me turbareis y hareis callar? Se conoce que no teneis idea de mi carácter. Yo no me perturbo nunca. Una vez en la Seo oficiaba de pontifical, en la basilica ateslada de gente; y al volverme hácia los fieles para decir el *Dominus vobiscum*, estando con los brazos abiertos, ví á uno de mis pajecitos que se habia distraído mirando á una chica, y mientras el cabildo respondia á coro *et cum espíritu tuo*, yo le pegué al pajecillo un gran bofetón, que resonando por las bóvedas, lo derribo en el suelo á tres pasos de distancia."

La gente se hechó á reir sordamente, y vi que otros vecinos y vecinas se marchaban por no oír mas un sermón tan estrafalario. «Si yo os contase, prosiguió el obispo, todas las excelencias del carlismo, quedariais pasmados. El carlismo, sabedlo bien, es el partido mas barato, y cuando gobierne, España casi no pagará contribuciones. Una de las grandes economías que nos permitirá hacer será suprimir toda la policia, porque como todos los españoles tendrán obligacion de confesarse, no

habrá necesidad de ella. Además, ahora nuestras cosas van muy bien; y D. Carlos, que es un gran rey, muy católico, muy piadoso y magnánimo; luego estará en Madrid. Hoy ya poseemos la Seo; y quien sabe si mañana ya tendremos Barcelona?... Por consiguiente, pensad bien lo que haceis; y preferid ser hombres en carne y hueso, á imágen y semejanza de Dios; á ser perros, lobos, asnos, zorros, con una figura de hombre. Sabed que por el carlismo se va al cielo, y por el liberalismo á las penas eternas del infierno."

Tal fué en sustancia y en un estilo aproximado el sermón del obispo; y aquel día no se habló de otra cosa en el pueblo y los contornos. «Lo mejor que se puede decir del predicador y del sermón, opinaban los hombres razonables, es que ese buen señor ha perdido el juicio en Estella, y que su familia le haría un buen servicio encerrándolo en una casa de curación." Otros vecinos, de distinta índole, hablaban con mas virulencia. «Entre los elogios que se ha olvidado hacer del carlismo, decian, se halla aquello de que bajo este devoto régimen florecen las ruletas, destinándose partidas y cabecillas á protegerlas de la indignacion de los campesinos robados y arruinados."

#### XIV.

### Viaje por Cataluña.

*Milan 12 de Julio.*

Partí de Viella con mis ayudantes, dirigiéndome por la provincia de Lérida al Ebro, para ir al cuartel general de D. Alfonso y D.<sup>a</sup> Maria de las Nieves, quienes se hallaban todavía en el Maestrazgo. En todo el camino no hallé una columna, ni tuve la menor alarma. Precedido de buenos confidentes, marchaba del modo mas seguro por aquel país enemigo. Con frecuencia hallaba partidas carlistas mal equipadas y armadas, formadas mas bien en pelotones que en batallones, que daban una triste idea del carlismo catalán, ó siquiera del de aquella pro-

habrá necesidad de ella. Además, ahora nuestras cosas van muy bien; y D. Carlos, que es un gran rey, muy católico, muy piadoso y magnánimo; luego estará en Madrid. Hoy ya poseemos la Seo; y quien sabe si mañana ya tendremos Barcelona?... Por consiguiente, pensad bien lo que haceis; y preferid ser hombres en carne y hueso, á imágen y semejanza de Dios; á ser perros, lobos, asnos, zorros, con una figura de hombre. Sabed que por el carlismo se va al cielo, y por el liberalismo á las penas eternas del infierno."

Tal fué en sustancia y en un estilo aproximado el sermón del obispo; y aquel día no se habló de otra cosa en el pueblo y los contornos. «Lo mejor que se puede decir del predicador y del sermón, opinaban los hombres razonables, es que ese buen señor ha perdido el juicio en Estella, y que su familia le haría un buen servicio encerrándolo en una casa de curación." Otros vecinos, de distinta índole, hablaban con mas virulencia. «Entre los elogios que se ha olvidado hacer del carlismo, decian, se halla aquello de que bajo este devoto régimen florecen las ruletas, destinándose partidas y cabecillas á protegerlas de la indignacion de los campesinos robados y arruinados."

#### XIV.

### Viaje por Cataluña.

*Milan 12 de Julio.*

Partí de Viella con mis ayudantes, dirigiéndome por la provincia de Lérida al Ebro, para ir al cuartel general de D. Alfonso y D.<sup>a</sup> Maria de las Nieves, quienes se hallaban todavía en el Maestrazgo. En todo el camino no hallé una columna, ni tuve la menor alarma. Precedido de buenos confidentes, marchaba del modo mas seguro por aquel país enemigo. Con frecuencia hallaba partidas carlistas mal equipadas y armadas, formadas mas bien en pelotones que en batallones, que daban una triste idea del carlismo catalán, ó siquiera del de aquella pro-



vincia. La gente lucian unas fachas de foragidos, y mostraban una indisciplina que enseguida prevenian contra ellos. Cualquiera los tomara por bandoleros.

Como observé que todos remontaban hácia el Norte de Cataluña, me llamó la atención, y les pregunté á dónde iban. «A la Seo de Urgell, mi brigadier, contestaban.» Esto me sorprendió. «¿Hay orden de concentrarse allí? dije.»—«No, señor. Nosotros vamos por nuestro propio gusto. Estamos entusiasmados de poseer un plaza tan importante, y queremos gozar de ella, viéndola, y pasando allí algunos dias. Pensar, mi brigadier, que ya tenemos la Seo, y que no hemos de celebrar una francachela en esa ciudad, sería cosa de volverse loco. Allí vamos, pues, á bailar, á beber y atracarnos de pollos, en compañía de las muchachas de la tierra, que nos recibirán en palmas. Si V. quiere venirse con nosotros, le trataremos como de la compañía; y verá qué grande y bonita ciudad es la Seo; qué castillos tan formidables tiene, y cuán ventajoso ha sido apoderarnos de tal plaza. Esto, mi brigadier, sin contar la manduca, el trago y las chucuelas, todo lo cual en la Seo suele ser de lo mas exquisito.»

«¿Y qué dirá el general Tristany cuando sepa que sin su orden os habéis marchado allí, dejando abandonados vuestros puestos?»—«Nada, mi brigadier, contestaban; porque no se cuida de nosotros; y hasta quizá se alegre, pues él probablemente ya está allí, y le vendrá bien que llegemos para darse importancia. Aquí no hay tantos escrúpulos, como dicen que en Navarra y las Provincias vascas; y cada cual hace lo que mejor le parece, sin que nadie se meta con él. Con que, si quiere descansar algunos dias, entre grandes cazuelas de pollos bien asados, descomunales porrones de vino añejo y buenos palmitos de alegres urgellesas, vuelva grupas, y arriba enseguida.»

Dábales yo las gracias por tan franca invitacion, y les dejaba continuar solos el camino, quedando admirablemente edificado de su comportamiento militar. Entonces no podia menos de volverme á mis ayudantes, y decirles: «¿Qué les parece á Vds. de esos caballeros andantes que entiende la guerra de un modo tan singular?» Ellos se sonreian, y alguno respondia: «¿Qué podemos contestarle á V., que ya no lo haya imaginado?»—«Tienen Vds. razon, repuse; y si el resto de Cataluña

está como lo de Lérida, ¡vive Dios! que me admira que aun haya carlistas en armas; porque los liberales podrían echarlos á palos y puntapiés. Sin embargo, no se vé por ahí una sola columna de tropa, ni se oye hablar de ninguna; y todos campamos, como si ya fuésemos dueños de la tierra. El demonio que lo entienda.”

Tambien hallábamnos hácia la misma direccion de las partidas, grandes caravanas de labradores con sus mugeres é hijas; y curas, acompañados de sus amas. Viajaban en ligeras tartanas, que corrían agilmente dando bamboleos, y dentro se oía una algazara confusa de hombres y mugeres, que chillaban y reían con una alegría infantil. Veíanse curas gordiflones y colorados, reventando de salud: las amas eran jóvenes, bonitas y frescas, y llevaban vestidos de lana de colores vistosos, y un pañuelo de seda en la cabeza. Los labradores, vestían pantalon largo, chaqueta y barretina, y tenían ese aspecto sano y fuerte de los campesinos acomodados de Cataluña; y sus mugeres é hijas llevaban trajes parecidos á los de las amas de los curas, á las cuales trataban con la mayor deferencia.

A veces sacaba de debajo de los asientos, revolviendo las faldas de las mugeres, una gran cesta; y abriéndola, tomaban una buena bota de vino y un grueso y apetitoso salchichón, cuya vista exaltaba de gozo á todos los viajeros. Lucía enseguida una navajita, y pasando el salchichón de mano en mano, cortaban grandes rodajas, que comían con un apetito voraz, hablando á gritos, y riendo á carcajadas. Despues los curas cogían la bota, y levantando la cabeza, á pesar del traqueteo del carruaje, tomaban la puntería, y se derramaban en la boca un largo hilo de excelente vino, que paladeaban voluptuosamente con un claro sonido gutural, mientras los ojos les brillaban como carbunclos y la fisonomía se les encendía vivamente. «Bien sazonado está, exclamaban. Alabemos á Dios Nuestro Señor.” Un cura muy gordo decía: «Tres cosas se necesitan para viajar cómodamente. Un buen carruaje, una bota de lo añejo y un sabroso salchichón.” Enseguida daban de beber en un vaso á las amas, y entregaban la bota á los labradores, que bebían; despues de lo cual continuábanse los chistes, las carcajadas y la algazara.

Al cruzarse aquellos convoyes con nosotros, algunas

tartanas se detenian y observando que eramos carlistas forasteros, nos preguntaban á dónde íbamos. «Yo soy un brigadier del Norte, que llevo una comision, me reducía á contestar.» Entonces algun cura tomaba la palabra. «Sea enhorabuena, señor brigadier, exclamaba, y bien venido sea V. á nuestra franca y carlista Cataluña. Si las cosas del Norte van tan bien como aqui, pronto estaremos en Madrid y Barcelona, y entonces *finis coronat opus*; la cosa será nuestra, y adios esos canallas de masones y liberales; que ni para recuerdo se hallará uno. ¿Quiérete V. tomar un bocado y un trago con sus ayudantes? Vamos, no haga V. cumplidos. Ahí llevamos una buena provision de salchichones, y algunas botas de lo bueno. Alargue por Dios su reverencia ese salchichon y la bota, para que los señores *fassint pá y beure* (tomen algo), decia á otro cura. Ma, señor brigadier, entre carlistas no se rehusa. Coman Vds. y beban; y vivan la religion y Carlos VII, y mueran los liberales.»

La escena, señor Corresponsal, tomaba un aspecto tan cómico, que solo por gozar un rato de ella, era cosa de aceptar el convite, sin contar que sus reverencias llevaban verdaderamente unas provisiones de boca, que podian aprovecharse hasta sin apetito ni sed. «¿Y á dónde bueno van Vds. ahora? les preguntaba.»—«A la Seo, señor brigadier, decian. Ya que ha caido en poder nuestro, es cosa de hacerle una visita. Además, como se dice que el señor Obispo Caixal regresa alli, deseamos asistir á su entrada, porque los carlistas de todos los estados queremos recibirlo en triunfo. Vamos, señor brigadier, que no hay que negar que Dios nos asiste. Lo que es en Cataluña, puede decirse que todo es nuestro. Desde que matamos á Cabrinety, hacemos lo que nos da la gana. Este lo entendia; y si Dios no llega á precipitarlo de la cumbre de su soberbia al abismo de su debilidad, nos hubiera amolado y arruinado, porque era un verdadero Satanás contra nosotros; sin poderse vivir, ni parar, teniendo á él encima. Pero desde que le matamos, la guerra nos ha ido á pedir de boca. Ahora ya tenemos la Seo; luego entraremos en Puigcerdá, que, despues de pasar á degüello á sus habitantes, será quemaday arrasada, y en seguida á Barcelona con los nuestros; y ¡viva Carlos VII!»

Nos despedíamos al fin de ellos, y seguíamos el camino, riendo de su simplicidad. «Esta gente creen, decia yo,



que las plazas se toman con hisopos y calderos de agua bendita. Ellos ya lo ven todo allanado y conquistado.”—  
 «Naturalmente, respondió uno de mis ayudantes; como hallan en la Biblia aquellas frases de *la victoria no se alcanza con la muchedumbre de los ejércitos; porque la fuerza pertenece á Dios, de quien nosotros esperamos el triunfo; ó aquellas otras ¡que Dios se levante, y que sus enemigos sean disipados, y huyan á su vista!* esos buenos señores han llegado á imaginar que los liberales tiran salivazos en vez de balas, y que nosotros somos únicamente los que por una gracia especial del Excelso tenemos el privilegio de romper cabezas.”—«¡Hombre! exclamé. No sabía que fuese V. tan erudito, que llegase á citar versículos de la Biblia.”—«¡Por Dios, mi brigadier! no sería V. de mí. Son latinajos que recuerdo de la última pastoral de su amigo el señor Obispo de Urgell.”—«Pues á fé, dije, que los versículos del prelado me parecen dignos de la táctica militar que quería enseñarnos en Viella.” Mis ayudantes se echaron á reir, y continuamos tranquilamente la marcha.

Una de las cosas que mas me sorprendieron durante este viaje fué la facilidad con que las poblaciones liberales abiertas se dejaban imponer; pues aunque á veces pagase los víveres que necesitaba, como me convenia ahorrar el dinero, en muchos puntos pedia raciones. Habia alcaldes que se negaban terminantemente á dármelas, pero otros lo hacian enseguida, despues de un breve altercado, y á veces sin necesidad de disputas. Aunque algunas de esas poblaciones fueron en la guerra de los siete años baluartes indomables de la libertad, ahora, por mas que nos odiasen, se mostraban sumisas, respetándome hasta á mí, que no llevaba mas fuerza que mis ayudantes, ni podia disponer de ningun auxilio por estar todas las partidas á las francachelas de la Seo. «No comprendo esto, decia á mis ayudantes; y sin quererlo, se me representa la guerra de Francia y Prusia, en la cual tres uhlanos tomaban posesion de ciudades de 30,000 almas.—«Tampoco lo comprendemos nosotros, contestaban los ayudantes, porque mil veces hemos temido que los alcaldes iban á tocar á somaten contra nosotros, y que no escapábamos de la muerte.”—«Si esa gente fuesen siquiera indiferentes, observaba, su paciencia tendria una explicacion. Pero es indudable que nos odian

como antes. Por fuerza ha de haber aquí, un misterio que nosotros no conocemos.”

Al llegar á cierto punto hallamos á la brigadita de Guin, carlista procedente de la última guerra, que tenia el grado de coronel. Era un hombre alto y grueso, y vestía una chaqueta de húsar, que dibujando con todo relieve sus carnes, le daba un aspecto muy característico. Llevaba consigo á dos jóvenes hijos suyos, que parecian inteligentes y activos, y tenia una gente muy florida, aunque armada de fusiles viejos y de diferente sistema. Aquella tropa prometia mucho mas que las partidas anteriores. Pero creí que no podría sacarse mucho partido de ella, en vista de su pésimo armamento. «Aunque las demás fuerzas de Cataluña sean como estas, pensé, el carlismo ha de estar aquí en muy mal estado. Vamos, que si lo del Norte va mal, lo de Cataluña no va mejor.”

Guin me recibió muy bien; nos hizo alojar cómodamente, y nos dió todo lo que necesitábamos, y dependia de su voluntad. Permanecí en su compañía algunos dias, durante los cuales pude observar el género de vida que llevaban los carlistas catalanes. Fuera de una contramarcha, cuyo objeto no comprendí, lo que me llamó mas la atención fué el barniz religioso que tambien se daba á la guerra civil. Llegada la noche, casi todos los dias se hacia formar á la gente en la plaza del pueblo, y se le mandaba pasar el rosario en alta voz. Contrastaban tanto aquellos jóvenes con este rezo; habia tal disparidad entre su juventud, su gallardía, su marcialidad y armas, y el tono monótono, pladoso, gangoso y mogigato de las oraciones que decian, que la primera vez que yo y mis ayudantes lo vimos, no sé como allí mismo no reventamos de risa. Se conocia á la legua que al que mas y al que menos se le daba un bledo del rosario y del santo que lo inventó; que sufría aquella porra como una de las muchas que no podemos evitar; y que todos esperaban impacientes el fin de aquel rezo para ir á jugar á las chapas y al cané, ó á pelar la pava con las patronas, ó las hijas de estas. «Mi brigadier, decian algunos de mis ayudantes, si esto se representaba en algun teatro; qué éxito para el poeta que tuviese tan buena idea!” — «Tienen Vds. razon, contestaba. Pero procuren que no conozcan que nos burlamos. Esta escena eclipsaria verdaderamente lo mejor del repertorio de Arderfus.”

Guiu era un hombre muy francote; y como es natural, deseó que le explicase como andaban las cosas del Norte. Yo, que queria saber algo de Cataluña, no me hice de rogar; y le describí la situacion de allí de un modo muy halagüeño, segun V. supondrá; pues no era cosa de manifestar á un desconocido lo que positivamente sabia y pensaba. Entonces Guiu respiró, como si le hubiesen quitado un gran peso del corazon. «Alabado sea Dios, exclamó. Al menos aunque lo de Cataluña esté perdido, lo del Norte nos salvará. Pocosabe V., mi brigadier, cuanto me ha consolado. Aquí ya se decia que las cosas van muy bien allí arriba, pero como, segun me contaron, lo mismo se decia en el Norte de las de Cataluña, temia que no fuese cierto.»—«No comprendo, coronel, le dije, cómo habla V. tan deplorablemente del carlismo de su tierra, cuando he visto, desde que estoy en ella, que la dominamos con solo el respeto de nuestro nombre; pues á pesar de que en toda la provincia de Lérida apenas he visto algunas rondas y fuera de la brigada de V., no he hallado una sola columna; he sacado raciones por la sola autoridad de mi boina, hasta de puntos tan importantes como Tremp; sin que nadie se atreviese á insultarme, aunque caminase vestido de uniforme y acompañado de la pequeña escolta de mis ayudantes. A mí me ha parecido esto muy significativo.»

Guiu meneó tristemente la cabeza. «Brigadier, dijo, no se fie V. de las apariencias, porque son engañosas, aunque sean verdaderas. Lo que V. ha hecho lo hacen cada mes centenares de oficiales y correos que van del Norte al Centro, pasando por Cataluña; y despues de V., lo harán todavía muchos otros.»—«¿Cómo, coronel! exclamé. ¿Y le parece á V. poco? V. que conoce á Cataluña, ¿cree que durante la guerra de los siete años hubiera sido posible hacer estos pequeños viajes con tanta seguridad?»—«Ni por pienso, me contestó Guiu. ¡Cáspita, brigadier! los liberales se manejaban entonces de otro modo; y los correos carlistas que pasaban del Centro á Cataluña, ó vice-versa, habian de ser muy listos, muy prácticos y muy prudentes. Sin embargo, le repito que no se fie de las apariencias, porque quedaria engañado. Es muy cierto que en la provincia de Lérida dominamos por solo nuestro nombre, pues aunque anda por allí Arrando con una gran columna, nunca se interna, y tan



solo hace escursiones por las cercanias de los puntos fortificados. ¿Pero qué partido quiere V. sacar de esto, si aquí manda Tristany, que no tiene de Mosen Benet sino el apellido que lleva? Ahora se ha ido á la Seo, abandonándolo todo; y ahí quedo yo, para vigilar á Arrando; retrocediendo cuando él avanza; y volviéndome á aproximar cuando él retrocede. Así no nos vemos nunca las caras, y parece que vamos á pasar la eternidad en esas marchas y contramarchas."—«Esto es deplorable, dije."

«Si al menos, añadió Guin; los demás hiciesen otra cosa... Pero tanto da Tristany, como cualquier otro. La guerra por nuestra parte está agotada. Casi todos los jefes no piensan mas que en robar y adular á los poderosos. No se hacen movimientos, ni combinaciones. El favoritismo y la intriga dominan. No se paga á la gente; y para que calle y aguante, se le deja cometer tropelias. Yo tengo sobre esto una disciplina severa. Pago tan exactamente como puedo; no me meto un cuarto en el bolsillo, y llevo las cuentas limpias. Pero no le perdono á mi brigada el menor desman; y ¡vive Dios! que si me dijeran de mi mejor voluntario que ha asesinado á alguien, ó violado á una muger, lo hacia enseguida matar á palos. Conmigo no pasan estas cosas, mi brigadier; porque quiero que Guin pueda volver en la paz á cualquier parte donde estuvo durante la guerra. Pero ya digo; los otros jefes piensan y obran diferentemente; y en el ejército de Cataluña hay un robatorio tan escandaloso, que pasa de la medida. Nadie piensa ya en la guerra, sino en holgar y divertirse; nuestro ejército baila mas que se bate; y parece creer que los enemigos han de venir á rogarnos que tomemos sus armas, y nos diganemos ocupar sus plazas fuertes; de modo, que si el gobierno liberal hubiese seguido los impulsos de las poblaciones, ya habríamos tenido todos que huir á Francia. Pero afortunadamente durante esta guerra los gobernantes no han hecho nunca caso de lo que les decian las poblaciones; y como desde que mandan esos del 3 de enero, se han desarmado tantas rondas y cuerpos francos, se ha arrinconado á los que quedaban, y se ha dejado abatir á la milicia de los pueblos campestres; resulta que siempre ha habido un decaimiento del espíritu de los liberales, el cual ahora es tan grande, que

nosotros somos dueños de todo, por más que no hagamos, ni podamos hacer nada, para apoderarnos de Cataluña.”

XV.

**El espíritu del País.**

*Milan 13 de Julio.*

Las conversaciones que tuve con Guiu me demostraron que en Cataluña vivíamos también de milagro; y que aunque el gobierno liberal continuase haciéndonos aquella extraña y maravillosa guerra, digna de cantarse en versos de arte mayor; á pesar de esto, moriríamos indefectiblemente de consunción, después de haber vivido todo lo que permitiese nuestra mezquina naturaleza carlista. Despedime al fin de Guiu, quien, deseoso de servirme, me ofreció una escolta; que no acepté, pareciéndome mejor proseguir el viaje como antes. Pero no por esto dejé de llevarme un buen recuerdo de aquel jefe; y cuando más adelante me escribió recomendándome unos ascensos para él y su hijo, y proponiéndome cosas, que no son de este lugar; le atendí, tanto en la época que me hallé de nuevo en el Norte, como en otras circunstancias. El bueno de Guiu no había aun cambiado de concepto sobre el carlismo de su tierra; y ahí tiene V. alguna de sus cartas donde pone como un trapo á muchos colegas suyos. Lea V.; que es cosa curiosa.”

Después que hubé leído, mi interlocutor continuó: Seguimos yo y mis ayudantes el camino; y al llegar á la vista de una venta, ó *posada*, como en Cataluña se llama; nuestras monturas galopaban con brio, como atraídas por la expectativa de un buen pesebre. De repente sale una criatura en camisa, y se planta inocentemente en medio del camino delante de mi cavalgadura, que corría con ímpetu. «¡Apártate niño! exclamé horrorizado.” Y como estaba á tres ó cuatro pasos de distancia, reprimí con toda mi energía al animal, que sorprendido de un tiron tan inesperado, y de ver aquel chiquitín á sus pies, se encabritó con fogosidad, y me derribó de cabeza

nosotros somos dueños de todo, por más que no hagamos, ni podamos hacer nada, para apoderarnos de Cataluña.”

XV.

**El espíritu del País.**

*Milan 13 de Julio.*

Las conversaciones que tuve con Guiu me demostraron que en Cataluña vivíamos también de milagro; y que aunque el gobierno liberal continuase haciéndonos aquella extraña y maravillosa guerra, digna de cantarse en versos de arte mayor; á pesar de esto, moriríamos indefectiblemente de consunción, después de haber vivido todo lo que permitiese nuestra mezquina naturaleza carlista. Despedime al fin de Guiu, quien, deseoso de servirme, me ofreció una escolta; que no acepté, pareciéndome mejor proseguir el viaje como antes. Pero no por esto dejé de llevarme un buen recuerdo de aquel jefe; y cuando más adelante me escribió recomendándome unos ascensos para él y su hijo, y proponiéndome cosas, que no son de este lugar; le atendí, tanto en la época que me hallé de nuevo en el Norte, como en otras circunstancias. El bueno de Guiu no había aun cambiado de concepto sobre el carlismo de su tierra; y ahí tiene V. alguna de sus cartas donde pone como un trapo á muchos colegas suyos. Lea V.; que es cosa curiosa.”

Después que hubé leído, mi interlocutor continuó: Seguimos yo y mis ayudantes el camino; y al llegar á la vista de una venta, ó *posada*, como en Cataluña se llama; nuestras monturas galopaban con brio, como atraídas por la expectativa de un buen pesebre. De repente sale una criatura en camisa, y se planta inocentemente en medio del camino delante de mi cavalgadura, que corría con ímpetu. «¡Apártate niño! exclamé horrorizado.” Y como estaba á tres ó cuatro pasos de distancia, reprimí con toda mi energía al animal, que sorprendido de un tiron tan inesperado, y de ver aquel chiquitín á sus piés, se encabritó con fogosidad, y me derribó de cabeza



sobre una roca, donde quedé como muerto. Levantáronme mis ayudantes, todo llenos de inquietud; y vieron que por dicha no habia recibido un gran golpe en la cabeza, aunque hubiese quedado magullado en otras partes del cuerpo. Así que me repuse, procuré que me acomodaran en algun sitio seguro donde pudiese curarme; y me condujeron á una gran masía, cuyos labradores me recibieron de buena gana, á pesar de no ser carlistas. Acostáronme enseguida; y mis ayudantes se dispersaron disfrazados por algunas aldeas vecinas, esperando mi restablecimiento. Solo uno quedó á mi lado, para acompañarme y servirme.

Como mi mal era grave, fué necesario buscar médico, y los dueños de la masía, conociendo lo delicado de la elección, me preguntaron lo que habian de hacer. Yo eché mis cuentas, y desconfiando de los médicos de mi partido, dije sin vacilar: «Traiganme Vds. el médico mas liberal de esta tierra. Si es federalista, mejor, porque cuanto mas enemigo de los carlistas sea, mas me convendrá.» Mis huéspedes quedaron sorprendidos; y el hijo encogiendo un poco los hombros, me dijo: «¿No seria mas prudente, señor brigadier, que fuese del partido de V.?»—«No, hombre, le contesté; porque un carlista tendria menos pundonor en callar que un federal, quien temerá siempre que me descubran, y le acusen de indiscrecion. Vayan, pues, enseguida á buscarme uno de los mas liberales; y no se espanten de nada; que yo no tengo preocupaciones de partido.»

Así lo hicieron; y al fin llegó un médico de campaña, alto y fornido, grave, llano y cortés, vestido de levita y sombrero de copa, y con el traje un poco empolvado del camino. Parecia uno de esos pilotos experimentados de Premiá y Arenys, que tantas veces habia visto en mi infancia. Al entrar, se quitó el sombrero, y dejándolo por allí, saludó, y se llegó á la cama. «Señor brigadier, me dijo; siento muchísimo que me haya V. dado la preferencia; no porque yo rehuse curar á mis adversarios políticos, de cualquier partido que sean, sino porque ahora estaré en un compromiso, que puede perjudicar mucho mi honra. Si llega á descubrirse el retiro de V., cualquiera puede sospechar que lo he descubierto.»

Habia yo luego conocido que aquel hombre era incapaz de tal villanía; y así le contesté: «No lo tema V., señor

doctor, pues basta ver la fisonomía de V., para conocer que V. no hará esa maldad. Bien podrá ser que los liberales sepan que me hallo aquí, y me prendan. Pero no solo no sospecharé de V., sino que seré el primero en decir que V. es el mas inocente.”—«Lo creo, repuso el médico con firmeza. Pero hubiera preferido que llamara usted á otro. No gusto de confianzas de este género; y ahí me ha hecho V. un honor, que de buena gana hubiera visto regalar á otro. Sin embargo, ya no tiene remedio; estoy en el secreto, y tanto da aceptar, como rehusar. Veamos, pues, como está ese cuerpo, y que Dios nos ayude.”

Sonreíme; me dejé examinar, y contesté á todas las preguntas que me hizo. «El mal es grave, dijo; pero si me cree V., lo curaremos bien, y antes de mucho tiempo. Como será necesario para no llamar la atención que yo venga poco, y que cuando venga, dé un gran rodeo; lo prevendré dejando instrucciones detalladas á los de la casa, á fin de que pueda seguirse la curación con menos necesidad de mí. Sin embargo, le repito que es necesario que me obedezca V. rígidamente. No cometa ninguna imprudencia, ni se exceda en lo mas mínimo de lo que le ordene. Disciplina militar, señor brigadier. Al disgusto de haberme llamado, no añada V. ahora el disgusto de faltar á mis prescripciones.” Prometíselo yo; díle las gracias; y él, despues de explicarse con los que me cuidaban, se fué diciendo que volvería dentro de algunos días.

Pasé toda mi enfermedad en aquella masía, donde estuve perfectamente cuidado. La familia me cogió cariño; y se interesaba por mi restablecimiento, como si fuésemos parientes ó amigos. Componíase del marido y mujer, del hijo mayor, que era el *herreu*; de unas hermanas, y de algunos labradores y labradoras, en calidad de mozos y criadas. El padre era un anciano, fuerte y sano, de aspecto venerable, y de conversacion inteligente, franca y ruda; el hijo era activo y listo, aunque hablaba con menos fluidez y seguridad que su padre; y las mujeres eran sencillas y buenas. Todos se distinguían por un gran amor al trabajo, y admiraba ver al mismo padre levantarse á las cinco de la mañana como los demás, y dirigirse al establo para examinar y cuidar el ganado. A las horas de comer, se sentaban todos, menos las cria-

das que servían, á una larga mesa, y allí amos y mozos parecían iguales, aunque se observase la diferencia en el respeto que todos tenían por el viejo.

Cada día me curaban, y varias veces venían á preguntar por mi estado; y cuando era el abuelo, *Tavi*, como lo llamaban; le entretenía un poco, para echar un parralito político; pues á mí me hacía mucha gracia oírle criticar la guerra con su lenguaje peculiar. «Vamos á ver, me decía el viejo; ya que es V. brigadier, y llega del Norte, dígame cuánto ha de durar aun esto; que V. lo sabrá mejor que esos perdularios de cabecillas catalanes.»— «A fé mia, abuelo, que ni yo mismo lo sé, contestaba sonriendo. La cosa parece que va muy larga.»

«Así lo veo también, replicaba; y hé aquí lo que me desespera. Yo he visto la otra guerra; y andaban por ahí unos cabecillas y unos jefes de columna, que cada día se rompían la cabeza en un sitio ú otro. Ahora es al revés; porque aunque parece que se buscan, el diablo se me lleve si hacen todo lo posible para encontrarse. El que esta vez ha trabajado de firme es Cabrinety; y si llega á vivir tres meses mas, acaba con todo eso. Pero entonces Cabrinety estorbaba á mucha gente que no era carlista; y de aquí que muriese; pues ha de saber V. que los mismos carlistas aseguran que no lo mataron ellos, sino uno de los oficiales que llevaba. Pero en fin, sea como fuere, murió; y desde entonces carlistas y soldados parecen jugar á la gallina ciega, ó al escondite; y entretanto la guerra dura, y los payeses lo pagamos; porque, señor, llega aquí una columna, y porque son liberales, se nos comen el pan y se nos beben el vino, sin contar algun palo que siempre alargan en son de gracias; vánse los liberales, y llegan los carlistas; y lo primero que estos hacen, es correr á la bodega y buscar el vino que ha quedado, y á la artesa á tomar el pan que se ha cocido de nuevo; y si uno refunfuña, recoge algun culatazo que lo desloma.»

Echábame yo á reír, oyéndole pintar tan al vivo la situación, y él exclamaba: «¿V. se ríe? Pues no le haría tanta gracia si en vez de ser brigadier carlista, fuese payés. ¡Vive Dios! Diríase que carlistas y liberales han hecho un convenio para amolarnos, viviendo lo mas tiempo posible sobre nosotros; y que el único empeño que tienen es ver cuál de los dos acabará primero con los que no somos de las columnas, ni de las partidas.»



¡Señor! añadía ¿No se disputan Vds. el mando? ¿No quieren unos y otros tener la manzana del gobierno? Pues déjenos en paz á los que nada ambicionamos. Búsquense de veras unos á otros; encuéntrense al fin; péguense tiros y cañonazos; mátense, ábranse en canal, rómpanse las costillas, despedácense bien y de una vez; y el vencedor, vaya á Madrid, y gobierne; y el vencido, vuélvase á su casa, y amuélese; que así van las cosas del mundo." De este modo se explicaba en su buen sentido y rudeza el *arí* de la masía.

— El médico, según convenimos, iba á visitarme de tarde en tarde con muchas precauciones, y me trataba con tanto acierto, que me curaba bien y rápidamente. Por mas que siempre procurase hablar de mi mal, ó de materias indiferentes, sin duda por la disparidad que había entre nuestros partidos; yo, que le estaba muy agradecido, y que le quería mucho, suscitaba á veces alguna conversacion política, deseoso de oírle hablar de esto. «¿Y qué noticias tenemos de Madrid y de la guerra? le decía. ¿Qué cuentan los papeles públicos? Vamos, hombre, aunque seamos de diferentes ideas, dos personas bien educadas pueden conversar de lo que pasa, sin ofenderse mutuamente.»

Hacia él una pausa, como si vacilase; y luego contestaba de un modo grave y sóbrio: «Nada en claro se puede sacar de los diarios, señor brigadier; porque desde que subió Castelar, y sobre todo, desde que gobierna esa gente del 3 de enero, la prensa está muda, tiene una mordaza en la boca, y no puede hablar sin peligro de estrellarse. No sé, qué clase de liberales son esos, que no saben vivir con la libertad. Todos ellos hacen como Robespierre y Danton, que siendo republicanos, oprimian y perseguian á los de las mismas ideas; solo que los tiranos de entonces se servian de la guillotina, de la metralla y de los barcos de anegar; y los de ahora usan los calabozos, el destierro y la deportacion. Parece que los españoles somos diferentes de los americanos del Norte, que eran libres hasta en medio de las pruebas más crueles de la guerra de separacion. Allí la prensa hablaba, contaba lo que sucedía, y criticaba á los generales, sin que por esto el Estado se hundiese, ni las cosas fuesen peor. Pero nosotros debemos entumescer, y aparentar que esos tiranuelos lo hacen muy bien,

so pena de ir á las Marianas. Así es que todo el mundo está aburrido y desmayado; el país gime bajo una opresion asfixiante; los pueblos miran con la mayor indiferencia la guerra, y en las ciudades y en las campiñas cunde ya la voz de que hoy en dia mas respetado es y mas seguro está un carlista que un liberal.”

Entonces yo tomé la palabra. «De este modo no nos vencerán Vds., dije. Porque las guerras civiles no se acaban sino por la fuerza de la conviccion, bien aprovechada y dirigida.”—«Perdone V., observó el médico. Soy de otro parecer, aunque reconozca la verdad del principio; pues creo que les venceremos á Vds. porque los carlistas no tienen convicciones, y esta guerra se ha levantado y se prosigue de un modo artificial en todos conceptos. El carlismo, dejándose seducir de gran parte del clero, ha hecho una guerra religiosa bajo el símbolo del Evangelio; ha matado, incendiado en nombre de Dios y la Iglesia; y hoy en dia, señor brigadier, no se ganan guerras de esta naturaleza; ni los mismos militares que las sostienen simpatizan con ellas. Nadie es ya bastante católico para tomar un fusil y dar su vida por el dogma, pues los que al principio lo hicieron, se han cansado ya de este papel. Además todos sabemos que D. Carlos no está á la altura de su posicion; y que su partido es un caos de rencillas, de odios, de intrigas y envidias.”

«No sé de cierto, añadió, lo que valen los carlistas del Norte; pero como veo que á pesar de ganar batallas defensivas, nunca toman la ofensiva, conceptuo que deben ser muy débiles. En cuanto á los de Cataluña, puedo ya asegurar que no son tropas, sino bandas de malvados, capaces de todos los crímenes. Saballs, Nasratat, Miret, Moore, Vila, Guiu y los demás están cubiertos de sangre inocente, derramada con la mayor vileza. Savalls manda asesinar infamemente á los prisioneros de Solsona y Berga despues de haberles prometido la vida en una capitulacion; Miret en persona lleva al degolladero á la milicia capitulada en Cardedeu, y la pasa por las armas en el Cementerio, á pesar de que les habian prometido la vida; y Moore y Nasratat y Vila y Auguet fusilan á diestro y siniestro, como tigres, como monstruos sedientos de sangre y carnicería. ¿Cómo quiere V., señor brigadier, que triunfe un partido que enarbola una bandera religiosa, comete tales infámias, y tiene á su cabeza un

hombre como D. Carlos?... Así es que suceda lo que quiera entre los liberales; ya subsista el gobierno de los antipáticos y grotescos tiranuelos de hoy, ya venga otro mas reaccionario y despótico, que todavía acabe de abatir el espíritu liberal; el carlismo perderá la guerra, y morirá; no en virtud de batallas y derrotas, sino en virtud de la misma falta de vida que lleva en las entrañas, y del mismo artificio que en esta época lo ha resucitado."

Mientras el médico hablaba, yo pensaba entre mí: «Si supieses que soy del mismo parecer..... Si supieses que aciertas de medio á medio.....» Pero disimulé, y dije: «Las matanzas que ha habido en Cataluña, no han ocurrido en otras partes.»—«En tanto número, nó, replicó él. Pero nada mas. Recuerda V. qué han hecho el cura de Santa Cruz en el Norte, y Cucala, Santés y otros en el Centro, sobre todo D. Alfonso, cuando entró en Cuenca, donde se asesinó, robó y violó horrorosamente; en vez de imitar á los liberales, que esta vez han dado cuartel á todo el mundo, los carlistas han fusilado prisioneros capitulados, telegrafistas, empleados de ferrocarril y correos, mugeres, niños.»—«Vamos, vamos, doctor, decía yo; que bien se conoce que es V. liberal. Pero diga V. lo que quiera, si el carlismo no tuviese vida propia, no hubiera tomado tanto auge.»

«Tampoco puedo concederlo, me contestó. El carlismo ha tomado auge porque en tiempo de Amadeo esos señores de Madrid lo han dejado crecer para derribarse unos á otros del poder; y ha subsistido, porque en tiempo de la república, los gobernantes se han dejado aturdir y engañar por los enemigos de ella. ¡Pensar, señor brigadier, que el jefe liberal que mas ha hecho en Cataluña era Cabrinety; y que el primer ministerio republicano estuvo á pique de quitarle el mando, porque los moderados decian que era un demagogo y un mal militar. ¿Háse visto mayor imbecilidad? Pues milagro fué que no le dejaron de reemplazo, cediendo á las hábiles habladurias y á los hipócritas clamores de sus adversarios, que estaban temblando de que por sí solo acabase con los carlistas de Cataluña. He aquí, señor brigadier, cómo han podido Vds. nacer, medrar, crecer y subsistir. Sin esto tiempo ha que estarían en la emigración.» Tal fué en sustancia lo que el médico me dijo en las pocas veces que hablamos de política.



Por fin, con gran satisfacción de todos, entré en convalecencia. Un domingo, estando todavía acostado, y en ocasión de haber ido los hombres á misa, oí un gran estruendo en la casa, y de repente entraron en tropel todas las mugeres, llorando y dando grandes alaridos. «Ay, señor Boet! exclamaban. ¡Virgen Santísima, ayudadle! ¡Santo Angel de la Guarda, no nos desamparés! Estamos perdidos sin remedio. Llega la columna de Arrando; y los *cipayos*, que van delante, le matarán á usted, porque como los carlistas matan á todos los que cogen, ellos hacen lo mismo con estos. ¡Virgen Santa, ayúdanos en este trance!» Conociendo enseguida que verdaderamente corria gran peligro, me revestí de serenidad, y les dije: «Bien, dejen Vds. llegar la columna; pero sobre todo no tengan miedo, ni lloren; porque si los liberales las ven á Vds. así, se exaltarán y será peor. Sosiéguese, y hagan lo que les diré.»—«¿Qué quiere V. hacer infeliz? exclamó la dueña; si es V. mas muerto que los cadáveres del Cementerio? La desgracia es, añadió, que mi marido, ó el *heren*, no están en casa, porque tal vez le salvásemos.»

En esto se miraron, y la dueña y las hijas se consultaron en voz baja, y parecieron acordar algo. «Pues hacedlo enseguida, madre, dijo una; mientras nosotras preparamos bebida para esa gente.»—«Levántese V. sin perder tiempo, dijo la dueña; tome sus ropas y efectos sin dejarse nada, y véngase con estotro señor; que vamos á ver si los ocultamos.» Aunque no conociese su proyecto, obedecí á toda prisa; y acompañado de mi ayudante, seguí al ama y á una hija, que me condujeron á un sitio de la casa; abrieron una trampa muy disimulada, y me dijeron: «Entrense dentro, y no hagan ruido.» Hicimoslo, y nos hallamos en una cueva oscura, que recibia una poca claridad por un pequeño tragaluz, que daba al campo. Aunque estábamos muy inquietos, no nos meneábamos, ni hablábamos, por temor de que se nos oyera. Al fin despues de algun tiempo, que nos pareció una eternidad, vimos desde el tragaluz desfilar tranquilamente la columna. Entonces respiré. «Ah, señor Arrando! dije para mí. Si supiese V. la caza que aquí hay, si supiese que le estoy atisbando muy á mi sabor! Ha tenido V. una buena idea. Pero Marte no le ha favorecido. Abur, buen viaje, y no vuelve

usted por ahora; que esas visitas me cuadran poco."

XVI.

**D. Alfonso y D.<sup>a</sup> Maria de las Nieves.**

*Milán 14 de Julio.*

Algunos dias despues, conociendo que me hallaba ya bastante restablecido, me despedí del médico y de los huéspedes de la masía, haciéndoles mil demostraciones de agradecimiento; y acompañado de mis ayudantes continué otra vez mi camino, sin otro particular que recibir en Vallfogona una excelente cena, que me dió un cura; y correr peligro de ser sorprendido por la milicia de un lugar cercano, que supo mi paso, y fué á darme alcance. Llegué por fin á la barca de Flix, pasé el Ebro, y entré en el Centro.

Las noticias que tenia del estado del carlismo en esta region eran tan malas como las que recogí en Cataluña. Habia empezado la guerra por la influencia del clero exaltado y del cándillaje, alistándose todos los místicos, capaces de tomar las armas, que no eran muchos; los que desesperados de hacer carrera en la paz, buscaban un futuro empleo en la práctica de las armas; los carlistas acérrimos, y sobre todo los vagos, los pendencieros y criminales, que confiaban en el carácter bandoleresco de los jefes mas caracterizados por su falta de conciencia. Primero dirigieron la guerra Vallés, Cucala y Santés, hombres de trueno; guerrilleros desordenados, cuya táctica consistia en correr, sacar dinero, atropellar y medrar; Marco de Bello, hombre de buena reputacion particular, muy inofensivo en todos conceptos; y un gran número de rondas volantes, que saqueaban el país. Casi todos los cabecillas se odiaban á muerte unos á otros; y no contentos con acusarse mutuamente de ladrones y traidores, se hacian las partidas mas serranas delante del enemigo, procurando siempre que el rival quedase en el peor lugar posible.

Aunque D. Carlos envió allí al general Palacios en ca-

usted por ahora; que esas visitas me cuadran poco."

XVI.

**D. Alfonso y D.<sup>a</sup> Maria de las Nieves.**

*Milán 14 de Julio.*

Algunos dias despues, conociendo que me hallaba ya bastante restablecido, me despedí del médico y de los huéspedes de la masía, haciéndoles mil demostraciones de agradecimiento; y acompañado de mis ayudantes continué otra vez mi camino, sin otro particular que recibir en Vallfogona una excelente cena, que me dió un cura; y correr peligro de ser sorprendido por la milicia de un lugar cercano, que supo mi paso, y fué á darme alcance. Llegué por fin á la barca de Flix, pasé el Ebro, y entré en el Centro.

Las noticias que tenia del estado del carlismo en esta region eran tan malas como las que recogí en Cataluña. Habia empezado la guerra por la influencia del clero exaltado y del cáudillaje, alistándose todos los místicos, capaces de tomar las armas, que no eran muchos; los que desesperados de hacer carrera en la paz, buscaban un futuro empleo en la práctica de las armas; los carlistas acérrimos, y sobre todo los vagos, los pendencieros y criminales, que confiaban en el carácter bandoleresco de los jefes mas caracterizados por su falta de conciencia. Primero dirigieron la guerra Vallés, Cucala y Santés, hombres de trueno; guerrilleros desordenados, cuya táctica consistia en correr, sacar dinero, atropellar y medrar; Marco de Bello, hombre de buena reputacion particular, muy inofensivo en todos conceptos; y un gran número de rondas volantes, que saqueaban el país. Casi todos los cabecillas se odiaban á muerte unos á otros; y no contentos con acusarse mutuamente de ladrones y traidores, se hacian las partidas mas serranas delante del enemigo, procurando siempre que el rival quedase en el peor lugar posible.

Aunque D. Carlos envió allí al general Palacios en ca-



lidad de jefe supremo, este no pudo corregir nada, ya por las dificultades de la situacion, ya por saberse que luego lo reemplazarian. En efecto, algun tiempo despues de llegar yo al Norte, se unió el Centro con Cataluña, disponiéndose que se encargase del mando de ambas regiones D. Alfonso, que segun ya le manifesté, habia ido á Estella para quejarse del despotismo de Saballs. El príncipe fué al Centro acompañado de su muger, cubierta de aquella inseparable boina que abultaba mas que ella; y parece que queriendo desquitarse de las humillaciones que habia sufrido en Cataluña, se propuso ahora mandar de veras. Pero la gente imparcial y bien informada decia que envuelto por aquel gran espíritu de caudillaje, y abrumado por la extension del mando, se estrelló, tanto al reorganizar las fuerzas, como al establecer una administracion económica, y al mandar las operaciones.

Destituyó y encausó á Marco de Bello, lo cual produjo muy mal efecto en Aragon; y aunque lo reemplazó por Gamundi, que procedia de las anteriores guerras y tenia mas inteligencia militar, esto únicamente atenuó el disgusto de los aragoneses. La sola empresa que le salió bien fué aquel loco ataque de Cuenca, cuyo éxito es uno de los borrones mas horriblos é infames de la nueva guerra. Los crímenes que allí se cometieron son una eterna mancha para D. Alfonso, y sobre todo para su esposa, que siendo muger y teniendo mucha educacion, presenció las escenas mas crueles, no solo de robo y asesinato, sino tambien de estupro y violacion, sin levantarse enérgicamente contra los bandidos que las cometieron. Aunque mas adelante D.<sup>a</sup> María quiso disculparse de esto ante mí, no se justificó; y cuando llegue el caso de referirle lo que me dijo, verá V. que la historia tiene derecho de echar sobre su nombre el baldon mas severo de ignominia.

Segun me contó D. Carlos en París, temeroso de que su hermano Alfonso se le indisciplinase en el Centro, y cargado de que para darse mas lustre, llevase consigo á su esposa, nombró jefe del estado mayor de este al general Lizárraga, ordenándole secretamente que vigilase cuidadosamente á marido y muger; que le enterase de un modo minucioso de sus costumbres; y procurase cortarles el vuelo, poniéndolos á raya, como Saballs. El

Pretendiente confiaba que, siendo Lizárraga tan devoto é intrigante, armaría un cisco en el cuartel general de su hermano, y que pronto no habria allí quien se entendiese. «Lizárraga era muy á propósito para esto, me decía; porque es un charlatan é hipócrita mas cobarde que un conejo; tiene mucha envidia y mala baba; emboba á los curas comiendo atrocemente y hablando de los milagros que la Virgen de los Dolores le ha hecho; no vacila en mentir cínicamente para calumniar á sus enemigos; y envuelve á quien le estorba en unos enredos que pasma.»

Pero resultó que D. Alfonso lo descubrió á tiempo; y como él se apoyaba en gente adicta de Cataluña y el Centro, y Lizárraga en D. Carlos y en algunos caudillos del país, se trabó entre ambos una lucha sorda que acabó de dividir á los carlistas, produciendo nuevos ódios, y envenenando mas los antiguos. D. Alfonso no se dejaba supeditar por Lizárraga; pero Lizárraga intrigaba contra D. Alfonso, haciendo correr acerca de él y de su muger las voces mas subversivas, y acusándoles de cosas, por las cuales al morir les pidió perdón, como de que insultaban á los españoles, despreciándolos, y prefiriendo á los extranjeros. Decía que eran la causa de que la guerra fuese de mal en peor; ponía en ridículo á María de las Nieves, atribuyéndole los planes de campaña; y no contento con extender estos rumores por el país y el ejército, los hacía llegar á conocimiento de D. Carlos. Así que este vió á su hermano y cuñada bien hundidos por medio de Lizárraga, los remató, quitándoles bruscamente el mando de Cataluña, como diciéndoles que si querian, tendria la paciencia de tolerarles en el Centro. D. Alfonso conoció la idea, y dando golpe por golpe, decidió abandonar repentinamente el mando, dar una orden del día insultando indirectamente á D. Carlos, destituir á Lizárraga, que era el instrumento de este; nombrar general en jefe á un antiguo sombrerero de Burgos llamado Velasco, á quien D. Carlos odiaba mucho, y marcharse enseguida á Francia con D.<sup>a</sup> María.

En aquellos mismos momentos llegué yo á la pequeña ciudad de Gandesa, donde habia el cuartel general del príncipe; y me presenté inmediatamente. Estábamos á mediados de octubre del 74. D. Alfonso me recibió enseguida, y le hallé de pié, acompañado de su muger, que puesta su inmensa boina, me recibió tambien levantada.

y con la mano encima de una mesa. Había yo oído hablar tanto de ellos, que por mas que estuviese preocupado por las cosas de la guerra, me puse á estudiarlos con la mayor atencion. Saludéles, y el único que me contestó de palabra fué D. Alfonso, pues D.<sup>a</sup> María se redujo á hacerlo con un gesto. Despues de algunas generalidades, el príncipe me habló del estado de los carlistas del Centro, haciéndome una pintura que concordaba con lo que yo sabia. Tildó de cobardes á algunos jefes, sin extender este calificativo á la gente de ninguna provincia, brigada, ni batallon; me dijo con pesar que el desorden y la mala fé de los administradores habian agotado prematuramente al país, fatigando los pueblos, y desalentando á los mas fervorosos adictos; y terminó su relacion formando malísimo concepto del porvenir.

«No queda, dijo, sino una esperanza, aunque yo por razones particulares no la creo posible. Si el Centro y Cataluña vuelven á unirse bajo un solo mando; si se pone éste en manos de un hombre de inteligencia y actividad; si en el ejército de Cataluña se hacen los cambios que son necesarios, podrá todavía corregirse el mal; y combinando las operaciones de ambos países, será dable llevar á cabo algunas operaciones de importancia, que reanimen y entusiasmen. Sin embargo, los vientos van por otro lado. S. M. lo entiende de diferente modo; ahora acaba de separar, como ya debes saber, el mando de ambas regiones, lo cual ha sido muy indiscretamente aconsejado; y no se sabe que haga, ó piense hacer nada de lo que tan necesariamente exige el estado de Cataluña.» Mientras D. Alfonso hablaba, su muger continuaba en pié, sin decir palabra, ni apartarse de la mesa; dándose un airecillo resuelto que contrastaba con su pequeña y delicada personita, y con la grandiosa boina de que estaba cubierta; á veces miraba complacientemente á su marido; sonreíase de un modo malicioso cuando este trataba de la cobardía de algunos jefes, y sobre todo me observaba á mí con un desparpajo y atencion de princesa de derecho divino.

D. Alfonso me anunció por fin que se marchaba, porque no consideraba conveniente servir mas, despues de lo que le pasara en Cataluña y el Centro; y que antes de partir, destituiria del mando de Aragon á Gamundi, que



no era bueno para nada; y me investiría á mí, á fin de que pudiese organizar y operar mas libremente y con mayor eficacia. «Gamundi es un pobre diablo, que no tiene mas mérito que haber servido anteriormente, me dijo; y si bien conoce el país que recorre; esto no me parece suficiente para conservar un cargo que no puede sobrellevar.» Entonces tomé la palabra; y considerando muy imprudente esta disposicion, le rogué que no lo hiciera. «Sírvaso V. A. tener presente, le dije; que el brigadier Gamundi es un jefe popular en el ejército y el país; que no ha cometido nada grave para reemplazarlo, y que su caída producirá malísima impresion. Además V. A. desca separarlo en beneficio de un hombre que, como yo, no conoce la tierra, ni la gente, ni es conocido de ellos; que llega aquí sin un nombre célebre que lo recomiende á la atencion pública, y que parecerá un intrigante consumado, si se presenta á ocupar el sitio de aquel. Todo esto en lugar de favorecerme, me perjudicará, pues complicará las divisiones y ódios que aquí existen, predisponiendo á muchas personas contra mí, y empeorando el estado del ejército. Además yo tengo la conviccion de que el brigadier Gamundi me será útil en muchas cosas, y que ambos podremos estar de acuerdo, sin perjuicio de los planes que me proponga seguir.»

Parecióme que estas palabras gustaban mucho á don Alfonso y á su muger, quienes, despues de escucharme con atencion, me miraron de un modo muy satisfactorio; y tan solo observé que D.<sup>a</sup> María, como si se hubiese repensado, me echaba otra mirada penetrante, indicando que no estaba bien segura de que mi modestia fuese sincera. «Tienes razon, me dijo D. Alfonso. Quizá hallarás mas dificultades de las que supones, porque Gamundi es muy inepto; pero de todos modos vale mas que entres sin reemplazarlo. Le nombraré á él comandante general de la provincia, y á tí comandante general de la division. Así se arreglará todo. El parecerá el jefe supremo, y tu no dependerás completamente de él; pues aunque ambos os enredeis alguna vez uno con otro, ya sabrás tu rodearlo bien para hacer lo mas conveniente.» Dicho esto me despidió.

Tal fué la primera entrevista que tuve con estos dos sujetos, que tanto han dado que hablar, y que tan di-

vididos han dejado á los mismos carlistas y legitimistas, quienes han hablado siempre de ellos en diverso sentido. Yo no me propongo juzgarlos, sino dar ocasion de hacerlo, contando lo que me pasó con ellos, y las impresiones que me causó; pues aunque durante la guerra los ví poco, en la emigracion los traté bastante, y de un modo muy íntimo. La entrevista de Gandesa me dió de don Alfonso una idea, que despues no se ha borrado, sino ampliado. Parecióme un jóven de regular criterio, sobre todo de un criterio mas ordenado que don Carlos; dominado por una ambicion militar muy hiperbólica, que perjudicaba á su buen sentido. Conociáse que era laborioso, que se ocupaba seriamente de la guerra, y que durante su mando habia querido trabajar. En el curso de la conversacion, tomó varios planos del Centro y Cataluña, que tenia sobre la mesa, y me explicó las operaciones que habia hecho ó proyectado, con detalles minuciosos, que indicaban conocimiento del territorio. Pero descollaba en medio de todo una falta de tacto y de conocimiento del mundo y de la milicia, bastante para revelar las causas de haberse estrellado en el mando de allí y Cataluña, y en el de este solo país.

«Hé aquí, me decia interiormente, á un chico que con alguna instruccion teórica y alguna práctica al lado de buenos jefes, llegaría á ser un buen oficialito. Lo fatal es que, en virtud de su nacimiento y de su cualidad de ex-zuavo pontificio, se imagina un general de veras; y creyendo que hasta puede mandar en jefe, quiere abarcar el conjunto de una campaña, y formar los planes de ella; como si así se improvisasen los generales; como si cualquiera fuese capaz de dirigir una situacion tan confusa como la nuestra. En una palabra, este hombre no es incapaz, flojo, ni desidioso; sino que adolece del mal de aquellos oficiales en ciernes, que sin tener génio, ni gran talento, ocupan un mando superior en circunstancias muy anormales y difíciles.»

Esta fué lisa y llanamente la impresion que recibí de D. Alfonso, prescindiendo de los méritos imaginarios que pregonaban sus cortesanos; y de las acerbas censuras de sus desafectos; pues no ví motivo de elogiarlo tanto como aquellos, aunque á veces habló con tino; ni de deprimirlo como los segundos, á pesar de que estuvo desacierto en muchas cosas. Durante el curso de estas

conversaciones tendré ocasion de hablar de él mas á fondo, y entonces verá Vd. confirmado este bosquejo, por medio de otros datos que acaban de retratarlo.

Tambien fué objeto de mi atencion D.<sup>a</sup> María de las Nieves, por haber oido hablar de ella en diversos sentidos, que confundian mi imaginacion. Unos la pintaban como una heroina romántica, capaz de batirse sable en mano con los escuadrones liberales; y otros como una entrometida indiscreta, que llena de presuncion, ideaba planes de campaña, combatia los que otros proponian, y llegaba hasta interrumpir y contradecir á su marido, cuando este discutia, ó hablaba con sus oficiales. Pero aunque estuviese chocado de que siguiese las operaciones al lado de D. Alfonso, como si fuera uno de sus ayudantes, y por mas que su inmensa boina me pareciese extravagante, no pude allí notar nada que justificase las murmuraciones de los maldicientes. No la hallé romántica, ni presumida; sino mas bien algo positiva en sus imaginaciones, y observadora y pagada de sí misma, sin exageracion; y lo único que me pareció la impresionaba era la nota de cobardía que su esposo daba á algunos jefes, como si estuviera prendada de los hombres valientes, y despreciara mucho á los cobardes. Mientras se trató de operaciones, no despegó los lábios, y solo dijo algo cuando se cambió de conversacion.

En una palabra, no se entrometió para nada en lo que dijimos sobre la guerra, como no fuera con algunas sonrisas irónicas, por las cuales no creí que hubiese motivo de aplicarle las leyes penales; y en lo demás estuvo acertada y discreta. «Si esta mujer dije para mí, es lo que ahora he visto sin duda vale mas que D. Alfonso y D. Carlos; y si hubiese nacido con pantalones, á buen seguro que hubiera hecho cosas.» Lo que mas adelante observé en la emigracion me demostró que no me habia engañado, y que sin ser de un gran talento y corazon, no solo tenia mas condiciones que su marido y cuñado, sino que tambien era muy superior en todos conceptos á doña Margarita. «A ser todos como ella, me dije mil veces, el partido carlista seria temible; porque un D. Carlos, ó un D. Alfonso de las condiciones de esta chica daría algo que hacer. Por desgracia de los carlistas y por fortuna de los liberales, doña María es una mujer, y además no tiene genio, ni gran talento, sino algunas con-



diciones de carácter que la destacan entre su familia.”

XVII.

**Secretos de familia.**

*Milan 15 de Julio.*

El señor Boet prosiguió así: Al salir de la estancia de D. Alfonso se me acercó uno de los ayudantes de este, á quien habia conocido en el Norte, y despues de saludarme, y de felicitar-me por mi nombramiento, me dijo que si no llevaba prisa, desearia hablar conmigo. «Mi brigadier, añadió en voz baja; lo de aquí es tan malo como lo del Norte; pero atendido que V. acaba de llegar, temo que no esté enterado de nada. Si quiere venir conmigo á un aposento, donde estaremos solos, le contará algo que le servirá á V. mucho.”

Como era un buen chico, que desde que llegué al Norte me mostró mucho afecto, dándome buenas noticias, y mostrando grandes deseos de servir á mis órdenes, lo acepté, pareciéndome que sus revelaciones podian serme tambien útiles, aunque no contuvieran sinó detalles de lo que ya sabia. Así es que le seguí á un cuarto de la parte alta de la casa, donde se encerró conmigo; y encendiendo cigarros, nos sentamos, y él dijo en voz baja: «Mi brigadier, me alegro de que haya venido acá con mando independiente, porque podrá lucirse mas que en el Norte; pero le ruego que vaya con cuidado, pues hay una gavilla de intrigantes, que le echarán á perder, si no les secunda, calumniándole ante el rey del modo mas atroz y pérfido. Yo lo sé porque me destinaron á servir de espia cerca de D. Alfonso, dándome tales instrucciones, que no puedo recordarlas sin asco. Pretendian que me ganara la confianza de los príncipes haciéndome su cortesano mas rastrero, y que secretamente les diese cuenta minuciosa de todo lo que estos dijeran y pensarán, y sobre todo de lo que en confianza hablaban sobre D. Carlos. Pero yo no he querido cometer tal baja, y aun que no les he descubierto, tampoco les he servido.

diciones de carácter que la destacan entre su familia.”

XVII.

**Secretos de familia.**

*Milan 15 de Julio.*

El señor Boet prosiguió así: Al salir de la estancia de D. Alfonso se me acercó uno de los ayudantes de este, á quien habia conocido en el Norte, y despues de saludarme, y de felicitarme por mi nombramiento, me dijo que si no llevaba prisa, desearia hablar conmigo. «Mi brigadier, añadió en voz baja; lo de aquí es tan malo como lo del Norte; pero atendido que V. acaba de llegar, temo que no esté enterado de nada. Si quiere venir conmigo á un aposento, donde estaremos solos, le contará algo que le servirá á V. mucho.”

Como era un buen chico, que desde que llegué al Norte me mostró mucho afecto, dándome buenas noticias, y mostrando grandes deseos de servir á mis órdenes, lo acepté, pareciéndome que sus revelaciones podian serme tambien útiles, aunque no contuvieran sinó detalles de lo que ya sabia. Así es que le seguí á un cuarto de la parte alta de la casa, donde se encerró conmigo; y encendiendo cigarros, nos sentamos, y él dijo en voz baja: «Mi brigadier, me alegro de que haya venido acá con mando independiente, porque podrá lucirse mas que en el Norte; pero le ruego que vaya con cuidado, pues hay una gavilla de intrigantes, que le echarán á perder, si no les secunda, calumniándole ante el rey del modo mas atroz y pérfido. Yo lo sé porque me destinaron á servir de espia cerca de D. Alfonso, dándome tales instrucciones, que no puedo recordarlas sin asco. Pretendian que me ganara la confianza de los príncipes haciéndome su cortesano mas rastrero, y que secretamente les diese cuenta minuciosa de todo lo que estos dijeran y pensarán, y sobre todo de lo que en confianza hablaban sobre D. Carlos. Pero yo no he querido cometer tal baja, y aun que no les he descubierto, tampoco les he servido.

Por eso todos ellos me odian á muerte." Escandalizado de tanta intriga, repliqué aparentando alguna duda: «Hombre, el empleo era verdaderamente repugnante, pero sospecho que no tenia tanta miga com V. supone. ¿Está V. bien seguro de lo que dice?»—«¡Y cómo si lo estoy! exclamó. Figúrese V. que el general Lizárraga en persona me dió las instrucciones. ¡Ah, mi brigadier si le conociera á fondo, y á los que le rodean! Un cura valenciano lleva en su compañía, que es un dechado de intriga y perfidia. No sé en verdad como son sacerdotes hombres que no tienen de tales ninguna virtud. Pero los oficiales de Lizárraga son tambien cual más, cual ménos, unas piezas, que á nadie dejan atrás en mala intencion. Este Centro, mi brigadier, se halla convertido en un infierno; de modo que no sé como unos y otros no hemos llegado mil veces á las manos, malándonos á tiros y sablazos en los salones y las calles: desprecios, cargos, calumnias, intrigas, murmuraciones, soplonés al Norte, todo esto ha estado aquí á la órden del dia desde que llegaron sus altezas; y el alma de ello ha sido Lizárraga, que todo aparentando, y diciendo que es el carlista más católico y devoto, se conduce peor que un mameluco con un cristiano.»

Aunque supiese que todo esto era cierto, procuré atenuarlo. «Vamos, dije, que será menos de lo que V. dice. El recuerdo del triste papel que le encargaron le habrá agriado contra esos.»—«No lo crea V., mi brigadier, porque es tan cierto y evidente, que lo sabe todo el país. Así verá V. una indignacion general contra Lizárraga, á pesar de que no haya mucho amor por los príncipes; y sería muy fácil sublevar á los voluntarios contra aquellos tan irritados están de su conducta.»—«Pero amiguíto, le dije, si así se critica y murmura, ¿qué se ha hecho de la disciplina? ¿cómo será posible sostener esto? ¿cómo podremos continuar la guerra?...»—«¡Ah, mi brigadier! exclamó. En cuanto á disciplina, no hay, ni habrá ninguna, mientras no se hagan grandes escarmientos; y por lo que se refiere á la guerra, me temo que esto se lo va á llevar la trampa el dia que los liberales quieran. Todos estamos divididos en dos campos, sin contar las subdivisiones que nos debilitan; pero en fin, lo que mas resalta es la division entre lizarraguistas y alfonsistas, que es tan honda y furiosa, que ha de verse para conocerla bien.»



«Malo, malo, dije yo. Si V. y los demás hablan así de nuestros principes y generales, á buena parte iremos á parar.»—«¿Cómo callarse, mi brigadier, si los otros empiezan? Lizárraga y los que le acompañan no hacen mas que atacar á D. Alfonso y D.<sup>a</sup> María: murmuran de todos modos; calumnian infamemente; insubordinan á los jefes de cuerpo; y como son de esa gente que á todas horas pregonan su devocion religiosa, y cada dia van á misa, y comulgan cada ocho dias, y llaman mason y liberal disfrazado á todo cristo, tienen el arte de poner de su lado á todos los curas, monjas, beatas y devotas del país, los cuales creyendo en su sinceridad, les ayudan á hacer daño, siendo otras tantas trompetas de sus maledicencias. ¿Cómo quiere V., pues, que nosotros respetemos á los que así faltan á nuestro general en jefe, y conspiran para desprestigiarlo? Si D. Alfonso fuese como D. Carlos, eso no hubiera pasado; porque siendo el rey tan malo como V. sabe, desde el principio nos habria llevado á conspirar contra la reputacion de Lizárraga; y nosotros cogiéndole á este la delantera, lo habriamos derribado sin darle tiempo de dañar. Pero ya que don Alfonso tiene otro carácter, lo hemos hecho espontáneamente; y si no dejamos hundido á aquel trasto, poco falta.»

«La lástima es, añadió, que el que ha enmarañado el ovillo está tan alto, que ha quedado la obra á medio hacer, porque nuestros tiros hubieran caido sobre nosotros mismos. Con todo el general Lizárraga está hecho una buena cataplasma, y no se olvidará fácilmente de nuestras lenguas.» Esas misteriosas palabras me llamaron la atencion, pues como entonces ignoraba la parte recóndita de aquella lucha, me pareció que habia mas mal del que habia supuesto. «¿Cómo? dije. ¿Estas rencillas no han sido cosa personal entre D. Alfonso y Lizárraga? El ayudante miró en torno suyo con recelo, y bajando mas la voz, contestó: «No, mi brigadier. La lucha ha sido entre D. Carlos y D. Alfonso y D.<sup>a</sup> María; de modo que Lizárraga no ha figurado sino como un instrumento de condiciones disolventes.» Sabiendo ya, señor Corresponsal, lo que le he contado del Norte, no me admiró esta revelacion, que mas adelante, segun le he manifestado á V., D. Carlos me confirmó. Pero á fin de descubrir mas, lo disimulé, y dije: «Aunque el rey tiene

sus rarezas, no es posible que sea cierto.”—«¿Qué dice usted? exclamó el ayudante. ¡Oh! como se conoce que no sabe V. lo que pasa en la familia. Yo lo sé, porque Lizárraga, que me creía adicto suyo, no se ocultaba de decirlo delante de mí; y alguna vez, como es tan indiscreto, refirió, estando yo presente, lo que habia entre los dos hermanos y la cuñada, por habérselo revelado una persona que habia colocado en la corte de Estella, á fin de saber las interioridades de la vida del rey.”

No hay que decir si escuchaba todo esto con interés; de modo que me guardé mucho de interrumpir al ayudante. «Decia Lizárraga, continuó el joven, que no solo D. Carlos no tiene ningun afecto por D. Alfonso, sino que lo odia; y que no puede sufrir á D.<sup>a</sup> María por estar convencido profundamente de que esta, que ama tanto á los hombres valientes, le desprecia en gran manera, porque él no lo es. Añadia Lizárraga que el rey al ver que D.<sup>a</sup> María tiene valor para seguir á su marido en las operaciones, la admiraba y la envidiaba, y corrido de no ser capaz de hacerlo, creía que su cuñada le ponía en ridiculo ante el partido carlista, lo cual acrecentaba el ódio de D. Carlos. En una palabra, mi brigadier, el general Lizárraga deduce de las confidencias de aquel cortesano, que el rey está á matar con su hermano y cuñada; y que se hubiera alegrado mucho de que tuviesen alguna desgracia en la guerra, para librarse de ellos. Decia tambien Lizárraga..... ¡Pero por Dios, silencio sobre todo, mi brigadier, porque es muy grave! decia.... que cuando ahora fueron al Norte para quejarse de Saballs.... ¡pero repito, mi brigadier, que eso quede entre nosotros dos! El rey aprovechando una ocasion de hallarse solo con D.<sup>a</sup> María, hizo una tentativa de la que S. A. salió bien, segun el cortesano supuso, amenazándole con una pistola que á veces lleva encima...”

Antonces no pude menos de hacer un gesto de sorpresa. «¡Cáspita! exclamé. Esto sí que pasa de castaño oscuro. ¿Pero cree V. que sea cierto? ¿está V. seguro de que Lizárraga no inventaba?”—«Lo que Lizárraga no pudo entonces saber, prosiguió diciendo el ayudante, es si doña María lo reveló á D. Alfonso, aunque suponía que sí, por haber averiguado, aunque ignoro de qué modo, bien que quizá sea por medio de algun cura, que D. Alfonso ódia tambien, y desprecia profundamente á D. Carlos;

que lo juzga á solas con su muger en los términos mas severos y graves; y que le tiene por la calamidad mas fatal del carlismo.”

«Si todo esto fuese cierto, dije, bueno estaria nuestro partido. Entonces no deberíamos quejarnos de lo que nos pasa; pues sería imposible la concordia y moralidad.”—«Tiene V. razon, repuso el ayudante, y por esto no adelantamos, sino que cada dia nos estrellamos mas. Ahora bien, mi brigadier, sepa V. que cuando Don Alfonso hizo la guerra de Cataluña, el rey dió secretamente, de un modo mas ó menos indirecto, tales facultades á los principales jefes de allí, que su hermano y cuñada estuvieron haciendo los papeles mas ridículos y tontos, apareciendo como dos estafermos, como dos fantasmones que no tenian mas objeto que entretener á las mugerzuelas y chiquillos. Se supone tambien que si alguna vez los jefes catalanes los dejaron en gran peligro, fué por conocer que el rey no tendria mucho sentimiento de que su hermano y cuñada recibieran un disgusto. Ya sabe V. cuán malos son los jefes catalanes, y no sería extraño que el hecho fuese cierto.”

Entonces interrumpí al ayudante. «Dígame V., le pregunté: ¿ha hablado V. de eso al infante?”—«Ni por pienso, me contestó porque aunque supiese que contando-selo hundiría mas pronto á Lizárraga, tambien conocia que me hundiria yo, pues los príncipes no gustan de la gente que conoce sus secretos de familia.”—«Hizo V. muy santamente, repuse; y si hay mas prosiga, que la relacion es interesante.”—«¡Si hay mas! exclamó el ayudante. Mil líos me faltan aun que contar, mi brigadier; aunque abreviaré, para no detenerle á V. mas tiempo. ¿Recuerda V. que estando los infantes en Cataluña, corrió la voz por el Principado, que D.<sup>a</sup> María de las Nieves era una mugerzuela de Barcelona que se llamaba D.<sup>a</sup> Blanca, habiendo sobre esto un cisco infernal entre los periódicos?”—«Lo recuerdo muy bien, contesté; y á mi paso por aquel territorio he podido observar que la voz aun corria.”

«¡Pues pásmese V.! Esto lo inventaron los mismos carlistas catalanes, siguiendo las indicaciones que recibian del Norte, para fastidiar por todos los medios imaginables á los infantes. Lizárraga ¿no sabia á ciencia cierta qué carlista lo hizo; pero aseguraba delante de mí que



eran los emisarios del Norte, y que apenas cundió la noticia, se la hicieron saber al rey, callándole el origen de ella, y que D. Carlos se rió mucho de la falsa posición en que su cuñada quedaba, y exclamó textualmente: «Si María tiene la mala suerte de caer en manos de una columna, los soldados, creyendo que se trata de una D.<sup>a</sup> Blanca de Barcelona, han de obsequiarla de un modo bastante fuerte. No sé como María recibiría la aventura, ella que es tan aficionada á grandes emociones.»—«Parece, observé, que esto indica de parte de D. Carlos una especie de fruición. Pero quizá el hecho sea falso.»—«No lo creo, mi brigadier, no lo creo; porque mire V. que Lizárraga conoce al dedillo toda la historia secreta de la corte.»

«Ahora caigo en una cosa, dije; que quizá corrobora parte de lo que V. refiere. Tenía yo entendido que los inventores de D.<sup>a</sup> Blanca fueron los liberales; y me extrañó mucho al pasar por Cataluña, que algunos carlistas llamasén también D.<sup>a</sup> Blanca á la princesa, como si creyeren que verdaderamente lo era, ó que se llamaba así.»—«Lo ignoraba, me dijo el ayudante; y es bueno saberlo, porque demuestra que siquiera ha habido carlistas interesados en desorientar la misma opinión del partido. Sin embargo, Lizárraga aseguraba que hicieron el lío los emisarios del Norte, y no me extrañaría que fuese cierto. De todos modos, aunque D. Carlos recibió de su hermano quejas del comportamiento y estado de los carlistas catalanes, no las atendió nunca, dando siempre la razón á los catalanes. En vano D. Alfonso le decía que allí había mas bandidaje que ejército; en vano le profetizaba que no se sacaría nada de aquella gente; el rey contestaba de un modo evasivo, y mandaba decir por bajo mano á los jefes que continuasen del mismo modo, porque estaba muy satisfecho de sus servicios.»

«Así estaba aquello, pensé yo.»—«Después que el rey hubo herido bastante á su hermano y cuñada en Cataluña, añadió el ayudante, se propuso acabar de hundirlos en el Centro, y nombró general en jefe á D. Alfonso imponiéndole á Lizárraga, que aunque recibió de él meras indicaciones, como ya conocía el odio que mediaba no tuvo necesidad de otra cosa. Así es que al llegar aquí procuró alborotar el cotarro; y estando en Cantavieja hizo un discurso á los voluntarios y al pueblo, diciendo:

les con tono inspirado que en el Norte habia aniquilado á los masones que estaban al lado del rey, y que ahora venia á hacer lo mismo con los que rodeaban á S. A. don Alfonso. Aunque mentia, porque ya sabe V. que en el Norte, no ha sido mas que un intrigante; su arenga hizo mucho efecto, y si D. Alfonso no llega á desmandarse, lo hubiera pasado tan mal aquí como en Cataluña. Pero como Lizárraga tenia el apoyo del rey, ha sabido excitar de tal modo los ódios de familia, que ha logrado al fin que D. Alfonso y su esposa se vuelvan á Francia, que es lo que D. Carlos ha deseado siempre ardentemente.”

XVIII.

**El General Lizárraga.**

*Milan 16 de Julio.*

Al salir del alojamiento de los príncipes, estaba trastornado de lo que me contara el ayudante; y considerando lo que habia observado en el Norte, lo que entreví en Cataluña, y lo que acababa de saber en el Centro, reconocia que el carlismo era un cadáver en putrefaccion. «Lo del Norte es un caos, pensaba; lo de Cataluña un bandolerismo, y lo de aquí un aquelarre. No sé respecto al Centro quien tiene la culpa; aunque ese ayudante asegura que D. Carlos; pero lo que veo y toco es que hay un ódio á muerte, y que los partidos se hacen una guerra al cuchillo, sin respetar posiciones, ni caracteres. Todo esto ha de haber trascendido al ejército y al país; y como el ejército es tan irregular é informe, y el país está tan agotado y cansado, la situacion ha de ser crítica hasta el mayor extremo imaginable.”

Luego recordaba que habia obtenido un mando en aquella region; que lo habia deseado para salir de las tempestades del Norte; y que lo acepté con el objeto de distinguirme, siendo activo, desinteresado é imparcial; y me veia obligado á confesar que tambien me engañé de medio á medio, y que ni huyendo de la corrupcion de

les con tono inspirado que en el Norte habia aniquilado á los masones que estaban al lado del rey, y que ahora venia á hacer lo mismo con los que rodeaban á S. A. don Alfonso. Aunque mentia, porque ya sabe V. que en el Norte, no ha sido mas que un intrigante; su arenga hizo mucho efecto, y si D. Alfonso no llega á desmandarse, lo hubiera pasado tan mal aquí como en Cataluña. Pero como Lizárraga tenia el apoyo del rey, ha sabido excitar de tal modo los ódios de familia, que ha logrado al fin que D. Alfonso y su esposa se vuelvan á Francia, que es lo que D. Carlos ha deseado siempre ardentemente."

XVIII.

**El General Lizárraga.**

*Milan 16 de Julio.*

Al salir del alojamiento de los príncipes, estaba trastornado de lo que me contara el ayudante; y considerando lo que habia observado en el Norte, lo que entreví en Cataluña, y lo que acababa de saber en el Centro, reconocia que el carlismo era un cadáver en putrefaccion. «Lo del Norte es un caos, pensaba; lo de Cataluña un bandolerismo, y lo de aquí un aquelarre. No sé respecto al Centro quien tiene la culpa; aunque ese ayudante asegura que D. Carlos; pero lo que veo y toco es que hay un ódio á muerte, y que los partidos se hacen una guerra al cuchillo, sin respetar posiciones, ni caracteres. Todo esto ha de haber trascendido al ejército y al país; y como el ejército es tan irregular é informe, y el país está tan agotado y cansado, la situacion ha de ser crítica hasta el mayor extremo imaginable."

Luego recordaba que habia obtenido un mando en aquella region; que lo habia deseado para salir de las tempestades del Norte; y que lo acepté con el objeto de distinguirme, siendo activo, desinteresado é imparcial; y me veia obligado á confesar que tambien me engañé de medio á medio, y que ni huyendo de la corrupcion de



Estella, me sería posible vivir del modo que me propusiera. «¿En qué estado, me decía, voy á encontrar las fuerzas que me han entregado? ¿cómo podré organizarlas? y aunque logre algo en esta parte, ¿qué sacaré de un país ya desalentado y abatido? ¡Que engaño tan craso ha sido el mio! ¡qué desilusion tan cruel! ¡Si no hay en España otro partido comparable á este en inmoralidad y desórden! De seguro que hasta la Internacional vale más que el carlismo.»

Entre tanto llovía, y como Gandesa estaba llena de tropas, á cada paso tropezaba con cuadrillas de voluntarios y con transeuntes, que codeándose, impedían que me enfrascase en aquellas meditaciones. De repente se me acercó un curita con boina, abrigado en un elegante paraguas, y haciendo una gran demostracion, exclamó: «¡Mi señor brigadier, qué fortuna verle á V. aquí! Sea V. el bien venido, y reciba la enhorabuena de un humilde soldado de Jesucristo y servidor del rey, por el nombramiento que tan digna y justamente ha obtenido.» Era un cura valenciano, á quien conociera en el Norte, y que servia de capellán á Lizárraga; el mismo cura del cual el ayudante acababa de decirme tantas pestes. «Ahora, pensé, voy á ver la segunda parte de lo que esto me ha contado; y no será mal, para formarse idea exacta de las cosas.»

Así, pues, le recibí con mucha cordialidad; acepté sus amistades y cortesías como buena moneda, y me apresuré á preguntarle por Lizárraga. «¡Oh! exclamó el cura. El general sabe ya la llegada de V.; desea en gran manera verle; y nos ha encargado á varios de sus familiares, que si le encontráramos, le dijéramos que le esperaba á comer. Por consiguiente, mi señor brigadier, si no lleva V. prisa, vaya á casa del general cuanto antes, porque le está deseando con mucha impaciencia. Pero, añadió, bajando la voz, dígame: ¿ha estado usted á ver á sus altezas?»—«Ahora salgo de su alojamiento, contesté.»—«Pues ojo alerta, señor brigadier, prosiguió con misterio; porque anda por allí un ayudante suyo, que es un tunante, pues ha vuelto las espaldas al general, creyendo medrar mejor, si se vendía á D. Alfonso.» Como V. supondrá, me citó al chico que acababa de revelarme tantos secretos; pero haciéndome el desentendido, exclamé: «¿Que dice V., hombre? No lo

creyera, si una persona tan formal no me lo asegurase. ¡Y yo que le tenia por uno de los mas adictos del general!

El cura suspiró, y dijo: «¡Ah, mi señor brigadier! ¡si supiese V. lo que ha pasado desde que salimos del Norte! Le parecería á V. imposible. El general se ha visto humillado y supeditado por esa corte de masones, que rodea á los infantes; él, mi señor brigadier, que es el enemigo mas terrible de la masonería; él, que la ha exterminado en el Norte, como V. sabe; él, que, mejorando lo presente, es el católico mas ferviente del ejército carlista; él que oye misa todos los días; que lleva tres escapularios encima y dos corazones de Jesus; que á todas horas se encomienda á Dios y á la Virgen de los Dolores, y que no puede pasar seis días sin confesarse y comulgar; que por esto llevo siempre en el bolsillo una cajita con las sagradas formas, para administrarle el Santísimo Sacramento á cualquier hora..... Un hombre que es un gran general, que es un santo, que ha merecido que María Santísima le favoreciera con milagros repetidos; insultado, derribado, deshonrado, por masones; aquí, en en medio mismo del carlismo, en la misma corte de SS. AA., entre el ejército católico de España..... ¿Quién lo había de pensar? ¡Oh, mi señor brigadier! ¡qué inescrutables son los designios de Dios! Resignémonos, y humillémonos, como buenos católicos.»

La figura de mi interlocutor y los hechos que este me referia contrastaban tanto con aquellas palabras, que me dió una gana de reirme, que no sé cómo pude contenerla. «A fé mia, pensaba, que si no hubiera en medio fusiles y cañones, el carlismo sería una exquisita diversion. Pero disimulemos, porque estos habiecas parecen creermelo suyo; y ahora no es prudente desengañoslos.» Así es que, sin ladearme á ningun bando, contesté que era lástima que hubiesen surgido aquellas divisiones, y que la pasion negara á cada cual lo que le correspondia; y temiendo que me escapase la risa, me apresuré á dejar al curita, diciéndole que ya que el general me llamaba, iba á verlo inmediatamente. «Hasta luego, añadió, porque supongo que nos veremos hoy mismo.»

El cura pareció dudarle, y contestó: «No sé, quizá no, mi señor brigadier, porque la tempestad arrecia, y conviene preparar el buque. Ya debe V. saber que los in-

fantes se marchan, y los familiares del general tememos que con esta ocasión le hagan al general una mala jugada. Esos masones son capaces de todo. Ahora, pues, voy corriendo á saber donde para su reverencia el padre Bonifacio, que segun habrá V. oído decir, es una de las grandes cabezas del carlismo; muy docto en sagrada teología, en diplomacia, en moral y en táctica militar. Su reverencia admira al general; y nos ha ayudado mucho en las trifulgas que hemos tenido con los infantes y su masonería; y convendría que mañana estuviese aquí para lo que puede suceder. Con que, mi señor brigadier, que Dios Nuestro señor le bendiga á V. y le colme de todas sus felicidades.” Enseguida derrocó su boina para saludarme y nos separamos.

Dirigíme al alojamiento de Lizárraga, riendo de la gazonería del curita; y estando cerca, hallé á otro de la pandilla, que de parte del general me renovó su invitación. Al llegar, encontré á Lizárraga en un estado de exaltación, que revelaba desde luego su cólera y rabia. Le acompañaban tres ó cuatro ayudantes suyos, que parecían tener su confianza. Era un hombre de estatura muy regular, con un tipo de navarro comun, unos ojitos húmedos y místicos, un bigotito rubio y un poco de panza. Llevaba una faja de grandes borlas, y se daba aire de hombre importante y de gran militar.

«¡Ah, Boet! exclamó. ¡En qué momentos llega V.! Esto es un caos, un maremagnum, un lodazal. El carlismo del Centro agoniza, porque esos masones lo han herido en las entrañas. A mi me destituyen y dan el mando á ese imbécil Velasco, que echaron del Norte por inútil. ¡Que la Santa Virgen de los Dolores nos asista! Pero siéntese V., y cenemos. Estoy lleno de disgustos, Boet. Me han acribillado, me han martirizado; y todo, porque odio á la masonería. A ver, á ver, señores ayudantes, traer enseguida esa cena. Boet, cenará V. conmigo, y mis ayudantes. Resígnese V. á hacer penitencia. La situación, los disgustos, las intrigas, el dolor todo me impide darle á V. una buena comida. Ofrezcámoslo á Jesucristo. Señores ayudantes, decir á los asistentes que no se olviden del vino: traerlo bueno y abundante; y que todo venga pronto, que es tarde, y el apetito se deja sentir. Boet, esa gente son unos canallas. ¡Qué falta de conciencia! ¡qué ingratitud conmigo! ¡qué desprecio de



mis talentos y servicios! ¡y todo, porque no soy masón! ¡todo, porque sirvo lealmente á Dios y á su Majestad! Jamás se había visto una persecucion, como la que he sufrido. Pero aquí está la cena. ¡Gracias sean dadas á Dios y á la Virgen de los Dolores! Sentémonos y comamos. Siéntese V. en este sitio, Boet.”

Nos sentamos á una mesa que habian puesto, y empezamos á comer una cena, mucho mas abundante y suculenta de lo que Lizárraga me indicara, amenizada con una cantidad y calidad de vino, capaz de trastornarnos á todos. «Mi general, dije yo, ánimo; despues de un dia llega otro; Dios y S. M. no abandonan á los suyos, y verá usted como al fin triunfará la razon.” Lizárraga comia enormemente, segun su costumbre; engullia grandes cucharadas de sopa, que mascaba á dos carrillos, sin dejar de hablar, y á cada momento se llenaba el vaso de vino, y lo tragaba de un sorbo. Los demás comiamos y bebiamos discretamente.

Cuando el general oyó mis exhortaciones, dijo con la voz airada: «Sus altezas se han portado indignamente conmigo, Boet; me han arrinconado, me han burlado, me han desacreditado, me han puesto en ridículo. Sobre todo aquella mujercita de D.<sup>a</sup> María se ha ensañado con una crueldad de hiena. No se ha seguido ningun plan de los que propuse; no se me ha dado cuenta de nada; y cualquiera de aquellos masones de la córte sabia y dirigia mas que yo; que yo, Boet, que soy tan católico y carlista; que yo, que he hecho tantos sacrificios por el partido; que yo, que soy el único que ha de llevar á S. M. á Madrid. ¡Ah! el corazon me brama de recordarlo.”

Enseguida engulló una gran cucharada de sopas; y antes de haberla comido toda, bebió un gran vaso de vino; inmediatamente añadió otra cucharada de sopas á las que ya tenia en la boca, y todo mascando y echando bufidos, continuó la conversacion. «V. no sabe, Boet, qué mala alma tiene aquel cachito de muger. Imagina ser un general, hace planes de campaña, quiere dirigir operaciones, se mete en el bolsillo á su marido, distribuye las censuras y elogios; niega y concede recompensas, extiende nombramientos... Valdria mas que fuera á cuidar de la vajilla de su casa; ó aprenderlo, si no sabe. ¡Ah Boet! ¡cuantos disgustos me ha dado!” Y se bebió otro vaso de vino que espantaba. Sirvióse otro gran

plato de sopa y añadió: «Esto es un babel. Y de todo tienen la culpa sus altezas. ¡Qué calamidad! prosiguió, engullendo cucharadas, y mascando á dos carrillos. Son peores que los liberales. D. Alfonso es un presumido, y su muger una marisabidilla, que le lleva los pantalones; y lo ridiculiza delante del ejército. El Centro sería un baluarte inexpugnable, si hubiera estado dos meses en mis manos. Pero Lizárraga no era mason, sino católico, carlista y devoto de la Virgen de los Dolores y de S. M. ¡Pues abajo Lizárraga, caiga Lizárraga, muera Lizárraga!» Tomó enseguida el vaso, y bebió como un mozo de cordel.

Entre tanto habian los asistentes traído un cocido succulento, y el general se llenó el plato de carne, tocino, patatas, garbanzos y coles, que formaban una pirámide; y sin esperar que nosotros estuviésemos servidos, embistió, tragando y comiendo como un lobo hambriento, y hablando y picando como una vívora. «Boet, decía, si S. M. no remedia pronto esto ¡ay de todos nosotros! Don Alfonso y sobre todo D.<sup>a</sup> María han desorganizado y demoralizado el ejército y el país. La guerra está encargada á...» No pudo continuar, porque acababa de tragar-se un pedazo de col tan descomunal que le ahogó la voz. «Digo, prosiguió con la boca llena, que la guerra está encargada á una porcion de chiquillos, que no sirven mas que para limpiarse los dientes y servir el chocolate á SS. AA. Aquella mujer funesta lo ha demolido todo. Para ella los mas bonitos y jóvenes eran los mas valientes y aptos. El que no sabía peinarse bien, rizarse con airo-sidad el bigote, y hacer elegantes reverencias, quedaba arrinconado. Pensar, Boet...» Y se interrumpió para beberse un vaso de vino que rebosaba.

«Pensar, añadió mascando carne, coles, patatas y garbanzos; que yo podía ir á Madrid; que ya tenia hecha la combinacion; que el movimiento era seguro, infalible, como Su Santidad, y que todo se perdió, porque doña María tuvo el capricho de aprender á hacer cacharritos y no quiso salir del pueblo donde estábamos hasta que supo hacerlos. ¡Oh, Santa Virgen de los Dolores! ¡cuanto he sufrido! ¡Malogrármeme una operacion que habia de inmortalizarme; porque aquella chicuela presumida, aquella marisabidilla andante, quiso fabricar pucheros y tapaderas de alfarería! ¡Cómo ha de hacerse así la guerra!»

Habíamos nosotros hasta entonces tomado poca parte en las quejas de Lizárraga; pero los ayudantes empezaron ya á calentarse, y algunos momentos despues hacian coro á su general, quejándose tanto como él, y gritando mas. «Sus altezas exclamaba uno, son dos estafermos que solo sirven para exaltar á los mirones.»—«Mi general, decia otro; si le han hecho daño á V., no pueden ellos estar muy contentos de nosotros.»—«¿Qué han de estar contentos, gritaba otro; si nuestro general es quien los echa de aquí?»—«S. M. el rey ha dado siempre la razon á vucencia, decia el segundo; y con este apoyo bien puede reirse vucencia de todas las intrigas de sus altezas. ¿Qué pueden hacer contra vucencia?»—«El caso es que ellos se van y nosotros nos quedamos, observaba uno.»—«Vayan y no vuelvan, añadía otro; que no solo no hacen falta, sino que estorban.»—«Digan lo que quieran nuestros enemigos, mi general, exclamaba el primero, lo cierto es que vucencia inspiró á S. M. la separacion del mando del Centro del de Cataluña, lo cual ha herido mortalmente á los príncipes; y si antes de marcharse estos nos hacén alguna mala obra, ya nos desquilarémos luego.»

Habia escuchado Lizárraga este tiroteo con gran satisfaccion, comiendo y bebiendo á todo su sabor; y al fin dijo: «Tienen Vds. razon, aunque conviene vigilar, porque esos masones son capaces de matarme. Sí, Boet, lo que me consuela es que S. M. está de mi parte; me honra con su confianza; me escucha, me atiende y favorece. El clero tambien me apoya, al ver mis buenas intenciones, y los martirios que sufro por la santa causa. Pero D. Alfonso y la muger de los cacharritos me han atormentado mucho, en perjuicio de Dios y del rey. Si no hemos triunfado, ellos tienen la culpa. Si no estamos en Madrid, ellos lo han impedido, porque han preferido que D.<sup>a</sup> María supiese hacer tapaderas, á apoderarse de la capital de España. Pero, lo repito; S. M. ya está enterado de todo, y como los masones no me hagan una mala partida, estoy seguro de que la iniquidad no triunfará.» Y se bebió un gran vaso de vino, y tragó enseguida una buena tajada, que le llenó la boca.

Pasó toda la cena de este modo; y como llovía á mares, mi visita se prolongó hasta una hora muy avanzada de la noche. Salí por fin de aquella casa tan trastornado y



cambiado de humor, que dejando á una parte todas las consideraciones s6rias, no hacia mas que reirme de la gente, del partido y de las c6micas esplosiones de ira que acababa de presenciar. «El dios Momo, me decia, habria de ser nuestro idolo, porque parece que los carlistas nos hemos juntado para divertir á los dem6s espa1oles.»

XIX.

**Escenas Carlistas.**

*Milan 17 de Julio.*

«Cuando llegué á la calle, aun llovía; y me hallé de manos á boca con mi ayudante de servicio, que estaba irritado como un leon furioso. «Mi brigadier, exclamé. Aquí no hay sino des6rden é indisciplina. Nadie se entiende, ni respeta á los superiores; y creo, sin exagerar, que tendremos que alojarnos en la calle, aunque diluvio, pues no tenemos alojamiento, ni veo posibilidad de hallarlo. El pueblo está henchido de gente; todas las fuerzas de D. Alfonso se han concentrado aquí; y por mas que he sacado tres boletas de alojamiento, no hay sitio donde meterse, habiéndome dicho los voluntarios que no cederian un palmo de terreno ni por brigadieres, ni generales, ni por el mismo D. Alfonso., y que recibirian á tiros á cualquiera que se lo quisiese quitar. He metido los caballos en una posada; los dem6s ayudantes se han dispersado, y no sé nosotros donde podemos ir en medio de este caos y de una noche tan cruel.»

«En efecto, como seguía lloviendo y la gente estaba exaltada, era difícil resolverse; pero habiendo yo salido de casa de Lizárraga con el mas alegre humor del mundo, tomé á broma un contratiempo, que en otra ocasion me irritara. «Si estuviese cargado, le dije, iríamos á nuestros alojamientos, y los tomaríamos á sablazo limpio. Pero no me hallo de este modo, y vamos á meternos en la primera casa que me cuadre. Verá V. como lo arreglamos. Véngase conmigo, y secúndome.» Dicho esto,

cambiado de humor, que dejando á una parte todas las consideraciones s6rias, no hacia mas que reirme de la gente, del partido y de las c6micas esplosiones de ira que acababa de presenciar. «El dios Momo, me decia, habria de ser nuestro idolo, porque parece que los carlistas nos hemos juntado para divertir á los dem6s espa1oles.»

XIX.

**Escenas Carlistas.**

*Milan 17 de Julio.*

«Cuando llegué á la calle, aun llovía; y me hallé de manos á boca con mi ayudante de servicio, que estaba irritado como un leon furioso. «Mi brigadier, exclamé. Aquí no hay sino des6rden é indisciplina. Nadie se entiende, ni respeta á los superiores; y creo, sin exagerar, que tendremos que alojarnos en la calle, aunque diluvio, pues no tenemos alojamiento, ni veo posibilidad de hallarlo. El pueblo está henchido de gente; todas las fuerzas de D. Alfonso se han concentrado aquí; y por mas que he sacado tres boletas de alojamiento, no hay sitio donde meterse, habiéndome dicho los voluntarios que no cederian un palmo de terreno ni por brigadieres, ni generales, ni por el mismo D. Alfonso., y que recibirian á tiros á cualquiera que se lo quisiese quitar. He metido los caballos en una posada; los dem6s ayudantes se han dispersado, y no sé nosotros donde podemos ir en medio de este caos y de una noche tan cruel.»

«En efecto, como seguía lloviendo y la gente estaba exaltada, era difícil resolverse; pero habiendo yo salido de casa de Lizárraga con el mas alegre humor del mundo, tomé á broma un contratiempo, que en otra ocasion me irritara. «Si estuviese cargado, le dije, iríamos á nuestros alojamientos, y los tomaríamos á sablazo limpio. Pero no me hallo de este modo, y vamos á meternos en la primera casa que me cuadre. Verá V. como lo arreglamos. Véngase conmigo, y secúndome.» Dicho esto,

tomamos por cualquier calle, dimos un rodeo, y parándonos delante de una casa donde se oía mucha ruidos de voces y de canciones carlistas, llamé con estrépito. Abrió el patron, entré, seguido del ayudante; di las buenas noches, y enseguida acudió un tropel de zuavos que al verme, tomó en silencio una actitud muy hostil. Como este era el cuerpo más terne, y según decían, más insubordinado del Centro, mi ayudante temió un alboroto, y echó con disimulo mano á la espada. Pero yo, haciéndome el desentendido, pasé adelante, sin decir palabra; y llegué á una sala donde habia dos mesas con botellas y platos sucios en dispersion, indicando que se acababa de cenar. Los cantos y voces habian de repente cesado; y aunque aquel inesperado silencio tenia un sesgo amenazador, me senté tranquilamente, encendí un cigarro y me puse á fumar, como si nada ocurriera. «Veremos ahora, pensaba, lo que va á suceder.»

Entró el patron inmediatamente, y trás él seguian formando semi-circulo muchos individuos y sargentos zuavos, callados y hostiles. Mi ayudante lleno de admiracion y recelo observaba en pié aquella extraña escena. «Señor brigadier, me dijo el patron. Sírvase V. decirme que se le ofrece, para servirle en lo que pueda.» Yo, mirándole todo risueño, contesté: «Gracias, patron. Nada se me ofrece. No tengo alojamiento, ni he hallado medio de pedirlo, por la gran aglomeracion de fuerzas; y me he venido á casa de V., donde pasaré la noche con mi ayudante, sentados en estas dos sillas.»—«Me pesa mucho, señor brigadier, repuso el patron, no poder ofrecerle á V. ni una cama. Tengo la casa llena de gente y todo está tomado.»—«Gracias, hombre, gracias, dije. No hace falta nada. Estoy acostumbrado á la vida de campaña, y en ocasiones semejantes me tengo por afortunado de hallar una silla en que sentarme. No se preocupe V. mas de mí, á no ser que le incomode.»—«Al contrario, señor, dijo el patron, y se fué.»

Los zuavos habian escuchado sorprendidos este diálogo; y salieron detrás del huésped como si quisieran deliberar. Entónces el ayudante se me acercó, y me dijo: «Pero, mi brigadier, cómo va V. á pasar la noche en esa silla, pudiendo tomar la cama de cualquiera de esos pillastres? Esto no ha de suceder.» Yo me sonreí, y le contesté: «Calle V., hombre; que V. no conoce al soldado es-



pañol, cualquiera que sea el uniforme que vista, ó la bandera que siga. Esos chicos que se nos hubieran indisciplinado de vernos entrar con arrogancia, serán capaces ahora de pedirnos como un favor que tomemos sus camas, en vista de que nos hacemos cargo de la situación."

En efecto, volvió el grupo de zuavos poco despues, y acercándoseme con la cabeza descubierta, al llegar cerca, se paró, y se adelantaron dos sargentos, como en comision; me saludaron militarmente, á pesar de que me llevaban la boina, y el de mas edad dijo: «Con permiso, mi brigadier. Los alojados tenemos el honor de ofrecerle usía una cama; y un sofá al señor ayudante. Nosotros haremos cama redonda en el suelo con los voluntarios, y estaremos perfectamente." Yo me levanté, y como queria pasar la noche en vela, rehusé la cama, aunque acepté lo que ofrecian al ayudante. «Señores, dije, les doy á ustedes muchas gracias por la atencion; pero como he de hacer algunos preparativos, no necesito la cama que me ofrecen, y tan solo tomaré el sofá que han desocupado para mi ayudante, porque este verdaderamente lo necesita.

Pareció mi respuesta contrariarles mucho, y despues de una suspension, replicó el sargento que podia tambien aceptar la cama con toda llaneza, porque á ellos ya no les serviría de nada. «Aunque usía haya de trabajar, decia, nunca viene mal un rato de descanso; y teniendo esa cama, podrá tomarlo cuando le parezca. Insistí yo en que no era necesario; pero él reiteró su ofrecimiento, y mezclándose en la conversacion su compañero y luego los demás alojados, me rodearon todos suplicándome que no les desairase. «Nosotros lo ofrecemos con la mejor voluntad, decian; y crea usía que estaremos ufanos de que no rehuse ese pequeño servicio."—«Lo creo, replicaba yo; lo creo, y les doy á ustedes gracias, como si lo aceptara. ¡Pero sí repito que no pienso acostarme! ¿A qué privarles á Vds. de una cama? Sin embargo, imaginando ellos que hacia cumplimientos, me llevaron al sitio donde tenian su cama redonda, probándome con mil ingeniosas razones que dormirian cómodamente. «Venga usía, decian; y verá que bien lo tenemos dispuesto. Aquí cabremos todos holgadamente, y todavía nos sobraré sitio. Vamos; no insista usía; se lo re-

gamos todos." Al fin, no hubo remedio, y acepté. «Vamos, sea, les dije; y no se hable mas de ello. Les agradezco á ustedes mucho el servicio; y aunque no tenia gana de dormir, dormiré, para corresponder á su buena voluntad."

Saludáronme todos, y se retiraron contentísimos, como sí les hubiera hecho un magnífico regalo, dejándome solo con mi ayudante, que se hacia cruces de sorpresa. «¿Quién me lo habia de decir? exclamaba. A fé mia que desde que llegamos temí que andaríamos á tiros." Pero yo recordando entónces el contraste que esta escena hacia con el cuadro que habia visto en casa de Lizárraga, le contesté: «Ayudante, sepa V. que hay mas sentido comun, mas educacion é hidalguía en estos hombres, que á veces se convierten en fieras, que en mucha gente de las clases elevadas. El pueblo de nuestro país vale mucho; es todavia vírgen; tiene un sentimiento acrisolado de la honradez; y hace sin vacilar los mayores sacrificios, como sepa V. tocarle los resortes del corazon y de la dignidad. Pero vaya V. á meter en razon á esa turba multa de notabilidades, que pasan el tiempo pregonando su importancia, hinchando su ambicion, y atacando á sus rivales, y se estrellará, aunque apele al patriotismo, al derecho y á la decencia." Mi ayudante no comprendió todo el sentido de mis palabras, porque no habiendo oido las confidencias del ayudante de D. Alfonso, ni los arrebatos de Lizárraga y su camarilla, ignoraba lo que me inspiraba aquel lenguaje; y despues de darle algunas instrucciones, nos acostamos.

Al levantarme el dia siguiente, supe que ocurrían grandes novedades. D. Alfonso y D.<sup>a</sup> María se marchaban el mismo dia á Francia; aquel habia dado una proclama, atacando vehemente y solapadamente á D. Carlos; dejaba destituido á Lizárraga y disuelto el batallon de zuavos; y habia nombrado general en jefe á Velasco, que hacia pocos dias llegara del Norte, y ocupará un puesto secundario. Con esto el ejército carlista se hallaba en fermentacion; todo el mundo renegaba de Lizárraga, y algunos llegaban á amenazarlo, aunque sin ánimo de hacer otra cosa. Lizárraga, á pesar de la ira y vergüenza de quedar destituido y humillado, se presentó á los infantes, para despedirse de ellos; pero al llegar a la puerta, se le atravesó un ayudante de estos, y apostrofándole

con vehemencia, le dijo: «Judas hipócrita, Judas pilla, Judas ladron, Judas inepto, Judas cobarde, ¿aun tiene usted la impudencia de venir aquí? V. es el causante de todas las desgracias del Centro; V. lo ha dividido y perturbado todo; V. ha matado al ejército y al partido de esta region.»

Lizárraga quedó pálido, sin palabra, inmovil, petrificado; y como los príncipes le recibieron fria y desdeñosamente, volvió á su alojamiento, aturdido, confuso, temeroso, y lleno de rabia concentrada. «Me han llamado Judas, decía; Judas á mí, que no he hecho mas que servir al rey, cumplir las órdenes de este, y perseguir la masoneria. ¡Ah ingratitud!» Verdaderamente Lizárraga en el Centro habia seguido del modo mas exacto los deseos de D. Carlos; y por antipático que fuese su papel, no era justo acusarle de todo lo que hiciera.

Apresuréme yo tambien á ir á despedirme de los príncipes, y los hallé en una sala, donde habia un altar para decirles la misa de partida. Estaban ya en traje de marcha; y D.<sup>a</sup> María llevaba una vesta rozagante, polainas, un latiguillo en la mano, y su inmensa boina en la cabeza. Parecia una amazona del Círculo ecuestre, ridiculamente disfrazada de cantinera carlista. Mostrábase muy alegre, y con frecuencia miraba sonriendo á su marido. «Boet, me dijo este, nos vamos, y saldremos así que hayan dicho la misa. Haz lo que puedas. Pero la guerra está perdida. No hay esperanza de salvacion. Quien debia conservarlo todo, añadió intencionadamente, lo ha echado en un derrumbadero. No ha querido escuchar mis consejos, me ha contrariado, me ha hostilizado, como si estorbara. Peor para él. Yo me lavo las manos de esto. Lo del Norte está herido de muerte, lo del Centro agoniza, y lo de Cataluña es una ruina. A mí me es igual. Hice cuanto podia; y en vez de agradecerseme, se me ha pagado con intrigas y desaires. Me vuelvo á casa, con ánimo de no salir mas de ella. Adios, y buena suerte, Boet.»

Sali con el ánimo triste; y comprendiendo que el príncipe habia aludido á su hermano, ví confirmados los ódios de que el ayudante me hablara. «¡Qué familia! ¡qué gente, y qué almas! dije. ¡Y pensar que esos hombres están al frente de lo que llaman el partido de la legitimidad, de la moralidad, de la religion y del orden! ¡Y



pensar que hacen la guerra, y que nos hemos hallado un gran número de españoles bastante obcecados, bastante inexperimentados y aturdidos para seguirlos y batirnos contra nuestros mismos compatriotas!" Paseándome entre estas y otras melancólicas reflexiones, llegó la hora de la partida de los príncipes. Las tropas se tendieron por la carrera, tocaron las músicas aires marciales, y hubo una gran animacion. Asi que parecieron los príncipes, el ejército prorumpió en gritos atronadores. «¡Viva don Alfonso! exclamaba: ¡Viva D.<sup>a</sup> María! ¡Mueran los traidores! ¡mueran, mueran, mueran!" Y habia en las filas una efervescencia extraordinaria contra Lizárraga, á quien los voluntarios aludian con sus mueras.

Quando las tropas hubieron desfilado, fui á ver al general, y le hallé colérico, aturdido y despavorido. Estaba pálido, miraba divagando, y á veces quedaba como en éxtasis. No acertaba á concertar sus ideas, ni á darse cuenta de lo que le pasaba. Le acompañaba un oficial, que seria familiar suyo, y que se mostraba muy airado y resuelto. «Boet, exclamó Lizárraga al verme, ¿Qué dicen contra mí? ¿que piensan hacer esos masones? ¿ha oído V. hablar de proyectos de asesinarme? ¿ha visto usted como han excitado á los voluntarios, haciéndoles pedir mi cabeza?" Lleno de lástima de oírle, hice lo que pude para tranquilizarlo. «Mi general, dije, no tema usted nada. Si alguien proyecta contra V., no le seguirá nadie; y si le sigue no le faltarán á V. defensores. ¡Animo! Los infantes ya se han marchado, y con su partida se calmará el rencor."

Pareció que Lizárraga no se daba por convencido, pues levantando los ojos al cielo, me contestó: «Boet, toda mi esperanza está cifrada en la Virgen de los Dolores. A ella me encomiendo, añadió con éxtasis; en sus manos me pongo; su amparo le pido. Si ella quiere, todos los planes de esos masones quedarán burlados. Pero Boet, mi situacion es crítica; estoy rodeado de peligros; y no sé como escapar de ellos."—«Mi general, dijo aquel oficial, yo le respondo á vucencia de que los superaremos todos. Nosotros no consentiremos jamás que se toque un cabello de vucencia; y si sus enemigos vienen, se volverán con un terrible escarmiento."—«No creo, observé yo, que las cosas vayan tan léjos."—«Oh, Boet! exclamó Lizárraga, V. no sabe lo que ha pasado. Los in-

fantes me han hecho tratar de Judas traidor, de Judas bellaco y de Judas miserable por uno de sus ayudantes á las puertas mismas de su estancia. Estoy destituido del cargo de jefe de Estado Mayor, y ya es positivo lo que estos dias se susurraba, que han nombrado general en jefe á Velasco, á pesar de corresponderme á mí. ¡Oh, Virgen Santa de los Dolores! añadió, ¡cuántos disgustos sufro por la causa de la religion y del rey! Si fuera mal católico y peor carlista, hubiera sido el árbitro de todo. Pero voy á misa con devoción, me encomiendo de veras á Dios y á la Virgen, persigo con celo á los masones, llevo de buena fé tres escapulorios, sirvo bien al rey; y este fervor me ha perjudicado. Estoy fuera de mí Boet. Hoy queria confesarme y comulgar; pero me he abstenido para no ofender al Señor, recibiendo su divino cuerpo en medio de tan grande agitacion."

«Mi general, dijo el ayudante, seréne V. E., y manos á la obra. Ya sabe V. E. el plan. Escribir al rey lo que ha pasado; demostrarle la traicion, ó infidelidad de su hermano, enseñándole la insultante orden del dia que acaba de dar; enviarle en comision al Padre Bonifacio, que es del partido de vuecencia; pedirle el mando en jefe del ejército del Centro; interesar en esto á los diputados aragoneses, promeliéndoles la autonomia administrativa de su Estado, si se alcanza; y una vez dueños del poder... ¡venganza, venganza y venganza, mi general!" Lizárraga le escuchaba en una especie de ar-robo, y al oír las últimas palabras, cruzando las manos con beatitud, exclamó: «No venganza, no; porque los católicos no podemos tomarla; sino castigo, castigo y castigo; porque yo llegué aquí con órdenes de S. M., que he procurado cumplir; y los que me han contrariado, no me han ofendido á mí, sino al rey, cometiendo un crimen de lesa majestad. Pero es necesario marcharse á toda prisa de Gandesa; vámonos á la Cenia, y en seguida escribiremos al rey. Aquí no estamos seguros, porque hay mucha gente adicta á los masones. La Virgen de los Dolores nos acompañará."

Despedíme de Lizárraga, para que pudiese irse en seguida á la Cenia en compañía de la Virgen de los Dolores; y como ya no tenia nada que hacer en Gandesa, y la mayor parte de fuerzas habian salido con D. Alfonso, partí luego con mis ayudantes para Bot, que es una rús-

tica poblacion, situada en lo mas fragoso de unas montañas vecinas. Durante el camino repasaba los proyectos de Lizárraga; y aunque temia que si fuese cierto que habia sido instrumento de D. Carlos, recibiese el mando del Centro, lo tenia por un gran disparate. Lo único que me halagaba era la promesa de dejar que Aragon se administrase por sí solo, pues siendo mi territorio, habia de favorecer mi independencia. Con todo no lo hallaba equivalente al mal que haria aquel nombramiento. «Dejando aparte, decia, la aptitud de Lizárraga, que es muy problemática, su reputacion aquí está perdida, y el rey no la restablecerá, aunque le nombre general en jefe de todos sus ejércitos. Lizárraga ha dividido de tal suerte los ánimos; ha irritado tanto al ejército, que su mando será mas calamitoso que el de D. Alfonso; y por mucho que me halague la expectativa de separar del Centro la administracion de mi distrito, esto no me consuela de aquel temor.»

Llegué por fin á Bot, alojéme, y habiendo salido enseguida, quedé muy sorprendido de hallarme en la calle con el capellán de Lizárraga. «¡Oh, mi señor brigadier! exclamó. Tenga V. buenas tardes, y reciba los humildes respetos de un humilísimo soldado de Jesucristo y súbdito de S. M.»—«Hombre, señor cura, dije; le creia á V. con el general en la Cenia.»—«¡Oh mi señor brigadier! repuso él sonriendo. Aunque el general ha aparentado ir á la Cenia, se ha dirigido á Bot, para desorientar á los masones. ¡Como es tan gran táctico! Ya sabe V. que si S. M. va á Madrid, le llevará el general y la Santísima Virgen de los Dolores. Con que, mi señor brigadier, aquí estamos ya; y vamos á trabajar sin descanso contra los planes de esa masonería que han dejado los infantes. El general escribirá hoy mismo una memoria al rey sobre lo que ha ocurrido; el Padre Bonifacio partirá en seguida para la corte con ella, llevando el encargo secreto de obtener la destitucion de Velasco, y el nombramiento de nuestro santo y grande general; y los diputados aragoneses nos ayudarán, con la condicion de darles la autonomia administrativa. Así, pues mi señor brigadier, la causa no está aun perdida; todavía quedan esperanzas; S. M. admira al general, y le quiere mucho; y el Padre Bonifacio es un negociador de lo fino, de lo fino, mi señor brigadier. Vamos; que siga V. bien, y que Dios y la Virgen de



los Dolores le bendigan y santifiquen." Dicho esto se quitó la boina, haciéndome un profundo saludo, y me dejó maravillado y risueño.

XX

**Disposiciones administrativas y militares.**

*Milan 18 de Julio.*

La provincia, continuó Boet, donde yo debía establecerme, era la de Teruel, conocida también por bajo Aragón, la cual forma un territorio montañoso y quebrado, áspero, intrincado y estéril, con algunas llanuras bien cultivadas en que florecen el trigo, centeno, cañamón; árboles frutales. La gente es franca, socarrona y ruda, los hombres visten calzon corto y medias, y llevan un pañuelo arrollado en la cabeza; y las mugeres van con jubon y falda corta. Las poblaciones son pequeñas, y por la mayor parte muy rústicas. En esta provincia, llena de asperezas, tenía yo una buena base de operaciones, porque se me abrían principalmente los caminos del Alto Aragón y de Castilla, como ofreciéndome un buen objetivo estratégico.

Dejando en Bot á Lizárraga, que cabalmente se había alojado en la misma casa que tomé, recorrí los principales pueblos del distrito, como Cantavieja, Tronchon, Villariuenjo y otros, tanto para estudiar el terreno como para revistar las fuerzas y conocer los recursos; y habiéndome arreglado con Gamundi, á quien ya viere y tratara en el Norte, di principio á mis trabajos de reorganizacion. Aunque esta duró tanto como el tiempo que allí operé, quiero ahora condensar lo que hice, para mas comodidad de V. Las fuerzas se reducian á seis batallones, una compañía de guías, alguna caballería y seis rondas volantes, que formaban un total de 3,000 infantes escasos y 134 caballos; armados de 60 remingtons, 274 berdans, 837 fusiles rayados y 143 lisos y cortados; y solo 300 infantes y 20 ginetes estaban uniformados; todavia éste estado de armamento era al llegar yo algun

los Dolores le bendigan y santifiquen." Dicho esto se quitó la boina, haciéndome un profundo saludo, y me dejó maravillado y risueño.

XX

**Disposiciones administrativas y militares.**

*Milan 18 de Julio.*

La provincia, continuó Boet, donde yo debía establecerme, era la de Teruel, conocida también por bajo Aragón, la cual forma un territorio montañoso y quebrado, áspero, intrincado y estéril, con algunas llanuras bien cultivadas en que florecen el trigo, centeno, cañamón; árboles frutales. La gente es franca, socarrona y ruda, los hombres visten calzon corto y medias, y llevan un pañuelo arrollado en la cabeza; y las mugeres van con jubon y falda corta. Las poblaciones son pequeñas, y por la mayor parte muy rústicas. En esta provincia, llena de asperezas, tenía yo una buena base de operaciones, porque se me abrían principalmente los caminos del Alto Aragón y de Castilla, como ofreciéndome un buen objetivo estratégico.

Dejando en Bot á Lizárraga, que cabalmente se había alojado en la misma casa que tomé, recorrí los principales pueblos del distrito, como Cantavieja, Tronchon, Villariuenjo y otros, tanto para estudiar el terreno como para revistar las fuerzas y conocer los recursos; y habiéndome arreglado con Gamundi, á quien ya viera y tratara en el Norte, di principio á mis trabajos de reorganizacion. Aunque esta duró tanto como el tiempo que allí operé, quiero ahora condensar lo que hice, para mas comodidad de V. Las fuerzas se reducian á seis batallones, una compañía de guías, alguna caballería y seis rondas volantes, que formaban un total de 3,000 infantes escasos y 134 caballos; armados de 60 remingtons, 274 berdans, 837 fusiles rayados y 143 lisos y cortados; y solo 300 infantes y 20 ginetes estaban uniformados; todavia este estado de armamento era al llegar yo algun

menos de lo que digo, pues lo cito como una cifra aproximada. Habia escaso espionaje, mala disciplina y mucho abatimiento. Aunque Gamundi hiciera cuanto pudo en beneficio de esta division, no logró mas que sostenerla tal como se la dieron, porque todo lo halló erizado de dificultades y embrollos.

La administracion estaba todavía peor, no habiendo ni rudimentos de ella. Existian unos diputados por Aragon, encargados de organizarla y dirigirla; pero se habían estrellado, á pesar de su buena voluntad é inteligencia, en la situacion general del Centro; y eran mas bien funcionarios honoríficos, que efectivos. Así es que la administracion estaba reducida á sacar contribuciones, raciones y bagages de los pueblos, en la mayor cantidad posible, con cualquier pretexto, de cualquier modo, y sin la menor proporcion. Los pueblos menos enérgicos eran los que mas pagaban; y los mas morosos y altivos los que menos contribuian, aunque fuesen mas ricos que aquellos. Como el bajo Aragon estaba administrativamente agregado á todas las comarcas del Centro carlista, resultaba que los jefes de este, que lindaban con aquel, le exigian tambien contribuciones y prestaciones; lo cual unido á las que le imponian sus propias autoridades, formaba un tributo espantoso. De resultas de estas y otras cosas habian emigrado al pais liberal muchos vecinos pudientes, dejando que los pobres se las compusieran solos, habiendo puntos donde no habia ayuntamientos ni medio de formarlos. Puede V. imaginar si esto habia causado agotamiento y desmayo.

El Sr. D. Antonio Oliver, general en jefe del Estado Mayor de Dorregaray en el Centro, dice en un escrito suyo, que D. Alfonso intentó remediar este desastre, separando por medio año la administracion del bajo Aragon, al cual concedió autonomia. Mis datos no confirman esta noticia, porque cuando llegué, no existia autonomia, sino dependencia; y quien concedió aquella fué Lizárraga, cuando fué general en jefe, segun luego le contaré á V. La autonomia de mi distrito, sobre todo en aquellas circunstancias, tenia un inconveniente, aunque fuese en sí misma muy ventajosa; y es que siendo mas pobres, y hallándose mucho mas agotados otros distritos del Centro, privaria á la totalidad del ejército carlista de reforzarse con el sobrante de los recursos que mi dis-



trito *necitare* para sus propios empeños; de lo cual resultaría abundancia en las tropas de este, mientras habria gran escasez en las vecinas.

Pero creí que no era un desnivel incorregible; porque la autonomía debia fundarse, no en la base sola de las necesidades del distrito, sino en estas, junto con la obligacion de contribuir proporcionalmente á las de la totalidad del Centro. Así podia regularizarse la administracion de Aragon con gran descargo de los pueblos de este, y con mucho beneficio de sus tropas, sin detrimento del resto. Pero como á mi llegada no solo no habia esa autonomia, ni esperanzas de que la concediesen, sino que hasta faltaba contabilidad en lo civil y militar, hube de establecer un arreglo mas ligero.

Tengo yo, señor Corresponsal, ideas particulares en materias de organizacion militar; pareciéndome, al revés de muchos, que improvisar ejércitos es cosa relativamente fácil, al paso que improvisar el modo de sustentarlos es materialmente imposible. Lo que antes de la guerra civil habia estudiado, lo que ví en Cuba, y lo que observé en el Norte me habian demostrado que el gran problema de la guerra moderna, no es armar y disciplinar militarmente á las naciones, sino dotarlas de una administracion que sea capaz de proveerlas siempre de todo lo necesario: y los sucesos de la campaña ruso-turca, parte de los cuales presencié, acabaron terminantemente de confirmármelo. En Cuba y en el Centro ví funcionar la administracion centralizada, y conocí que era insuficiente; en Navarra y las Vascongadas ví á la administracion autonómica, que tuve desde luego no solo por superior, sino por la buena; y en Turquía observé otra vez los actos de la centralizacion mas vasta y absoluta en el ejército ruso; y me afirmé mas y mas en mis preferencias, quedando plenamente convencido de que los ejércitos mejor provistos son los que disponen de la administracion mas autónoma.

Al verme en el distrito del bajo Aragon traté en seguida de plantear mis ideas; y aunque no tenia concedida la independencia admístrativa, me propuse alcanzarla en la primera ocasion, y entretanto prepararla, realizando á los diputados, moviéndoles á organizar debidamente los servicios, y estableciendo en mis tropas una contabilidad rigurosa, que acabase con el despil-

farro, y quizá con algun latrocinio que se hubiese deslizado. A este efecto llamé á la diputacion, y habiéndole hecho una pintura exacta del estado del país y del ejército, le manifesté mis proyectos, y la excité á que me diera su concurso. «Señores, dije; hay militares que, considerando la guerra de un modo especial, creen que los principales obstáculos de ella son las autoridades civiles, y procuran humillarlas y postergarlas, á fin de sacar del país todo lo que imaginan necesitar. De este modo se proveen de grandes recursos por cierto tiempo, durante el cual nadan en la abundancia mas rica. Pero luego el país queda agotado, por el abuso que se ha hecho de él; y entonces aquellos militares llegan á carecer de lo mas necesario, y se indisponen con los habitantes, sucediendo que estos se le convierten en enemigos, si antes eran amigos, ó en perseguidores furiosos, si no eran mas que enemigos pasivos; que las tropas se espantan, y demoralizan, y la campaña se pierde. Yo soy de otras opiniones, y suelo seguir una conducta diferente.»

En seguida añadí, que mi primer cuidado era dar á las autoridades civiles todo el respeto que merece una representacion del país; tratarlas hasta cierto punto, no como inferiores, ó iguales, sino como superiores; proponerles mis necesidades, y atender concienzudamente la relacion que aquellas me hiciesen de sus recursos; concordar de común acuerdo ambas cosas; y separar escrupulosamente de la vida militar de mis tropas la administracion que las habia de proveer. «Yo no quiero ser el dueño absoluto del país, dije, sino el dueño absoluto de mis operaciones; no quiero que, al verme, los pueblos tiemblen por su hacienda, sino que sepan que ni siquiera me ocupo de ella; no quiero que mis lugartenientes se dediquen á cobrar contribuciones y hacer exacciones; sino á operar contra el enemigo. Si se necesitan fusiles, la diputacion es quien debe comprarlos; sino hay municiones, la diputacion debe organizar maestranzas donde se hagan, ó enviar comisionados que las compren; si no hay uniformes, toca á la diputacion hacerlos construir; y la diputacion, y no yo, ni mis jefes, tiene el deber de suministrarnos todo lo necesario para nuestra subsistencia diaria. Por consiguiente, les pido encarecidamente á Vds. que desde hoy salgan de la atonía en que han debido estar; y ocupando con todos sus derechos los car-

gos de que están revestidos, provean, dispongan y manden, seguros de que haré obedecer todas sus órdenes."

Los diputados que eran gente ilustrada y muy adicta, recibieron muy bien mis palabras; y desde el primer momento aceptaron el plan que les propuse. «Aunque las dificultades sean grandes, dijeron, le secundaremos á usted con la mejor voluntad, trabajando sin descanso en esa reorganizacion. ¡Ojalá que hubiese podido hacerse antes; cuando el país estaba pujante, cuando rebosaba de recursos, y iba sin murmullos, ni dolores, todo lo que se le pedía! Ahora ya prevalece la miseria; ya se ha perdido la esperanza y el entusiasmo, y los mas carlistas no pagan sino á la fuerza. Con todo, pondremos manos á la obra del modo mas diligente; y esperamos que el órden restablecerá la confianza del país, y hará menos sensibles los nuevos sacrificios. Cuente V. con nuestro positivo apoyo; y persuádase que si no se alcanza mucho, dependerá de dificultades insuperables."

Efelivamente, la diputacion salió del marasmo y postergacion en que viviera hasta entonces; reglamentó, preparó, ordenó; y como despues obtuvo, segun luego diré, su autonomia, pudo al fin improvisar un órden administrativo que regularizó mucho al país, produciendo recursos inesperados. Se compraron y pagaron buenas cantidades de fusiles, de municiones y uniformes; se racionó mucho mejor á la division; se la dotó de fondos de que antes carecia; se facilitó su aumento, que hasta entonces habia sido imposible; y en medio de los vaivenes de la guerra, sin disponer casi de una poblacion abrigada, donde asealar á las autoridades civiles, el estado del distrito mejoró en todos conceptos, refluyendo considerablemente en mis tropas.

Sin embargo, aquella administracion no estuvo nunca á la altura de la vasca y navarra, cojeando siempre, y tropezando con verdaderos obstáculos; porque como era nueva é improvisada, no estaba en armonia con la índole del país, no tenia la práctica, la flexibilidad, la idoneidad y facilidad de la del Norte, ni la veneracion, el respeto y acatamiento de las poblaciones que gobernaba. Esto me demostró prácticamente lo que antes le dije: que la administracion no se improvisa, como un ejército; que es un organismo mas complejo y difícil de montar y mover; y que debe prepararse y establecerse



en tiempo de paz, á fin de que funcione en la guerra con todo orden, con toda rapidez y autoridad. A pesar de esto, lejos de arrepentirme de haber hecho aquella reforma, me ufané de ella, porque no solo fué enseguida superior á lo que hallé, y á lo que quedó en los demás distritos del Centro, sino que me desahogó de trabajo, y me dió muchos recursos.

A medida que arreglaba la administracion, reorganizaba mis tropas. Lizárraga me habia aconsejado que destituyera á muchos jefes, pero me guardé bien de hacerlo, conociendo los sentimientos rencorosos que se lo inspiraban. Estudié el personal en diferentes sentidos, y hallé cierto número de jóvenes de carreras literarias ó científicas, que con un poco de instruccion militar y de práctica serian en breve oficiales excelentísimos; un número de oficiales prácticos, de esos que llaman cabecillas, que no servian para nada, ni eran capaces de cosa buena, consistiendo todo su mérito en haberse levantado, y haber caído prisioneros diversas veces; en otros oficiales de la misma índole, que parecian nacidos con el génio de la correría; hallé tambien individuos que servian para buena tropa de línea; otros que tenian la sagacidad, la astucia, la diligencia y práctica topográfica del espía; otros, en fin, que eran idóneos para soldados de cuerpo volante.

Entonces cuidé con esmero de la instruccion militar de los jóvenes de carrera, á cuyo fin hice traer de Madrid un gran número de tácticas militares, que les distribuí, ordenándoles que las aprendieran bien; puse á los oficiales prácticos de poco alcance bajo la ferula de jefes que supiesen mandar; á los prácticos inteligentes los coloqué al frente de un gran número de partidas volantes; dividí á estas en partidas de gente de á pié, de á caballo y mixta; á los individuos sagaces les di el cargo del espionaje; á los sosegados los dejé en la tropa de línea, y á los activos los puse en las partidas; arreglé la música que habia, y por decirlo así, completé su carácter militar, organizando bandas de cornetas, bien instruidos; establecí una contabilidad de cuerpo sencilla y tan rigurosa, que no se gastaba un cuarto sin que constase bajo tres firmas; impuse de arriba abajo una severa disciplina, cortando las maneras usuales que todo inferior, de cualquier categoría, usaba con el superior; y fi-

nalmente, mandé hacer ejercicios de instruccion algunas veces al mes.

Los resultados fueron tan óptimos, que no solo me salieron bien casi todas las operaciones, sino que cuando Dorregaray, como general en jefe del Centro, vino poco despues á revistar mis fuerzas, quedó maravillado. «Esto es como lo del Norte, exclamó.» Pero yo que tenia mas motivos de conocerlo y compararlo, le contesté: «Mi general, lo de aqui es mas sólido que lo de allí. Créame usted.» Y en verdad, que no me equivocaba. Los chicos de carrera científica ó literaria salieron en breve oficiales de gran mérito, probando que aquellos conocimientos facilitan muchisimo la adquisicion de los militares, y el mando de tropas. Yo, que ya habia observado esto en la última guerra de los Estados-Unidos, y en el ejército prusiano, lo vi en el Centro confirmado elocuentemente. Los cabecillas de mis partidas cubrian todo mi territorio hasta la entrada del país enemigo, vigilando, molestando y amenazando, sin perder su relacion conmigo, por medio de otras partidas, que las apoyaban en los flancos y á retaguardia. Estas tropas ligeras venian á formar como unos hulanos á la española. Mis espías se esparramaban por todos los puntos importantes de mi territorio y del enemigo, estableciéndose algunos en pueblos, aldeas y ciudades importantes, donde pasaban largas temporadas, desempeñando su oficio; y mis soldados de línea adquirieron pronto aptitud, instruccion y solidez, porque tenian las condiciones de esta clase de soldado.

Así probé de un modo práctico que no es difícil improvisar un ejército bueno, con elementos poco militares, aunque no por esto quiero decir que sea partidario de los ejércitos improvisados, sino que las naciones pueden armarse militarmente, convirtiéndose en un ejército formidable, con la ayuda de la ciencia militar y de militares que la enseñen, pero sin aquel antiguo militarismo que en todos los pueblos ha sido fuente de rutina, de enflaquecimiento, de corrupcion, y de tiranía y ruina.

Al mismo tiempo que reorganizaba mi division, buscaba medios de proveerme de fusiles, de municiones, uniformes y caballos. Envié emisarios al Norte, proponiendo que el gobierno carlista me mandara armamento. Pero me contestó que era imposible, porque siempre se habia perdido. Entonces me serví de los ejemplos que me da-

ban los Estados-Unidos, y me dirigí á los particulares. Varias compañías de contrabandistas se ofrecieron á traerme cuantos remingtons quisiera, con tal que les asegurase el pago; y habiéndome puesto de acuerdo con la Diputación, que ofreció pagarlos al contado, empezaron á salir remesas de las fábricas carlistas del Norte y de cierto almacén de Zaragoza, que V. se admiraría mucho de ver nombrado; y llegaban por Caspe á mis manos, pasando sin tropiezo por el territorio liberal, y por en medio de las columnas y ejércitos del enemigo.

Mas difícil me fué proveerme de municiones; y aunque organicé diferentes servicios, nunca salí de necesidad. Las que hacíamos en Cantavieja eran escasas; de la ciudad de Valencia me llegaban algunas partidas; del Norte no podíamos sacar, porque las fábricas no daban el abasto para las tropas de allí. Apremiado por la escasez, ofrecí comprar las municiones que el paisanaje tomase á los soldados liberales; y habiendo hecho circular la noticia hasta por el territorio enemigo, todas las patronas procuraban recoger los cartuchos que caían á los soldados, y si á mano les venía, robarles parte de los que traían, vendiéndolos luego á mis comisionados, que se los pagaban al contado. Sin embargo, ya comprende V. que esto no bastaba para resarcirme; y de aquí que el lado débil de mi división fuese siempre la pobreza y muchas veces la falta de municiones.

A pesar de todos los contratiempos, seis meses después de tomar el mando, los Remingtons habían pasado de 40 á 530; en los Berdan y rayados apenas había diferencia; los 143 fusiles lisos y recortados habían ascendido á 1,800; los infantes se elevaban de 3,000 escasos, que eran, á mas de 4,000, y los caballos de 100 á 314; la infantería uniformada, en vez de constar de 300 hombres, constaba de 2,000; y la caballería en vez de reducirse á 20 ginetes uniformados, comprendía ya 225.

## XXI.

### **El Padre Bonifacio.**

*Milan 20 de Julio.*

Al emprender la reorganización administrativa de mi



ban los Estados-Unidos, y me dirigí á los particulares. Varias compañías de contrabandistas se ofrecieron á traerme cuantos remingtons quisiera, con tal que les asegurase el pago; y habiéndome puesto de acuerdo con la Diputación, que ofreció pagarlos al contado, empezaron á salir remesas de las fábricas carlistas del Norte y de cierto almacén de Zaragoza, que V. se admiraría mucho de ver nombrado; y llegaban por Caspe á mis manos, pasando sin tropiezo por el territorio liberal, y por en medio de las columnas y ejércitos del enemigo.

Mas difícil me fué proveerme de municiones; y aunque organicé diferentes servicios, nunca salí de necesidad. Las que hacíamos en Cantavieja eran escasas; de la ciudad de Valencia me llegaban algunas partidas; del Norte no podíamos sacar, porque las fábricas no daban el abasto para las tropas de allí. Apremiado por la escasez, ofrecí comprar las municiones que el paisanaje tomase á los soldados liberales; y habiendo hecho circular la noticia hasta por el territorio enemigo, todas las patronas procuraban recoger los cartuchos que caían á los soldados, y si á mano les venía, robarles parte de los que traían, vendiéndolos luego á mis comisionados, que se los pagaban al contado. Sin embargo, ya comprende V. que esto no bastaba para resarcirme; y de aquí que el lado débil de mi división fuese siempre la pobreza y muchas veces la falta de municiones.

A pesar de todos los contratiempos, seis meses después de tomar el mando, los Remingtons habían pasado de 40 á 530; en los Berdan y rayados apenas había diferencia; los 143 fusiles lisos y recortados habían ascendido á 1,800; los infantes se elevaban de 3,000 escasos, que eran, á mas de 4,000, y los caballos de 100 á 314; la infantería uniformada, en vez de constar de 300 hombres, constaba de 2,000; y la caballería en vez de reducirse á 20 ginetes uniformados, comprendía ya 225.

## XXI.

### **El Padre Bonifacio.**

*Milan 20 de Julio.*

Al emprender la reorganización administrativa de mi

distrito, los diptados aragoneses me confiaron que Lizárraga en tiempo de D. Alfonso ya había procurado atraerlos á su partido, ofreciéndoles la autonomía administrativa, si le ayudaban á reemplazar á este; y que ahora les había repetido el ofrecimiento, si desbancaba á Velasco, con tal que enviaran una comision á Estella en apoyo del Padre Bonifacio, que había ido allí para solicitar la destitucion de este. Aunque me cogió de nuevo la primera noticia, no me sorprendió, por estar ya al corriente de los embrollos de Lizárraga, y saber que desde la partida del infante, había pensado en interesar á los diputados con aquella promesa. Pero por mucho que me conviniera la autonomía, ya le he dicho á V. que juzgaba tan calamitoso á aquel general, qué no la hallé equivalente al daño que su mando había de hacer.

Jovellar acababa de penetrar en el Centro con muchas fuerzas, y junto con Despujol, nos combatía rudamente, tomándonos los puntos fuertes, demoliendo las fábricas y maestranzas, y dispersándonos por el país. Si en aquellos terribles momentos Lizárraga tomaba el mando, todo estaba perdido,

Empero los diputados, que tan solo consideraban sus intereses económicos, me indicaron la conveniencia de aceptar aquellas proposiciones, encareciendo el resultado que nos darian. «Sino todos, exclamaban; al menos la mayor parte de desórdenes que han afligido á nuestro territorio, dimanar de haber estado unida al Centro su administracion; y creemos que ya que se nos ofrece la buena coyuntura de obtener la independencia que los puede remediar, vale la pena de aprovecharla. Si ayudamos á Lizárraga, este cumplirá lo que promete; al paso que si continua Velasco, ó llega otro general, tenemos la seguridad de quedar como estamos. Así, pues, sería bueno, señor brigadier, que no nos negásemos á ayudar al Padre Bonifacio.»

Sin embargo, atendiendo yo á las consideraciones más altas que ya he dicho, me opuse enérgicamente. «Señores, les dije, si aquí no hubiera más que una dificultad administrativa, les dejaria hacer á Vds., y hasta les ayudaria en lo que pudiese; pero la cuestion es mucho más complicada. Ustedes no conocen como yo al general, y por consiguiente ignoran que, bajo el mando de este hombre, habria en el Centro tales desatinos y desdichas.

que no bastarian á repararlas todas las autonomías imaginables. Lizárraga es una cabeza destornillada; está á matar con las tropas de allí; no tiene la confianza de los jefes de éstas; ódia á la mayor parte, por habérsele opuesto cuando sus reyertas con D. Alfonso; y finalmente, carece de condiciones militares para un mando de tanta consideracion y de tan difíciles circunstancias locales. Así es que apoyarle, equivaldría á trabajar para la pronta disolucion del ejército del Centro. Dejémosle intrigar solo con el P. Bonifacio; y si se estrella, pierdan Vds. cuidado sobre lo de nuestra autonomía; que yo procuraré lograrla de Velasco, ó de otro general en jefe, valiéndome de la ocasion y del ingénio. Por desgracia, añadí, segun mis noticias, Lizárraga no necesitará de nuestro apoyo para ser nombrado, porque tiene mas influencia en el Norte de lo que sería conveniente; y si le nombran, al menos nos cabrá la satisfaccion de no haber contribuido para nada á una cosa tan desastrosa."

En efecto, poco mas de un mes habia de la marcha de don Alfonso, cuando un dia, hallándome en Villarluego, un oficial me anunció que el Padre Bonifacio acababa de llegar del Norte y deseaba verme. Conociendo que traía noticias de sus gestiones en Estella, mandé que entrase, para hacérselas decir, y tomar en seguida las prevenciones convenientes. Como nosotros no habíamos apoyado sus intrigas, convenia saber si habia alcanzado el nombramiento de Lizárraga, á fin de impedir que este se vengase, negándonos la autonomía. El Padre Bonifacio entró en mi despacho. Era un sacerdote alto, delgado, jóven, de rostro agradable y de cortos alcances, muy satisfecho, muy presumido y pomposo; iba vestido de caballero, con sombrero hongo. Aunque era hombre corrido, adolecia de tonto; y la idea que se formara de sus aptitudes universales, lo mismo en teología que en política y táctica, llegaba á ridiculizarlo. Habia salido de su residencia con una reputacion muy turbia, y al saber su obispo que estaba con nosotros, nos envió un aviso reservado dándonos cuenta de quién era, y rogándonos que le vigiláramos mucho en todos conceptos. Así, pues, conocia todos sus méritos y sabia como debia capearlo.

Legóse él con mucha confianza, y dándome la mano, «Señor brigadier, me dijo; aunque llevo mucha prisa, no



he querido pasar por Villarluego sin saludarle á V. y darle buenas nuevas de S. M.”—«A fé, señor cura, le consté, que ha hecho V. bien, porque hubiera sentido mucho no haber podido estrechar la mano de una persona tan importante como V. y tan amiga del general Lizárraga. Tome V. asiento, y cuénteme cómo van las cosas allí; cómo está S. M., y si se hace ó no justicia á los méritos y servicios de nuestro santo general.” El cura se sentó muy satisfecho y dijo: «Las cosas van bien, señor brigadier; porque tenemos grandes esperanzas en el auxilio de las potencias del Norte de Europa; pero irían, á mi pobre entender, mucho mejor, si estuviesen allí dos hombres, uno como nuestro querido y gran general, y otro como... como la persona que yo me sé, y que la modestia me impide designar.” Conociendo que hablaba de sí mismo, reprimí una sonrisa, y repuse con la mayor apariencia de seriedad: «Padre Bonifacio, la reputacion que disfruta vuestra reverencia es tan grande; su mérito tan reconocido, y su aptitud tan universal, que no hay la menor inmodestia en que vuestra misma reverencia diga en confianza que si V. y el general estuviesen allí, la situacion seria en breve excelente; pues en efecto, lo que allí falta es un extratéjico como el general Lizárraga, y un diplomático y táctico militar como vuestra reverencia.”

El Padre Bonifacio se inclinó con gran placer, y sonriéndose, me dijo: «No puede negarse, señor brigadier, que es V. muy cortés; pero tambien debo reconocer que hay mucha verdad en lo que acaba de decir.” Al oírlo me mordí los lábios para no soltar una carcajada. El Padre Bonifacio continuó: «Si dos hombres como yo y el general, estuviéramos allí, no habria liberales para quince dias. Porque por una parte el genio y heroismo del general, y por otra mi sagacidad política y mis ideas estratégicas, sumarian una cantidad tan inmensa, que en breve aplastariamos al enemigo. Pero todose andará, señor brigadier, despues de lo que ya se ha andado; y los liberales harán muy bien en no decir *de esta agua no beberé*, pues si el rey un dia ú otro me llama, yo decidiré probablemente las potencias del Norte á intervenir en favor nuestro; y ya conoce V. que si el emperador de Rusia quiere, seremos irresistibles.”—«Hombre, hombre, exclamé, mucho prometen estas palabras; mucha confian-

za me inspiran, y grandes ilusiones me hacen formar." El cura bajó la voz, y me dijo con misterio y voluntad: «Señor brigadier: entre tanto sepa V. que está en camino de immortalizarse, como guerrero; porque yo sé que nuestro general conoce la docilidad de V.; y en las grandes operaciones que yo y él vamos á preparar, V. desempeñará un papel importante."

Al instante conocí que Lizárraga habia triunfado, y aunque me disgustó mucho la noticia, disimulé mis impresiones, y empecé á pensar que treta le haríamos para obtener la autonomía. «¿Con que, Padre Bonifacio, dije, nos trae V. la grande y tan deseada nueva? ¿Seria posible?... Mucho esperábamos nosotros de la elocuencia y diplomacia de vuestra reverencia; pero como sabíamos que desde que el general se ausentó de Navarra, los masones habian regresado allí, temíamos que estos engañaran á S. M. Pero yo decia siempre á los diputados que era imposible que el rey se olvidara de los grandes servicios de tan adicto y devoto general, hablando con un diplomático tan importante como V." El Padre Bonifacio se sonrió. «En efecto, dijo, ha tenido V. razon en todo. La masonería ha trabajado mucho contra el general Lizárraga; pero el Padre Bonifacio no es un nene; el Padre Bonifacio vigilaba; el Padre Bonifacio trabajaba; y al fin, señor brigadier, aquí están las Reales órdenes. El general Lizárraga es general en jefe del Centro."

«Es la única calamidad que nos faltaba, pensé yo." Pero fingiendo lo contrario, exclamé: «¡Qué triunfo para usted, Padre Bonifacio! Bien dicen que nada resiste á la elocuencia. Imaginemos como habrá quedado la masonería de confusa y corrida."—«Ha quedado rota, dijo el Cura: ha quedado muerta, dispersada, aniquilada y estupefacta. Todo lo he vencido con el favor de Dios. El mismo rey me ha felicitado calurosamente por la habilidad diplomática y por el fervor oratorio con que Dios, Nuestro Señor se ha servido honrarme. Pero va V. á leer los despachos." Dicho esto, sacó un paquete, y con gran admiracion mia, rompió el sobre, lo abrió, y me lo entregó. Era el nombramiento de Lizárraga, firmado por D. Carlos, y dirigido al general. «El disparate, pensé, ya está hecho; y todo esto prueba que al indisciplinarse contra don Alfonso, aquel imbécil era el instrumento del Pretendiente; porque esto es el premio de lo que hizo, y un

nuevo desaire al infante. Pero conviene sacar partido de ello, antes no lo perdamos todo; y ya que Lizárraga se comprometió á darnos la autonomia, si le ayudábamos, es necesario obtenerla, sin haberlo hecho."

Entonces se me ocurrió una estratagema, y devolviendo el papel al cura, añadí en alta voz: «Padre Bonifacio, este es uno de los mayores triunfos de la diplomacia moderna; y ya hubiera yo querido ver como salian del paso Metternich y Bismarck. Permítame V. ahora que le deje un momento para saber si se ha cumplido una disposicion muy importante que dí esta madrugada. Vuestra reverencia, que es tan entendido en cosas de táctica, sabe ya que no es prudente fiarse de los ayudantes.»—«Y como si lo sé! repuso el Padre Bonifacio. Algunos quebraderos de cabeza nos ha dado esto á mi y al general. Vaya V., señor brigadier, y procure enterarse bien; que yo esperaré el tiempo que sea menester."

Sali inmediatamente, y fui riéndome á otra habitacion, donde estaban algunos diputados aragoneses, que quedaron muy sorprendidos de verme entrar medio preocupado y alegre. «Señores, dije en voz baja, atencion y actividad. El Padre Bonifacio ha llegado aquí con el nombramiento de Lizárraga. Es necesario que dos de ustedes partan enseguida para la poblacion donde está Lizárraga, haciendo toda la diligencia posible; le halaguen é hinchen, llamándole santo, exciten por todos los medios su vanidad y ambicion, y le propongan que si renueva y firma la promesa de hacernos autónomos, le darán una gran noticia sobre el resultado de la embajada que envió á Estella. Lizárraga no podrá resistir al placer de saberla; prometerá otra vez; entonces háganle Vds. firmar la concesion, y hecho esto, anúnciende que ha sido nombrado general en jefe; que el Padre Bonifacio está aquí; y que no habiendo podido continuar el camino por cansancio, Vds. se han apresurado á adelantarse para dar la enhorabuena al agracido. Si no lo hacemos así, créanme Vds., Lizárraga se vengará de nuestra indiferencia, negándonos aquella concesion."

Un diputado se levantó, y dijo: «¡Magnífico, mi brigadier! yo y fulano iremos. ¿Pero está V. seguro de retener aquí al Padre Bonifacio?»—«Si los compañeros de V. me ayudan, sí, contesté.»—«¿Qué debemos hacer? preguntó uno.»—«Ir á mi despacho, aparentando no haberme vis-



to, ni saber otra cosa que la llegada de el cura; sacarle á este del buche lo del nombramiento; cubrirle de cumplidos y elogios, y obligarle á quedarse con pretexto de una gran comida." Todos los diputados se mostraron dispuestos á hacerlo. «Vamos enseguida, dijeron.»—«Sobre todo, observé yo, no se olviden de ponderar su génio diplomático y sus conocimientos tácticos." Echáronse á reír los diputados; y dos de ellos salieron para correr á la residencia de Lizárraga, y los restantes se dirigieron á mi despacho.

Apenas los vió el Padre Bonifacio, se levantó con propopeya, y sonriéndoles de un modo protector, les tendió las manos. «Dichosos los ojos que ven al Padre Bonifacio, dijeron los diputados. Bien venido sea el Padre Bonifacio. Nos alegramos de ver al Padre Bonifacio en estas tierras. Mil enhorabuena al Padre Bonifacio."—«Señores, gracias, decía el cura, inclinándose todo contento. Gracias, gracias. Soy muy servidor de Vds."—«Nosotros somos los servidores de vuestra reverencia, contestaron los diputados." El P. Bonifacio y los diputados se sentaron. «Yo creía, observó uno, que estaba V. con el brigadier. ¿No le han avisado aun á éste de la llegada de su reverencia?"—Señores, sí, contestó el cura. He tenido ya el gusto de celebrar con él una importante y luminosa conferencia, y al verles á Vds., creía que él les había participado mi llegada."—«No por cierto, repuso uno, porque no le hemos visto, ni sabemos donde está, no hallándose aquí. Nosotros hemos sabido la noticia por la voz pública, que la está pregonando por todas las calles y casas de Villarlengo, de modo que no se oye sino la voz de *el Padre Bonifacio ha llegado, ya está de regreso el P. Bonifacio, tenemos aquí al P. Bonifacio.*"

El cura no cabía en sí de placer.—«Pero á donde ha ido el brigadier? exclamó uno."—«¡Oh! dijo el P. Bonifacio. Ha debido salir por un asunto muy interesante de táctica. Como Vds. no conocen estas cosas, se admiran de su ausencia. Pero yo que he estudiado concienzudamente la estrategia, he sido el primero en rogarle que no hiciera cumplidos."—«¡Ah! exclamó otro. Ya extrañaba yo que el brigadier hubiese dejado por cosas de poca monta á una persona tan importante como el P. Bonifacio."—«¡Caramba, P. Bonifacio! dijo otro. Vuestra reverencia es un pozo de ciencia. La moral, la teología, la

gramática, la filosofía, la diplomacia, la táctica, todo lo sabe. ¡Qué cabeza tiene V., P. Bonifacio!" El cura se sonrió. «¡Ah! dijo. *Studere facit scire.*"—«Tiene razon su reverencia, repuso otro. Pero si V. no tuviera un gran talento, no cabrian en su cabeza tantos y tan profundos conocimientos." El cura volvió á sonreirse. «Todo el mundo sabe ya, exclamó otro, que el P. Bonifacio es un génio."—«Señores, Vds. me confunden, decia el cura. Si algo valgo, lo debo á Dios."—«Todos nos hallamos en el mismo caso, repuso uno. Pero la verdad es que ya pagariamos nosotros de deber á Dios tanto como vale el Padre Bonifacio. ¡Caramba! No hay en toda España una cabeza como la suya."

Hubo un momento de silencio. «Señores, dijo entonces un diputado; despues de haber pagado á su reverencia el tributo de nuestra admiracion por sus grandes talentos, y el de nuestros plácemes por su feliz regreso, creo que no seria inoportuno, si no es abusar de su complacencia, pedirle algunas noticias de la córte, y sobre todo de nuestros negocios provinciales; porque como Vds. saben, todos estábamos pendientes del viaje que su reverencia acaba de hacer, en representacion de los intereses de estos distritos."—«¡Caramba! tiene V. razon, colega, repuso otro, y yo espero que el P. Bonifacio no nos tendrá mucho tiempo pendientes de su silencio."—«¡Oh! objetó otro con gravedad. Poco á poco, poco á poco, señores, en estas cosas. El P. Bonifacio, que no solo es un gran táctico, sino tambien un gran diplomático, no puede siempre revelar á personas tan humildes como nosotros, los grandiosos é intrincados secretos de la política carlista y de la corte de Estella; y quizá, á pesar de sus buenos deseos, deberá guardar un profundo silencio."

El P. Bonifacio se puso grave. «En efecto, dijo. Tales son á veces las ideas que estamos desarrollando los diplomáticos; tales los planes, que desenvolvemos; tales los misterios, que cobijamos; tales las redes, que tendemos; tales los cabos, que anudamos; que no solo debemos callar téticamente, sino que hasta nos vemos obligados á aparentar lo contrario. Así observarán ustedes que nosotros, los diplomáticos, reimos cuando pensamos; amenazamos cuando tememos; callamos cuando podemos hablar; halagamos cuando odiamos; jugamos cuando trabajamos; y aparentamos recelo cuando es-

amos seguros de vencer.”—«¡Caramba, P. Bonifacio! exclamó uno. ¡Que difícil ha de ser esta ciencia! Yo no sabría lo que me pesco en ella.”—«Claro está, repuso otro; como nosotros no somos, en comparacion del P. Bonifacio, sino gente palurda, sin conocimientos, ni muchas letras, habiéndolo pasado la vida mas en el terruño, que en las aulas y las córtes, ¿qué hemos de saber de cosas diplomáticas? Así, cuando decimos una cosa por otra, enseguida se nos conoce en la cara.”

«Sin embargo, dijo el cura. Hoy puedo darles á Vds. una buena nueva, que les alegrará mucho. El general Lizárraga ha sido nombrado general en jefe del Centro, y yo traigo el nombramiento.” Entonces todos los diputados se levantaron con una aclamacion, y rodeando al mensajero, le llenaban de elogios y cumplidos. «¡Viva el rey y el Padre Bonifacio! exclamaban. El Centro va á revivir y florecer. Ahora sí que todo irá bien. Esto se debe al Padre Bonifacio. Nos ha caído mejor que una lotería. Sea enhorabuena, P. Bonifacio. Tantas gracias, P. Bonifacio. El Centro no podrá agradecer bastante á su reverencia el inmenso servicio que le ha hecho. P. Bonifacio, V. es un Cisneros. Su reverencia hubiera sido en Francia un cardenal de Richelieu. Ni el cardenal de Mazarin hubiera logrado eso.” El cura todo complaciente saludaba. «Señores, gracias, gracias, decia. Es demasiado favor.”—«¡Qué, gracias! exclamó uno. Señores, es necesario que la Diputacion hoy mismo dé un gran banquete á su reverencia.”—«Sin duda, contestaron los otros.”—«Es imposible, es imposible, señores diputados, contestó el cura. He de partir enseguida para la residencia del general. Agradezco mucho el obsequio.”—«No lo consentiremos de ningun modo; replicaron los diputados. Vuestra reverencia ha hecho un largo viaje; vuestra reverencia está cansado, y podria tener un accidente por el camino. Nosotros no debemos permitir que un diplomático y un táctico tan grande, exponga de este modo su preciosa vida. Usted es la primera cabeza del carlismo, P. Bonifacio; y la Diputacion aragonesa deploraria por largos años no haber hecho bastante para retenerle aquí el resto del día; y el ilustre vecindario de Villarlengo lo lloraria como una ofensa, y nos acusaria de descortesía é ingratitude.”

El cura vacilaba ya, cuando yo entré; y aparentando enterarme de lo que habia, me uní á los diputados, y



á fuerza de llamarle gran táctico y profundo diplomático, y de compararle á Cisneros, á Richelieu y á Mazarin, logramos que el famoso P. Bonifacio se quedara

## XXII.

### La autonomía de Aragón.

*Milan 21 de Julio.*

Mientras nosotros en Villarluengo atracábamos de elogios, de buenos bocados y excelentes tragos al clarísimo táctico é ilustrísimo diplomático Padre Bonifacio, los dos diputados corrian que volaban á la poblacion de Lizárraga, donde al fin llegaron, despues de una penosa marcha. Deliberaron antes de verle como lo entrarían; y habiendo acordado el modo de seguir mis instrucciones, excitando primero su vanidad y descontento, se fueron bien preparados al alojamiento del místico general, que los recibió con sorpresa y placer. «Señores diputados, dijo abriendo los brazos; sean Vds. bien venidos á su casa. ¡Cuánto y cuanto me alegro de verlos, á pesar de que no esperase tan agradable visita!»

Los diputados se hicieron el socarron, cosa que cuesta poco á la gente aragonesa, aunque tiene fama de francota. «Mi general, contestaron; aunque esta madrugada estábamos muy agenos de creer que le viésemos, no hemos querido desperdiciar la ocasion que la casualidad nos ofrecia, y aquí nos tiene V. todo alegres y contentos de hallarlo tan sano y bueno, y con esa panzita, que, por el favor de Dios, cada dia crece y se redondea.»

Lizárraga se sonrió, y haciéndoles sentar, les dijo: «Bien dicen Vds. que Dios cuida de mí, porque si no fuera él y la Virgen de los Dolores, á estas horas seria un esqueleto, segun los disgustos que llevo desde que estoy en el Centro.»—«¡Caramba, general! exclamó un diputado. A los disgustos, puñaladas.»—¡Oh, Santa Madre de Dios! No, señores, repuso Lizárraga, tocándose la panza. No, no, señores; porque este principio es mahometano,»

á fuerza de llamarle gran táctico y profundo diplomático, y de compararle á Cisneros, á Richelieu y á Mazarin, logramos que el famoso P. Bonifacio se quedara

## XXII.

### La autonomía de Aragón.

*Milan 21 de Julio.*

Mientras nosotros en Villarluengo atracábamos de elogios, de buenos bocados y excelentes tragos al clarísimo táctico é ilustrísimo diplomático Padre Bonifacio, los dos diputados corrian que volaban á la poblacion de Lizárraga, donde al fin llegaron, despues de una penosa marcha. Deliberaron antes de verle como lo entrarían; y habiendo acordado el modo de seguir mis instrucciones, excitando primero su vanidad y descontento, se fueron bien preparados al alojamiento del místico general, que los recibió con sorpresa y placer. «Señores diputados, dijo abriendo los brazos; sean Vds. bien venidos á su casa. ¡Cuánto y cuanto me alegro de verlos, á pesar de que no esperase tan agradable visita!»

Los diputados se hicieron el socarron, cosa que cuesta poco á la gente aragonesa, aunque tiene fama de francota. «Mi general, contestaron; aunque esta madrugada estábamos muy agenos de creer que le viésemos, no hemos querido desperdiciar la ocasion que la casualidad nos ofrecia, y aquí nos tiene V. todo alegres y contentos de hallarlo tan sano y bueno, y con esa panzita, que, por el favor de Dios, cada dia crece y se redondea.»

Lizárraga se sonrió, y haciéndoles sentar, les dijo: «Bien dicen Vds. que Dios cuida de mí, porque si no fuera él y la Virgen de los Dolores, á estas horas seria un esqueleto, segun los disgustos que llevo desde que estoy en el Centro.»—«¡Caramba, general! exclamó un diputado. A los disgustos, puñaladas.»—¡Oh, Santa Madre de Dios! No, señores, repuso Lizárraga, tocándose la panza. No, no, señores; porque este principio es mahometano,»

ateo; y nosotros debemos obrar como los cristianos, ó mejor, como los católicos, diciendo á *los disgustos, oraciones.*”—«Tiene razon el general, colega, dijo el segundo diputado; y nosotros deberíamos hacer como él, que es un santo.»

«¡Caramba! exclamó el primero. No hay motivo para regañarme, colega, pues al fin y al cabo he querido decir lo mismo que V. ¡Caramba! ¿Cómo quiere V. que á un general tan virtuoso y católico le dijera yo que hiciese como los mahometanos y ateos? Libremé Dios de las ideas de esos perros.» Lizárraga les escuchaba con la mayor complacencia. «Señores, dijo; aunque procuro ser buen católico, y creo, que por la voluntad de Dios y el auxilio de la Virgen de los Dolores, lo soy, no he llegado á Santo, ni mucho ménos.»—«¡Caramba! exclamó el primer diputado. Si hoy no lo es V., todos le tenemos por tal, y sin duda que dentro de una centuria el Papa le hará poner á V. en el calendario con el nombre de *San Antonio Lizárraga, militar y confesor.*»

«Pues la cosa es clara como un dia de sol ¡caramba! repuso el otro; porque todo el mundo sabe que mucho antes que la Iglesia declare santo á un católico, la voz pública le ha reconocido ya por tal.»—«No sé, dijo Lizárraga, lo que nuestra santa madre la Iglesia hará de mí, cuando haya muerto, aunque tengo la seguridad de que no podrá menos de ser justa, en vista de la vida mística que llevo, de la defensa que hago del catolicismo y del carlismo, y de la cruenta lucha que sostengo con la rasoneria y otras impiedades. Pero debo reconocer que ya desde muchos años atras gozo entre los que me conocen de cierta reputacion lisonjera; pues ahí tienen ustedes al general Dorregaray, que cuando servia conmigo en el ejército de Isabel II, siempre me saludaba diciendo: «¡Ola, San Antonio Lizárraga! ¡buenos dias, San Antonio Lizárraga! ¿cómo vamos de ayunos y oraciones, á San Antonio Lizárraga? V. será sin duda canonizado, San Antonio Lizárraga.—Y ya saben Vds., añadió Lizárraga, que Dorregaray es un caballero de buen entendimiento, que medita lo que dice, y no habla nunca á tontas ni á locas.»

«¡Caramba! exclamó el primer diputado. ¿Pues no lo decia yo? ¿No ven Vds. como no me excedia? Antes de cien años tendremos en Aragon altares á San Antonio Lizárraga, con el santito en la capillita, vestido de genera-



lito carlista, con la boina y la aureola en la cabeza, la barriguita alta, y un cirio á cada lado. Vamos, general, que será una gloria inmensa para nuestros nietos considerar que se postran ante un santo á quien sus abuelos tuvimos el honor de tratar.”

Lizárraga no cabía en sí de satisfecho, y dijo: «Todo esto, señores, son cosas que están en manos de Dios, Nuestro Señor. Humillémonos, dejando que él las determine como crea mejor para su gloria; y entretanto procuremos ser buenos y justos.»—«Bien dicho, general, exclamó el segundo diputado; porque ¡caramba! cuando llegue el día de canonizarle á V., ya todos nosotros no habremos podrido en el cementerio.” Tales fueron, poco más ó menos, si no recuerdo mal, los primeros pasos de aquella conversacion con Lizárraga.

Viendo los diputados que ya le tenían contento como unas pascuas, se dirigieron poco á poco al asunto de su viaje. «¿Y qué se dice de bueno por esas benditas tierras de la lealtad carlista, mi general? preguntó el segundo diputado. Porque ¡caramba! allí, en Villarluego, no se sabe nada.” Lizárraga meneó la cabeza, y levantando sus ojitos al cielo, exclamó: «¿Qué ha de decirse, señores diputados, estando aquí de general en jefe ese bendito Velasco, que no entiende nada en milicia, porque no es mas que un sombrerero de Búrgos, elevado á general por un error de S. M., mal aconsejado de los masones? Así, como ven Vds., el enemigo hace lo que quiere; nos toma á Vinaroz y Segorbe; destruye nuestras maestranzas de Vistabella; nos derrota en Villafranca del Cid, aunque Velasco pretenda lo contrario, y nos rechaza en Becha del modo mas vergonzoso para nosotros.”

«Pero, señores, continuó; si no podia ser de otro modo, mandando Velasco. ¿Qué sabe él de estas cosas? Un hombre de sus condiciones, un mísero sombrerero, un tonto presumido, que se ha hecho general engañando á S. M. ¡Ah, si yo hubiese tenido el mando! ¿Quién hablaría ya de ese Jovellarito, que siembra el espanto y la destrucción por el Centro? ¿A dónde habria ido á parar ese valentón de Despujol, que parece que ha de comerse al mundo? Suerte han tenido esos jefes masones en no tropezar conmigo; porque yo, con la ayuda de Dios y de la Virgen de los Dolores, les hubiera atraído y copado con tal habilidad, que ni un soldado se me escapa para ir á

contar el desastre al gobierno revolucionario de Madrid. Pero como han de habérselas con un sombrerero de Bórgos, claro está; hacen lo que quieren, y cobran fama de grandes militares y de generales ilustres.”

«¡Caramba, general! exclamó el primer diputado. Se conoce que estamos mal, y si S. M. no lo remedia pronto, no sé si aun podremos sostenernos mucho; porque ¡caramba! esos malditos liberales no se duermen ahora como antes.” Lizárraga contestó: «Todo depende de la Virgen de los Dolores y del Padre Bonifacio. Si en Estella se reconocen mis méritos y servicios, aun podremos salvarnos, porqué yo soy el único, señores diputados, que puede librarles á Vds. del peligro que corren. Don Alfonso hizo aquí muchísimo mal; pues no contento con mandar desastentadamente, acabó de empeorar la situación, destituyéndome á mi, y dando el mando á Velasco, que aunque sea un gran sombrerero, no tiene bastante cacumen para ser ni un mal militar.”

«Pero D. Alfonso, continuó Lizárraga, era un mason, ó al menos lo parecía, al proteger á los masones de quienes se rodeaba; y aquel cachito de mugercita que llevaba; aquella doña María, ó D.<sup>a</sup> Blanca, ó como se llame; con sus maneritas, y su latiguillo, y su boinaza, y sus sonrisitas, y sus cacharritos, era una pieza que ya, ya, ya; si tambien no estaba en la masonería, ¿quién sabe dónde había estado? Ellos dos han perdido el Centro, créanme Vds.; y si todavía mandan quince dias mas, no dejan adrede nada en pié; pues nos odiaban á todos los españoles, de quienes decían que preferian un mal extranjero á toda la España honrada. ¡Ah! añadió. Me dieron muchos disgustos, pero no pudieron vencerme, porque la Virgen me protegía, y yo los eché de España.”

—«Y V. hizo muy bien, mi general, dijo el segundo diputado. Porque ya que preferian un mal extranjero á un honrado español, que se vayan al extranjero, y no se metan mas con nosotros.”

«¡Caramba, mi general! exclamó el otro diputado. Pues diga V. que si la Virgen de los Dolores no nos asiste, y el Padre Bonifacio no tiene suerte, aquí nos van á freir á todos. Esperemos mejor suerte, porque ¡caramba! esta sería muy desagradable.”—«Yo tengo la conviccion, dijo el segundo diputado, de que el Padre Bonifacio vencerá.”

Lizárraga levantó los ojos al cielo, y se puso las manos

en la panza. «Las últimas noticias eran buenas, dije, pero aun no lo eran bastante. El Padre Bonifacio cada día ganaba terreno, y esperaba tomar la plaza. S. M. estaba airado contra su hermano, tratándolo de desleal e insolente, por haber partido sin pedirle licencia, y sobre todo por haber dado aquella infame orden del día maltratando tanto al rey, porque no había protegido á los masones de aquí. S. M. estaba también muy satisfecho de mi comportamiento, y no hablaba de mí sino para decir que me admiraba y quería mucho; se incomodó en gran manera de que su hermano me destituyera, y nombrara á Velasco; y decía sin rebozo que este no servía sino para hacer sombreros, y todavía en Búrgos, porque los hace tan mal, que en otras partes los parroquianos se los tirarían por la cabeza.»

«¡Caramba, mi general! exclamó el primer diputado. Pues entonces me parece que lo tiene V. á pedir de boca. Si el rey está bien dispuesto, como ha dicho el Padre Bonifacio, y este no se duerme en las pajas, con aquella cabezasa que tiene, el nombramiento de V. es seguro. ¡Cuánto me alegro de ello, caramba! Porque todos iríamos bien. Nosotros tendríamos en el Centro á un grande y santo general, y Aragon obtendría la autonomía administrativa, que es cosa que á todos nos interesa mucho.» —«Es verdad, dijo Lizárraga. Pero no se sabe nada y el resultado es incierto.» —«¡Caramba, mi general! añadió aquel diputado. Me parece que el Padre Bonifacio debía ser mas diligente en comunicar noticias; porque ¡caramba! ya vé V. que siendo tan importante el nombramiento de V. y nuestra autonomía, cada día que pasamos en la ignorancia es una terrible ansiedad.»

«¿Pero nada, nada sabe V.? preguntó el otro diputado.» Lizárraga se quedó en éxtasis, y despues de una pausa, dijo: «Nada..... Pero esta noche, se me ha aparecido la Virgen de las Dolores; y tocándome en la espalda, me ha mirado y sonreído con una dulzura inefable.» —«¡Caramba, mi general! dijo el primer diputado. Esta aparición monta mucho. ¿Qué ha inferido V. de ella, mi general? Porque ¡caramba! cuando la Virgen de los Dolores se aparece á un hombre como V., por algo será.» —«Sobre todo, añadió el otro, habiéndole tocado en la espalda, y mirádole y sonreído con dulzura inefable.» —«¡Caramba, colega! tiene V. razon, dijo el primero.» —«Eso, dijo Li-



zárraga, puede significar dos cosas: que ha bajado del cielo para consolarme, diciéndome que siempre seré su hijo predilecto; ó para indicarme un triunfo. ¿Pero quién sería capaz de decirlo?"

«¡Caramba, mi general! tiene V. razon, y ahí está el *quid* de la cosa. ¿Qué opina V.? Porque ¡caramba! vale al pena de saberse.»—«¡Ah! exclamó Lizárraga. Me pierdo en conjeturas. Vivo en la mayor ansiedad, y solo me calma saber, que por mal que vayan mis cosas, siempre me quedará la proteccion de la emperatriz de los cielos, la Santísima Virgen de los Dolores.» El segundo diputado se sonrió. «Vamos á ver, mi general, dijo. ¿Qué nos daría usted por sacarle de esa ansiedad? ¿cómo nos agradecería que le resolviésemos el significado de la aparicion que esta noche ha tenido V.?" Lizárraga perdió el color, se estremeció, y mirando con sorpresa á los diputados, dijo: «Señores, ¿saben Vds. algo? ¿han recibido noticias? ¿qué hay? ¿que dicen?"

«¡Caramba, sí, mi general! exclamó el primer diputado. Lo sabemos todo; y á fé mía, caramba! que hemos venido aquí á verle á V. para darle una gran noticia.» El general volvió á estremecerse. «¿Qué dicen Vds.? exclamó todo agitado y nervioso. ¿Qué saben Vds.? ¿Hé ganado? ¿he perdido? ¿estoy ya nombrado? ¿ó voy á serlo pronto? Hablen por Dios; saquenme pronto de ansiedad.» El segundo diputado se sonrió, y dijo: «Nada, nada, mi general. ¿Qué promete V. á la Diputacion aragonesa, si le da una grande y fausta noticia?"—«Lo que Vds. quieran y me pidan, contestó el general todo tembloroso.»—«¡Caramba, mi general! repuso el primer diputado. Entonces concédanos V. la autonomía administrativa, si le nombran general en jefe; y le damos una buena nueva, que hoy mismo recibimos; porque crea V. que vale la pena.»—«Lo dicho, añadió el otro. Si nos extiende V. la concesion, va la noticia enseguida. Hágalo V. en términos condicionales, expresando que la otorga con tal que sea general en jefe, y nosotros quedaremos satisfechos."

Lizárraga, todo agitado y convulso, tomó papel y pluma, y contestó: «Enseguida estará hecho.» Y escribió la gracia con mano temblorosa, y la entregó á los diputados que la leyeron de la cruz á la fecha. «¡General, general! exclamó entonces el segundo diputado levantándose. Abrácame V., y reciba la enhorabuena. Es V. general en

jefe del Centro. El P. Bonifacio está en Villarluego con la real orden. Pero no ha podido continuar el camino por el gran cansancio, y nosotros hemos corrido á darle á usted la noticia y pedirle albricias." Lizárraga quedó pálido de alegría; y dejándose abrazar, exclamó con los ojos en éxtasis: «¡Loado sea Dios y la Virgen de los Dolores!»—«¡Caramba, general! dijo el otro diputado. Ya ve usted cuanto le queremos; que no hemos permitido que se acostara V. hoy sin saber la gran novedad." Lizárraga estaba demudado de alegría. «¡Ayudante! ¡ayudante! gritó." Y habiendo entrado uno, le dijo: «¡Pronto! ¡que se den órdenes apremiantes par celebrar esta noche una gran cena! ¡que haya sopa abundante y succulenta, para que yo pueda repetir tres veces como suelo; buena carne; mucho pollo y capon; que sea todo exquisito; y sobre todo los mejores vinos que se hallen!"

Y volviéndose á los diputados añadió: «Ahora verán ustedes de lo que soy capaz; ahora sabrá el mundo quien es Lizárraga; ahora ha llegado el dia de hacer cosas grandes. Así que venga el P. Bonifacio, ambos nos pondremos á trabajar sin descanso; trazaremos el plan de campaña, prepararemos las órdenes; daremos las primeras disposiciones; y á Valencia, á Zaragoza, á Madrid. Tiemblen los liberales y masones. Lizárraga cuenta con el apoyo de la Virgen de los Dolores, y si esta no le abandona, vencerá y aniquilará á la revolucion."

## XXIII.

### Noticias del Norte.

*Milan 23 de Julio.*

Ignoro lo que hubo entre el insigne P. Bonifacio y el piadoso Lizárraga cuando al dia siguiente se vieron, y pudieron contarse lo que les pasara con los diputados; aunque supongo que cada cual disimularia el cómico papel que hizo para no confesar su propia indiscrecion. El caso es que á favor de aquel ardid, el territorio carlista de Aragon obtuvo su independencía administrativa, y se rigió con mas orden y probidad.

jefe del Centro. El P. Bonifacio está en Villarluego con la real orden. Pero no ha podido continuar el camino por el gran cansancio, y nosotros hemos corrido á darle á usted la noticia y pedirle albricias." Lizárraga quedó pálido de alegría; y dejándose abrazar, exclamó con los ojos en éxtasis: «¡Loado sea Dios y la Virgen de los Dolores!»—«¡Caramba, general! dijo el otro diputado. Ya ve usted cuanto le queremos; que no hemos permitido que se acostara V. hoy sin saber la gran novedad." Lizárraga estaba demudado de alegría. «¡Ayudante! ¡ayudante! gritó." Y habiendo entrado uno, le dijo: «¡Pronto! ¡que se den órdenes apremiantes par celebrar esta noche una gran cena! ¡que haya sopa abundante y succulenta, para que yo pueda repetir tres veces como suelo; buena carne; mucho pollo y capon; que sea todo exquisito; y sobre todo los mejores vinos que se hallen!"

Y volviéndose á los diputados añadió: «Ahora verán ustedes de lo que soy capaz; ahora sabrá el mundo quien es Lizárraga; ahora ha llegado el dia de hacer cosas grandes. Así que venga el P. Bonifacio, ambos nos pondremos á trabajar sin descanso; trazaremos el plan de campaña, prepararemos las órdenes; daremos las primeras disposiciones; y á Valencia, á Zaragoza, á Madrid. Tiemblen los liberales y masones. Lizárraga cuenta con el apoyo de la Virgen de los Dolores, y si esta no le abandona, vencerá y aniquilará á la revolucion."

## XXIII.

### Noticias del Norte.

*Milan 23 de Julio.*

Ignoro lo que hubo entre el insigne P. Bonifacio y el piadoso Lizárraga cuando al dia siguiente se vieron, y pudieron contarse lo que les pasara con los diputados; aunque supongo que cada cual disimularia el cómico papel que hizo para no confesar su propia indiscrecion. El caso es que á favor de aquel ardid, el territorio carlista de Aragon obtuvo su independencía administrativa, y se rigió con mas orden y probidad.



Lo que á mi desde entonces me preocupó fué la nueva calamidad que nos habia caido encima, con el mando de Lizárraga; los deplorables efectos que habia de causar, y los compromisos en que á mí me iba á poner; porque conociendo la estrategia de aquel general, y de un táctico como el Padre Bonifacio, previendo el descontento que el nuevo nombramiento habia de producir en las tropas, y las animadversiones que levantaria, conceptuaba que en breves días el Centro seria un caos, donde los liberales acabarian fácilmente con nosotros.

«En verdad que no tengo suerte, me decia. Entré en el carlismo, creyendo que era mejor que el liberalismo; y al llegar al Norte me he hallado con un rey y una gente que no hay por donde cogerlos. Ahora me vine aquí, para ser mas independiente, lucirme, si podia; y sobre todo, vivir entre mas orden y moralidad, y despues de dar con un lipillo como D. Alfonso, hoy me veo en manos de ese bárbaro de Lizárraga, que es un tipazo abrumador. ¿Qué va á pasar aquí? ¿qué papel voy á hacer? Milagro será que dentro de quince días no estemos todos corriendo hacia Francia.» Así es que quedé esperando las primeras órdenes del nuevo jefe con el mas vivo temor y la mas cruel ansiedad.

En esto regresó del Norte uno de los comisionados que yo enviara á pedir armamento, y como era hombre de toda confianza, me trajo una carta de mi amigo Pepe..., en contestacion á otra mia, que mandé á este por el mismo individuo. Le habia yo contado todo lo que me pasó desde la salida del Norte hasta el día en que le escribí; y le rogaba que si tenia tiempo me refiriese lo mas curioso de lo que ocurriera en la córte, respondiéndole de la fidelidad del mensajero. Pepe lo hizo así; y aunque no tengo su carta, por haberla quemado, la recuerdo bastante para darle á V. una idea de ella.

«Viendo, me decia, que estabas en el Centro, y que en estas buenas y leales tierras del Norte, ocurren cosas que se relacionan con tu distrito, queria escribirte para avisarte de ellas: pero lo suspendí por temor de que la carta cayera en manos de la policia de D. Carlos, quien, como hace abrir y leer todas las que se hallan, y entrega al brazo poderoso de Rosa Samaniego á los que dan noticias desagradables, que puedan interpretarse en sentido de infidelidad, me pareció mejor que la pluma se

quedase en el tintero, á fin de que la policia no tuviese tanto trabajo, el rey no se distrajesec de sus galanterias y devociones, y sobre todo, el señor Rosa Samaniego no se cansase otra vez subiendo en mi compañía á la cumbre de cierta montaña de Estella.”

«Si ahora te escribo es por que me das la seguridad de que no molestaré á estos señores. Pero en verdad que tengo á mano tanta materia, que no sé por donde empezar; pues suceden aquí tantas y tan nuevas cosas, que estamos mejor que no quisiéramos; y el que no se distrae y rie, no es por falta de espectáculos variados y de escenas divertidas, sino porque malditas las ganas que tiene de reir y distraerse. El rey por si solo es un espectáculo capaz de causar el pasmo y la hilaridad, no digo de estas tierras, sino del orbe entero, y de algo más. Fortuna que esto no tendrá el honor de ir á sus manos, porque redundaria en daño de las piernas del señor Rosa Samaniego, quien se veria obligado, muy á pesar mio, á encumbrarme mas de lo que conviene á mi santa y católica humildad.”

«No te digo nada de lo que me has contado de Cataluña y del Centro, y solo me reduzco á preguntarte: ¿crees que todavía duraremos ocho dias? Yo tengo algunas dudas, y no apostaría un duro en favor de esta fecha. Lo arriesgaria tan solo si se apostase por cuatro dias; y todavía tendria remordimientos de no haber tomado bastantes precauciones. En prueba debo decirte que ya tengo la maleta preparada, y que cada dia al levantarme, me admiro de que mi asistente no me diga que ya ha llegado la hora de meterse en Francia. Yo creo que por sí, ó por no, tu harás muy santamente preparando el hafillo, á fin de que la noticia de este desagradable viaje no te coja desprevenido, pues ya sabes que á última hora siempre se hace mal la maleta.”

«S. M. está bueno, aunque ha tenido un disgusto con su hermano Alfonso, de resultas del cual temimos que todavía iban á crecerle mas los brazos y las piernas; lo cual nos hacia temblar por el suelo de sus alojamientos, y sobre todo por las solapas de sus interlocutores. Pero la Divina Providencia se ha apiadado de nosotros, y todos los carlistas bien intencionados le quedamos muy obligados por su infinita misericordia. Así, pues, el rey continua con los mismos brazos y las mismas piernas á

donde estaba pegada su persona, cuando tú residias acá: y aquellos miembros no han tomado por ahora mayores proporciones, sin duda porque son bastante largos para competir con las aspas de los mas portentosos molinos de viento. S. M. rabió mucho del torniscon que le pegó su hermano al marcharse; y se asegura que dijo que si lo cogiese, le haria desdecirse de su orden del dia so pena de fusilarlo. Aunque esto seria pura y simplemente un fratricidio entre nosotros los mortales, carece de gravedad, tratándose de un hombre sabrenatural como don Carlos, quien al nacer recibió del cielo todas las facultades imaginables, menos el talento, el sentido comun y la vegüenza, que son vulgaridades incompatibles con los pretendientes de derecho divino.”

«Ahora ha llegado del Centro un personaje, llamado Padre Bonifacio, de quien se dice que ha venido á solicitar que se anule el nombramiento del sombrerero Velasco, y se dé el empleo al *divino Lizárraga*, que si es un pobre militar, en cambio es un intrépido gloton. Ese señor Bonifacio es un tipo muy original, de quien se cuentan sublimidades, asegurándose que se marchó de su diócesis porqué el obispo habia recibido contra él ciertas quejas del bello sexo; y que dicho obispo, al saber su paradero, escribió al brigadier Gamundi, retratándole al pelo el pájaro fugitivo, y encargándole que le dejara volar lo menos posible, porque tenia las alas demasiado atrevidas. Tú dirás si es ó no cierto. Aquí el tal Bonifacio ha traído grandes noticias, entre las cuales sobresale la de que el emperador de Rusia nos enviará pronto cien mil hombres; pues sabe de cierto que las potencias del Norte de Europa, van á concertarse para ayudarnos eficazmente.”

«La única dificultad en que segun parece, Rusia tropieza, es el medio de transportar aquella gente; y por mi parte creo que ahora va á darse un gran impulso al descubrimiento de la direccion de los globos aereostáticos, á fin de que nos lleguen por el aire con toda facilidad y en buen estado de salud. Si aquí, en tu distrito, hay alguno de esos genios incomprensidos, que se dedican á este descubrimiento, aconséjale que se apresure, para que sus competidores no le quiten el privilegio de la invencion, y la ganancia que ha de producir.”

«No sé en definitiva si el P. Bonifacio obtendrá el nom-



bramieuto de Lizárraga, aunque intriga mucho con este objeto. Los cortesanos le han tomado en broma, y se ríen con él, como si fuese un bufon. Cada vez que habla de las potencias del Norte, le disparan un tiroteo de chistes que lo abrasan. D. Carlos se divierte mucho de ello, y dice que es el mejor embajador que podia enviarle Lizárraga. Ya sabes tu que S. M. sobrenatural detesta á este, á quien tiene por un pedezo de animal, que no sabe sino comer sopas y ver á la Virgen de los Dolores; pero como el sobrenaturalismo inspira á S. M. cosas tan peregrinas, no hay que fundar nada en estos antecedentes. El rey de las piernas largas y de los brazos interminables... ¡ay, Rosa Samaniego, que trabajo le quiero dar!—no creo que el rey diga de Lizárraga todo lo que piensa, porque si por tan bruto lo tuviese, no le hubiera concedido cargos importantes. La verdad es que Lizárraga, aunque inepto, es un envidioso, capaz de todas las courtadas para derribar al que le estorbe; y como nuestro rey, en virtud de su sobrenaturalidad, es tan aficionado á divertirse con los mentecatos que cometimos la bestialidad de ayudarlo, no me extrañaria que pensase de Lizárraga mejor de lo que se supone. En fin, por ahora nada se sabe, y si al cerrar esta carta, dentro de dos ó tres dias, hay alguna novedad, te la diré. Lo único positivo es que destituirá á Velasco, por odio á su hermano, que lo nombró; y por lo cargado que está de aquel ex-sombrerero, á quien envió al Centro para echarlo del Norte, y desacreditar mas á D. Alfonso.”

«Supongo que habrás sabido la caída de nuestro general en jefe Dorregaray. Si, amigo mio; el héroe de tantos combates, el vencedor de tantas batallas, el que nos ha hecho todo lo que somos, el que ha dado al rey la importancia que tiene, el que nos llevó y nos podria aun llevar á Madrid, ha perdido el favor y el mando, acusado de mason, de liberal y traidor. Era uno de los oficiales pasados; y con este motivo se han hecho entre nosotros muy tristes consideraciones, porque cuando la barba del vecino veas afeitár, pon la tuya á remojar. Así imagina cuán amolados y cabizbajos andamos por ahí, temiendo que de un momento á otro nos honren con los mismos adjetivos, y con el mismo despido. Yo entre ellos soy el mas tranquilo, y quien anima á los demás, porque como estoy convencido de que los liberales no darán tiempo á

S. M. sobrenatural de hacernos tanta honra, espero el chubasco riendo.”

«Sobre la caída de Dorregaray circulan muchas noticias, atribuyéndola unos á los cortesanos, otros á Mogrovejo y muchos á Mendiri. Sin negar que estos han contribuido al suceso, puedo asegurarte que no son la causa. Ya sabes que S. M. sobrenatural es muy aficionado á visitar cierto convento de monjas de Estella, donde suele pasar muchos ratos; y que alguna vez lo ha hecho acompañado de Dorregaray. Parece que de algun tiempo á esta parte S. M. no era allí recibido del modo que deseaba; y que habia distracciones, palabras secas, hocico, indiferencia y otras frioleras de la misma índole. Se observó entonces que cada vez que el rey visitaba á las monjas el termómetro de Dorregaray en la corte bajaba, bajaba, bajaba con una rapidez maravillosa. S. M. tomó la precaucion de ir allí sin el general; y vió con gran disgusto que crecia el hocico, que crecia el mal humor, la distraccion y el resto. Con esto el termómetro de Dorregaray bajó á menos de cero, y los que conocian la situacion preveian un verdadero alud.

«En efecto S. M. dió rienda suelta á la corte, á Mogrovejo, Mendiri y otros, para que se cebasen sin rebose en Dorregaray; lo cual hicieron con tal encarnizamiento, que este pidió el desempleo de varios cortesanos. El rey lo negó, por una parte, y azuzó por otra á toda aquella trailla; y cuando supo que por circunstancias independientes, su general en jefe no habia podido impedir que Moriones introdujese un convoy en Pamplona, lo despidió del modo mas ignominioso, haciendo correr la voz de que se habia vendido al gobierno de Madrid.”

«Lo bueno es que habiendo temido S. M. que no fuese bien recibido en el convento por la ilustre fama de inepto y cobarde que se ha adquirido, deseoso de volver allí con la reputacion restablecida, se propuso eclipsar á Dorregaray, que entraba en aquella casa rodeado de una aureola de heroe; y declaró que queria ponerse al frente de sus fuerzas, y llevar á cabo una hazaña que demostrase su valor y genio militar.”

«Pensose, pues, sitiar á Irun, que era una empresa bastante fácil, y acopiadas muchas fuerzas, nos presentamos ante la plaza, que atacamos enseguida, teniendo D. Carlos la precaucion de colocarse fuera del alcance de los

cañones enemigos, á fin de no exponer su sacra y sobrenatural persona á tocar casualmente alguna de las inmundas balas liberales que habian de pasar por los sitios menos lejanos. Pero, hijo, gracias á la presencia y direccion de S. M., los liberales nos dieron una paliza tan sobrenatural, que hubo un escape quien pueda maravilloso, y S. M. corrió tanto, que el caballo se le reventó: y á pesar de que su escolta volaba como un águila, fué el primero en llegar á Santesteban, donde se apeó solo, jadeante, despavorido, ansioso, temiendo ser seguido de los liberales, que aun no habian salido de Irun. Las risas que este heroísmo ha producido nos han llegado á divertir á los mismos que tomamos parte en la empresa; aunque te aseguro que escapamos de allí tan molidos y con tanto rabo entre piernas, que ninguno creía volver á reirse en la vida. De resultas de esto, S. M. sobrenatural ha sido aun peor recibido en el convento, y el termómetro de Dorregaray ha seguido bajando tanto, que á ser yo de este, me retiraría á Francia, pues el señor Rosa Samaniego continua frecuentando aquella profunda sima de Iguzquiza, que está en los contornos de Estella."

«Hoy cierro esta carta, dándote una fausta noticia. El Padre Bonifacio ha obtenido al fin la destitucion de Velasco y el nombramiento de Lizárraga. Te doy la enhorabuena de que en adelante vas á tener la honra de operar bajo el generalato de la Virgen de los Dolores. Feliz tú, que estarás en comunicacion con las potencias celestes, y que tendrás la gloria de llevar á cabo las divinas operaciones que inspiran al gran Lizárraga. Por mucha que sea la fama que hemos cobrado nosotros al pié de las murallas de Irun, me parece que será superior la que vosotros adquirais á las órdenes del teniente de la Virgen de los Dolores. Prepara la maleta, amigo, prepárala sin perder tiempo, porque conceptuo que si mi carta no te coge ya en Francia, te cogerá muy cerca del camino."

Refíeme y admiréme de la carta de mi amigo Pepe; y tirándola al fuego para que no se extraviase, reconocí de nuevo que estábamos muy mal, y que no había la mas remota esperanza de salvacion. «Don Carlos allí, Lizárraga aquí y Saballs allá, me dije, bastan y sobran para que el enemigo alcance todas las victorias que quiera. Pero aguantemos, y sigamos rodando, hasta que la rueda caiga, y nos aplaste; porque ahora nuestra calaverada



no tiene remedio, ó no tiene otro que la resignacion y constancia.”

Quedéme esperando las órdenes de Lizárraga; y no habia dia que no pasase horas enteras temblando de que me llegasen. De repente á últimos de diciembre recibo un pliego suyo urgente; rompo el sobre con ansiedad, y veo con la mas grata sorpresa y el mas infame placer, que me manda una atinadísima operacion. Es el caso que habiéndose el general Despujol dirigido á Cantavieja con fuerzas muy escasas, se habia colocado entre esta plaza, que era la mas fuerte que nosotros poseíamos; y los desfiladeros de las sierras que la rodean, caminando por sitios escabrosos, cubiertos de palmos de nieve, en medio de un frio horroroso, sin abrigos, ni raciones. Entonces Lizárraga imaginó envolverlo allí; y me dió la orden de acudir corriendo, y ocupar los desfiladeros de la salida. «Haga V. buena diligencia, me decia; sobre todo que no se pierda por V., pues ese valenton ya no se nos puede escapar. Mañana obtendremos un gran triunfo.” En efecto Despujol estaba perdido sin remedio, y al dia siguiente habria de morir de frio y hambre, ó rendirse á discrecion.

Sali con mi gente todo alegre, todo animoso y confiado; y en una marcha forzada muy penosa llegamos á Fortanete, donde pasamos la noche, á espaldas de Despujol, que continuaba avanzando sobre Cantavieja, á pesar de tener ya la retirada cortada. Tomé disposiciones para ocupar al dia siguiente los desfiladeros; y estaba tan seguro del éxito de la operacion, que llegué á tener lástima del enemigo. No solo lo habíamos encerrado en un círculo sin salida; no solo disponíamos contra él del hambre y del frio mas horroroso; sino que lo envolvíamos con mas batallones de los que el llevaba. La marcha del enemigo habia sido tan imprudente y temeraria, y nuestra maniobra tan oportuna y combinada, que no se nos podia escapar ni un soldado, ni uno solo.

Pero Despujol, que debia conocer á Lizárraga, ó que debe de ser hombre de expedientes, al conocer el disparate que habia hecho; al verse perdido en aquellas sierras nevadas; al convencerse de que sus tropas estaban medio heladas, y no habia salvacion, ni escape, ni siquiera defensa posible; se crece; se domina, y manda un oficio al alcalde de Cantavieja previniéndole secamente

que iba á llegar; ordenándole que le preparara raciones; que iluminara la ciudad, y saliese á recibirlo al frente del ayuntamiento. Creyó el alcalde que Lizárraga recibiría á carcajadas esta sanfarronada, y le presentó el oficio como una curiosidad de las mas ridículas y una qui-jotada de las mas cómicas. Pero Lizárraga lee el oficio con espanto, se turba, coge miedo, corre á buscar su caballo, y sin avisar á los jefes, ni disponer nada, da la voz de sálvese quien pueda, y huye de la plaza, abandonando fortificaciones, tropas y material. Despujol entra, se salva, y se apodera de todo. Cuando yo al dia siguiente supe este fracaso, me enfurecí de tal modo, que caí herido de un ataque apoplético.

#### XXIV.

### Fisiología del cabecilla.

*Milan 24 de Julio.*

A favor de algunos remedios prontos y eficaces, me salvé de aquel ataque; y despues de algunos dias de cama, quedé restablecido, y en estado de continuar mis trabajos. Pero ya supondrá V. que si antes la hipocresia y envidia de Lizárraga me cargaban, ahora que habia tenido ocasion de ver la cobardía de este tipo, me irritaban y enfurecian. Si yo hubiese sido allí el general en jefe, lo entrego en seguida á un consejo de guerra, y en caso de condena á la pena capital, lo fusilo sin consideracion.

Aunque Lizárraga estuvo mandando algunos dias mas, como no hizo sino majaderías, que ni la pena valen de referirse aquí; prefiero hablarle á V. de mis propias cosas, contándole las observaciones que habia hecho sobre el carlismo del Centro desde que estaba en Aragon. Encerrándome en la parte militar, que es la que puede estudiar bien; conocí que la grande y gravísima plaga que allí habia era el caudillaje, ó mejor, lo que puede llamarse el *cabecillaje*. Habia ya observado en el Norte que el batallon de Radica, muerto en el sitio de Bilbao, tenia á causa del carácter de su jefe, resabios de caudillaje.

que iba á llegar; ordenándole que le preparara raciones; que iluminara la ciudad, y saliese á recibirlo al frente del ayuntamiento. Creyó el alcalde que Lizárraga recibiría á carcajadas esta sanfarronada, y le presentó el oficio como una curiosidad de las mas ridículas y una qui-jotada de las mas cómicas. Pero Lizárraga lee el oficio con espanto, se turba, coge miedo, corre á buscar su caballo, y sin avisar á los jefes, ni disponer nada, da la voz de sálvese quien pueda, y huye de la plaza, abandonando fortificaciones, tropas y material. Despujol entra, se salva, y se apodera de todo. Cuando yo al dia siguiente supe este fracaso, me enfurecí de tal modo, que cai herido de un ataque apoplético.

#### XXIV.

### Fisiología del cabecilla.

*Milan 24 de Julio.*

A favor de algunos remedios prontos y eficaces, me salvé de aquel ataque; y despues de algunos dias de cama, quedé restablecido, y en estado de continuar mis trabajos. Pero ya supondrá V. que si antes la hipocresia y envidia de Lizárraga me cargaban, ahora que habia tenido ocasion de ver la cobardía de este tipo, me irritaban y enfurecian. Si yo hubiese sido allí el general en jefe, lo entrego en seguida á un consejo de guerra, y en caso de condena á la pena capital, lo fusilo sin consideracion.

Aunque Lizárraga estuvo mandando algunos dias mas, como no hizo sino majaderías, que ni la pena valen de referirse aquí; prefiero hablarle á V. de mis propias cosas, contándole las observaciones que habia hecho sobre el carlismo del Centro desde que estaba en Aragon. Encerrándome en la parte militar, que es la que puede estudiar bien; conocí que la grande y gravísima plaga que allí habia era el caudillaje, ó mejor, lo que puede llamarse el *cabecillaje*. Habia ya observado en el Norte que el batallon de Radica, muerto en el sitio de Bilbao, tenia á causa del carácter de su jefe, resabios de caudillaje.



que le daban un tono especial, impropio de un ejército bien disciplinado. Pero aquella genialidad no era mucho mayor que la que se hallaba en los cuerpos de preferencia de los ejércitos regulares; y si en el ejército carlista del Norte se complicaba con el fanatismo por el jefe, deblase al estado de guerra, lo cual tambien sucede en los ejércitos disciplinados.

El *cabecillaje* del Centro era tan diferente, y el tipo en general constituye en el partido carlista un ramo tan importante, que merece describirse. Hay entre los carlistas dos fisonomías muy características, que son el *cabecilla por naturaleza* y el *voluntario magnetizado*. El *cabecilla* es carlista, no por ideas y sentimientos, ni por antecedentes y compromisos, sino porque se cree nacido para *cabecilla*; y á trueque de serlo, defenderia á cualquiera, aunque fuese el moro Muza. El *voluntario magnetizado* tampoco sirve á D. Carlos por ideas, sentimientos, ni compromisos, sino porque admira al *cabecilla*, lo conoce personalmente desde la infancia, y tiene por él un fanatismo vehemente. Así es que le sigue á la primera indicacion; y si como este se levantó por el carlismo, se levantara por la federal, tambien le siguiera. Las ideas le son indiferentes á aquel voluntario, que lo cifra todo en la persona del *cabecilla*.

No diré que todos los *cabecillas* fuesen de este género; pues alguno habia de convicciones políticas; pero está usted seguro de que habia no pocos voluntarios, que eran de los que llamo *magnetizados*. Los que conocian y querian al *cabecilla*, á mas de seguirlo, seducian á sus amigos, para que se alistaran, pregonando lo bien que estarían, la buena vida que se darian, lo mucho que se divertirían, las gangas que obtendrian, y de este modo formaban y aumentaban la partida, llenándola de gente que no solo no tenia ideas políticas de ningun género, sino que mas bien adolecia de temperamento revolucionario.

Por esto sospeché muchas veces estando allí que estos hombres formaban parte del ejército carlista, porque nadie se habia tomado la molestia de hacerlos liberales. Si los partidos democráticos hubiesen hecho una buena propaganda por aquellas campañas en los primeros años de la revolucion de setiembre; y sobre todo si los gobiernos de D.<sup>a</sup> Isabel II no hubiesen dificultado la propagan-

da de los principios constitucionales por las zonas campestres, el carlismo hubiera hallado en el Centro pocos voluntarios, aunque contase en él muchas familias adictas. La falta de sentimientos políticos, la juventud, el halago de la guerra local, la influencia del caudillaje y la de la amistad, hé aquí lo que engrosó nuestras filas.

Así con gran admiración mía hallaba lugares, que en la guerra del 35 fueron carlistas acérrimos, y que ahora eran democráticos; y lugares, que en aquella época fueron liberales vehementes, y que en la actualidad nos daban un gran número de jóvenes. Era que en las primeras poblaciones una hábil propaganda había cambiado las ideas, y que en las segundas, el silencio y el despotismo local habían borrado los sentimientos liberales, y produciendo una gran indiferencia y excepticismo, daban ocasión á que el caudillaje, la vida aventurera y otras causas, nos atrajeran los habitantes. Imagine V. ahora, señor Corresponsal, cuán necesaria sea la propaganda, tanto para convertir á los carlistas, como para impedir que los labradores liberales se vayan al carlismo. Tenga usted la seguridad de que Narvaez, O'Donnell, Gonzalez Bravo y el conde de San Luis han hecho durante su mando mas carlistas, que todos los curas juntos de España; y si D. Carlos llegase á reinar, debería en agradecimiento levantar estatuas á aquellos ministros.

No hay ninguna pasión superior á la del *cabecillaje carlista*; y si como se ha descrito la del oro en los mineros de la California, se hubiese descrito la del sable en los caudillos carlistas, crea V. que esta seria tan célebre como aquella. Es imposible formarse de oídas una idea exacta de la monomanía y calor con que ciertos hombres completamente refractarios á las condiciones militares, se empeñan en adquirir ó sostener un mando, para ser lo que Vds. llaman *cabecillas*. La idea de vestir un uniforme raro, arrastrar un sable descomunal, contemplarse al frente de una partida, y leer en los diarios que el *cabecilla tal ha hecho esto, ó lo otro; que aquí lo han roto, y allí lo han dejado huyendo*, le tiene loco de alegría. Poco le importa que los papeles públicos den cuenta de sus desventuras y palizas. Si no se olvidan de llamarle *cabecilla*, nuestro héroe se pone radiante. Lo que él desea, lo que quiere, lo que anhela, es que conste bien ante la propia y agena conciencia que es *cabecilla*.

Yo encontré en el Centro á muchos de esos tipos; como que casi podría decirse que habiendo ellos empezado allí la guerra, la inundaron de gente idéntica. Habia tipos seculares y tipos eclesiásticos, tipos de coturno, que mandaban muchos centenares de hombres, y tipos de alpargatas, que mandaban algunas docenas, tipos de hombres ignorantes y valientes, tipos de cobardes y estúpidos, y tipos de merodeadores que vivian de huir y robar. Todos eran cabecillas y todos tenian la pasion del sable. ¡Ay del que les tocase en ella! Porque se hacia un enemigo encarnizado y vil, capaz de vengarse del ofensor, calumniándolo, testimoniando en falso, y preparándole toda suerte de acechanzas. Don Alfonso, que ofendió á alguno, estuvo expuesto á que ciertas fuerzas le hicieran fuego á traicion; y Dorregaray, que mas adelante enderezó á muchos, no habrá seguramente olvidado todo el daño que de ellos recibió. No hoy curacion mas peligrosa que la de la *monomania cabecillerisca*. El cabecilla se convierte en perro rabioso, así que conoce que le quieren curar, para que sea un hombre razonable, en vez de una especie de orangutan con boina.

No crea V. que en la cuestion militar yo sea exclusivo, pretendiendo que solo son capaces de mandar fuerzas los militares de profesion. Lejos de esto, creo que hay muchos militares vestidos de paisano en la tierra, y muchos paisanos vestidos de militar; y que las artes de la guerra y las de la paz ganarian mucho, si cada cual pudiese estar en su lugar natural. Muchos militares he visto durante mi carrera, no militares de una sola y pequeña graduacion, sino de todas clases, desde las mas altas hasta las mas bajas, que nacieron para ser paisanos, y que equivocaron completamente el camino, siguiendo la carrera militar; y durante la guerra de Santo Domingo, la de Cuba y la civil de España, he hallado en cambio á muchos paisanos que tenian, sin sospecharlo, tales condiciones para la milicia, que con algun estudio y práctica hubieran salido en breve excelentes y brillantes oficiales.

Pero la mayor parte de cabecillas carece de estas condiciones, y no tiene otra disposicion natural que la terrible vanidad del *cabecillaje*. Llámelos V. ladrones, cobardes, tontos, y de todo se sonreirán, con tal que al mismo tiempo los llame cabecillas; pídale V. el dinero,



la hacienda, el honor, y hasta la mujer, si á mano viene, y todo lo darán, todo lo sacrificarán resignados, el dinero, la hacienda, el honor y hasta la mujer. Pero no les pida usted el chafarote de cabecilla, porque esto sí que no lo dan por nada del mundo, aunque el Padre Eterno se lo ruegue llorando. No pueden concederlo, no pueden renunciarlo; su naturaleza, su modo de ser está tan identificado con aquella pasión, que quitarles el chafarote equivale á quitarles la vida; y así como un pájaro encerrado en un globo de cristal sin aire dobla la cabeza, cae y muere, así el cabecilla, privado de su boina de jefe, pierde los colores y la apetencia, se pone melancólico, se vuelve tísico, y se evapora, todo consumido, todo pulverizado y volatilizado.

La desgracia del partido carlista es que dichos cabecillas son el mayor obstáculo para la organización de un ejército regular, y para la prosecución de una guerra razonable. Ya sean valientes, ya cobardes; ya se caigan de tontos, ya se distingan por algo inteligentes; ya procedan de un establo, ya salgan de alguna sacristía, los cabecillas trastornan y revuelven siempre las fuerzas carlistas del país donde operan. En la guerra del 35 fue necesario el genio de Zumalacárregui y el carácter avasallador de Cabrera para dominar y extinguir el *cabecillaje* del Norte y del Centro. Pero en Cataluña ya entonces fue imposible meterle mano. En la última guerra, Cataluña ha continuado como en la primera; el Centro ha sufrido siempre más ó menos de esta plaga; y solo el Norte, gracias á la administración provincial, á las dotes de Dorregaray, y al auxilio de la oficialidad pasada, ha estado casi exento de la peste cabecilleresca.

¿Quiere V. medir en una guerra civil la importancia de los carlistas sublevados? Examine V. sus fuerzas militares, y si vé que están en manos de cabecillas, riase usted de la sublevación; pues aunque se hallasen á la vista de Madrid, no entrarían dentro, porque los cabecillas no sabrían hallar las puertas. Para matar al carlismo militar bastan los cabecillas; el cabecilla esterilizará siempre todos los esfuerzos que en pró de la causa hagan el elemento civil y el eclesiástico. Como la pasión cabecilleresca es tan vehemente, excluye toda subordinación; y el cabecilla en su conciencia no se reconoce inferior á nadie; obra como le da la gana; campa como mejor le

parece; maldice en alta voz de sus compañeros, y procura desacreditarlos para quedar sin competencia. No hablo ahora del cabecilla valiente ó cobarde, tonto ó despavilado, eclesiástico ó seglar; sino del tipo en general. Un cabecilla es un bandolero absoluto.

Vaya V., pues, á organizar tropas con jefes de este género; vaya V. á emprender operaciones regulares, sin ejército ni jefes subordinados. La guerra es imposible; no cabe sino el merodeo con golpes de mano, ó sin ellos; y por medio del merodeo, no se gana una guerra civil. Pues bien, el *cabecillaje* es tan anejo al carlismo como el rabo y las patas al cuadrúpedo; y solo un hombre de energía y talento sería capaz de extirparlo, bien secundado por D. Carlos; pero como ahora es imposible que un hombre de mérito se adhiera á este, ni en el caso de adherirse, el Pretendiente sabría ayudarlo, el *cabecillaje* morirá con el partido.

Generalmente el cabecilla carece de estudios militares, aunque tenga valor, conocimiento del terreno, práctica y alguna perspicacia; y no pudiendo urdir ningun plan de operaciones, vaga de zeca en meca, dejándose perseguir y batir, dando algun golpe de mano, que le sale bien ó mal, y llevando una vida penosa y arrastrada. Si el enemigo no le deja respirar, el cabecilla queda luego desacreditado; y aunque á veces por causas políticas obtenga algun respiro, tampoco esto le salva, sino que tan solo alarga su agonía. Cuando el cabecilla es tonto y miedoso, su suerte todavía es peor, porque pasa la vida corriendo como una liebre, y recibiendo mas palizas que un borrico holgazán. Hoy le rompen aquí las costillas, y mañana le abren la cabeza allí; hasta que el pobre diablo viéndose extenuado y rendido, exclama bufando resignadamente: *¡Uf; no puedo mas!* y se deja prender, ó pide indulto, consolándose con el recuerdo de que al menos durante cierto tiempo ha probado y hecho constar que era todo un cabecilla.

Tanto si el cabecilla es del primer género, como del segundo, los efectos de aquella vida son desastrosos; porque la partida se le desmoraliza, y la gente deserta, volviéndose á casa, ó marchándose con otro jefe. Entonces el cabecilla para no quedarse solo relaja todos los lazos de la obediencia, se deja tratar de igual por sus oficiales, permite á los individuos cualquier tropelía, consiente

que quien quiera se ausente por dias sin licencia de nadie, y en las divergencias de superiores é inferiores, se pone de parte de estos, por considerar que siendo mas numerosos, son mas necesarios. Al mismo tiempo establece correderos de desercion y reenganche contra sus demás colegas; y procura quitarles voluntarios á fuerza de seducciones y promesas.

De este modo los individuos pasan de una á otra partida, van y vienen, sin castigos ni reprensiones; tratan al país del modo que les dá la gana; estan mas tiempo donde les permiten mas licencias y bellaquerías; no tienen ningun respeto por los superiores, y miden al jefe por la tolerancia con que sobrelleva sus desórdenes. Si roban, el cabecilla cierra los ojos; si deshonoran mugeres, ó asesinan á alguno, aparenta ignorarlo; si replican y amenazan á los oficiales, les excusa; si venden el fusil y las municiones, procura darles otras; si amenazan marcharse, los acaricia. Lo único que siente es que se vayan, por privarle de algunos comparsas mas. Entonces el cabecilla no es dueño de la partida, sino que la partida es dueña de él; pero el cabecilla pasa tambien por esto, porque al menos puede satisfacer su pasion del sable; y aunque no sea verdaderamente nada, tiene la grata satisfaccion de que los diarios liberales, tomándole en serio, le llaman cotidianamente el *cabecilla fulano*.

## XXV.

### Dificultades del Cabecillaje.

*Milan 25 de Julio.*

El señor Boet prosiguió: El cabecillaje produce en el carlismo militar dos efectos mortales: impide toda operacion combinada, y acobarda á sus tropas. Aunque haya en el país una gerarquia carlista militar, el general en jefe, ó el que manda en un distrito, no es dueño de mover un pié sin el consentimiento y permiso de los cabecillas que están al frente de las partidas. Ante todo se halla con la dificultad de que estos jefes no gustan de



entrar en combinaciones con otros; y luego ha de vencer la otra dificultad de que aprueben la operacion ó no se disgusten de ella. El cabecilla quiere ir solo, no por gloria, ni prudencia; no por envidia del lauro que ayude á ganar á su superior, ni por recelo de la impericia de este; sino porque cree que hallándose siempre solo parece mas cabecilla; y si es codicioso, porque de este modo tambien puede robar mas.

Así, pues, el general ha de empezar proponiendo al cabecilla la operacion que intenta hacer, y pidiéndole su vénia y concurso. Cuando el cabecilla no aprueba el movimiento por creerlo dudoso, malo, ó lo que sea; contesta que no le dá la gana, y que quien quiera sopas, busque pan en otras partes. Si no tiene mas remedio que obedecer, se queja en alta voz, desacredita la operacion, hace cundir la noticia de que se la han mandado, procura sembrar el descontento entre sus voluntarios, y opera con tanta flojedad, ó se retira en un momento tan crítico, que deja á quien le mandó en los apuros mas angustiosos. A veces hace sublevar á su gente para alegar que esta no quiso seguirlo; á veces se niega descaradamente á moverse, y consiente del modo mas fresco que á una hora de distancia estén destrozando á un colega suyo, á quien podria salvar con solo dejarse ver en el pico de una montaña próxima. Si ha concurrido por fuerza á una concentracion de partidas, busca á los cabecillas mas afines, y armando un lío, desaparece con ellos en lo mejor de una marcha, dejando al general en mitad del camino sin fuerzas y con un gran palmo de narices. Guárdese bien el jefe de quejarse, porque los cabecillas se ponen de acuerdo, y distribuyendo algun dinerillo en la córte de D. Carlos, logran fácilmente obtener la razon, haciéndole pasar por traidor. Con esto no hay operaciones posibles, sino guerra de malos cabecillas, mandando malas partidas.

Vamos ahora á la cobardía. Es cosa ya sabida que hay gran diferencia entre el valor individual y el valor de la masa; entre el valor de la paz y el de la guerra. Una masa puede ser valiente, componiéndose de individuos medianamente denodados; y puede constar de hombres valentísimos, y ser muy cobarde. El hombre que voluntariamente sale de su casa, se subleva contra el gobierno, y empuña el fusil para sostener sus ideas, de ningun modo es cobarde;

y a los carlistas habian por fuerza de ser gente al menos medianamente valiente. A pesar de esto casi todas las partidas adolecian de cobardia, dejándose muchas veces vencer fácilmente, cuando á muy poca costa podian ser vencedoras.

La causa era el *cabecillaje* que las minaba; el hombre que figuraba como cabecilla suyo. Como este no sabia, ó no podia mandar bien; como no sabia, ó no podia hacer una operacion atinada; como no sabia, ó no podia defenderse, ú ofender; como toda la estrategia que usaba era huir y dispersarse, ó correr por sitios sin defensa, acostumbraba su gente á tener miedo del enemigo; á considerarlo como superior en todos conceptos; á tratarlo de invencible, y á sobresaltarse y palidecer, apenas aparecia. Si á veces el cabecilla obtenia alguna ventaja, ó llegaba á hacer una floja resistencia, se debia siempre á circunstancias fortuitas, como la concentracion de muchas fuerzas carlistas contra un pequeñito número de las contrarias; el concurso de algun cabecilla del trueno, que aunque ignorante, peleaba como un brutazo; ó bien la cobordia, muerte, ó impericia del jefe liberal, que demoralizaba la columna en terreno desconocido. Pero como estos casos eran tan casuales, la partida no se reaccionaba; y todo constando de héroes, vivia siempre como cobarde.

Sobre esto del valor hay entre los militares muchas preocupaciones que merecen consignarse y refutarse. La inferioridad de las partidas carlistas con respecto á los batallones del ejército regular se ha atribuido ordinariamente á los mejores cuadros que estos tenian, y á su mejor instruccion. Pero aunque influya mucho, no es la única, ni quizá la principal causa. Así en la guerra carlista habia partidas que en combate eran vencidas, dejando gran reputacion de valientes; y otras que ni podian resistir, pues huian como liebres despavoridas, ó se dispersaban llenas de pánico, despues de una floja resistencia. Cuando una partida se bate en terreno montañoso y favorable, los cuadros de batallon y la instruccion superior del ejército regular influyen un veinticinco por ciento menos que en terreno llano ó descubierto; pues el valor del cabecilla, unido á las posiciones, dificulta las maniobras más sábias del enemigo. Por esto en la victoria del ejército regular sobre las partidas influian

sin duda aquellas causas; pero el miedo de las partidas tenía otro origen, que es el que he señalado. En efecto, los pocos cabecillas que á la vanidad de llevar un chafarote unían el valor, aunque perdiesen y debiesen huir, sostenían un poco el moral de su gente, porque la hacían dar cara con lesos, y en casos muy favorables, la llevaban impávidamente al ataque. Sin embargo, estas partidas no podían pretender el dictado de valientes, sinó que tenían méritos para rechazar el de cobardes.

En España se ha confundido mucho á los cabecillas con los guerrilleros, lo mismo entre paisanos que entre militares, cometiéndose uno de los yerros más crasos. El *guerrillerismo* es un arte; y el *cabecilleraje* no es mas que una fatuidad. No he conocido en el Centro á ningun cabecilla que mereciese llamarse guerrillero. No basta para guerrillear conocer el país á palmos, hablar el dialecto de él, y tener prestigio entre las familias que lo habitan; pues así cualquiera podría ser guerrillero. No basta tampoco levantar una partida, y andar con ella por montes y valles, entre las fuerzas enemigas. Son necesarias otras condiciones intelectuales, que la naturaleza distribuye con mucha parquedad.

Un guerrillero ha de ser activo, astuto, prudente, hábil, organizador, imaginativo y experimentado; ha de tener conocimientos militares, ó aprenderlos pronto; ha de concebir operaciones tácticas de su género; ha de saber dar bien un ataque, y hacer bien una retirada; preparar bien una emboscada, y aparentar bien un aumento ó disminucion de fuerzas; suscitar bien un pánico al enemigo, ó fingirlo bien de sí mismo; comprender bien una gran operacion, y participarla á tiempo al general que la puede hacer. Yo tengo la seguridad de que ningun guerrillero verdadero querrá que lo llamen cabecilla; estará ufano de serlo, ni mandará como este; porque así como el cabecilla es un tipo ridículo, que todo lo mas será un bruto valiente; el guerrillero es un verdadero militar especialista, de un género tan difícil, que durante mi mando en Aragon, á pesar de mi vigilancia, apenas descubrí á nadie que mereciese el título de *medio guerrillero*. Así pues, no cabe confundir al *cabecilla* con nadie. El *cabecilla* no es otra cosa que la personificacion del *delirium tremens* del chafarote en el partido carlista.

Ya supondrá V., señor Corresponsal, que una de las



primeras cosas que procuré curar en mi division fué este mal, porque era inútil pensar en nada, teniendo dicha peste encima. Para lograrlo, me serví de un ardid muy comun. Reformé las grandes partidas de los cabecillas, transformándolas en verdaderos batallones; di el mundo de estos á hombres que valiesen algo; formé con los batallones brigadas, y puse á los cabecillas al frente de estas. Entonces la gente y los oficiales de los batallones dejaron de entenderse directamente con el cabecilla, para hacerlo con los respectivos comandantes; los cabecillas perdieron el prestigio que aquel trato les daba con la gente; y no pudieron ya corresponder sino con los comandantes, quienes ufanos del papel que desempeñaban, se guardaban bien de dejárselo menoscabar.

A fin de no disgustar á los derribados y á sus adictos mas entusiastas, trataba á los nuevos jefes de brigada con la mayor seriedad y con la mas severa distincion; hacia que todo el mundo siguiese mi ejemplo; extendia este mismo respeto á los oficiales antiguos que por sus escasas dotes flaqueaban al lado de los nuevos, y no consentia que delante de mí se murmurase de nadie. El éxito fué tan rápido, como completo, pues en breve desapareció el cabecillaje. Los antiguos cabecillas, viendo que se tomaba en sério su nuevo título, estaban contentos de su posicion, aunque fuese mas honorífica que efectiva; los jefes y oficiales se irguieron, viendo que ahora lo eran de veras, y la tropa se enderezó por conocer que la mandaban bien. Habia un orden, un porte marcial y una diciplina tan inesperados, que cuando pasábamos por algun pueblo liberal, los mismos vecinos decian en alta voz: *Ahora sí que pareceis un ejército*, lo cual dejaba tan pomposas y enorgullecidas á todas las clases, como si hubiésemos ya entrado en Madrid.

A medida que curaba la peste cabecillerisca de mi division, pensaba en curar la del miedo, y como no podia hacerlo sino á expensas del enemigo, anduve buscando en las tonterías de este una bebida eficaz. Sepa V. que yo no tengo por los ejércitos de paisanaje el desprecio que muchos compañeros míos, y que estoy persuadido de que en breve se los puede elevar á la categoria de buena tropa. Esta divergencia procede de que así como se quiere ordinariamente sacar de un paisano el mismo servicio que de un soldado viejo; yo opino que al

paisano se le ha de tratar como á un estómago delicado, haciéndole comer aquello que pueda digerir, y que le ha de reforzar. Hay quien arrincona al paisano armado, como un estorbo, y quien le echa al fuego, como al soldado mas aguerrido. Pero yo no lo arrincono, porque lo estimo, ni lo expongo tontamente, porque es una aberracion.

¿Quiere V. dar en breve á un cuerpo de paisanos confianza y valor militares? Encárguele dos ó tres operaciones seguras y relativamente fáciles. Llévelo V. á combates donde sean seis contra uno; hágale evitar aquellos donde sean tantos contra más, ó contra los mismos; cébele V. con victorias poco costosas; acostúmbrele al fuego en buenas circunstancias; en una palabra, dedíquelo á un verdadero aprendizaje de guerra, y luego será soldado.

¿Ha visto V. nunca que un maestro sastre encargase un traje á un aprendiz? ¿ha oido decir que un pintor ó escultor encomendara una de sus obras á los jovencitos á quienes enseña? ¿dejaría V. escribir alguna de estas cartas por algun chico á quien diesen lecciones del arte de escribir? Pues lo mismo ha de hacerse cuando se manda al paisanaje; y esto mismo hice en mi distrito. La gran desmoralizacion que cundió en los carlistas del Centro á principios de la guerra del 35, dimanaba de que Carnicer seguia el método contrario; y la falta de progresos que en la actual habia hasta entonces habido, no tenia otro origen.

El jefe de paisanaje no debe al principio entrar nunca en fuego sino con la seguridad de vencer. Si para acabar con una compañía necesita 1,000 hombres, tómelos; y si 2,000, eche este número; que á pocos golpes se hallará en estado de batirse con condiciones mas expuestas. Guárdese sobre todo de principiar con probalidades de perder, pues en este caso, ya le será difícil, sino imposible, sacar partido de sus fuerzas.

Habia yo observado en el ejército liberal algunas rarezas que me parecieron muy á propósito para formar el valor de mi gente sobre las costillas del enemigo. Los liberales agolpaban gente en una zona, y dejaban la anterior con defensas pequeñas y casi aisladas; las tropas que estaban amontonadas en una zona, no solo operaban con una combinacion defectuosa, sino que no cerraban

el territorio que habian dejado atrás; la estrategia que seguian contra nosotros era de detalle, mereciendo mas bien llamarse táctica; al perseguirnos se valian de un método muy divertido, pues se hacian preceder á gran distancia de un pequeño piquete de caballos, los cuales llegando á nuestra vista dos horas antes que la vanguardia, nos impedian siempre quedar sorprendidos, dándonos tiempo de tomar posiciones, si nos convenia luchar, ó de retirarnos con toda seguridad y órden, si lo preferiamos.

Resultó para mí, de todo esto, que yo podia caer en momento oportuno sobre una columna enemiga de la zona del Centro, con la seguridad de que seria dificilmente socorrida; que podria salir del distrito, sin ser visto; entrar de un modo impune en el inmediato, y atacar con éxito alguna de sus pequeñas defensas aisladas; resultó para mí tambien que el enemigo por entonces no me impediria la ofensiva, á causa de no seguir operaciones de conjunto contra nosotros; no me sorprenderia, ó derrotaria, porque se me anunciaba antes de tiempo por medio de su avanzada; ni me obligaria á combatir por fuerza, porque no operaba con este fin, ó porque quizá no sabia hacerlo. Así, pues, me hallaba en buenas condiciones para iniciar la campaña. De una parte no corria peligro de que el ejército liberal me destruyese; y de otra se me ofrecia ocasion de envalentonar á mis tropas, dando al enemigo algunos disgustos, mas ó menos cargantes.

¿Por qué operacion empezar? Si preferia maniobrar contra alguna columna, atraerla á un punto, y atacarla, me exponia mucho, porque como eran numerosas, hallaba aun la proporcion demasiado desfavorable para mí gente. Además, yo tenia mucho mal armamento, pocas municiones, y poca y mala caballería, todo lo cual me impedia sostener un combate largo con mediano éxito. Así, pues, por entonces no podia pensar en esta operacion. Me quedaba la segunda, esto es, pasar la línea enemiga del Centro, caer de improviso sobre uno de los puntos aislados y lejanos del distrito de detrás, sorprenderlo con lo fabuloso de mi aparicion, y apoderarme de todo, sin mas fatiga que un corto combate.

Me exponia esto á que el enemigo me descubriese, me esperase bien preparado, y me sorprendiese á mí, en lu-



gar de sorprenderlo yo á él; pero dada la estrategia de que se valia, me pareció muy remoto; y así determiné preverlo, por si acaso, aunque sin tomarlo en serio; me exponia tambien á que el punto atacado, se resistiese y me rechazase; pero determiné vencer la resistencia absteniéndome de la laudable costumbre de hacerme preceder de un piquete que le avisase de mi llegada, y cayendo de golpe y con fuerzas abrumadoras desde el primer momento; finalmente estaba tambien expuesto á que avisadas durante la lucha las demás fuerzas liberales del distrito y las del Centro, me saliesen al encuentro en una combinacion que me envolviese. Pero, considerando las curiosas costumbres de mis antiguos y queridos compañeros, me pareció que aunque esto fuese muy ordinario, en aquella guerra era sublime, y como al sublime pocos poetas llegan, no lo temí. Por consiguiente preferí emprender alguna de aquellas expediciones.

## XXVI.

### **El abogado demócrata.**

*Milan 27 de Julio.*

Entretanto habian sucedido en el Centro dos hechos que debó referir. El dia 29 de diciembre del 74 recibí una carta de mi antiguo amigo y camarada Martinez Campos diciéndome que iba á proclamar á D. Alfonso, y pidiéndome, aunque indirectamente, y sin esperanzas de éxito, que me adhiciese á aquel movimiento. No solo me abstuve de contestarle, sino que apenas supe lo de Sagunto, tomé precauciones para impedir que mis jefes se pasaran, lo cual no sucedió, por mi vigilancia y por ser antipática la bandera.

Ciertamente que la ocasion que entonces tuve de hacer un buen negocio, no pudo ser mas tentadora ni mas excusable. Conocía á D. Carlos, y sabía que era un infame de quien no cabia esperar sino maldades; conocia tambien al carlismo; y veía que estaba lleno de media-

gar de sorprenderlo yo á él; pero dada la estrategia de que se valia, me pareció muy remoto; y así determiné preverlo, por si acaso, aunque sin tomarlo en serio; me exponia tambien á que el punto atacado, se resistiese y me rechazase; pero determiné vencer la resistencia absteniéndome de la laudable costumbre de hacerme preceder de un piquete que le avisase de mi llegada, y cayendo de golpe y con fuerzas abrumadoras desde el primer momento; finalmente estaba tambien expuesto á que avisadas durante la lucha las demás fuerzas liberales del distrito y las del Centro, me saliesen al encuentro en una combinacion que me envolviese. Pero, considerando las curiosas costumbres de mis antiguos y queridos compañeros, me pareció que aunque esto fuese muy ordinario, en aquella guerra era sublime, y como al sublime pocos poetas llegan, no lo temí. Por consiguiente preferí emprender alguna de aquellas expediciones.

## XXVI.

### **El abogado demócrata.**

*Milan 27 de Julio.*

Entretanto habian sucedido en el Centro dos hechos que debó referir. El dia 29 de diciembre del 74 recibí una carta de mi antiguo amigo y camarada Martinez Campos diciéndome que iba á proclamar á D. Alfonso, y pidiéndome, aunque indirectamente, y sin esperanzas de éxito, que me adhiciese á aquel movimiento. No solo me abstuve de contestarle, sino que apenas supe lo de Sagunto, tomé precauciones para impedir que mis jefes se pasaran, lo cual no sucedió, por mi vigilancia y por ser antipática la bandera.

Ciertamente que la ocasion que entonces tuve de hacer un buen negocio, no pudo ser mas tentadora ni mas excusable. Conocía á D. Carlos, y sabía que era un infame de quien no cabia esperar sino maldades; conocia tambien al carlismo; y veía que estaba lleno de media-

nias y nulidades, que mas bien le deslucian que daban prestigio; y en cuanto á la guerra me habia convencido de que era infecunda, y se acabaria en breve con nuestra completa derrota. Así, pues, no esperaba absolutamente nada del partido carlista, fuera de las amarguras de una emigracion penosa en dolores y privaciones.

Además habia salido comandante del ejército regular, y me hallaba ahora brigadier, por méritos contraídos en el campo de batalla; y este empleo que en el ejército carlista no era ningun porvenir, podia servirme de base para un excelente convenio. ¿Qué me hubiera costado proponer á los alfonsinos mi conversion, bajo el pacto de reconocerse los grados, y ascenderme á general? Solo el trabajo de escribir una cartita á Martinez Campos. Con esto ingresaba otra vez en las filas del ejército regular, y aunque no hubiese hecho mas carrera, aseguraba mi porvenir.

Pero no soy aficionado á esta clase de negocios, y he preferido siempre un mendrugo con decencia á una gran posicion con vergüenza. Por la misma razon que me habia pasado al carlismo no podia entonces volverme sin deshonor, y debia probar que era constante é integro, aunque estuviese convencido de que echaba á perder mis intereses. Cuando nuestras conversaciones sobre el Toison, ya le hablé á V. de esto, y juzgo que con lo añadido ahora quedan completas mis explicaciones. No seré probablemente un demócrata como V. quien me reprenda de no haber secundado á Martinez Campos.

El otro suceso habia ocurrido en el campo carlista, y fué la destitucion del gran Lizárraga, y el nombramiento de Dorregaray. Como D. Carlos no habia nombrado á aquel hipocriton, sino para insultar á su hermano, aprovechó cualquier circunstancia para destituirlo, como asi lo hizo, aunque no recuerdo si fué por lo de Cantavieja, por otras causas, ó por ninguna, pues en Estella no se fijaban en causas y motivos para hacer y deshacer.

El nombramiento de Dorregaray tuvo ya mas intencion. Las operaciones del Norte iban de mal en peor desde la separacion de éste; y las Provincias y Navarra pedian á grito herido que se le llamase de nuevo. El pretendiente, que sea por envidia personal, sea por celos amorosos, ó por ambas cosas, á la vez no podia sufrir á aquel caudillo; buscó el medio de quitárselo de encima.



y no queriendo devolverle el mando del Norte, ni atreviéndose á arrostrar el descontento del pais, imaginó echarlo en el Centro, esperando que aquí perderia el crédito, y quizá la vida, por las malas condiciones de las tropas carlistas. Dorregaray, que conoció la idea, no lo aceptó sino con la condicion de que se le mandarian de refuerzo algunos batallones del Norte; y el Pretendiente se lo prometió solemnemente, aunque siguiendo los consejos del famoso teologo que V. sabe, dijo mentalmente todo lo contrario de lo que en alta voz. Pero Dorregaray, que no conocia esta teologia especial, creyó de buena fé lo que oyó, y aceptado el mando, vino al Centro, pasando por Cataluña.

Como en estas conversaciones no me he propuesto referirle sino lo que me atañe directamente, dejaré á Dorregaray trabajando para reorganizar el Maestrazgo y Valencia; y me ocuparé de lo que me sucedió á mí en aquel tiempo. Decidido, segun ya le dije, á hacer operaciones vetajosísimas, que diesen confianza y valor á mis tropas, me fijé en una sorpresa que habia de ser de mucho efecto. Rondaba por Aragon una columna de caballería, formada de un regimiento de esta arma al mando de un coronel Sancho, hombre de gran energía, valor y ferocidad. Esta gente se habia dedicado á perseguir y fusilar á los comandantes de armas de mi territorio, y como podia correr mas que la infantería, me habia cogido y fusilado muchos, aterrorizando á nuestros parciales.

Viendo que era caso de honra dar una leccion al señor Sancho, resolví ensayarme á costa suya; y formé el plan de sorprenderlo, coparlo y apoderarme de él y toda su gente. Conocí desde luego que no podia acometerle á campo raso, porque careciendo de caballería numerosa y buena, me destrozaria, ó se me escaparia; y que debia cogerlo acuartelado en un punto, donde no le fuese posible moverse. Pedí noticias á Zaragoza, y por medio de los confidentes que tenia en la misma capitania general, supe que el coronel Sancho, con gran parte de su regimiento, habia de llegar á Daroca tal dia á tal hora, pasando la noche en ella para salir otra vez á operaciones el dia siguiente. Aunque Daroca estaba muy distante de mi base; se hallaba en medio de unas vastas llanuras, y era plaza fortificada, determiné buscar allí al gran fusilador de comandantes, haciendo cuenta que siendo la

operacion en si misma de escasa importancia, aquellas dificultades la redondearian, si no me saliese mal.

Así, pues, estudié detenidamente el terreno y las distancias. Afortunadamente tenia una excelente coleccion de mapas del Centro que el general Despujol perdió en un descalabro; y entonces me fué tan útil, que he quedado muy agradecido á este por el servicio que involuntariamente me hizo, y si en la carta quiere V. consignarlo, quizá tenga la suerte de que llegue á oídos de mi buen favorecedor. La gente del país, que estaba en mis filas, me completó lo que aprendí en los mapas; y en breve pude fijar mi itinerario con bastante exactitud. Entonces me puse en camino; y el dia último de enero ó primero de febrero del 75 pasé á la descubierta por entre la línea frontera de mi distrito, y la zona liberal, como si tan solo me propusiese un breve paseo por los contornos, ó un reconocimiento á corta distancia. El enemigo cayó en el lazo, y no dió importancia á mi movimiento, creyendo que volveria luego á mis guaridas.

Uno de los dias que empleé en estas operaciones de engaño, al fin de la jornada, llegamos á un pueblo, donde pasamos la noche, alojándome yo en casa de un abogado, que era de opiniones liberales. Como trataba siempre á mis patronos con toda consideracion y franqueza, aunque fuesen de diferentes opiniones políticas; el abogado, que al principio me habia mostrado desconfianza, perdió luego la aprension, y fué tratándome con aquella llaneza, que es peculiar de los aragoneses. «Señor brigadier, me dijo; estaba tan prevenido contra V., que la verdad, al verlo me he recelado, porque he temido alguna brutalidad contra mí, pues segun sabe todo el pueblo, soy no solo liberal sino demócrata.» Yo le miré sorprendido. «¿Tan mala fama tengo? exclamé. En verdad que me extraña, porque hasta ahora no he hecho nada en estas tierras que la justifique.» El abogado me contestó: «Aquí no tiene V. buena ni mala fama. Pero dias atrás fui á una poblacion algo lejana, donde me dijeron tanto mal de V., que desde entonces le he tenido miedo.»

Estas palabras acabaron de admirarme, porque me citó un lugar que no conocia sino de nombre. «Ahora lo entiendo menos, dije, porque este sitio se halla tan léjos de mi distrito, que no sé como los habitantes pueden decir mal de mí.» El abogado se sonrió. «No es esto, dijo; los

habitantes apenas han oído hablar de V.; pero yo me hospedé en casa de un amigo donde se hallaba alojado el general Despujol, y era este quien le retrataba á V. de un modo tan lisonjero." Esto me sorprendió mucho. «¡Ola, ola! exclamé. ¿Con que Despujol se entretiene en jabo-narme de lo lindo? Pues si vuelve V. allá, y le vé, dele tantas expresiones de mi parte y dígame que pienso sacar mucho partido de los mapas que recogí en Villafranca del Cid, para darle ocasiones de cubrirse de gloria y reputación."

El abogado se echó á reír, y dijo: «A fé, que si le veo se lo diré, porque es hombre de mundo, á lo que me parece, y le ha de gustar la chanza de V. Apostaría que se sonreirá, y dirá: *¿Con qué sí? Pues á ver quien quedará mas cargado del otro.* Porque Vds. los militares tienen una manera de echarse piropos que siempre hace gracia." —«Yo celebraré, repuse, que los míos se la hagan al señor Despujol." Con esto se habia ya establecido un poco de franqueza entre el patron y yo; hablamos de diversas cosas como dos amigos, y una vez que vino á cuento, yo mismo inicié una conversacion política. «Es extraño, le dije, que un hombre de la posicion, del título y talento de V. sea liberal. La verdad, yo hubiera creído á primera vista que V. era de los nuestros."

El aragonés abrió asombrado los ojos, y exclamó riendo: «¡Pardiez brigadier! lo mismo iba yo á decir de usted; porque la verdad, me extraña que sea carlista un hombre de sus condiciones." —«No deja de ser raro, observé; que yo tenga tal concepto del liberalismo que lo creo incompatible con el sentido comun; y que V. piense tan desfavorablemente del carlismo, que lo cree reñido con la racionalidad." —«En efecto, dijo el abogado; nos hallamos en posiciones del mismo orden, y frente á frente; yo con la idea liberal, y V. con la carlista. ¿Qué va á resultar de esto? ¿una batalla entre Boet y Despujol?" Yo me sonreí. «En este terreno sí que la temeria, dije; porque el Boet orador no tiene las mismas condiciones que el Despujol abogado." —«¡Bah, bah, bah! exclamó el otro. Si tuviese V. razon, del mismo modo me venceria sabiendo hablar, que dejando de saber; porque contra la verdad no hay palabrería posible."

Conocí que el abogado queria darme una carga, y como, segun ya le manifesté á V., no me disgustaban es-



tas conversaciones, la aceptó: «¡Cómo! dije. ¿Supone usted que no tengo razon? Esto es mucho decir.»—«¿Qué ha de tenerla V., qué ha de tenerla? exclamó el abogado. Apelo á su propia conciencia.»—«Pues hombre, dije, mi conciencia me dice que tengo razon.» El abogado soltó una carcajada. «Señor brigadier, dijo, otra vez ponga usted su cara en armonía con su lengua, porque es expuesto que no vayan de acuerdo. Mientras la lengua decía sí, los colores de la cara decían no; y yo recojo no la palabra de la lengua, sino la de los colores de la cara.» Aunque esta salida me contrarió, lo disimulé, y repuse: «¿Pero por qué no he de ser yo carlista?»—«¿Por qué? usted mismo me lo va á decir, contestó el abogado. ¿Es usted católico fanático ó intolerante?»—«No señor»—«Pues ya no es V. carlista. ¿Es V. político despótico?»—«Todavía menos»—«Pues mucho ménos aun es V. carlista, contestó el abogado. No se necesitan mas pruebas contra V.»

A pesar de conocer que el tunante me habia cogido, no me rendí. «Oiga V., oiga V., dije. ¿Dónde ha visto usted que el carlismo sea lo que V. supone? El carlismo son las antiguas libertades, llamadas fueros, restituidas á los antiguos reinos y condados que formaban la nacion española; y nadie sueña en fanatismos, ni en despotismos.» El abogado volvió á echar una gran carcajada. «Por Dios, por Dios, brigadier, exclamó; no me haga usted reir de este modo, porque soy delicado del hígado, y la risa muy fuerte me daña.»—«Pero hombre, exclamé; si V. se ríe de las cosas mas naturales....»—«¡Oh! ni por pienso, dijo él; sinó que V. dice de un modo tan natural las cosas mas estrafalarias, que no hay medio de contener la alegría que causan.»—«¿Estrafalario llama V. al programa carlista?»—«No, señor; estrafalario es lo que usted ha dicho; porque el programa carlista no son tal y cual proclama hueca que D. Carlos ha dado, sinó los carlistas tomados en masa.» Tal fué la respuesta del abogado.

«V. dice, añadió, que no es partidario del fanatismo católico, ni de la intolerancia religiosa. Sin embargo, es imposible que me niegue V. que el programa religioso del carlismo es la unidad católica, y la intolerancia mas acérrima; y no sé como puede ser carlista quien rechaza un artículo tan importante. Dice V. que tambien recha-

za el despotismo político; y con todo sabe V. perfectamente que la rama de D. Carlos ha significado siempre el despotismo; y que las pomposas y oscuras promesas del actual pretendiente distan mucho de contradecir un concepto tan claro.”

«¿A quien se le ocurre pensar, continuó; que ahora quepa restablecer los antiguos fueros y los Estados españoles? Aquellas leyes cabian en estas sociedades, que estaban organizadas de un modo idóneo para usarlos; pero en las nuestras no habria ni siquiera medio de aplicarlas. Los fueros, señor brigadier, eran algo, porque la nobleza era una potencia militar con ejércitos y plazas fuertes suyas; el clero otra potencia todavía mas fuerte, pues abrazaba lo eclesiástico, lo económico y lo militar; y la clase media otra todavía mas fuerte, por disponer de grandes ciudades inexpugnables, de arsenales y dársenas, de ejércitos amaestrados y de riquezas inmensas. ¿Querrá usted persuadirse que D. Carlos volverá á edificar los grandes castillos de la nobleza feudal para dárselos en feudo; restablecerá los obispados, arzobispados y abadías con sus vastos y fortificados dominios, cañones y guarniciones; y reorganizará las municipalidades y las diputaciones provinciales con sus derechos nacionales é internacionales, con sus fortificaciones y armamentos marítimos y militares? D. Carlos lo quisiera, que no podria. Ahora bien, los antiguos fueros sin estas garantías no son nada no valen un céntimo, son lo mismo que letra muerta.”

«La prueba la tiene V. en que fueron desapareciendo, á medida que cayó la organizacion social que los habia adquirido y disfrutado. Mientras la nobleza, el clero y la burguesía fueron cada uno una potencia militar, hubo fueros; porque con el miedo de las armas los defendian contra la mala voluntad de los reyes; pero así que desaparecen las fuerzas militares de la nobleza y del clero, y quedan reducidas las libertades á las garantías del poder de la burguesía, los fueros se extinguen, despues de una agonía mas ó menos violenta. Así es que hablar de fueros en este siglo y en este año de 1875 equivale á decir al que escucha: *riase V., porque bromedmos.*”

Las razones del abogado me gustaron mucho, demostrándome claramente cosas que me eran desconocidas, y que mas adelante aproveché mucho. Pero como mi papel no consentia que lo demostrase, aparenté mucha cul-

ma, y sonriéndome, le dije: «Todo esto prueba, señor letrado, que V. habla bien; afortunadamente no prueba que tenga razón. Yo no puedo oponer facundia á facundia, elocuencia á elocuencia; y en este concepto me doy por vencido. Sin embargo, puedo refutar todo su discurso con cuatro solas palabras: *Las provincias vascas prueban todo lo contrario.*» El abogado se sonrió, y mirándome á fondo, me dijo: «Aunque me parece que en su interior usted mismo no cree en argumento tan baladí, voy á contestarle, aparentando que lo he tomado en serio, á fin de convencerle de que la causa carlista no es mas que una causa de opresion y despotismo.»

## XXVII.

### Los fueros y los carlistas.

*Milan 29 de Julio.*

«Los fueros antiguos, dijo el abogado, tenían tres caractéres, uno político, otro militar y otro administrativo; y todos se identificaban de tal modo, que formaban una especie de soberanía local y provincial, menoscabada tan solo por algunos deberes para con la monarquía. En virtud de estos fueros, los Estados, ya fuesen aristocráticos, ya municipales, ya eclesiásticos, eran dueños de sí mismos hasta tal punto, que ni las constituciones de los Estados Unidos y de Suiza consignan á los de sus respectivos países tantos y tan grandes derechos. Le he hecho á V., señor brigadier, este preámbulo á fin de que se convenza de que las Provincias Vascas no prueban nada.»

«Ahora bien, prosiguió el abogado, ¿que carácter tienen hoy en día los *fueros vascos*? Un carácter puramente administrativo, con la exención del servicio militar en tiempo de paz; y ha de saber V., que si nuestros antepasados oyeran cacarear tanto esta clase de fueros, se volverian á morir de lástima y vergüenza de los cacareadores. Las Provincias Vascas son independientes en lo que se refiere á la administracion; y están sujetas á las leyes



ma, y sonriéndome, le dije: «Todo esto prueba, señor letrado, que V. habla bien; afortunadamente no prueba que tenga razon. Yo no puedo oponer facundia á facundia, elocuencia á elocuencia; y en este concepto me doy por vencido. Sin embargo, puedo refutar todo su discurso con cuatro solas palabras: *Las provincias vascas prueban todo lo contrario.*» El abogado se sonrió, y mirándome á fondo, me dijo: «Aunque me parece que en su interior usted mismo no cree en argumento tan baladí, voy á contestarle, aparentando que lo he tomado en serio, á fin de convencerle de que la causa carlista no es mas que una causa de opresion y despotismo.»

## XXVII.

### Los fueros y los carlistas.

*Milan 29 de Julio.*

«Los fueros antiguos, dijo el abogado, tenían tres caractéres, uno político, otro militar y otro administrativo; y todos se identificaban de tal modo, que formaban una especie de soberanía local y provincial, menoscabada tan solo por algunos deberes para con la monarquía. En virtud de estos fueros, los Estados, ya fuesen aristocráticos, ya municipales, ya eclesiásticos, eran dueños de sí mismos hasta tal punto, que ni las constituciones de los Estados Unidos y de Suiza consignan á los de sus respectivos países tantos y tan grandes derechos. Le he hecho á V., señor brigadier, este preámbulo á fin de que se convenza de que las Provincias Vascas no prueban nada.»

«Ahora bien, prosiguió el abogado, ¿que carácter tienen hoy en día los *fueros vascos*? Un carácter puramente administrativo, con la exencion del servicio militar en tiempo de paz; y ha de saber V., que si nuestros antepasados oyeran cacarear tanto esta clase de fueros, se volverian á morir de lástima y vergüenza de los cacareadores. Las Provincias Vascas son independientes en lo que se refiere á la administracion; y están sujetas á las leyes

generales en todo lo que se refiere á la política. ¿Es esto lo que Vds. quieren dar al resto de España? ¿consisten en esto los antiguos fueros que Vds. se proponen conceder? Pues guárdenlos; y buen provecho les hagan; porque aunque sean preciosos como autonomía provincial, nosotros no los queremos, ni de balde, con gente del linaje de D. Carlos.”

Mientras mi interlocutor decía esto, yo pensaba: «Ni esto, hombre, ni esto dará el carlismo; porque harto dice el Pretendiente que los fueros del Norte son una anti-gualla ridícula y odiosa, de la cual se deshará así que pueda.” Con todo, disimulé, y aparentando buen ánimo, dije al abogado: «Señor mío, bien se conoce que no ha estado V. en las provincias que todavía gozan de los fueros, cuando tanto desprecio hace de estos. Si viera usted lo adelantados que están los vascos sobre el resto de los españoles; si viera V. cuán extendida está allí la instrucción del pueblo; que sencilla es y eficaz la administración; qué hermosas carreteras existen, y que abundancia hay de caminos vecinales, no hablaría V. de este modo.” El abogado se sonrió, y dijo: «Está V. muy equivocado; suponiendo que no conozco aquel país, pues he viajado por allí mucho tiempo, y sé al dedillo todo lo que usted me ha dicho. Pero el error de V. y de los mismos vascongados consiste en atribuir tan solo á los fueros, aquellas ventajas materiales, cuando gran parte de ellas la deben indirectamente á las leyes políticas de España, según le voy á demostrar á V.”

«Hé aquí una cosa bastante nueva, repuse. Ya estoy deseando que V. me la explique, siquiera para admirar su ingenio.”—«Sr. brigadier, dijo el abogado. Está V. muy guason, pero le advierto que hay tanta diferencia entre la guasa que me ha hecho sobre Despujol y la de ahora, que se conoce á la legua que solo aquella era sincera.”—«No es mal recurso oratorio, repuse yo. Adelante, señor abogado de causas desesperadas. ¿Aquí de su elocuencia!”—Mire V., señor brigadier, dijo el abogado; las Provincias Vascaas han podido sacar gran partido de sus fueros, ó lo que es lo mismo, de su autonomía administrativa, porque en la parte política han estado sujetas al régimen constitucional, ó sea á lo que Vds. llaman liberalismo; cuyo régimen, aunque seguido de mala gana y con mucha corrupcion durante el reinado de Isabel II, ha

abrigado los derechos administrativos de aquellas provincias, colocando una valla entre ellos y la arbitrariedad política del gobierno central, que desde hace muchos siglos ha venido sistemáticamente arrebatando á los españoles toda la autonomía que adquirieron en la edad media."

Confieso que esta idea me sorprendió y llamó mucho la atención. Pero me callé, para no interrumpir al interlocutor, que continuó así: «En efecto colocados los fueros vascos bajo la égida del constitucionalismo nacional, velaba por su integridad y autoridad la prensa, la tribuna y la opinión pública; y nadie podía hollarlos sin chocar con estos formidables adversarios. En virtud de esta garantía, el gobierno central no podía atacarlos, sin una ley votada en Córtes; y esta ley no podía aparecer, sin haber antes arrostrado el fuego de la publicidad, de la discusión y de la conciencia nacional."

«¿Por ventura imagina V., prosiguió, que esas odiosas oligarquias que han gobernado á España, esos O'Donnell, esos Narvaez, esos condes de San Luis, esos Gonzalez Bravo, no han tenido por los *fueros vascos* la antipatía mas profunda? ¿cree V. que la gana de acabar con ellos no les ha saltado muchas veces por el cuerpo? Sí, señor, si señor; no lo dude V.; porque yo se de algunos que hablaban de los tales fueros con mucho despecho: ¿pero cómo deshacerse de ellos? ¿cómo romper un pacto hecho en Córtes del modo mas solemne? No podían sino en virtud de una ley de perfidia descarada, cínica é infame, votada por otras Córtes; y no hubo valor para proponer tal canallada, ni á haberla propuesto, hubiera habido valor en unas Córtes para llenarse de infamia y oprobio, votándola. Hé aquí, pues, como los señores vascongados deben su libertad administrativa á la sombra de libertad constitucional de que ha disfrutado la nacion; y sino lo conocen es porque aunque V. asegura que son muy instruidos, yo opino que son gente de miras muy cortas, y de completa falta de mundo."

«A pesar de esto, añadió el abogado, los vascos nos han pagado este beneficio á los liberales con la mayor ingratitud; han mostrado un gran deprecio por aquel constitucionalismo á que debían todo lo que eran, y no contentos con esto, llegada la revolucion de setiembre, han roto el pacto que habian celebrado con nosotros; han



fallado por dos veces á la paz, con el objeto de derribar el constitucionalismo, de hundir las libertades democráticas que habíamos alcanzado, y sentar en el trono de España á un hombre como D. Carlos, prototipo del absolutismo mas despótico, y de otras cosas que todos sabemos. Las provincias han demostrado así que no sabian lo que se pescaban; que estaban locas rematadas; que eran un país de gente simple y atontada; pues ellas mismas corrian á su pérdida tanto si eran vencidas, como si eran vencedoras; porque si pierden, como será natural, las Cortes españolas, viendo que han roto el pacto que habian celebrado con los liberales, se negarán á reanudarle, y quedarán abolidos los fueros; y si los carlistas ganan, cosa muy inverosímil, las Provincias Vascongadas perderán la garantía constitucional que cubria su autonomía, y D. Carlos les quitará esta cuando quiera, por medio de un simple decreto, lo cual no dejará de hacer, porque todos los reyes absolutos han sido siempre enemigos acérrimos de los fueros.

Era tan clara y evidente esta argumentacion, que no sabiendo como acabarla, me reduje á asirme de algunos detalles. «De modo, dije, que V. cree que D. Carlos será un rey despótico y absoluto?... Pues se equivoca V., porque D. Carlos dará fueros á todo el país, y con esto no podrá ser despótico, ni absoluto.»—«Pero que fueros? ¿que fueros son estos? repuso vivamente el abogado. ¿Los fueros de las Comunidades de Castilla? ¿los fueros del Justicia de Aragon? ¿los fueros de la Diputacion y del Consejo de Ciento de Barcelona? ¿los fueros de la antigua aristocracia y del clero de la Edad Media? ¿los fueros de los mil y un municipios y lugares que gozaban de privilegios y exenciones? ¿los fueros de las Cortes castellanas, navarras, aragonesas, valencianas, catalanas y demás? ¿dónde han explicado Vds. esto, señores carlistas? ¿cómo han demostrado la posibilidad de hacerlo? ¿se ve V. capaz de decirme, señor brigadier? Vamos, hable usted, hombre, hable V.»

En grandes apuros me puso la dialéctica de mi patron, y así le contesté: «No, señor; el carlismo reconoce la dificultad, ó mejor, la imposibilidad de restablecer los antiguos fueros, tales como existian; porque el país se convertiria en una algarabía y en una especie de casa de locos. Lo que D. Carlos ha entendido prometer es con-

ceder á todas las provincias los fueros de autonomia que poseen los vascos, y las Cortes tal como funcionaban en la Edad Media.”

El abogado se sonrió y dijo: «¡Ah! poco á poco sabremos lo que Vds. quieren. ¿Con qué Cortes y autonomia administrativa provinciales? añadió. Bien, señor brigadier, bien; ¿y sabria V. decirme qué piensa establecer don Carlos en materias de libertad de imprenta?»—«A mí no me espanta ésta, dije; antes bien, la deseo, pues he sido largos años periodista militar. Pero el carlismo niega á la prensa todo derecho de tratar libremente de materias políticas y religiosas, y hasta las científicas que chocan con las revelaciones geográficas de la Biblia.»—«De modo, dijo el patrón, que no habrá prensa política. Así, pues, la autonomia provincial y las Cortes carecerán de esta arma de defensa, de esta campana de rebato para los días de peligro. Ya lo sospechábamos los liberales. ¿Y sabrá V. decirme, señor brigadier, qué piensa el carlismo, del antiguo derecho que tenían las provincias autónomas de poseer divisiones armadas en tiempos de paz? Más claro: ¿quien será el amo de los ejércitos españoles cuando D. Carlos reine?»—«¡Ah! dije yo. En nuestro partido se cree que solo el rey tiene derecho de poseer y mandar ejércitos.»

«Va bien, dijo el abogado. Así tenemos que las provincias y las Cortes carecerán de medios para hacerse respetar, y que D. Carlos en cambio tendrá los necesarios para no dar nada de lo que promete, ó quitarlo, apenas lo haya dado. Y ya que hablamos de ejército, no será malo que le haga á V. una observacion. Entre los fueros de las Provincias Vasconas se halla el de exencion de quintas en tiempo de paz. Pero es indudable que si gobernasen Vds., no podrian cumplirlo, porque la mayor parte de voluntarios carlistas de ahora, terminada la guerra, volverian á sus casas; y con los que quedarian, seria imposible cubrir todas las plazas fuertes y montar todas las guarniciones de las grandes ciudades de España y de las Colonias; de modo que se verian Vds. obligados á quintar.»

«Sin duda, repuse yo. Habria ejército de voluntarios y de quintados; y como ya en la guerra del 35 se siguió el mismo sistema en diversas partes del territorio carlista; hoy tambien lo haremos, así que convenga.»—«Así,

pues, repuso el abogado, bajo el carlismo tambien hay quintas, y los señores vascos que han estado exentos de ellas durante ese constitucionalismo, del cual tantas pestes dicen, las catarian reinando su querido Carlos VII." La deducción me pareció tan lógica que me calló. «En resúmen, añadió el abogado: se desprende de lo que acabamos de analizar: 1.º que el país no poseerá derechos políticos. 2.º que quieras que no quieras, todos los españoles tendremos que ser católicos, apostólicos y romanos, ó marcharnos á otra parte, si antes no nos echan á la cárcel, á presidio ó á la hoguera, por excépticos ó protestantes; que en todo España habrá quintas, puesto que V. mismo ya reconoce que las han impuesto; que disfrutaremos de una administracion autonómica, como la vasca, y de unas Cortes provinciales compuestas de clero, nobleza y burguesía, y presididas por el rey, las cuales se ocuparán tan solo de votar los presupuestos; 3.º que la Corona tendrá todos los derechos políticos, ó sea, que será absoluta; y 4.º que dispondrá del único ejército del país, y podrá servirse de él, sin autorizacion, ni responsabilidad.»

El abogado hizo una pausa, y me miró. «Señor brigadier, dijo, me parece que se calla V. ¿Es esto despolitismo político y fanatismo religioso, sí, ó nó?" Yo, sonriéndome, para ocultar mi confusion, respondí lo siguiente: «Vds., los abogados, tienen un modo de presentar las cosas, que lo blanco, lo muestran negro, y lo negro amarillo; pero aunque yo no sea orador, ni político, le diré que usted ha cargado demasiado el cuadro. Nosotros no pondremos la Inquisicion, ni toleraremos el despotismo real, porque las Cortes sabrán impedirlo.»—«¿Cómo, si no tendrán derechos políticos? exclamó el abogado.»—«Vamos á ver, dije, ¿las antiguas Cortes no se atravesaron á las arbitrariedades de los reyes?"—«Sí, contestó el otro.»—«Pues lo mismo harán las modernas, repuse en tono triunfante.»

El abogado se sonrió, y dijo: «Señor brigadier, deseo que en las operaciones sea V. tan afortunado como en las discusiones, y que los piropos que piensa echar á Despujol tengan el mismo calibre que los de ahora." Yo me sonrei y pensé: *yo procuraré que sean de mas efecto;* pero contesté muy tranquilo: «¿Cómo! ¿aun no está usted convencido?"—«Mucho que sí, dijo: convencidísimo



de que es V. tan carlista, como Espartero." — «Aquí está la boina que lo prueba, repuse." — «El hábito no hace el monje, me contestó. Pero continuemos desmenuzando el programa carlista, es decir, el bromazo que Vds. llaman programa. Fijémonos en si pondrán ó no Inquisición, y en si las Córtes provinciales serán ó nó dueñas de hacer algo. En el reinado constitucional de D.<sup>a</sup> Isabel, había leyes por las cuales los protestantes españoles tenían pena de presidio; y los tribunales, una vez declarada la religion del acusado, le condenaban á aquel castigo infamante. Esto ya era la Inquisición suavizada. Pues bien, será muy lógico que cuando Vds. triunfen, impongan leyes mas rigurosas, por ser en puntos religiosos mas exclusivos que el constitucionalismo; y por consiguiente no podrán menos de restablecer el Tribunal de la Fé, aunque le den otra forma. ¿Tiene V. algo que objetar?"

Yo me callé, porqué la razon no tenía vuelta de hoja, y el patron continuó: «Si las Córtes antiguas fueron una valla del despotismo, tambien lo serán las modernas, dice usted. Yo le voy á demostrar á V. que aunque D. Carlos concediese Córtes provinciales, cosa que niego, haria de ellas lo que quisiera. Los fueros antiguos, señor brigadier, eran un conjunto de privilegios políticos, administrativos y militares, que componian lo que hoy llamamos *Constitucion*; de modo que ese constitucionalismo de cual los carlistas abominan tanto, nunca ha estado en mayor auge que en esta Edad Media que tanto ponderan, sin duda por no conocerla. Ahora bien, las Córtes provinciales eran una de las corporaciones destinadas á velar por la integridad de la *Constitucion*; y como tenían este derecho, y disponian de buenas tropas para usarlo, se oponian enérgicamente á las arbitrariedades de la corona, y aunque no siempre las enderezaban; al menos impedian mucho."

«Pero como el carlismo no concederia á las provincias ningun derecho político, ni militar, las nuevas Córtes no podrian ocuparse de lo que no las incumbia; y en caso de extralimitarse, el rey absoluto podria facilmente disolverlas, y echar los diputados á la cárcel. Hay mas. Esas Córtes se componian de los tres estamentos, nobleza, clero y burguesía; pero habria entre ellos y los antiguos una gran diferencia muy importante. Los antiguos como tenían todos una situacion política, militar y ad-

ministrativa privilegiada, estaban igualmente interesados en el cumplimiento de la Constitución que la garantizaba; lo cual á veces daba á las Cortes una homogeneidad espantosa contra el despotismo real. Los modernos, por el contrario, se hallarian divididos en este punto; porque la nobleza no seria mas que una clase particular adicta al rey, y dependiente de este; el clero otra clase del mismo orden, sin mas intereses nacionales que el exclusivismo religioso; y tan solo la burguesía estaria pendiente de la administracion del país, por ser la que, unida con la plebe, produce la riqueza.”

«El resultado seria, dijo mi interlocutor, que en las Cortes la nobleza y el clero estarian de parte del rey, y la burguesía de la parte del país; y que siendo dos los brazos favorables al despotismo de la Corona, el monarca sacaria las contribuciones que le diese la gana, haria todos los atropellos que le pasasen por el magin, mandaria á paseo á Cortes y autonomía, y gobernaria como monarca absoluto. Así, pues, señor brigadier, no le dé V. vueltas; el verdadero programa del carlismo es el fanatismo religioso y el despotismo monárquico; y todo lo que se dice de fueros y privilegios no es mas que miel para enganar... permítame V. la expresion: para enganar á los asnos.”

Mucho más hablamos, disputamos y discurrimos el abogado y yo aquella noche; y aunque me batió en todos conceptos, le dí las gracias en mi interior, porque aprendí mas en tres horas de conversacion política con él, que no lo habia hecho en toda mi vida.

## XXVIII.

### Las comedias de la Marcha.

*Milan 1.º de Agosto.*

Entretanto habia enviado á Daroca algunos confidentes para que vigilasen la ciudad, y el dia de mi llegada saliesen á darme parte de lo que hubiesen visto; habia hecho explorar los caminos por gente práctica, disfrazada

ministrativa privilegiada, estaban igualmente interesados en el cumplimiento de la Constitución que la garantizaba; lo cual á veces daba á las Cortes una homogeneidad espantosa contra el despotismo real. Los modernos, por el contrario, se hallarian divididos en este punto; porque la nobleza no seria mas que una clase particular adicta al rey, y dependiente de este; el clero otra clase del mismo orden, sin mas intereses nacionales que el exclusivismo religioso; y tan solo la burguesía estaria pendiente de la administracion del país, por ser la que, unida con la plebe, produce la riqueza.”

«El resultado seria, dijo mi interlocutor, que en las Cortes la nobleza y el clero estarian de parte del rey, y la burguesía de la parte del país; y que siendo dos los brazos favorables al despotismo de la Corona, el monarca sacaria las contribuciones que le diese la gana, haria todos los atropellos que le pasasen por el magin, mandaria á paseo á Cortes y autonomía, y gobernaria como monarca absoluto. Así, pues, señor brigadier, no le dé V. vueltas; el verdadero programa del carlismo es el fanatismo religioso y el despotismo monárquico; y todo lo que se dice de fueros y privilegios no es mas que miel para enganar... permítame V. la expresion: para enganar á los asnos.”

Mucho más hablamos, disputamos y discurrimos el abogado y yo aquella noche; y aunque me batió en todos conceptos, le dí las gracias en mi interior, porque aprendí mas en tres horas de conversacion política con él, que no lo habia hecho en toda mi vida.

## XXVIII.

### Las comedias de la Marcha.

*Milan 1.º de Agosto.*

Entretanto habia enviado á Daroca algunos confidentes para que vigilasen la ciudad, y el dia de mi llegada saliesen á darme parte de lo que hubiesen visto; habia hecho explorar los caminos por gente práctica, disfrazada



da de campesino, y recibido partes del resultado; en términos que considerando bien tomadas todas las precauciones necesarias, emprendí la operación el día 3 de febrero con gran sigilo y actividad.

Tratábase de resolver un problema muy difícil, como era llegar á Daroca por un camino de muchísimos kilómetros, que los carlistas nunca frecuentaban; sin ser visto de los pastores, de los caminantes, ni labradores; pasar á escondidas por entre varios pueblos liberales, y llegar en dos jornadas á la ciudad, antes que esta tuviese, no ya noticia, sino ni siquiera la menor sospecha del peligro. Con los datos que recogí hice lo siguiente: enderecé mi marcha por los puntos donde había montañas, valles, ú hondonadas; me proveí de raciones para dos ó tres días; y llegada la noche caminaba diligentemente, y de día me ocultaba en los sitios profundos, donde pasaba con mucho orden las horas de luz; colocaba retenes agachados y emboscados en las avenidas y sitios dominantes, desde los cuales los caminantes y pastores pudiesen descubrirme; y les daba la consigna de dejarlos llegar á un punto donde no pudiesen escaparse; prenderlos con todo lo que llevasen, y conducirlos á mi escondite. Así atravesaba de noche los parajes descubiertos y llanos que forman la mayor parte de aquel terreno; y como de un solo tirón, ó sea en una sola noche, no podía llegar á Daroca, evitaba que de día se descubriese mi marcha.

El resultado correspondió á mis previsinos; aunque la operación era de un género, que por calculada que fuese, pendía siempre de un pelo. Apenas clareaba, los batallones y caballos se metían detrás de alguna montaña, y si no la había, en alguna hondonada de las mas profundas; mis centinelas tomaban disfrazados todos las avenidas, y así que algun mísero labrador ó caminante caía en la ratonera, la cerraban, y me presentaban el ratón, todo sorprendido, asustado y asombrado de ver carlistas en aquellas tierras y en aquel sitio.

Entonces ocurrían las escenas mas cómico-sentimentales que cabe imaginar. A veces cogían á una mujer con la vaca de su casa, y me daban el parte de la captura. La mujer llegaba temblando, por creer que iba á fusilarse á ella, ó al menos á comérmele la vaca. «¡Señor, por Dios! exclamaba. ¡Gracia por mi vida! ¡compadézcase

usted de mi vaca! la pobre bestezuela es el único bien que yo y mi marido tenemos.”—«No tema V., ni por su vida, ni por el destino de la vaca, le decia. Lo único que haremos será retenerla á V. y á su vaca un par de dias, despues de los cuales la pondremos en seguida en libertad, dejándole la vaca.

La pobre labradora quedaba asustada. «¡Dos dias, señor! exclamaba. ¿Y que dirá entretanto mi marido al ver que no regresamos la vaca y yo? Al menos, señor, déjeme llegar á la dehesa próxima, donde hay unos amigos que le darán el recado; ó permítame que le envíe la vaca, que la pobre bestezuela ya conoce el camino, y volverá paso á paso el establo; y aunque mi marido al verla sola, me tenga á mí por muerta, siquiera el pobre hombre se consolará pensando que si ha perdido la mujer ha salvado la vaca.”

Otras veces cogian á tres ó cuatro pastores con todos sus ganados; y hombres y bestias entraban en mi escondrijo bien custodiados para que no escapara nada. «Vamos, buena gente, decia yo; no hay que asustarse; nosotros no os maltrataremos; solo os haremos pasar uno ó dos dias en nuestra compañía, y luego os dejaremos ir. Aquí comeréis con nosotros, sin faltarnos nada.”—«Pero señor, exclamaban; ¿que dirá nuestro amo cuando vea que no regresamos con el ganado? El hombre se va á volver loco, y lo atribuirá á descuido nuestro y nos regañará.—«No entiendo de esto, contestaba yo. Vosotros podeis imaginar mucho mejor lo que dirá, hará y pensará. Lo que os aseguro es que si se entristece y encoleziza por esa desaparicion, se va alegrar mucho mas cuando os vuelva á ver.”

En una de aquellas emboscadas, me trajeron á un caballero que habia salido á cazar. «Esto sí, exclamaba, que ha sido ir á caza y ser cazado. ¿Pero, señor brigadier, añadió? quién diablos me habia de decir que hubiese hoy por estas tierras tan peligrosos cazadores?”—«Así va el mundo, señor cazador, le contesté.”—«Por Dios dijo; no me llame *señor cazador*, sino *señor cazado*. Yo sí que he ido por lana y he quedado trasquilado. Si las aves supiesen el favor que hoy les ha hecho V., le darian un concierto en este lugar, para reconocerle el servicio.” Yo me ref y dije: «Celebro mucho que la Providencia me haya permitido hacer una obra tan humanitaria; aunque me veo

tambien obligado á sentirlo, porque como me cuesta mantenerle á V., he de escatimar las raciones de mi gente.”—«¡Oh! exclamó él. Hay un medio muy sencillo de evitarlo. Déjeme V. partir, ponga en libertad á los otros detenidos, y en breve quedará V. libre de tan molesta carga.”—«Es cierto, respondí, pero la descarga de ustedes me sería mas cargante que la carga. Y así en caso de apuros, será mejor que les ponga á Vds. á dieta, la cual quizá tenga el resultado de evitarles alguna plenitud de estómago.” El caballero me contestó riendo: «Mejor y mas propio será que se pongan Vds. á dieta, porque como se llaman los defensores de la religion, los ayunos deben aprovecharles mas que á nosotros, que por ser liberales, corremos mal con el cielo.”

Finalmente, entre otros, hubo un episodio muy cómico, de aquel género que gustaba tanto á Moliere. Me presentaron á un labrador ya entrado en años, que llegó á mi presencia mas muerto que vivo. «¿Quién sois y á donde vais? le pregunté.”—«Señor, me contestó, soy un pobrecito labrador, vivo á media legua de aquí con mi mujer que los dos en santa paz conyugal nos cultivamos un pequeño campo que heredé de un tio mio, que ya ha muerto, el buen hombre, y debe de estar en el cielo, porque era un hombre de bien á carta cabal, y me dejó este campo, que Dios se lo pague, y ha de saber V. que en nuestro campo cultivamos una hortaliza muy regalada, con unas frutas que dicen *cómeme, cómeme*, que si V. pasa un dia por allí no tiene mas que tender los ojos, y el mejor campo, aquel es el mio, que llaman el campo del tio Calabazas. Porque yo, señor, me llamo el tio Calabazas no porque mi apellido sea así, sino porque mi padre, antes de casarse, quiso ser cura, y fué á estudiar en el Seminario el latin y todas aquellas retóricas que allí enseñan, y como el buen hombre tenia mas cabeza para labrar que para leer, cada año en los exámenes sacaba calabazas, y tantas fueron las que recogió, que el hombre se cansó, y volvió al campo, donde desde entonces le llamaron el *Calabazas*, y Calabazas quedó la familia, y Calabazas soy yo, y si como mi mujer nunca ha parido, hubiese parido un regimiento de chicos, Calabazas se llamaran todos.”

No me divirtió poco la explicacion del rústico, y mas de una vez me sonreí del candor con que la hacia. «Bien



dije. ¿Y ahora donde vais, tío calabazas?"—«Señor, me contestó, á media legua de aquí, á casa de un compadre; porque ha de saber V. que la tía Calabazas ha caído enferma; y ayer el señor médico me la purgó, y como la purga no ha hecho efecto, aunque era muy fuerte, porque era de aceite de trementina, que dicen que es capaz de remover á una montaña; hoy, como íbamos diciendo, el médico me ha dicho que le diera un lavativazo, y por no tener otra jeringa que la de dar lavativas á la mula, voy á pedírsela prestada á mi compadre, que tiene una, muy grande y muy buena, que cabe dentro una cuba de agua, y segun sabe ya V. lo eficaz de estas cosas es que haya agua, que cuanto mas agua, mas estrépito."»

En poco estuvo como no solté la carcajada; pero me reprimí, considerando el apuro en que iba á poner al pobre labrador, pues aunque el caso fuese delicado, no tenia mas remedio que secuestrarlo como á los demás. «Pues bien, tío Calabazas, le dije; por hoy vuestra mujer tendrá que esperar, porque no puedo dejaros ir; y aunque me duele, habreis de pasar el dia con estotra gente."» —«Ay, señor! exclamó llorando el labrador: ¿qué dirá la tía Calabazas cuando vea que su maridito el tío Calabazas no regresa? ¿qué susto no tendrá? Y sobre todo, señor, que espera esa jeringa como un dia de mayo."»

«¡Es lástima, tío Calabazas, le contesté; pero no puedo complaceros. Tened paciencia hasta mañana."»—«Al menos, señor, exclamó él, compadézcase de la tía Calabazas; déjeme ir por la jeringa, aunque sea acompañado de seis carlistas; yo tomaré el instrumento de casa mi compadre, sin decir esta boca es mía; enseguida correré á casa, le daré la medicina á la tía Calabazas, y palabra de aragonés, volveré enseguida aquí hasta que V. quiera que me vaya; y si descubro nada de lo que he visto, que San Pedro en la otra vida no me deje entrar en el reino del cielo."» A pesar de esta terrible imprecacion, el tío Calabazas no pudo ir por lo que necesitaba; y la tía Calabazas pasó aquel santo dia esperando el cañon Krup que la habia de salvar.

En una de las dos jornadas que empleé en llegar á Daroca, ocurrió en mi division una escena, que le quiero referir, por pintar al vivo á los carlistas de la plebe. Me hallaba dormitando en el rincon de un valle, cuando me tocó uno de mis ayudantes, diciendo: «¿Duerme V., mi

brigadier?" Abrió en seguida los ojos, y contestó: «No por cierto. ¿Hay alguna novedad, ó algun parte?" El ayudante se sonrió. «No, señor, dijo. Solo que queria decirle que si tiene humor para pasar un buen rato, se venga conmigo. Allá abajo, detras de aquellos matorrales, hay una treintena de voluntarios, que sentados encima de la yerba, hablan de politico, y sueltan cada disparate que tiembla el misterio. Cualquiera puede ocultarse detras de las matas y oirlos, sin ser visto."

Picóme la curiosidad de saber á cuantas estaban de aquella materia mis subordinados, porqué dado el atraso de que yo me resentia, imaginé que debian saber una gramática muy parda; y acompañado del ayudante, di un rodeo en direcciu á aquel sitio. Mis tropas se hallaban tendidas acá y allá, por las sinuosidades, en un desórden calculado y con las armas colgadas del hombro; y unos conversaban, otros dormian, otros comian ó se preparaban la comida. Los oficiales formaban grupos entre ellas, distrayéndose sin dejar de vigilarlas. Llegamos á los matorrales, sin inspirar sospechas, y sentándonos en el suelo, como si quisiésemos hablar solos, encendimos unos cigarros y nos pusimos á escuchar á los de la otra parte.

«Tus explicaciones no valen un comino, dijo uno; y lo que has endilgado no es carlismo, ni tiene sentido comun."—«Pues explicalo tú mejor, repuso otra voz ameslazada."—«Claro que lo haré, replicó el primero; y vas á ver con qué facilidad. Escuchadme todos, añadió. Nuestro programa está encerrado en seis palabras, que son *Dios, Patria, Rey, Paz, Orden, Justicia*; ¿verdad?"—«¡Chel es cierto, respondieron á coro muchas otras voces."—«Pues ahora solo falta que expliquemos lo que se entiende por *Dios, Patria, Rey, Paz, Orden, Justicia*; y hecho esto, punto final."—«Claro ¡chel respondió el mismo coro."—«Aquí te quiero ver, señor majo, repuso la segunda voz."—«Aquí me verás, dijo el primero; y si no confiesas que lo entiendo mas que tú, que me arranquen las orejas. ¿Qué queremos decir nosotros proclamando á *Dios*? que cuando gobernaremos, la religion ha deser una verdad para los pobres; en lugar de ahora, que solo lo es para los ricos; y que los curas habrán de ir muy derechos, sin hacer diferencias de quien tiene más y quien tiene menos; y que del mismo modo deberán servir al

que no tiene, que al que tiene; en vez que ahora lo hacen al revés, porque con los ricos son todo mieles, y á los pobres los tratan como asnos. ¿Me explico?"

«¡Che! tiene razon, dijo á coro la mayoría.—«¿Si la tiene? repuso uno. Tanta tiene que se le cae de encima. Pues ¿no es cosa lo que ahora está pasando? añadió. Solo los ricos pueden ir al cielo, ó salir del purgatorio, porque los pobres no tenemos *cumquibus*. Si te mueres paga, para que te viatiquen un poco bien; si naces, paga, para que te bauticen; si te casas, paga, para que te casen; si sacas la fé de bautismo, paga, para que te la den; si quieres que digan una misa á la intencion de tu padre, ó de tu madre, paga; si un novenario, paga; y si falta el dinero, allá te las hayas. ¿Es justo esto?"—«No, che, no! respondió el coro con indignacion."—«Así vemos, prosiguió el comentador, que esos curas se las componen de tal modo, que solo los ricos pueden vivir y morir como cristianos. ¿Es justo esto? ¿No es cristiano el pobre? ¿Por ventura dijo Dios que los pobres habian de pagar para ser de su ley?"—«No, no, ¡che! contestó el coro."

«Luego, repuso el orador; nosotros, que queremos que la religion sea una verdad, y que la defendemos con nuestra sangre; cuando ganemos, pondremos orden en esta anarquía; y los curas tendrán el deber de tratarnos bien, y de hacernos de balde lo mismo que hacen á los ricos." Otra voz tomó la palabra. «Lo que has dicho es tan cierto, dijo, que á mi se me habia ocurrido lo mismo, hace mucho tiempo. Porque, por ejemplo: ha de darse Nostramo á un rico que se muere; y el clero sale en procesion, bajo palio, con aquellas capas llenas de oro, que todos parecen unos papas; con grandes hachas encendidas, y van á casa del rico, poco á poco, con la mayor pausa, cantando sus letanias y gori-goris, sin mirar á una ni á otra parte, todo atentos y asimismados, como si no fueran de este mundo. Pero agoniza un pobre; y va á llevarle el Señor un solo cura, vestido á lo casero, y acompañado de un par de monaguillos con faroles ó hachones; y los tres caminan muy aprisa, que parece que les falta tiempo de llegar, ó que les esperan para otra cosa; y en vez de cantar, rezan entre dientes. ¿Por qué, pregunto, esta diferencia entre cristianos?"

«¡Toma! exclamó uno. Cada cual lo adivina."—«¿Pero manda Dios que se haga esto? repuso el otro. ¿En que lu-



gar de las Sagradas Escrituras dijo *tratarás al pobre pobremente y al rico ricamente?* En ninguno. Porque al contrario, lo que él dijo fué que al pobre los curas debían tratarlo como á rico, y no sé si también dijo que al rico como á pobre; pero yo no me opongo á que nos traten á pobres y ricos por igual.”—«Bien dicho, exclamaron varios. ¡Che! Ya que todos somos cristianos, que se porten con todos del mismo modo.” Entonces el que había iniciado la explicación, repuso: «Así, pues, camaradas, cuando nosotros triunfemos, los curas tendrán obligación de servirnos á los pobres de otro modo; porque siendo el carlismo la pureza cristiana en toda su perfección, *Dios* triunfará, es decir, que triunfará el *Dios* verdadero, el de las Sagradas Escrituras, el que dijo que era amigo de los pobres y de los mansos, y que enseñaba su religión sobre todo para estos; y entonces nos bautizarán y enterrarán de balde, nos dirán misas y oficios de balde, y tan solemnes serán las ceremonias para nosotros, como para los ricos.”

«Y si hay curas que hagan diferencias, añadió uno, el rey Carlos VII echará un pregon con una ley que diga: *¡Tre, tre, tre, traá!* Se avisa á todos los curas, sacristanes, obispos, arzobispos, canónigos y monaguillos, que S. M. don Carlos VII manda y ordena lo siguiente: Por esta ley todo eclesiástico que haga diferencias entre rico y pobre, y que se haga pagar de este será ahorcado sin remedio.—Yo, Carlos VII.”—«Bien dicho, exclamó el coro.”—«Una ley así es lo que falta en España, dijo uno. Si se hubiese escarmentado de este modo á algunos, haciéndoles cumplir la ley de Dios, otro gallo nos cantara á los pobres.” Otro tomó la palabra. «¡Che! Yo opino, dijo, que S. M. el rey Carlos hará poco, condenando á la horca á los que faltan á la ley. Mejor sería que los hiciese enterrar vivos, como dicen que hacia D. Pedro el *Cruel*. De este modo sí, que habría un buen escarmiento. La horca me parece demasiado blanda.”—«Sea como fuere, repuso el iniciador, es indudable que cuando nosotros ganemos, habrá leyes muy serias contra los abusos del clero; y ahora pasemos adelante, porque aun hemos de decir mucho sobre esta y las demás materias.”

XXIX.

**Dios Patria y Rey.**

*Milan 2 de Agosto.*

Tanta gracia me hizo aquel principio de discusion, que, la verdad, me pareció una de las cosas mas exquisitas, que jamás hubiese oído; y así, reprimiendo las explosiones de risa que por dos ó tres veces me asaltaron, continué guardando silencio, para no perder una sola palabra. «Ya sabemos, dijo el primer orador, lo que los carlistas entendemos por Dios con respecto á nosotros mismos; y ahora hemos de saber lo que se entiende con respecto al prójimo, es decir, á los liberales y á los extranjeros. Al proclamar nosotros á Dios como primer grito de nuestra bandera, queremos significar que así como los curas nos han de tratar á nosotros como la ley divina manda, así debemos nosotros tratar al prójimo cuando gobernemos.» Se oyó un poderoso murmullo que decía: «¡Che! Bien dicho, bien dicho.» Era el coro que aplaudia.

El orador prosiguió: «¿Qué trato manda Dios que se dé á los que no siguen su ley? Bueno, muy bueno, segun consta en las Sagradas Escrituras; porque no quiere que á nadié se convierta por fuerza, ni que nadie abrace su religion, sin estar convencido de que es la única verdadera; ó sea perseguido y molestado por seguir otra. Así pues, camaradas, nuestro lema *Dios* significa que si en España vienen moros, protestantes, judios, ó gente de otra secta; ó hay españoles que no creen en la religion católica, nosotros no debemos hacerles daño, sino respetarlos, y todo lo mas podemos discutir con ellos que nuestra ley es mejor, á fin de que la abracen.»

Al llegar á este punto, se oyó una voz que dijo: «¡Ah! yo creía que cuando nosotros gobernásemos, se prohibiria seguir otra religion que la católica....» —«Imposible, replicó el primer orador. ¿No ves que entónces no hubiéramos adoptado por lema la palabra *Dios*, quién nos manda que amemos y respetemos al prójimo de cualquier re-

ligion que sea, y mucho más si es de otra?....” — ¡Che! Tienerazon, contestaron muchas voces.” — «Además, repuso el orador, ¿no conoces tu mismo que si hiciésemos lo que dices faltariamos á otra parte de la ley de Dios; porque éste ha mandado á los cristianos que fuesen á enseñar su religion por todo el mundo; y si los cristianos impidiesen que los herejes y los moros y las otras sectas viniesen á España, entonces los de Morería y de la China y otros lugares incrédulos nos prohibirian ir á sus tierras á predicar las Sagradas Escrituras?” — «Es cierto, contestó la voz que habia dudado. Ahora me has convencido.” — «Con que, añadió el orador, ya sabemos completamente porque el partido carlista ha adoptado el lema *Dios*; y ahora vamos al de *Patria*.”

Hubo una pausa, durante la cual mi ayudante mirándome con la risa en los labios, me dijo en voz baja. «¿Pero mi brigadier, no vé V. como esos barbaros creen que defendemos la libertad de cultos? No sé qué pagaria porque les oyeran los curas de nuestros batallones. ¡Cómo se pondrian de furiosos! ¡qué escena tan divertida seria!” — «Empiezo á sospechar, contesté, que nuestros voluntarios van á explicar al revés todo lo que defienden. Pero callemos; que el apologista reanuda su discurso.” En efecto, el orador tomó otra vez la palabra. «Habeis observado, camaradas, dijo; que inmediatamente despues de *Dios*, ponemos *Patria*; y esto lo hacemos porque nosotros debemos defender la patria ante todo, contra todo, y prescindiendo de todo, excepto Dios. Y la cosa es clara, si me escuchais bien. Un carlista puede vivir sin Carlos VII, sin órden, sin paz, ni justicia; pero es imposible que viva sin *Patria*; porque entonces no viviria, siendo los muertos los únicos que no tienen patria.” — «Bien dicho, contestó el corro con un grito prolongado.”

«Así pues, continuó el orador, suponed... Pero, esperad un poco. Sepamos antes que es patria. Todos me direis que por patria se entiende que España sea de los españoles, y no de este, ó aquel español; que los españoles podamos vivir en nuestra tierra, como amos de ella, sin que nadie se meta con nosotros, ni nos obligue á llevar cédula de vecindad, ni á decir á la Guardia Civil voy acá ó allá. *Patria* quiere decir que el Gobierno no nos ahogará con contribuciones, obligándonos á expatriarnos, para ganar un mendrugo; por patria se entiende que estaremos bien



en España; que no nos amolarán con quintas, ni matrículas de mar; y que aunque los españoles estemos divididos en partidos, los carlistas nos uniremos con los liberales, así que la patria esté en peligro, á fin de salvarla pronto. En una palabra, *patria* significa que los españoles, todos los españoles, somos los únicos amos de España; que ningun compatriota, ni extranjero puede quitarnos este derecho; y que en nuestro país nosotros mandamos, y nadie más.”—«¡Che! ¡Bravo, bravo, bravo! exclamó el corro.

«Por lo tanto, continuó la voz; el rey Carlos no es nuestro amo; sino nuestro rey; porque la patria es nuestra, y no suya, aunque él sea rey de derecho divino; y si quisiera apoderarse de lo que es nuestro, vendernos al extranjero, ó quitarnos los derechos, entonces todos los españoles deberíamos correr á las armas, sin distinción de partidos, ni de si tu eres liberal y yo carlista; sino unidos como un solo hombre; y defendiendo la patria nuestra, coger al rey Carlos y ahorcarlo por traidor.”—«Muy bien dicho, che muy bien, murmuraron todos. «Pero yo solté una risotada, que afortunadamente pude reprimir, y cuyo sonido no oyeron los del corro, por haberse confundido con los murmullos de este. «Mi brigadier, exclamó el ayudante. ¡Si esto es la soberanía nacional más ilimitada! ¿En qué demonio de carlismo estamos metidos?”—«Calle V., hombre, le dije; yo creo que nuestra gente son inconscientemente anarquistas con boina.” El ayudante iba á contestar, cuando la voz tomó de nuevo la palabra.

«Después de *Patria*, viene *Rey*, dijo. ¿Qué quiere decir *Rey*? Quiere decir *padre de la nación*, ó lo que es lo mismo, *padre de los españoles*. Bueno; ya tenemos lo principal. ¿Qué ha de hacer un rey para ser un verdadero padre de los españoles? Lo mismo que hace un padre de familias con sus hijos. ¿No tiene el deber todo padre de mantener, instruir y gobernar bien á sus hijos, sin hacer diferencias, ni poner privilegios entre hermanos? Hé aquí, pues, lo mismo que ha de hacer el rey con los españoles. Así que Carlos VII suba al trono ha de dar una orden para que todos los españoles seamos iguales, y tanto tenga el uno, como el otro, y tanto valga este como aquel.”—«Sí, ché, si, repuso el corro, hé aquí lo primero que debe hacer.”

«Dejadme decir, repuso el orador. ¿Qué sucede ahora? que en España unos, que somos los más, nos morimos de hambre; y otros que son los menos, están reventando de millones.» Otra voz repuso: «De millones robados al pobre.»—«¡Che! Es muy cierto, muy cierto, exclamó todo el corro.» Entonces sobrevino un poco de confusión, porque hablaban muchos á la vez. «Figuraos, mi casero, exclamaba uno, si ha ganado con los alquileres que le tengo pagados.»—«Mi amo al menos se ha metido en el bolsillo dos mil duros al año con el trabajo que yo solo le he hecho; y pensar que apenas me ha dado dos cientos á mí, que he llevado toda la carga, y que de resultas tuve una enfermedad.»—«¡Che! Y no contais lo que nos ha robado el panadero, acortando el peso del pan? dijo otro.»—«¿Y el agua que el tabernero nos ha echado en el vino, no es esto tambien robar al pobre?... exclamaba otro.

«Silencio, y dejadme continuar, repuso el de la voz. Si todos hablais á la vez, no nos entenderemos.» Entonces se restableció el órden, y el apologista continuó: «Pues como ibamos diciendo, el rey Carlos dá un decreto mandando que todos los antiguos empleados, como ministros, celadores, gobernadores civiles, alguaciles, jueces, concejales, diputados, escribientes, que ha habido en España desde la muerte de Fernando VII, le entreguen dentro del término de veinticuatro horas todo lo que han robado y si no lo hicieren, se les quita todo lo que poseen, y ellos serán ahorcados inmediatamente.»—«Bravo, bravo, exclamó la mayoría.»—«Pero, dime, repuso uno, ¿cómo se conocerá á los que han robado ó no?» Hubo un silencio de suspension. «¿Cómo? repuso el orador. De un modo muy sencillo; diciendo el rey, que como es una cosa pública y notoria que todos han robado; todos deben entregar las dos terceras partes de lo que poseen.»—«¡Che! Bien pensado, dijo la multitud.»

«Entonces el rey, continuó el apologista, dá otra órden, mandando que todos los caseros, arrendatarios y patrones que hubiesen quitado algo al pobre, haciéndole pagar mas alquiler y arrendamiento del que debian, y escatimándole el salario que le correspondia, entreguen tambien como compensacion, las dos terceras partes de de su hacienda, y para averiguarlo, se deberá mandar que se oigan contra los caseros, arrendatarios y patrones á los inquilinos, colonos y trabajadores que los conozcan,

y lo que estos digan bajo juramento, esto debe tenerse por verdad.”—«¡Che! De este modo, si que España iria bien, exclamó uno. Así el pobre podria vivir; que ahora, su vida es una muerte de hambre.”

«Despues de estas leyes, dijo el orador, el rey Cárlos debe dar otra prohibiendo que nadie pueda tener mas hacienda, ni mas dinero que el necesario para vivir; y que todos los que posean mas del tanto ó cuanto que la ley fije, lo entreguen á S. M. Entonces toda aquella masa de dinero y bienes se repartie porigual entre los pobres; á tanto yo y tanto tu, segun las obligaciones de cada cual; y de este modo se acaba la desigualdad, y no hay lo que se vé ahora, que mientras en el primer piso celebran banquetes, en el sotabanco no han comido de tres dias; los españoles nos quedamos todos bien; el padre de familias tiene pan que dar á sus hijos; el patron no roba al trabajador; ni el casero al inquilino; todos vivimos en la mayor gracia de Dios; y no hay miserias, ni necesidades.”

Oyeronse grades murmullos de aprobacion. «¿Y todo esto hará nuestra rey cuando mande? preguntó uno con cierta incredulidad.”—«Por fuerza, exclamó el otro. Porque ó será rey, ó no lo será, y ya sabeis que los carlistas queremos un rey de veras, un reyneto y absoluto, que haga andar muy derechos á los enemigos del pueblo; y D. Cárlos quiere serlo así; y por consiguiente, hará lo que digo; porque el rey neto es el padre del pueblo; y ¿qué hace un padre cuando vé que algunos hermanos han quitado á los demás lo que les pertenecia, dejándoles encueros? da una paliza á los malos hermanos; les toma lo que han robado, y lo devuelve á los hermanos pobres. Así el rey absoluto y neto, en virtud de ser padre del pueblo, debe hacer lo mismo en favor de la mayoría de los españoles; y nuestro rey D. Cárlos no podrá menos de cumplirlo.” Oyose otro murmullo de aprobacion. «Pero supongamos que no lo hace, replicó el incrédulo. ¿Qué sucede entonces?—«¿Qué? exclamó el primero. Como habrá faltado á su deber de rey neto y absoluto, lo deponemos, lo ahorcamos, y viva la *comuna!*”—«¡Che! Bien dicho. Así ha de hacerse, dijo el corro.”

«Parece imposible, mi brigadier, murmuró el ayudante; que esta gente sea tan pataca y falta de sentido comun para creer que D. Cárlos ha de hacer esto, si reina. ¡Cuidado que se necesitan tragaderas para imaginar esas



cosas!" Me sonrei, en vez de contestarle, pero dije para mí que la ignorancia de aquella gente no tenía nada de extraordinario en el campo carlista. «Los carlistas, cual mas, cual menos, pensaba, todos nos hallamos en el mismo caso de no saber positivamente lo que queremos; pues nuestras ideas de programa, se reducen á unas tendencias oscuras, que cada cual interpreta á su modo. Estos peleles las interpretan en el sentido mas disolvente, mas anárquico y ridículo que cabe imaginar; pues ni en los escritos que he leído de los federales he visto nada que ni de léjos, ni en sombra, se pareciera á esto; ni recuerdo que los mismos internacionalistas hablen de cosas semejantes. Pero lo que mas me admira es que la plebe carlista espere tales cosas de D. Carlos, y tenga tales ideas de un rey absoluto; porque jamás ha habido reyes de esta índole que se hayan cuidado así de la plebe. Hé aquí que en el caso de triunfar, la mayor parte de esos voluntarios se convertirian en demagogos frenéticos, porque como se verian engañados, nos abandonarían llenos de rabia; pues sin duda que lo que dice este corro ahora, es la idea de casi todos los demás.»

No continué, porque se reanudó la explicacion, tomando otra vez la palabra el orador. «Ahora nos falta saber, dijo; que es *orden, paz y justicia*, que son los tres lemas restantes de nuestro partido. El orden y la paz, añadió son una misma cosa; y significan el cumplimiento de lo que está comprendido en *Dios, Patria y Rey*; porque como todos conoceis, de esto depende el orden y la paz. ¿Sino decidme porque ahora no hay orden? Por no cumplirse. ¿De qué nace que hagamos guerra? De querer que se cumpla. Luego en haciéndose, habrá orden; y habiendo orden, nosotros volveremos á casa, y habrá paz. Pero eso si, llegada la paz, no dejaremos las armas; porque nuestros fusiles son la garantía de que el rey Carlos nonos engañará. Hé aquí explicado lo que se entiende por *el orden y paz* del credo carlista. ¿Estais conformes?» —«¡Che! Si, si, si, contestaron muchas voces.»

«¿Y la *Justicia* qué significa? me preguntareis. Significa que al gobernar nosotros, cualquiera que falte á nuestro programa, debe ser ahorcado, por grande que sea. Da el rey Carlos sus órdenes para que el clero haga de balde al pobre todo lo que necesita; y si hay un cura un obispo ó sacristan que se burla de ellas; entouces viene Carlos, y

en virtud de nuestro lema de *Justicia*, lo ahorca. Así los otros escarmientan. Da nuestro rey orden de que se cumpla la ley de Dios, que manda respetar y tratar con dulzura á los que sean de diferente religion. Pero este ó aquel eclesiástico los insulta, difama, ó atropella. Pues á la horca. Manda el rey Carlos que los caseros, los prestamistas, propietarios del campo y patrones de trabajadores no chupen la sangre del pueblo; fulano ó menguano faltan á la ley. Enseguida D. Carlos los coge, y los entrega al verdugo. Pero supongamos que es el mismo don Carlos quien no cumple su programa. Nos sublevamos todos como un solo hombre, y en virtud de la *Justicia* que defendemos, lo ahorcamos á él en una horca mucho mas alta. Otro murmullo de aprobacion indicó que se ceptaba por unanimidad tan trágica conclusion. «Tal es, camaradas, el programa carlista de *Dios, Patria, Rey, Orden, Paz y Justicia*; y nadie me negará que sea un gran programa, capaz de hacer felices á todos los españoles, de cualquier estado que sean.» Otro murmullo de aprobacion puso el sello á estas palabras, y la concurrencia empezó á hablar de aplicaciones de aquellos singulares comentarios.

Levantéme yo, y me retiré, seguido del ayudante. «Mi brigadier, me dijo este. ¿Se ha divertido V., ó no?»— «Bastante, le contesté; porque no habia previsto una escena tan singular.»—«Ya ve V., añadió él; como tuve razon diciéndole que pasaria un rato de buen humor. Sin embargo confieso que el que habló antes dijo sus disparates con menos método, lo cual no los hacia tan divertidos. Lo que hemos oido es lo sublime del género.» Despedí al ayudante, y al quedar solo no pude menos de reflexionar sobre las discusiones del corro. «Hé aqui unos hombres, pensaba, que se hacen matar por cosas que no conocen; por ideas que no comprenden; y por delirios que ellos mismos se forjan. Ellos se figuran que diciendo *viva Carlos VII*, ya está resuelto todo; y que el Pretendiente se ocupa de su suerte; como si fuera su padre. Si tuviese conciencia de que ningun gobierno es mas opresor contra la plebe que el absoluto; si presintiesen que la plebe en una monarquía de este genero se halla á merced de todos los poderosos, sin garantías, ni derechos, ni tribunales, ¡qué sorpresa, qué estupor, qué asombro no seria el suyo! Pero dejemos esto para otro

dia, y ocupémonos de mi situación militar." Y en seguida fui á revistar mi campamento.

XXXI

**La sorpresa de Daroca.**

*Milan 3 de Agosto.*

Continué mi marcha hácia Daroca, y en la última jornada tuve que pasar por un pueblo que está cerca de aquella ciudad. Suponiendo que, aunque fuese de noche, alguno me veria, y correria á dar parte de mi aparicion, me propuse impedirlo llevándome en rehens al alcalde; y á este efecto llamé á un voluntario, que era del mismo pueblo, ó de un punto aproximado, y lo dí por guiso á un piquete que debia sorprender y coger á aquella autoridad.

Estaba el buen alcalde en la cama durmiendo á pierna suelta, junto á su mujer, en santa y dulce paz conyugal, cuando mi destacamento llegó á su casa, lo rodeo en silencio, y llamó. Levantóse alguien de la familia, miró quién llamaba, y quedó asombrado de ver carlistas. En un momento el alcalde y demás gente de la casa estuvieron en pié, sin comprender que verdaderamente fuésemos nosotros los recién llegados.

Bajó el alcalde, que era un aragonés liberal y bien templado, y haciendo entrar al comandante del piquete, le preguntó quien era y qué queria. «Soy oficial del ejército carlista, respondió este, y vengo á buscarlo á V. para llevármelo conmigo." La alcaldesa, que habia aparecido detrás del alcalde, palideció, y encomendó la vida de su marido á todas las vírgenes del Calendario. El alcalde quedó tranquilo. «¿Y á dónde me ha de conducir usted? preguntó.»—«Cerca de aquí, donde está el jefe de las fuerzas, contestó el comandante.»—«Entonces vamos, dijo el alcalde." El corazón le hubo de dar un salto á la alcaldesa. «Y yo voy contigo, exclamó." El marido no se opuso, y ambos salieron acompañados del oficial y de algunos voluntarios.

En aquel momento yo llegaba con parte de mis fuerzas,



dia, y ocupémonos de mi situación militar.” Y en seguida fui á revistar mi campamento.

XXXI

**La sorpresa de Daroca.**

*Milan 3 de Agosto.*

Continué mi marcha hácia Daroca, y en la última jornada tuve que pasar por un pueblo que está cerca de aquella ciudad. Suponiendo que, aunque fuese de noche, alguno me veria, y correria á dar parte de mi aparicion, me propuse impedirlo llevándome en rehens al alcalde; y á este efecto llamé á un voluntario, que era del mismo pueblo, ó de un punto aproximado, y lo dí por guiso á un piquete que debia sorprender y coger á aquella autoridad.

Estaba el buen alcalde en la cama durmiendo á pierna suelta, junto á su mujer, en santa y dulce paz conyugal, cuando mi destacamento llegó á su casa, lo rodeo en silencio, y llamó. Levantóse alguien de la familia, miró quién llamaba, y quedó asombrado de ver carlistas. En un momento el alcalde y demás gente de la casa estuvieron en pié, sin comprender que verdaderamente fuésemos nosotros los recién llegados.

Bajó el alcalde, que era un aragonés liberal y bien templado, y haciendo entrar al comandante del piquete, le preguntó quien era y qué queria. «Soy oficial del ejército carlista, respondió este, y vengo á buscarlo á V. para llevármelo conmigo.” La alcaldesa, que habia aparecido detrás del alcalde, palideció, y encomendó la vida de su marido á todas las vírgenes del Calendario. El alcalde quedó tranquilo. «¿Y á dónde me ha de conducir usted? preguntó.”—«Cerca de aquí, donde está el jefe de las fuerzas, contestó el comandante.”—«Entonces vamos, dijo el alcalde.” El corazón le hubo de dar un salto á la alcaldesa. «Y yo voy contigo, exclamó.” El marido no se opuso, y ambos salieron acompañados del oficial y de algunos voluntarios.

En aquel momento yo llegaba con parte de mis fuerzas,

dia, y ocupémonos de mi situación militar." Y en seguida fui á revistar mi campamento.

XXXI

**La sorpresa de Daroca.**

*Milan 3 de Agosto.*

Continué mi marcha hacia Daroca, y en la última jornada tuve que pasar por un pueblo que está cerca de aquella ciudad. Suponiendo que, aunque fuese de noche, alguno me vería, y correría á dar parte de mi aparición, me propuse impedirlo llevándome en rehenes al alcalde; y á este efecto llamé á un voluntario, que era del mismo pueblo, ó de un punto aproximado, y lo dí por guiso á un piquete que debía sorprender y coger á aquella autoridad.

Estaba el buen alcalde en la cama durmiendo á pierna suelta, junto á su mujer, en santa y dulce paz conyugal, cuando mi destacamento llegó á su casa, lo rodeó en silencio, y llamó. Levantóse alguien de la familia, miró quién llamaba, y quedó asombrado de ver carlistas. En un momento el alcalde y demás gente de la casa estuvieron en pié, sin comprender que verdaderamente fuésemos nosotros los recién llegados.

Bajó el alcalde, que era un aragonés liberal y bien templado, y haciendo entrar al comandante del piquete, le preguntó quien era y qué quería. «Soy oficial del ejército carlista, respondió este, y vengo á buscarlo á V. para llevármelo conmigo." La alcaldesa, que habia aparecido detrás del alcalde, palideció, y encomendó la vida de su marido á todas las vírgenes del Calendario. El alcalde quedó tranquilo. «¿Y á dónde me ha de conducir usted? preguntó."—«Cerca de aquí, donde está el jefe de las fuerzas, contestó el comandante."—«Entonces vamos, dijo el alcalde." El corazón le hubo de dar un salto á la alcaldesa. «Y yo voy contigo, exclamó." El marido no se opuso, y ambos salieron acompañados del oficial y de algunos voluntarios.

En aquel momento yo llegaba con parte de mis fuerzas,

y recibí enseguida al alcalde. «Hélo aquí, mi brigadier, me dijo el oficial, saludando.»—«¿V. es el alcalde de este pueblo? le pregunté.»—«Con mucha honra, me contestó.» La alcaldesa me miraba toda angustiada, como buscando en mis ojos la sentencia de su marido. «Pues bien, le dije, voy á llevármelo á V.»—«¿A dónde, señor? exclamó la pobre mujer con terror.»—«Cerca de aquí, señora, contesté, pero no tema V. nada, porque depende de V. y del pueblo que su marido no reciba daño. Si Vds. no envían ningún parte de mi llegada, recobrará V. á su marido sano y salvo. Pero si dan aviso al enemigo, entonces, con mucho sentimiento mío, tendré que demostrarles que el alcalde me respondía de la conducta del pueblo.»

La alcaldesa se echó á llorar. «Señora, no llore V., la dije. La guerra tiene exigencias crueles, y no hay más remedio que sufrirlas con paciencia. Procure V. que no se dé ningún parte, y no se hará nada á su marido.» Entonces el alcalde dijo: «Ya lo habeis oído. Retiraros á casa, y no me comprometais, porque esta gente serian capaces de fusilarme. Decid al Secretario que se esté quieto, y procurad que nadie salga. Adiós.» La mujer se echó llorando en sus brazos. «¡Ay, que no te veré más, exclamó. ¡Ay de mí! que te matarán. Al menos que me dejen ir contigo.»—«Señora, no puede ser, dije, y hasta vale más que V. quedé aquí para impedir mejor que se haga una traslada que comprometa á su esposo. En cuanto á la vida de este, no corre peligro, con tal que Vds. cumplan mis órdenes.» Con esto la buena mujer se sosegó, y su marido la dijo: «El señor tiene razón diciendo que vale más que te quedés aquí. No temas nada, porque se conoce que esto no son más que precauciones de algún golpe de mano. Es lástima, añadió mirándome, que no havamos tenido noticia de su aproximacion, porque no hubiera V. llegado hasta aquí. Pero así van las cosas, y ya que me há cogido, no tenga V. cuidado de nada. Vamos, muger, adios, adios todos, y hasta luego.» Entonces nos despedimos, y continuamos la marcha, sin ningún incidente que la turbara.

Por fin á cosa de media noche del 4 de febrero, llegué á la vista de Duraca, donde hice alto, esperando el resto de mis fuerzas, que llegaba por otro camino. La noche era oscura y fria, y producía una extraña impresion,



vista entre tanta gente armada. Estábamos en medio de una gran llanura, al fin de la cual se divisaba la ciudad, como dormida en una gran sombra. Daroca es pequeña, está amurallada, y se halla á catorce leguas de Zaragoza, á cuya provincia pertenece. Esta vecindad acababa de hacer arriesgada mi operacion, porque me exponia á que Despujol saliese con tropas, así que conociese el fuego de esta parte. Mandé que nadie hablase, ni fumase; hice tomar las avenidas, por si apareciese algun caminante, y reconocí la ciudad para tener mas exacta idea de ella.

Aunque la division que esperaba aun no llegase, no me contrariaba, porque sabiendo yo que estas operaciones siempre hallan retardos, habia adelantado las horas, á fin de empezar la sorpresa al momento favorable. En esto se me presentaron confidentes que mandara á la ciudad dias antes, con órden de que en este dia á la misma hora me esperasen en aquel sitio. «¿Qué novedades hay?» pregunté al principal. — «Todo va bien, mi brigadier, me contestó. Ayer llegó el coronel Sancho con casi todo su regimiento, y se acuarteló para salir hoy á operaciones. No se tiene noticia de la aproximacion de usía, y todo el mundo duerme tranquilo.» Yo le dije: «¿A qué hora ha salido de allí el último de vosotros?» — «A la de cerrar las puertas, me contestó. Pero se ha convenido con los de dentro que si ocurriese algo, desde una casa se nos haria señal con una luz; y hasta ahora no se ha visto nada.»

Esta relacion me dejó satisfecho. «Muy bien, dije. — «Pero debo advertir á usía, añadió el confidente, que he sabido por los soldados del coronel Sancho que ha llegado muchísima caballería á Zaragoza.» La noticia me hizo impresion, aunque no me cogiese de nuevo; y no pude menos de pensar que si el ataque duraba mucho y Despujol me echaba encima á toda su caballería, en aquellas llanuras me destrozaría completamente. «Lo único que en este caso me puede valer, dije para mí, es que segun costumbre, me avisará con dos ó tres horas de anticipacion por medio del consabido piquete; y como los aficionados á buscar el bulto al enemigo creo que ahora escasean mucho, qué diablos será que no me escape.» Sin embargo, aparentando mucho ánimo, dije á los confidentes: «Ya sabia que en Zaragoza hay algunas fuerzas; y quiera Dios que vengan; que las coparemos

del mismo modo que á las de Daroca, haciendo mas redonda la expedicion." Los confidentes hicieron un gesto de alegría. «Sepamos ahora, dije, cómo se hallan las tropas de la plaza.»—«Acuarteladas por la mayor parte, mi brigadier, contestó el confidente.»—«¿Y la oficialidad está dentro ó fuera?»—«Está alojada en casas particulares, me contestó, excepto el oficial de guardia.»—«Me lo figuraba, pensé entre mí. Ahora verán esos señores los inconvenientes de faltar así á la ordenanza.»—«He de advertir á usía, dijo el confidente, que tambien hay algunos soldados en casas particulares.»—«¿Y el coronel Sancho? preguntó.»—«Tambien está fuera del cuartel, en un alojamiento particular, respondió el confidente. Pero me han asegurado que este duerme siempre con el caballo ensillado.»—«Ya procuraremos que no tenga tiempo de montarlo, pensé. Retirarse un poco, añadí en alta voz; pero sin alejarse, á fin de hallaros así que os necesite.» Los confidentes saludaron y se retiraron.

Entre tanto habia llegado el resto de la division; y yo con aquellos datos acabé de precisar el plan de ataque. Propúseme dejar apostada una fuerza en la carretera de Zaragoza; destinar la caballería á reconocer este camino y otros puntos de los contornos; poner en reserva cerca de la ciudad otra parte de mis tropas, y dar la sorpresa con el resto. «Así, dije, sabré con antelacion si en Zaragoza hacen algo; y en este caso, podré retirarme, conteniendo al enemigo; y si el ataque de la ciudad dura mucho, cuando conoceré que los combatientes están cansados, mandaré entrar la reserva, y abrumaré al contrario con esta gente de refresco." Conociendo la situacion de los soldados y la de oficiales de dentro, propúseme impedir que estos pudiesen llegar hasta el cuartel, ó que los soldados pudiesen salir de él montados; y con este objeto determiné que un buen número de gente se dirigiese corriendo al cuartel, así que entrásemos en la ciudad, con orden de cercarlo, bien parapetados, prescindiendo de otro servicio. «De este modo, pensaba, aislaré á los acuartelados y les impediré defenderse en campo raso, y hasta prolongar la resistencia que hagan desde dentro."»

Entonces llamé á los jefes que destinaba á cada servicio, les di instrucciones, y les detallé lo que cada cual habia de hacer. A los que habian de penetrar en la ciu-

dad, les proveí de guías de la misma población, ó de los contornos, que les acompañaran á los sitios que les designaba; y al mismo tiempo les di una contraseña para reconocerse, les indiqué el toque de corneta especial que les haría, en caso de que llegasen socorros al enemigo, y les designé el punto donde habian de replegarse; finalmente, les ordené que no se maltratara á la población; y que se diera cuartel á cuantos enemigos lo pidieran. «Ya conocen ustedes el plan, les dije. Ahora que cada cual vaya á cumplir con su deber. Les hago á Vds. responsables de su conducta, y sobre todo de cualquier desman, por insignificante que sea, que se cometa contra los vecinos.» Prometieron ellos seguir estrictamente mis órdenes, y enseguida fueron á ponerse al frente de sus fuerzas.

Entre una y dos de la madrugada del día 5 los cuerpos avanzaron sobre la ciudad, en medio de un profundo silencio; los que debian quedar fuera hicieron alto, y los demás siguieron la marcha con diligencia y precauciones. Aquella gente parecian, en medio de la oscuridad de la noche, grupos de fantasmas caminando, ó esperando de un modo siniestro. La ciudad permanecía muda y dormida. Mientras los de fuera tomaban las posiciones señaladas, los que habian de asaltar se acercaban á las murallas. Yo los vigilaba á todos con el interés y la ansiedad que se puede suponer, alegre del resultado de los preparativos, pero dudoso aun del éxito de la operacion. «Todo depende ahora, pensaba, de la obediencia y fortuna.»

Por fin, los que avanzaban llegan á las murallas; se dispara de arriba algun tiro; los míos se acercan sin contestar, y cuantos pueden suben por un sitio ruinoso; otros arriman los hombros, y sus camaradas trepan por ellos; distinguese algun grito confuso; y en pocos momentos toda la gente estaba dentro. Allí se reforman en seguida; y acompañados de los guías unos corren al cuartel, y se parapetan en frente; otros se dirigen á las puertas de la ciudad, se apoderan de ellas, y las abren; y otros asaltan las casas donde se alojaban los oficiales y algunos soldados; óyense tiros acá y allá, suenan descargas, y se levantan frenéticos clamores de *Viva Carlos VIII!* Entonces aproximé la reserva á las puertas, hice adelantar la música que llevaba, para que tocase aires



márciales, y mandé á las fuerzas que defendian los caminos que vigilasen y reconociesen el campo.

La sorpresa habia sido completa. Pero el coronel Sancho, que desde su casa oyó algun rumor, se levantó en seguida, monta á caballo, y se dirige á escape al cuartel. Tropieza por el camino con los míos, que sorprendidos de aquella aparicion, le abren paso, sin reconocerlo. El, blandiendo su sable con coraje, dirige furiosamente á su caballo, que parecia una exhalacion. Al llegar al sitio del cuartel, quedó envuelto en un inmenso clamoreo. Los míos habian iluminado los balcones, y desde ellos y la calle disparaban sobre las ventanas del edificio, gritando como un huracan; y los del cuartel cortian por las cuadras, dando voces de *traicion*, tiraban desde las ventanas con las tercerolas, y daban vivas á la libertad; aquello parecia un infierno revuelto, desquiciado y exultado. Sancho se dirigió á las puertas del cuartel, á través de las balas de unos y otros; y para que le reconocieran los suyos, gritaba: «Abridme, muchachos, abridme, que soy el coronel; abridme en seguida; no perdais tiempo.» Oyéronle ellos y los míos, y mientras aquellos se apresuraban á abrirle, los míos le acribillaban á balazos, hasta que al fin le tocaron en una pierna. Esto me dió probablemente la victoria.

Metiose dentro el coronel; pero como estaba fuera de combate, no pudo realizar su intento que, segun creo, era formar la gente, montar, y abrirse paso á sablazos. A pesar de esto, dió en seguida algunas órdenes; y así que le hubieron hecho la primera cura, se hizo acompañar á los sitios de defensa, animando á los soldados: «¡Valor, muchachos! les decia. Firmes contra ese rebaño de perdidos. Que no se diga que el regimiento de Almansa se ha dejado vencer por esas bandas de facinerosos. ¡Viva la libertad, y muera Carlos VIII!» Con esto los soldados redoblaban sus esfuerzos, y nos hacian un fuego nutridísimo é imponente. Los míos desde sus parapetos lo sostenian del modo mas impávido, contestando tambien con una rapidéz atronadora. «¡A ellos, voluntarios, á ellos, que ya son nuestros! les gritaban los oficiales. Seria una vergüenza que los dejáramos escapar, cuando ya los tenemos cogidos. ¡Viva Carlos VIII! ¡muera los liberales! ¡Nuestra será la caballería de Almansa!»

En este momento el fuego se habia generalizado por

varios puntos de la ciudad. Los soldados que estaban alojados en casas particulares, se habian hecho fuertes en ellas; y desde los balcones y ventanas se defendian con heroismo, desafiando á los nuestros, que los atacaban desde la calle y casas del lado y de enfrente. Un cabo liberal, valiente, como un héroe de Numancia, habia reunido á cuatro ó cinco soldados; y al frente de ellos se batia desde un torreón tan firmemente, que tenia á raya á un gran número de carlistas. «Venid, cobardes, si tenéis alma, gritaba; aquí os esperamos, aunque seamos pocos. ¡Viva la libertad! ¡muera Cárlos VII! ¡muera los carlistas!» Disparaban sus soldados con una energía terrible y gritaban tambien: «¡Viva la libertad, viva Almansa, y muera los carlistas!» Les asaltaron varias veces; pero se defendieron tan denodadamente, que los asaltadores se retiraron amedrentados del fuego infernal que les hacian. «¡No os vayais aun! les gritaba el cabo. ¡Esperad! ¡que voy á mataros mas gente! ¿huís, cobardes? ¿no os avergüenza retroceder ante cinco hombres? Aquí de los valientes; el que sea hombre que se ponga delante!» Quisieron cogerlo por detrás, y por delante, y tampoco pudieron, porque él como si tuviese el don de estar en todas partes, dividió su gente; y ya aparecía aquí, ya allí, haciendo fuego, y llenando de pavor á los míos. «¡Tirad, chicos, tirad! gritaba á los suyos. ¡Muera esos perros carlistas! No temais. Antes morir, que dejarnos vencer! ¡Perros carlistas! añadía. Ni entrareis por delante, ni por detrás. Tenemos corazón; os odiamos á muerte, y todavía nos quedan municiones para mataros á cuantos vengais.»—«Sí exclamaban los soldados: antes moriremos que rendirnos. Fuego contra los carlistas, ¡fuego!»

A las cuatro ó cinco de la madrugada la población tenia un aspecto animado y terrible. Los vecinos se habian retraído, pero mi gente habia encendido luces, y las calles estaban iluminadas. Un estruendo formidable parecia derribar y hundir las casas; oíanse miles de balazos silbaban agudamente, ó chocaban en las casas y balcones; descargas atronadoras, tiros aislados, gritos furibundos de viva Cárlos y viva la libertad, y entre este estruendo se levantaban las alegres melodías de la música que tocaba de continuo piezas marciales. En unas calles vagaban grupos de carlistas hablando en alta voz; pasaba

algun herido en brazos de sus socorredores gimiendo é invocando á su madre; desfilaban aprisa algunos prisioneros bajo escolta; en otras se luchaba á muerte, y se veia algun cadáver por el suelo, ó acurrucado en un balcon chorreando sangre. Los carlistas mas brutos atacaban á pecho descubierto, exponiéndose con un heroismo tonto; y los mas instruidos tomaban bien sus precauciones, cuidando de unir el valor con la prudencia.

Entre tanto yo continuaba vigilando desde un sitio céntrico, donde recibia los partes de todo lo que estaba pasando, y formaba concepto de la situacion. La caballeria liberal, á pesar de la sorpresa, se batia mejor de lo que imaginara; y por fortuna, desde el principio nos habiamos apoderado de casi todos los oficiales, quienes sorprendidos en sus casas, se rindieron, quedando sin direccion los soldados. «Es indudable, pensaba, que á estas horas en Zaragoza se sabe ya que hay fuego por esta parte, y si mandan socorros me voy á ver en un aprieto.»

Pero como mis avanzadas no señalaban nada, aun esperaba triunfar. De repente las tropas que tenia en el camino de Zaragoza descubren á su frente un grupo de ginetes, é imaginando que era el enemigo, dan la alarma, y toman las posiciones de combate que les señalara. Al saberlo dí la operacion por perdida. «La suerte no me ha favorecido dije. Resignemonos, aunque sea de mala gana.» Pero como luego me llegó otro aviso de que aquellos caballos eran un piquete nuestro que llegaba de un reconocimiento, enseguida me tranquilicé. «Aun me darán el tiempo que necesito, me dije. Vamos, que esa pobre Daroca es digna de mejor suerte.»

Entró por fin la luz del dia, y la lucha continuaba con la misma ferocidad. Los carlistas que se batian dentro no podian ya mas, y sus jefes me avisaban que perdian las fuerzas. Como es natural, el enemigo se hallaba en el mismo extremo. Entonces mandé avanzar las reservas que habia guardado para este caso; las cuales rompiendo el fuego con unos bríos incomparables, amilanaron á los sorprendidos, que no esperaban este nuevo ataque. Recrudesció enseguida el combate; y despues de algunas horas mas de lucha, el enemigo capituló, quedando en mi poder toda la gente, equipo, monturas, armamento y municiones.



Solo aquel heróico cabo continuaba defendiéndose valentísimamente; sólo él, con sus cuatro ó cinco hombres, arrostraba impávido é indomable nuestro fuego, nuestros asaltos, nuestras amenazas y ruegos. En vano se agolpaba gente y mas gente contra aquel punto; en vano se procuraba tomarlo con ardidés; en vano se ofrecia cuartel; en vano se amenazaba quemar el edificio; no hubo medio de entrar, de vencer, ni persuadir. «Si nos cogéis, nos cogereis muertos, exclamaba el cabo; si entráis, entrareis cuando ya no podamos tirar. ¡Atrás, perros carlistas! Si Almansa se rinde, nosotros quedamos aquí para defender su bandera. ¡Viva Almansa, y mueran los perros partidarios de Cárlos VII!»

Viendo yo, que habia logrado mi intento, dejé á aquellos valientes en su fortaleza, puse en libertad á los paisanos que habia cogido en el camino; y me retiré con los bagajes y prisioneros, regresando con toda felicidad á mi punto de partida. Cuando pasé por el pueblo del Abogado demócrata, le vi un momento, y le dije riendo: «¿No me dijo V. que los militares teníamos una manera muy divertida de echarnos piropos? Pues cuando vea usted á Despujol pregúntele de mi parte que tal ha hallado el piropo de Daroca.»

### XXXI.

#### D. Pascual Gamundi.

*Milan 5 de Agosto.*

Segun recordará V., el comandante general de Aragón era D. Pascual Gamundi; y como hasta ahora apenas le he hablado de él, no estará de mas que le dedique un rato. Ya le he contado como D. Alfonso quiso destituirlo para darme á mi el mando completo, á lo cual me opondría esperando que nos entenderíamos muy bien y fácilmente. El suceso correspondió á mis esperanzas; pues Gamundi, que habia estado conmigo en el sitio de Bilbao, se alegró mucho de verme, me recibió del modo mas fraternal, y me dejó hacer y dirigir con amplia libertad.

Solo aquel heróico cabo continuaba defendiéndose valentísimamente; sólo él, con sus cuatro ó cinco hombres, arrostraba impávido é indomable nuestro fuego, nuestros asaltos, nuestras amenazas y ruegos. En vano se agolpaba gente y mas gente contra aquel punto; en vano se procuraba tomarlo con ardidés; en vano se ofrecia cuartel; en vano se amenazaba quemar el edificio; no hubo medio de entrar, de vencer, ni persuadir. «Si nos cogéis, nos cogereis muertos, exclamaba el cabo; si entráis, entrareis cuando ya no podamos tirar. ¡Atrás, perros carlistas! Si Almansa se rinde, nosotros quedamos aquí para defender su bandera. ¡Viva Almansa, y mueran los perros partidarios de Cárlos VII!»

Viendo yo, que habia logrado mi intento, dejé á aquellos valientes en su fortaleza, puse en libertad á los paisanos que habia cogido en el camino; y me retiré con los bagajes y prisioneros, regresando con toda felicidad á mi punto de partida. Cuando pasé por el pueblo del Abogado demócrata, le vi un momento, y le dije riendo: «¿No me dijo V. que los militares teníamos una manera muy divertida de echarnos piropos? Pues cuando vea usted á Despujol pregúntele de mi parte que tal ha hallado el piropo de Daroca.»

### XXXI.

#### D. Pascual Gamundi.

*Milan 5 de Agosto.*

Segun recordará V., el comandante general de Aragón era D. Pascual Gamundi; y como hasta ahora apenas le he hablado de él, no estará de mas que le dedique un rato. Ya le he contado como D. Alfonso quiso destituirle para darme á mi el mando completo, á lo cual me opondí esperando que nos entenderíamos muy bien y fácilmente. El suceso correspondió á mis esperanzas; pues Gamundi, que habia estado conmigo en el sitio de Bilbao, se alegró mucho de verme, me recibió del modo mas fraternal, y me dejó hacer y dirigir con amplia libertad.

Solo aquel heróico cabo continuaba defendiéndose valentísimamente; sólo él, con sus cuatro ó cinco hombres, arrostraba impávido é indomable nuestro fuego, nuestros asaltos, nuestras amenazas y ruegos. En vano se agolpaba gente y mas gente contra aquel punto; en vano se procuraba tomarlo con ardidés; en vano se ofrecia cuartel; en vano se amenazaba quemar el edificio; no hubo medio de entrar, de vencer, ni persuadir. «Si nos cogéis, nos cogereis muertos, exclamaba el cabo; si entráis, entrareis cuando ya no podamos tirar. ¡Atrás, perros carlistas! Si Almansa se rinde, nosotros quedamos aquí para defender su bandera. ¡Viva Almansa, y mueran los perros partidarios de Cárlos VII!»

Viendo yo, que habia logrado mi intento, dejé á aquellos valientes en su fortaleza, puse en libertad á los paisanos que habia cogido en el camino; y me retiré con los bagajes y prisioneros, regresando con toda felicidad á mi punto de partida. Cuando pasé por el pueblo del Abogado demócrata, le vi un momento, y le dije riendo: «¿No me dijo V. que los militares teníamos una manera muy divertida de echarnos piropos? Pues cuando vea usted á Despujol pregúntele de mi parte que tal ha hallado el piropo de Daroca.»

### XXXI.

#### D. Pascual Gamundi.

*Milan 5 de Agosto.*

Segun recordará V., el comandante general de Aragón era D. Pascual Gamundi; y como hasta ahora apenas le he hablado de él, no estará de mas que le dedique un rato. Ya le he contado como D. Alfonso quiso destituirlo para darme á mi el mando completo, á lo cual me opondría esperando que nos entenderíamos muy bien y fácilmente. El suceso correspondió á mis esperanzas; pues Gamundi, que habia estado conmigo en el sitio de Bilbao, se alegró mucho de verme, me recibió del modo mas fraternal, y me dejó hacer y dirigir con amplia libertad.



Así es que aunque en razon de su cargo, él firmase gran número de documentos públicos y reservados, y me acompañase en mis expediciones, he debido prescindir de él en mi narracion para hacerla con mayor fidelidad.

Gamundi era natural de Maella; habia hecho las dos guerras del 35 y del 48; no se habia nunca acogido á indulto, y en la paz vivia emigrado en Francia, donde su esposa, una catalana muy activa y despejada, arrendó una casa de baños que le reedituaba bastante. Al encenderse la nueva guerra civil, Gamundi tomó otra vez las armas, y se batió en el Norte con el empleo de brigadier; despues de lo cual pasó al Centro en clase de comandante general del distrito de Aragón. Don Carlos que de todos los carlistas murmura, me aseguró que Gamundi habia robado mucho; pero no solo mientras estuve en el Centro me convencí de que es incapaz de ello, sinó que á veces observé que á pesar de no ser derrochador, andaba muy escaso de fondos, y aun me pareció que un dia que su esposa vino á verlo, ésta le trajo dinero.

Gamundi es el hombre más original y simpático que usted imagine. Es alto, fuerte y robusto; tiene la cabeza grande, los ojos vivos y la expresion animada; lleva bigote gris, y vestia una zamarra con algunos adornos de pasamanería. Su caracter es franco, espontáneo y plebeyo; á todo el mundo trata bien, de cualquier grado, clase y partido que sea; bromea con grandes y chicos; hace el amor á las niñas del pueblo y á las señoritas; y si se halla en una tertulia fastidiosa, ó triste, no vacila en animarla, y divertirla, tocando las castañuelas, aunque sea con los tientos de un plato roto.

Lo mas singular á primera vista es que todas sus ideas y conversaciones políticas son republicanas y democráticas; que habla de D. Carlos y de los reyes en general del modo mas agresivo; que pinta á la gente de córte con los colores mas antipáticos, llamándola *pachiguani*, término que no sé si es de su invencion, ó de procedencia americana, pero que resume todo su desprecio; y finalmente que trata á los malos curas en unos términos, y cuenta de ellos tales sucedidos, que ni en el *Decameron* se hallaria una cosa aproximada. Este tipo no es raro en el partido carlista; pues así como ha visto V. en los voluntarios que le he descrito, á unos anarquistas con boina, así encuentra V. con mucha frecuencia en los jefes

á hombres liberales que no tienen otra cosa de carlista que defender á Cárlos VII. Gamundi solia disculparse, diciendo que aunque hubiese cambiado de ideas, queria ser consecuente de obras; y la verdad es que lo mismo debe pasar á muchos otros, que no lo confiesan; los cuales empapados á pesar suyo de las ideas del siglo, continuan en el carlismo mas por la negra honrilla, que por conviccion.

Tenia Gamundi otra cosa muy particular, y era manifestar sus opiniones delante de todo el mundo, así de los liberales como de los carlistas; diciendo pestes del Pretendiente y del clero carlista, y soltando con la mayor frescura toda suerte de ideas democráticas. Los carlistas se reian del gracejo con que ponía en ridículo á D. Cárlos, y de los chistes que tiraba al clero; pero los liberales recogian sus palabras, y trataban con él unas polemicas abrumadoras. Gamundi no se asustaba de ninguna consecuencia, ni conclusion; lo aceptaba todo, lo aprobaba todo, y en todo convenia; y del modo mas alegre y franco solia contestar que habiéndose en la juventud puesto la boina, ahora por mas que tuviese mundo, y supiese lo que se pescaba, no se la queria quitar. Contrariábase á mí bastante esta conducta, porque si gustaba de discutir con liberales, era siempre á puerta cerrada, á fin de no escandalizar á mis correligionarios con la flojedad de mis convicciones. Pero Gamundi se expontaneaba á la luz del sol y en todas partes, en la calle, en el alojamiento, en el café, en una tertulia; y el resultado no podia menos de hacernos daño.

Así es que muchas veces le rogué que se moderara. «Vamos á ver, D. Pascual, le decia. ¿Es V. comandante general carlista ó liberal de Aragon?»—«Pardiez, Boel exclamaba. Gamundi es demócrata y tiene verdaderos sentimientos republicanos; pero el comandante general de Aragon, que se llama Gamundi, no solo es carlista, sino item mas, propietario de tres grandes fincas, que son la cárcel, el hospital y el cementerio.»—«El diablo que le comprenda á V., decia yo riendo.»—«Un cura en los infiernos no me comprenderia; porque como los malos curas deben arder en un fuego mas voraz, no estarán allí para bromas. Pero si un jesuíta estuviera aquí, le demostraria al pelo que mi diferencia es muy fundada, y veria V. que donde hay uno de estos reverendos

dos, no hay necesidad del diablo para explicar las cosas mas endiabladas de sentido. ¡Pardiez! ¿Quiere V. que le cuente la historia del fraile capuchino, del jesuita y de la monja cuando fueron al cielo? Es la cosa mas ejemplar del mundo. Erase un frile capuchino muy tonto y muy duro de mollera.....” — «Bien, bien, dije, no pudiendo contener la risa. Vamos al grano. ¿Es V. ó no comandante carlista? Pues cálese V. ó hable de D. Carlos en mejores términos delante de la gente, y sobre todo de los liberales.”

«¡Pardiez, Boetl exclamaba Gamundi. ¿Soy yo de Maella, si ó nó? Vaya si lo soy, y con mucha honra. Pues los de Maella no podemos guardar en la boca lo que nos sale del corazon, y allá tenemos que echarlo, aunque produzca un terremoto. ¡Canario! ¿por qué he de callarme al tratarse de D. Carlos? ¿que tipo es ese para tenerle respeto? ¿no habla él tambien mal de mí? ¿no pronuncia mi nombre con las palabras mas depresivas?” — «Lo sé, don Pascual, lo sé, contestaba; pero él, murmurando de V., no perjudica sino á una persona, y V. destrozándolo á él amuela al partido.” — «¡Canario! replicaba Gamundi; al ménos hago favor á los españoles, porque pruebo que si muchos somos bastante estúpidos para defenderlo, al menos tenemos el tupé de desacreditarlo, pintándolo tal cual es.”

«¡Cuidado, decia yo, que la teoria es singular!” — «Ya no fuera yo de Maella para no tener teorías singulares, replicaba Gamundi. Además, si Vd. no conoce á don Carlos.... ¡Pardiez! Don Carlos es tonto, bestia, animal, majadero, fátuo, despótico, deslenguado, imbécil, cobarde, envidioso, lividinoso, concupiscente, lujurioso, gloton, vanidoso, traidor, bajo, ridículo, bárbaro, salvaje, tuno, hipócrita, inquisidor, desleal, pirata, embustero, miserable... ¿Qué se yo todo lo que es? En un año no acabaria, si quisiese contar todos sus defectos y malas cualidades; y antes me faltarian las palabras, que la materia. ¿Y aquellos *pachiguanis* de que está rodeado? ¡Qué córte la de Estella, y qué tipos, y qué atajo de perdidos! Si yo no me hubiese puesto la boina en la primera guerra, á fé que ya hubiera plantado esto y vuelto á Francia, donde paso divinamente el tiempo repicando el fandango y pescando con caña. Pero amigo, uno hizo la primera trastada, y ahora la honra exige que continuemos dispa-



ratando. Pues ¡viva Carlos VIII! ¡y caiga Carlos VII en el descrédito!”

«No hay medio de hacer carrera con V., D. Pascual, decía yo. Lo tiene V. en la médula de los huesos.»— «¡Canario! contestaba Gamundi; es que soy de Maella. Los de Maella somos así, Boet; no la pensamos, que no la digamos; no la amenazamos, que no la tiremos. ¿Qué quiere V.? Cosas de los maellanos, que en esto somos peores que un cura en los infiernos.»— «Al menos, replicaba yo, cuando quiera V. decir pestes de D. Carlos, encierrese conmigo, y eche cuantas quiera. Lo único que le pido es que se reprima en publico.»

«¡Ca, Boet! ¡ca! exclamaba él. La gracia está en decirlo delante de mucha gente: ¡Pardiez! ¿No vé V. que se hace favor á España diciendo un carlista que sepa lo que se habla el tipo de nuestro rey y señor? ¡Canario! D. Carlos es capaz de todos los vicios, de todos los crímenes, de todas las maldades, de todas las ingratitudes, de todas las perfidias, de todas las necedades, de todas las infamias, de todas las ridiculeces, de todas las canalladas que V. puede imaginar, y aun de muchísimas más. Desde que despierta hasta que se duerme no piensa sino en cómo hará daño á uno y á otro; que mal dirá de este; que partida serraná podrá hacer á aquel; cómo se deshará de uno; de qué modo convertirá al otro en perro rabioso; si podrá deshonorar pronto á fulano; que emboscada tenderá á zutana y mengana; y así siguiendo. El no se ocupa de política, ni le importa mucho subir al trono; se divierte con nosotros como con las mujeres y los cortesanos; nos tiene por muñecas suyas, y se entretiene en vestirnos y desnudarnos, mimarnos, rompernos y tirarnos sucesivamente. Esto, Boet, lo sabemos todos los carlistas; pero yo lo digo, porque soy de Maella; y tanto se me dá que don Carlos lo sepa, como que lo ignore. Al fin y al cabo, ¿quién dice él de mí que tengo facha de cochero? Pues el mismo derecho tengo yo de decir el alma que tiene él. Si no fuese carlista desde la primera guerra, no militara en sus filas. Pero la consecuencia me obliga á continuar; y siga la broma; que me rio del resultado, porque tengo tres propiedades que me ponen á cubierto de todo, y son la cárcel, el hospital y el cementerio.»

Ya se comprende que Gamundi delante de otros no hablaba con tanta claridad. Pero discrepaba tan poco,

que cuantos le oían quedaban sorprendidos de sus palabras. Cuando se franqueaba con carlistas jóvenes, les decía sonriendo: «Si yo tuviese vuestra edad, ni por pienso había de ser carlista. Vale más estar como un cura en los infiernos que llevar la boina. Esto era bueno, allá en el año 37, que la mayor parte de los españoles éramos unos lanudos; pero ¿hoy, hoy?... Hoy es un gran disparate, y solo podemos ser carlistas la gente del 35 y del 37. ¿Qué demonios esperais de esos *pachiguants* de Estella, y sobre todo del *pachiguant* de los *pachiguants*?... Ni triunfaremos, ni en caso de triunfar, aquel memo haría caso de vosotros, que le habriais dado la victoria. No extrañeis, chicos, que os hable así, el brigadier Gamundi, porque como es de Maella, ante todo es franco y cordial; y se le dá un bledo de lo que suceda; pues no teme el porvenir con las tres propiedades que tiene en la cárcel, el hospital y el cementerio. Además vosotros ahora ya habeis hecho el disparate. Pero yo en vuestro lugar tomaría por otro camino.» Los que le oían, se sonreían, sin contestar; pero cada cual, allá en sus adentros, hacia sus comentarios, desconfiando del partido que tan singulares juicios inspiraba á aquel jefe.

La escena tenia un carácter todavía más grave cuando pasaba entre él y algunos liberales del distrito. «Don Pascual, le decían, ¿que noticias tiene V. de D. Carlos?» — «¿De D. Carlos! exclamaba Gamundi. Así estuviera como un cura en los infiernos.» Los otros se reían. «¿No le ha participado á V., decían, que dentro de quince días estará en Madrid?» — «¿Canario! ¡Kl en Madrid! gritaba don Pascual. Si no ha tomado á París por Madrid... Lo mismo entrará el en Madrid que yo en China. Librenos Dios de esta calamidad.» — «Pero D. Pascual, habla V. de D. Carlos peor que nosotros.» — «¡Pardiez como soy de Maella y conozco al nene, y tengo tres magníficas propiedades que me hacen independiente... Vds. le maltratan porque son liberales. Pues yo lo hago porque soy carlista.» — «¿De veras es V. carlista?» — «¡Pardiez! como un cura en los infiernos.»

«Nosotros creíamos que no quería V. el gobierno del clero, le decían.» — «Así reviente, si lo quiero, contestaba. ¡Los curas gobernando á España! Quiera Dios que no veamos tal calamidad. ¡Pardiez! todo es preferible al gobierno y política de los curas: la peste, el cólera, la guer-

ra, el hambre, la sequia, no son nada comparadas con la Inquisicion religiosa y política. ¡Canario! Yo conozco á los curas; y se lo que me digo. Si España ha de prosperar, es necesario que relegue los curas á la iglesia: que digan misa, que sermoneen, que confiesen, que beban, y coman, y... Pero que no gobiernen, ni puedan meterse con nadie; porque todo lo oprimen, todo lo malean, todo lo corrompen y echan á perder. Los curas son peores que la fiebre amarilla, que Satanás, que el infierno, y todo lo malo que se pueda imaginar. Donde hay curas no hay ni puede haber cosa buena, no se hace ni puede hacerse nada á derechas, no fructifica nada, no adelanta cosa alguna y todo se pudre y carcome." Los liberales se echaban á reir.—«D. Pascual, decian. ¡Qué demonio de carlista es V.!»—«Ustedes lo han dicho: *un demonio de carlista*, respondia él. Pero un demonio particular, pues sobre los demonios y curas hay mucho que decir. ¡Pardiez! Figúrense Vds. lo que debe pasar cuando un cura llega al infierno. ¡Que baraunda! ¡que jaleo! que risas y algazara entre los diablos! ¡con que gozo deben cogerlo y echarlo á las calderas de Pedro Botero, mientras el cura todo sufocado y aterrorizado, pide misericordia y perdón á aquellas negras y espeluznantes figuras. Yo estoy persuadido de que ningún cura se escapa de ir al infierno."

«¿Sabe V., D. Pascual, que nosotros, que somos liberales, pensamos como V.?»—«Yo lo creo, contestaba él. Si yo soy tan liberal como Vds., si no más. Miren Vds., no quiero que los curas manden, no quiero que mande don Carlos, no quiero que se obligue á nadie á seguir la religion católica, no quiero que haya absolutismo, ni despotismo; quiero que el pueblo tenga derechos; quiero que el país sea dueño de sí mismo; quiero que haya justicia; quiero que haya moralidad; quiero... en fin, quiero todo lo bueno imaginable."—«Luego no rechaza V. el sistema constitucional? le decian."—«¡Pardiez! ¡Qué he de rechazar, si es un sistema bueno, con tal que lo sigan bien! Al contrario, me gusta; y aun me gustan muchas otras cosas, que son mas avanzadas, muchísimo mas."

Todos escuchaban atentamente. «Cualquiera creeria, decian, que es V. liberal."—«¡Toma! ¿por qué no replicaba Gamundi. Si Vds. entienden la libertad como yo, sin duda lo soy. ¿Se figuran Vds. que del año 35 acá no he aprendido nada? Pues sepan que cambié mucho; y



si no fuera que uno ha sido siempre carlista, y que soy de Maella, no anduviera con la boina por estas tierras. Pero los hombres decentes hemos de ser consecuentes; y ya que el partido dijo á *las armas*, vamos allá, y *pim, pam*, vuelta con los tiros. ¿Qué hacer? Cuando uno es de Maella, habla claro y es consecuente. El partido ha hecho una tontería, porque pensar que hemos de ganar, es pensar en lo escusado. Cuando el año 35 no ganamos, perdemos siempre. Por cada carlista que hay en España hay al menos diez y seis contrarios; y aunque matásemos á quince, que es mucho decir, el último nos cojería bastante cansados para matarnos á nosotros. Cuando Madrid, Zaragoza, Valencia, Barcelona, Cadiz, Sevilla, Bilbao y otras y otras muchas y grandes ciudades sean carlistas, entonces ganaremos. Ahora no nos toca sino recibir trancazo. ¿Qué hacer? Los de Maella así somos, francos, constantes y resignados. Cuando venga la nueva emigracion, me volveré á casa á pescar con caña y á bailar el fandango con mis castañuelas. Así es Gamundi, señores; y crean que en el carlismo hay muchos como él."

«Al menos, D. Pascual, es V. un hombre honrado, exclamaban los liberales. Tan franco, tan campechano, tan amable y tolerante con todo el mundo.»—«¡Canario! ¿por qué nó, si soy de Maella? ¡Pardiez! Tengo mis defectillos. ¿Pero quien no adolece de alguno? Me gusta el buen vino y las hermosas chicas; y en beber una botella y hacer el amor no hay quien me pase adelante, porque tengo buen estómago, y como aun soy jóven, cuando veo una gallarda yegua, todavía relincho. Mi mujer se enfada; pero yo le canto una cancion de la tierra, ó tomo las castañuelas, y le repico un bolero; y como es buena chica, y muy catalana, se echa á reir, y quedamos en paz. En cuanto á honradéz, nadie puede decir esto ó aquello de Gamundi. Yo no robo nada; y con frecuencia ni tomar puedo lo que es mio; á veces, si quiero dinero, lo he de pedir á casa; no hago daño á nadie; corro bien con todo el mundo, menos con D. Carlos que no me puede ver, ni yo le puedo tragar á él; soy alegre y divertido; quiero á España; me bato como un valiente; doy cuartel á los que venzo, y los admiro si se han defendido bien; digo pestes de los curas; no puedo sufrir á los frailes; y me paso la vida de este modo, hasta que venga una bala, y me deje tendido en el campo, ó me embista una enfer-

medad, y me envíe al Campo Santo. Esto soy yo; y si esto no es ser honrado, venga Dios y véalo; pero venga sin curas, porque estos le dirían que soy un perdido condenado á las penas eternas del infierno."

XXXII.

**Un Escándalo clerical.**

*Milan 7 de Agosto.*

No estará demás que refiera ahora un gran escándalo que pasó en el Centro entre unas religiosas y unos carlistas; pues contribuye mucho á retratar lo que eran los sentimientos piadosos de estos pretendidos defensores del catolicismo.

Los hospitales carlistas del Centro eran al principio de la guerra un centro de suciedad, de asco y horror. Los heridos y enfermos yacian sobre montones de paja en el suelo, en un local fétido, negro y repugnante. No habia ropa blanca que darles, ni loza para servirles, ni gente que los cuidase. Los gusanos é insectos mas inmundos los devoraban, y no eran las heridas, ni las calenturas los peores males que los afligiesen. Mil veces mas valia morir en el campo de batalla, que quedar herido, ó caer enfermo. En algunas partes se habia mejorado, pero en muchas continuaba el mismo estado. Era muy casual, y casi milagroso, que el que entraba allí malo, saliese vivo.

Santés, que entonces era comandante general de Valencia, envió una comunicacion á unas hermanas de la Caridad carlistas, para que fueran á encargarse de algunas de aquellas pocilgas; lo cual ellas á las órdenes de Sor Amalia de Quiñones, se apresuraron á hacer, portándose con una abnegacion extraordinaria. Viendo que faltaba todo, mendigaron por las poblaciones lo necesario; y á costa de muchos esfuerzos, lograron cambiar la situacion, poniendo unos hospitales muy decentes, donde cualquiera podia ir á curarse. Aunque las religiosas eran carlistas, sea dicho en honor de la verdad, que del mis-

medad, y me envíe al Campo Santo. Esto soy yo; y si esto no es ser honrado, venga Dios y véalo; pero venga sin curas, porque estos le dirían que soy un perdido condenado á las penas eternas del infierno."

XXXII.

**Un Escándalo clerical.**

*Milan 7 de Agosto.*

No estará demás que refiera ahora un gran escándalo que pasó en el Centro entre unas religiosas y unos carlistas; pues contribuye mucho á retratar lo que eran los sentimientos piadosos de estos pretendidos defensores del catolicismo.

Los hospitales carlistas del Centro eran al principio de la guerra un centro de suciedad, de asco y horror. Los heridos y enfermos yacian sobre montones de paja en el suelo, en un local fétido, negro y repugnante. No habia ropa blanca que darles, ni loza para servirles, ni gente que los cuidase. Los gusanos é insectos mas inmundos los devoraban, y no eran las heridas, ni las calenturas los peores males que los afligiesen. Mil veces mas valia morir en el campo de batalla, que quedar herido, ó caer enfermo. En algunas partes se habia mejorado, pero en muchas continuaba el mismo estado. Era muy casual, y casi milagroso, que el que entraba allí malo, saliese vivo.

Santés, que entonces era comandante general de Valencia, envió una comunicacion á unas hermanas de la Caridad carlistas, para que fueran á encargarse de algunas de aquellas pocilgas; lo cual ellas á las órdenes de Sor Amalia de Quiñones, se apresuraron á hacer, portándose con una abnegacion extraordinaria. Viendo que faltaba todo, mendigaron por las poblaciones lo necesario; y á costa de muchos esfuerzos, lograron cambiar la situacion, poniendo unos hospitales muy decentes, donde cualquiera podia ir á curarse. Aunque las religiosas eran carlistas, sea dicho en honor de la verdad, que del mis-



no modo trataban á los desgraciados de su partido, que á los del contrario. Así es que cuando yo llegué allí este ramo se hallaba ya en bastante buen estado, y nuestros enfermos y heridos recibían el trato que su infortunio requería.

Empero en el hospital de Mora de Rubielos, que administraban las mismas hermanas, se travó una lucha de intrigas, tan baja é inmoral, que escandalizaba sobremanera. Había allí un médico de pésimos sentimientos, que resumía cuanto malo puede haber en el partido carlista; y algunos otros perdidos, que adolecían de sus mismos defectos. Llamábanse D. Mariano Gonzalez, D. Manuel Rebolledo y no recuerdo el nombre de los demás. El médico y sus camaradas empezaron á mirar á las religiosas con mas desenvoltura de la que la buena educacion y el decoro consentían; y se descompusieron con ellas hasta un punto alarmante, que ofendió el pudor de aquellas señoras. Indignadas ellas de tan infame comportamiento, amonestaron á los atrevidos; y viendo que nada alcanzaban, la superiora, sor Adelina Crobat, los amenazó con dar parte de su comportamiento al general en jefe. «Ustedes se han olvidado sin duda, les dijo, de que no solo somos mujeres de honor, sino tambien religiosas; y si no se reprimen de palabras y obras, nos veremos obligadas á pedir auxilio á la superioridad, que es la encargada de protegernos. Nosotras hemos venido aquí para asistir á los desgraciados, y deseamos que los que mañana pueden necesitarlos, sean los primeros en tenernos respeto.»

Por su desgracia era entonces general en jefe Lizárraga, y como aquellos descomedidos eran hechuras suyas, estos se volvieron respondones, y contestaron con amenazas mas fuertes. El médico tomó la defensa de todos sus cómplices y encarándose con las religiosas, las habló con la franqueza mas cinica, demostrándolas que allí eran arbitros de todo. «Sepan Vds., les dijo, que en el hospital yo soy el amo; y que si están aquí, es por mi tolerancia, pues cuando quiera las echaré á puntapiés y pondré en su lugar á las mujeres que me dé la gana.» Sor Adelina contestó dignamente: «Nosotras estamos aquí á ruegos del general en jefe, y solo nos iremos si este lo manda. Entre tanto pondremos lo ocurrido en su conocimiento para que sepa quien es V. y sus compañeros.» El mé-

dico se echó á reir. «El general Lizárraga, dijo, es buen católico; sabe que yo y mis camaradas también la somos, puesto que vamos á misa cada día, y confesamos y comulgamos con frecuencia, y no creerá una palabra de lo que digan Vds. En cambio, yo iré á su cuartel general, en creyendolo necesario; asistiré en su presencia á la misa que cotidianamente oye; me dará un par de docenas de grandes puñetazos en el pecho, y despues le hablaré de Vds., en tal sentido, que ya verán el resultado.»

Como es de prever la réplica indignó á la religiosa. «Me extraña mucho, repuso, que un hombre como usted figure en nuestro partido; porque estas palabras tan impropias son de un cristiano, como de un caballero. A mí me parece que está V. fuera de su sitio.»—«Yo estoy donde tengo por conveniente, ó me da la gana, dijo el médico; y las expulsaré á Vds. de aquí, ó cederán en lo que quiero. Yo no soy un chicuelo, á quien se engaña con tocacas, con rosarios y gazmoñerías. Las conozco á Vds. y sé que son como las demás mujeres. Esas resistencias no son mas que puras hipocresías. Tengamos, pues, la fiesta en paz, y renuncien á todos esos alardes; porque les aseguro que la guerra conmigo les será fatal, porque tengo medios de acabar en breve con la reputacion de todas, y echarlas de aquí por escandalosas.» La hermana entonces le replicó con mucha dignidad. «Bien podrá ser que engañando al general con su hipocresía, nos quite de ahí infamadas; pero tenga V. entendido que sean cuales fueren sus intrigas y esfuerzos, nos iremos con la misma honra que hemos llegado; seguras de que el tiempo que da lugar á todo, nos ofrecerá ocasion de justificarnos, y descubrir la mala conducta de V. y de sus compañeros.»

Por desgracia de aquellas señoras, habia allí un coronel de caballeria carlista, llamado Monet, hombre alto, de alguna edad, de malísima catadura y corrompidos sentimientos, que por orgullo, hizo causa comun con los empleados. Tenia relaciones con una mujer de costumbres descompuestas y de trato desgarrado; y presentándola á las religiosas, les indicó que debian tratarla como á la señora del hospital. Tanto por los celos naturales de quien dirige un establecimiento, como por el estado de la mujer, las monjas la recibieron con mucha frialdad é indiferencia, mostrándole un des-

den que la hirió en el alma, y la irritó furiosamente.

La mujer salió de allí trinando y pataleando; y como vió tambien colérico á su amigo, lo excitó, persuadiéndole que les habian injuriado y despreciado á ambos. «¿Quiénes son ellas, exclamaba, para tratar de ese modo á una mujer tan principal é importante como yo? ¿imaginan que porque no soy casada contigo, me tengo en menos que ellas, ó sufro que ninguna cenicienta de su oficio me tosa? ¿Cómo si ellas fuese alguien! ¿cómo si todo el mundo no conociese la farsa que todo eso es! ¿cómo si no viéramos cada dia que son peor que yo! ¿Hipócritas y mogigatas! ¿Se han figurado engañarme con sus miradas humildes, con su voz gangosa y su aparente dulzura? ¿Desdeñar á una mujer, que mañana puede ser una generala! ¿hacer dengues de tratar conmigo, cuando quiza dentro de seis meses, tú serás capitán general de Valencia, y yo me pasearé como una princesa por las salas de un palacio? Esa conducta, Monet, es un bochorno para tí, lo mismo que para mí; y si no te venegas, y no sacas las tripas á esas lechuzas, no eres hombre, ni capaz de nada. Ahora correrá por todas partes la noticia; y no podremos presentarnos, sin que nos señalen con el dedo, y se burlen de nosotros.»

«¿Yó tolerar esto? replicaba el coronel. ¿Yo tragarme ese mico? Esas brujas me la pagarán ejemplarmente; y verás como nadie repetirá lo que han hecho. ¡Voto á.....! O la gente te acatará como si fueses mi legítima mujer, ó habrá una de San Quintín. Déjame hacer. Yo tomaré por mi cuenta á este monjío de palomar; yo le meteré en cintura, y le daré tal meneo, que las mismas que hoy te han desdeñado, vengan á pedirte de rodillas que te dignes perdonarlas, y visitar su casa.»—«Así, así, véngate, no te dejes pasar esta, exclamaba ella. Si me faltan á mí al respeto, luego se reirán de tí; y los que hoy tiemblan al verte fruncir los cejas, se atreverán á beatarte los pantalones, y darte azotes. Esas monjas son mala gente; créeme; no las tengas respeto, ni consideracion; trátalas peor que ellas á mí; humíllalas, opúltalas, y luego déjame el resto; que si tú quieres vengarte yo tambien.»

Monet se unió con los conjurados del hospital; y á fin de borrar la reputacion de las hermanas, imaginaron celebrar allí de noche unas orgias, para dar á entender al



público que aquellas señoras lo consentian; y hasta participaban. Hicieron, pues, sus francachelas; comian y bebían como bárbaros; alborotaban y cantaban como energúmenos, y hablaban en alta voz de las hermanas en términos que no se pueden reproducir, acompañándolo de carcajadas significativas. Luego á media noche, se ponían en camisa; y saliendo por el hospital, embestían á aquellas señoras, que huían dando gritos, y pidiendo socorro. Estas infames escenas, que uno se avergüenza de referir, pasaron desde entonces con mucha frecuencia; y como á pesar de las quejas que las agraviadas dieron, el general Lizárraga no las reprimió, las hermanas tuvieron que tomar muchas precauciones para no ser cogidas por aquellas fieras inmundas.

Figuraba tambien entre los conjurados un presbítero llamado Alejo Sanchez, que desempeñaba el empleo de secretario del subdelegado castrense, del cual era superior el obispo de Urgel, como delegado castrense de todos los ejércitos carlistas. Aquel presbítero procedía del clero castrense del ejército liberal, donde siempre fué desconsiderado por ciertas costumbres demasiado libres; y se erguia entre nosotros con aires de amo, paseándose con una teja de borlas moradas y una faja del mismo color, que le daba un aspecto muy llamativo. Este presbítero, que en el Centro tambien hacia de las suyas, y en tal escala, que exitaba un desprecio general; se habia fijado tambien en las personas de aquellas señoras hermanas, y considerando mas otras cosas, que las que debia, se condujo de tal modo, que harto indicaba sus pretensiones; y al ver que tampoco era afortunado, se unió con los demás para los fines que son de suponer.

Tal fué la alianza de aquellos tres tipos y sus cómplices, que en breve apuraron á aquellas pobres señoras, las cuales no podían vivir en el hospital por los excesos que se cometían contra las buenas costumbres; ni se decidían á marcharse, para no dejar abandonados á los enfermos y heridos que tanto necesitaban de sus cuidados. Los conjurados, á fin de hundirlas mejor, hacían correr contra ellas todo suerte de calumnias, acusándolas abiertamente de ladronas y otras cosas que se callan. Al fin, la situacion ya fué intolerable, y las desgraciadas, viendo que iban perdiendo la reputacion, y que el general en

jefe no las defendia, resolvieron abandonar el hospital, aunque les costase dolorosas lágrimas desamparar á los infelices. Bien podian hacerlo, porque la calumnia se habia ya extendido con tal rapidez, que la mayor parte de los carlistas del Centro murmuraban de ellas.

Así estaban las cosas, cuando de repente Gamundi y yo pasamos por Mora de Rubielos; y habiendo querido ver el hospital, fuimos, y quedamos enterados de lo que pasaba. Ambos nos indignamos hasta el mayor extremo; y haciendo lo que debíamos, prendimos al médico y tomamos todas las disposiciones necesarias para impedir que continuaran aquellas infamias, lo cual se alcanzó, y fué causa de que las hermanas permanecieran allí. Pero viendo los conjurados desvanecidas sus tramas, urdieron otras para echar á aquellas mugeres del hospital; y parece que quien la ideó, y desenvolvió con mucha habilidad fué el presbitero citado. Hé aqui de qué muletilla se valió. Mostróse manso y resignado; y de repente pidió á las hermanas los documentos de la autoridad eclesiástica carlista que convalidaban su institucion; y como ellas no los tenian, las advirtió con muchas cortesías y demostraciones de pesar, que no pudiendo consentir la subdelegacion castrense que funcionase allí una institucion religiosa que no era reconocida, se veia en el triste y desagradable caso de prevenir las que deberian retirarse. «Yo siento mucho, las dijo con melosidad, que unas siervas de Jesucristo tan venerables como Vds. no puedan continuar establecidas en este distrito; y Dios, solo Dios sabe cuanto he luchado y sufrido antes de decirselo. Pero Nuestro Señor quiere que antepongamos el deber al amor, y me veo obligado á manifestarles que deben marcharse cuanto antes.»

Conoció la idea Sor Adelina, y tomando una resolucion viril, se despidió de sus compañeras, las dejó encomendado el hospital, encargándolas que por nada lo abandonaran mientras estuviese ausente; y con todos los papeles de la órden se fue á Urgel, donde se presentó á nuestro grande y célebre obispo, refiriéndole todo lo que pasaba. El señor Gaixal conoció perfectamente la razon; y como sabia ya quien era el presbitero dicho, aprobó la conducta de las hermanas, reconoció su órden, y prometió escribir al subdelegado castrense, y castigar al secretario de este, por su escandaloso comportamiento.

Cualquiera creeria que dándose por el obispo mas católico é intransigente de España, mas moral y mas puro, mandó destituirlo del empleo y conducirlo, ó darle orden de presentarse á su tribunal. Pero no fué así, porque como el presbítero era un carlista acérrimo, el prelado que hubiera sido implacable con un buen sacerdote liberal, fué indulgente y hasta piadoso con aquel bandido.

En efecto remitió al subdelegado castrense del Centro una carta, cuyo extracto es el siguiente. «...Hé sabido, dice, por personas dignas de fé, que D. Alejo Sanchez usando el nombre de V., obra como si fuera el subdelegado, y no siempre acertadamente. Se me ha hablado de cierta intriga que maquinó para hacer que las jóvenes que con Sor Amalia de Quiñones dejaron sus casas para arreglar los hospitales militares desistieran de tan santa obra... Se me ha dicho tambien que *segun opinion de muchos, su conducta no fué cuando estaba en el ejército liberal, ni es ahora, cual debiera ser la de un secretario de la subdelegacion.* Tambien se me ha dicho que usa un traje, notable por las borlas moradas del sombrero, y por un cinturón del mismo color. Sírvase V. averiguar lo que haya de verdad en cuanto deajo indicado, *proveer todo lo conveniente, y cortar todos los abusos.*” Tal fué el terrible castigo que recibió el presbítero de parte del feroz obispo de Urgel: *proveer lo conveniente, y cortar todos los abusos.* Así es que aunque dejó en paz á las hermanas, continuó la misma conducta en general.

Sor Adelina volvió al Centro; y en una carta que dirigió á Dorregaray, que ya entonces era general en jefe, le resumió todo lo que había pasado, como se puede ver en los siguientes extractos: «No creíamos hubiese hombres tan *bajos y miserables*, dice, que fuesen á cebarse con unas infelices mujeres, cuyo único delito consistia *en no encubrir sus infamias* llegando á formarse contra nosotras una cruzada, capitaneada por D. Manuel Monet, quien se ofendió de que *á su concubina no la recibiésemos* como su legitima esposa; por D. Manuel Gonzalez, D. Manuel Rebolledo y D. Alejo Sanchez, presbítero. Ante tan *bojas y viles calumnias* nos hubiéramos retirado; pues si bien nuestras familias nos autorizaron que hiciésemos hasta el sacrificio de nuestra vida, no así *el de la honra.* Pero nos contuvo el que dos caballeros, los brigadieres señores Gamundi y Boet, salieran ante todo á nuestra defensa.



con lo cual se acalló algo la murmuracion. Solo el presbítero D. Alejo Sanchez fué el que continuó la guerra en otra esfera...—Sor Adelina Crobat.”

Creo, señor Corresponsal, que no le pesará á V. de conocer este cuadro de las costumbres religiosas del carlismo, que viene á resumirlas todas; pues los demás, sobre todo en el Centro y Cataluña, eran del mismo genero.

### XXXIII.

#### Cosas del Centro.

*Milan 9 de Agosto.*

El señor Boet prosiguió: Mi gente habia quedado tan animada despues de la sorpresa de Daroca que ya me infundió bastante confianza para una lucha campal; y examinando las operaciones de la columna Calleja, que andaba por mi distrito, resolví atacarla á ella. Calleja era un militar procedente de la marina; habia servido en las campañas de Cuba, donde, por ser mi jefe, nos conocimos mucho; y era muy estudioso, prudente, modesto y trabajador. La columna que mandaba en Aragon se componia de 5 batallones, 180 caballos y 4 piezas de artilleria.

Junté, pues, cuantas fuerzas pude, que fueron unos 5 batallones incompletos y algunos caballos, sin artilleria y empecé á maniobrar buscando las vueltas de Calleja, para atraerle al sitio que me conviniese. Mi objeto era darle un combate, en el cual quedase aislado de cualquier otra columna y de toda plaza fortificada; envolverlo, y destruirlo. El dia 14 de marzo Calleja salió de Valdealgofa con direccion á la Fresneda, y viéndole yo en uno de los sitios que deseaba, le salí al encuentro; me posesioné con parte de las fuerzas de los montes Torzales de Bollá y Voldo y de Algeciras de la Fresneda, que son una excelente posicion; y haciendo dar un rodeo al resto de mis tropas, las embosqué á cierta distancia, por uno de los flancos que habia de tener el enemigo, con

con lo cual se acalló algo la murmuracion. Solo el presbítero D. Alejo Sanchez fué el que continuó la guerra en otra esfera...—Sor Adelina Crobat.”

Creo, señor Corresponsal, que no le pesará á V. de conocer este cuadro de las costumbres religiosas del carlismo, que viene á resumirlas todas; pues los demás, sobre todo en el Centro y Cataluña, eran del mismo genero.

### XXXIII.

#### Cosas del Centro.

*Milan 9 de Agosto.*

El señor Boet prosiguió: Mi gente habia quedado tan animada despues de la sorpresa de Daroca que ya me infundió bastante confianza para una lucha campal; y examinando las operaciones de la columna Calleja, que andaba por mi distrito, resolví atacarla á ella. Calleja era un militar procedente de la marina; habia servido en las campañas de Cuba, donde, por ser mi jefe, nos conocimos mucho; y era muy estudioso, prudente, modesto y trabajador. La columna que mandaba en Aragon se componia de 5 batallones, 180 caballos y 4 piezas de artillería.

Junté, pues, cuantas fuerzas pude, que fueron unos 5 batallones incompletos y algunos caballos, sin artillería y empecé á maniobrar buscando las vueltas de Calleja, para atraerle al sitio que me conviniese. Mi objeto era darle un combate, en el cual quedase aislado de cualquier otra columna y de toda plaza fortificada; envolverlo, y destruirlo. El dia 14 de marzo Calleja salió de Valdealgofa con direccion á la Fresneda, y viéndole yo en uno de los sitios que deseaba, le salí al encuentro; me posesioné con parte de las fuerzas de los montes Torzales de Bollá y Voldo y de Algeciras de la Fresneda, que son una excelente posicion; y haciendo dar un rodeo al resto de mis tropas, las embosqué á cierta distancia, por uno de los flancos que habia de tener el enemigo, con

orden de salir y atacar á este por retaguardia, en un momento oportuno.

Calleja continuaba avanzando, y su situacion iba siendo tan grave, que recordando yo otra batalla que por aquellas cercanías se dió muchos años atrás, la de Maella, pensaba que aquella columna tendria el mismo desastroso fin que la de Pardiñas, á no sobrevenir una casualidad imprevista. «Amigo Calleja, me decia, V. y yo hemos pasado muy malos ratos en Cuba. Pero me parece que ahora los vá á pasar V. solo.» En efecto, mi antiguo compañero iba cayendo en el lazo, sin tener sospechas. No puede V. imaginar lo curioso que es estudiar al hombre, cuando despues de preparar una buena emboscada militar, observa como el enemigo no se dá cuenta de ello, porque pasa alternativamente por tales condiciones de alegría y lástima, de risa y compasion, que es un fenómeno muy curioso. A veces compadecia á mi antiguo compañero; otras me alegraba de que fuese entrando en la ratonera, y habia momentos tambien en que, juzgando como indiferente, pensaba en lo triste que era que dos columnas españolas fuesen á romperse la cabeza una á otra. «Aunque digan, murmuraba, que esto es la vida, confieso que no debe hacer mucha gracia á nadie que piense; porque entonces la vida está llena de sucesos bien tristes.»

Pero como allí lo local era tan apremiante, no me fijé mucho en esas filosofías, y continué observando los movimientos de Calleja. Al ver este mis posiciones, hizo alto, y se detuvo en el pueblo de la Fresneda, donde se parapetó. Habia sabido que yo mandaba á los carlistas, y temeroso de alguna travesura, quiso cubrirse y reflexionar. Así que lo ví, quedé contrariado. «Malo, dije. Hoy me hubiera convenido que Calleja no me conociera.» Viendo que no salia del pueblo, y que así como yo le ofrecia el combate en los montes, él, á pesar de su superioridad, lo esperaba en el pueblo, le provoqué de un modo mas directo, para ver si le irritaba. Mandé avanzar las guerrillas, quienes llevadas de su envalentamiento, rompieron un vivo fuego á corta distancia de la Fresneda. A pesar de esto, el raton no quiso entrar en la ratonera; Calleja no cayó en la tentacion, y continuó quieto en aquel sitio.

Llegó la noche; y les cosasse hallaban en el mismo esta-



do. Viendo que no habia medio de trabar el combate, dejó algunos destacamentos en las posiciones, y replegué la gente por las cercanias para que durmiesen á cubierto. Durante la noche, Calleja no se movió, rodeándose de una gran vigilancia. Apenas clareó el nuevo dia, volví á ocupar las mismas posiciones, y ofrecí otra vez el combate. Calleja tambien le rehusó. Mandé de nuevo que las guerrillas le molestasen y provocasen, y aunque estas llegaron hasta muy cerca de sus avanzadas, tampoco se dió por convencido. Ya estaba yo calculando si tomaria la iniciativa, echándome sobre él, cuando observé que su columna salia por la otra parte del pueblo, retrocediendo con gran rapidez. Avanzaron los míos con objeto de reconocerlo; y él, haciendo maniobrar la artillería, los contuvo, prosiguió con gran diligencia su retirada, y se refugió en la plaza de Alcañiz, donde llegó muy quebrantado. Así se convirtió en escaramuza lo que debia ser una catástrofe. «Si el ministro de la guerra liberal, dije para mí, supiese lo que hoy ha debido á la prudencia de Calleja, enseguida le daría á éste un ascenso.»

A últimos del mismo mes llegó al Centro la noticia del cambio de frente que hizo Cabrera; y entonces pude observar algunas impresiones, que tienen interés histórico. Desde que estaba en el Centro habia visto que aquel caudillo no era allí popular en ninguna clase social, excepto quizá entre algunos eclesiásticos viejos y otras personas particulares. La nueva generacion no hacia mucho caso de él, lo cual ya indicaba el que hacia la anterior; y los restos de esta se dividian en dos bandos; unos que hablaban muy mal de Cabrera, y otros que se mostraban mas reservados, aunque sin ocultar una especie de recelo. Como todos eran mas ó menos carlistas, esto me habia llamado la atencion, y quise averiguar de qué procedia, á fin de conocer mejor á aquella célebre figura.

«Parece, les decia, que al fin Cabrera se ha entendido con D. Carlos, y que vendrá de un dia á otro á encargarse del mando.» Estas palabras causaban generalmente en el primer grupo un mal efecto evidente. «¿Por qué no se entusiasman Vds.? les preguntaba.»—«¿Por qué, señor brigadier? me contestaban. Porque Cabrera seria la calamidad del Centro. Ese hombre es un mónstruo de crueldad y placeres; y horroriza lo que aquí hizo contra los mismos carlistas.» Enseguida me contaban historias

de la primera guerra, que no me hacian ninguna buena impresion." El segundo grupo todavia era mas esplicito. «El dia que llegue él, decian muchos, nosotros nos vamos corriendo al territorio liberal, porque la primera cosa que hará será fusilarnos." Solo algunos amigos de Cabrera y muchos curas parecian alegrarse de la noticia de su entrada. «El nos falta para triunfar, exclamaban. Verá V., si viene, como todo cambia de aspecto. Con aquel génio militar de que Dios lo dotó, todo se lo ha de comer en quince dias. ¡Qué tortilla hará de esas columnas liberales! ¡qué meneos ha de dar á esos generalitos que nos hacen la guerra! Cabrera, Cabrera nos falta para vencer definitivamente; y quiera Dios que al fin haga las paces con el rey."

Uno de los mas apasionados era Gamundi; quien como habia sido su capitan de *miñones*, que este nombre tenia su guardia personal, le queria con fanatismo. «Si él, mandasé, me decia, ¿á dónde hubiéramos ya ido á parar? ¡Canario! Creo que ya nos hubiéramos comido medio mundo, cuanto mas á los liberales. Pero bien considerado, ha sido mejor; pues en último resultado solo aprovecharia á D. Carlos, quien á estas horas se hallaria en Madrid haciendo de las suyas; y aunque yo me bata por la causa, he de confesar que el triunfo de ese tunante seria el peor azote de España. ¡Pardiez! D. Ramon no ha querido tomar las armas por el rey, y ha hecho bien. Un tipo como D. Carlos no merece tanto de un grande hombre como Cabrera. Además, si lo ha tratado tan mal... ¿A quién se le ocurre imaginar que Cabrera sea un carlista como cualquier otro, y que no merezca la mayor veneracion?... Francamente, me alegrara de ver á D. Ramon mandándome de nuevo; pero lo sentiria por el favor que haria á aquel *pachiguani* de los *pachiguanis*.

Con estos datos cabe imaginar muy bien el efecto que produjo en el Centro la noticia de la transformacion de Cabrera. La juventud la supo con la mayor indiferencia, los viejos se alegraban, porque les libraba del temor del regreso de aquel; y tan solo el núcleo de amigos y de eclesiásticos admiradores la sintió vivamente. «Dicen que Cabrera se ha vendido, decian los voluntarios. ¿Qué nos importa? Aquí no ha hecho bien, ni mal, porque ni le conocemos, ni ha venido; y tanto somos hoy, que es alfonsino, como ayer, que era carlista. Si ha imaginado

que al venderse nos entregaríamos, se engañó, porque antes seremos federales que alfonsinos.”—«Gracias á Dios que el monstruo no vendrá, decían los viejos. Allá se las hayan con él los que se lo han ganado. No podía hacernos mejor favor.” Pero los otros ya lo comentaban de otro modo: «¡Cabrera pasarse! exclamaban. ¡Cabrera renegar de su partido! ¡Cabrera en las filas de los que fusilaron á su madre! ¿Quién soñara en esto en el año 38 y en aquellos tiempos en que andaba por ahí fusilando los liberales á centenares, sin misericordia por ninguno?... Si no que lo vemos, no lo creeríamos.”

Entre estos, quien quedó mas impresionado fué Gamundi, el cual primero se reía de la noticia, como de una patraña mal urdida. «No lo crean Vds., decía. Yo le conozco; he dormido á sus piés; le he tratado con la misma intimidad que á un hermano; y les aseguro que es incapaz de esto.” No obstante, cuando se convenció, quedó como loco. Estuvo tres dias sin comer; en poco tiempo perdió las carnes, y no podia dormir, ni trabajar, agobiado por aquella noticia. «¡Canario, canario! exclamaba. ¿Cuándo ni cómo habia yo de prever esa trastada? ¡Don Ramon dejar de ser carlista! ¡D. Ramon inconsecuente! ¡Ahora, cabalmente, que está cargado de años, y que no puede tardar en morirse! ¿Cómo no ha considerado el daño que se hacia, desprestigiando su nombre de político consecuente?... ¡Pardiez, Gamundi! Si te hubiesen dicho esto, cuando le guardabas de noche y dia con los *miñones*; cuando le defendias la vida de los golpes del enemigo en el campo de batalla; y de las asechanzas de la traicion y de los complots... ¡Canario! al que hubiese supuesto tal cosa, le hiendo la cabeza de un sablazo. Sin embargo, hé hai que ha sucedido... El corria mal con aquel *pachiguani* de D. Carlos, cierto; él estaba cargado de la necedad, de la fatuidad y orgullo de este, bien; todo es cierto; él no lo ha querido defender, creyendo indigno blandir por un imbécil tan soberbio la espada de Morella; pero no debia pasarse; esto no podia hacerlo. Yo estoy tambien muy quejoso de aquel *pachiguani*; y no me voy con el enemigo, porque soy de Maella, y conozco que debo ser consecuente.”

Tales fueron los efectos que produjo en el Centro aquella conversacion. Despues el gobierno de Madrid quiso sacar partido de ella atrayendose á varios jefes carlistas;



pero el fruto no correspondió á la siembra, aunque parece que esta fué abundante. Se tanteó á muchos cabecillas, de los cuales unos entraron titubeando en el lio, y otros no; los que entraron, fluctaron mucho, y ya parecían dispuestos á ceder, ya se negaban ó aplazaban la entrega; los otros dieron parte de lo que les ofrecían, y algunos de estos llegaron á designar á los emisarios. En mis filas hubo pocos manejos y de escasisima importancia, por impedirlo la organizacion de las tropas y el entusiasmo de todos, junto con mi vigilancia y actitud severa. Dorregaray corrió mas peligros y tuvo varias defecciones, viéndose obligado á fusilar á algunos, entre ellos á Monet, el coronel de las monjas, que si no quedo bien probado que lo mereciese por traidor, era público que lo merecia por otras cosas escandalosas.

No obstante, el enemigo tenia mucho empeño en introducirse en mi division, y conociendo que no podia hacerme daño en los jefes subalternos, se valió de otra estratagema. Un día recibí un anónimo, donde se me aseguraba que Gamundi trataba en secreto con los liberales. Reime en mí interior y me metí la carta en el bolsillo, diciendo: «Ser maquiavélico sin conocer con quien se trata, es tonto. ¿Gamundi pasarse? Esa gente no tiene ninguna idea de ese hombre.»

Al vernos, le dije alegremente: «¿Cómo ha pasado usted la noche, D. Pascual?» El se sonrió, mirándome de un modo particular. «Como un cura en los infiernos, me contestó; porque ya sabe V. que los curas tienen un infierno mas ardiente que el otro. Y usted, D. Carlos, ¿qué tal ha dormido?»—«¡Pse! regularmente contesté. ¿Y ahora cómo se está de humor?»—«Como si estuviera en una de mis famosas propiedades, me dijo»—«Pues á ver, repuse, si yo se lo cambio á V., haciéndole un regalo. Tenga usted, añadí, dándole la carta.»—«Pardiez, exclamó él. No se dirá que V. me ha regalado sin llevarse una recompensa. Tomé V.» Y me dió otra carta. Mientras él leía la mia, yo leía la suya, en la cual le decian de mí, bajo el anónimo, lo mismo que á mí de él. Al terminar, nos miramos, y soltando una carjada, exclamamos á la vez: «¡Don Pascual, guárdese V. de Boet!»—«¡Boet, no se fie V. de Gamundi!» Volvimos á reirnos, y apenas se habló mas de aquel ardid. Los adversarios abandonaron entonces sus trabajos, conociendo que eran inútiles.

Por aquel tiempo el señor Despujol Capitan general de Aragon, incomodado, sinó furioso, del mal éxito de sus operaciones, trataba en Zaragoza con gran rigor á los carlistas ojalateros, prendiéndoles y encerrándoles en la cárcel, sin distincion de sexos. Como á militar, este modo de buscar compensaciones, me tenia indignado. Sé que muchas veces la guerra ha de hacerse con rigor, y que sean cuales fueren sus sentimientos personales, un jefe ha de mostrarse más que severo. No obstante la guerra carlista no justificaba las persecuciones de Despujol. En el Centro no se fusilaba á los prisioneros, ni se molestaba á los liberales que vivian en nuestro territorio; al contrario, los prisioneros eran bien tratados, como lo podrian declarar los que yo hice; y los liberales llegaban á hablar delante de nosotros con la franqueza de que ya he referido algunos ejemplos.

Se comprende que en Cuba, insurrectos y españoles nos hiciésemos guerra sin cuartel; porque los primeros no solo no respetaban á los prisioneros, sinó que despues de matarlos, los mutilaban horrorosamente; pero la guerra civil de España no habia llegado por fortuna á este extremo, pues fuera de las barbaridades del cura de Santa Cruz, de Saballs, y D. Alfonso en Cuenca, habia habido por ambas partes mucha moderacion, salvo siempre alguno de esos actos aislados de salvajismo, que son inevitables en un conflicto.

Así es que yo, que en Cuba, tanto por conviccion, como por orden superior, habia sido severo, me propuse ser blando en España, donde no habia una guerra de exterminio; y con gran satisfaccion mia no tuve nunca que salir de la moderacion; pues me repugna y horroriza tanto la sangre del patíbulo, que en Cuba mismo, donde los insurrectos me asesinaron y mutilaron á un hermano y me la tenian jurada á mí por la viva persecucion que les hacia, y las afortunadas sorpresas que les daba; muchas veces, saltáudo á las órdenes que recibia de fusilar á todos los prisioneros, no lo hacia, exponiéndome á ser encausado, y castigado por el Capitan general, ó por el jefe que me mandaba.

Querian los carlistas del Centro que me vengara de las prisioneres de Despujol, prendiendo á los liberales de nuestro territorio; pero no lo tuve por politico, ni humano; y lo que hice fué publicar una alocucion, que firmó Ga-

mundi, diciendo al general enemigo el tristísimo concepto que hacia de su comportamiento; invitándole, ya que era militar, á perseguir militarmente al carlismo, y amenazándole irónicamente con guardar en rehenes á los liberales de las poblaciones que le tomase; como en efecto lo hice ya con algunos que me llevara de un punto del enemigo, para que pagaran la contribucion. «Es una barbaridad indisculpable, me decia yo; que esos señores que disponen de tantísimos recursos contra nosotros, nos combatan, persiguiendo de este modo al elemento civil. Si nosotros fuésemos potentes en armas; si nosotros pudiésemos hacer algo, anda con Dios entonces; podría pasar, y disculparse; ¿pero qué necesidad tienen de esto, hallándose en tan grandes apuros las tropas carlistas del Norte, Centro y Cataluña? ¿no ven que en Cataluña no somos más que patuleas sin dirección? ¿no ven que en el Centro nos falta armamento, gente y hasta municiones, y que el país ya está cansado de sostenernos? ¿no ven que el Norte D. Carlos desquicia todo el ejército, y que no ha podido tomarse nunca lo ofensivo? Nada justifica, pues la severidad de Despujol; porque si este no sabe hacer la guerra, deje el mando á militares mas entendidos.»

#### XXXIV.

### El Catolicismo y la Democracia.

*Milan 11 de Agosto.*

Pero no me reduje á contestar á Despujol con aquella alocucion, sino que habiendo sabido por mis confidentes que habia de ir á los baños de Alhama, me propuse dar un golpe de mano para apoderarme de su persona. La expedicion no solo era del mismo genero que la de Daroca; sino todavía mas atrevida y expuesta, por hallarse el punto mas internado en los dominios enemigos. Habia pensado antes caer sobre Cariñena, pero lo dejé para después de aquella sorpresa. Mandé á Alhama mis confidentes; estudié bien el terreno, y al fin me puse en marcha con las precauciones necesarias.



mundi, diciendo al general enemigo el tristísimo concepto que hacia de su comportamiento; invitándole, ya que era militar, á perseguir militarmente al carlismo, y amenazándole irónicamente con guardar en rehenes á los liberales de las poblaciones que le tomase; como en efecto lo hice ya con algunos que me llevara de un punto del enemigo, para que pagaran la contribucion. «Es una barbaridad indisculpable, me decia yo; que esos señores que disponen de tantísimos recursos contra nosotros, nos combatan, persiguiendo de este modo al elemento civil. Si nosotros fuésemos potentes en armas; si nosotros pudiésemos hacer algo, anda con Dios entonces; podría pasar, y disculparse; ¿pero qué necesidad tienen de esto, hallándose en tan grandes apuros las tropas carlistas del Norte, Centro y Cataluña? ¿no ven que en Cataluña no somos más que patuleas sin dirección? ¿no ven que en el Centro nos falta armamento, gente y hasta municiones, y que el país ya está cansado de sostenernos? ¿no ven que el Norte D. Carlos desquicia todo el ejército, y que no ha podido tomarse nunca lo ofensivo? Nada justifica, pues la severidad de Despujol; porque si este no sabe hacer la guerra, deje el mando á militares mas entendidos.»

#### XXXIV.

### El Catolicismo y la Democracia.

*Milan 11 de Agosto.*

Pero no me reduje á contestar á Despujol con aquella alocucion, sino que habiendo sabido por mis confidentes que habia de ir á los baños de Alhama, me propuse dar un golpe de mano para apoderarme de su persona. La expedicion no solo era del mismo genero que la de Daroca; sino todavía mas atrevida y expuesta, por hallarse el punto mas internado en los dominios enemigos. Habia pensado antes caer sobre Cariñena, pero lo dejé para después de aquella sorpresa. Mandé á Alhama mis confidentes; estudié bien el terreno, y al fin me puse en marcha con las precauciones necesarias.

A pesar de todas las dificultades, la marcha me salia bien; y avancé sin ser visto hasta poco trecho de la poblacion, cuando de repente se presentan mis confidentes, y me dicen que unos pastores me habian descubierto de léjos, y corriendo á dar parte, Alhama se habia puesto en estado de defensa, y pedido auxilio por telégrafo. La operacion estaba malograda; y conociendo que debia retirarme en seguida, lo hice con órden y diligencia, regresando sin precipitacion á mis cuarteles. «Otro dia tendremos mas suerte, dije; las cosas de la guerra dependen bastante de una casualidad.»

Durante esta retirada, un dia hicimos alto en un pueblo, donde me hospedé en casa del cura del lugar; y como aquel territorio era castellano, quise ver si el clero de esta tierra tenia las mismas ó parecidas ideas que el de Cataluña, del Centro y Norte. Llamabase D. Jesus; y aunque me recibió bien, conocí por su gravedad y reserva que no simpatizaba con nosotros; y figurándome que seria liberal, tuve curiosidad de saber qué clase de gente eran estos curas. Así es que todo comiendo entablé conversacion con él. «Señor párroco, le dije con una sonrisa; esta vez nos ha salido el tiro por la culata. Pero no hay que asustarse, que ya tomaremos el desquite.» El párroco se calló; pero como en aquel momento entró el ama, que era una viejecita, lo atribuí á haberse distraído con ella.

Cuando la criada salió repetí mis palabras; y entonces vi que el párroco estaba en gran embarazo para contestarme. «Sin duda es liberal, pensé. A ver si le aprieto.» Y volviendo á sonreirme, añadí: «¿No le pesa á V., señor párroco, de que no hayamos podido sorprender á Alhama?» Entonces el tomó una determinacion, y me contestó «No, señor brigadier, no me pesa, porque yo no soy carlista.»—«¿No es V. carlista? exclamé. ¿Entonces que es V.?»—«Perdone V., señor, me contestó; yo soy cura; y no cura de una religion política, de guerra y conspiracion; sinó de una religion de paz y amor, que considera á todos los hombres como á hermanos; que tiene por patria al mundo entero; que no ha adoptado ninguna forma de gobierno; que es libre de todas, porque dentro de todas cabe, y que tiene por único programa *verdad, justicia, virtud, deber y amor.*»

Este lenguaje me sorprendió y miré con atencion al

párroco, que era un hombre pequeño, flaco y sano, vestido pobre y limpiamente. Conociendo que era uno de esos sacerdotes que tienen una alta conciencia de sus deberes, me sentí lleno de mucho respeto. «No le ocultaré á V. le dije que pocas veces en mi vida he oído una cosa semejante; y mucho menos desde que me hallo en medio de la guerra civil; á pesar de haber conocido á muchos curas.» El párroco me contestó: «Lo creo, señor brigadier; pues la mayor parte de mis compañeros han querido hacer de la religion un partido; y siguiendo los impulsos de la carne, más bien que los del espíritu, se han puesto de parte del carlismo, lo cual ha dado un golpe funesto al amor religioso de los españoles; pues no solo de aquel modo se han atraído el ódio de los liberales, sinó que se han hecho poco respetables ante los mismos carlistas, quienes al verlos tomar parte en una contienda civil, no pueden ménos de haber perdido toda la ilusion que el clero les causaba.»

Esta idea me llamó mucho la atencion, no solo porque era nueva, sino porque la hallaba justificada por la propia experiencia de las masas carlistas del Centro y Cataluña, que todo diciendo *viva la religion*, trataban al clero con mucho desenfado; y en el Norte mismo, cuando me marché, empezaba un movimiento de parecida índole. «El párroco tiene razon que le sobra, me dije; porque mientras el cura se conserva alejado de las luchas políticas, todos los partidos le respetan como á un hombre superior; pero así que se inclina á uno, pierde aquella aureola, y el adversario le odia y el amigo tan solo le considera como un aliado comun. ¿Por qué los obispos españoles no han caído en una cosa tan lógica; y en vez de tolerar el laborantismo carlista del clero, no lo han reprimido enérgicamente?»

No obstante me reprimí y dije al párroco en voz alta: «Señor cura, quisiera que estuviese aquí el obispo de Urgel para oír la respuesta de este. Me parece que le confundiría á V., añadió sonriendo.» El sacerdote me contestó con mucha calma: «El señor obispo de Urgel podría hacerme callar, pero no confundirme; porque si él es prelado, y en este concepto merece mi profundo respeto, yo soy sacerdote de Cristo, y como á tal sigo las máximas del Evangelio y los preceptos de los Concilios, que son la doctrina del Catolicismo.»—«Me parece, abservé, que



critica V. la conducta del obispo."—«No la critico, señor, me contestó; porque debo á su ilustrísima todo respeto y acatamiento. Lo que hago es no imitarle, porque hallo mi conducta ajustada al Evangelio y á los Cánones de la Iglesia."—«¿Seria V., dije sonriendo, un cura liberal?" El respondió: «Ya le he dicho á V. que no pertenezco á ningun partido, pues tengo por tan extraviados á los sacerdotes liberales como á los carlistas."

«El sacerdote, señor brigadier, añadió; debe ser como un mensajero de paz, de misericordia y confianza entre los hombres; debe amarlos á todos como hermanos; debe sacrificarse por todos, y hacerse superior á las pasiones, á los intereses y preocupaciones humanas. A él le toca dar la bienvenida á los que nacen, y acompañar en su alegría á los padres de estos; á él le toca bendecir la union de ambos sexos, cuando van á cumplir el gran precepto de Dios de *crecer y multiplicaros*; á él le toca consolar á los moribundos, para que dejen este lugar de tristezas, sin remordimiento, ni desesperacion; á él le toca rogar por los muertos, y consolar á los vivos que aquellos han dejado en la tristeza; á él le toca socorrer y amparar á los pobres y á los perseguidos, desviviéndose por ellos; no le toca introducirse en las familias, y sembrar rencores entre ellas, ni fomentarlos, si ya existen; no le toca ocuparse de las leyes que se dan los pueblos, aunque sean contrarias á la libertad y dominio del sacerdocio; pues si el Estado nos persigue, tenemos el deber de sufrir, sin quejarnos, como lo hicieron nuestros mártires; y en cuanto á dominio, nosotros no debemos, ni podemos tener otro, que el que Dios permita que alcancemos sobre las almas."

«Me parece, señor párroco, dije, que entre el clero estas doctrinas son muy anticuadas. ¿Podria citarme V. muchos que las sigan?"—«Señor, me contestó, á mí no me corresponde decir cuántos la sigan, ni si son modernas ó antiguas, sino seguirlas, y afirmar que son las del Evangelio y de los Concilios."—«Perfectamente, repuse. Pero si es así, debe haber por fuerza una gran equivocacion entre V. y el clero carlista, porque hasta ahora yo no he hallado sino curas políticos, y todo lo más, algun cura reservado, pero con tendencias evidentemente políticas. No sé cuál de Vds. tendrá razon; porque si V. cita el Evangelio, ellos tambien lo citan."—«Señor, me contes-

lô, yo sigo el camino que la conciencia me manda, y no me cuido de lo que hacen mis compañeros. Mi prelado no lo ha reprobado jamás, y esto me basta."—«Permitame usted una pregunta, dije. ¿Ha escrito V. algo sobre estos puntos?»—«Jamás, me contestó."—«¿Y está V. seguro, añadí, de ser aprobado, si lo hace?»

Dicho esto, le miré profundamente, y ví que vacilaba. «No lo sé, me contestó, ni creo que llegue el caso de averiguarlo, porque no escribiré. Harto tengo que hacer en mi parroquia."—«Me parece, dije, que en cuanto hemos hablado dejamos arrinconada la cuestion principal, que es la que prosiguen los compañeros de V., bajo la direccion del Vaticano y de los Obispos. La Iglesia, á favor del tiempo, ha llegado hasta nuestros dias, rodeada de un esplendor y de una autoridad sociales, que redundaban en beneficio de la doctrina católica; y desde fines del siglo pasado se ha levantado la Revolucion á disputárselo, y quitárselo, para dejar á los hombres entregados á sus propias pasiones y conceptos."

«Ahora bien, proseguí; ante esta guerra, el clero ha creído que debía salir del misticismo, y adhiriéndose al partido que le defendiera, salvar á los católicos de las seducciones de los enemigos de la fé. Tal es la cuestion religiosa como yo la comprendo. En España se ha adherido al carlismo, en Francia al legitimismo, en Italia al Papado, en Austria al absolutismo, y así siguiendo, no sin apoyar á veces al gobierno, que emanando de la revolucion, se proponia contenerla. ¿Cree V. en conciencia que el tipo sacerdotal que V. ha descrito sea propio de estos momentos?..."

Conoci que mis palabras turbaban profundamente al sacerdote; pues quedó silencioso y contrariado, y estuvo mucho tiempo sin hablar. Miróme despues con cautela; y al fin dijo: «Señor, yo reconozco que lo que V. ha dicho es cierto; pero apoyándome en las doctrinas que le he citado, he creído que, á pesar de este conflicto, debía seguir otra conducta. Mis compañeros han adoptado la opuesta, no solo sin la reprobacion de la autoridad superior, sino hasta con la aprobacion de ella. No me toca á mí criticarlos, ni juzgarlos; sino recordar que mis superiores tampoco han reprobado la mia."—«Si no fuese molestarle, dije, quisiera saber en qué se funda V. para considerar que aquel conflicto religioso-social no debe

hacerle cambiar de conducta, prefiriendo la de sus compañeros."—«Señor, me dijo; V. podría interpretar mis palabras en un sentido que no tienen, dando crudos disgustos á un hombre que como yo no se ocupa mas que en hacer bien al prójimo." Comprendí el grave sentido que tenían estas palabras; y así contesté en seguida: «Señor párroco, yo soy un caballero, soy un hombre de honor; y lo que V. dice, y diga ante mí, sepultado quedará en mi conciencia, para no salir nunca con el nombre de V., ni con indicacion alguna que le pueda designar, ó indicar. Aunque sea carlista no soy fanático."

Volvió el párroco á quedar pensativo, y luego dijo: «Así lo creo; y fiado en la palabra de honor que acaba de darme, le hablaré con franqueza sobre los puntos que me ha señalado." Y despues de una pausa, añadió: «Yo, señor brigadier, creo que la revolucion, léjos de hacer daño á la Iglesia, quitándole los derechos temporales que posee, la hace un gran bien, porque le dará lugar de recobrar la posicion espiritual que debe tener. Leyendo en el silencio de mi pequeño estudio la historia del Catholicismo, he observado, ó al menos he creido observar, que este, á pesar de seguir en el dogma los caminos que debia, los erró en todo lo restante desde los tiempos de Constantino; y que por esto se halla tanta diferencia entre los escritos de los Santos Padres y los de los autores que hoy se usan. Me podré equivocar, señor brigadier; pero tales son mis convicciones."

«En tiempo de Constantino, prosiguió; empezaron los prelados á buscar la alianza de los poderes políticos; y aunque hubo todavia mucha independenciam, sentaron un mal precedente, que mas tarde nos hizo mucho daño. Sea dicho, sin faltar á la verdad: muchos Padres de la Iglesia cometieron tambien el error de inclinarse á esta conducta. Yo creo, señor brigadier, que los prelados debian sustraerse á todos los proyectos políticos; y encerrándose en su ministerio espiritual, dejar que los cristianos formaran sus partidos civiles, y entraran en pactos con los emperadores. Al clero le importaba velar por el dogma moral y teológico, procurando que su rey lo siguiese fielmente. No le incumbia procurar que los emperadores ajustaran las leyes de la nacion á aquel dogma. Hé aquí, pues, el primer grande error del cristianismo, y el fundamento de todas las di-



visiones y conflictos que desde entonces acá se han visto.”

Como V. comprenderá, señor Corresponsal, yo no me reconocia facultades para discutir sobre aquel asunto; y lo único que hacia era escuchar atentamente unas teorías tan nuevas. El cura siguió la conversacion con la misma familiaridad. «El primer daño, dijo; que esto produjo fué agriar y envenenar horriblemente todas las divisiones religiosas que suscitaba entre los cristianos el estado incompleto del dogma; porque como cada cual usaba del apoyo de la política para triunfar del adversario, se discutía con la razon, la espada y el suplicio; lo cual encendia ódios inapagables. El segundo perjuicio fué la formacion de dos grandes grupos de cristianos, uno en torno del obispo de Roma, y otro del Patriarca de Constantinopla; el primero con el objeto de contrarestar la influencia eclesiástica que este ejercia por medio de la corte imperial; y el segundo por desconfianza y celos de los obispos que se adhirieron á aquel, y tambien por los zelos y odio que su disidencia le habia infundido. Segun comprenderá V., esta formacion no podia causar sino una guerra religiosa, ó un cisma; y como no habia elementos para una guerra tan vasta, sobrevino el cisma, quedando dividida toda la grey de un modo tan irreconciliable, que puede darse por definitiva.”

El cura hizo una pausa y continuó así: «Entonces el obispo de Roma, siguiendo la conducta político-religiosa que tantos siglos atrás se iniciara, al mismo tiempo que subió justamente á cabeza visible de la Iglesia, quiso elevarse á cabeza terrenal de los fieles; y organizando bajo formas políticas al clero, nos revistió de derechos, posesiones y exenciones temporales, que se confundian con nuestra mision espiritual. Con esto hubo una lucha en la conciencia del sacerdocio, entre el interés mundano y el desinterés evangélico; entre el dominio político y el dominio espiritual; y como prevaleció lo terreno sobre lo celeste, nosotros fuimos los déspotas de las sociedades; perdimos la pureza de sentimientos é ideas; y aunque en los Concilios siguiésemos las doctrinas de Jesucristo, en la práctica sembrábamos la supersticion, el casuismo, el fanatismo, y nos atrafamos la desconfianza, la indiferencia y la antipatía de los que tenian bastante talento ó estudios para saber lo que debíamos ser y com-

pararlo con lo que éramos. ¿Qué resultó de esto? Primero la Reforma protestante, y luego la revolucion anticlerical."

Entonces me ocurrió á mí una idea y dije al párroco: «Aunque sea lo que V. dice, la Revolución ataca al Catolicismo, y por consiguiente este debe defenderse de ella.»—«Señor, me contestó el. La verdad no es tan absoluta como V. supone. La revolucion ataca los bienes del clero; pero esto no es el catolicismo; la revolucion ataca el poder temporal de los Papas: pero tampoco esto es el catolicismo; la revolucion ataca la alianza de la Iglesia y el Estado; pero jamás fué esto el catolicismo; la revolucion ataca los privilegios civiles de que gozaban el bautismo, el matrimonio y el entierro religiosos: pero esto no es el catolicismo; la revolucion ataca las comunidades religiosas; pero tampoco esto es el catolicismo."

«En una palabra, señor brigadier, añadió; el catolicismo no tiene absolutamente nada que ver con los bienes del clero, con los dominios romanos del Papa, con el salario del Estado, con la secularizacion de los cementerios, con el matrimonio y la inscripcion civiles, ni con la libertad de cultos; y en el mundo puede haber clero sin bienes, ni salario del gobierno; registro civil, libertad de conciencia, papado sin trono, y secularizacion de cementerios; y si V. quiere, monarquía constitucional ó democrática, república unitaria ó federativa, socialismo y hasta internacionalismo, sin que por esto deje de existir la religion católica y florezca brillantemente.

### XXXV.

#### Continuacion del mismo asunto.

*Milan 13 de Agosto.*

Entonces hice al párroco ciertas preguntas, que me parecieron de interés en aquella cuestion. «Yo reconozco, le dije, que el Catolicismo es independiente de todos los accidentes temporales; pero la Revolución no se reduce á atacar á estos, sino que ataca la misma base de

pararlo con lo que éramos. ¿Qué resultó de esto? Primero la Reforma protestante, y luego la revolucion anticlerical."

Entonces me ocurrió á mí una idea y dije al párroco: «Aunque sea lo que V. dice, la Revolución ataca al Catolicismo, y por consiguiente este debe defenderse de ella.»—«Señor, me contestó el. La verdad no es tan absoluta como V. supone. La revolucion ataca los bienes del clero; pero esto no es el catolicismo; la revolucion ataca el poder temporal de los Papas: pero tampoco esto es el catolicismo; la revolucion ataca la alianza de la Iglesia y el Estado; pero jamás fué esto el catolicismo; la revolucion ataca los privilegios civiles de que gozaban el bautismo, el matrimonio y el entierro religiosos: pero esto no es el catolicismo; la revolucion ataca las comunidades religiosas; pero tampoco esto es el catolicismo."

«En una palabra, señor brigadier, añadió; el catolicismo no tiene absolutamente nada que ver con los bienes del clero, con los dominios romanos del Papa, con el salario del Estado, con la secularizacion de los cementerios, con el matrimonio y la inscripcion civiles, ni con la libertad de cultos; y en el mundo puede haber clero sin bienes, ni salario del gobierno; registro civil, libertad de conciencia, papado sin trono, y secularizacion de cementerios; y si V. quiere, monarquía constitucional ó democrática, república unitaria ó federativa, socialismo y hasta internacionalismo, sin que por esto deje de existir la religion católica y florezca brillantemente.

### XXXV.

#### Continuacion del mismo asunto.

*Milan 13 de Agosto.*

Entonces hice al párroco ciertas preguntas, que me parecieron de interés en aquella cuestion. «Yo reconozco, le dije, que el Catolicismo es independiente de todos los accidentes temporales; pero la Revolución no se reduce á atacar á estos, sino que ataca la misma base de



aquel, la fé; su condicion, lo sobrenatural; su origen, la divinidad. ¿Cómo quiere V., pues, que el clero no se defienda de ella?"

«Señor, me contestó el cura; yo estoy convencido de que no es la Revolucion la que ataca al Catolicismo en sí mismo, sino que son un gran número de personas, entre las cuales muchos revolucionarios. Ya sé que ahora se llama revolucionario á todo el que no es carlista; pero la verdad es que son únicamente revolucionarios aquellos que quieren hacer tabla rasa de ciertas instituciones que la historia nos legó. Ahora bien, señor; un gran número de revolucionarios son católicos, y muchos que no son revolucionarios, se distinguen por su encono contra el Catolicismo. Mr. Renan, que en política es uno de los conservadores más reacios; ha negado la divinidad de Jesús y de la Iglesia, en obras que se han vendido á millones de ejemplares en el mundo. Crea V. que hay millares de enemigos del Catolicismo que son tan antirevolucionarios como Mr. Renan. Por esto decia que no es la Revolucion la que ataca al Catolicismo, sino cierto número de hombres del siglo.»

Estome sorprendió, porque lo hallaba comprobado con lo mismo que sucedia en las filas carlistas, donde, á pesar de defenderse al Catolicismo, habia un gran número de excepticos, de incrédulos y blasfemos. «El mismo D. Carlos, pensé, es el primero en burlarse de esta religion; y no son pocos los jefes é individuos de su ejército que hacen lo mismo." El párroco continuó: «Nosotros, señor, debemos indudablemente repeler estos ataques; pero conceptúo imprudente y perjudicial atribuirles carácter político. El clero ha creído que si lograba confundir la guerra anticatólica que se hacia al dogma, con la guerra revolucionaria que se hacia á sus privilegios, lograria espantar á los católicos, y matar á la revolucion, y se ha engañado de medio á medio.»

«El siglo no es tan apocado, señor, para dejarse engañar tan torpemente. Guerra anticatólica la ha habido desde el nacimiento de Jesucristo, á pesar de que la Revolucion no existia, ni se soñaba que hubiese de venir 1800 años despues. Los que crucificaron á Jesus eran enemigos del catolicismo, y sin embargo, no eran revolucionarios; los emperadores romanos, que persiguieron á los mártires, eran anticatólicos, sin tener nada de re-

volucionarios. En aquel tiempo los gentiles atacaban al Catolicismo con las mismas armas que ahora se hace, aunque distaban muchísimo de ser revolucionarios."

«Mas adelante, prosiguió el párroco, cuando los cristianos gozaron de libertad de conciencia en el imperio romano, no solo continuaron negando nuestros santos principios muchos millones de gentiles, sino que tambien muchísimos cristianos se separaron del Catolicismo para afirmar que Jesus no era mas que un hombre, que los Sacramentos carecian de eficacia y muchos otros puntos de importancia. Sin embargo, entonces no habia la Revolucion. En la edad media pasó lo mismo, á pesar de que la revolucion aun habia de tardar muchos siglos. En el renacimiento todavía fué peor; y otro tanto ha sucedido antes de la Revolucion en todos los países católicos. Por esto digo, señor, que lo revolucion y la guerra anti-católica son dos cosas diferentes é inconfundibles; porque la Revolucion nació hace 80 años; y la guerra anti-católica data del primer dia que Jesucristo predicó."

Era tan evidente lo que el párroco afirmaba, que me convenció de que tenia razon; y queriendo consultarle otras dudas, le dije: «Permitame V. que le haga observar que el Papa no parece tan convencido como V. de que los accidentes temporales sean indiferentes á la religion; pues recuerdo que años atrás publicó unas Encíclicas, anatematizando todos los principios democráticos. Si el Papa hubiese creído que las formas de gobierno eran indiferentes á la religion, no hubiera osado echar al mundo aquellos anatemas." Observé que el párroco quedaba embarazado, y queriendo aprovecharlo, para apretarle mas, añadí sonriendo: «Me parece que no sabe V. que contestarme... A ver si al fin le habré cogido á V."—«Señor, me dijo; la respuesta es difícil, verdaderamente muy difícil para un sacerdote que quiere unir la verdad con el respeto al Sumo Pontífice. Si yo no fuese católico, ni cura, le hubiera contestado de corrido."

Hizo una pausa, y despues añadió: «En aquellas Encíclicas, señor, hay dos cosas: una intencion, que se refiere á los accidentes temporales del Catolicismo, y una declaracion, que se refiere á la religion misma: lo primero es un tiro contra los revolucionarios, y lo segundo no es otra cosa que un cúmulo de principios que nos-

otros venimos practicando desde el restablecimiento de la Iglesia.”—«No comprendo bien la idea, contesté.”—«Señor, me dijo él. Su Santidad era entonces soberano temporal de Roma, y como se hallaba en guerra política con la Revolución, se propuso declarar á los revolucionarios que no aceptaría como á rey sus leyes, todo haciendo un repaso de principios de conducta religiosa. Así es que cuando Mr. de Montalembert y otros católicos parlamentarios le pidieron esclarecimientos se apresuró á separar la intencion política del precepto teológico.”

«Bien, sea así, dije yo. Siempre se desprende de esto que el Catolicismo rechaza la libertad de cultos, de imprenta, de reunion y asociacion, el sufragio universal, la secularizacion de cementerios, el registro civil y lo demás que no recuerdo. Luego, señor Párroco, el Catolicismo declara solemnemente por su boca mas autorizada, por la del Papa, que la única forma política que le corresponde es el absolutismo.”—«Señor, me dijo él; si esto fuese cierto, el catolicismo ya no existiria en los Estados-Unidos, en Suiza é Inglaterra, donde prevalecen aquellos principios políticos, y al contrario, floreceria en Rusia, donde impera el absolutismo. Sin embargo, V. sabe muy bien que es lo contrario; pues mientras florecemos en las naciones liberales, nos extinguimos en el imperio moscovita.” La observacion era abrumadora, y me callé.

«Como el Papa, continuó el cura, tenía intencion de herir é irritar con aquellas Encíclicas á los revolucionarios, dió á su lenguaje un giro ambiguo que así pudiese interpretarse de un modo político, que aturdiere á la Revolución, como de un modo teológico, que tranquilizase á los católicos pacíficos. Así es que un programa que en sí mismo no tenía nada nuevo, alborotó como una gran novedad.”—«Hé aquí una cosa, repuse, que me gustaria mucho que V. me explicase.”—«Señor, me contestó, es muy fácil, y lo haré con mucho gusto.”

Despues de una pausa, añadió: «El sufragio universal, segun la Revolución, es fuente de derecho, porque como representa genuinamente á la sociedad, lo que vota, prevalece. Pero el Catolicismo, que no es una institucion humana, sino divina, no reconoce otra fuente de derecho que Dios, ni otro derecho que la justicia. Si el sufragio universal vota una cosa justa, el Catolicismo la amará;



y si injusta, se guardará de ella. A primera vista parece que hay contradicción; porque el uno defiende el derecho que emana del pueblo, y el otro el que emana de Dios. Con todo, la contradicción es solo aparente, atendido que los mismos que defienden el sufragio universal, lejos de reconocer su infalibilidad, combaten enérgicamente muchas de sus soluciones, en nombre de la justicia y de la idea madre del derecho. Luego entre la Revolución y el Catolicismo no hay sobre este punto mas diferencia que esta: la primera, que tiene por objeto un fin concreto, un interés social, una necesidad legislativa; cree que hay una idea superior de justicia y la busca por medio del sufragio universal; y el Catolicismo, que tiene por objeto un fin místico, sobrenatural, divino, enseña que la idea de justicia no deriva del número de votos, pudiendo tenerla un hombre solo contra toda la sociedad. ¿Cree V., señor, que hay mucha diferencia entre el concepto de la Revolución y el del Catolicismo sobre el sufragio universal?"

«Permítame V., le dije. Lo que acaba de manifestar es cierto, pero se ha olvidado de dos puntos importantes. El Catolicismo afirma que la idea de justicia y derecho viene de Dios, y por consiguiente, que es enemigo del sufragio universal. Luego el Catolicismo será el instrumento de Dios para revelar á los hombres las leyes que resumen esta justicia y derecho.»—«Perdone V., señor, perdone V., me contestó gravemente el Párroco. La política ha embrollado las ideas á tanta gente, que hay sobre esto muchas equivocaciones. La fuente de justicia y derecho, segun la Iglesia, es Dios, como yo mismo he dicho. Pero jamás ha dicho la Iglesia, y ahí están los Cánones de los Concilios para demostrarlo, que Dios la hubiese encargado á ella del gobierno político de los pueblos, ni le hubiese revelado los principios políticos, económicos y diplomáticos que constituían la justicia y derecho nacionales. El Catolicismo no tiene nada, absolutamente nada que ver con esto, y cada pueblo es libre de adoptar las leyes que quiera. Lo único que compete á la Iglesia, es recomendar al católico, que obre inspirándose siempre en las leyes divinas, que están resumidas en el *Decálogo*; y los eclesiásticos que á pesar de esto dan, como sacerdotes, consejos políticos, faltan á sus deberes mas estrictos, abusan de su ministerio, y

profanan la religion; porque la Iglesia no tiene carácter, derechos, deberes, ni objetos políticos; no los tiene, ni puede tenerlos, ni atribuirselos. Así es que no solo no es amiga, ó enemiga del sufragio universal, sino que ni siquiera puede contestar á los que le pregunten sobre él. Lo único que le es lícito decir, es que el sufragio universal no es la idea de justicia y derecho; y sobre este punto la Revolucion misma está conforme. Ahora bien, cabalmente esto es lo que declaró el Sumo Pontífice en su Encíclica, aunque con una estudiada é intencionada ambigüedad de que hubiera sido mejor no valerse."

Entonces yo dije: «¿Pues por qué el clero es enemigo del sufragio universal y de todos los derechos democráticos?»—«El clero no es la Iglesia, me replicó el párroco. La Iglesia son los Concilios y el Papa juntos; y ningun Concilio ha dicho hasta ahora, ni jamás dirá que la democracia sea una heregía, y el absolutismo un dogma ortodoxo. Los sacerdotes y obispos individualmente pueden ser partidarios de tal ó cual forma de gobierno, como hombres; pero nó como ministros de Dios."

Calléme, y él prosiguió: «Decia tambien el Papa en su Encíclica que el católico no tiene derecho de escribir y leer todo lo que se le antoje; lo cual viene ya practicándose desde los mas remotos tiempos; porque así que un hombre entra en el Catolicismo, se sujeta á los preceptos de éste, que le veda escribir nada que sea contra dogma, ni leer lo prohibido por la Iglesia, sin autorizacion de ésta. Así, pues, el Papa no declaró ni pudo declarar que el Catolicismo fuese enemigo de la libertad de imprenta, como ley de Estado; porque le está vedado ocuparse de esto; declaró sí que los católicos no debian usar de ella como á tales. Tampoco negó el Papa que el Estado tuviese derecho al registro civil en nacimientos, matrimonios y entierros. Negó sí que el católico quedase como á tal bautizado, casado y enterrado por los solos efectos de la inscripcion civil; lo cual es innegable, pues haciéndose católico, se sujeta á las leyes canónicas de la Iglesia."

«En una palabra, señor, concluyó el párroco; el Catolicismo al hablar de las leyes democráticas, no entiende nunca referirse al derecho que tienen los Estados de organizarse democráticamente; porque Dios le ha prohibi-

do ocuparse de política; sino que entiendo referirse al deber del católico de cumplir las prescripciones de la Iglesia en algunas cosas sobre las cuales el Estado promulga leyes obligatorias. Si Pio IX no dijo esto en sus Encíclicas con bastante claridad, se debe al doble carácter de Soberano y Pontífice con que las escribió. Pero sepa V. que sería una herejía de las mas horrendas declarar que los Estados han de adoptar esta ó aquella forma de gobierno con tales ó cuales leyes orgánicas, porque ni los Papas, ni los Concilios han dicho, ni dirán jamás tal blasfemia.”

Calléme ante tan rotundas afirmaciones, y despues de pensar un rato, le dije: «Así, pues, V. cree que es un bien para el Catolicismo que la Revolucion le quite los derechos y prerogativas temporales de que aun goza.»—«Lo creo un gran bien, me contestó; y si tengo la dicha de llegar al día en que se los quite todos, daré gracias al Todopoderoso de que me haya permitido verlo. El restablecimiento del Registro civil, la secularizacion de los cementerios, la separacion de la Iglesia y el Estado, la libertad de cultos y otras medidas de igual género, nos permitirán recobrar la libertad, la independencía. Cesará el odio de la Revolucion contra el sacerdocio; y este podrá dedicarse á su ministerio con toda abnegacion y espiritualidad. El catolicismo debe ser una religion-teológica, y no una religion-política; su autoridad debe ser espiritual, y no temporal; sus prerogativas están en el cielo, y no deben consistir en privilegios terrenos.”

«¿Y si la Revolucion, exclamé, desamortiza tambien los palacios obispales y las iglesias, prohíbe las comunidades religiosas, y á consecuencia de separar á la Religion y el Estado, deja al clero en la miseria, y se ven obispos, papas, cardenales y sacerdotes muriéndose de hambre, dirá V. tambien que sea un gran bien?»—«Señor, me contestó el Párroco; las comunidades religiosas no son de absoluta necesidad, y no solo pueden desaparecer, sin perjuicio del Catolicismo, sino que, consultando en la historia lo que han sido, y viendo ahora lo que son, se puede demostrar fácilmente que hubiera valido más que no naciesen. Respecto á la morada de los obispos, estos mismos le podrán responder á V. que tan obispos serán viviendo en un modesto piso de dos ó tres duros mensuales, ó en una pobre cabaña, como en un palacio. Los



fieles no permitirán tampoco que falten iglesias al Catolicismo; y si este perdiese las que posee, luego dispondria de otras. Además, la Revolucion no es atea, ni anticatólica, segun ya le he demostrado; y como se compone de muchos católicos, no es posible que nos quite las iglesias que positivamente necesitamos.”

«Reconozco, añadió, que al separarse el Estado y la Religion, el clero quedará privado del salario de que ahora disfruta; pero como no por esto dejará de haber católicos, no le faltará de que vivir con honradez. Es cierto que nuestros prelados serán pobres. Pero Jesucristo y los Apóstoles tambien lo fueron; siendo divinos, santos y grandes, á pesar de no tener joyas, ni vestidos de oro y plata, coches y caballerizas, ni numerosos criados de librea, muebles suntuosos, ni gavetas atestadas de dinero y billetes de Banco. Nuestro ministerio no está reñido con el trabajo; y si la caridad de los fieles no bastase para sustentarnos, nosotros sabríamos ganar dignamente el resto, practicando un oficio. No es ninguna blasfemia que un Sacerdote, un Obispo, un Cardenal, ó un Papa trabajen como cualquier otro hombre, ya sea de esto, ya de aquello; San Pablo, el grande, el divino San Pablo, señor, predicaba y celebraba, todo viviendo de algunas limosnas y de la profesion de carpintero. Así, pues, un Papa podria muy bien manejar la sierra y el cepillo, habiéndolo antes hecho un Apóstol.”

Así terminó esta conversacion, que me gustó tanto como la que referí del Abogado.

### XXXVI.

#### **El Perfil de Dorregaray.**

*Milan de 15 Agosto.*

No le referiré á V., prosiguió Boet, todas las operaciones que hice en el Centro, ya personalmente, ya por medio de mis jefes subalternos, porque seria prolijo y de excaso interés para sus lectores. Unas veces cansaba á las columnas liberales con marchas y contramarchas que solo tenian por objeto reventarlas y desanimarlas; otras veces ordenaba pequeñas expediciones al territorio enemigo en busca de recursos, mientras mis partidas ex-

fieles no permitirán tampoco que falten iglesias al Catolicismo; y si este perdiese las que posee, luego dispondria de otras. Además, la Revolucion no es atea, ni anticatólica, segun ya le he demostrado; y como se compone de muchos católicos, no es posible que nos quite las iglesias que positivamente necesitamos.”

«Reconozco, añadió, que al separarse el Estado y la Religion, el clero quedará privado del salario de que ahora disfruta; pero como no por esto dejará de haber católicos, no le faltará de que vivir con honradez. Es cierto que nuestros prelados serán pobres. Pero Jesucristo y los Apóstoles tambien lo fueron; siendo divinos, santos y grandes, á pesar de no tener joyas, ni vestidos de oro y plata, coches y caballerizas, ni numerosos criados de librea, muebles suntuosos, ni gavetas atestadas de dinero y billetes de Banco. Nuestro ministerio no está reñido con el trabajo; y si la caridad de los fieles no bastase para sustentarnos, nosotros sabríamos ganar dignamente el resto, practicando un oficio. No es ninguna blasfemia que un Sacerdote, un Obispo, un Cardenal, ó un Papa trabajen como cualquier otro hombre, ya sea de esto, ya de aquello; San Pablo, el grande, el divino San Pablo, señor, predicaba y celebraba, todo viviendo de algunas limosnas y de la profesion de carpintero. Así, pues, un Papa podria muy bien manejar la sierra y el cepillo, habiéndolo antes hecho un Apóstol.”

Así terminó esta conversacion, que me gustó tanto como la que referí del Abogado.

### XXXVI.

#### **El Perfil de Dorregaray.**

*Milan de 15 Agosto.*

No le referiré á V., prosiguió Boet, todas las operaciones que hice en el Centro, ya personalmente, ya por medio de mis jefes subalternos, porque seria prolijo y de excaso interés para sus lectores. Unas veces cansaba á las columnas liberales con marchas y contramarchas que solo tenian por objeto reventarlas y desanimarlas; otras veces ordenaba pequeñas expediciones al territorio enemigo en busca de recursos, mientras mis partidas ex-

ploradoras se movian continuamente con éxito, distinguiéndose las de caballería, que llegaban hasta las mismas puertas de Zaragoza, en cuyos contornos cobraban contribuciones, como si domináran el distrito. Así recogia dinero, efectos y ganado caballar y vacuno; desacreditaba al enemigo, y daba bríos á mi gente.

Una vez, al principio, Jovellar, que operaba en el Centro, estuvo á punto de darme un disgusto, sorprendiéndome en un pueblo donde nos habíamos alojado. Pero á favor del consabido piquete de cadallería, salí intacto del lance. En efecto llegó el destacamento de ginetes liberales, mucho antes que el grueso de la vanguardia; y yo, que vigilaba bastante, le dejé detenerse y observarme, y me apresuré á desfilar con el mayor orden, quedando en salvo, antes que Jovellar pudiese dispararme un cañonazo. Cuando llegó, ya me hallaba en posiciones para recibirlo; y como empezaba á caer la tarde, él se quedó á dormir en el pueblo, y yo fui á hacerlo un poco mas léjos. Dios premie al general Jovellar el gran servicio que aquel dia me hizo, enviándome su descubierta tan á tiempo y con tanta discrecion; porque favores de esta naturaleza no tienen precio.

A principios de junio emprendí la marcha contra Cariñena, ciudad famosa por su renombrado vino; y á pesar de que la toma de Daroca y el peligro que Alhama acababa de correr habian de tenerla prevenida, tambien la sorprendí completamente. Llegué en la madrugada del 4 al 5, habiendo hecho el camino con las mismas precauciones que en las anteriores marchas; y con gran satisfaccion, mis confidentes salieron á decirme que no se me habia descubierto, ni se tenia sospecha alguna de mí. La accion pasó de un modo semejante á la de Daroca, y el resultado fué idéntico. Entré dentro por asalto; cogí á las rondas tranquilas; hallé resistencia en los cuarteles; y despues de algunas horas de fuego, hice capitular á la guarnicion, y me volví con todos los prisioneros, sus armas, municiones, caballos y equipo. Allí el bendito vino de Cariñena estuvo por hacer maltercio; pues mi gente no quiso marcharse sin haber celebrado la victoria, y tanto empinaron algunos, que salieron más alegres de lo que merecia la expedicion. Pero este incidente, que castigué severamente, no malogró el fruto que obtuve; y así volví á mi distrito con la mayor felicidad.



Entretanto Dorregaray habia tambien trabajado con gran actividad y bastante éxito, dando al Maestrazgo y Valencia una fuerza de que antes carecieron. Ayudado por los jefes inteligentes que trajo del Norte, logró levantar la guerra del marasmo en que la dejaron D. Alfonso y Lizárraga. Se reorganizaron los cuerpos, se concertaron las operaciones, se ganaron combates, se fortificaron algunos puntos, y se reforzó mas á Cantavieja, que Despujol habia evacuado despues que Lizárraga se la dejó tomar.

Pero como tambien allí el carlismo estaba herido de muerte, como no tenia mas que una vitalidad artificial, el talento y la actividad no bastaron á robustecernos suficientemente. Carecíamos de un núcleo bastante grande de excelentes tropas, que sirviese de falange á las demás; carecíamos de fondos, de armamento y municiones; y aunque tuviésemos hombres, no podíamos hacer uso de ellas. Dorregaray, que ya lo sabia antes de llegar, habia hecho prometer á D. Carlos que le enviaria del Norte un refuerzo de buena gente; pero como el Pretendiente era un pérfido, que queria deshacerse de él, se guardó bien de cumplirlo.

Entonces Dorregaray hizo cuanto pudo para que llegara de Marsella un cargamento de fusiles, que Lizárraga aseguraba haber comprado y pagado en 40,000 duros; y aunque se enviaron mensajeros á Francia, y se recibió noticia de que estaba en camino, y yo diferentes veces fui á buscarlos con mis tropas en el sitio convenido de la playa, no se vieron los fusiles, ni el buque; hasta que se supo que todo ello era una farsa del piadoso Lizárraga, ó al menos que habia mucha comedia en lo que este aseguraba. Trató tambien Dorregaray de municionarse bien; y se estrelló como en lo demás, pasando á veces por la angustia de ponerse en movimiento y trahar combate con media docena de cartuchos por plaza. Así no habia tropa vieja para dar nervio á la gente allegadiza; no habia fusiles para armar á todos los alistados, ni municiones que entregar á los que ya servian. En el Centro no se vivia sino de milagro.

Conocia el pobre Dorregaray que la culpa de todo era don Carlos; pero sintiendo por éste un cariño inagotable, no perdía aun las esperanzas, y le enviaba uno tras otro propios que le rogasen, que le suplicasen y persuadiesen

mandara al Centro algo de lo que le prometiera. Estos mensajeros iban invariablemente á mi cuartel; y como yo tenia tan estrechas relaciones dentro del territorio enemigo, los hacia acompañar hasta Navarra, donde todos llegaron del modo mas fácil y seguro. Allí veían al pretendiente, á los generales y á todas las personas influyentes; y exponían, con la elocuencia que dá la necesidad, lo que su general anhelaba. Todo era inútil. Los jefes decían que ellos no podían hacer nada; los cortesanos se excusaban ó respondían con vaguedad, y D. Carlos contestaba invariablemente que dijese á Dorregaray que no se olvidaba de él, que se alegraba de todas sus victorias, y que todavía le queria mucho.

Quando los emisarios regresaban al Centro estaban tan alicuidos, que solo su faz sembraba el desaliento. Contaban el mal resultado de su viaje; declaraban que no se esperase nada; y al mismo tiempo describian lo que pasaba en el Norte, refiriendo lo mas tétrico y repugnante que cabe pensar: todo eran reuicillas en la córte y el campo carlistas; todo divisiones; todo liviandades, vicios y hasta crímenes; el pretendiente vivia en la crápula y la intriga; el ejército vasco-navarro se desmoralizaba, y el país se desapegaba rápidamente de la guerra y del carlismo. «Allí tambien se subsiste por milagro, decían, y los imparciales creen que todo concluirá de un dia á otro.»

Con esto Dorregaray acabó de desmayar; lo vió todo perdido y muerto; no halló ni un resquicio por donde salvarse; convenciose de que no podia hacerse nada; cayó enfermo de cansancio y melancolía; y tan aburrido y desesperado quedó, que deseaba ardientemente morir. Algunos de sus amigos lo aprovecharon para persuadirle que hiciese un cambio de frente; y secundados por gente sería del mismo cuartel general, se lo indicaron de mil maneras y le instaron enérgicamente. Pero aunque viese que tenían razon; aunque supiese mejor que ellos cuán desesperada era la causa; aunque conociese los sentimientos de D. Carlos para con él, y de todo lo que éste era capaz para difamarlo y perderlo, se negó siempre á imitar á Cabrera, prefiriendo los azares y tribulaciones de la situacion á las dulzuras de pronunciarse á favor de otro.

No data de hoy que hago justicia á este general, pues

convencido de su completa inocencia desde el día que se le acusó de una traicion imposible, he dicho lo mismo á cuantos me han hablado de esta; y mas adelante verá usted cómo contesté á D. Carlos, cuando éste intentó seducirme para que me uniese á los difamadores. Solo quiero ahora hacerle constar que habiendo recibido en la emigracion cartas del historiador Pirala, rogándome que le diese mi dictámen sobre aquella acusacion, le dije lo mismo, á pesar de ser entonces el secretario general de don Carlos y el director del partido carlista.

Me hallaba entre el mes de junio y julio, segun me parece, en el pueblo de Mirabet, cerca de Cantavieja, cuando pasó Dorregaray, que iba todo enfermo y abatido á recibir á su esposa é hija, que habian llegado á esta poblacion, procedentes de Madrid. El general revistó mis fuerzas, y despues de hacerme algunos cumplidos por el porte de ellas, se me llevó á Cantavieja, donde le acompañé con mi escolta. Entramos en el palacio ó caseron del gobernador, y nos hallamos en presencia de aquellas señoras, la madre, que todavía era jóven, y la hija, que seria una muchacha de unos 15 ó 16 años. El general las abrazó con una mezcla de tristeza y alegría; y viendo que yo queria retirarme, me detuvo. «No se vaya V., Boet, me dijo; comerá V. con nosotros; y como parece que la mesa ya está puesta, iremos enseguida.»

En efecto, pasamos poco despues al comedor, y nos sentamos á comer, hablando de cosas sin interés. Pero Dorregaray, que conoció que su esposa traia algun mensaje, dió luego otro giro mas grave á la conversacion. «Bueno, y ¿qué hay en Madrid? dijo. ¿Que pasa? ¿En qué andan los negocios?»—«Nada, hombre, nada, contestó con cierto embarazo la señora.» El general conoció que se callaba por respeto mio. «Habla, mujer, replicó. Sea lo que fuere lo que traigas, dilo sin rebozo. Boet es de confianza, y además yo no me oculto de nadie, porque obro con mas lealtad de la que merece cierta gente que está léjos de aquí.»—«Esta va por D. Carlos, pensé.»

«Pues bien, dijo la señora, he salido de Madrid amojinada, mareada, loca de tanto decir, y escuchar. Por allí se dice que te pasas, que te vas á pasar, ó que es necesario que te pases; y apenas se supo que íbamos á verte, nuestra casa parecia un jubileo de gente que venian á recomendarnos que dejaras esto; que te fueras con D. Al-



sonso; que te convencieras, de que está perdido el carlismo; que ahora ya habrá orden y moralidad; que la Revolución está vencida, y qué sé yo cuantas otras cosas. Si te digo que me han marcado. ¡Jesus! aquello parecía un juicio! ¡No sé como no perdí el mío!" El general se sonrió. «Fortuna ha sido, dijo, porque como yo eché á rodar el que tenia el dia que hice el gran disparate que me sé, ya no hubiera quedado en casa quien lo tuviera.» —«Otra indirecta para D. Carlos, murmuré."

Dorregaray mostraba no hacer ningun caso de lo que su esposa le acababa de decir. «¿Qué ahora habrá mas orden, decia, que ahora ya no habrá revolucion, que ahora habrá moralidad, qué ahora esto, y ahora lo otro? Mejor para ellos, mejor. No se puede negar que son una gran gente. ¿Y dime, hija, no te han dado nada mas que eso del orden, de la moralidad y lo demás que has dicho?» —«Sí, hombre, contestó la señora. Unas cartas llevo ahí... Solo que yo no las queria, y ellos me las han hecho tomar á la fuerza; ahora, Dorregaray no me culpes á mí por ello.» —«Bien, hija mia, bien, contestó el general. Dame esas cartas. Ya vé V., Boet, añadió, cuánto bien me quieren esos señores de Madrid." Le miró, sonriendo, aunque creo que no contesté nada.

La señora se rebozó el vestido, descosió un poco, y sacó un paquete de cartas, que entregó á su marido. Este las abrió, y fué mirando las firmas. «¿Carta de Patero? exclamó. ¡Cáspita! ¿Carta de Jovellar? ¡Ola! Este no solo quiere vencerme á tiros, sino tambien á cartas. ¿Carta de...? ¡Calle! ¡esta es anónima! A ver qué dice." Enseguida la leyó en alta voz, y vimos que decia que se guardase, porque querian asesinarlo. «¡Oh, Dios mío! exclamó Dorregaray con una gran voz. ¿Quién es esa alma caritativa que se ha propuesto matarme? Dios se lo pague por la buena intencion. ¡Ojalá que lo haga! ¡y sobre todo que lo haga pronto! ¡que servicio me haria! ¡qué peso me quitaría de encima!"

La señora y la hija le miraban con asombro. «¡Por Dios, Dorregaray! dijo la madre. ¡No hables así!" —«¡Papá! exclamaba la niña. ¿Por qué estás tan desesperado?" —«Callad, chicas, callad, contestó él. Vosotras no sabeis lo que me pasa; lo que sufro; lo que tengo en el corazon; vosotras no conoceis la ingratitud con que me aflige cierta gente por la cual he hecho mil veces

más que no merecía; las calumnias que arroja contra mí; los compromisos en que me ha puesto; la responsabilidad que me ha hecho contraer, y las miserables venganzas que ha adoptado... ¡Ah, qué escarmiento! ¡ah, qué lección! ¡ah, que experiencia!" Las señoras estaban conmovidas. «Pero, dejemos esto, añadió. Ahora ya estamos en el baile, y no hay más que bailar. Saquemos fuerzas de flaqueza, y despachemos esta campaña, que parece nuestra última contradanza. Hijas mías, añadió, tened paciencia y consolaos. Mis disparates ya no tienen remedio. Los corregiremos del modo que podamos; y si nos falta tiempo, nos resignaremos. En cuanto á estas cartas, yo no he de hacer nada de ellas, y se podrán echar al fuego. Decid á los que las han escrito que Dorregaray siempre ha sido decente, y que morirá como ha vivido." Tal fué poco más ó menos esta triste escena, en la

cual por primera vez ví el fondo íntegro, bello y grande de Dorregaray. Al día siguiente la esposa y la hija se volvieron á Madrid, tristes y abatidas, como indicando que el general les había repetido á solas lo que las dijera en la mesa, y que se marchaban conmovidas por presentimientos muy dolorosos. «Hé aquí un cuadro, me decía yo, en el cual hay mucho que aprender. Este hombre lo ha hecho todo por D. Carlos, y ahora recibe tal paga que solo un villano se la daría. Toda la importancia del carlismo deriva de sus talentos, de su actividad, de su valor y pericia; lo cual léjos de salvarlo, lo ha precipitado en un abismo, donde se debate con el descrédito y la muerte. Es un gran ejemplo que no debo olvidar." *La ve sup. nono sup. nono. nono. nono. nono.*

Por fin, el gobierno de Madrid, alarmado del escaso resultado de las operaciones del Centro, concentró en él 58 batallones, 35 escuadrones y 60 piezas de artillería, y mandó á los generales Jovellar y Martínez Campos que obraran combinadamente contra nosotros hasta arrojar nos del país. Apenas Dorregaray lo supo, se apresuró á escribir á D. Carlos y á Savalls, rogándoles que las tropas del Norte y Cataluña tomaran la ofensiva, para impedir aquella concentracion; pero no obtuvo ninguna respuesta satisfactoria, y quedamos abandonados á nosotros mismos, con pocas armas, sin municiones, ni dinero, y con el país cansado de sostenernos. Habia, pues, llegado la hora de sucumbir. *La ve sup. nono sup. nono. nono. nono.*

XXXVII.

**Dorregaray pintado por sí mismo.**

*Milan 17 de Agosto.*

A pesar del conflicto en que estábamos, Dorregaray se preparó cuanto pudo, pues no porqué lo viese todo perdido, quería abandonarlo sin resistencia. A este efecto me llamó para consultarme y hacerme algunos encargos, y tuvimos una conferencia donde se trató de la guerra y del carlismo. Entonces empezó á darme las grandes muestras de confianza con que me favoreció en la retirada, tratándome como hermano; y aunque mas adelante se enfrió, por verme en la privanza de D. Carlos, que á pesar mio le acusaba públicamente de traidor; no por esto he olvidado el buen afecto que en aquella época me mostrara.

Dorregaray es de mas que regular estatura, muy fornido, de cabeza prominente y serena. Tenia entre cuarenta y cincuenta años, y á pesar de sus trabajos y aflicciones era buen mozo y gallardo. Llevaba una barba un poco entrecana, partida por enmedio, y de espesas patillas, y sus facciones, fuertes y tranquilas, revelaban á un hombre de buen sentido, de mundo, y sobre todo de carácter. Es reflexivo, prudente y enérgico, y aunque no sea un génio militar, demostró mucha perspicacia en buscar á la gente de mérito de quien necesitaba para sus operaciones. Procedía del ejército liberal; y habia trabajado incansablemente en las conspiraciones carlistas que se urdieron desde la frontera, hasta que se hizo el último levantamiento, del cual fué uno de los principales caudillos, y el mas activo, el mas perito, mas afortunado y reputado.

Proponíase ahora defender enérgicamente todos nuestros puntos fortificados del Centro; disputar á toda costa los pasos difíciles; cansar al enemigo con luchas de guerrilla; ganar tiempo, y ver, si entretanto D. Carlos y Savalls, á pesar de sus evasivas, se resolvían á ayudarlo



de un modo ú otro. Sobre estos puntos hablamos largamente, y como la conversacion militar estaba tan enlazada con la política, el general no se abstuvo de ella.

«Imposible parece, Boet, me decia, que en Estolla y Cataluña no vean la importancia de ayudarnos; con ser cosa tan clara que hasta un niño la conoceria. Los Liberales se proponen arrojarnos ahora de aquí á nosotros; arrojar despues á los carlistas de Cataluña, y enseguida agolpar todas sus fuerzas en el Norte, y acabar con esto. ¿Que duda hay? añadia. Si ellos mismos lo anuncian en sus diarios, y nuestros confidentes nos lo han revelado cuando era un secreto..... Pues bien: ¿medio de malograr este plan? Tomar la ofensiva el Norte y Cataluña, obligando á desmembrar el ejército liberal del Centro para reforzar á los de aquellos territorios. Sin embargo, Boet, no se hará nada, y se nos dejará aplastar.»

Por mas que yo estuviese bastante enterado de la situacion política del carlismo, no creí nunca prudente desanimar mas al general, diciéndole lo que pensaba, ó al menos todo lo que temia. Así es que procuraba darle ánimo, aunque reconociese que se conducian mal con nosotros. «Me parece, le dije, que lo que vemos tambien lo verá el rey; y que como está mas interesado que nosotros en impedir aquel plan, nos ayudará.» El general suspiró. «¡Ojalá que fuese así! repuso. Pero tengo pocas esperanzas. Se lo he dicho tantas veces, le he ya rogado tanto; que sería hora de hacer algo. Sin embargo, las últimas noticias no me alientan; lejos de ello, Boet; me hacen temer una catástrofe. ¡Que lástima que se perdiese lo que tantos sacrificios y sudores cuesta al partido!» —«Mucho, mi general, le contesté, y he ahí lo que me da confianza» —«¡Ah! exclamó Dorregaray. Si debiéramos atenernos á esto, tendría V. razon. Pero hay otras cosas, Boet, hay otras cosas, que V. ignora... Aquel jóven tiene tan poca experiencia, conoce tan poco el mundo, es tan singular en su modo de proceder... Porque es rey de un pequeño territorio, ya lo da todo por hecho, y ganado; sin considerar que poseer una parte de las Vascongadas y Navarra, y lo que pisamos del Centro y Cataluña, apenas es una base... ¡D. Carlos! ¡D. Carlos! añadia suspirando. ¡Que fatalidad la nuestra! ¡Que desgracia!»

«General, dije, mientras hay vida hay esperanza.» — «Así lo cree la gente, repuso él. Pero hay esperanza mien-

tras los hombres que deben luchar, luchan; no, cuando en vez de cumplir su cometido, lo olvidan por pasiones mezquinas. No lo digo por Vds., Boet. Mi pensamiento va mas allá. Harto sé que el Centro está lleno de héroes. Si D. Carlos hubiese querido; si aun quiese; pues todavía es tiempo... Pero es inútil. Mis emisarios me han dicho todos lo mismo. A principios de marzo debía venir Perula con 4 batallones y alguna caballeria y artillería. El rey le habló á este, que lo aceptó. Esa expedicion nos hubiera salvado... Veinticuatro horas despues aquel joven habia mudado de parecer, si es que verdaderamente tuvo la idea de auxiliarme, de lo cual dudo... ¡Cuántos avisos y ruegos no le he enviado despues! Siempre me ha contestado lo mismo: que reconocia que era quien habia hecho mas por su causa; que no tendria nunca con que pagarme; que se electrizaba de ver lo que hacíamos aquí; que por muchas que fuesen las glorias que ahora obtuviere, no le sorprenderia, porque sabe que soy capaz de lo imposible; pero en llegando á lo positivo, unas veces me contestaba que en aquel momento no podia socorrerme; otras que me daba su palabra de no abandonarme, y que estuviese tranquilo, que velaba por mí; luego me decia que esperase; mas tarde me consolaba, prometiéndome que Mogrovejo haria una diversion por Castilla.... En resumen, Boet; palabras, sin obras; dilaciones, sin fin; y entretanto nosotros nos amolamos."

«Si el rey le ha dado á V. su palabra, dije, me parece que la cumplirá.» — «¿Palabra de rey? exclamó Dorregaray. ¿Palabra de D. Carlos?... ¡Hum! El suceso nos informará, Boet. Entretanto bueno será prepararse, como si estuviésemos abandonados á nosotros mismos. ¿Qué quiere usted? Son tantos los que me dicen que nada espere del Norte... Si me atuviese á las cartas del rey, nada tendríamos que temer, porque rebotan de las expresiones citadas... ¿Pero quiere V. juzgar de su valor, Boet? Pues sepa V. que un dia D. Carlos dijo en presencia de varias personas, que así que triunfásemos, me enviaria á Filipinas.» — «¡Cáspita! pensé. El nene es muy capaz de hacerlo.» Pero disimulé, y dije: «Será una fábula de los enemigos de V.

Dorregaray meneó la cabeza. «No lo creo, porque es muy posible que lo haya dicho, contestó. Si fuese la primera vez que me maltrata, si no hubiese antecedentes,

aun dudaria... Así es que hay en mi interior una lucha moral sobre ese hombre. Le quiero entrañablemente, y sin embargo, conozco que él no me corresponde; estoy aun dispuesto á servirle con el mayor desinterés y con toda fidelidad, y veo que me precipito en la ruina. Mis amigos me desengañan, creyendo que estoy ciego. No lo estoy. Sé lo que ellos, y todavía más. Pero no puedo irme á la mano: ¿Quién sabe lo que ésta debilidad me costará?... Ni yo mismo puedo calcularlo, porque todo es posible... El honor, la cabeza, todo está en peligro...

«Mi general, dije, esperemos que no sea así.»—«Yo no espero nada, me contestó, porque conozco las cosas. Mi trabajo y fortuna me han hecho en el Norte muchos enemigos acérrimos, y entre ellos uno de quien lo temo todo, á pesar de lo que debe. Sin esta, las demás enemistades me tendrían sin cuidado. Pero esta es terrible, es disimulada, es implacable, es sangrienta, es feroz; y aunque no la temo, porque con la razón no temo nada, ni á nadie, confieso que puede echarme á perder.»—«General, dije: ¿cómo no ha arrancado V. el corazón á un hombre tan malo, tan pérfido y vil?»—«No le insulte usted me contestó gravemente, porque es D. Carlos, es nuestro rey.» Yo me callé. «Aunque se porte mal con nosotros, añadió, debemos tenerle aquel respeto que merece nuestro jefe y señor. Pero no nos está vedado quejarnos en familia.»

«Quizá, general, dije, hay exageracion en ello.»—«No, Boet, me contestó; no lo crea V. D. Carlos no ha sido educado cual convenia; y ahora los que le servimos lo pagamos. Apenas un carlista se distingue, el rey toma celos de él; imagina que hace poca figura á su lado; le teme, le observa, y hace espíar; pesa sus palabras; desconfía de sus expresiones y actos mas inocentes; supone que quiere imponérsele; le coge ódio; lo detesta, lo aborrece; le declara sordamente una guerra á muerte; lo compromete de mil modos; fomenta contra él todas las envidias, todas las contrariedades y obstáculos; y no solo lo hunde, sino que al verlo caido, lo insulta y deshonra. Pero esto no se puede decir en voz alta, porque los liberales lo aprovecharian. Esto debemos saberlo nosotros, para nuestro gobierno. ¿Qué quiere V.? Los que han educado á D. Carlos le han enseñado estas máximas desde la infancia; y el niño penetró tanto de ellas, que ahora son su norma ordinaria.»



«La culpa no es suya; sino de sus padres y tutores. Por esto lejos de tenerle ódio, le quiero; por esto lejos de dejarlo, lo sirvo; por esto lejos de cuidar de mi salvacion, pugno por la suya. Otro hubiera pagado ódio con ódio, guerra con guerra, perfidia con perfidia. Pero yo no puedo; no está en mí; el corazón le rechaza. Me reflexiono que es victima de la mala educacion que le dieron; me compadezco de él; me resigno, y hago lo posible para librarle de las malas consecuencias. ¿No vale mas así, Boet? ¿no pagaria el partido cuánto hiciese contra el rey? ¿mi cólera, mi venganza, mi ira y mis intrigas no serian la disolucion de nuestras huestes? ¿si ahora yo hubiese unido mi voz á la de Cabrera, no habria habido una desbandada general?»

«Pues amolarse; y callemos, y disimulemos, y trabajemos. Además, le repito á V., que tengo un flaco por don Carlos; le quiero como á un hijo; le venero como los caballeros del siglo XVII veneraban á los reyes españoles. ¿Recuerda V. aquellos héroes de nuestras comedias antiguas, que á veces se hallan entre el honor y el deber monárquico? Yo soy del mismo linage. Mis amigos, y hasta algunos ayudantes de mi confianza, me dicen á veces que si D. Carlos me pidiese que me bajase los pantalones, y me dejase azotar, lo haria en seguida. Yo me sonrío; porque, sea dicho entre nosotros, creo que metafóricamente tienen razon.»

Las palabras de Dorregaray me causaban admiracion, lástima y cólera; porque como sabia algo de lo que este me referia, no podia menos de admirar al hombre que lo tomaba con tanta magnanimidad, y de indignarme con él que se se conducia tan mal. Pero deseoso de no exasperar aquella afliccion, procuré hablar con calma. «Es sensible, dije, que pasen estas cosas; y V. hace muy bien sufriendolas con tanta prudencia y disimulo, en obsequio al partido, y al mismo Rey; porque, quizá el mal no sea irreparable, y despues de la época de mala voluntad, venga otra de acendrado amor.»

«No lo creo, me contestó, pues los ódios de esta familia real son eternos, y se trasmiten de padres é hijos. ¿No sabe V. cómo hablan del ilustre Zumalacárregui, que tanto hizo por ella, y que murió por culpa suya? Del mismo modo que el D. Carlos del año 35. Todavía le ódian á muerte; todavía dicen que era muy orgulloso; que queria

mandarlo todo; que no respetaba ni al rey; y no contentos de esto, hacen chacota de su génio militar, despreciándolo como una cosa exajerada y supuesta. ¡Pobre don Tomás! Si oyera lo que dicen esos jovencitos, que porque han nacido de una princesa, se tienen por hombres superiores... Si viese cómo lo maltratan; como ni su memoria respetan... ellos, ellos, que deberían venerarlo; ellos, que deberían resarcirle de los disgustos que le dió su abuelo, y hablar de él como de un héroe...”

«Pues lo mismo empieza á pasar conmigo, aunque yo no sea un Zumalacárregui. D. Cárlos ha dicho que me le queria imponer; y al instante los ecos de su corte han repetido á coro la frase; la voz ha llegado á oídos de don Alfonso y D.<sup>a</sup> Nieves, quienes se han apresurado á adoptarla, pronunciarla y extenderla; y hoy es ya general en la familia que yo queria imponerme, ser el verdadero rey, y convertir en pantalla á D. Cárlos. Verá V. como dentro de algunos años los hijos de éste lo repetirán como la cosa mas corriente del mundo. ¿Cuando he querido yo imponerme? ¿en qué, ni como me he propasado? ¿que tienen esta gente que decir de mí? En la emigracion trabajé para que D. Cárlos destituyera á Arjona del empleo de secretario suyo; pero en esto no fui el primero, el único, ni el mas distinguido; D.<sup>a</sup> Margarita tambien lo queria; D. Alfonso y D.<sup>a</sup> Nieves lo mismo; y el partido unánimemente. ¿Se llama á esto imponerse?»

«Al empezar el levantamiento, fui uno de los tantos jefes de él; estuve á las ordenes de Elío; cumplí lo que se me ordenó; sufrí mil contrariedades, sin insolentarme, ni desmandarme; quejeme con modestia; fui buen compañero de todos; y procuré como cualquier otro de los más desinteresados, trabajar por el partido y el rey, sin zaherir á nadie, ni sobreponerme á los demás. Tambien se llamará á esto imponerse. Es cierto que al acusarme de absorbente aluden á la época de mi mando en jefe. ¿Pero, á que se redujo entonces mi posición? A querer que el rey licenciase de la corte á una porcion de gente de mal vivir que la ensuciaban. Pues, sobre esto, todo el país, todo el ejército y todo el partido querian lo mismo. El duque de la Roca, Plana, Viñalet y tantos y tantos otros opinaban como yo. D. Cárlos mismo me dijo que tenia razon. La medida hubiera producido un gran efecto; porque fuera de algunos intrigantes, nadie simpatiza-

ba con aquella chiquillada. Yo debía hacerlo ó retirarme; en vista de que aquel atajo de mentecatos me habia tomado por su cuenta, y escudándose en el rey, propalaban contra mí todas las calumnias, desde la de traidor y mason hasta la de ladron y sacrilego; lo cual me causaba daño en el ejército, que ya murmuraba de mi paciencia."

«Tal fué, Boet, mi imposicion. El rey, que antes era de mi parecer, luego se negaba á seguirlo, y me hacia decir que si con Cabrera, que habia querido mandarle, habia sido implacable, podia imaginar lo que haria conmigo sino me moderaba; que en el partido carlista no admitia á hombres necesarios, sino á súbditos leales; y que él no necesitaba de nadie, quien quiera que fuese. Entonces si que hice mal en no darle mi dimision y marcharme. Debía hacerlo, Boet; lo conozco: lo conocí, lo ví ya entonces; pero si supiese V. como estaba aquello y la trascendencia que podia tener mi salida!... Por esto me contuve: devoré la afrenta; calléme y cotinué luchando."

«Fué una conducta muy digna, dije."—«Como V. quiera, Boet, me contestó. ¿Pero sabe V. qué recompensa me valió? A principios de setiembre del año pasado me hallaba en Estella como general en jefe; D. Carlos me llama; me llena de obsequios y cumplidos; me coge del brazo y se me lleva á paseo por los alrededores de la ciudad, hablándome con la mayor confianza; consultándome una infinidad de cosas; aplaudiendo y adoptando mi parecer. Yo era su amigo íntimo, su consejero favorito, su gloria, su Dios. No sabia donde ponerme, ni cómo alabarme; y al separarnos, me abrazó con el mas acendrado cariño y con la mayor efusion. Doce horas despues, sin haber mediado nada, vuelve á llamarme á palacio, y me dice con la mayor frescura que acaba de destituirme de general en jefe; que entregue el mando á Mendiry, y que me retire á casa, que por entonces prescindirá de mí. Esta fué la paga que me llevé, Boet; y si despues se me ha enviado al Centro, no crea V. que haya sido para satisfacerme, sino para perderme; porque el ejército y el país del Norte me reclamaban de tal modo, que no sabiendo el rey cómo desentenderse, me dió este mando con la esperanza de que aquí me estrellaria; y perderia allí todo el prestigio adquirido. Pero dejemos



esto; es tarde y necesitamos del tiempo para otra cosa. Ocasión tendremos, Boel, para ocuparnos mas largamente de este asunto."

Nos separamos despues, y yo quedé tan prendado de su nobleza, como prevenido contra D. Carlos.

### XXXVIII.

#### La Retrada.

*Milan 19 de Agosto.*

Por fin los generales Jovellar y Martínez Campos invadieron el Centro con aquella gran masa de tropas; y uniéndose con las columnas que ya operaban, emprendieron contra nosotros una serie de movimientos abrumadores por el número de gente y material. En vano todos los jefes carlistas nos esforzamos en hacerles cara, bien secundados por nuestros voluntarios, que siempre se batian como leones; pues la desigualdad de tropas y recursos acababa al fin con el denuedo de unos y con la energía de otros.

El enemigo peleaba siempre con fuerzas cuadruplicadas, sino quintuplicadas; bien armadas de Remigthons, abundantemente municionadas, y provistas de excelente artilleria; al paso que nosotros ni siquiera podiamos utilizar la gente que tenía mejores fusiles; porque habiéndose acabado las municiones Berdan y escaseando las de Remigthon, cuantos servian con armas de estos sistemas, estaban fuera de combate. Nuestros soldados debían combatir con fusiles rayados, y todavía en lo mejor del combate se les acababan las municiones, por lo cual habian de echar mano á la bayoneta, que era ineficaz contra aquellas masas. Se dió orden de hacer municiones á toda prisa y con los primeros materiales que se hallasen; y fué inútil, porque ni una onza de plomo habia en el Centro, y las Diputaciones declaraban carecer de recursos para comprarlo fuera del país.

A pesar de todo, dimos acciones, cuyo resultado fué indeciso; y á contar con algun recurso, la campaña hubiera sido mucho mas ruda y terrible. A últimos de junio

esto; es tarde y necesitamos del tiempo para otra cosa. Ocasión tendremos, Boel, para ocuparnos mas largamente de este asunto."

Nos separamos despues, y yo quedé tan prendado de su nobleza, como prevenido contra D. Carlos.

### XXXVIII.

#### La Retrada.

*Milan 19 de Agosto.*

Por fin los generales Jovellar y Martínez Campos invadieron el Centro con aquella gran masa de tropas; y uniéndose con las columnas que ya operaban, emprendieron contra nosotros una serie de movimientos abrumadores por el número de gente y material. En vano todos los jefes carlistas nos esforzamos en hacerles cara, bien secundados por nuestros voluntarios, que siempre se batian como leones; pues la desigualdad de tropas y recursos acababa al fin con el denuedo de unos y con la energía de otros.

El enemigo peleaba siempre con fuerzas cuadruplicadas, sino quintuplicadas; bien armadas de Remigthons, abundantemente municionadas, y provistas de excelente artilleria; al paso que nosotros ni siquiera podiamos utilizar la gente que tenía mejores fusiles; porque habiéndose acabado las municiones Berdan y escaseando las de Remigthon, cuantos servian con armas de estos sistemas, estaban fuera de combate. Nuestros soldados debían combatir con fusiles rayados, y todavía en lo mejor del combate se les acababan las municiones, por lo cual habian de echar mano á la bayoneta, que era ineficaz contra aquellas masas. Se dió orden de hacer municiones á toda prisa y con los primeros materiales que se hallasen; y fué inútil, porque ni una onza de plomo habia en el Centro, y las Diputaciones declaraban carecer de recursos para comprarlo fuera del país.

A pesar de todo, dimos acciones, cuyo resultado fué indeciso; y á contar con algun recurso, la campaña hubiera sido mucho mas ruda y terrible. A últimos de junio

las columnas carlistas fueron aproximándose unas á otras; y yo tomé posiciones con Gamundi en los montes de Tronchon, donde sostuve una violenta lucha contra las fuerzas unidas de Martínez Campos y Weyler, retirándome en buen orden á Villarluego, después de impedirles el paso durante algunas horas, á pesar de las quintuplicadas fuerzas que tenían, y de haberse batido siempre con abundantes municiones. Dorregaray, que el 30 del mismo mes acababa de oponerse con gloria al paso de la gran columna de Jovellar en Villafranca del Cid, se retiró á Fortaneto, desde donde pasó á Villarluego.

En aquel tiempo nuestro estado ya era desesperado. Se habían perdido casi todos los fuertes que teníamos; Cantavieja era sitiada, y como no pudimos dejar á la guarnición sino dos cartuchos por plaza y los que pudieran hacer, habría forzosamente de capitular luego; nuestras tropas estaban cansadas; habíamos agotado las municiones, en términos que solo quedaban un cortísimo número en cada división; y atendido el plan que se había seguido, la resistencia ya era imposible.

Entonces Dorregaray convocó el 1.º de julio en Villarluego un Consejo de guerra, al cual concurren la mayor parte de jefes del Centro; expuso la situación; manifestó que un mes antes había enviado otro mensajero á D. Carlos, quien á pesar de esto no le había auxiliado, ni contestado de un modo satisfactorio, y pidió á cada cual su parecer. El resultado fué acordar la evacuación del Centro enséguida, dejando algunos batallones disueltos en guerrillas, y marchar al Norte con el resto de la gente, pasando por el alto Aragón. Diose aviso de este acuerdo á algun jefe que aun estaba ausente; se mandó al gobernador de Cantavieja que enclavara los cañones y evacuara la plaza; se participó lo mismo al del fuerte del Collado, y se dispuso enviar un mensajero á D. Carlos refiriéndole lo convenido, y pidiéndole órdenes.

El mismo día, 1.º de julio por la tarde, empezó la retirada, pasamos el Ebro por las barcas de Caspe y Chiprana, y pernoctamos en Bujaraloz; salimos al día siguiente en dirección á Barbastro, donde descansamos tres ó cuatro horas, y fuimos á pasar la noche en Casbas, haciendo aquí un día de alto para que se nos incorporara una división que había salido mas tarde del Centro. Al mismo tiempo funcionaba el telégrafo de los liberales, y todas



las columnas disponibles de Aragon salian para detenernos, y otras del Centro empezaban á caminar tras nosotros.

En aquella rerirada, que bien se puede llamar grande, cualquier extranjero hubiera podido estudiar todo lo que dá de sí el carácter bélico del español. A pesar de las duras jornadas que hacíamos, por un país árido y triste, bajo un sol horroroso, voluntarios y jefes marchaban generalmente compactos, animosos y en buen orden, como si no huyeran de sus distritos particulares. Salíamos del Centro quebrantados por una campaña penosísima; estábamos sin raciones, ni recursos; faltábanos hasta la pólvora y el plomo mas necesarios para nuestra defensa; con dificultad podíamos racionarnos en los pueblos del tránsito; se sufría hambre, sed, sueño, cansancio; no habia ya esperanzas de triunfo; apenas se reconocia la posibilidad de continuar la lucha; y no obstante, aquellos hombres de hierro caminaban resignados y firmes, obedeciendo con puntualidad las órdenes que se les daban. Al llegar á los alojamientos, los caballos caian reventados, dando tristes relinchos y miradas melancólicas; los infantes blasfemando se tiraban por el suelo sin fuerzas; los mismos ginetes echaban pié á tierra todo quejumbrosos y llenos de molimiento y dolor; y quedaba enferma de cansancio y debilidad mucha gente; el calzado se estropeaba; los uniformes y vestidos se hacian pedazos; no se hallaba nada con que reemplazarlos, y la miseria crecia rápidamente. Sin embargo, las divisiones conservaban la formacion, y seguian teniendo un aspecto militar.

Durante aquella crisis Dorregaray estuvo á la altura de la situacion, mostrándose impávido y firme, á pesar de las aflicciones y dolores que lo aquejaban. Sufría vivamente de una gran llaga que se le hiciera en un muslo, de resultas de estar demasiado á caballo, y habia perdido de tal modo las fuerzas, que era necesario montarlo y desmontarlo. Acompañábale yo como una especie de jefe de estado mayor suyo, y ambos disponiamos los movimientos; pues aunque á veces él, abrumado por los padecimientos, me rogaba que yo mismo ordenase lo que me pareciera, nunca mandaba nada sin consultárselo y verlo aprobado. En alguna de estas y otras jornadas, así que se le desmontaba era necesario llevarle á la cama.

porque el desgraciado no podia tenerse en pié, ni trabajar. Sin embargo, cuando llegaba la hora de partir, salia resignado y animoso, y se hacia montar á caballo con la sonrisa en los labios, ó con un chiste de buen tono.

Por el camino andábamos juntos y disipábamos la monotonía y tristeza conversando y haciendo bromas que el mismo Dorregaray iniciaba, á pesar de su mal estado. No recuerdo si todo lo que ahora le referiré á V. pasó en estas ó en las sucesivas jornadas, pues como siempre procuramos distraernos de las amarguras, mientras anduvimos juntos se discurrió de un modo ú otro. Pero como en este detalle la cronología rigurosa no es necesaria, ahora agolparé todo lo que recuerdo.

«Boet, me decia Dorregaray. Estamos muy mal. Lo del Centro se acabó; lo de Cataluña terminará luego, y lo del Norte se rematará antes de fin de año. Ha pasado lo que yo dije. No han visto la importancia de socorrernos, ó han prescindido de ella; y ahora lo pagará el partido. ¡Ah, pobres carlistas! ¿De qué os ha servido desembolsar miles y miles de duros, sacrificar vuestras vidas, negocios y familias? No solo todo lo habeis perdido, sino que lo perdeis del modo mas vergonzoso; porque dada la impericia de los enemigos, lo hubiérais salvado, si quien podia y debia hubiera hecho lo razonable. ¡Que leccion! ¡Qué escarmiento!»

«Verdaderamente, repuse yo, parece extraño que se nos haya abandonado de este modo. ¿No sabe usted si pasa algo en la corte?»—«Las últimas noticias son de últimos de junio, me contestó; y son tan vergonzosas y desatinadas, que valdria mas ignorarlas. El rey al saber mis grandes apuros, me dice que si me persiguen, huya; y despues como para consolarme, añade que ya dirá á Saballs que pase el Ebro é invada el Centro, y que Mogrovejo hará proximamente una diversion en Castilla. ¡Calcule V. si quedé satisfecho!»

«Lo de Mogrovejo, añadió, se ha quedado como en proyecto; y á estas horas todavia Saballs no habrá recibido la orden, si se la han dado; que lo dudo mucho. ¿Además, qué diablos podia hacer Saballs con los siete ú ocho mil hombres mal armados de que dispone, no tomando parte en una combinacion de importancia? ¿que viene á ser lo de Mogrovejo, sino un paseo militar hasta los confines

de Navarra y Castilla para asomar las narices, dar los buenos dias á los liberales, y volverse á Estella? Así no se salva el Centro. Es cierto que siempre tenemos el recurso de seguir el otro consejo que me dió el rey de que si me persiguiesen huyera; que es lo que cabalmente ahora hacemos; solo que á lo que parece S. M., á pesar de su práctica en esta táctica, aun no ha aprendido que no siempre se puede huir, porque á veces falta sitio, y otras faltan piernas."

Sonreíme de la alusion, y dije: «La historia, mi general, no comprenderá este abandono, y lo verá lleno de misterios impenetrables. Si yo mismo lo juzgase de lejos, diria que hubo vencimiento natural, sin otra cosa. Pero á pesar de las explicaciones que V. me ha dado, no concibo aun cómo la corte ha hecho esto.»—«Amigo Boel, me dijo Dorregaray; si V. conociese como yo á D. Carlos, ya se lo explicaria.»—«Sea, mi general, contesté. Pero aunque D. Carlos adolezca de todos los defectos imaginables, no cabe concebir como ha hecho una cosa que habia de acarrear la muerte de su partido, ó al menos la pérdida total y rápida de la guerra."

«¡Ay! exclamó dando un gemido.»—«¿Que tiene usted?»—«Nada; esa maldita llaga que me amuela; el caballo ha echado un traspie, y he dado un golpe en el mal. Pero no es cosa, y dejémoslo estar. Volviendo á lo que decíamos, Boel, me atengo á lo mismo. Si V. conociera al rey, comprenderia esa historia. Aquel jóven tiene un carácter tan singular, que lo que en otros seria extraordinario, en él es comun, y vice-versa. La lástima es que á pesar de esto le quiero, y no puedo menos de servirlo. En primer lugar la naturaleza no ha sido pródiga con él en talento y corazon. Luego le han enseñado tan mal, que todas sus ideas son diabólicas. Pero no lo diga V. á nadie, Boel. Figúrese V. que sus tutores le han enseñado desde la cuna que era un sér sobrenatural y providencial, destinado por Dios á salvar á la católica España de las garras de la revolucion; que todo lo que pensase ó hiciésemos tendria un sello divino; que seria el gran español de su siglo; que gobernaria con voluntad absoluta sobre los españoles, y que estos eran unos futuros vasallos suyos, que oprimidos por la demagogia, le esperaban como á un salvador."

«¿Qué disparate! exclamé.»—«Cierto, repuso él; fué un



gran disparate enseñárselo, pero aun ha sido mayor creérselo; y D. Carlos se lo ha creído. Es una flaqueza, lo reconozco; soy el primero en hacerme cargo; y de aquí que compadezca al rey de todas veras. ¡Ay, esa maldita llaga! añadió con expresión adolorida. Si al menos el caballo marchase bien... Pero el pobre hace como D. Carlos: el uno tropieza bajo el peso del cansancio, y el otro bajo el de su educación. Boet, ¿sabe V. para que sirven los telescopios?" — «Sí, mi general. Para ver las estrellas." — «Pues las llagas también, repuso Dorregaray. No podría decir los millares que he visto de ellas en dos ó tres tropezones del pobre caballo. ¡Qué el cielo nos bendiga, deparándonos pronto un buen alojamiento, con abundante pan y sin columnas próximas!" — «Amén; contesté; aunque el efecto de la bendición es muy problemático."

«Como íbamos diciendo, continuó Dorregaray; enseñaron al rey desde la cuna aquellas deplorables ideas; y luego otras no menos funestas, como son que no se fiase de ningún súbdito; que no tolerase iguales, ni rivales, dentro, ó fuera de su familia; que no diese su confianza y favor á nadie, por sabiduría y génio que tuviese; y que desconfiase siempre de los hombres mas notables; porque toda esta gente con mañas, seducciones é intrigas, se imponian á los reyes, y gobernaban en su lugar, haciéndoles representar papeles ridículos. Don Carlos se empapó tanto y tanto de estas máximas, que no cree en nada, ni en nadie, sino en sí mismo; no puede sufrir á los hombres de talento; da siempre la razon y la preferencia á los brutos; desconfía de todo el mundo; no se fia ni de las personas de su propia familia; se recela del que vale un poco; y se exaspera de la celebridad, de la influencia y popularidad de cualquiera, hasta el punto de odiarlo profundamente." — «

«Si es así, dije, muy mal educaron á S. M., porque le enseñaron sobre todo á ser enemigo de sí mismo." — «Punto por punto, Boet, exclamó él; y esto fué lo que no vieron aquellos mentecatos. Un hombre de tal conformidad es calamitoso para sí y los otros. Pero ¿qué hacerle? Se lo enseñaron, y lo aprendió, saliendo maestro en el oficio. También le enseñaron á ser cortés y afable con los súbditos; á decirles las frases mas cariñosas, y hacerles las caricias mas dulces cuando le conviniese; y á despreciarlos, rebajarlos y aterrorizarlos con las palabras mas crue-

les y los gestos mas humillantes, así que los creyese en-  
greídos. Al mismo tiempo para que se formase, le dieron  
rienda suelta, dejándole hacer y decir á sus criados y  
servidores todo lo que le daba la gana; permitiéndole to-  
dos los vicios y malas costumbres, y acabaron de desar-  
rollarlo por medio de compañeros corrompidos que le en-  
señaban á comer y beber desordenadamente y á pasar  
dia y noche en la crápula."

«¡Pardiez, mi general! exclamé. Diga V. que D. Carlos  
puede arder en un candil.»—«¡En uno! exclamó. Diga  
usted en cien. Así, figúrese como salió de tales escuelas;  
salió lo que es; un hombre irreflexivo, vanidoso, ignoran-  
te, suspicaz, voluntarioso, caprichoso, insensible, des-  
pótico, disimulado, cruel, y todo lo demás, que es mejor  
no mentar.»—«Ahí es nada lo que V. dice.»—«Tiene us-  
ted razon; pero callarlo, Boet, callarlo; porque al fin es el  
rey; y nosotros solo debemos hablar de esto en confian-  
za, y como cosa de familia. ¿A dónde iríamos á parar si  
nuestros enemigos lo supiesen?»

«¿Así, pues, V. atribuye á esto el abandono del Centro?  
exclamé. No sé qué decirme, general; pero me parece  
que no basta." Como yo tenia presente que mi amigo Pe-  
pe me hablara de la influencia que tuvieron en el ódio de  
don Carlos por Dorregaray no sé qué cosas de un conven-  
to de monjas, intentaba sondearlo. El general quedó  
imaginativo, y luego me contestó: «No digo que no haya  
otra cosa en medio... La hay; sin duda la hay... Pero to-  
do se encierra en el ódio personal que le inspiró mi for-  
tuna militar. El rey, por su educacion, es muy capaz de  
renunciar á Madrid, al mismo Madrid, es decir, al triun-  
fo de la causa, á trueque de deshacerse de quien le hace  
sombra. ¿No lo ha visto V. con Cabrera?... Si D. Ramon  
no ha venido, el rey tiene la culpa. Quizá Cabrera nos  
hubiera abierto las puertas de Madrid. Pues el rey lo ha  
sacrificado á su vanidad y recelo. No puede sufrir que se  
diga *fulano de tal es el alma, es el hombre del carlismo*; pre-  
fiere la derrota y la emigracion indefinida á sufrir aquella  
celebridad."

«En el Norte, continuó; mi posición, mis victorias y  
popularidad no le dejaban dormir. Además no sé qué lo-  
curas se metió en la cabeza sobre una monja de Estella.  
Pero no crea V. que esto haya sido la causa principal y  
más eficaz. Los desaires de aquella pobre jóven habrán

influido en irritarlo contra mí; esto no tiene duda. Sin embargo, harto sabe él que yo nada tengo que ver con la monja. Si se ha figurado esto ó lo otro, se ha engañado. Aquella pobre señora es digna de compasion y respeto; y no soy yo quien la habia de echar á perder. No obstante, es positivo que la infeliz, muy á pesar suyo, ha contribuido á mi desgracia y á la caida de nuestro ejército del Centro. ¡Cuán agena quizá esté de imaginarlo! Si lo supiese, la pobre moriria enseguida de dolor y desesperacion."

### XXXIX.

#### Entrada en Cataluña.

*Milan 21 de Agosto.*

El señor Boet prosiguió: Continuamos la retirada con gran fatiga, maniobrando siempre para ganar el camino del Norte; y aunque hallábamos muchas dificultades en razon á no podernos racionar bien, y á sernos imposible municionarnos, teníamos muchas probabilidades de que el enemigo no llegase á tiempo de cerrarnos el paso. Esta esperanza reanimaba á Dorregaruy, quien contaba con el prestigio de su nombre sobre las masas carlistas del Norte, para salir del mal paso en que sus enemigos lo habian puesto en el Centro.

Un dia recibió noticias de Estella, y apenas las leyó, quedó apesarado y confuso. Veíase que le comunicaban algo grave que le dejaba perplejo, abatido y angustioso. Luchaba consigo mismo, sin decir nada, y á veces suspiraba profundamente, como indicando que esta lucha le hacia sufrir. Al fin me llamó, y me dijo: «Boet, hemos de cambiar todo el plan de marcha. Ya no vamos al Norte, sino á Cataluña." Quedé sorprendido y estupefacto. «¿Qué dice V.? exclamé. ¿Hay orden de tomar otra direccion?» El general meneó tristemente la cabeza. «Muy al contrario, me dijo; se guarda sobre nosotros un silencio absoluto; y soy yo, por mi propia iniciativa, quien ha renunciado á aquel plan. Es el caso, añadió, que, segun cuentan, va á darse en el Norte una gran batalla por la



influido en irritarlo contra mí; esto no tiene duda. Sin embargo, harto sabe él que yo nada tengo que ver con la monja. Si se ha figurado esto ó lo otro, se ha engañado. Aquella pobre señora es digna de compasion y respeto; y no soy yo quien la habia de echar á perder. No obstante, es positivo que la infeliz, muy á pesar suyo, ha contribuido á mi desgracia y á la caida de nuestro ejército del Centro. ¡Cuán agena quizá esté de imaginarlo! Si lo supiese, la pobre moriria enseguida de dolor y desesperacion."

### XXXIX.

#### Entrada en Cataluña.

*Milan 21 de Agosto.*

El señor Boet prosiguió: Continuamos la retirada con gran fatiga, maniobrando siempre para ganar el camino del Norte; y aunque hallábamos muchas dificultades en razon á no podernos racionar bien, y á sernos imposible municionarnos, teníamos muchas probabilidades de que el enemigo no llegase á tiempo de cerrarnos el paso. Esta esperanza reanimaba á Dorregaruy, quien contaba con el prestigio de su nombre sobre las masas carlistas del Norte, para salir del mal paso en que sus enemigos lo habian puesto en el Centro.

Un dia recibió noticias de Estella, y apenas las leyó, quedó apesarado y confuso. Veíase que le comunicaban algo grave que le dejaba perplejo, abatido y angustioso. Luchaba consigo mismo, sin decir nada, y á veces suspiraba profundamente, como indicando que esta lucha le hacia sufrir. Al fin me llamó, y me dijo: «Boet, hemos de cambiar todo el plan de marcha. Ya no vamos al Norte, sino á Cataluña." Quedé sorprendido y estupefacto. «¿Qué dice V.? exclamé. ¿Hay orden de tomar otra direccion?» El general meneó tristemente la cabeza. «Muy al contrario, me dijo; se guarda sobre nosotros un silencio absoluto; y soy yo, por mi propia iniciativa, quien ha renunciado á aquel plan. Es el caso, añadió, que, segun cuentan, va á darse en el Norte una gran batalla por la

parte de Vitoria; parece que ha de pasar Quesada por allí con todo su ejército, y que le han tomado las vueltas de tal modo, que se tiene por seguro derrotarlo, y hacerle prisionero con sus tropas. Esa seguridad es tan completa, que en la corte nadie duda de ello, y se habla del golpe en voz alta por todas partes, hasta en el diario de Estella, *El Cuartel Real*, que da la cosa por indudable, por indiscutible y matemáticamente cierta."

Comprendí la ironía del general, y no pude menos de compartirla. «¡Válgame Dios! exclamé. ¡Qué triste es que se haga de este modo papilla de las operaciones, para embobar á los mentecatos!» Dorregaray contestó: «Tiene usted razon. Pero aun no lo sabe V. todo. Vaya V. oyendo. Parece que esta victoria nos ha de abrir el camino de Madrid; y que así que se tenga á Quesada y su gente en los depósitos de Estella, el ejército tomará la direccion de la villa del oso y madroño, donde no esperan sino aquella batalla para pronunciarse. En fin, Boet, añadió sonriéndose; así como nosotros creíamos que todo estaba perdido, el triunfo es próximo, y por consiguiente se va acercando el dia en que S. M. me mande á Filipinas, en premio de mis servicios."

«Sea enhorabuena, mi general, dije sonriendo.»—«Tantas gracias, contestó Dorregaray; pero dejemos lo de mi viaje, porque, aunque segun veo, está muy próximo, todavía supongo que se dignarán perdonarme la vida, concediéndome algunos ratos de conversacion con V.»—«Así lo espero tambien, añadí con ironía; porque S. M. tendrá un poco de piedad de V., y no querrá atropellarlo todo. Al menos siempre le dará á V. tiempo de curarse la llaga.»—«Sin duda, me contestó. Sus reales entrañas no consentirán que me embarquen en tan mal estado. Digo, pues, Boet, que viendo tan seguro el triunfo en la futura y próxima batalla de Vitoria, se ha acordado, e mas bien, el rey ha resuelto ponerse al frente de las tropas, y dirigir en persona la accion, para llevarse la gloria de una hazaña tan decisiva. Tal es lo que ahora pasa allí; lo que preocupa á todo el mundo; lo que da que charlar desde la noche á la mañana á cortesanos, militares, paisanos, curas, monjas, sacristanes y demás sabandijas del país. ¿Comprende V. ahora mi situacion?"

Yo le miré atónito. «A fé mia que no, le dije.»—«Pues luego la comprenderá, repuso él. Figúrese V. que conti-

uamos el camino del Norte; y que las tropas de Jovellar siguen tras nosotros; entramos en los estados carlistas, y los liberales en pos; esta irrupcion, lo ha de remover allí todo; se da en este intermedio la batalla de Vitoria, y como será natural que se pierda, se pierde; y queriendo cubrir al rey de la vergüenza de una derrota tan inesperada, todos los cortesanos y todos mis enemigos levantan un clamoreo espantoso de que yo he sido el causante; que he tenido la culpa llevando tras mí el ejército liberal, cuya aparicion ha decidido del combate; que esto ha sido un complot masónico de mí con el gobierno de Madrid; que me he vendido por tantos y cuantos millones, y que soy el Judas y el nuevo Maroto del partido. El rey compartirá estas opiniones, siquiera para excusarse de haber tenido que huir de nuevo; el país quizá imagine lo mismo; y héteme ahí el blanco de la cólera, de la ira, de la maledicencia y calumnia de todos."

Yo estaba aturdido. «Ahora lo comprendo, dije, y tiene V. razon. Dada la antipatía de la corte por V., capaces serian de hacer todo esto.»—«Gracias á Dios que ya conoce V. á la gente; ó al ménos que va conociéndola, contestó. Pues bien, el medio de evitar aquella infamia es contramarchar á Cataluña, donde podremos aun hacer algo. Entretanto se dará la gran batalla de Vitoria y se perderá, sin poderseme atribuir á mí la derrota. Informaré al rey de mi nuevo proyecto, y veremos que me dice.» Yo no habia aun salido de mi asombro, viendo á un hombre como aquel, colocado en tan tristes alternativas. «¿No es una vergüenza, dije, que hayan de subordinarse las mejores operaciones á consideraciones tan mezquinas y raras? ¿Es posible que D. Carlos sea así? ¿se comprende que juegue de este modo, no ya con nosotros, que podemos serle indiferentes, sino consigo mismo, con su prestigio, con su ambicion, con sus pretensiones y porvenir? ¿no vé que solo un loco seria capaz de aquel desatino? Le digo á V. la verdad, general; sino que le conozco á V.; que estoy penetrado de su adhesion y honradez; que veo y toco la verdad; y que sé algo de lo que pasa en Estella, no lo creeria, no lo podria creer, diria vivamente que es falso."

«Mire V., Boel, repuso él con gravedad. Ya sabe usted quanto me intereso por el rey; quanto llevo hecho, hago y estoy dispuesto á hacer en su servicio; con qué amor



le quiero, á pesar de corresponderme y tratarme tan mal, como oculto sus defectos, hablando de ellos tan solo en el seno de la amistad, y aun á personas tan formales y discretas como V.; ha visto V. mismo en Cantavieja con qué sencillez he sacrificado mi familia á mi partido, desechando ante mi mujer é hija las proposiciones que de Madrid me hacían... ¿Después de esto, podría V. dudar de mis sentimientos carlistas, y de mi afecto particular por el rey? ¿cree V. que nadie pueda dudar?"

«De ningún modo, le contesté. Si V. no es carlista, ni quiere al rey, nadie es del partido, ni quiere á nuestro soberano; porque no cabe pedirme á un hombre de talento, probidad é instrucción.»—«Muchas gracias, Boet, me contestó. Pues bien, le voy á decir á V. una cosa que creo no haber nunca confiado á nadie, y que espero no saldrá de aquí, porque conviene que no se sepa. Yo estoy persuadido de que el rey no cree en su triunfo, ni se ha propuesto hacer nada para obtenerlo; y que ha aceptado la jefatura del partido únicamente para darse tono, hacerse el importante y divertirse. Pero ¡por Dios! no lo revele V. á nadie. Quizá yo me equivoque, aunque los sucesos lo confirman: no niego que tenga deseos de reinar, no, eso no, ¿porque quién no los tiene entre los príncipes? niego que esos deseos le dominen y dirijan. Tal vez sea esto la llave de todas esas rarezas suyas que tanto nos admiran, por redundar en perjuicio suyo.»

Estas palabras me dieron mucho que pensar. «Si fuese cierto lo que V. dice, contesté, sería un caso muy grave y de mucha trascendencia; porque á pesar de todo lo que hiciésemos, es decir, de todo lo que hiciese el partido, este se estrellaría siempre. ¿Pero quién puede mirar con la indiferencia que V. supone la corona de España? Otros han hecho por ella cuantos sacrificios han podido.»—«Tiene V. razón, dijo Dorregaray. Pero yo no supongo que D. Carlos tenga esa indiferencia. ¿Conoce usted al rey? quiero decir si se ha formado V. idea de su carácter.»—«Así, así, contesté.»—«El primer defecto suyo, añadió, es una especie de atolondramiento intelectual, una falta absoluta de energía mental, que le impide tener voluntad, y que le hace juguete de la imaginación, del capricho, y de cuantas quisquillosidades le han enseñado en la infancia. Así, vea V. cómo yo me explico aquello. Don Carlos no tiene indiferencia por

la corona, sino deseos de ceñírsela. Pero la falta de talento le impide penetrarse de ellos, y regirse por la mediana prudencia que inspirarían á cualquier otro de mejores condiciones mentales. Entonces la convicción de que es difícil vencer; la vanidad de lucirse; la envidia del renombre del prójimo; la costumbre del vicio, y los demás defectos le asaltan; y como no hallan una barrera en la voluntad acérrima de ser rey, le arrollan, le marean, le atraen y llevan, produciendo lo que sabemos. ¿No le parece á V. bastante fundado?"

«Silas premisas son ciertas, contesté; no cabe duda sobre las consecuencias que V. señala. Pero ante un hecho de tal importancia, ¿qué hace nuestro partido?»—«Amigo Boet, dijo él, nuestro partido hace lo que yo; luchar por don Carlos, á pesar de este; procurar por el triunfo del carlismo, á pesar de su rey; y querer á D. Carlos, á pesar de D. Carlos. Confieso que es una cosa muy singular. Pero no es la primera vez que sucede en los partidos monárquicos, cada cual lo toma á su modo, y el resultado es igual. ¿Cree V. que nuestro clero ignora quién es el rey? Pero dice para sus adentros: dénos la teocracia social, y sea lo que fuere, que poco nos importa. Los hombres de mérito del elemento civil saben también á qué atenerse, y prescinden de ello pensando que bajo su reinado gobernarán en este ú otro concepto, lo cual les basta. Los militares que nos hemos pasado imaginamos que pondrá fin á nuestra era revolucionaria, y la mayor parte cierran los ojos ante lo demás. Y muchos, que le conocemos personalmente y le hemos tratado con intimidad, como por ejemplo yo, le queremos entrañablemente; le miramos como un hijo nuestro; como un rey que nosotros nos proponemos hacer con nuestra propia sangre; y aunque deploramos sus extravíos, le amamos, le servimos; y sufrimos, y moriremos por él.»

Confuso estaba yo de oír esto; y como aunque lo callase, no lo disimulaba en la cara y actitud, Dorregaray lo conoció, y me dijo sonriendo: «Se conoce que es usted nuevo en la política. ¿Cree V. que esto era como la táctica? Error, Boet. Es una cosa muy diferente. La política hasta cierta punto es una convención con la conciencia; y si no transige con el honor, llega muy cerca. ¿No ha oído V. decir que es una señora sin entrañas? Cuando se ocupé V. de ella, ya verá como tengo razón»

Ahora le vuelvo á recomendar que no haga uso de mis confianzas, mientras debamos ser discretos. Conviene engañar á los liberales, á fin de que no nos ataquen por el flanco. Harto mal nos han hecho ya con lo que han averiguado del rey, para qué no guardemos la mas absoluta reserva. Si llegasen á conocer, como nosotros, la situacion del carlismo... Nosotros hacemos mucho bombó con las divisiones de ellos, con los defectos de sus jefes, el guirigay de sus ambiciones, la inmoralidad de su régimen, los cacareos de sus córtes... ¡Oh! ¡Cómo se reirían de nuestros defectos y miserias á saberlas á fondo! Por esto conviene callar. En familia lamentamos las rarezas del rey; y delante del público alabamos á este entusiastamente, y defendámosle con heroísmo. Tal es el deber de un buen carlista." —

No quedé muy convencido de que fuese conveniente seguir tal conducta; pero como nuestra situacion no me permitia pasar el dia en reflexiones políticas, dejé luego aquellas imaginaciones para ocuparme de la gran contramarcha que el general queria hacer, para entrar en Cataluña. Hablamos ambos de esto con el detenimiento que requeria su importancia, y con tal motivo nos extendimos sobre el estado de los carlistas catalanes. «Parece, le dije, que tiene V. confianza en ser bien recibido. Sin embargo yo cria que la conducta que Saballs ha seguido con V. en las mas difíciles circunstancias, le habria desanimado." —

Dorregaray estuvo un rato vacilando. «¿Qué sé yo? exclamó. Respecto de esto hay en mi ánimo su pró y contra. Saballs me debe mucho, porque cuando yo estubo en el Norte le hice cuantos servicios me pidió, los cuales casi siempre fueron de importancia; y él se me ha mostrado agradecido, ofreciéndoseme repetidas veces con lo que pudiese." — «Obras son amores, dije yo. — «Es verdad, repuso él. ¿Pero qué podria hacer Saballs por si solo con respecto á nosotros cuando estábamos en el Centro? Nada. Yo le ví en Olot á últimos del año pasado, y estaba lleno de los mejores sentimientos por mí. No quedé satisfecho del aspecto de sus fuerzas, ni de la organizacion del país; esto no; aquello iba muy mal; y própiamente carecia de solidez. Cada jefe hablaba mal del vecino; las tropas se resentian de indisciplina; el armamento era pésimo; se trataba mal á los pueblos, in-



cluso á los mismos carlistas; la gente andaba dividida en parcialidades; unos por Castells, tales por Saballs, y cuales por Tristany. En lo único que había conformidad era en poner de vuelta y media á D. Alfonso y D.<sup>a</sup> María, los cuales habían dejado una antipatía tan general y ardiente, que no oí á nadie hablar bien de ellos. Les echaban la culpa del malestar que había; y aunque exagerasen, que sin duda se exageraba, algo habría."

"Y con todo vamos á Cataluña, dije yo sonriendo."—  
«Muy á pesar mío, me contestó Dorregaray; y por las razones que ya le he dicho. Sin embargo confieso que voy con alguna esperanza. Ahora Martínez Campos y Jovellar pasaran allí, para sitiarse á la Seo, y hacer lo que en el Centro; y Saballs no tendrá bastantes fuerzas para contenerlos. Así las nuestras no estarán de más. El tiempo atrás, ya solicitaba tropas mías para emprender algo importante. Entonces no pude mandárselas; pero ahora se las ofreceré todas. Así estará interesado en municionarnos y racionarnos, que, por hoy, es lo que mas nos interesa. Ya ve V., Boet, que no juzgo á humo de pajas. Si la buena voluntad de Saballs fuese dudosa, su interés personal no lo es. El podrá cargarse de vernos. Pero calculará que por el momento le ayudamos á salir de un conflicto. Es necesario tener esto en cuenta. Así, pues, vamos allá sin vacilar."

No repliqué, porque conocía poco lo del antiguo Principado para discutir las opiniones del general; y además porque no pudiendo irnos al Norte, no teníamos otro refugio que aquel territorio. Por consiguiente hicimos el plan de nuestras marchas, di las órdenes necesarias, nos pusimos en camino con algunas precauciones para enganar á las columnas enemigas, y el día 12 de julio, después de unas jornadas penosísimas, entramos en Cataluña por Pont de Suert, en la provincia de Lérida.

XL.

### Lágrimas y risas.

Milan 23 de Agosto.

Entonces empezaron nuevas y no menos curiosas es-

cluso á los mismos carlistas; la gente andaba dividida en parcialidades; unos por Castells, tales por Saballs, y cuales por Tristany. En lo único que había conformidad era en poner de vuelta y media á D. Alfonso y D.<sup>a</sup> María, los cuales habían dejado una antipatía tan general y ardiente, que no oí á nadie hablar bien de ellos. Les echaban la culpa del malestar que había; y aunque exagerasen, que sin duda se exageraba, algo habría."

"Y con todo vamos á Cataluña, dije yo sonriendo."—  
«Muy á pesar mío, me contestó Dorregaray; y por las razones que ya le he dicho. Sin embargo confieso que voy con alguna esperanza. Ahora Martínez Campos y Jovellar pasaran allí, para sitiarse á la Seo, y hacer lo que en el Centro; y Saballs no tendrá bastantes fuerzas para contenerlos. Así las nuestras no estarán de más. El tiempo atrás, ya solicitaba tropas mías para emprender algo importante. Entonces no pude mandárselas; pero ahora se las ofreceré todas. Así estará interesado en municionarnos y racionarnos, que, por hoy, es lo que mas nos interesa. Ya ve V., Boet, que no juzgo á humo de pajas. Si la buena voluntad de Saballs fuese dudosa, su interés personal no lo es. El podrá cargarse de vernos. Pero calculará que por el momento le ayudamos á salir de un conflicto. Es necesario tener esto en cuenta. Así, pues, vamos allá sin vacilar."

No repliqué, porque conocía poco lo del antiguo Principado para discutir las opiniones del general; y además porque no pudiendo irnos al Norte, no teníamos otro refugio que aquel territorio. Por consiguiente hicimos el plan de nuestras marchas, di las órdenes necesarias, nos pusimos en camino con algunas precauciones para enganar á las columnas enemigas, y el día 12 de julio, después de unas jornadas penosísimas, entramos en Cataluña por Pont de Suert, en la provincia de Lérida.

XL.

### Lágrimas y risas.

Milán 23 de Agosto.

Entonces empezaron nuevas y no menos curiosas es-

cenar. Los padecimientos de nuestros soldados eran tan grandes, que hubieran inspirado compasion al hombre de mas empedernidas entrañas. Todos íbamos medio muertos de cansancio, de hambre y sueño. Hubiera usted visto á los infantes caminar dormidos con el fusil maquinalmente en el hombro; de modo que si de repente alguien se les interponia, caian dormidos en el suelo, donde se quedaban largas horas si no les despertaban y ayudaban á levantar. Los ginetes cabalgaban tambien dormidos, y las pobres bestias que los llevaban estaban flacas y rendidas de fatiga. El hambre era espantoso; habia hombres que no podian comer una sola vez en veinticuatro, cuarenta y ocho y mas horas. Los pueblos por donde pasábamos estaban exhaustos, y á veces apretados por las columnas enemigas ni tiempo teníamos de recoger lo poco que nos ofrecian. A pesar de esto, habia un órden, una formacion y obediencia, que quizá no se hallára en ningun otro ejército del mundo, fuera del español.

Recuerdo que al fin pudimos hacer alto en un pueblo y alojarnos. Toda la gente se desbandó por las casas, buscando algo para satisfacer el hambre, y recogiendo lo que les daban como una caridad inefable. Dorregaray me llamó á su alojamiento; y despues de haber examinado los mapas y acordado algunas disposiciones, salimos al balcon del aposento, que daba á la plaza, y nos apoyamos en la baranda sin decir palabra. Ambos estábamos tristes y meditabundos, y mirábamos á los grupos y transeúntes más con los ojos que con la atencion.

En esto aparecieron algunos voluntarios valencianos que, habiendo hallado un poco de arroz, habian hecho una *paella*, y se sentaron en corro debajo de nuestro balcon, y empezaron á comer con una alegría y ánimo extraordinarios. A medida que comian, hablaban de su país, de sus familias, de la novia, de la guerra, con un placer, con un brio y tranquilidad, que parecian los hombres mas seguros y felices del mundo. Yo les contemplaba y escuchaba con asombro y admiracion. «¿Dónde, dónde se hallan soldados de este temple? pensaba. ¿Qué país tiene hombres capaces de esta longanimidad?... He aquí una pobre gente, que despues de un mes de una campaña horrible en el Centro, hace doce dias que verifica una de las retiradas mas crueles de este siglo; sin



viveres, sin municiones, sin descanso ni esperanzas; y ahora, porque ha hallado un puñado de arroz, todo lo olvida, y no piensa sino en la patria y la bandera. ¡Oh! no ha el español degenerado aun de lo que fué en la Edad Media y Renacimiento."

De repente algunos de aquellos voluntarios levantaron la cabeza, y al ver que les mirábamos, nos saludaron sonriendo. Al mismo tiempo oí un sollozo á mi lado; y volviendo los ojos con sorpresa, ví el rostro de Dorregaray, inundado de lágrimas. «¿De qué llora V., mi general? exclamé." El rompió en sollozos, y contestó patéticamente: «¡Lloro de ver á tanta gente honrada sufriendo así por una causa tan infame!" Y retirándose del balcón se sentó en una silla, donde estuvo llorando en silencio largo rato. Despues, reprimiéndose, añadió: «¡Ah, Boet! ¡que cuenta no ha de pedir Dios al hombre que nos ha engañado; al hombre que nos ha perdido; al hombre que ha sido causa inútil de tantas desgracias, de tantos dolores y horrores! La guerra es justa cuando se hace por una idea santa, y son héroes los que la inician y sostienen; pero es vil cuando se hace por un hombre sin entrañas, por un hombre sin convicciones, por un hombre que juega con la vida y la patria de los españoles, como si estos fuesen un rebaño de animales inmundos; y los que, engañándonos, la han encendido, son dignos de los últimos suplicios en la tierra, y del castigo mas terrible en la eternidad."

No le contesté, porque me habia conmovido tanto, que ni sabia consolarlo, ni adherirme á lo que decia; y cuando le ví mas sosegado, le distraje hablándole de otra cosa, pues estaba tan enfermo y decaído, que no sé como podia sostenerse. En efecto, las necesidades de la guerra, el cúmulo de órdenes que debian darse en un instante, las confianzas que se habian de recibir, las mil ocupaciones que abrumaban en estos casos á un general, le obligaron luego á pensar en otras cosas, y á hablar y discutir sobre ellas; y entonces recobró la serenidad, como si no hubiese pasado nada. Comimos allí lo poco que pudimos; y despues de un breve descanso, continuamos otra vez la marcha, perseguidos sin cesar por las columnas liberales, y abrumados por la mas espantosa miseria.

Aquellos dias Dorregaray, buscando una distraccion

alegre á su tristeza y á la mia, habia hallado un entretenimiento muy original, que usábamos durante el camino para recobrar el buen humor. Es el caso que una vez, todo caminando, acercó su caballo al mío, y me dijo: «Boet: He observado que nunca se habla mas de dinero que cuando uno no tiene un cuarto, ni nunca se trata con mas satisfaccion de la buena vida, que cuando la llevamos de perros. En este supuesto, creo que ahora que nos dedicamos á comer y descansar una vez cada tres días, deberíamos ensayar aquel sistema, hablando de la vida frailuna, que, segun doctos autores, descuella por lo tranquila, placentera, cómoda y regalada.»

Entonces me eché á reír. «Yo, Boet, añadió, hubiera sido un gran fraile; hombre de calma y de mucha pausa; un confesor muy experimentado, un predicador de grandes latines; y sobre todo en el refectorio, hubiera lucido por un excelente paladar, y un estómago colosal. Usted tambien hubiera sido un excelente fraile; pero la hubiera dado por otro género, sin perjuicio de ser autorizado comedor y bebedor; V. hubiera sido el fraile titánico de las controversias teológicas, con todos sus distingos, peros, emperos, sin embargos, no obstantes y demás que hubiere lugar. Con esto hubiera V. gozado, engordado y disfrutado, tanto como yo confesando, predicando, comiendo y bebiendo. Pero repito que en estas últimas materias, hubiera V. gozado de excelente reputación.»

Dorregaray decia esto con tan buen humor, que á pesar de algunos bufidos que de vez en cuando la llaga del mustlo le arrancaba, y de la palidez y tristeza de su rostro, parecia estar alegre de veras. «¡Ah, Boet! añadió. Y qué vida se daban aquella gente! como lo entendian! ¡cómo sabian tratar con el mundo! Confesaban á las mujeres mas bonitas y jóvenes, lo cual debe ser un entretenimiento muy agradable; comian los mejores, mas delicados y sabrosos bocados del país; bebían el vino mas exquisito mas puro y añejo, y dormian y pascaban como obesos canónigos.» A mí la boca ya se me habia hecho agua de oír tan galana descripción. «¡Quién fuera fraile ahora! exclamé. ¡Qué bien nos vendrian ocho días de vida claustral!»—«Yo lo creo repuso Dorregaray. Ocho días de reposo monástico, de bebida monástica, de comida monástica y de sueño idem.... serian el paraiso. No se puede negar que aquellos buenos señores habian hallado

la piedra filosofal. Así se comprende que hayan sido los más acérrimos enemigos de la revolución, y que en España no se acabara con su resistencia sino destruyéndolos."

«Fue uno de los episodios más horrendos de nuestra historia, dije."—«Tanto, repuso Dorregaray, que no parece oportuno recordarlo, y así, Boet, volvamos á la vida de convento. Decía V. ahora mismo que nos convendrían ocho días de ella, y si quiere, podremos tenerlos del modo más fácil. Imaginémosnos frailes; tratémosnos de fraile durante la marcha, y mucho será que al fin de la jornada no nos tengamos por tales." Yo me eché á reír. «Me parece buena idea, dije."—«Yo, que me llamo Antonio, continuó él; seré fray Antonio." y V. que se llama Carlos, será fray Carlos. ¿Lo acepta?"—«Perfectamente, fray Antonio."—«Pues desde este momento, fray Carlos, quedamos frailes hechos y derechos *in nomen patris, filii et spiritus sancti*"—«Amen, dije yo."

Gamundi, que habia escuchado riendo aquella conversacion, adelantó entonces su caballo y dijo: «Si vuestras paternidades necesitan un lego, aquí estoy yo, Pascualito de Maella, que me ofrezco á entrar en la misma cofradia."—«Excelente idea, contestó Dorregaray; y si fray Carlos está conforme, daremos el hábito á Pascualito."—«Por mí, dije, ya queda lego desde este momento, en virtud de las universales simpatias que inspiran los de Maella." Entonces Gamundi repuso: «Yo me encargaré de refrescar el agua á vuestras paternidades, y cada vez que quieran beber, aquí está Pascualito para servirles un agua más helada que la nieve de los Pirineos."

Después de un momento de silencio, durante el cual íbamos caminando, Dorregaray dijo: «¡Fray Carlos! ¡fray Carlos! ¿vuestra paternidad duerme aun?"—«Vuestra paternidad perdone, respondí yo; hace cuarenta y ocho horas que no he cerrado los ojos. Enfrascado en una difícilísima tesis de teología, me paso los días y las noches estudiando y cavilando."—«Siempre dije que sería vuestra paternidad un Santo Tomás, exclamó él. ¿Y qué tesis está estudiando vuestra paternidad, que tantas fatigas le cuesta?" Yo contesté: «Una tesis así, poco más ó menos: *de difficultarum fugiturum cum liberalorum inter piernarum, sine pane, nec vino, nec municionibus, et cum multum mal humoris.*"



«Ha de saber vuestra paternidad, fray Cárlos, dijo gravemente él, que este es uno de los mas encalabrinados puntos que haya jamás existido en la teología humana y divina; y que solo las lumbreras de la ciencia han sido capaces de tratarlo con lucimiento. Si vuestra paternidad pronuncia sobre él un buen discurso de controversia, se elevará hasta los mismos cuernos de la luna.»— «Yo renunciaré de buena gana á tanta gloria repuse, si vuestra paternidad, fray Antonio, me ayuda con alguna de aquellas ideas que la meditacion y el estudio le han enseñado. Vuestra paternidad haria así un gran servicio á este pobre fraile.» Dorregaray contestó muy sério: «Con mucho sentimiento he de contestar á vuestra paternidad, fray Cárlos, que no puedo, porque hace dias que estoy predicando; y tal es el éxito de mis sermones, que se me ha ordenado predicar indefinidamente, lo cual no me deja un momento en reposo.»—«¿Y de qué predica vuestra paternidad, fray Antonio?»—«De un tema muy interesante, fray Cárlos, me contestó. *Super deliciarum seraficarum de portentosarum llagarum in muslarum.*»

«El tema es tan interesante, dije yo, que sin duda proporciona á vuestra paternidad muy buenos ratos.»—«Excelentes, fray Carlos, repuso; y tal fué el triunfo que me valió ayer, que me he pasado la noche durmiendo como un tronco; sino que no lo parecia. ¡Con qué suavidad, fray Cárlos, se me levantaba el pecho! ¡con qué libertad funcionaban los pulmones! ¡qué ronquidos salian de mis venerables narices, tan sostenidos, tan medidos, que parecian una música celestial! Fray Cárlos, no hay vida como la del fraile.»

«Tiene razon vuestra paternidad, decia yo. ¡Que descansada vida la que huye del mundanal ruido, y en un convento se alberga, cerca de la despensa y de la bodega, cuando están mejor provistas!» Entonces acudió Gamundi: «Si vuestras paternidades, dijo, quieren cchar un traguito de agua fresca, está hecha una bendicion de Dios.»—«Luego, Pascualito, luego, repuso Dorregaray. Ahora, fray Cárlos, tomaremos el exquisito chocolate, con una docenita de bizcochitos que dias pasados me trajo una bonita y piadosa penitentita; y despues de haber saboreado aquel aroma que recrea el paladar, no iremos á pasar un ratito en el confesonario, entre tanto que llega la hora de comer. Si quiere vuestra paternidad

creerme, añadió, deje acá libros y papeles, y véngase conmigo al refectorio; porque el chocolate tiene su tiempo y sazón; y no debe tomarse ni al salir del fuego, ni mucho tiempo despues: el término medio es el bueno; porque entonces se empapa mejor en el bizcocho, sin embeberlo, ni quedar desleído; y uno lo toma con regalo, lo saborea con delicia, y lo digiere con facilidad." Y volviéndose á Gamundi, añadió: «Leguito, hijo Pascualito, empieza á preparar el agua fresca. Vamos allá, fray Carlos, vamos."

«Fray Antonio, contesté. Con gran sentimiento mio no puedo acompañar á vuestra paternidad; porque de algunos días á esta parte me han encomendado la última misa; y como en esta tierra se usa decirla entre nueve y diez de la noche, aun tendré que estar en ayunas un buen ratito."—«Quede, pues, vuestra paternidad con Dios, fray Carlos."—«Vaya vuestra paternidad con él, fray Antonio."

De repente se oía *pim, pam, pum*, y silbaban balas, y pasaba alguna granada: «¿Qué es esto, fray Carlos? exclamaba él."—«No sé, decía yo. Parecen fuegos artificiales, fray Antonio."—«¡Ah! ya caigo, exclamaba él. Mañana es la fiesta del convento; y los legos y novicios anuncian la solemnidad *urbí et orbí*, como dice nuestro padre, el venerable Sumo Pontífice en Roma. ¡Cáspita, fray Carlos! ¡qué día tan regalado pasaremos! ¡qué pollos, qué pescados, qué vinos y postres en el refectorio! Allí humeará la succulenta sopa con un caldo tan jugoso, que se podrá cortar; allí descollará la fresca verdura, extendiéndose y levantándose como pirámide, en grandes fuentes de blanca loza, dejando en relieve las magras tajadas de carne, la blanca y exquisita longaniza y el apetitoso tocino; allí se sucederán los olorosos principios, unos de pollos rellenos, otros de pavos, otros de sabrosa merluza y de finísimo salmon; por entre este oasis descollarán las grandes botellas del vino mas confortante y excitante, acompañadas del rancio de cincuenta y mas años; y por fin las frutas y los confituras mas melosas y agradables completarán nuestro monástico festín."—«¿Qué apetito va teniendo ya este pobre leguito de Maella! exclamaba Gamundi."—«¡Ah, Fray Antonio! decía yo. Si fuese posible adelantar la fiesta de un día... Léase seguro á vuestra paternidad que de buena gana me sen-

taria ya á la mesa del refectorio.”—«¡Ayl! exclamó él, llevando la mano al muslo de la llaga.”—«¿Qué tiene, fray Antonio? dijo. ¿De que se queja vuestra paternidad?”—«De la gota, fray Carlos, me contestó. Esa gota que me ha pegado un tiron, que no sé cuantos soles he visto en el cielo, á pesar de no existir sino uno.”—«Perdone vuestra paternidad, fray Antonio, dijo. Los sabios aseguran que existen muchos millones; y quizá haya tenido vuestra paternidad la dicha de verlos todos á la vez.”—«Ya sé que hay muchos, me contestó; pero nosotros no vemos mas que uno, por ser el único que existe en el sistema de que formamos parte.”

«Tiene vuestra reverencia razon, dije; pero muchos de los restantes los vemos como estrellas.”—«Oh, fray Carlos! exclamó. No he visto así los que he descubierto al recibir el tiron de esa maldita gota, no; porque ha de saber vuestra paternidad que estaban tan rodeados de luz y fuego, que parecia que iban á abrasarme: tan fuerte ha sido el destubramiento.”—«Si vuestra paternidad quiere tomar un vasito de agua fresca, dijo Gamundi; yo, como buen legnito, correré á buscarla; pues he oido decir que es muy buena para la gota.”—«¡Ayl! exclamó Dorregaray; mejor seria de vino, hijo Pascualito.”—«*Malorum malum*, dije yo; todo lo que vuestra reverencia sufre, fray Antonio, son efectos de esa propension que tiene á comer y beber tanto, á dormir tantas horas, y á pasar un tiempo excesivo en el confesonario. De algunos dias á esta parte la boca de vuestra reverencia no para de comer, ni el cuerpo de dormir, ó estar confesando. Vuestra reverencia hace excesos lamentables. En el refectorio engulle, en la celda traga y en las casas que visita poladea. Ya es una jícara de excelente chocolate, ya un botecito de confituras de monja, ya un vasito de exquisito vino, ya un plato de apetitosas chuletas... ¡Cuidado fray Antonio! no sea que una apoplegia le amuele.”

«¡Bien dice vuestra paternidad, fray Carlos! respondió él.”—«Conviene, añadí, que vuestra paternidad se dedique unos dias á espulgarse el cuerpo dándose algunas horas de disciplinazos. Esas carnes son demasiado florecientes para vuestra paternidad. Macháqueselas bien, fray Antonio; sáquese un poco de sangre; rebaje esa gordura y esos colores...”—«Tiene su paternidad razon, fray Carlos.



dijo él. Pero si mis carnes son gordas tambien son delicadas, y tienen mucha antipatía por todo lo que buela á cordeles, y ayunos.”

Así nos distraíamos por el camino, señor Corresponsal; mientras nuestros soldados iban caminando junto á nosotros, con la faz descarnada y pálida, con el cuerpo agobiado por el cansancio y la debilidad, y el espíritu quebrantado por la persecucion y la falta de recursos. Una de las cosas que mas los animaban era ver que aunque nosotros estuviésemos tan flacos y pálidos como ellos, conservábamos la serenidad y entereza para librarlos de la catástrofe, donde cada dia estaban expuestos á pe-

XLI.

**Don Juan Castells.**

*Milan 25 de Agosto.*

El dia 15 llegamos á Pons, donde hallamos al general don Juan Castells, que nos esperaba con su gente, en virtud de una comunicacion que le habíamos enviado. Salió el hombre á recibirnos muy campechanamente, y la primera cosa que hizo fué sacar una caja de rapé y ofrecernos un polvo. Aunque por mi parte se lo agradezco, puedo asegurar que nos hubiera hecho mas gracia ofreciéndonos un porron de vino. No sé si el general Dorregaray estará conforme, en el caso de que las cartas de usted lleguen á sus manos.

Castells es un hombre muy singular; y desde el primer momento me representó uno de esos lobos marinos, cargados de años, de calma, de experiencia, de valor y mal humor. Era un viejo no muy alto y todo canoso, pero fuerte y verde. Sin ser grueso, estaba lleno de carnes, y llevaba un sota barba, que le daba un aspecto muy placido. Tenia la mirada tranquila, la voz de paisano y la palabra breve y ruda. Mas que militar y guerrillero parecia un marino que habiendo envejecido entre las tempestades, los escollos y naufragios, considera los peli-

dijo él. Pero si mis carnes son gordas tambien son delicadas, y tienen mucha antipatía por todo lo que buela á cordeles, y ayunos.”

Así nos distraíamos por el camino, señor Corresponsal; mientras nuestros soldados iban caminando junto á nosotros, con la faz descarnada y pálida, con el cuerpo agobiado por el cansancio y la debilidad, y el espíritu quebrantado por la persecucion y la falta de recursos. Una de las cosas que mas los animaban era ver que aunque nosotros estuviésemos tan flacos y pálidos como ellos, conservábamos la serenidad y entereza para librarlos de la catástrofe, donde cada dia estaban expuestos á pe-

XLI.

**Don Juan Castells.**

*Milan 25 de Agosto.*

El dia 15 llegamos á Pons, donde hallamos al general don Juan Castells, que nos esperaba con su gente, en virtud de una comunicacion que le habíamos enviado. Salió el hombre á recibirnos muy campechanamente, y la primera cosa que hizo fué sacar una caja de rapé y ofrecernos un polvo. Aunque por mi parte se lo agradezco, puedo asegurar que nos hubiera hecho mas gracia ofreciéndonos un porron de vino. No sé si el general Dorregaray estará conforme, en el caso de que las cartas de usted lleguen á sus manos.

Castells es un hombre muy singular; y desde el primer momento me representó uno de esos lobos marinos, cargados de años, de calma, de experiencia, de valor y mal humor. Era un viejo no muy alto y todo canoso, pero fuerte y verde. Sin ser grueso, estaba lleno de carnes, y llevaba un sota barba, que le daba un aspecto muy placido. Tenia la mirada tranquila, la voz de paisano y la palabra breve y ruda. Mas que militar y guerrillero parecia un marino que habiendo envejecido entre las tempestades, los escollos y naufragios, considera los peli-

gros del modo más indiferente. Vestía una americana negra y pantalón oscuro, con boina y fagín. Mandaba á un cuerpo de gente escogida del cual se hacia querer y respetar.

Como mas adelante operé con él, puedo añadir á estos datos algunos muy curiosos sobre su carácter militar. Castells es un hombre que propiamente no conoce el miedo, ni hace caso del enemigo; viendo llegar á una columna liberal como quien vé llover desde cubierto. Así es que siempre le sorprenden, y ha de retirarse con el enemigo encima. Pero á pesar de esto, no pueden, ó no saben nunca coparlo. Imagine V. que estando en un pueblo recibe la noticia de que llegan los liberales. ¿Supone usted que da enseguida alguna disposición para retirarse ó recibirlos? Pues al contrario, se queda muy tranquilo, sin avisar á nadie. «¿Con que llega la columna? dice. Pues que llegue.» Momentos despues nuevas noticias de que la columna está á media hora. — «¿A media hora ya? exclama. Esa gente camina mucho. Así tuvieran mis años, ¿Pero que le hemos de hacer? En fin, que vaya acercándose.»

Pasa un rato, y nuevo recado de que el enemigo avanza ya en formacion de batalla, y va á romper el fuego. «¡Caramba! dice Castells. No se puede negar que tienen las piernas ligeras.» Sus ayudantes le rodean, y le indican de mil modos que dé alguna orden. «¿Tan pronto? exclama él. ¿Y que órdenes quereis que dé?» — «Entretanto se puede tocar llamada; dice uno.» En aquel momento se oye el estampido del fuego, y el aire se llena de balas que caen por el pueblo. «¿Vé V.? Es el enemigo, exclaman los ayudantes. ¿Mandaremos tocar llamada enseguida?» — «Todavía hay tiempo, todavía hay tiempo, contesta él.» Entretanto el fuego redobla. «¿Vé V., ve V.? dicen los ayudantes. Se acercan tirando de firme. Se toca llamada D. Juan?» — «¡Ca! responde él. Todavía quiero tomar la tortilla que suelo comer en estos casos; porque cuando me sorprenden, me sienta tan bien una tortilla, momentos antes de marchar, que jamás me retiro sin haberla ordenado.»

Entre tanto el fuego redobla y se acerca con rapidez. «Pero vea V. D. Juan, vea V. como atacan, exclaman los ayudantes asustados.» — «Mucho que sí, dice él; de modo que será necesario que salga á ver cuantos son, y qué tal



lo hacen." Enseguida sale del pueblo con la mayor calma, pasando impávido por en medio de las balas; da un vistazo al enemigo, y se vuelve con la misma pachorra, acompañado de sus ayudantes, que se dan á todos los diablos. Entonces saca su caja de rapé, la abre cuidadosamente, toma un gran polvo, aspirándolo con toda pausa y voluptuosidad; cierra la caja, la mete en el bolsillo, saca un gran pañuelo colorado en cuadros, lo abre en toda su grandeza, se suena concienzudamente, dobla el pañuelo con toda minuciosidad, lo vuelve al bolsillo, y buscando con los ojos al asistente, que en estos casos siempre está cerca, le dice con tranquilidad: «*Noy, fés la truita.* (Chico, haz la tortilla.)»

El asistente, que ya tiene la lumbre, la sartén y los huevos preparados, corre en seguida al alojamiento. ¡Pero qué demonios ha de tener tiempo de presentar la tortilla á su amo, si los liberales ya están en las tapias del pueblo, y sus guerrillas entran, disparando! Entonces Castells toca llamada, el asistente planta la tortilla, todo el mundo escapa como puede, y al llegar el jefe de la columna, se encuentra con la tortilla de Castells preparada, manda añadirle una botella de vino, y se la come muy sabrosamente, mientras el que mandó hacerla corre que vuela por aquellas montañas.

Lo que salva en estos casos á Castells son tres circunstancias muy importantes: que su gente vigila y dispone por él, de modo que á la primera noticia de la llegada del enemigo, todos cojen el fusil y el morral, y se reúnen en la plaza por compañías y batallones, á fin de estar ya formados cuando se toque llamada; que él conoce perfectamente el terreno, y al salir ha formado ya un buen plan de marcha que le permite sustraerse pronto á la persecucion; y finalmente, que el ejército regular en esta campaña ha usado una táctica muy criticable, por lo impropia y circunspecta. Tal es el veterano de las guerras carlistas, el famoso Castells, á quien acabábamos de conocer.

Alojámonos en el pueblo, distribuyendo las fuerzas por allí y sus contornos; y apenas pudimos nos reunimos Dorregaray y yo con Castells, y le hablamos del estado de la guerra, de nuestros propósitos y de las esperanzas que teníamos en los carlistas de Cataluña. El jefe catalán nos dejó hablar; y cuando terminamos, sacó

la cajita de rapé, tomó un polvo, sonóse con el pañuelo de cuadros, y dijo con mucha calma: «Todo esto no tiene sino un defecto del cual parece que han prescindido ustedes; y es que no se puede realizar. El carlismo de Cataluña es un fantasma; y cuanto se base sobre él, se desvanecerá como el humo. Aquí no hay ejército, ni armamento, ni municiones, ni dinero; sino gente que llevan malos fusiles, ladrones y asesinos que se llaman jefes, y saqueos á granel, que tienen el nombre de operaciones. Si D. Carlos, fuese otro, se hubiera hecho algo, pues al principio habia elementos. Pero como es un tuno, un imbécil, un miserable, un canalla, que no tiene de príncipe sino el nacimiento, y de rey el título, las cosas de Cataluña están perdidas.»

Dicho esto, sacó la cajita, y tomó otro polvo. «Todo lo que Vds. piensan del enemigo es cierto, añadió. Ahora se agolparán aquí los del Centro, sitiarrán la Seo, la tomarán, nos echarán del país, se irán al Norte y se concluyó. ¿Y como lo impedimos nosotros? ¿qué tenemos para oponernos? Habríamos de contar con algo, y no existe nada. El mando ha estado hasta ahora dividido principalmente entre Tristany y Saballs. Tristany es un vividor, un hipocriton, un cobarde y holgazan, más bien nacido para canónigo, que para militar. Se hace llamar conde de Aviñon, y hasta los perros se mean en él. Toda su guerra consistía en ir de pueblo en pueblo y de masía en masía, alojarse en las mejores casas, comer bien, charlar con las patronas, echar requiebros á las chicas, y estar lo mas léjos posible de las columnas. ¡Qué tipo! Así que entró en la Seo no se movió mas de ella; y perdía el tiempo recibiendo á los curas, aceptando comilonas, y dándose tono por las calles con la faja á cuestas. Si el día que Lopez Dominguez estuvo en Puigcerdá, se va por allí, le coje á él, y recobra la ciudad con todos sus fuertes, sin disparar un tiro.»

Como Tristany habia sido entonces reemplazado, Doregaray hizo observar á Castells que no podia hacernos daño. Castells tomó otro polvo, y meneando la cabeza, contestó: «Se equivoca V. de dos maneras: primera porque ha dejado esto tan mal, que ya no hay compostura; y segunda porque le han llamado en el Norte, donde nos amolará cuanto pueda. Tristany es un envidioso y maldiciente que en Estella no parará un momento contra

los que hemos quedado aquí: del uno dirá esto, del otro estotro; hará atmosfera contra nosotros; y nos pintará como traidores, como cobardes, como ladrones é ineptos. Si D. Carlos fuese otro, de un puntapié lo echaría á la calle. Pero este danzante se complace en oír murmurar de los que mas le sirven; lo fomenta, lo provoca y secunda, gozando, como si le abriesen las puertas de Madrid."

«Estamos mejor que no quisiéramos, mis buenos señores, añadió. ¡Caspita! Nos ha caído un rey, que ni para las ranas sirve. ¡Y pensar que queremos regalárselo á España para hacerla feliz! Mil veces prefiero á la demagogia más desenfrenada. Yo no digo esto porque ahora esté lejos, pues del mismo modo se lo espeté un dia por escrito. Al principio de la guerra, le mandé un papel donde le cantaba las verdades más duras. Cada párrafo era como el puño, y el misterio temblaba de oírlo. Pero trabajo inútil. Tal se quedó como estaba; y quizá ni siquiera lo leyó. No sería extraño que lo hubiese echado al lugar común. Así ha andado la cosa, señores míos, y así andará, á pesar de todo lo que hemos hecho. ¡Vive Dios! Crean ustedes que es una mala vergüenza tener por rey á don Carlos.»

En aquel tiempo Lizárraga habia reemplazado á Tristany, y Dorregaray, que queria animar á Castells, le indicó que este cambio nos favoreceria. «Es necesario, le dijo, que sea V. menos pesimista, general, porque la guerra no vive sinó de esperanzas. Si empezamos á criticarlo todo, adios operaciones. Ahora Lizárraga está en la Seo, donde corregirá bastantes defectos antiguos. Segun parece, quiere encerrarse dentro con el obispo, para defenderse heroicamente; y si lo cumple, tendremos ocasion de hacer algo bueno.» Mientras él decia esto, yo pensaba: «Si Lizárraga defiende la Seo, estamos lucidos. El basta para que la tome el enemigo, hasta con soldados de papel.» Pero no lo manifesté en alta voz para no dar más cuerda á las críticas del jefe catalan.

Castells repuso con franqueza: «A mí, general, el pesimismo no me quita los bríos; y tanto haré creyendo como desconfiando. No sé lo que vale ese señor Lizárraga. Por ahí dicen que se portó tan bien en el Norte. Veremos si se luce, ó hace fiasco. A mí ya no me gusta mucho, porque siempre se alaba, y habla mucho de sí mismo. La



experiencia me ha enseñado que estos hombres no valen nada. Sin embargo, repito que si se acuerda salvar á la Seo, contribuiré con lo que pueda, ya sea para impedir el sitio, ya para hacerlo levantar. Podemos hacer ambas cosas con la seguridad de obtener algo; pues conozco el terreno, y sé que así hay posiciones excelentes donde disputar el paso al enemigo, como otras donde bloquearlo y flanquearlo, cuando sitie la ciudad."

«Así me gusta V., exclamó Dorregaray."—«Es necesario, general, repuse yo, que abunde V. siempre en estas ideas, porque con la crítica no vamos á nada, al paso que con la acción se podrá ganar mucho."—«Bien dice el brigadier Boet, exclamó Dorregaray." Castells se sonó las narices con su pañuelo de cuadros, tomó otro polvo, y dijo: «Si yo, señores, siempre he sido así. He tomado parte en esta guerra, sin fé, sin esperanzas, ni entusiasmo; y á pesar de ello, me he batido de veras, prescindiendo de todo. Ahora haré lo mismo. Si se acuerda que avance, y me rompa la cabeza, lo haré con toda mi alma; porque soy perro viejo, y lo mismo me dá caer de un balazo, que de una calentura. A mi edad uno se rie de todo. Ahora tengo cifrada todo mi dicha en tomar un polvo. Aspirando el tabaco, me olvido del tunante de D. Carlos, de las majaderias de Tristany, de las perrerias de Saballs, en fin, de todo. Tanto se me dá de lo blanco, como de lo negro. Cuando estoy mas cargado, saco mi cajita y mi pañuelo de cuadros, aspiro mi toma, me sueno, y ya está el hombre tan tranquilo como un canónigo. ¡Pardiez á mi edad, ya no se hace caso de nada.!"

Nosotros dos nos reimos. «Vamos, vamos, dijo Dorregaray. Todavía hemos de dar juntos una gran batalla á Jovellar y Martinez Campos."—«Si quiere Saballs, observó él; que no es poco decir. Su excelencia, el gran capitán general de Cataluña, conde de Berga, ó de no sé dónde, y Marqués de Alpens, es un gran personaje, con el cual hay que contar, antes de idear nada. En mi vida he visto un foragido de calibre igual. ¡Que *murri*, qué farsante, qué pillastre, qué *barret de riallas*, qué danzante! Toda su reputacion es una comedia grotesca. No hablemos de sus títulos de nobleza; porque si el rey continúa ennobleciendo á la gente de aquella estampa, cuando reine, los licenciados de presidio esconderán la bolsa al ver pasar á los nuevos condes y marqueses."

«¡Sopla, sopla! ¡como corta la lengua de V.! dijo Dorregaray. Yo me sonreí en silencio. «No, general, no; repuso él. Es la verdad, la verdad. Desde que Saballs está aquí, no se ha ocupado sino en robar. La tercera parte de lo que ha cobrado, la ha retenido para sus negocios particulares. Con esto ha pagado á los que le daban bombo en los diarios, ha comprado á los que tenían influencia en la corte, y se ha hecho un fondo de reserva para cuando haya de emigrar.» Dorregaray y yo nos sonreímos. «Lo sé de cierto, señores, repuso él. Por esto ha llegado á ser célebre, y á obtener los títulos de conde, marqués, teniente general y capitán general de Cataluña. Aunque sea un borricon, en estas cosas no es tonto. Ha mandado, dejándolo hacer á cada cual lo que le daba la gana, lo mismo á los jefes que á los individuos, y así está eso. Cada jefe tiene un rey en el cuerpo, y toma por dónde mejor le cuadra, y los voluntarios roban, asesinan, violan, incendian, y cuando no saben de donde sacar dinero, venden el fusil. Voluntario ha habido que ha vendido su magnífico remington por 20 y hasta por 10 reales. Qué le importa á Saballs? Su teoría es robar y dejadme robar, sin meteros conmigo. Si le conozco, señores, si sé lo que hace, y lo que pasa allí... ¡Vive Dios! A mí no me la pega un brutazo como Saballs.»

Dicho esto, tomó otro polvo con la mayor calma y voluptuosidad. «General, le dijo Dorregaray, á pesar de las fatídicas palabras de V., confío en Saballs, porque me debe algunos favores, y se halla interesado en que el enemigo no le aplaste.» Castelló meneó la cabeza y contestó: «¡Ah! ¡qué mal calcula V.! ¡que engañado ha venido aquí! Lo que Saballs quiere de algun tiempo acá es que la guerra termine pronto, para ir á disfrutar de lo que ha robado. Crea V. que ya está cargado de mandar, y que así que pueda, se las picará á Francia. Ahora ya no se ocupa sino en ir á bailar á las fiestas mayores de los pueblos, acompañado de sus bonitos mozos de Escuela. La guerra le empalaga, y teme que algun balazo le prive del placer de verse en el extranjero, bien instalado y acomodado, y con el caldero de la sopa boba delante.»

«Si lo que dice V. es cierto, repuse yo, nada se hará.»

«Nada, señores, nada, continuó el, porque han contrariado Vds. á Saballs viniendo aquí. El esperaba el si-

tio y la caída de la Seo, como los labradores la lluvia de otoño; y hablarle de impedirlo, es jeringarlo por todos cuatro costados. Hoy no hace más que eubrir las apariencias, esperando la ocasión de irse. Llegue esta, y verá Vds. con qué prisa la hace suya, cogiéndola de los cabellos. Sin embargo, añadió, estoy á la disposición de ustedes en todo lo que pueda. Vengan órdenes, si algo se combina, y Castells no faltará. Mi gente me sigue á todas partes, y les respondo de ella. No puedo ofrecerles á ustedes mas." Tal fué en sustancia la conferencia capital que tuvimos con aquel jefe.

Dorregaray y yo quedamos muy desanimados; pero como teníamos algún recelo de que Castells exagerase, convinimos en que era necesario probar. Tanto por esto, como para racionarnos mejor, acordamos que Gamundí y yo con nuestras fuerzas nos separásemos de él y fuésemos en busca de Saballs, á fin de hablarle y proponerle un plan. «Boet, me dijo Dorregaray. Intentemos el último esfuerzo. D. Carlos no lo merece; pero hagámoslo por la idea. Ahora ya no es cosa de dejar esto abandonado; y si caemos, caigamos al menos con decoro.»—«Lo mismo pienso hacer, mi general, contesté.»

«De Cataluña podemos fiarnos poco, añadió. Lizarraga es un papanatas que no sabrá defender, ni preparar la defensa de la Seo. Le conozco hace mucho tiempo, y puedo decirle á V. que no hay que contar ni con su capacidad, ni con su valor, porque de ambas cosas carece. No obstante, hará por el buen parecer un amago de resistencia, y debemos ver si lo aprovechamos. Vaya usted, pues, á ver á Saballs, y dígale que nosotros hemos venido á ayudarle, no á imponernos; que él es aquí el capitán general, y que nosotros serviremos á sus órdenes, dónde, cómo y cuándo quiera; que disponga, que mande, y será obedecido. Procure V. desvanecerle toda idea de zelos, persuadiéndole que no hemos entrado en su territorio como amos, sino como amigos. Es un bruto tonto, y hay que guardarse de su desconfianza.»

Prometle seguir sus instrucciones y darle cuenta del resultado de ellas; y despues de haber dispuesto la marcha, nos despedimos. «Adios, Boet, exclamó abrazándome con emoción. ¿Quién sabe lo que será de nosotros, ni si volveremos á vernos mas? Pero de todos modos, conservaré de V. un grato recuerdo hasta el último día



de mi vida. Adios; y ya que aun es jóven, procure V. que no le maten." Abracéle tambien, con frases no menos conmovidas, y partí en busca de Saballs.

## XLII.

### Conversacion con un cura-párroco.

*Milan 27 de Agosto.*

Habiendo sabido que Saballs andaba por entre los confines de las provincias de Gerona y Barcelona, tomé esta direccion, atravesando la de Lérida. Nuestros soldados se habian ya repuesto con el descanso de aquellos dias y con las raciones que habian sacado, y caminaban mas alegres y fuertes. Lo único que les preocupaba era la escasez de municiones, que todavía no habia podido remediarse, aunque se hubiese recogido una cantidad de cartuchos. Toda aquella parte de la provincia de Lérida es triste, árida y montuosa, pero al mismo tiempo imponente por la severidad de las líneas, y por un no sé qué misterioso de que están llenas. La tierra y el cielo tienen un aspecto desconsolador, y un silencio tético que conmueve, y la gente es seca de temperamento y de razones; los hombres llevan patalon largo y chaqueta, con barretina ó un pañuelo arrollado en la cabeza, y las mujeres falda y jubon y un pañuelo en la cabeza atado por debajo de la barba.

En una de las jornadas que hice por este territorio, me alojaron en casa del cura de un pueblo donde pasamos la noche. Llámabase mosen Tomás; era de unos 50 años, alto, seco y ardiente; tenia una sobrina ó al menos la llamaba así, muy jóven, llamada Serafina, y una anciana que hacia las faenas mas pesadas de la casa. Era el cura un carlista acérrimo, y no desesperaba del triunfo, á pesar de las desventuras que habíamos pasado; comia y bebia mucho, y hablaba con una facundia y viveza, que llegaban á cansar. Aunque su pueblo fuese pequeño, observé que vivia en la abundancia, no sé si por tener patrimonio propio, ó por la generosidad de los vecinos.

Llegada la hora de cenar, me hizo sentar á su mesa, á la derecha de la cabecera, en una gran poltrona antigua

de mi vida. Adios; y ya que aun es jóven, procure V. que no le maten." Abracéle tambien, con frases no menos conmovidas, y partí en busca de Saballs.

XLII.

**Conversacion con un cura-párroco.**

*Milan 27 de Agosto.*

Habiendo sabido que Saballs andaba por entre los confines de las provincias de Gerona y Barcelona, tomé esta direccion, atravesando la de Lérida. Nuestros soldados se habian ya repuesto con el descanso de aquellos dias y con las raciones que habian sacado, y caminaban mas alegres y fuertes. Lo único que les preocupaba era la escasez de municiones, que todavía no habia podido remediarse, aunque se hubiese recogido una cantidad de cartuchos. Toda aquella parte de la provincia de Lérida es triste, árida y montuosa, pero al mismo tiempo imponente por la severidad de las líneas, y por un no sé qué misterioso de que están llenas. La tierra y el cielo tienen un aspecto desconsolador, y un silencio tético que conmueve, y la gente es seca de temperamento y de razones; los hombres llevan patalon largo y chaqueta, con barretina ó un pañuelo arrollado en la cabeza, y las mujeres falda y jubón y un pañuelo en la cabeza atado por debajo de la barba.

En una de las jornadas que hice por este territorio, me alojaron en casa del cura de un pueblo donde pasamos la noche. Llámabase mosen Tomás; era de unos 50 años, alto, seco y ardiente; tenia una sobrina ó al menos la llamaba así, muy jóven, llamada Serafina, y una anciana que hacia las faenas mas pesadas de la casa. Era el cura un carlista acérrimo, y no desesperaba del triunfo, á pesar de las desventuras que habíamos pasado; comía y bebía mucho, y hablaba con una facundia y viveza, que llegaban á cansar. Aunque su pueblo fuese pequeño, observé que vivía en la abundancia, no sé si por tener patrimonio propio, ó por la generosidad de los vecinos.

Llegada la hora de cenar, me hizo sentar á su mesa, á la derecha de la cabecera, en una gran poltrona antigua

con asiento de cuero; sentóse la sobrina frente á mi, y el cura ocupó el sitio preferente, en otra poltrona como la mía. Despues de la bendicion indispensable, empezamos á comer, sirviéndonos la anciana. Tomamos una buena cena, y al llegar á los postres, se habló de política, y todo fumando y bebiendo ocurrió una escena muy inesperada y de gran novedad para mí. El párroco tomó la palabra y se desbordó contra la sociedad.

«Desengañese V., brigadier, exclamaba con vehemencia: la demagogia revolucionaria domina á la sociedad, ya gobierne el constitucionalismo, ya impere la democracia, con la forma monárquica ó republicana. Nosotros lo hemos visto en nuestra desgraciada y católica España desde la muerte de Fernando VII acá. Recuérdelo V., bien, señor brigadier. ¿Qué ha sido de nuestro infortunado país durante la minoría y el reinado de Isabel? Las contribuciones han aumentado horrosamente cada año; los hombres menos escrupulosos han ocupado la administración pública; los mas excépticos han llenado el Parlamento, y los mas volterianos han sido ministros.»

«Bajo el poder de esta gente se han desamortizado los bienes del clero, se han propagado las doctrinas mas anti-católicas, se han dejado entrar del extranjero los libros mas impíos y nefastos, se han permitido traducir y enseñar, y hasta se ha consentido que se publicaran obras originales del mismo género. Así, señor brigadier, la impiedad y la inmoralidad se han extendido por todo el país, gangrenándolo hasta la medula de los huesos.» Al llegar aquí se detuvo, bebió un vaso de vino y chupó bien el puro.

«En tiempo de Fernando VII, prosiguió, todos los españoles iban á misa los domingos y fiestas de guardar; ni uno dejaba de comulgar al menos una vez al año, y la mayor parte todos los meses; en cuaresma no faltaban á los sermones, en las grandes solemnidades concurrían á la iglesia; y cuando un eclesiástico pasaba por la calle, ¡qué respeto en todos los transeuntes! ¡qué reverencia! ¡qué veneracion! y cuando visitaba alguna familia ¡con qué fiestas no era recibido por marido y mujer! ¡con qué cariño y orgullo no le arrimaban una silla para que se sentase, y le ofrecían refrescos, chocolate ó lo que quisiese, honrándose de que aquel ministro de Dios aceptase su modesto y cariñoso ofrecimiento! ¡y qué confian-



no tenían en él con respecto á sus hijas, y el marido con respecto á su mujer, dejándolo solo con ellas, cuando había de instruir las y prepararlas para las comuniones generales, los jubileos, y los retiros y otras importantísimas funciones! V. no se acordará de esto, brigadier, porque V. no es de aquel tiempo; pero yo lo he visto, yo lo he tocado, pues aunque fuese muchacho ya tenía á Dios gracias, bastante conocimiento." Volvió el cura á chupar el cigarro, y se puso otro vaso de vino que se bebió de un golpe.

Por mi parte yo sin dejar de beber y fumar muy campechanamente, le indicaba con la cabeza que tenía razón. Serafina callaba, nos miraba, y á veces se sonreía. El prosiguió: «Pero recuerde V., señor brigadier, lo que pasaba en tiempo de D.<sup>a</sup> Isabel, y verá que la religion estaba ya perdida. Millones de españoles no iban nunca á misa, ni á confesar y comulgar una sola vez al año; vuíanse las iglesias vacías, y solo era posible atraer á los fieles haciendo grandes luminarias, cantando á toda orquesta música de los primeros maestros del mundo, y buscando oradores á la moda. Casi todas las familias cerraban las puertas á los eclesiásticos; y las que recibían á alguno, lo trataban con una ceremonia, con una reserva y frialdad, que queria decir: se acabó aquello de antaño; ya no hay chocolate, ya no hay refrescos, ya no hay confianzas, ya no hay tertulias en las casas particulares, ni bromitas con la mamá, ni chistes con las niñas. Sí, señor brigadier, sí, á esto llegamos en tiempo de la reina destronada."

«Y recuerde V. lo que sucedía cuando un cura pasaba por la calle: nadie le miraba, ni hacia caso, y parecía que pasase, no un ministro de Dios, sino una cosa. Si alguno se fijaba en él era para burlarse de su teja y motejarlo groseramente. Y luego aquel hablar mal del clero en todas partes, aquel criticar su persona y costumbres, aquel murmurar de si era mas ó menos gordo, de si tenía los colores pálidos ó encendidos, de si su ama era de este ó del otro modo."

«¿Y no ha sido aun peor durante esta maldita revolución? La masonería, el protestantismo y el espiritismo han entrado en nuestro católico país, y hecho estragos horrendos. No hay ciudad ni villa donde no existan logias de masones, templos y escuelas protestantes y círculos espiritistas. Se ha establecido el infame matrimo-

nio civil; y en poco ha estado como no viene en pos la secularizacion de los Cementerios. Las teorías mas atrevidas contra la Iglesia se imprimen todos los dias, y circulan libremente; en las mismas Córtes se ha atacado horrososamente al Catolicismo y á la Virgen Santísima; la inmoralidad se ha desbordado; y los sacerdotes nos hemos visto obligados á vestir de paisano ó emigrar para no ser víctimas del populacho, de los masones, de los protestantes y de los espiritistas.”

«¡Qué horror! ¡qué vergüenza! ¡En nuestra católica España verse esto! ¡en la tierra clásica de la Inquisición ese desbordamiento de ateísmo! Despues la gente se quejará de que venga el cólera y la fiebre amarilla; de que nos azote el odium y la langosta; de que las cosechas se pierdan; de que la industria tenga crisis; de que los contribuyentes no puedan pagar las contribuciones; de que el fisco secuestre y venda los bienes de los atrasados; de que el rico haya de quebrar y el pobre de morir de hambre... ¿Pues no ven que son castigos de Dios? ¿no saben que el cielo se venga así? ¿no conocen que esto es la espada del Angel Exterminador?..

«Pero bebamos señor brigadier, bebamos un poco y consolémonos, repuso tomando la botella; porque le aseguro á V. que cuando considero lo que fuimos y lo que somos, lo que pudimos, y lo que podemos, quedo abrumado de dolor y medio loco de ira. Por esto conozco que no hay mas remedio que D. Carlos. El y solo él nos ha de salvar á todos; él y solo él podrá acabar con los inicuos, librando á la Religion del peligro que la amenaza. Beba usted, añadió, llenándome el vaso. Ese priorato es magnífico, y tiene un saborcillo picante y fresco que recrea la garganta y deleita el estómago.”—«Es muy cierto, dije.”—«Sobrino, añadió dirigiéndose á la jóven. Bebe un poco más. Toma estos dos deditos, que te harán mucho bien; porque hoy has cenado más fuerte que los otros dias.” Serafina se sonrió, tomó en silencio el vaso y bebió la mitad de lo que contenia. El párroco continuó: «Le aseguro á V., señor brigadier, que en materia de vinos Cataluña no tiene que esconder la cara por otras provincias, ni por ninguna nacion del mundo. Una colleccion tenemos que pasma y encanta.” Enseguida vació su vaso, que estaba lleno á rebosar.

«Mucho que sí, mosen Tomás, dije yo, fumando y be-

biendo á mi sabor."—«Yo, repuso él chupando el puro, procuro estar siempre surtido de algunos, porque el mal vino impide las buenas digestiones; y esto engendra las enfermedades mas pestíferas, los tífus, las gástricas, las tercianas, las neuralgias y otras muchas. Coma V. bien, señor brigadier, y tendrá salud. Tome V. siempre carne fresca, buenas pastas, pan bien cocido, salchichon sazonado, tocino doméstico y vino exquisito, y riase V. de médicos y farmacéuticos; no tema los reumatismos, la vejez, ni los cambios de temperatura; ni se cuide de si en invierno aprieta el frio, y en verano el calor; porque todo esto son puras imaginaciones.»

Repantigueme yo en mi poltrona y chupando voluptuosamente el cigarro, eché con lentitud una bocanada de humo, y contesté: «Quisiera que el general Dorregamay estuviera ahora aquí, mosen Tomás, porque sin duda escucharia á su reverencia con un palmo de boca abierta, despues de la carestia que hemos pasado. No puede su reverencia imaginar cuanto le gustan estas cosas." El se puso todo alegre, y dejando de fumar, exclamó: «¿De veras? ¿de veras? Pues mucho siento que no haya venido con V., y que..." Pero de repente se interrumpió, cambió de fisonomia, y pareció turbarse. Notelo yo; y habiéndole mirado con cuidado, sospeché la verdad de lo que pasaba.

Es el caso que al ver el párroco que yo me habia tendido en el sillón calculó que mis pies debian tocar á los de la sobrina, y temió que de este contacto resultase algun terremoto. En efecto habia yo observado siempre que así como en todas partes los patrones seculares no hacian la menor dificultad en dejarme á mí y á otros jefes solos con sus esposas, los curas, no solo no nos dejaban solos con sus amas ó sobrinas, si eran jóvenes, sino que estando ellos delante, no nos perdian de vista. Esperé chupando mi puro, y sin darme por entendido de nada, lo que entonces haria mosen Tomás; y ví que estaba agitado, y volvía la cabeza á una y otra parte, como si no supiese que determinacion tomar. Al fin con pretexto de coger alguna cosa, estiró el brazo hacia el fondo de la mesa, y alargando por debajo de ésta el pié, tanteó con todo cuidado la situacion oculta de la sobrina y de mí, y no habiendo hallado contrabando, ni señas de él, pareció reponerse.



Pasó todo esto en un instante, de modo que el párroco pudo añadir á tiempo: «Vaya, vaya, con que el general Dorregaray gusta mucho de estas conversaciones. No lo sabia, y me alegro que me lo haya V. contado, porque si un dia pasa por ahí, á la fuerza le haré quedar en el pueblo.» Sin embargo como yo no me movia, el hombre nose tranquilizaba; y no sabiendo como rodear el peligro, resolvió cortar por lo sano. «Serafina, dijo, es tarde, y si tienes sueño, será bien que te vayas á acostar.» Sea que la chica no le comprendiese, sea que quisiese contrariarle, contestó: «Aun no lengo sueño, señor tío.»—«Poco importa, repuso él. Vale mas que te acuestes. Nosotros tambien nos levantaremos luego, porque el señor brigadier necesita descansar despues de unas jornadas tan penosas.» Entonces dijo la jóven con una sorna que demostraba cuan ladina era. «Siendo así, tío, me acostare cuando Vds. tambien se acuesten.»

El párroco quedó irritado de esta rebeldia, pero no atreviéndose á regañar á la jóven, se puso todo colorado y contrariado. Conoció yo que de este modo no acabaria aquella buena cena tan descansadamente como deseaba, y viendo que toda la inquietud del párroco dependia del estado amenazador de mis piernas, me enderezé, con toda naturalidad, bebí medio vaso de vino, y apoyando el codo derecho á la mesa, reanudé la interrumpida conversacion. «Mosen Tomás, dije; no puede imaginar su reverencia el placer que me ha hecho hablando de aquel excelente método para tener salud. Es indudable que á él debe su reverencia la fuerza y brío de que goza.

Al verme tieso, el párroco se puso mas contento que unas pascuas, y cogiendo la botella, llenó otra vez mi vaso y el suyo, puso dos dedos mas de vino en el de la sobrina, y respondió con la mayor complacencia: «¡Oh! tiene V. razon, señor brigadier, tiene V. mucha razon, y veo que es hombre que lo entiende. Pero lo que conviene tambien para gozar de excelente salud es tener una buena cocinera; porque desengañese V., los buenos comestibles se averian indefectiblemente en manos de quien no sabe aderezarlos. La buena cocinera le convierte á V. la carne en ambrosia, las pastas en dulces, las salsas en néctar, y los principios en confituras de monja; y entonces uno sabe qué es comer, qué es vivir y qué es tener salud. Nadie es mas teólogo y mas moralista que yo; en mi le-

hería vería V. todos los santos Padres, el Maestro de las Sentencias, San Anselmo, San Bernardo, Santo Tomás, los Concilios, el Lárraga, el Gaume, Nicolás, Florez, y tantos otros; porque no hay en todo el clero catalan otro sacerdote mas aficionado á abstraerse, á remontarse en alas de aquellos ángeles de la sabiduria católica, para ver los séres y esencias infinitas, contemplar á Dios, á los serafines y á los santos, y sumirse ante ellos en estática beatitud."

«Pero, añadió fumando voluptuosamente, cada cosa tiene su tiempo; y una buena cocina y una exquisita bodega son atributos necesarios é indispensables de la vida, como hombres. No estoy por lo mucho y mediano, y menos aun por lo mucho y malo. Pero tampoco soy partidario de lo poco y bueno. Yo, señor brigadier, creo, prescindiendo de cualquier otro parecer opuesto, que de lo bueno se ha de tomar mucho, y de lo excelente aun más. Cuanto mas fino y apetitoso es un plato, tantas mas ganas tengo de comerlo, y tanto mas tomo de él; cuanto mas fuerte, añejo y exquisito es un vino, tantos mas vasos bebo."

«Los buenos bocados y los excelentes tragos crian buena sangre, la buena sangre calienta dulcemente las entrañas; este dulce calor arroja los malos humores, renueva la fibra, restablece los nervios, robustece los músculos y dá jugo y pastosidad á las carnes. Bebamos pues y al mismo tiempo hablemos, señor brigadier, bebamos, y alabemos á Dios que tan misericordioso es con nosotros: hablemos de nuestro rey Carlos VII, de sus virtudes, de su grandeza, y de la era que abrirá en nuestra desgraciada España cuando llegue el día de sentarse triunfante y coronado de gloria en el trono de San Fernando". Y se bebió otro vaso.

«Mosen Tomás, dije yo; la cena de vuestra reverencia ha sido conforme á las teorías gastronómicas que acaba de exponer; y veo con satisfaccion que sigue las mismas costumbres de los frailes, quienes, según cuentan, procuraban unir, en lícito consorcio, el amor de Dios con el amor culinario. Por mi parte, añadí fumando, soy del mismo parecer, y procuro seguirlo cuanto me es posible." El párroco se puso algo sombrío. «En efecto, dijo, los frailes sabian darse buena vida; pero esto era lo único bueno que tenían, y ojalá que no vuelvan, porque

hicieron mucho daño á la Religion. El clero seglar, no está por frailes, ni conventos."

Yo me quedé estupefacto, y dejando de fumar, le miré atentamente, porque jamás había oído cosa semejante en el Norte y el Centro, aunque tampoco había tocado esta cuestion entre los curas que allí conocí. «Estoy admirado de lo que vuestra reverencia dice, exclamé; porque siendo vuestra reverencia carlista, me parecía natural que quisiese el restablecimiento de los frailes.»— «No señor, me contestó con viveza; los curas no queremos frailes, porque son un elemento de perturbacion eclesiástica. Así que hay frailes hay lucha entre ellos y nosotros. El fraile pesa sobre nosotros con toda la masa de una corporacion; mientras que nosotros no podemos luchar con él sino individualmente. A favor de la supresion de los conventos nosotros lo hemos pasado bastante bien, á pesar de haberse desamortizado nuestro patrimonio; pues como los conventos no nos hacian la competencia, todas las misas, todos los sermones, todos los legados piadosos, todas las funciones de encargo y herencias de confianza tocaban al simple sacerdote, que de este modo podia vivir bien y piadosamente del pié de altar."

«El fraile, señor brigadier, añadió, es un elemento absorbente; lo husmea todo, lo busca todo, en todo se mete, todo lo pide, siempre llora, siempre hace el necesitado; y ahora con la excusa de que han de hacerse obras en el convento, despues con el pretexto de que no hay dinero para vestir á los novicios, luego con la muletilla de que llega la fiesta del patron, y otro dia con la excusa de que no hay de qué dar sopa á los pobres, saca cuartos de aquí y de allí, y de éste y del otro, y cuando llegamos nosotros, ya está todo mas pelado y liso que un guijarro del rio. Por esto el clero secular está contra el restablecimiento de los conventos; de modo que así que don Carlos triunfe, allí será ella sobre esta cuestion, y habrá unas batallas, que ni las de Troya."

«Además ¿qué falta hacen los frailes para las necesidades espirituales? ¿qué son más que nosotros? ¿qué alcanzan, que nosotros no alcancemos? Ellos dicen misa, confiesan, dan la Eucaristía, predicán, rezan, velan difuntos, consuelan al pobre.... ¿Y nosotros no? ¿nosotros no confesamos, ni decimos misa, ni predicamos, ni rezamos? Los conventos son inútiles, existiendo nosotros,



perjudiciales, porque impiden la paz y armonía que debe haber en el sacerdocio. Pase que haya Escolapios; los cuales, por dedicarse á la enseñanza, ya tienen bastante ocupacion en casa, para molestarnos á nosotros en la legana. Pero pare V. de contar. Aunque el clero es enemigo acérrimo de la revolución, y lamenta las maldades y horrores del 35, aprobó unánimemente la supresion de los órdenes monásticos, porque fué una cosa muy justa y bien pensada. A decir la verdad, añadió llenándose el vaso de vino; esto es lo único bueno que han hecho los revolucionarios; y si todas sus obras fuesen como éstas, no seríamos nosotros carlistas." Dicho esto, bebió medio vaso de un tiron, y continuó fumando.

Yo no me acababa de recobrar de la sorpresa y esta porque aquel accidenteme habia causado; y queriendo ver hasta donde llegaba la antipatía de aquel cura por los frailes, le estreché cuanto pude. «Pues tenga vuestra reverencia la seguridad, dije, de que en entrando D. Cárlos en Madrid, hay frailes y conventos hasta en el último villorio de España. Sé lo que sobre esto se piensa en Castilla, y puedo responder de mis palabras." El párroco se cuadró. «Tambien lo sabemos nosotros, me replicó; pero llegado el caso, veremos quien tendrá mas influencia. La batalla será ruda, porque los mismos obispos en su mayor parte distan mucho de simpatizar con los conventos."—«A mí, dije yo, me es indiferente la cuestion....."—«Pues á nosotros nos interesa mucho, me interrumpió."—«.....Pero, añadí, no me cabe duda de que los frailes triunfarán."—«A fé, exclamó él irritado; que si el clero tuviera esta seguridad, no sé lo que pasaría. Los frailes son las langostas de la Iglesia, y no están ahora los tiempos para restablecerlos. El pueblo español tampoco los quiere; y la palabra fraile el mismo efecto produce en nosotros, que en el resto del país." Enseguida tomó un poco de vino, chupó el puro y añadió.

«El clero secular, basta y sobra para la católica España, y no hay necesidad de PP. calzados, ni de PP. descalzos, de carmelitas, ni de capuchinos, ni de mínimos, ni de franciscanos, con toda aquella caterva de legos y profesos. Nunca ha sido mas ilustrado el clero español que desde la supresion de los conventos; ni nunca ha habido mas tranquilidad en su seno. Nosotros bastamos para

añonadar á los protestantes de España; nosotros bastamos para exterminar á los masones; nosotros bastamos para pulverizar á los espiritistas, y á todo ese hatajo de indiferentes, ateos y materialistas que andan por ahí. Dénos el gobierno los medios, y verá V. como en breve limpiamos al país de esas plagas. Esto es lo que pedimos á D. Carlos, y no frailes y conventos; por eso somos carlistas, y por esto defendemos la causa de aquí desde el púlpito y otras partes."

«En este caso, mosen Tomás, dije yo, se han equivocado Vds. de medio á medio, porque habrá frailes y será inútil resistir. Es una cosa acordada, concedida, pública y notoria.»—«Pero nosotros, repuso él, la creemos inevitable.»—«Se equivocan Vds., porque es inevitable.»—«¡Inevitable! exclamó él con emoción.»—«Completamente, contesté, desearo de ver hasta donde llegaba.»—«¿Lo sabe V. de cierto?»—«Sin la menor duda, le respondí, pues verdaderamente tenía esta seguridad.»—«¡Sin la menor duda! exclamó. ¡Sin la menor duda! Pues desde hoy mosen Tomás deja de ser carlista y manda al diablo á don Carlos y á todas sus pretensiones. Antes que los frailes prefirió la libertad de cultos, porque ésta no ha causado mas que á mi amor propio, al paso que los conventos son la ruina del clero secular. La libertad de cultos nada nos quitará á nosotros; porque solo se aprovecharán de ella los que ya no eran católicos; al paso que los frailes nos arruinarán, nos empobrecerán y sumirán en lá miseria. Aunque haya protestantes, nosotros floreceremos; pero si llegan los frailes no hay esperanza para nosotros.» Dicho esto, se levantó turbadamente, y saludándome con frialdad, se llevó la sobrina, y me dejó plantado en la mesa.

## INDICE.

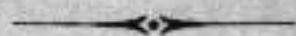
	Pag.
PRÓLOGO. D. Quijote de la Mancha y D. Cárlos de Borbon.	3
CARTA I.—El Carlismo.	9
CARTA II.—De Cuba á Estella.	16
CARTA III.—El entusiasmo del Norte.	23
CARTA IV.—Primera conversacion con don Cárlos.	31
CARTA V.—Observaciones políticas y militares.	37
CARTA VI.—Chismes é intrigas.	43
CARTA VII.—La vida de D. Cárlos.	50
CARTA VIII.—Una comedia y un drama.	58
CARTA IX.—Los combates de Bilbao y Monte Muru.	71
CARTA X.—Episodios de guerra.	79
CARTA XI.—Murmuraciones y criticas.	88
CARTA XII.—Descontento de los paisanos, del clero y del ejército.	95
CARTA XIII.—El obispo de Urgel.	102
CARTA XIV.—Viaje por Cataluña.	110
CARTA XV.—El espíritu del país.	118
CARTA XVI.—Don Alfonso y D. <sup>a</sup> María de las Nieves.	126
CARTA XVII.—Secretos de familia.	133
CARTA XVIII.—El general Lizárraga.	139
CARTA XIX.—Escenas carlistas.	146
CARTA XX.—Disposiciones administrativas y milita- res.	154
CARTA XXI.—El padre Bonifacio.	161
CARTA XXII.—La autonomia de Aragon.	170
CARTA XXIII.—Noticias del Norte.	176
CARTA XXIV.—Fisiologia del cabecilla.	184
CARTA XXV.—Dificultades del cabecillage.	190
CARTA XXVI.—El abogado demócrata.	197
CARTA XXVII.—Los fueros y los carlistas.	204



CARTA XXVIII.—Las comedias de la marcha. . . . .	211
CARTA XXIX.—Dios Patria y Rey. . . . .	219
CARTA XXX.—La sorpresa de Daroca. . . . .	226
CARTA XXXI.—Don Pascual Gamundi.. . . .	234
CARTA XXXII.—Un escándalo clerical. . . . .	242
CARTA XXXIII.—Cosas del Centro. . . . .	249
CARTA XXXIV.—El catolicismo y la democracia. . . . .	256
CARTA XXXV.—Continuacion del mismo asunto. . . . .	263
CARTA XXXVI.—El perfil de Dorregaray. . . . .	270
CARTA XXXVII.—Dorregaray pintado por sí mismo. . . . .	277
CARTA XXXVIII.—La retirada. . . . .	284
CARTA XXXIX.—Entrada en Cataluña. . . . .	291
CARTA XL.—Lágrimas y risas. . . . .	297
CARTA XLI.—Don Juan Castells.. . . .	305
CARTA XLII.—Conversacion con un Cura párroco.. . . .	313

FIN DEL TOMO PRIMERO.

# EL REY DE LOS CARLISTAS.



Revelaciones del General Boet

SOBRE LA GUERRA CIVIL Y LA EMIGRACION.

CARTAS ESCRITAS

A EL DILUVIO DE BARCELONA

POR

LUIS CARRERAS.

2.<sup>a</sup> Edicion, corregida y aumentada.

-----  
TOMO SEGUNDO.  
-----

**BARCELONA:**  
LIBRERIA DE  
GASPAR Y HOMDEDEU,  
*Dagueria, 2.*

**MADRID:**  
LIBRERIA DE  
LEOCADIO LOPEZ.  
*Cármén, 3.*

1880.

EL REY DE LOS CARLISTAS

Revelaciones del General Boel

DE LA GUERRA CIVIL Y LA EMIGRACION

LETTERAS ESCRITAS

A EL DUQUE DE BARRIBONA

LUIS CAHARRAS

Editor: ...

1840

...  
...  
...  
...

...  
...  
...  
...

1840



XLIII.

**Aspecto político de la alta montaña.**

*Milan 29 de Agosto.*

Como yo no imaginaba que las cosas llegasen á aquel extremo, quedé asombrado de la impresion del párroco; y no pude menos de hacer las reflexiones mas tristes sobre ello. «Hé aqui un hecho, pensé, que tambien revela la debilidad del carlismo; porque hasta nuestro mismo elemento religioso está dividido profundamente. ¿Quién me habia de decir que el clero secular estimase tan poco al regular?... Pues á fé, que si las opiniones de mosen Tomás son generales entre la gente de su clase, es necesario reconocer que los curas, al hacerse carlistas, se suicidan; porque imaginar que el triunfo de D. Carlos no ha de traer el restablecimiento de los conventos, es una de las mayores tonterías. Aunque al Pretendiente tanto le importan los frailes como los curas, tiene en esta parte compromisos, que por la misma razon que le son indiferentes, cumplirá en seguida, y literalmente. ¿Pero es general la opinion de mosen Tomás? Lo ignoro; y desde hoy estaré advertido, y lo indagaré.»

Al dia siguiente continuamos la marcha á primera hora; y en dos jornadas penetramos en la parte oeste de la provincia de Gerona, que tenia una perspectiva muy diferente de la que acabamos de dejar. No puede darse un país mas pintoresco, mas alegre y animado. Aunque fuese montañoso, parecia iluminado por una sonrisa divina. El cielo era bonito, las tierras, así de las llanuras como las montañas, cultivadas y coloradas, y las carreteras excelentes; los hombres y las mujeres parecian sanos, y vestian casi del mismo modo que los de la provincia de Lérida; mucha gente trabajaba en los campos;

habia numerosas masías en todas partes; hallábanse muchas aldeas, y los pueblos estaban llenos de fábricas. A la vista de un país tan pintoresco y simpático, mis tropas parecieron respirar; y recobraron toda su alegría y buen humor como si hubiesen entrado en la tierra de promision.

Envié enseguida un oficio á Saballs, pidiéndole una entrevista, y fui acercándome á los sitios donde solia estar. En estas jornadas hablé con gente de todos los matices políticos; y no dejé de admirarme de las pocas simpatías que habia por nosotros, y del espíritu critico que se observaba en los mismos carlistas pacíficos. Como siempre ha tenido V. curiosidad por noticias de este género, le resumiré algunas de las conversaciones que tuve con diferentes clases de gente. «Vamos, Teclita, díje á una muchacha casadera de un alojamiento mio; diga usted la verdad, ¿quiénes le gustan á V. mas los carlistas, ó los liberales?» Ella se hacia la vergonzosa, y solo cuando la apreté, y tranquilicé mucho, se decidió á declararlo. «Si es inútil, le decía yo, que lo oculte V., porque en su mismo silencio, veo que prefiere á los liberales. ¿Pero lo que yo quisiera saber es el por qué de esa preferencia?»

«¿Quiere V. que le diga la verdad? exclamó ella. Pues los prefiero, porque si ellos ganan, no mandarán los curas; y las muchachas podremos ir á bailar los días de fiesta, sin que el párroco nos lo impida. Los curas quisieran que pasásemos el domingo en la iglesia, orando y cantando, ó en casa rezando, como monjas y friles; y como la juventud no quiere, hacen todo lo posible para impedir los bailes, y ya dicen que los prohibiran cuando D. Carlos gane. Nosotras conocemos que los cristianos tambien debemos ir á la iglesia; pero la ley de Dios no nos priva de divertirnos honestamente; y queremos bailar, aunque el señor cura regañe. Vea V. dias pasados nos dijo en el púlpito que la muchacha que bailase seria condenada; y á pesar de esto, todas fuimos á bailar el mismo dia, porque conocimos que eran exageraciones suyas para hacernos miedo.

«Nosotras no creemos, añadió, que Dios se ofenda de que las chicas bailemos, porque no hacemos nada contra la honestidad, como lo ven nuestras propias madres que están allí delante de nosotras; y así diga lo que quie-

ra el párroco, bailaremos, mientras haya bailes en el pueblo; y cuando no los haya, iremos á bailar en los pueblos cercanos, donde se permitan, aunque hayamos de hacer el camino á pié. Pero como los curas dicen que esto se acabará así que D. Carlos llegue á Madrid, preferimos á los liberales; y todas las niñas del lugar, menos las beatas y el ama del cura, todas decimos ¡viva la libertad!

En mi interior me reí de los motivos de aquella jóven para ser liberala, bien que no sin reconocer que tenía razon, pues aquellas exageraciones teocráticas eran capaces de enagenar las simpatías de la juventud por la causa mas justa del mundo, que el clero apoyase. «¿Pero está V. bien segura, Teclita, de que si los liberales ganan, podrá V. bailar? le dije.»—«Oh! sí, señor! me contestó. Porque entonces mandará el alcalde en el pueblo, y cuando manda un alcalde, aunque no sea muy liberal, permite bailar á todo el mundo. Es verdad que á veces hay alcaldes que se dejan seducir por el párroco; y hasta mandando los liberales, nos prohíben algunos bailes. Pero entonces uno de los jóvenes del pueblo, de los que mejor saben escribir, hace una carta muy picante contra el alcalde y el cura, diciendo la verdad de lo que pasa, y las intrigas que ambos traman; pone allí el nombre del cura y del alcalde, para que todo el mundo lo sepa; y envía la carta á un diario liberal de Barcelona, que la publica toda, sin quitar punto ni coma.»

«El diario llega al pueblo con la carta, y allí es ella. Todos la leemos, porque el diario va de casa en casa, como una reliquia; el alcalde se entera, y se pone colorado, como un tomate, de ver que en Barcelona se han enterado de sus injusticias, y que todo el mundo sabe su nombre y lo que hace en el pueblo; su mujer lo reprende de que comprometa de este modo á la familia; él va á quejarse al cura, y el cura no sabe que decirle; y durante ocho días no se habla aquí sino del tirón de orejas que ambos se han llevado; y las chicas cuando vemos al alcalde lo miramos con malicia como diciendo: ya ve usted como se la hemos pegado, hasta en Barcelona saben el despotismo de V.; y él se enfada; y de este modo no vuelve á las andadas. Pero si mandasen los carlistas, no podríamos hacerlo, porque como no habria diarios liberales, vaya V. á quejarse; y el alcalde y el cura no nos dejarían nunca bailar.»



Mucha gracia me hizo la conversacion de Tecla; pero tambien me sorprendió, enseñándome cuantas futilidades habia de tener presentes un partido como el nuestro, para no estrellarse. Así es que habiendo durante la marcha recibido la visita de algunos carlistas importantes de aquellas tierras, les hablé de esto junto con otras cosas. «Sí, señor, me contestaron; los bailes son una de las pequeñeces que mas daño nos han hecho en Cataluña; porque como en los pueblos la juventud se abstiene desde hace tiempo de ir á la iglesia, los curas, que no ven mas que la superficie de las cosas, han imaginado que dimana de las diversiones, y hacen una cruda guerra á los bailes, asegurando que los prohibirán cuando mandemos.» —«Esto es una pura majaderia, dije yo. ¿Qué les importa á esos señores que la juventud baile? ¿ni quien les manda meterse en estos dibujos? Si á mano viene, cerrarán los ojos sobre cosas muy graves, y no quieren transigir con esta tontería.»

«Asimismo pasa, me dijo uno; porque ha de saber usted que por una parte tiran demasiado de la cuerda, y por otra la aflojan mas de lo que convendria. Esos mismos curas que no pueden sufrir los bailes, no dicen palabra de la conducta de nuestras tropas y de sus jefes, que por la mayor parte son prototipos de escándalo é impiedad. Los voluntarios blasfeman como carreteros; hacen por la calle los gestos mas indecentes á las mujeres que pasan; juegan como perdidos, y dicen pestes de la religion misma; y los jefes... mire V.: entre los jefes, no hay uno, uno solo, que crea en nada. Si al menos lo ocultaran. Pero hacen alarde de ello, mofándose del catolicismo y del clero, sin recatarse de nadie. ¿Ha oido V. hablar del general Auguet?» —«Bastante, contesté. Pero no le conozco.» —«Pues bien, me dijo el interlocutor, Auguet es ateo y socialista. Es verdad, añadió, que no da escándalo con sus opiniones, pregonándolas, como los otros; pero al fin, señor brigadier, ello es que no cree en Dios, ni en la sociedad; y ya ve V. si es grave que quien defienda la religion, sea de este modo de pensar.»

Acordándome yo de lo que habia visto en otros distritos, no puede ménos de decir maquinalmente: «Imposible parece...» —«Si, señor, lo parece, añadió otro carlista. Pero no lo es. Así los carlistas pacíficos de esta tierra; que al principio de la guerra hicieron tanto por la causa

ahora se van retrayendo, porque conocen que no se trata de moralidad, ni de religion, sinó de muchas malas cosas. Además, todo el mundo está escandalizado de lo que hace Suballs."—«¿Y qué hace? pregunté yo admirado."—«Cuando llega á una poblacion, manda á las músicas que toquen el *can-can*." Yo me eche á reir." ¡Imposible! exclamé."—«No señor, no, dijeron los demás. Es verdad, y cualquiera le dirá lo mismo."

Quedéme tan confuso, que no sabia qué replicar. «¡Los carlistas tocando el *can-can*! pensaba. ¡Los carlistas, defensores de la religion y de la moralidad, adoptando un baile que simboliza la indecencia y la crápula! ¡Pardiez, amigo Boet! ¡qué de cosas has aprendido, desde que regresaste á España!" Entonces añadí en alta voz: «¿Pero es posible, señores, que el clero no haya tratado de reprimir esto?"—«No lo ha hecho, me contestó uno, porque desde el principio ha visto que seria inútil; y que los carlistas antes que reprimirse, tirarían el fusil y se marcharían á casa. Yo estoy cansado de oír decir á nuestros voluntarios que si un cura les prohibiese á ellos bailar, le estrellarían la cabeza de un culatazo. Así el clero ha preferido callarse, á quedarse sin gente armada."

«Entonces, dije yo, el carlismo está aquí muy mal."—«Malísimo, señor brigadier repuso otro. Somos pocos, divididos y débiles. El elemento civil está indignado de la conducta de nuestras tropas, y de la tolerancia del clero con ellas; el clero, aunque calla, está irritado de que las tropas no cubran mejor las apariencias, y parezcan mas decentes; las tropas están cargadas de nosotros y del clero, por creer que ambos hemos malogrado sus victorias; el clero con sus exageraciones, y nosotros con nuestra frialdad; y los jefes están divididos en fracciones que no se pueden ver entre sí."

«En fin, señor brigadier, añadió otro; el mal no tiene remedio, porque es tan viejo, que nadie podría extirparlo. Si cuando D. Alfonso entró aquí hubiese querido hacer una limpia....."—«¡Hombre! le interrumpió uno. ¿No ves que D. Alfonso es un memo, un señorito de salon, que no sirve mas que para hacer cortesías, y apear con aquel aliento fétido que le sale de la boca? No sé como aun no lo conoces."—«Dígame V., me preguntó otro. Aquella señora que le acompañaba, D.<sup>a</sup> María, ó D.<sup>a</sup> Blan-

ca, no sé qué nombre verdadero tenía....” — «D.ª María de las Nieves, contesté.”

«Pues bien, prosiguió, esa mujer ¿era verdaderamente su esposa, ó aquella francesa que decían muchos?” — «Era su verdadera esposa, contesté.” — «Vea V. lo que son las cosas, dijo uno. Nosotros estuvimos siempre en duda, porque los modales y el género de vida de aquella señora no gustaba á nadie. Crea V. que D.ª María ha sido quien mas daño nos ha hecho en Cataluña; porque lo que todos decíamos: si esa señora es una princesa, ¿qué poco favor se hace andando de zeca en meca con esa gente! ¿no conoce que esto la compromete? ¿no vé que no le está bien? ¿Una señora vistiéndose de cantinera, y si no de cantinera, de un modo aproximado; y corriendo por esas montañas, entre tanta pillería y gentuza mal hablada! Crea V., señor brigadier, que toda Cataluña estaba escandalizada; y que no solo se burlaban de ella las mugeres del pueblo y las señoras liberales; sino que las mismas señoras carlistas la criticaban diciendo que se conocía que era una señora sin educacion, que se estimaba muy poco; y que mas cuenta le hubiera tenido estar-se en su casa á coser y bordar.”

«Además, dijo uno; lo que aquí tambien ha hecho muy mal efecto es que tanto ella como su marido, pero ella sobre todo, consintieran aquellos grandes fusilamientos de Ripoll y Berga, dejándo asesinar con tanta indiferencia á los infelices que habian capitulado con la vida salva. Nuestras mismas mujeres decían, señor brigadier, y á fé que son carlistas de veras, que D.ª María demostró entonces no tener entrañas de mujer, sino de hiena; y que era imposible dejar de sentir horror ó indignacion por ella, viendo cómo habia tolerado que se fusilase á tanta gente en su presencia. La mia exclamaba que la mujer que habia podido resistir esto, sin sufrir ni un desmayo, no era una princesa, ni una señora, ni una mujer, sino un mónstruo, un ser horrendo y repugnante en figura humana, digno del ódio de todas las personas, sin distincion de partidos.

«Y no le decimos á V. nada, añadió otro, de los comentarios que se hacian sobre la frescura de D. Alfonso en consentir que su mujer anduviese por estos andurriales en tan buena compañía. Lo menos que las señoras decían de él es que era un simple y un mentecato, porque



el marido que tiene dos dedos de juicio y una sombra de vergüenza no tolera estas cosas por ridículas, impropias y peligrosas. En esto, señor brigadier, también tenían razón, porque lo que es yo jamás permitiría esto á mi mujer, aunque ella quisiese.”—«Ni yo, ni yo, ni yo, añadieron los demás.

«Así es, prosiguió otro, que D. Alfonso y D.<sup>a</sup> María han dejado en Cataluña una pésima reputacion en todas las clases de la sociedad, contribuyendo mucho á debilitarnos á nosotros, y á engreir á los liberales; de modo que entre la mala influencia suya, la del clero con sus exageraciones, y las immoralidades é impiedades del ejército carlista, esto no es mas que una ruina.”

Así me hablaron en todas las partes donde aquellos días hice alto, no los liberales, sino los mismos carlistas ojalateros; pues cual se extendía por un punto, y cual por otro, concordando al fin todos en las mismas críticas y en el mismo pesimismo. Aunque al principio creí que algunos detalles serian exagerados, luego fui convenciéndome de que me engañaba, y que la inmoralidad y el desconcierto eran el distintivo de los que allí defendian á D. Carlos.

Como es de suponer, recibí también muchas visitas de eclesiásticos, los cuales eran la gente mas entusiasta que hallé; y conmovido aun por la conversacion que tuve con mosen Tomás, no me olvidé de comprobar las opiniones de éste, anunciándoles que así que venciésemos, daríamos á la Religion su antiguo lustre, restableciendo los conventos de frailes. Ni una ví que se sonriese de veras, ó se mostrara contenta. No me hablaron con la claridad del párroco leridense, quizá por no estar, como él, de sobremesa, con un puro en la boca, y una botella delante; pero se declararon terminantemente contrarios á aquel proyecto.

«Los frailes, señor brigadier, me decian, no son tan necesarios, ni tan convenientes como algunos creen, porque no es clero lo que falta en España, para domar á la impiedad, sino leyes que lo ayuden. Los señores obispos tampoco son partidarios del restablecimiento de los conventos. El fraile, vé V., es eclesiástico de poco tacto, porque como vive lejos de la sociedad, y encerrado en su celda, no conoce el mundo como nosotros, que por vivir en medio de los fieles, sabemos como debe tratarseles. Los frailes son siempre despóticos; y crea V. que

han contribuido mucho al descrédito de la Religión. Además, señor brigadier, los españoles, aunque sin razón, desconfían del fraile; y nos hará mucho daño excitar su descontento, permitiendo las comunidades de religiosos. Sin que se sepa porque la sola idea de ver frailes revienta en España á todo el mundo.”—«Pues, señores míos, decía yo, tengan la seguridad vuestras reverencias de que son inevitables.” Entonces decían todos. «Si vienen, no habrá mas remedio que aceptarlos. Pero es una cosa que disgustará muchísimo al clero desde los obispos hasta los sacerdotes.

#### XLIV.

### El cabecilla Saballs.

*Milan 1.º de Setiembre.*

En esto supe que Saballs me esperaba en San Quirse de Besora, y me dirigí á buscarlo con mis fuerzas. Gamundi, que le conocía de muchos años, y era amigo suyo, tenía mucha impaciencia de verlo. «¡Canario! He de echar unos párrafos con él, decía, que se nos pasará el día charlando. Ya quisiera verlo, para darle el gran abrazo del siglo. Al fin, uno es de Maella, y los maellanos somos amigos hasta el cementerio.”

Llegamos á San Quirse, y hallamos á Saballs, acompañado de sus mozos de la Escuadra, que nos recibió muy bien. Aunque la fotografía haya popularizado su figura, es necesario verlo para conocerlo bien. Es un hombre de buena estatura, delgado y con un bigote un poco rubio, viste de teniente general con mucho lujo, y va lleno de alhajas y dijes. A pesar del valor de su traje, tenía todo el aspecto de un tejedor catalán del año 50, disfrazado de general carlista. Al verlo tan prendido, Gamundi quedó parado. «¡Canario, canario! exclamó. Amigo Peco, estás hecho un verdadero *pachiguami*. ¡Qué levita! ¡qué pantalones! ¡qué reló! ¡qué leontina! ¿y los entorchados? ¿De dónde demonios has robado todo esto, tu nante? ¡Ah, vive Dios! Yo creía encontrar un buldog y

han contribuido mucho al descrédito de la Religión. Además, señor brigadier, los españoles, aunque sin razón, desconfían del fraile; y nos hará mucho daño excitar su descontento, permitiendo las comunidades de religiosos. Sin que se sepa porque la sola idea de ver frailes revienta en España á todo el mundo.”—«Pues, señores míos, decía yo, tengan la seguridad vuestras reverencias de que son inevitables.” Entonces decían todos. «Si vienen, no habrá mas remedio que aceptarlos. Pero es una cosa que disgustará muchísimo al clero desde los obispos hasta los sacerdotes.

#### XLIV.

### El cabecilla Saballs.

*Milan 1.º de Setiembre.*

En esto supe que Saballs me esperaba en San Quirse de Besora, y me dirigí á buscarlo con mis fuerzas. Gamundi, que le conocía de muchos años, y era amigo suyo, tenía mucha impaciencia de verlo. «¡Canario! He de echar unos párrafos con él, decía, que se nos pasará el día charlando. Ya quisiera verlo, para darle el gran abrazo del siglo. Al fin, uno es de Maella, y los maellanos somos amigos hasta el cementerio.”

Llegamos á San Quirse, y hallamos á Saballs, acompañado de sus mozos de la Escuadra, que nos recibió muy bien. Aunque la fotografía haya popularizado su figura, es necesario verlo para conocerlo bien. Es un hombre de buena estatura, delgado y con un bigote un poco rubio, viste de teniente general con mucho lujo, y va lleno de alhajas y dijes. A pesar del valor de su traje, tenía todo el aspecto de un tejedor catalán del año 50, disfrazado de general carlista. Al verlo tan prendido, Gamundi quedó parado. «¡Canario, canario! exclamó. Amigo Peco, estás hecho un verdadero *pachiguami*. ¡Qué levita! ¡qué pantalones! ¡qué reló! ¡qué leontina! ¿y los entorchados? ¿De dónde demonios has robado todo esto, tu nante? ¡Ah, vive Dios! Yo creía encontrar un buldog y



me encuentre un *pachiguani* de la corte de Estella. ¡Jesus! ¡Y cuanto habrás robado para comprarte todo lo que llevas! Si ya digo yo que no hay gente honrada, sino en Maella.”

Saballs se sonreía. «¡Ah, Pascualito, Pascualito! dijo. Que malo eres! ¡qué pícaro te has vuelto! Pero vamos, dime cómo te va por estas tierras.” «Como á un cura en los infiernos, contestó. Pero déjame hablarte mas de tu transformación. ¡Caramba! ¡y qué nuevo, y reluciente y sano estás! vames hombre que por fuerza has de haber robado mucho. Ahora comprendo porque todo el mundo dice mal de ti en Cataluña. Si no habrás dejado á nadie con pellejo para ponerte los huesos en buen lugar. ¡Ah, tunante *pachiguani*! Ya veo que lo entiendes, y que no tienes pelo de tonto. ¿Y tu mujer y tus hijos?”—«Bien, Pascualito, bien, contestó Saballs; ¿y la tuya?”—«Allá irá en sus baños, dijo Gamundi. Pero la tuya lo pasará bien ahora; porque habiendo tu pensado en el tiempo presente, supongo que no te olvidaste del futuro, y que habrás enviado á Francia lo que los catalanes llaman una *wanzana para la sed*. ¡Pícaro *pachiguani*! ¿Quién demonios me lo habia de decir? ¡Si ya digo yo que fuera de la gente de Maella no hay cosa buena en España!”

Aunque Saballs aparentase tomarlo á broma, y viese que yo me sonreía, conociase que no le gustaba mucho el lenguaje del terrible Gamundi, y así procuré cortarlo, haciendo á este una recomendacion que le obligó á dejarnos solos. Entonces dije á Saballs: «Gamundi es un excelente amigo á la aragonesa; tan francote y bueno, que parece un pedazo de pan. Siempre le tiene uno de buen humor, y bromeando...”—«¿A quién se lo cuenta usted? replicó Saballs. Si lo conozco de muchos años. Es hombre de buen corazon, y no hay medio de enfadarse con él.” Entonces me condujo á su alojamiento, en casa de un sastre de Vich que se habia establecido en San Quirce para hacer uniformes de mozos de la Escuadra, y entramos en un aposento donde quedamos solos.

Viendo yo que no se habia incomodado de las bromas de Gamundi, entablé la cuestion del ejército del Centro, para interesarle en seguida en favor nuestro, y moverle á dar á las fuerzas carlistas una nueva y eficaz direccion. A este efecto le hablé de nuestra entrevista con Castellá, callándole las maledicencias de este; le expuse

los encargos que me habia hecho Dorregaray, y le pedi que nos utilizara por el bien de la causa. «Ahora ya nos conoce V. á todos de piés á cabeza, concluí. Mándenos usted, y tendremos sumo placer en servirlo. Nuestra causa se halla en gran apuro; la Seo peligra; y si cae, será muy difícil sostenerse aquí. Conviene, pues, que concurrámos juntos á salvar la situacion.» Dicho esto, esperé la respuesta de Saballs.

Quedó este todo caviloso y embarazado, y desques de pensar un momento, me contestó: «Han hecho Vds. bien viniendo acá, porque yo haré cuanto me sea posible en obsequio suyo. El país aun dá de sí alguna cosa, y se podrá aprovechar. Yo ví el año pasado al general Dorregaray en Olot, y ambos hablamos mucho de las cosas de Cataluña. No sé lo que podrá hacer Castells en la provincia de Lérida, porque se deja sorprender tanto, que siempre ha de correr y huir. Por aquí nosotros vamos tirando. Hagan Vds. lo mismo. Saquen lo que puedan de los pueblos, y que Dios nos ayude. Ahora iremos á comer. Usted comerá conmigo; y verá que buen vino tenemos. ¿Le gusta á V. la tierra?»—«Mucho, contesté.»—«No es mala, repuso él. Con que, vamos á comer.» Y se levantó.

Estaba yo estupefacto de ver que no me contestase á lo que le habia hablado, y como no sabia que pensar de su silencio, quedé confuso y perplejo. Acompañéle á la mesa, á la cual nos sentamos con su hijo y dos ó tres oficialitos, y durante la comida no se habló sinó de cosas indiferentes. «¿Qué tal ha hallado V. á las chicas del país?» me preguntó. «Preciosas, mi general, contesté. ¡Qué gallardos cuerpos, y qué hermosos rostros se ven!»—«Mucho que sí, dijo Saballs. Pero son bastante urañas, y no se puede hacer con ellas toda la carrera que uno quisiera.» Al acabarse la comida, Saballs se levantó y me llevó á un rincon del aposento, y mientras su hijo y los oficialitos se entretenian juntos, él se sentó conmigo, me dió un puro, encendimos, y tomó la palabra en voz baja. Esta actitud misteriosa me llenó á mí de júbilo. «Ahora va á darme la contestacion de lo que le he indicado, pensé. Ha querido meditarla; y me alegro, porque esto prueba que le han hecho efecto mis palabras.»

Entonces Saballs acercándoseme al oido, me dijo muy quedo: «Brigadier, ¿baila V.?»—«¿Qué? exclamé estupefacto.

to, y temeroso de haber oído mal."—«Le preguntaba, repuso él, si baila V." Imaginé que lo decía en sentido metafórico, y así le contesté con ironía: «General, como los liberales me han hecho bailar un poco, y yo otro tanto á ellos, puede decirse que sé bailar, y hacer bailar á vez."—«No le pregunto á V. esto, me dijo, sino si literalmente baila V." Yo quedé asombrado. «Nó, señor, contesté. Ahora me dedico á hacer la guerra."—«Una cosa no quita la otra, repuso él, y yo bailo mucho y bien, aunque sea alabarme. No puede V. imaginar cuánto me gusta el baile. Para mí no hay propiamente en el mundo diversion igual. No sé si es, que aunque tengo algunos años, como soy delgado y ágil, salto y brinco como un jovencito; pero sea lo que fuere, ello es que, sin ánimo de darme mas de lo que merezco, bailo tan primorosamente, que nadie me iguala en todo mi ejército, ni en toda esta tierra, y muchas señoras me han dicho que ni en Barcelona habian visto un bailarín de mi habilidad."

«No crea V. que lo diga para elabarme, añadió. Nada de esto brigadier, no soy fanfarrón. Es que digo la verdad, porque he procurado saber bailar, y lo hago al pelo. Si me viera V., quedaria pasmado. Los rigodones, el schotisch, la polka, el galop, la mazurka el wals, todo, todo lo bailo con la mas extremada perfeccion. Le digo á V., que es cosa de pararse á contemplarme en un baile, porque no me pierdo por desaliño, ni por pesado, y bailo como un serafín."

Quedé yo tan aturdido, que no sabia ni contestarle ni pensar algo. En aquel momento entró Gamundi. «Ola, *pachiguani!* exclamó. ¿Que estás ahí hablando?"—«¿Ya has comido, Pascualito? dijo Saballs."—«Sí, hombre, contestó el otro; aunque no me hayas convidado, no ha faltado quien me diese lo menester. ¡Canario! desde que te has vuelto un *pachiguani!* me tienes miedo." Sentóse junto á nosotros, y añadió: «Pues vamos á ver, ¿de qué hablabais con el brigadier?"—«Le estaba explicando, dijo Saballs, cómo sé bailar de un modo perfecto; en términos que soy la admiracion de los que me ven."—«¡Ah, *pachiguani!* exclamó Gamundi, donde yo te quiero ver bailar es en la Seo de Urgel contra Jovellar y Martinez Campos."

Saballs no se fijó en esto, y repuso: «Pero tu no puedes negar que bailo bien. Pues dilo al brigadier, dilo, para



que me crea."—«No, mi general, contesté; si lo creo, bástame que V. lo diga."—«En efecto, puede V. creer que no exagero. ¿Eh, Pascualito?"—«Merecerías azotes, exclamó éste. ¿A quién se le ocurre ocuparse ahora de esas majaderías? Yo soy de aquellos que cuando vén á una real hembra todavía relinchán briosamente; y sin embargo no piensó sino en la guerra. Haz tú otro tanto, grandísimo *pachiguani* de todos los demonios."—«¿Qué malo eres, Pascualito! repuso Saballs. Pero vamos un poco á paseo y á tomar café." Dicho esto se levantó, y salió con nosotros; dimos una vuelta por la villa hablando de cualquier cosa; entramos en un café á beber, y despues de pasar juntos un buen rato, nos separamos dandonos cita para la noche.

Estaba yo tan estupefacto, que no acababa de comprender lo que me pasaba, y me perdía en conjeturas, sobre si lo que habia hecho Saballs era disimulo para no comprometerse conmigo, ó carácter natural. No sabiendo á que atenerme, y cansado de cavilar, aproveché la ocasion de verme solo con Gamundi, para preguntárselo á éste. «Sáqueme V. de dudas, exclamé, porque aquel hombre me ha confundido y mareado." Gamundi me contestó enseguida: «Canario, Boet! Saballs es tal cual lo ha visto V., ni más, ni menos; porque ni es capaz de astucia, ni de inteligencia. ¿Se figuraba V. que era como los de Maella? No, señor, es un buen diablo, que ha tenido mas suerte que yo, porque es teniente general, cuando yo no soy más que brigadier; aunque tanto da, porque de poco nos aprovechará á ambos. Veo, añadió, que no sacaremos nada de él, y que nos quedaremos con el rabo entre piernas, porque está hecho un *pachiguani*, y no piensa sino en bailar. Si siempre dije yo que la culpa de todo la tenia el *pachiguani* de los *pachiguani*, aquel perillán de Estella, aquel buena pieza que dice que tengo facha de cochero. ¡Ah! si uno no fuese de Maella, qué puntapié hubiera ya dado á todo!"—«Pues señor, dije para mí, si este es Saballs, nos hemos lucido, y confieso que Castells tenia razon en echarle por puertas. ¡Buenos estamos todos! ¿Pero dónde he visto yo un tipo mas raro que este? ¡Demonio de hombre con su mania de bailar y de bailar bien!"

A pesar de esto, nos quedamos en compañía de Saballs, quien nos trataba muy bien, y luego se nos llevó consigo

á Ripoll, donde llegamos en breve tiempo. Acompañábanle sus mozos de la Escuadra, todos vestidos de nuevo con gran lujo y primor. Marchaba él detrás de la música; y á poco trecho seguíamos Gamundi y yo, todos mustios y mal humorados. Al llegar á Ripoll, la música rompió, y con gran asombro mio, tocó uno de los mas desenfrenados *can-cans*. Gamundi se mordió los labios para no soltar una carcajada, y me miró como diciéndome ¡pásmese usted, hombre! La gente salía á ver la entrada del capitán general; llegaban muchos alegres curas con sendas y grandes tejas; acudían un gran número de chiquillos; y Saballs desfilaba con la mayor prosopeya por entre ellos, que locos de entusiasmo gritaban ¡viva Saballs! ¡viva don Carlos! ¡viva la religion! mientras la música seguía *can-caneando* á mas y mejor, con un brío que hubiera arrastrado á todos los estudiantes y grisetas de París. Aunque los carlistas ojalateros me hubiesen ya prevenido sobre esto, me parecía imposible que fuese. «Si no que lo veo, no lo creería, decía para mí.»—«¡Canario, Boet! exclamó Gamundi. ¿Sabe V. que todo esto es muy estafalario? Ese Saballs es un *pachiguani* sin igual.

Llegamos por fin á la plaza principal, hicimos alto, y cada cual fué á buscar sus alojamientos. Pero preocupado yo por lo que acababa de suceder, estaba deseando ver otra vez á Saballs para informarme del motivo de tan estrañas cosas. Así es que apenas le pude hablar desahogadamente, le pregunte, haciéndome el distraído y el ignorante, qué marcha era la que había tocado la música al entrar. «No es ninguna marcha, me contestó, sino ese baile que llaman el *can-can*. ¡Ah! añadió; el *can-can*, brigadier, tambien lo bailo yo como un francés. Mas de media docena de franceses he visto en Francia que se me comían con los ojos, mientras lo bailaba. Si ya le he dicho á usted que pocos me igualan en la agilidad y perfección con que bailo. Ve V. que como uno es delgado, aunque ya tenga algun año de sobras, nó muchos, nó; resulta, digo, que conserva la ligereza, y tiene las piernas como á veinte años. En fin, brigadier, ya me verá V. bailar; y me dirá si exagero. Tengo la seguridad de que reconocerá V. que soy uno de los mas hábiles bailadores.»

«Lo creo, contesté. Sin embargo, no comprendo por qué hace V. tocar un baile que disgusta tanto al clero. A

mime parece que esto debe hacerle á V. mucho daño.”—  
 «¡Cá, hombre! me contestó. Es todo lo contrario. Si lo hago  
 por política... Es un plan que cuando fui al Norte, propuse  
 á D. Carlos, mereciendo que éste lo aprobase con entu-  
 siasmo.” Yo me perdía en conjeturas sobre lo que este  
 plan debia ser. Pero Saballs me sacó de dudas ensegui-  
 da. «Ha de saber V., me dijo, que los curas nos han en-  
 genado las simpatías de la juventud, empeñándose en  
 convertirla á la fuerza en mogigata; y con este objeto  
 persiguen á muerte los bailes, por aquello que decia me-  
 sen Claret; *¡oh joven, que vas bailando,—al infierno vas sal-  
 tando!* como si la juventud de hoy se ocupase de estas  
 cosas del infierno, ni creyera en ellas. El hecho es que  
 de resultas se ha levantado contra nosotros una antipatía  
 tan grade entre la juventud, que nos ha hecho un daño  
 incalculable. El ódio de los curas contra las *balladas* (los  
 bailes) nos ha sido funesto.”

«Así lo he oido decir, repuse; y no deja de ser singular,  
 porque en ninguna parte de España se ha visto cosa  
 igual.”—«Pues aquí sí, repuso Saballs; porque las chicas  
 de los pueblos son tan aficionadas á bailar, y los pár-  
 rocos ódian tanto el baile y todo lo que es diversion pro-  
 fana, lo mismo esta que otra; que mas de una vez estos  
 se han servido de la presencia de uno ú otro jefe nuestro,  
 ó del mando de algun alcalde bestia, para prohibir que se  
 bailara, lo cual ha liberalizado á las muchachas; y como  
 éstas tienen tanta influencia en sus madres y en los jó-  
 venes, han formado una opinion general contra nosotros,  
 haciéndonos odiar y detestar. Ya vé V. si los curas hacen  
 daño á nuestro partido. Hay quien cree que nos dan vida  
 siendo así que son el elemento mas pestífero que tenemos.  
 Nos ha hecho el clero tanto mal, tanto, tanto, que qui-  
 zás no exagero diciéndole á V. que ellos tienen la culpa  
 de que no hayamos entrado en Madrid.”

«Nosotros, añadió, estamos ya cargados de ellos hasta la  
 pared de enfrente, porque los generales y jefes de este ejér-  
 cito, cual mas, cual menos, no cree en nada de todas las  
 cosas que el clero enseña; somos gente despreocupada, ex-  
 perimentada y corrida, que le hemos ya perdido el mie-  
 do al diablo y al fuego del infierno; y desde el *es-  
 tudiant murri* de Miret, ese dandy presumido que, des-  
 pues de colgar los hábitos de la higuera, se ha venido  
 aquí á hacer el pollo y el guerrero, hasta Auguet que es



un hombre que vale mucho, no somos mas que un atajo de incrédulos y enemigos de las sotanas. Auguet ni siquiera cree en Dios.”

«Así, pues, ninguno de nosotros puede sufrir á esta gente; y yo soy el primero en mofarme de ella y cantar-le las verdades mas amargas. Ello no parece sino que esos señores curas nos han tomado por memos y doctrinos. Pues bonita es la gente del bronce que llevamos para andarse con rezos y puñetazos en el pecho. Lo mismo ha pasado con aquella majadería de hacernos llevar eso que llaman corazones de Jesus. ¿Ha visto V. nada mas tonto y animal que un hombre muerto de un balazo y con una reliquia en el pecho que dice: *detente, bala, que el Corazon de Jesus me acompaña?* Pues son los curas quien ha inventado esa mogiganga. Si le digo á V. que nos han matado, haciéndonos odiosos y cubriéndonos de ridiculo ante toda España. ¿Cómo hemos de ir á Madrid si hasta los perros de las calles nos ladran al vernos con esta animalada del *Corazon de Jesus?* Yo he hecho mucha propaganda en las filas contra esto; otros me han imitado, y ya vamos logrando que los mismos voluntarios se arranquen aquella baratija y la tiren con mofas y escarnios.”

«Pero todavía no me ha explicado V., dije, por qué manda tocar el *can-can*.”—«A esto voy repuso Saballs. Como sabe V. que toda reaccion acarrea una revolucion, en Estella propuse á D. Carlos el remedio de la mala política del clero; que era fometar bailes y hasta consentir el *can-can* para desvanecer las aprensiones clericales del país; y como el rey lo aprobó como una gran idea, desde que volví sigo esta política; y no bien entro en una poblacion, mando á los músicos que *cancansen* del modo mas infernal; y así que hay una fiesta mayor, corremos a ella, y no solo permitimos los bailes, sino que nosotros mismos bailamos como alegres diablos. De este modo he logrado contener un poco el daño que nos hacian las exageraciones del clero; y si este no dijese en voz baja que lo hacemos para en gañar á los tontos, y que cuando mandemos se prohibirá bailar... vea V. qué amor propio tienen esos hombres, que nunca, ni por nada, quieren parecer vencidos... Si no fuese esto, créame usted, hubiéramos logrado conquistar á la gente.” Tal fué la explicacion de Saballs.

XLV.

**Opiniones de Saballs.**

*Milan 3 de Setiembre.*

Si yo hubiese ido á Cataluña para divertirme, ó pasearme, no hubiera tenido motivo de quejas; porque además de habernos tratado Saballs á todos desde el primero al último como cuerpo de rey, procurando cuidadosamente que nada nos faltase de lo que el país podía darnos, se portó conmigo de un modo muy amigable y franco, sin mostrar celos de mi posicion militar, ni sospechar de mis intenciones.

Pero atento yo á las instrucciones que recibiera de D. Regaray, y cediendo á los impulsos de mi propio caracter, procuraba que el jefe catalan se ocupase más de la guerra y política, á fin de decidirle á hacer con nosotros alguna operacion importante. Los enemigos se estaban concentrando para sitiá la Seo; y como no se cuidaban de nosotros, teníamos toda la libertad necesaria para hablar de aquello con la mayor calma. Sin embargo, no habia medio de lograr nada. Ratablaba á Saballs una conversacion militar, y él me contestaba que yo tenia mucho talento, y que era lástima que no me hubiesen hecho capitán general de Cataluña; pero que en cambio él bailaba muy bien, lo cual habia contribuido mucho á que el país tolerara á los carlistas, pues habia hechizado á las muchachas bailando. Aunque al principio dudé de la sinceridad de estas respuestas, al fin hube de convencerme de que tenían razon los que me aseguraban que sí.

Saballs se mostraba mas hombre cuando se hablaba de política; y como en esta materia tuvimos varias conversaciones, le concentraré todo lo sustancial que recuerdo en las que tuvimos en Ripoll. «A nosotros, dijo Saballs, nos han hecho daño los curas y D. Alfonso con su mujer, digo, á los carlistas de Cataluña, porque de los demás no hablo. Ya vé V., brigadier, que con esos tipos de párracos que hay por ahí no es posible hacer carrera; porque son

tan despóticos, tan duros y tan chocantes, que lo que nosotros ganábamos á tiros, ellos lo echaban á perder desde el púlpito. No había párroco que desde que nosotros nos habíamos levantado no amenazase con castigos rencorosos á los vecinos del pueblo que le habian ofendido, ó de quienes estaba cargado; pues para hacerse enemigo de esta gente no hay siempre necesidad de ofenderles propiamente, sino que con frecuencia basta cualquier nonada."

«Ellos, como digo, amenazaban á sus agraviadores con la mayor fescura, y con no menor severidad. ¿Ha visto usted nada mas tonto y absurdo? Así es que se puede bien decir que, dada la indole de estos párrocos, si el partido triunfase, un gran número de vecinos habrian de emigrar corriendo de sus pueblos, sopena de tener serios disgustos. Esos párrocos, brigadier, huelen todavía á inquisidores de aquel tiempo.»—«Demasiado, contesté yo.»—«Ahora calcule V. el daño que esto nos ha hecho, enagenándonos á un gran número de personas que nos hubieran ayudado mucho. Por la montaña, brigadier, circula ya el mismo grito que por las ciudades, *todo, todo, cualquier cosa que sea, menos el gobierno de los curas*. De modo que los curas van haciéndose tan poco simpáticos como los frailes del año 35, y si no cambian de modo de pensar y proceder, no les arriendo la ganancia."

«Ya le he contado á V. las simplicidades que cometen con los bailes. No sé verdaderamente qué manía tienen esta gente con los bailes y comedias; pues no pueden tragar los unos ni las otras. La sangre los hierva en oyendo hablar de bailar, ó de ir al teatro. ¿Se ha visto cosa como ella? No sé en qué punto era que llegó una compañía de Barcelona, para dar algunas funciones; y al saberlo unos Escolapios que allí habia, dijeron á los niños que cualquiera que fuese á la comedia iria sin remedio al infierno, donde quemaria por toda la eternidad, sufriendo horriblemente. Calcule V. el alboroto que hubo. Pues de cosas de esta naturaleza, cada día me llegan partes y quejas. El apoyo del clero esta vez nos ha propiamente jeringado á todos; porque sin duda nos ha arrancado el triunfo de las manos. No sé si piensa usted del mismo modo, brigadier.»—«Es indudable, dije yo, que las exageraciones místicas no pueden ahora favorecer á un partido como el nuestro."



«Lo mismo digo yo, brigadier, repuso Saballs. Así es que me hace muy poca gracia que los curas salgan á vitorearme; ¡y crea V. que si pudiese, les contestaría mandándoles á sus iglesias con el plano del sable. Cuando en esta guerra ví que los PP. Escolapios se declaraban franca y abiertamente por D. Carlos, no pude menos de decir, ¡malo! Había benditos que se alegraban, creyendo que las Escuelas Pías eran un buen elemento de propaganda. Pero yo ví de lejos lo que habia de suceder, y no me equivoqué. Las opiniones de aquella gente se volvieron contra ellos mismos, les desprestigiaron, y encendieron mas rábia contra nosotros.»

«Cuando fui á Estella, prosiguió, hablé de todo esto á D. Carlos, quien me dijo también mil pestes de los curas, asegurándome que desfiguraban su causa, pues como él no defendía esta ó aquella religion, sino sus derechos dinásticos, la cuestion de los curas le era indiferente. Entónces le propuse mi plan de revolucion contra ellos, que le gustó mucho. «Ellos no quieren bailes, le decia yo. Pues toquémos el *can-can*. Ellos no pueden sufrir las comedias. Pues en cogiendo una compañía de cómicos, selos hacen representar las comedias mas verdes.»—«Magnífico exclamaba D. Carlos entusiasmado. Así, así, amózarlos. Al que no quiere caldo, dos tazas.» Y así lo he hecho, brigadier; porque lo que yo decia, es necesario persuadir al pueblo que cuando nosotros mandemos, no solo no gobernarán los curas, ni habrá inquisicion, sino que hasta se podrá bailar el *can-can* en los cafés. Crea usted que si yo hubiese entrado en Barcelona, ya lo tenia pensado de largo tiempo; entro precedido de todas las músicas tocando el *can-can* mas popular. Imagine usted el efecto que hubiera hecho en la ciudad, y cuanto no hubiera reaccionado á los barceloneses en nuestro favor.»

Echéme á reir, y le contesté: «Tiene V. razon, y ya me parece verlos salir corriendo á la calle y á los balcones para celebrar la ocurrencia de V.»—«Después, añadió él, hubiera dado un gran baile en el Gran teatro del Liceo, convidando á lo mas gordo de la ciudad; y como bailo del modo que ya le he dicho á V., y que Gamundi le habrá podido confirmar, en veinticuatro horas hubiéramos hecho furor. El *can-can* nos hubiera atraído á la plebe y á la juventud dorada, y la perfeccion con que

yo bailo nos ganara las simpatías de la clase media respetable. ¿No le parece á V. que era un buen plan?" — «Magnífico, dije. Y ¿dónde aprendió V. á bailar tan bien? añadió." — «¡Oh! me contestó. Poco á poco he ido perfeccionándome. Cuando era mas jóven, lo hacia ya á maravilla; porque ha de saber V., brigadier, que propiamente parezco nacido para bailar; y diríase que Dios ha querido conservarme delgado hasta la edad que tengo, que aunque no sea mucha, vamos, ya no suele ser la de la agilidad; pues cualquiera creeria que Dios lo ha hecho todo para que se viese hasta qué punto de perfeccion puede bailar un hombre bien formado como yo."

Deseoso de cortar la cuestion bailable, dije: «Aunque no dudo de lo que V. me dice, espero que tendré ocasion de verle á V. en un baile, no para comprobar sus palabras, nó, esto de ningun modo; sino para admirarle á V., y saber hasta que extremo puede llegar un buen bailaror. Pero dígame V., añadió; ¿qué queria V. decirme del hermano y de la cuñada de D. Carlos? que me parece que me ha hablado de ellos." — «¡Qué par de tipos! exclamó. ¿Sabe V. por qué vinieron? Como D. Alfonso no ha tenido el talento de que D.<sup>a</sup> María le diese hijos, se colaron en Cataluña para distraerse y divertirse. Así yo pagué la esterilidad de aquella mujer. La gente de este linaje, brigadier, creen que se ha hecho el mundo para sus caprichos. D. Alfonso y D.<sup>a</sup> María no hicieron aquí sino estorbarnos y emperrarnos á todos. Aquel tipejo de mujer nos tenia cargados hasta la pared de enfrente con sus pretensiones de heroina andante. ¡Y el avestruz de su marido admirándola como si fuese un serafin guerrero!"

Yo repuse sonriendo: «Veo, general, que guarda V. muy buenos recuerdos de SS. AA." — «¡Oh! excelentes! exclamó Saballs. Son dos muñecos que no sirven para nada; á ménos que hacer cortesía y tutear á la gente sea algo, cosa que no creo. Si al ménos supiesen bailar bien, y hubiesen secundado mi política, anda con Dios, y podríamos decir aquello de *Peregrina hácia allá*; no nos quejemos, porque siquiera me han ayudado; pero no señor: en su tiempo se cantaron mas *Te-Deums* que dieron bailes; y, amigo, esto impacientaba á todo el mundo."

«Ademas, añadió Saballs, ellos fueron causa de los grandes fusilamientos de Ripoll y Berga, que los liberales me cuelgan á mí, como si yo fuese entonces el gene-

ral en jefe. No señor: todo se hizo por orden de D. Alfonso y consejo de D.<sup>a</sup> María; yo no fui sinó el instrumento de que se valieron."—«Fué una desgracia que se matara á aquella gente, dije; porque esto nos ha hecho mucho daño en el extranjero, donde los liberales nos han tratado de asesinos, bárbaros y salvajes, sin que nuestros adictos pudieran defendernos."—«Ya he oído decir algo, aunque sin hacer caso, repuso Saballs. Pues á fé, que lo podemos bien agradecer á los dos fantasmones de príncipes, porque yo por mi no hubiera fusilado á nadie. Don Alfonso propuso los fusilamientos á su mujer; ésta los aprobó, como una medida de buen efecto contra los liberales; el príncipe vaciló en el momento de dar la orden, y ella le instó con tanta y tanta energía, que al fin don Alfonso cedió, y me mandó pasar por las armas á los 140 ó 150 carabineros y voluntarios que habian capitulado, bajo promesa de salvarles la vida."

«Me extraña mucho, dije, no solo que D.<sup>a</sup> María consintiese en esto, sinó que llegase á aconsejarlo y pedirlo, porque no parece capaz de tal atrocidad: sobre todo tratándose de prisioneros capitulados."—«Se conoce, me replicó Saballs, que no ha tratado á V. á D.<sup>a</sup> María, la cual es una mujer sin corazón. En los campos de batalla y ante el cadalso se complace en ver la sangre humana, y mira los cadáveres con una sonrisa irónica. Cuando atacamos á Puigcerdá, ella gritaba con su vocécito, desde el sitio donde miraba el combate: *¡Petroleo, voluntarios, petróleo, petróleo!* ¿Que le parece á V. la niña? ¿Si prometerá? Despues del combate de Alpens, al pasar por delante del cadáver de Cabrinety, que estaba allí tendido en calzoncillos cerca de un muladar, D.<sup>a</sup> María le miró atentamente, y soltó una pequeña carcajada. Mas adelante, en el ataque de Caldas de Montbuy, decia que en entrando dentro haria echar á los diputados provinciales, que la defendian, al agua hirviendo de las termas, y despues tomaria un baño."

«Esto es un pequeño ligre, general, dije yo."—«Vaya si lo es, repuso Saballs. Mire V. D.<sup>a</sup> María considera á los hombres como una distraccion para su real espíritu; y los sufrimientos y la sangre ajenos la deleitan, y ayudan á pasar bien el tiempo. Cuando ve un combate no solo se interesa por las vicisitudes de la lucha, sino que tambien se complace en observar los gestos de los



que caen muertos, las quejas de los heridos, y el aspecto de los difuntos. Varias veces noté que al ver D.<sup>a</sup> María cómo bambolecaba un carlista herido, se sonreía como si le hiciera gracia; y que al pasar por un sitio donde había cadáveres, se entretenía en mirar las posiciones y actitudes diciendo: ¡qué ridícula facha tiene aquel! ¡este me da gana de reír! ¡aquel está mejor! ¡qué arrogante ha quedado estotro! ¡es curioso ver un campo de batalla! Así es D.<sup>a</sup> María, brigadier; y si el retrato no es bonito, al menos es exacto, porque lo que cuento lo han observado docenas de personas. Yo he visto pasar por delante de doña María á mas de dos que iban á ser fusilados; y ella, en vez de compadecerse de ellos, se divertía estudiándoles la cara, para conocer cómo tenían las tripas en aquellos momentos."

«Jamás dijera, exclamé yo, que aquella mujer tan delicada, tan córtés y fina, aquella niña que parece una muñequita, fuese capaz de estos sentimientos.»—«¿Aquella niña? ¿aquella muñequita, dice V.? exclamó Saballs. Sí, sí, métale V. el dedo en la boca á la niña y á la muñequita, y ya verá V. qué cocodrilo. Yo he conocido, brigadier, muchas personas crueles; porque en tantas guerras é intentonas, uno ve de todo en lo bueno y lo malo. Pues le aseguro que hasta ahora no habia hallado un tipo tan odioso como D.<sup>a</sup> María. Se comprende que un hombre del carácter de Cabrera haya sido en la primera guerra bárbaro y salvaje; porque ya sabe V. que D. Ramon era un hombre del trueno, un bullanguero, en fin, un toro, en toda la extension de la palabra."

«En efecto, dije. El temperamento disculpó mucho á Cabrera, porque á veces ni él mismo sabia lo que se hacia.»—«Punto por punto, repuso Saballs. Pues D.<sup>a</sup> María repugna mas, porque es una mujer sanguinaria y cruel, en un tipo pequeñito, delicadito, frió, finito, que habla con una vocecita agradable, que se sonríe con amabilidad, y tiene aficiones artísticas. Al principio cree usted que aquella damita, aquella señorita tan delgadita y vaporosa, ha de desmayarse á la primera gota de sangre que vea; y luego se halla V. con que no solo no se desmaya, sino que se distrae y divierte viéndola salir á borbollos de un herido, ó de un muerto que acaba de caer. Y es lo que le decia á V. brigadier; que como se cree de un linaje superior al de los demás mortales, toma á la huma-

nidad como un juguete; y cuanto mas fastidiados estamos nosotros, mas gracia le hacemos, mas la distraemos, mas la divertimos, y mas interesantes la parecemos.”

«Y á todo esto, ¿qué dice su marido? pregunté.”—«Su marido! exclamó Saballs. ¡Bah! D. Alfonso es tan memo como D. Carlos; solo que no es tan vicioso, porque tiene menos temperamento. El príncipe está completamente supeditado por su mujer, que hace de él lo que quiere, disimulándolo un poco. Donde estén D. Alfonso y D.<sup>a</sup> María, no se preocupe V. de D. Alfonso, porque el general en jefe es D.<sup>a</sup> María. El marido hace todo lo que le dice la mujer. Ambos son dos tipos, que parecen nacidos y criados para vivir unidos. D. Alfonso tonto y bobo, y ella presumida y de malas entrañas; el marido con una boca que apesta, que no hay quien pueda aguantar de cerca, ni de lejos aquel aliento, fétido y asqueroso; y ella medio tísica, y toda delgada y raquítica. ¡Ah, brigadier! ¡si toda esta familia está dejada de la mano de Dios! A mí me hicieron sufrir mucho, porque al llegar imaginaban ir á la granja á pasar un verano delicioso, entre diversiones y entretenimientos; y como entonces teníamos encima á aquel brutazo de Cabrinety, que nos amolaba de día y noche, sin dejar dormir ni parar á nadie; calcule V. cómo estaba yo llevando conmigo á aquel par de títeres. Así es que hice cuanto pude para deshacerme de ellos; y al fin lo alcancé, gracias á que D. Carlos se convenció de que era necesario separarlos de mí, y me dió la mano en secreto.”

## XLVI.

### Revelaciones de Saballs.

*Milan 6 de Setiembre.*

Estando en Ripoll salimos un dia con Saballs á dar un paseo por los afueras de la villa, que son muy bonitos y poblados; y despues de hablar de cosas sin importancia, el jefe catalan me dijo, mostrándome un establecimiento con la chimenea humeante: «¿Ve V. aquella fábrica

nidad como un juguete; y cuanto mas fastidiados estamos nosotros, mas gracia le hacemos, mas la distraemos, mas la divertimos, y mas interesantes la parecemos.”

«Y á todo esto, ¿qué dice su marido? pregunté.”—«Su marido! exclamó Saballs. ¡Bah! D. Alfonso es tan memo como D. Carlos; solo que no es tan vicioso, porque tiene menos temperamento. El príncipe está completamente supeditado por su mujer, que hace de él lo que quiere, disimulándolo un poco. Donde estén D. Alfonso y D.<sup>a</sup> María, no se preocupe V. de D. Alfonso, porque el general en jefe es D.<sup>a</sup> María. El marido hace todo lo que le dice la mujer. Ambos son dos tipos, que parecen nacidos y criados para vivir unidos. D. Alfonso tonto y bobo, y ella presumida y de malas entrañas; el marido con una boca que apesta, que no hay quien pueda aguantar de cerca, ni de lejos aquel aliento, fétido y asqueroso; y ella medio tísica, y toda delgada y raquítica. ¡Ah, brigadier! ¡si toda esta familia está dejada de la mano de Dios! A mí me hicieron sufrir mucho, porque al llegar imaginaban ir á la granja á pasar un verano delicioso, entre diversiones y entretenimientos; y como entonces teníamos encima á aquel brutazo de Cabrinety, que nos amolaba de día y noche, sin dejar dormir ni parar á nadie; calcule V. cómo estaba yo llevando conmigo á aquel par de títeres. Así es que hice cuanto pude para deshacerme de ellos; y al fin lo alcancé, gracias á que D. Carlos se convenció de que era necesario separarlos de mí, y me dió la mano en secreto.”

## XLVI.

### Revelaciones de Saballs.

*Milan 6 de Setiembre.*

Estando en Ripoll salimos un dia con Saballs á dar un paseo por los afueras de la villa, que son muy bonitos y poblados; y despues de hablar de cosas sin importancia, el jefe catalan me dijo, mostrándome un establecimiento con la chimenea humeante: «¿Ve V. aquella fábrica



brigadier? Allí estaba D.<sup>a</sup> María, mientras atacábamos la villa; y no solo presenciaba muy alegre las peripecias del combate, sino que varias veces me hizo decir que echase pronto mano del petróleo, porque el fuego ya duraba demasiado. Su Alteza no se divertía bastante; empezaba á impacientarse, y quería entrar pronto.”—«¡Qué tipo tan raro! dije yo.”—«¡Oh! exclamó Saballs. ¿Y don Carlos no es tambien un tipo que puede arder en un candil? Toda la familia es un dechado de rareza y perversidad; tan miserable el uno como el otro; y majaderos todos, desde el primero al último.”

—«Y dígame V., le pregunté, de dónde nació aquella voz de que D.<sup>a</sup> María era una tal D.<sup>a</sup> Blanca de Barcelona?”—«La fama se la ha llevado un diario de Barcelona llamado *La Imprenta*; y en virtud de esto, se fusilará á todos los redactores de él que puedan ser habidos. Pero parece que aquel diario no lo inventó, sino que recogió una voz que ya corria muy solapadamente por la montaña. *La Imprenta* no hizo mas que darle mucha publicidad y hacerla clara y universal. Ahora, añadió Saballs, vaya V. á saber quién fué el inventor de aquella calumnia. Lo que es yo no he podido nunca averiguarlo, aunque tampoco he tenido empeño en saberlo; porque si doña María, como mujer, no es una D.<sup>a</sup> Blanca, es mucho peor en otro concepto; pues de seguro que si esa Blanca existe, tiene mejores entrañas que ella. A mí, brigadier, no me gustan las mujeres andantes; y mucho menos las mujeres-ligres, ó cocodrilos; porque aunque si á mano viene soy duro y cruel, y fusiló á un hombre con la misma tranquilidad que á una bestia, me gusta que la mujer sea tierna, y se horrorice de las barbaridades de la guerra.”

—«Lo mismo le pasa á cualquiera, dije.”—«D.<sup>a</sup> María, prosiguió Saballs, con la misma tranquilidad ve fusilar á una docena de prisioneros, ó desafectos, que violar á dos docenas de mujeres. A mí me han cargado los liberales todos los excesos que nuestras tropas cometian; pero se han engañado, porque quien me echó la gente á perder fué D. Alfonso y su mujercita. ¿A que no se atreve la soldadesca al ver al general en jefe y á su esposa, que son además príncipes y hermanos del rey, mandar que se degüelle á gente, á quien se ha prometido la vida en una capitulación, y que se tomen las poblaciones, incendián-

dolas con petróleo? Pues hé aquí el origen de todos los desmanes de mis tropas. La prueba la tiene V., que apenas aquel par de fantasmones han ido al Centro, ha pasado lo mismo en este distrito, como se ha visto sobre todo en la entrada de Cuenca, donde se robó, asesinó, y violó, en la presencia de D. Alfonso y D.<sup>a</sup> María, que lo estuvieron mirando con mucha frescura y tranquilidad. ¡Buen par son ambos! Pero eso sí, muy corteses, muy obsequiosos, muy finos, muy melosos. ¡Fíese V. del cocodrilo y del tigre!

«General, exclamé; me está V. abrumando. Nunca imaginara nada parecido.»—«¡Pse! repuso Saballs. Ya le he dicho á V. que esto no tiene nada de particular. Son cosas de la familia. ¿El mismo D. Carlos, no es tan malo como ellos? ¿y D.<sup>a</sup> Margarita vale por ventura algo más? Desengáñese V.: es enfermedad de raza; Dios los ha hecho á todos así, y no pueden ser otra cosa. ¡Qué tipo don Carlos! ¡qué necio! ¡qué tonto! ¡qué presumido! ¡qué vicioso! ¡qué pérfido y majadero! En mi vida he visto cosa igual. D. Alfonso es tan memo como él; pero como tiene menos fatuidad, no choca tanto. ¿Pero D. Carlos.....? ¡Si este hombre no es más que una pícara caricatura del género humano! Cuando ahora lo ví en Estella, no abría la boca que no rebuznase ó hiciese *mu! mu! mu!* Si le hablaba de mis operaciones, contestaba *glorificat en matines*, como decimos los catalanes. Donde únicamente mostró un poco de sentido comun fué en aprobar mi política de tocar el *can-can* y dar bailes; pero la idea no era suya, sino mia; y esto fué como lo del huevo de Colón, que una vez descubierto, cualquiera lo hallaba fácil. ¡Qué había aquel asno de atinar en una cosa tan discreta!

«¿Y qué diremos de los tipos de su córte? ¡Jesus! ¡qué caras, y qué holgazanes se ven allí! ¡Ah, cuánto zurriago les hubiera dado yo, á mandar! Siempre atisbando quien les echara dinero, porque entre todos juntos no pueden reunir una peseta; siempre murmurado de quien entra y sale; de quien habla, y de lo que dice; muertos de hambre, de rencor, de envidia; escuálidos, súcios, tontos y pillastrones. Mire V., brigadier; con dinero alcanzará usted en la córte todo lo que quiera, por absurdo que sea: distribuya entre aquellos famélicos un poco de *cum-quis*, y esté tranquilo; que si quiere ser Patriarca de las Indias, aunque sea V. casado, le mandarán la Real

orden. Yo, la verdad, me he ya desengañado, y cansado de todos; D. Carlos, D. Alfonso y su mujer me dan asco, y estoy convencido de que la guerra está perdida. No me voy, porque el honor es honor, y habiendo entrado, y seguido, me toca acabar; que si no fuera el honor, Saballs ya estaria tranquilo en su casa. De todos modos crea usted, que esta es la última guerra carlista en que yo tomo parte. No salgo mas, aunque el triunfo dependa de mi aparicion."

Todo hablando, llegamos á la villa y al pasar por delante de una relojería, Saballs se detuvo, y me invitó á entrar dentro con él. «Este relojero, me dijo, suele tener cosas buenas y de gusto." Al vernos, el relojero se levantó enseguida, y quitándose la gorra, nos saludó obsequiosamente."—«Buenas tardes, D. Francisco y la compañía, dijo. Tomen Vds. asiento."—«Buenas tardes, maestro, contestó Saballs. ¿A ver si nos feriamos de alguna cosa?"—«Como V. guste, D. Francisco, dijo el relojero. Siéntense Vds." Nos acercó unas sillas, nos sentamos, y Saballs dijo: «Maestro, quisiera algunos buenos relojes de oro, de cualquier precio que fuesen. Muéstreme V. lo mejor que tenga."—«A fé, contestó el patron, que he recibido últimamente unos cronómetros de tal exactitud y riqueza, que no se hallan mejores en Londres y Ginebra. Todos son de última novedad."—«Vengan enseguida, dijo Saballs."

Sacó el industrial varios relojes de oro, y los presentó al jefe carlista, que los estuvo mirando largo rato, y despues me los pasó á mí. «A ver si le gustan á V., me dijo. A mí me parecen excelentes."—«En quanto á la bondad, repuso el maestro, los garantizo; todo Ripoll sabe quién soy yo; y V., D. Francisco, no es la primera vez que me ha comprado relojes, y creo que no ha quedado descontento de la compra."—«En efecto, contestó Saballs. ¿Qué le parece á V., brigadier? añadió."—«Me gustan mucho, contesté, y se vé que son buenos, aunque yo no lo entiendo."

«¿Qué precio tienen? preguntó Saballs." Creo que el industrial le contestó: «El último, último á que puedo darlos es 96 duros, D. Francisco. Ya sabe V. que no pido una cosa por otra." Ya se comprenderá que no recuerdo con toda exactitud el precio, pero mas bien me pierdo por poco que por mucho. «Elegiré tres, dijo Saballs.



Ahora enséñeme V. otras tantas leontinas que sean bonitas y de novedad, porque quiero estrenar una en el primer baile que demos." El relojero buscó las nuevas joyas, y las presentó mas contento que unas pascuas. Saballs ajustó tres, por una cantidad muy elevada, y volviéndose á mi, me dijo:

«Brigadier, de estos relojes y leontinas hay uno para usted. Se lo regalo, para que tenga una memoria mia." Yo quedé estupefacto. «General, repliqué, lo agradezco mucho; pero no puedo aceptarlo."—«¡Cómo! exclamó Saballs. ¿Me rehusa V. este pequeño regalo? ¡Esto es un desprecio!"—«De ningún modo, contesté. Pero no puedo consentir que me haga V. un regalo de este valor."—«¿De este valor? dijo Saballs sonriendo. Si para mí este gasto no es nada, brigadier. Tómelo V. sin escrúpulos; que no por esto me arruinaré."—«Lo siento, general, lo siento, repliqué; y si no fuera mas que esto, lo tomaria, como una memoria. Pero hay otra dificultad, que debe tenerse muy en cuenta."—«¿Cuál? me preguntó Saballs."—«Hace muchos dias que llevo la gente sin pagar, y si ahora ésta me vé con el reloj dirá que me he gastado en él lo que les debo."

El jefe catalan me miró muy sorprendido. «¿De esto se preocupa V.? exclamó. ¡Bah, bah, bah, que poco bueno es V. para mandar carlistas! Si les va con estas contemplaciones, no sacaré nada de ellos. Haga V. como yo y los demás jefes de Cataluña; que no solo tenemos muchos dias á los voluntarios sin pagarlos, sino que cada mes les escatimamos alguno, que queda como atrasado, porque no siempre podemos pagar los haberes con exactitud, y sin quedar á deber nada. Ellos, que son listos, ya se despavilan por ahí. Cada cual tiene por estos mundos sus currutacas; y de todas sacan algo. Así es que, aunque no cobren mucho, trabajan del mismo modo."—«Tendrá V. razon, general, contesté. Pero repito que no puedo aceptarlo. Será inútil insistir más." Saballs cedió, compró lo que quiso, pagólo en onzas de oro, metióse las alhajas en el bolsillo, y continuamos nuestro pasco por la ciudad.

«A mí me gustan mucho los dijes de oro, dijo; porque realzan la persona, dándole mas autoridad. Un hombre, que en una reunion puede sacar un reloj de cien duros, parece ya un personaje. Además los bailadores conviene

que siempre estemos provistos de joyas, porque cuanto mas cambiamos, mas atraemos la atencion. Es como las mujeres con los trajes. La chica, ó la señora que no tiene mas de uno ó dos, queda enseguida rebajada y arrinconada. Desde el principio de la guerra me he gastado un dineral en alhajas para mí, y aunque he enviado muchas á mi mujer, aun tengo aquí bastantes para los casos imprevistos, y para las necesidades cotidianas. Algunas he distribuido tambien en la córte de Estella porque aquellos señores son muy aficionados á los objetos de oro y plata; y solo dicen nones si estos son de poco valor."

«Cuando el rey me nombró conde, marqués, general y teniente general, envié allí algo en celebridad del suceso; y de ahí que tanta gente diga en Estella mucho bien de Saballs. ¿Qué quiere V., brigadier? Si en aquella córte no hay mas que muertos de hambre, que se quedan pasmados al ver el color de una onza amarilla... ¿No es así brigadier?»—«General, contesté; los conozco muy poco; y lo único que puedo decir es que se murmuraba mucho de ellos.»—«Y con razon, exclamó Saballs; porque si en todas las cuestiones que tuve con don Alfonso, y en todas las cosas que he solicitado, no hubiese untado con bálsamo de oro á cierta gente, no sé si habria quedado limpio y ganancioso."

«Yo tenia entendido, repuse, que en las contiendas de usted con D. Alfonso, el rey habia estado de la parte de usted.»—«Mucho que sí, contestó Saballs; porque el rey me dió siempre la razon; pero yo tengo en Cataluña á muchos enemigos; entre mis jefes hay algunos que quisieran hacerme la zancadilla; Tristany me detesta; Castells no me puede sufrir; y como D. Carlos es tan pérfido no estaba yo muy seguro de que viendo que ya le habia despavilado á su hermano, no me despavilase él á mí, para darse aires de imparcial. Si uno no tuviese mucha gramática, cada dia esta gente le arrollarian. D. Alfonso y D.<sup>a</sup> María trabajaron mucho en el Norte contra Saballs. Pero como yo les habia minado el terreno, se estrellaron, porque mientras ellos salian para el Centro como vencidos, yo continuaba en Cataluña como vencedor."

«Es verdad, repuse. Sin embargo, no creo que las divergencias de D. Carlos con su hermano y cuñada sean tan fuertes como se me ha querido suponer.»—«¡Pse! ex-

clamó Saballs. Esas familias, brigadier, no son como las nuestras, donde todo sucede por el orden natural. Así es que sería indiscreto asegurar nada sobre aquel punto. A simple vista se vé ya que los hermanos no se quieren, ni van de acuerdo; y que D. Carlos tiene un particular cuidado en que su hermano y cuñada se desacrediten en cualquier parte que vayan. Yo he tenido lugar de conocerlo repetidas veces aquí; y en Estella acabé de averiguarlo, sabiendo detalles que ignoraba. Crea V. que toda la familia está muy dividida."

«Pero vamos á ver, dije yo; ¿qué sacaría D. Carlos de esto? ¿no vé V. que esa division le debilitaría?» Saballs me contestó: «A mí me supusieron en Estella que D. Carlos teme la ambicion de su hermano, y sobre todo de su cuñada; y cómo él armó una emboscada á su padre D. Juan, para hacerle abdicar, y otra al partido para que destituyera á aquel de la dignidad de pretendiente—¡valiente dignidad!—y le revistiera á él de ella, anda siempre receloso de que D.<sup>a</sup> María y D. Alfonso no le degüellen con las mismas armas.»—«Esto es un temor absurdo, repuse; porque la situacion es diferente. Si D. Juan perdió sus derechos, fué por haber entrado en negociaciones con el enemigo. D. Carlos no se halla, ni se hallará en este caso, porque como es muy ambicioso, no transigirá con los liberales.»

«Crea V., brigadier, me contestó Saballs, que cuando don Carlos toma con respecto á su hermano y cuñada aquellas precauciones, tendrá sus motivos y razones. A mí tanto asco me dán unos como otros; y sea lo que fuere lo que sobrevenga entre ellos, seguros pueden estar de que yo vuelva á defenderlos. No quiero mas relaciones con tal familia; allá se las hayan; son unos mermos y unos ingratos, que no merecen que nadie mueva un pié para ellos, porque no son capaces de agradecerlo, pagarlo, ni reconocerlo. Además, brigadier, todo esto del carlismo se va cayendo ya de viejo y gastado. El país quiere cosa nueva; la juventud no está por las chocheas de nuestros abuelos; y el partido carlista no puede renovarse, porque el elemento clerical le arrolla. Así es que no haremos nada.»

Como Saballs hablaba con su voz natural, se lo advertí de cierto modo á fin de que la bajase mas. «La gente de la calle pueden oírle á V., le dije; y aunque no



sepa de que hablamos, es fácil que recoja alguna expresion grave.”—«¡Bah!, exclamó. Nosotros hablamos ya sin rebozo de todas estas cosas; y estamos tan desengañados del partido, y tan persuadidos de que es muerto, que la verdad, si no fuesemos mas decentes de lo que suponen los diarios liberales, ya hubiéramos admitido los pactos que se nos han ofrecido colectiva é individualmente. Pero como para pasarse seria necesario ser bellaco, canalla, pillastron y miserable; porque el hombre que despues de haber sostenido una guerra civil tan sangrienta como esta, ó aunque lo sea menos; para que le den unos cuartos, y le reconozcan los grados, vende á sus compañeros, se pasa al enemigo, y contribuye á terminar una lucha dinástica y de principios, es un tuno y un bribon de siete suelas que siempre será mirado con el mayor desprecio por sus conciudadanos; los jefes carlistas de Cataluña, que nos estimamos mucho, aunque los diarios nos traten de bandoleros, no nos pasamos, ni nos pasaremos; lucharemos hasta el último momento de uno ú otro modo; y llegado el dia de caer, caeremos con las armas en la mano.”

«Pero, añadió, esto no quita que todos, desde el primero al último, no digamos mal de D. Carlos, de D. Alfonso y de la mujer de este; y que lo digamos en alta voz, sin recatarnos de nadie, porque ya tanto se nos da que los carlistas pierdan la ilusion, como que la conservén. Nosotros estamos quejosos y desesperados, y hablamos de nuestras quejas y de nuestra falta de esperanzas delante de todo el mundo, y con la mayor frescura. Tenemos la conviccion de que no hay remedio para el partido; y en vez de aparentar lo contrario, somos naturales:

#### XLVII.

### Escenas carlistas.

*Milan 9 de Setiembre.*

En el tiempo que estuve con Saballs me convencí de que Castells tenia razon al decir que aquel habia podido mantenerse á la cabeza del carlismo de Cataluña, dejan-

sepa de que hablamos, es fácil que recoja alguna expresion grave.”—«¡Bah!, exclamó. Nosotros hablamos ya sin rebozo de todas estas cosas; y estamos tan desengañados del partido, y tan persuadidos de que es muerto, que la verdad, si no fuesemos mas decentes de lo que suponen los diarios liberales, ya hubiéramos admitido los pactos que se nos han ofrecido colectiva é individualmente. Pero como para pasarse seria necesario ser bellaco, canalla, pillastron y miserable; porque el hombre que despues de haber sostenido una guerra civil tan sangrienta como esta, ó aunque lo sea menos; para que le den unos cuartos, y le reconozcan los grados, vende á sus compañeros, se pasa al enemigo, y contribuye á terminar una lucha dinástica y de principios, es un tuno y un bribon de siete suelas que siempre será mirado con el mayor desprecio por sus conciudadanos; los jefes carlistas de Cataluña, que nos estimamos mucho, aunque los diarios nos traten de bandoleros, no nos pasamos, ni nos pasaremos; lucharemos hasta el último momento de uno ú otro modo; y llegado el dia de caer, caeremos con las armas en la mano.”

«Pero, añadió, esto no quita que todos, desde el primero al último, no digamos mal de D. Cárlos, de D. Alfonso y de la mujer de este; y que lo digamos en alta voz, sin recatarnos de nadie, porque ya tanto se nos da que los carlistas pierdan la ilusion, como que la conservén. Nosotros estamos quejosos y desesperados, y hablamos de nuestras quejas y de nuestra falta de esperanzas delante de todo el mundo, y con la mayor frescura. Tenemos la conviccion de que no hay remedio para el partido; y en vez de aparentar lo contrario, somos naturales:

#### XLVII.

#### Escenas carlistas.

*Milan 9 de Setiembre.*

En el tiempo que estuve con Saballs me convencí de que Castells tenia razon al decir que aquel habia podido mantenerse á la cabeza del carlismo de Cataluña, dejan-

do hacer á cada jefe de división y hasta de batallón lo que le diese la gana. Por mas que antes de verlo me pareciese exagerado, despues quedé persuadido de su exactitud. Saballs casi nunca andaba con partida alguna, y se reducía á correr por los confines de la provincia de Gerona, que conocia mucho, acompañado de sus mozos de la Escuadra, que eran una compañía de gente gallarda y muy bien vestida. Tenía Saballs tanta vanidad en exhibir á sus *mozos*, que no me extrañaria nada que fuese lo único en que cifraba su inmortalidad, despues de su mérito de bailador incomparable.

Aquellos mozos de la Escuadra iban siempre vestidos de nuevo de piés á cabeza; y á fin de que nunca les faltase traje que cambiar, Saballs habia sacado de Vich á un sastre, estableciéndolo en San Quirse, con el solo objeto de coser para ellos, y tener preparados cuantos uniformes pudiese para sustituir á los deslucidos. No se puede negar que aquella tropa era brillante y siniestra; no sé si tan siniestra como brillante, ó tan brillante como siniestra. Compuesta toda ella de hombres altos, fornidos y ágiles; con sombreros de copa á la valentona y capas largas; sus rostros callados y suspicaces, su vestido tétrico, y su ademan resuelto, les daba un aspecto imponente y terrible. A mí me hacían siempre el efecto de una guardia inquisitorial.

Fuera de este cuerpo favorito, Saballs no se cuidaba de las bandas catalanas, que él llamaba ejército, y que no eran mas que una aglomeracion de gente mal armada, aunque de valor individual. En los cuerpos no habia organizacion administrativa, ni militar. El capitán pagaba á los individuos á la buena de Dios; y el coronel, sino el brigadier, ó el mismo general, daba los fondos al capitán, prescindiendo de toda formalidad y comprobacion. No habia respeto alguno de superior á inferior; viéndose cada dia escenas en las cuales los capitanes disputaban con los jefes, y los voluntarios con los capitanes. Cuando llegaban otros cabecillas, y se reunian con Saballs, trataban á este con el mayor desenfado, sin que él se mostrase ofendido; pues siempre parecia entre ellos un camarada de inferior condicion. Todo esto contrastaba tanto con la rigurosa disciplina de mis tropas, que mas de una vez el capitán general carlista se avergonzó de que yo presenciara sus humillaciones.



Un día estando yo en el alojamiento de Saballs, entró un comandante, á quien habia hecho llamar, antes de mi llegada; y mirándolo con ojos torvos, le dijo sin el menor cumplimento: «¿Qué diablo quieres de mí, Saballs? Ya sabes que estoy muy emperrado contigo.» No le plugo esto al cabecilla, pero lo disimuló, aparentando tomarlo á broma. «Hombre, contestó; tienes un mal genio que no te dejará envejecer.»—«Me importa un bledo, repuso sécamente el otro. La cuestion son cuartos.»—«No seas tan malo, chico, añadió Saballs. Cabalmente te llamaba con este objeto.» El otro dijo sin desarrugar las cejas: «Me alegro. Dame lo que sea, y déjame en paz.»—«Tu olvidas, mal genio, repuso el cabecilla, que para dar es necesario tener, y para tener se ha de recojer. Pues este es el caso.»—«Vete al diablo tu y la madre que te parió, exclamó el otro.» Y volviéndole las espaldas, fué á salir.

Saballs se levantó, y cogiéndolo cariñosamente del brazo, le dijo: «No te enfades así, hombre. Por Dios, ten calma, y hablemos; que todo se arreglará. Si hoy no tengo dinero, mañana habrá de seguro. He pensado una cosa, y cuento contigo. Se han de cobrar las contribuciones de tal parte; y te ruego que cojas tu gente, y vayas por ellas.»—«Envia á tus mozos de la Escuadra, contestó el jefe. Yo no voy.»—«¿Pero por qué? exclamó Saballs.»—«Porque hace dias que no he pagado á la gente, y quien no cobra, no trabaja. Si quieres que vaya dame dinero.»—«¿Dinero! exclamó Saballs. El diablo se me lleve si tengo un cuarto, ni sé de dónde sacarlo. Los tiempos están malos, amigo; y los pueblos ya van haciendo el remolon.»—«Entonces, abur, dijo el otro, plantándolo de nuevo.»

Saballs se levantó corriendo, lo cogió otra vez del brazo, y lo hizo volver. «¿Qué demonios tienes, exclamó, que hoy no se te puede hablar?»—«Tengo, repuso el otro, que he de pagar á la gente, y la quiero pagar, sin poder arrancarte un cuarto.»—«Bien, hombre, repuso Saballs. Pero no por esto te has de marchar con esta rábia. Las cosas se hablan, y lo que no se puede un día, se puede otro. Si me cobras esas contribuciones, te pagaré todo lo atrasado.»—«Nones, nones, Saballs, replicó el jefe. Tu eres un tío *Camándolas*, y me quieres cojer. Pero yo no salgo, sin haber pagado á la gente. ¡Tira

*pel cap que vulgnest* (haz lo que te pase por la cabeza.)”

Yo contemplaba aquella escena, como uno de los sánetes mas agradables que jamás hubiese visto; porque es imposible describir la gracia que hacia la sequedad y cólera del comandante, con las mañas y escusas de Saballs, vestido de capitán general. Cuando este vió la cosa mal, empezó á capitular, y las peripecias del arreglo no fueron menos deliciosas que las de la propuesta. «¡Que uno, exclamó Saballs, no pueda dar á entender á nadie que estoy sin fondos, y que no puedo pagar! ¡Ah! ¡qué día será aquel en que D. Carlos me releve! ¿Y cuántos días debes á la gente? añadió. No lo digo porque pueda darte el dinero; sino porque recuerdo que allí dentro han de quedar unos pocos cuartos, que yo guardaba para ciertas cosas; y si lo tuyo no fuese mucho, quizá quizá se arreglara algo.»—«Debo 40 días, contestó el comandante; y los hombres son 400. Conque... echa la cuenta.»—«¡Virgen Santísima! exclamó Saballs horrorizado. ¿Dónde quieres que halle tanto dinero? Si se necesita un pozo de oro para pagar esto.»

«Entonces, repuso el otro, envia á tus mozos de la Esquadra. Mi gente no trabajará sin haber cobrado.»—«Hagamos una cosa, dijo Saballs. Yo no sé aun lo que tengo alla dentro, aunque casi estoy seguro de que no basta para lo que quiero proponer. Pero en fin, haré un esfuerzo, con tal que tu me ayudes.» El comandante escuchaba impasible. «Te pagaré un día, añadió Saballs; pero procura que los demás no lo sepan; y cuando regreses con las contribuciones, arreglaremos el resto.»—«¡Un día! exclamó el comandante. ¡Vive Dios! ¿Por quién me tomas? ¿te parece si soy yo hombre de contentarme con esto?»—«Pero ¡criatura! exclamaba Saballs. Hazle cargo de la situación; porque tanto si me crees, como no, todavía dudo que haya bastante dinero.»—«Mira, Saballs, repuso el otro; á mí no me gusta la cháchara. Págame cuatro días y voy.»—«No; te pagaré dos, replicó Saballs. No seas bárbaro. Con dos, ya puedes ir.»—«Han de ser cuatro, ó no voy, insistió el otro.»—«¡Hombre! te juro que es imposible, dijo Saballs.»

El comandante hizo ademán de marcharse. «Abur, dijo.»—«Ni la tuya, ni la mía, exclamó Saballs reteniendo. Te pagaré tres, y no abras la boca.» Vaciló el otro, y al fin dijo: «Sea. Vengan los tres días, y partiremos.»

Saballs se levantó frotándose las manos, como diciendo *he hecho un buen negocio*; entró en otro aposento, salió con un gran bolsón de dinero, y poniéndolo en una mesa, lo abrió, y empezó á echar pésetas, duros y realitos al jefe. «Uno, dos, tres, cuatro, cinco...», decía Saballs. — «Dos, tre, cinco, repetía el jefe. Espera, añadió. Este realito es muy liso, y no sé si pasará.» — «Es plata verdadera, repuso Saballs.» — «¡Oh, es plata verdadera! replicó el otro. Las patronas quieren que las marcas se vean bien; y si no, devuelven la moneda; y se arma la de Dios es Cristo. En fin, añadió mirando y remirando el real. Pase, y adelante.» — «Seis, siete, ocho, nueve, diez, once...», iba contando Saballs. — «Seis, ocho, diez, repetía el comandante.» — «Doce, trece, catorce, quince, continuaba Saballs.»

«Va bien, decía el jefe. ¡Quince!» — «Diez y seis, dijo Saballs.» — «Alto, alto, dijo el comandante; este duro es falso, dame otro.» — «¡Imposible! exclamó el cabecilla. Miralo bien.» — «¿A quién se lo cuentas? repuso el comandante; tan falso es como el Anticristo. Oye el sonido. ¿Qué te parece ese tin, tin?» — «El sonido no significa nada, contestó Saballs. La cara de la moneda se ha de ver.» — «Pues para mí, repuso el otro, el sonido es el todo. Además que la cara de este duro no es cristiana.» — «Asíuviésemos un saco, contestó Saballs. Pero en fin, para acortar razones, y aunque lo tenga por bueno, te lo cambiaré. Toma este: diez y siete, diez y ocho...» — «Te equivocas, dijo el comandante; con el que cambias son diez y seis, y no diez y siete.» — «No, hombre replicó Saballs; el duro que ha estado en duda era el diez y siete. Acuérdate bien.» — «Te digo que era el diez y seis, repuso el otro. Y si no, espera, que en la mesa está aun lo que me has dado. Cinco y seis, once; once y cuatro, quince, y el duro de la disputa, diez y seis.» — «Tienes mucha razón, me había distraído, dijo Saballs.» — «En favor tuyo, repuso el comandante.» — «¡Hombre! contestó Saballs. En favor de uno ú otro había de ser.» Así continuó la escena hasta el fin; y despues de cobrar, el comandante se marchó diciendo que aquel mismo día partiría.

Entretanto había empezado el asedio de la Seo, y yo, que recibia noticias de los demás jefes del Centro, instaba para que Saballs hiciera alguna cosa buena en auxilio de la plaza. Castells y los otros jefes catalanes, del



mismo modo que Dorregaray y sus jefes de division, ar-  
díamos en deseos de correr á la Seo en una combinacion  
general. Yo habia estudiado las posiciones de Martinez  
Campos y la topografia del país, y tenia la seguridad de  
que haríamos una cosa brillante. Los voluntarios catala-  
nes y los nuestros se admiraban tambien de que con-  
templásemos con tanta frescura el sitio de aquella plaza,  
pasando el tiempo en ir de Ripoll á San Quirse, y de San  
Quirse á Ripoll, que era nuestro entretenimiento coti-  
diano.

De resultas de esto, todo el mundo estaba descontento  
en el ejército carlista; y como se sabia que Saballs habia  
tenido antes una entrevista con Martinez Campos, se ha-  
cian muchas suposiciones, que en honor de la verdad crei  
siempre infundadas. En efecto, para explicar la condu-  
ta de Saballs no era necesario pensar en la traicion, sino  
acordarse del carácter de este; pues si el cabecilla catalan  
no hacia más, era porque no sabia, y porque desengañado  
de la guerra, la dejaba caer del lado que se inclinaba.

Pero en el ejército se hablaba de otro modo, juzgán-  
dose severa y groseramente aquella contemporizacion.  
«¡Eh, paisano! decian entre sí los cabecillas. ¿Qué piens-  
a hacer Saballs? ¿Tiene noticias de la Seo?»—«Lo que  
piensa hacer no lo sé, contestaba uno, y si tiene noticias  
de la Seo, lo ignoro, aunque supongo que sí, porque al  
menos sabrá lo que todos sabemos: que si dejamos la  
plaza abandonada, la perderemos.»—«Entonces, vamos  
á socorrerla, decia otro. ¿Qué hacemos aquí con las ar-  
mas al hombro, comiendo y bebiendo como holgazanes,  
mientras nuestros camaradas corren peligro?»—«Si Sa-  
balls no quiere ir, exclamaba otro, que encargue la  
operacion á Boet ó á Huguet, y quédese aquí con sus mo-  
zos de la Escuadra. Lo urgente ahora es ir á la Seo.»—  
«Pues chicos, repuso uno, parece que no le dá la gana.»  
—«¡Hum! murmuraba alguno. Aquí hay gato encerrado.  
Cualquiera diria que Saballs se ha vendido.»—«A fé, ex-  
clamó otro, que si es cierto, le he de sacar las tripas al  
sol por pillo y traidor.»—«Y yo tambien, y yo tambien,  
decian los demás.»

No era menos vivo el descontento de los individuos.  
«Chico, ¿lo comprendes tú? se decian los voluntarios. No  
cobramos, no salimos de aquí, no nos batimos nunca, no  
vamos á la Seo, ni hacemos nada bueno. El diablo que

lo entienda.”—«Yo estoy tan cargado de fastidio, exclamaba uno, que sino que me emperrea, ya me hubiera acogido á indulto para volver á casa. ¿Esto es vivir? ¿para esto nos hemos levantado? A mí tanto se me da de D. Carlos, como de la República, de D. Alfonso y de la Religión. Lo que quiero es hacer guerra al gobierno, cualquiera que sea; porque todos son lo mismo; malos, detestables y lo demás que ya sabemos; y como si tomé el fusil y me fui á la montaña fué para batirme contra la tropa; francamente, si esto continua del mismo modo, tiro el fusil y me voy á Francia.”—«Camaradas, decía otro. ¿Sabeis lo que temo? Que nuestros jefes nos vendan. Ya sabeis que los ministros de D. Alfonso trabajan mucho, y ¿quién sabe?... ¡*L'argent fa tutto!* como decimos la gente del bronce. Lo cierto es que mientras en la Seo se están matando, nosotros continuamos aquí mano sobre mano.”

«Pues á fé, exclamó un catalán que hasta entonces había callado; que si no corremos, luego se perderá, porque los de la plaza tienen por gobernador á un tipo mas cobarde que una gallina, y mas fanfarron que un andaluz. Yo formaba parte de su division, y me marché, por no querer servir mas con aquel majadero.”—«¿Se llama Lizárraga eh? preguntó uno.”—«No, chico, repuso el anterior; Lizárraga.”—«Lo mismo da. Creo que es un castellano de los de *aquí estoy yo; mirenme ustedes.*”—«No sé; mas bien me parece haber oido decir que era navarro.”—«Bien, es lo mismo; castellano ó navarro, tanto da; todos son gente de mucha fachenda, y pocos cuartos; charlan mucho; y cuando han de obrar, tienen almorranas.”—«Esto sí que es cierto, observó el fugitivo. Imaginaos que habiendo sabido que llegaba Arrando, Lizárraga le salió al encuentro con mucha gente, tomando posiciones en un desfiladero donde podíamos aplastar á los liberales con solo tirarles piedras. Todos estábamos contentos, porque á mas de estar bien colocados, Lizárraga andaba entre nosotros, diciendo: «Muchachos, hoy vereis de lo que es capaz el general Lizárraga. Que llegue, que llegue ese señor Arrando. Si no sabe quién es Lizárraga, pronto le conocerá. Yo en Navarra y el Centro he hecho tortilla de muchas columnas, y ahora voy á dejar á esta como una cataplasma. A ver voluntarios catalanes, si os baltireis bien. Decid un *padre nuestro* y *avemaria* á la Virgen de los Dolores, y tirad sin miedo.”

Uno de los oyentes dijo entonces: «¿Ves? A mí ya no me hubiera cuajado aquel hombre. Quien mucho habla de valentía, cobarde seguro.»—«Puedes creer que es bien cierto, repuso el fugitivo. Porque así que Arrando desplegó las guerrillas, y cayeron sobre nosotros media docena de balas, Lizárraga se puso pálido como un muerto, empezó á perder la cabeza, iba echándose atrás, y cuando llegó á las últimas filas, dijo: Vaya, vaya, dejarlo para otro día; retirarse, y que pase el señor Arrando.»—«¡Qué animal, qué bruto, qué cobarde, qué conejo y gallinal! exclamaron los otros á coro.»—«Así yo me dije: ¿este bestia ha de defender la Seo? Bonita defensa será la suya. Lo que es á mí no me pesca. Abur, señor Lizárraga. Y cogí el *chopo*, me proveí de municiones, y andando á buscar á Castells. Pero las columnas se me interpusieron, tuve que tomar otro camino, y al fin llegué aquí.»—«Y muy bien que hiciste, dijo uno, porque con un cobarde como Lizárraga, la Seo está bien perdida, si no la socorremos presto.»

Los voluntarios del Centro, que eran los de mi division, se ocupaban tambien de aquellos misterios, y bablaban así poco mas ó menos: «¡Che! ¿qué hacemos, camaradas? ¿No se va á la Seo? Aquí nos estamos ya todos pudriendo.»—«¡Che! replicaba otro. Si esos catalanes no sirven para nada. Toda su guerra consiste en pasearse, comer y beber. ¡Che! Nadie lo entiende. ¿No decian que haríamos tantas cosas? ¡Che! Pues hasta ahora no hemos hecho nada.» Entonces algunos voluntarios catalanes acudían á defender su bandera provincial. «¡Voto á Dios! exclamaban, que si no vamos á la Seo, habrá una de San Quintín. Nosotros queremos, tanto como vosotros, que se socorra la plaza; y no tenemos la culpa de que no se haga. Si bastase coger el fusil é ir, ya estaríamos marchando. Pero nuestros jefes nos venden, ó están haciendo algun pastel; y ¡voto á Dios! que se irá á la Seo, ó haremos la de Dios es Cristo.»—«¡Che! exclamaban los míos. Si vuestros jefes os venden, frescos estareis. ¡Che! catalanitos ¡Ojol! ¡ojol!»

Toda esta emocion de cabecillas y voluntarios llegó á preocupar á Saballs, quien se entreluvo varias veces conmigo acerca de lo que se podia hacer contra Martínez Campos, sin decidirse por nada, aunque yo le propusiese varios planes. Un dia llegó Auguet, que tenia el empleo



de mariscal de campo, y se juntó con nosotros dos, y no recuerdo si con algun otro, para tratar de las operaciones de la Seo. Saballs habló disparatando y divagando, como quien se halla en un atolladero, y no acierta á salir de él; y Auguet, que es un hombre grave y taciturno le estaba escuchando, todo preocupado. De repente se enderezó, y mirando á Saballs, le interrumpió de este mismo modo: «No charles mas, no charles mas, que no sabes lo que te dices, ni lo que te pescas. ¿Sabes lo que te pasa á tí, Saballs? *Que t' han posat una capa molt grossa que no pots du y que t' fa anar de tort* (que te han puesto una capa muy grande que no puedes llevar, y que te está haciendo bambolear.)”

«¡Saballs conde, marqués, teniente general y capitán general de Cataluña! prosiguió: ¿Qué sabes tú de ser conde y marqués y general? ¡Lo mismo que hacerme á mí mariscal de campo! ¿Háse visto mayor majadería? Nosotros somos buenos para mandar tal cual un batallon; y todo esto de condes y marqueses y tenientes generales se ha hecho para otros mas instruidos. Si á mí D. Carlos me manda un papelote ennobleciéndome, lo guardaré para la primera vez que vaya al lugar comun. Lo que hemos de hacer ahora es dejar que el brigadier Boet, que es militar, y sabe lo que conviene, disponga lo que sea necesario para salvar á la Seo, y concurrir todos nosotros para que la operacion salga bien.” Saballs en lugar de incomodarse, contestó humildemente: «Ya sabes Auguet que no soy orgulloso, y que te estimo mucho; y por consiguiente, aceptando tu consejo, dejo al cargo del brigadier Boet disponer lo que le parezca.

#### XLVIII.

#### Escenas de Manlleu.

*Milan 11 de Setiembre.*

Apenas tuve la autorizacion de Saballs, continuó Boet, me puse á trabajar noche y día para la operacion general sobre la Seo; combiné los movimientos; escribí las

de mariscal de campo, y se juntó con nosotros dos, y no recuerdo si con algun otro, para tratar de las operaciones de la Seo. Saballs habló disparatando y divagando, como quien se halla en un atolladero, y no acierta á salir de él; y Auguet, que es un hombre grave y taciturno le estaba escuchando, todo preocupado. De repente se enderezó, y mirando á Saballs, le interrumpió de este mismo modo: «No charles mas, no charles mas, que no sabes lo que te dices, ni lo que te pescas. ¿Sabes lo que te pasa á tí, Saballs? *Que t' han posat una capa molt grossa que no pots du y que t' fa anar de tort* (que te han puesto una capa muy grande que no puedes llevar, y que te está haciendo bambolear.)”

«¡Saballs conde, marqués, teniente general y capitán general de Cataluña! prosiguió: ¿Qué sabes tú de ser conde y marqués y general? ¡Lo mismo que hacerme á mí mariscal de campo! ¿Háse visto mayor majadería? Nosotros somos buenos para mandar tal cual un batallon; y todo esto de condes y marqueses y tenientes generales se ha hecho para otros mas instruidos. Si á mí D. Carlos me manda un papelote ennobleciéndome, lo guardaré para la primera vez que vaya al lugar comun. Lo que hemos de hacer ahora es dejar que el brigadier Boet, que es militar, y sabe lo que conviene, disponga lo que sea necesario para salvar á la Seo, y concurrir todos nosotros para que la operacion salga bien.” Saballs en lugar de incomodarse, contestó humildemente: «Ya sabes Auguet que no soy orgulloso, y que te estimo mucho; y por consiguiente, aceptádo tu consejo, dejo al cargo del brigadier Boet disponer lo que le parezca.

#### XLVIII.

#### Escenas de Manlleu.

*Milan 11 de Setiembre.*

Apenas tuve la autorizacion de Saballs, continuó Boet, me puse á trabajar noche y día para la operacion general sobre la Seo; combiné los movimientos; escribí las

órdenes, y me preparé para marchar enseguida. Saballs lo aprobaba todo, y parecía dispuesto á secundarme, cumpliendo literalmente su promesa. Cuando hubé terminado, le entregué las órdenes para que las mandase á los jefes que entraban en el movimiento; las envió enseguida, segun me dijo, y quedamos en que al dia siguiente nosotros partiríamos para la Seo á la primera hora.

Yo estaba contento, porque al fin podia corresponder á la confianza que me diera Dorregaray; y ademas porque siendo militar, salia del marasmo en que Saballs me tenia, en medio de una guerra que los enemigos hacian muy defectuosamente. Asi es que me acosté muy animado, y lleno de esperanzas, creyendo de buena fé en la palabra del cabecilla catalan. Levantéme al toque de diana; vestíme, y salí para ver á Saballs mientras mis tropas formaban. ¡Pero cual fué mi asombro al saber que ya habia partido con sus mozos de la Escuadra y alguna gente mas! «¿Partido sin avisarme? exclamé estupefacto. Un oficial catalan me dijo entonces: «Nos ha dejado encargado que le siguiera V. con su gente.»

Como me perdia en conjeturas, me apresuré á ponerme en marcha, haciéndome guiar por los que conocian la direccion; pero al ver que tomábamos un camino opuesto al de la Seo, me detuve sorprendido: «¿Están ustedes bien seguros, de que ha ido por ahí?»—«Sin duda, me contestaron.» Ante respuesta tan categórica, segun sin decir palabra, bien que ponderándome lo incomprendible de una marcha tan extraña. «Nada de esto formaba parte de la combinacion, me decia. ¿Pues por qué se hace? ¿tendrá Saballs noticia de que se acerque alguna columna? ¿se habrá propuesto dar algun golpe de mano que no haya de retardar el movimiento? ¡Pero quien puede adivinar el motivo de esto!»

Impaciente ya de mi ignorancia é incertidumbre, dejé mis tropas al cargo de Gamundi, y me adelanté á escape para alcanzar á Saballs, hallándolo al fin en medio del camino. «Buenos dias, brigadier, me dijo con mucha frescura. ¿Como está V.?»—«Muy admirado de este movimiento, general, le contesté; porque no creo que el camino sea de la Seo.»—«No, repuso Saballs. Este camino es el de Manlleu. Anoche se me ocurrió una treta contra esta poblacion; y hoy se la vamos á pegar. Es el caso que el domingo pasado era su fiesta mayor; y porque



Hegó una columna liberal, no hicieron la procesion, los bailes, ni las representaciones de teatro, dejándolo para hoy, á fin de que la presencia de la tropa no se lo aguara.»

«Como Manlleu es liberal, será muy divertido que lo que no quisieron hacer porque las tropas de su partido estaban allí, lo hayan de hacer hoy, á pesar de haber llegado las del partido contrario. Ellos querrán de nuevo suspender la funcion; pero yo les obligaré á celebrarla. ¡Imaginé V. si estarán amolados! Habrá bailes; iremos nosotros, y me verá V. bailar: de modo que hoy se convencerá V. de que no exageraba al decir que soy un modelo perfecto en este arte, y que nadie me iguala en la agilidad y gracia de los movimientos. En fin, tenga usted un poco de paciencia, y se divertirá en extremo. Además se halla en Manlleu una compañía de cómicos del teatro catalán, procedentes de Barcelona; y como soy aficionado á las comedias de D. Serafi Pitarra, les haremos representar alguna de las mas chistosas, como la *Esquella de la Torratxa*, los *Ous del dia*, ó *Don Jaime el conquistador*; y crea V.. Boet, que pasaremos el dia mas agradable y divertido del mundo. Ya ve V. que Saballs sabe vivir, y le quiere á V. bien.»

Quedé tan sorprendido, tan estupefacto y asombrado, que miraba y remiraba á Saballs dudando de que hablase en sério, y maravillado de que me hiciese una broma con tanta naturalidad. Pero no se trataba de bromas, sino de verdades, y luego me convencí de que el hecho era tal como el cabecilla me lo acababa de contar. Entonces me sentí tan indignado, que ni yo mismo sé porque en vez de apostrofarlo con toda la cólera de que estaba lleno, le contesté con moderación: «Dígame usted, general ¿y el movimiento que hoy habíamos de empezar sobre la Seo?»

«Mire V., brigadier, me contestó Saballs; lo he pensado mejor, y atendido que es inútil remediar lo que ya no tiene remedio, he renunciado á aquel plan, prefiriendo ir á Manlleu. La guerra se acaba, porque nosotros no podemos mas; el país está cansado, y D. Carlos es un vaiazas, que ha perdido la confianza de todas las personas de valia; y habiendo esto, la salvacion de la Seo no es cosa que pueda remediar tantos males. En estas circunstancias yo no quiero la responsabilidad de hacer matar

más gente nuestra, y en vez de batirme, prefiero esperar los acontecimientos, vagando por estos contornos. La expedición combinada, que V. me propuso, nos costaría mucha fatiga y sangre; habríamos de dar una batalla general, las balas no son de azúcar, y caerían muchos voluntarios nuestros; y como aunque venciésemos, también perderíamos la guerra, es preferible estarse tranquilo, sin amolar y sacrificar á nadie. Vale más que vayamos á Manlleu, donde nos divertiremos, bailaremos, y veremos la comedia."

Yo estaba lleno de despecho é indignación, y así no pude menos de exclamar: «¿Por qué no me decía usted esto ayer? ¿No vé V. que ahora es tarde?»—«Ayer no lo había pensado bastante, me contestó. La noche es buena consejera; yo he consultado con la almohada, y esta me ha dicho que valia más ir á Manlleu.»—«¿Pero no vé V., repuse, que los demás jefes y generales tienen ya la orden de hacer el movimiento, y que esto puede producir una catástrofe? Ellos harán ahora la operación contando que nosotros ocupamos nuestro punto; y al hallarse delante del enemigo, este se aprovechará de nuestra ausencia para cargar sobre ellos con todas sus fuerzas.»—«Bah, bah, no tenga V. cuidado, dijo él. Ya saldrán del paso de un modo ú otro."

«¿Y si no salen? repliqué. Además ¿qué necesidad había de comprometerles tan gratuitamente? No parece sino que nos hemos complacido en llevarlos al degolladero. Si usted no quería hoy marchar á la Seo, podía al menos decírmelo, y yo hubiera enviado enseguida contraórdenes, para que dejasen de cumplir lo mandado.»—«Tanto dá, hombre, me contestó Saballs. Ellos mismos ya conocerán lo que deben hacer al ver que no comparemos. Pero si quiere V. enviarles algo, hágalo en hora buena, y yo se lo mandaré en seguida. Sin embargo, valdria más que no se preocupase tanto, porque aquí nunca miramos delgado en estas cosas. Mejor sería que siguiese V. tranquilamente su camino, y se preparase para disfrutar de los placeres de Manlleu. Recuerde usted que habrá procesion, baile donde yo bailaré, baquete y comedia de Pitarra, con una compañía de lo mejor de Barcelona. Pitarra es uno de los autores más chistosos de ahora; y fuera del *Rector de Vallfogona*, no ha habido nadie que le tosiera. ¡Lástima que no haya

atinado en hacer la comedia de D. Alfonso y D.<sup>a</sup> María de las Nieves!”

Viendo que no habia escape, me detuve, llamé á un ayudante mio, y allí mismo le dioté enseguida las contraórdenes, y las entregué á Saballs, que las envió inmediatamente á los generales y jefes que habian de concurrir al combate de la Seo. Empero, ignoro si lo hizo en serio, ó en broma, y por consiguiente si fueron verdaderamente á sus destinos. Continuamos la marcha y por fin llegamos á Manlleu. Yo estaba de un humor tan negro, que me daba á todos los demonios. No podia sacarme de la cabeza la canallada de Saballs, y la mala fé con que la hiciera. Gamundi fué á verme; y al saber lo que pasaba, montó en cólera contra su amigo. «Si ya dije que estaba hecho un *pachiguani*, exclamaba. ¡Majadero! ¡bellaco y holgazan! No piensa mas que en recoger cuartos, y bailar! En fin, Boet, añadió, malhaya el dia en que viamos á Cataluña. Mas nos valiera quedar hundidos en el Centro. Aquí no hay mas que *pachiguanis*. ¡Ah, si solamente estuviéramos media docena de jefes de Maella! ¡Ya se lo daría yo á esos Jovellar y Martinez Campos!”

Como habrá V. comprendido los vecinos de Manlleu cayeron de las nubes, cuando nos vieron llegar á nosotros, á quienes tanto odiaban; y para fastidiarnos suspendieron enseguida todos los preparativos de su fiesta mayor, mostrándonos un rostro despechado y rencoroso. Pero Saballs, que no entendia de bromas de tal especie, mandó bajo severas penas que se hiciese la procesion; y como el clero de la villa simpatizaba con nosotros, se obedeció, siendo la ceremonia muy fria y lúgubre. Si no recuerdo mal, no hubo bailes, por haber resuelto las chicas retraerse; y de aquí que no tuviese ocasion de ver las gracias de Saballs en este ramo del arte. En cambio el gran hombre secuestró inmediatamente á los actores y el teatro y dió orden á aquellos de prepararse para representar las piezas mas cómicas de Serafi Pitarra. Calcule V. qué cara harian aquellos pobres actores. Lástima que D. Serafi no estuviese con ellos, para hacer mas completo aquel cuadro de fisonomías tétricas.

Saballs queria lucirse; y con este objeto mandó transformar el teatro en café; ordenó que no se permitiera la entrada mas que á la oficialidad y voluntarios carlistas, y que mientras se representaran las piezas, se sirviera á



los concurrentes café, vino, cerveza, gaseosas, licores; en fin, todo lo que pidieran, ofreciendo pagar el gasto, como en efecto lo hizo. La música carlista debía amenizar los intermedios para que la fiesta fuese mas espléndida.

Gamundi y yo, llenos de indignación, nos negamos á asistir; y encerrándonos en mi alojamiento, pasamos el tiempo haciendo tristes reflexiones sobre la situación. En esto llegó un enviado de Saballs, rogándonos de parte de este que fuésemos al teatro. Pero nos excusamos con muy mala cara. Poco despues entró otro mensejero con la misma oracion, y se volvió con la misma negativa. Entonces se presentó el mismo Saballs, vestido de nuevo, flamante, lleno de dijes, y con un calvario de condecoraciones. «¿Por qué me dais este chasco? exclamó. Señor brigadier, no lo esperaba de V.; y de tí tampoco, mala pieza, dijo Gamundi.»—«Vete al diablo, *pachiguani* holgazan, contestó este. No me hables mas, porque quisiera hallarme á cien leguas de tí.»—«Los dé Maella, exclamó Saballs, sois un atajo de estravagantes.»—«Y los catalanes como tú, replicó Gamundi, sois una pandilla de tunantes que no servís sino para robar y bailar.»

Yo me callaba, guardando una expresion severa, y el cabecilla nos miraba alternativamente á Gamundi y á mí, sin saber qué hacer, ni qué decir. Al fin exclamó: «Esto no puede continuar. Todo el mundo ha observado en el teatro vuestra ausencia, y se murmura atrocmente de ella. Ya sé que estais cargados de no haber ido á la Seo. Pero yo os aseguro que el movimiento era imposible, porque al llegar, nos hubiéramos hallado sin una racion para alimentar á la gente, pues sé que todos aquellos pueblos están exhaustos, y que ellos mismos carecen del pan necesario para alimentarse. Vamos, dejad esta mala cara, y venid al teatro. No conviene que nos vean mas tiempo separados, porque la darán en decir que estamos divididos; que no nos entendemos, y que queremos rompernos la cabeza. Si no venís, yo no voy, y me quedo aquí con vosotros, aunque los tres reventemos de lastidío.»—«¡Así hubieses reventado tu hace tres meses, *pachiguani* de todos los demonios! exclamó Gamundi. Quizá ahora salváramos á la Seo.»

Conoci yo que lo mejor era ceder; y levantándome, rogué á Gamundi que viniera, lo cual hizo de muy mala gana y renegando. Saballs entró con nosotros en el tea-

tro, pavoneándose como un triunfador. Entouces se nos presentó un espectáculo inaudito, pintoresco y grotesco á la vez. En el escenario los actores representaban con una mala gana evidente, y de seguro que entre frase y frase nos echaban las maldiciones mas tremendas; y en el anfiteatro, la platea y demás sitios del público se veia entre una espesa bruma de humo una masa de mesas con botellas, vasos y tazas encima; y una aglomeracion de gente sentada ó en pié, con sendas boinas, bebiendo, fumando, conversando, disfrutando y gritando, mientras los mozos del café pasaban por los claros, sirviendo á los concurrentes. «¡Puros de 3! exclamaba una voz.—*Petalal!* decía otra.—¡Marrasquino y rom!—Trae bizcochos!—¡No me pises, bruto! gritaban otros.” Como es natural, la voz de los actores se perdía en el estruendo de aquella muchedumbre; y cuando terminaba la pieza, los músicos dejaban los vasos, el cigarro y las botellas, tomaban los instrumentos, y tocaban briosamente el mas delicioso *can-can*.

A los pocos momentos de llegar, conocimos que habia una gran marejada contra Saballs, y que este habia venido á buscarnos para calmarla un poco. Todos los concurrentes estaban indignados de que no se hubiera ido á la Seo, y lo criticaban del modo mas franco y vehemente, desde los simples oficiales hasta los jefes. Se distinguía entre todos uno, que creo era oficial de canjes, quien hablaba con una cólera desesperada. Las expresiones mas duras se cruzaban como un terrible tiroteo. «Es una infamia estarnos aquí, decian.—Nuestro deber era salvar la Seo.—Don Francisco es un pillo.—Desengáñate, se ha dejado comprar.—Pues echarle las tripas al sol, y tomar otro general.—¡Dejar perder la Seo de este modo!—¿De qué sirve haber hecho la guerra tanto tiempo?—Sirve para robarnos á nosotros y al país, ó irse al extranjero con el bolsillo bien repleto.—¡Voto á Dios! ¿y no sabremos pegarle á ese bribon cuatro trancazos que lo dejen en el sitio?...” Tales eran las barbaridades que allí se decian contra Saballs; quien, aunque las oia muy bien, se hacia el desentendido, aparentando no ocuparse de otra cosa que de obsequiarnos á Gamundi y á mí.

La funcion acabó sin ningun otro incidente desagradable. Pero la rábía de los carlistas era tan grande, que desde entouces empezó á formarse un complot de muchos

cabecillas para matar á Saballs; y como todo el ejército estaba conforme, ya se hablaba de ello en cualquier parte, como de una cosa necesaria. No podía uno llegarse á un grupo de cabecillas, sin oírles tratar del modo de degollarlo; ni pasar por delante de un corro de voluntarios que no les viese discurrir sobre la necesidad de hacerlo. Asustado yo de la confusion que esto causaba en las filas, y de la indisciplina que habia de promover, reprendí á los cabecillas que más se ocupaban de la trama, y un día dije á Miret: «Diga V. á sus compañeros, que cuando se juzgan necesarias estas cosas, se hacen sin decírlas. Hagan Vds. lo que quieran con Saballs, ya que lo juzgan traidor, ó un hombre calamitoso. Pero sirvanse al menos no alborotar á las tropas, discutiéndolo en su presencia; porque nadie sabe la trascendencia que puede tener una falta tan grande de cordura.» Entonces se reprimieron; pero Saballs, que ya los conocia, se guardaba bien de ellos, con la ayuda de sus mozos de la Escuadra; y así, aunque quisiesen matarlo, supo quitarles la ocasion.

## XLIX.

### Retirada de Cataluña.

*Milan 15 de Setiembre.*

Por fin llegó el día de la capitulacion de la Seo, y desde aquel momento todos conocimos que la guerra de Cataluña estaba concluida, tanto porque todas las fuerzas liberales se nos echarian encima, como porque las poblaciones que habian simpatizado con nosotros nos abandonaban, cansadas de hacer esfuerzos estériles. Dorregaray tomó la determinacion de marcharse, y pasando con algunos batallones á Aragon, tuvo la suerte de llegar al Norte, despues de muchas peripecias, y se presentó á D. Carlos, ofreciéndole otra vez sus servicios, hasta en aquellos momentos supremos.

Yo resolví hacer lo mismo, pero como me hallaba mucho mas distante, me entretuve aun en la provincia de Gerona, con el objeto de disimular mis intenciones. En-



cabecillas para matar á Saballs; y como todo el ejército estaba conforme, ya se hablaba de ello en cualquier parte, como de una cosa necesaria. No podía uno llegarse á un grupo de cabecillas, sin oírles tratar del modo de degollarlo; ni pasar por delante de un corro de voluntarios que no les viese discurrir sobre la necesidad de hacerlo. Asustado yo de la confusion que esto causaba en las filas, y de la indisciplina que habia de promover, reprendí á los cabecillas que más se ocupaban de la trama, y un día dije á Miret: «Diga V. á sus compañeros, que cuando se juzgan necesarias estas cosas, se hacen sin decírlas. Hagan Vds. lo que quieran con Saballs, ya que lo juzgan traidor, ó un hombre calamitoso. Pero sirvanse al menos no alborotar á las tropas, discutiéndolo en su presencia; porque nadie sabe la trascendencia que puede tener una falta tan grande de cordura.» Entonces se reprimieron; pero Saballs, que ya los conocia, se guardaba bien de ellos, con la ayuda de sus mozos de la Escuadra; y así, aunque quisiesen matarlo, supo quitarles la ocasion.

## XLIX.

### Retirada de Cataluña.

*Milan 15 de Setiembre.*

Por fin llegó el día de la capitulacion de la Seo, y desde aquel momento todos conocimos que la guerra de Cataluña estaba concluida, tanto porque todas las fuerzas liberales se nos echarian encima, como porque las poblaciones que habian simpatizado con nosotros nos abandonaban, cansadas de hacer esfuerzos estériles. Dorregaray tomó la determinacion de marcharse, y pasando con algunos batallones á Aragon, tuvo la suerte de llegar al Norte, despues de muchas peripecias, y se presentó á D. Carlos, ofreciéndole otra vez sus servicios, hasta en aquellos momentos supremos.

Yo resolví hacer lo mismo, pero como me hallaba mucho mas distante, me entretuve aun en la provincia de Gerona, con el objeto de disimular mis intenciones. En-

tonces los liberales empezaron á perseguirme violentamente, sin dejarme dormir ni parar. Cada día era para mí un problema de los mas árdulos. El enemigo me estrechaba con fuerzas superiores; los pueblos se hallaban exhaustos, y mis tropas carecian de municiones.

Lo que entonces sufrimos no puede tampoco describirse. Rendida mi gente de hambre y cansancio, era con frecuencia sorprendida al fin de las jornadas, mientras pedíamos un pedazo de pan; y si no sucumbíamos, se debía á la extrema circunspeccion de los jefes contrarios, y á la costumbre que éstos tambien tenían de hacerse preceder de un piquete de ginetes que con su presencia nos avisaba de la sorpresa un par de horas antes de llegar la columna. Había yo tenido siempre la costumbre de no ultrajar á las poblaciones; de tratar bien á los confidentes, y vigilar personalmente la distribucion de los viveres; y en aquellas difíciles circunstancias pude conocer toda su utilidad; porque á pesar de ir en derrota, los pueblos hacian lo que podian para alimentarnos; los confidentes nos servian con fidelidad, y las raciones se distribuian rápidamente. Así es que, á pesar de hallarnos tan expuestos, siempre evitamos una catástrofe.

Un día, apretado de cerca por el enemigo, me extendí y le esperé para contenerlo. Pero en aquel momento recibí aviso de que Saballs me esperaba en una montaña vecina para hablarme. Dejé el mando á Gamundi con algunas instrucciones, y seguido de dos ayudantes, corrí á ver al famoso cabecilla, que acababa de llegar al sitio designado, acompañado de su hijo, del secretario y de una pequeña escolta.

«Boet, me dijo; D. Carlos me ha relevado, dando el mando á Castells. Yo le quedo muy reconocido por este favor. No creo que Castells se envanezca de su nombramiento, porque ahí queda, como el sepulturero del carlismo catalán. Que lo entierre bien, y que se vuelva á casa. El pobre Castells será la última victima de la corte de Estella. En cuanto á mí, me voy á Francia; y no solo no volveré jamás á tomar las armas por esa imbécil é ingrata familia, sino que de hoy en adelante enseñaré á mis hijos á odiarla y despreciarla. Además pienso dar á luz un manifiesto diciendo quién es D. Carlos; explicando mil cosas escandalosas de la Corte de Estella, y exhortando á los carlistas á abandonar á aquel tipo, re-

nunciando para siempre á la guerra. No quiero que don Carlos engañe mas al mundo y á mi patria.”

Yo le escuchaba un poco distraído, porque como ya se había roto el fuego entre mi gente y el enemigo, observaba al mismo tiempo las maniobras de éste. Pero al oír las últimas palabras de Saballs, me olvidé de aquella lucha, para reprenderle. «General, le dije, creo que hará usted mal publicando ese manifiesto; pues aunque los liberales lo aplaudan en alta voz, lo criticarán entre sí, diciendo que V. es un perdulario y traidor. Si D. Carlos le hubiese deshonrado á V., tendría V. razon; porque entonces todo le sería lícito; pero V. no puede quejarse de don Carlos, quien le ha llenado de títulos, honores y condecoraciones, le ha apoyado siempre contra sus enemigos, y no le ha dado mas desaire que relevarlo ahora, cosa que V. estima como un favor.

«Como un gran favor, que le agradezco en el alma, repuso Saballs. Pero á pesar de todo, creo que sería conveniente hacer el manifiesto, aunque sucediese lo que usted me dice. En el mundo no se sabe aun quién es don Carlos; y yo creo que cuantos le conocemos debiéramos unirnos para darlo á conocer, á fin de que todos los candidatos y los ignorantes perdiesen la ilusion, y no se desquiciaran por un tipo que es indigno del mas ligero sacrificio, y del mas insignificante favor.”—«Si lo hace usted, repliqué, mata al partido; lo cual por ahora no es conveniente.”—«Pues yo, dijo Saballs, soy de otro parecer; y opino que debe matarse cuanto antes á D. Carlos, á fin de que nuestro partido se divorcie de él, y tome otro rumbo, ó se disuelva. Los carlistas no podemos, ni debemos ya vivir de los recuerdos del 35, de los delirios de una familia ambiciosa y degradada, y del fanatismo de un clero que no piensa mas que en la inquisición.”

En esto el fuego arreciaba, y yo á cada instante miraba mis líneas con inquietud. «Brigadier, me dijo el hijo de Saballs. Apresúrese V. á volver allá abajo, ó le cerrarán el camino. Las tropas empiezan un movimiento de flanco por esta parte, que le separará á usted luego de su gente.”—«Harto lo veo, repuse; y voy á partir en seguida. Adios, general. Le encomiendo á V. sobre todo que medite mucho lo del manifiesto.”—«Veremos, me contestó el cabecilla. Adios, y procure V. que no le rompan la cabeza, porque ahora tampoco serviría de nada. Expresio-



nes al amigo Gamundi."—Yo me volví al hijo y al secretario, y les dije: «Señores, les recomiendo á Vds. que aconsejen bien al general. No es prudente que dé el manifiesto. Procuren Vds. sacárselo de la cabeza.»—«Descanse V., señor brigadier, me contestó el hijo. Yo me encargo de convertir á mi padre, porque soy del mismo parecer de V.» Dicho esto, nos despedimos, y Saballs con su pequeña escolta tomó el camino de Francia, á donde llegó fácilmente.

Corrí yo á escape hácia mis posiciones; y con mucho trabajo pude llegar á ellas antes que ocurriese una desgracia. Ordené una retirada, que ya tenía dispuesta, y el enemigo nos dejó hacer, sin molestarnos mucho. Entonces Gamundi me dijo: «¿Qué quería aquel *pachiguani* de Saballs?»—«Me ha hecho saber, contesté, que lo habían destituido, y que se marchaba á Francia.»—«Todos esos *pachiguanis* tienen suerte, repuso Gamundi. Feliz él que puede ya dejar esas borracherías de la guerra. Yo estoy como un cura en los infiernos; no he hecho un cuarto en toda la guerra; antes bien he gastado algunos ahorros de mi mujer; y á pesar de esto, amuelate aquí, Pascual, que todavía no es tu hora. Vamos, Boet, que los de Maella no tenemos suerte. ¡Ah, que bien estaría yo ahora en mi casa, preparando mis cañas y cebos de pescar, relinchando al ver una de aquellas agraciadas hembras del país, ó tocando las castañuelas á mi mujer! Pero amuelate, Pascual, que tu naciste en Maella.»

Nos hallábamos á fines del otoño; pero como en aquellas montañas ya era invierno, y hacia un frío muy crudo, me apresuré á pasar á la provincia de Lérida, á fin de entrar en Aragón antes que las nieves me cerrasen completamente el camino del Norte. Todas aquellas jornadas fueron una lucha heroica con los hombres y las necesidades; y no sé como no sucumbimos todos bajo el peso de tanto peligro, de tanta miseria y fatiga. ¡Cuántas marchas penosas y arriesgadas! ¡cuantos dias de hambre horrible! ¡cuántas angustias de vernos cercados y acorralados! No había pan, no había descanso, no había refugio, no había esperanza para nosotros; y siempre teníamos encima al enemigo; de todas partes se nos aparecían las columnas; y apenas habíamos escapado de los lazos de una, nos hallábamos envueltos en los de otra. La gente caía por los caminos, rendida de cansancio, de

hambre y sueño; en cada pueblo dejábamos numerosos enfermos; y los hombres que aun podían sostenerse, temblaban de quedar inútiles al día siguiente. A pesar de esto seguían como buenos soldados; obedecían dócilmente mis órdenes, y parecían estar orgullosos de sufrir conmigo tantas y tan grandes privaciones. ¡Oh, raza española, que titánica y heroica eres! ¡qué admirable y superior te ha hecho la naturaleza! Nunca olvidaré aquellos terribles días, y el espectáculo lastimero, á la vez que sublime, que tuve la triste dicha de contemplar.

A pesar de todos los esfuerzos del enemigo, este no pudo impedirme que entrara en la provincia de Lérida; que me deshiciera de todas las columnas que me hostigaban, y me reuniera al fin con Castells. Encontré al viejo guerrero tan cachazudo y fresco como el primer día; y apenas me vió, sacó su caja de rapé, y presentándomela, me dijo con la mayor calma y cordialidad: «Vamos, brigadier, tome V. un polvo; que si hay tiempo, luego tomaremos otra cosa mas substancial. En estos momentos un buen polvo es tan necesario, como una buena chuleta.» Yo me sonreí. «El polvo lo agradezco, contesté. En cuanto á la chuleta, le estimaré á V. mucho que me la proporcione luego, porque hace 30 horas que no he tomado un bocado.» Castells se sonrió. «Ahora comprendo, repuso, porque no quiere V. el polvo, pues siempre he oído decir que los rígueros ayunos despejan las facultades mentales.»

Enseguida llamó á su asistente, y le mandó darme de comer. «Así que acabe V., véngase, y hablaremos, me dijo. Tengo muchas cosas que preguntarle.» Seguí al asistente, comí rápidamente lo que me dió, y apenas terminé, fui á buscar al jefe catalán, que estaba en la calle, rodeado de algunos oficiales que le anunciaban la llegada del enemigo. «¿Y bien, brigadier, me dijo, ha hecho Saballs, si ó nó, lo que les dije á V. y á Dorregaray? «Punto por punto, contesté. Lástima que haya sido V. tan buen profeta.» Entónces llegó un voluntario. «Don Juan, dijo, la columna está muy cerca.»

Castells tomó un polvo, y sin cuidarse del aviso, me contestó á mí: «Ya ve V. que conocia al hombre. Si le tengo medido de cabeza á piés. Los nuestros dicen que se habia vendido á Martinez Campos, pero se engañan.

Saballs es tan mentecato que ni podía defender al partido, ni venderlo. Durante la guerra ha hecho cuartos; y apenas ha salido de la miseria, ha suspirado por el día de dejar estas trifulcas y volver á su casa. Ha llegado la crisis de la guerra; la ha esperado con los brazos cruzados, y se ha hecho deponer. Ahora me han encargado á mí su herencia; yo la defenderé cuanto pueda, y despues, como nadie está obligado á lo imposible...! Un vivo tíroteo le interrumpió. «Don Juan, gritaron algunos desde lejos; las guerrillas del enemigo se nos echen encima!» —«¿Sí? exclamó él. Bien. Tanto mejor.» Enseguida sacó su rapé, tomó un polvo, se sonó con su gran pañuelo, y volviéndose á su asistente, le dijo: «*Noy, fés la truita.*» Corrió el criado á obedecer; pero el fuego apretaba; el enemigo ya entraba en el pueblo; un destacamento amenazaba envolvernos, y fué necesario salir á escape, dejando otra vez abandonada la famosa tortilla.

Pasé algunos dias con Castells, corriendo por aquel territorio á salto de mata; y cuando lo consideré oportuno, me despedí de él, y por medio de una contramarcha, engañé al enemigo, y me dirigí á Aragon, para ir al Norte. Gamundí se habia ya separado de mí, y entrado en Francia por el mal estado de su salud. Me lisonjeaba yo de ocultar por un par de dias mis proyectos al enemigo; pero éste los sospechó, y haciendo avanzar una de las columnas que tenia apostadas para guardar los confines de Lérida, ocupó un puente del Noguera Pallaresa, y me cerró el paso. Entonces me hallé entre un río y numerosas fuerzas enemigas, sin poder avanzar ni retroceder, sino por medio de un combate victorioso, que ni siquiera me era posible trabar por falta de municiones.

Al verme en este aprieto hice alto en un pueblo para comer y buscar noticias que me permitiesen salir de aquel atolladero. Alojéme en casa del cura, que era un sacerdote muy águado y carlista; y tomándole aparte, le manifesté mis apuros. «Estoy, le dije, tan mal, como en esos mismos sitios lo estuvo César mas de 1900 años atrás, y sin sus talentos para remediarlo. ¿No podría Ud darme algún confidente de mucha práctica y fidelidad que me ayudase á escapar de aquí?» El cura, que tenia un carácter muy campechano se sonrió, y restregándose las manos, me contestó enseguida: «Quizá, sí; pero antes de»



bo saber para qué servicio lo quiere V.!"—«Le diré, repuse. Por ahora me conviene mucho saber qué fuerzas defienden el puente, su número y posiciones. Despues veremos."—«Si no es mas que esto, dijo el cura, pronto lo sabremos."

Volvióse á su ama, y le mandó que llamase al sacristan, quien se presentó luego. «Mira, le dijo, ponte la sotana, tomá la santita con algunos gozos y novenas; véte al puente, y examina qué gente hay, y cómo están distribuidos."—«¿Y si me preguntan por los nuestros, qué contestaré? repuso el sacristan."—«Contesta que no se ha visto á nadie. Yo te absolveré de la mentira."—«Pues voy corriendo, dijo el sacristan."

Enseguida se vistió una sotana, tomó un plato de metal, con una santita en medio, que allí llaman la *santita*; colocó en él varios impresos, se compuso un rostro de tonto devoto, y se fué al puente, que estaba bastante lejos de la poblacion. Todos los soldados y oficiales lo dejaron acercar, sin desconfianza. El sacristan penetró en los grupos, y los recorrió, pregonando su mercancia. «Soldaditos, almas caritativas, decia, una limosnita para las almas del purgatorio. ¿Quién quiere la oracion de la Santa Cruz? ¿Quién pide los gozos de la Virgen del Carmen? Tambien tengo los versos de Santa Apolonia, que curan de mal de muelas. Todo se da por un cuarto cada cosa. Soldaditos, almas caritativas, haced bien, y os lo recompensarán."

Pronto todos se ocuparon del sacristan, «¿Quién es ese? preguntaban los oficiales entre sí."—«Un pobre diablo de sacristan de algun pueblo de los contornos, que viene á vender oraciones, contestaba alguno."—«Que el diablo se lo lleve á él y sus papelotes, exclamaban varios."—«Dejarle hacer; objetaba alguno. ¿No veis que es un mentecato, incapaz de distinguir la derecha de la izquierda? Si todos fuesen como él, poco trabajo nos daría esa gente."—«Tiene V. razon, decian muchos." Todo lo oía el sacristan, pero haciéndose el impasible, continuaba yendo de grupo en grupo con su cara de tonto rematado. «Soldaditos, almas caritativas, decia; los versos de Santa Apolonia, la oracion de la Santa Cruz, los gozos de la Virgen del Carmen. Un cuarto, no cuesta mas que un cuarto. ¿Nadie quiere comprar?"

Los soldados despavilados le miraban de reojo, y

mejor sería, exclamaban, arrojarlo á él y á los gozos de cabeza al río.”—«Esto sí que es verdad, añadían algunos.” Pero muchos se mostraban curiosos y tolerantes. «Sacristan, decían, ¿tienes los gozos de la Virgen del Pilar?—¿Tienes la oracion de Santa Madrona?—Dame acá los versos de la Virgen del Cármen; que se los mandaré á mi novia, que se llama Cármen.—¡Calle! Ahora que me acuerdo, yo tomaré los versos de Santa Apolonia, porque mi hermano padece mucho de las muelas, y quizá esto le cure. ¿Cómo se dice la oracion sacristan?—«Se reza por la mañana al levantarse, y por la noche al acostarse, contestó éste; y cuando viene el dolor de muelas, se canta con toda la voz que se puede hasta que el dolor cese.”—«¿Y si no cesa en un día? exclamó un chusco.” El sacristan conoció la idea, y se hizo el desentendido. «¡Toma! repuso un libre pensador. Si no cesa en un día, tampoco debe pararse de cantar, y así, una vez ú otra, se acaba el dolor.” «Muchos soldados se echaron á reir.

Quando el sacristan se hubo enterado de todo lo que me convenia, se retiró, volviendo al pueblo á toda prisa. Así que el cura le vió, se restregó las manos. «¡Ah, ah! dijo. Ya le tenemos aquí. ¿Qué tal ha ido la expedicion?—«Bien, señor cura, contestó el sacristan. He hecho doce cuartitos, y he visto lo que interesa á los nuestros.” Yo me eché á reir. «Magnífico, dije. A ver, explícate en seguida.” El sacristan me dió un gran número de noticias interesantes, y nos contó las peripecias del viaje de un modo que nos divirtió mucho. «Señor cura, dije, si Julio César hubiese dispuesto en aquel tiempo de un hombre como vuestra reverencia y de un confidente como el sacristan, pronto hubiera vencido.” El cura se sonrió todo satisfecho. «¡Oh! dijo. Poco hubiéramos podido hacer, porque entonces no se habian inventado aun las *santetas* ni los sacristanes.”

Por las noticias que aquel hombre me dió, conocí que la columna no estaría en el puente sino mientras yo me hallase en las cercanías; y despues de haber tomado cuantas provisiones pude, retrocedí, como si otra vez quisiese internarme en Cataluña. Pero dando luego un rodeo, obliqué secretamente hácia el puente, embosquéme á media hora de él, y esperé bien oculto. La columna continuó allí aquel día y parte del otro; y al saber que yo habia retrocedido, dejó el puente, y fué en mi segui-

miento. Entonces sali de mi escondrijo, pasé tranquilamente el mismo puente, y entré en Aragón.

### Regreso al Norte.

*Milan 20 de Setiembre.*

Tenia yo el plan de tomar por las escabrosidades del alto Aragón, como en efecto lo hice; pero apenas supo el gobierno que habia logrado pasar el Noguera Pallaresa, telegrafió mi marcha, y de repente me salió al encuentro la columna de Huesca, que bien apoyada por los naturales del país, me cortó el paso, y maniobró para cerrarme la frontera francesa. No habia remedio para nosotros. Avanzar era una locura; retroceder imposible; dar un combate, insensato; y solo nos quedaba la alternativa de entregarnos, ó impedir que nos tomáran la frontera, y entrar en Francia. No queriendo rendirme, tomé este último partido, y di en seguida las órdenes necesarias.

Hacia un frío horroroso; la tierra estaba llena de nieve, y la gente iba descalza y medio desnuda. Los Pirineos se levantaban majestuosamente, cubiertos de una nevada tan grande, que todos los puertos, caminos, veredas y hondonadas habian desaprecido bajo aquel diluvio terrible. No habia medio de andar por allí, sin peligro seguro de helarse, extraviarse ó hundirse en un despeñadero invisible. El enemigo, que conoció nuestros apuros, nos apretaba, estrechándonos vivamente, y acercándose más á la cadena pirenaica. En este gran conflicto, nuestra salvacion dependia de un buen guía que se sacrificase, y de la entereza de mi gente; y como tuve la suerte de hallar ambas cosas, no nos perdimos. Mi retaguardia hizo frente á las tropas, batiéndose con heroismo; y aunque apenas disponia de cartuchos, le contuvo, y retardó el movimiento de flanco, que tanto nos amenazaba. Era admirable ver como aquel puñado de hombres peleaban contra tantas fuerzas, disputando el terreno á palmas, á



miento. Entonces sali de mi escondrijo, pasé tranquilamente el mismo puente, y entré en Aragón.

### Regreso al Norte.

*Milan 20 de Setiembre.*

Tenia yo el plan de tomar por las escabrosidades del alto Aragón, como en efecto lo hice; pero apenas supo el gobierno que habia logrado pasar el Noguera Pallaresa, telegrafió mi marcha, y de repente me salió al encuentro la columna de Huesca, que bien apoyada por los naturales del país, me cortó el paso, y maniobró para cerrarme la frontera francesa. No habia remedio para nosotros. Avanzar era una locura; retroceder imposible; dar un combate, insensato; y solo nos quedaba la alternativa de entregarnos, ó impedir que nos tomáran la frontera, y entrar en Francia. No queriendo rendirme, tomé este último partido, y di en seguida las órdenes necesarias.

Hacia un frío horroroso; la tierra estaba llena de nieve, y la gente iba descalza y medio desnuda. Los Pirineos se levantaban majestuosamente, cubiertos de una nevada tan grande, que todos los puertos, caminos, veredas y hondonadas habian desaprecido bajo aquel diluvio terrible. No habia medio de andar por allí, sin peligro seguro de helarse, extraviarse ó hundirse en un despeñadero invisible. El enemigo, que conoció nuestros apuros, nos apretaba, estrechándonos vivamente, y acercándose más á la cadena pirenaica. En este gran conflicto, nuestra salvacion dependia de un buen guía que se sacrificase, y de la entereza de mi gente; y como tuve la suerte de hallar ambas cosas, no nos perdimos. Mi retaguardia hizo frente á las tropas, batiéndose con heroismo; y aunque apenas disponia de cartuchos, le contuvo, y retardó el movimiento de flanco, que tanto nos amenazaba. Era admirable ver como aquel puñado de hombres peleaban contra tantas fuerzas, disputando el terreno á palmos, á

pesar de su debilidad y falta de municiones: el mejor y mas aguerrido ejército del mundo no hubiera hecho mas.

Entretanto un guia se habia colocado en la vanguardia, armado de un palo; y tomando decididamente por los Pirineos, reconocia el terreno con el baston; avanzaba, si hallaba terreno firme bajo la nieve; retrocedia y tomaba por otra parte, si no lo habia; y poco á poco nos trazaba un camino seguro en medio de aquellas heladas cumbres. La gente desfilaba enseguida detrás de él, y la retaguardia seguia en pos, sin dejar de combatir. Yo dirigia el movimiento á caballo, para pasar despues de la retaguardia. La marcha fué penosísima; muchos hombres daban diente con diente, y apenas podian sostenerse; un gran número tiritaban y tenian los piés hinchados y ensangrentados; y no se caminaba sino haciendo un gran esfuerzo. La operacion nos tomó casi todo el dia, y á la caída de la tarde, cuando ya no habia otra luz que el fulgor de la nieve, entré en Francia con la retaguardia, no habiendo perdido mas que algunos muertos en el combate y algun rezagado que quedó prisionero.

Así logré salvar á mis tropas de las manos del enemigo. Pero al llegar á Francia, un cuerpo francés, que ya nos esperaba, nos desarmó, condujo mi gente á unos depósitos, y me dió orden á mi de establecerme en Tours. Separéme de aquellos héroes, dignos de mejor causa, con el corazon apesadumbrado, y fui á la ciudad de mi destierro donde quedé bajo la vigilancia de la alta policia. Allí hallé al general Mendiri, que habiendo ya subido su calvario en el Norte, estaba tambien expiando el error de haber pasado del ejército regular al carlista. Despues de señalados servicios al Pretendiente, mandando como general de division y como general en jefe, habia caido del poder por una intriga de sus envidiosos, ayudados de don Carlos, que tuvo recelos de él, apenas le vió en el primer puesto.

Mendiri me recibió con agrado y franqueza; me contó los últimos sucesos militares del Norte, refirióme la prision y causa de Dorregaray, por traiciones en el Centro, lo cual yo ignoraba; y me predijo el desenlace de la campaña, indicándome las operaciones que probablemente haria el enemigo, que en efecto fueron las mismas. «Boet, me dijo, la calaverada del carlismo ha terminado,

y quizá este partido no sobreviva á su vencimiento. Los que hemos peleado por él de buena fé, nos hemos lucido; y despues de sufrir en disgustos y privaciones lo que cada cual se sabe, ahora nos toca pagar aquella locura. Así no hubiésemos salido nunca de nuestras filas. Esperamos que D. Carlos sería un hombre, y hemos hallado que ni tiene sombra de tal. Todos somos victimas de su carácter perverso. Lo peor que podemos desear contra nuestros enemigos es que se hagan carlistas. Ya vé usted Dorregaray. ¿Quién se lo habia de decir? Un hombre tan digno, tan leal y desinteresado, verse ahora preso, como un malhechor, encerrado, incomunicado y corriendo peligro de morir en un cadalso, acusado de una traición absurda y ridícula. ¿Qué escarmientos, Boel! Si le digo á V. que la peor venganza que podríamos tomar de un enemigo sería persuadirle que se hiciese carlista... En cuanto á los adversarios que yo tengo en estas filas, no me preocupo del desquite, porque D. Carlos se encargará irremisiblemente de vengarme de ellos."

Las noticias de Mendiri me dejaron estupefacto y confuso, sobre todo las que se referian á Dorregaray; pues habiendo vivido en tanta intimidad con éste, no comprendia como se le tenia por traidor, cuando su lealtad era tan evidente. «¿Qué ha hecho? me decía. ¿De que se queja D. Carlos? Si no se puede pedir á un hombre mas abnegacion, mas lealtad y delicadeza de las que Dorregaray ha mostrado." Y así iba perdiéndome en conjeturas, sin ver el verdadero motivo de aquel proceso, ni atinar en que consistia.

Entretanto no pudiendo avenirme á continuar en Tours, mientras la guerra iba á desenlazarse en Navarra, prescindí de todas las consideraciones políticas; y un dia me fugué, y pude llegar á Bayona, antes que las autoridades conociesen mi desaparicion. Presentéme á una persona de la ciudad, que podia darme medios de volver á Navarra; y tuve la agradable sorpresa de hallar en la misma casa á mi amigo Pepe, que habia ido á Bayona á buscar municiones, y que al verme se echó en mis brazos.

«¡Qué alegría para mí, exclamó, de volver á verte despues de tan larga separacion! Por desgracia, añadió, es una alegría, llena de tristeza, porque, amigo, ya no hay esperanza! Pero luego hablaremos." Terminada su comision, me llevó á su alojamiento, donde pasamos



largo tiempo hablando de los asuntos del partido. «En cuanto á la vuelta al Norte, me dijo, pierde cuidado, porque vendrás conmigo, é irás seguro: pero á decirte la verdad, hubiera valido mas que no salieras de Tours. La guerra está perdida, y solo nos queda quemar los últimos cartuchos. Ni un Napoleon sería capaz de salvarnos.»—«Lo creo, contesté. Pero, hijo, no está en mi carácter holgar, cuando todavía mis camaradas se batien. Así, pues, no me persuadas que renuncie á volver, porque soy hombre de acción, y la pólvora me embriaga. Dejemos para otro día tratar de mis cosas; y dime, que demonios es eso de Dorregaray.»

Al oír esta pregunta, mi amigo se puso pálido. «Vive Dios! exclamó. ¿Qué quieres que sea, qué quieres que sea, sino una nueva canallada de D. Carlos y de su corte? ¿Crees tu capaz á Dorregaray de venderse?... Dime la verdad.»—«No solo no le creo capaz, respondí, sino que no vacilo en afirmarte que no se ha vendido, porque no podía hacerlo sin mi connivencia, y supongo que hasta ahora nadie me ha acusado á mí.»—«Bien, bien, exclamó mi amigo. Dame un abrazo por tu leal y sincera respuesta.» Y después de abrazarme, añadió: «En cuanto á tí, lejos de ser sospechoso, estás en auge en la corte, todo el mundo habla bien de tí, y confia en tus talentos. Pero no te fies, Boet; no te fies; porque otro tanto ha pasado á los demás. Sé circunspecto, y no te dejes engañar, ni deslumbrar. En Estella se dan caídas irreparables; y como aun eres jóven, sería lástima que te hundieras.»

«Te agradezco el aviso, repuse, y ten la seguridad de que no lo olvidaré, si llega lá ocasion de utilizarlo. ¿Y cómo se halla Dorregaray?»—«En gran peligro de ser fusilado, me contestó.»—«¿Qué dices! exclamé asombrado. ¿Pero dónde han hallado las pruebas de sus traiciones? ¡Esto es infame!»—«Y qué! dijo Pepe. ¿Imaginas que en el fondo de esta causa hay alguna idea política, ó militar? ¡Qué disparate! ¿No te acuerdas ya de la monja de Estella?... Pues hé ahí la verdadera traicion de Dorregaray! La monja ha desatendido los memoriales de don Carlos; y este que atribuye el desaire á Dorregaray, quiere vengarse de aquella ofensa.»—«¡Por Cristó! exclamé. Esto sí que es una canallada sin igual. ¡Oh! ahora mas que nunca quiero volver al Norte. Yo declararé á favor de Dorregaray; y veremos si despues de mi declaracion,

don Carlos se atreverá á vengarse de él, con aquel pretexto. Si quiere matarlo, que diga claramente que lo mata por celos. ¿Pero es posible que haya gente capaz de ayudarle en una cosa tan infame?"

Pepe se sonrió tristemente. «¿Aun no conoces á cierta gente del partido? me contestó. Mira: Marco de Bello le ayuda, porque Dorregaray en el Centro no quiso darle el mando de Aragon; Cucala le ayuda, porque Dorregaray lo hacia andar derecho; Tristany le ayuda, porque es un danzante; y así siguiendo. Toda la crápula de Estella pone las manos en esta bellaquería, sedientos de vengarse del desprecio en que el pobre Dorregaray les tenia cuando mandaba allí en jefe. Así es que no faltan colaboradores. Luego D. Carlos se encarga cada dia de buscar testigos falsos. Así que llega un jefe ú oficial del Centro, lo coge del brazo, lo acaricia, le dice que le quiere mucho, le promete el oro y el moro, y enseguida añade con aquella voz de hipócrita, que ya le conoces: Sé que estás enterado de la traicion de Dorregaray, y que sabes tal cosa y tal otra de ella; y como conviene á mi real servicio castigar á los traidores, ahora mismo irás á ver al fiscal, y se lo declararás. Enseguida, sin darle tiempo de responder, llama á un cortesano y le dice: Acompaña á este á ver al fiscal de Dorregaray; y dile que me ha declarado esto y lo otro; no se te olvide; que lo escriba, y que apresure la causa.»

«¿Qué infame, que vil y canalla! exclamé.»—«Pues así ni mas ni menos se está instruyendo la causa de Dorregaray. Los requeridos no se atreven á negarse á lo que don Carlos les inspira; y firman, todo maldiciendo su debilidad.»—«¿Y el país que dice? pregunté.»—«El país! exclamó Pepe. Navarros y vascongados están deseando que lleguen los liberales, para tirar las armas é irse á casa. La gente pudiente quisiera que algun Maroto tomase la iniciativa, antes de la irrupcion, y por medio de una entrega, salvase los fueros; lo cual comparte un gran número de jefes, con el objeto de quedar con sus grados. Pero dudo que esta vez haya Marotos, y la guerra acabará verosimilmente, aprovechando los navarros y vascongados la ocasion de darnos un puntapié, y de eirnos: Señores, basta ya de tragicomedia; apresúrense ustedes á marcharse, porque nosotros nos vamos.» Tal fué en substancia la conversacion que tuve con Pepe.

Al día siguiente partimos, y llegamos á Navarra, sin la menor dificultad. Pepe se separó de mí; y yo me fui á Tolosa para tomar el ferro-carril é irme á Durango, donde estaba la corte. Al llegar á la estacion encontré á Lizárraga, que acababa de ser cangeado, á un calavera de tono, llamado Carlos Calderon, brigadier, que poseía una gran fortuna; y un jefe catalan que habia servido á las órdenes de Saballs, los cuales esperaban el mismo tren. «Boet, Boet, exclamó Lizárraga así que me vió. Qué la Virgen de los Dolores le proteja y bendiga á V. ¡Cuan-  
tas cosas han pasado desde que nos separamos! Todo sea por Dios. Lizárraga no ha sucumbido bajo el peso de sus tribulaciones, porque no lo ha querido su excelsa pro-  
lectora, la Virgen de los Dolores; y ahora vuelvo á estas sacratísimas montañas, baluarte de la religion, de la le-  
altad y legitimidad, para verter hasta la última gota de sangre por Dios y el Rey.»—«Si, pensé; la sangre que tu viertas, no te manchará el uniforme!»

Entramos todos en un mismo coche, y el tren se puso en marcha, dando cada tropezon y tumbo, que bailá-  
bamos como en una diligencia que pasase por una mala carretera. Apesar de esto, se trabó entre nosotros una animadísima conversacion sobre la guerra, y Lizárraga habló como un huracan. «No quiero hablar de lo del Centro, exclamó, porque dirian que calumnio, y la ca-  
lunia no cabe en un pecho tan católico y leal como el mio. La Virgen de los Dolores, me es testigo, añadió, vi-  
brando sus místicos ojos, y ojalá que me perdone, si la ofendo; ella me es testigo que no salen de mis lábios sino verdades. Pues bien, la guerra del Centro se ha perdido por la traicion, y la de Cataluña lo mismo, y quiera Dios que la del Norte no sucumba por los mismos medios.»

«Libreme Dios, prosiguió, de ofender á SS. AA. D. Al-  
fonso y D.<sup>a</sup> María, á quienes respeto, como á los augus-  
tos hermanos de S. M. nuestro rey; pero sí, debo decir, en fé de aquella palabra, que la Virgen de los Dolores me manda guardar, que ellos fueron los primeros demole-  
dores de la fortaleza del Centro, y que despues no se ha hecho mas que continuar su obra. ¿Porque saben usted-  
des lo que me dijeron SS. AA., al despedirme? Nos vamos cargados de España y de los españoles, porque mas vale un puñado de cobre de los extrangeros, que todo el oro de vuestro país. A lo cual yo contesté: Pues sepan VV. AA.



que mas estimó la miseria de mi patria, que toda la riqueza del extranjero. ¿No fué bien contestado?" — «Mentira, pensé; ni te lo dijeron, ni se lo contestaste, porque eres demasiado cobarde para tener este valor." En realidad acerté, pues él mismo se retractó de ello á la hora de la muerte.

«Y ¿quien me negará, prosiguió Lizárraga, que este desprecio por España no sea un principio de traicion? Dicen de Dorregaray... ¡Eh! yo no niego... ¿Pero y SS. AA.? ¿por ventura hicieron allí algun bien? y si esto no es una traicion, en el sentido exacto de la palabra, no lo es moralmente?... Ahora no hablemos de Cataluña, añadió." — «Perdone V., mi general, repuso el jefe catalan. En Cataluña no ha habido traidores." — «Sí, sí, replicó Lizárraga." — «¿Quién lo ha sido? preguntó el catalan." — «¿Quién? Fulano de tal." Y citó á uno de los mas brillantes oficiales, cuyo nombre ahora no recuerdo. «Pues este, dijo el otro, murió á mi lado en un combate para socorrer á la Seo durante el sitio." Calderon, que estaba ya cargado de oír á Lizárraga, exclamó entonces: «Bravo, bravo; hé aquí una respuesta digna de un catalan." Lizárraga quedó cortado, y se calló, dejándonos hablar á los demás. Pero al llegar á Durango, me tomó á mi aparte, y me dijo: «Boet, no crea V. á esa gente. Todo se ha perdido por la traicion. La Virgen de los Dolores se me ha aparecido últimamente y me ha revelado que habia llegado para la religion una crisis terrible, pero que durante ella se verian grandes cosas, á cuyo efecto yo debia otra vez desenvainar la espada. Por esto he vuelto aquí. Me han dicho que Jovellar me ha canjeado por desprecio. Pero la Virgen de los Dolores le ha obcecado. Ya verá Jovellar de lo que soy capaz. En mi juventud serví á las órdenes de Zumalacárregui, quien un dia, al ver que llegaba tarde á las filas, me tiró un puntapié al trasero, que me hizo saltar á tres pasos de distancia. Pues sepa V. que Zumalacárregui no hacia esto sino con los hombres predestinados; y ahora se verá como aquel puntapié del gran Zumalacárregui no fué otra cosa que el bautismo del futuro Lizárraga. Adios, Boet; y confianza en la Virgen de los Dolores."

Entonces se despidió de nosotros, y se fué. «Qué tipo! exclamó Calderon." — «Este señor, dijo el catalan, calumnia con una frescura extraordinaria. Ahí ha estado de-

fendiendo la Seo del modo mas cobarde é inepto. —  
«Hay gente, dije yo, que valdria mas que estuviera en  
un manicomio.» Colderon se echó á reir, y entonces nos  
separamos.

LI.

**El proceso de Dorregaray.**

*Milan 21 de Setiembre.*

Boet continuó así: A los pocos dias de estar en Durango conocí que mi amigo Pepe no me habia engañado diciendo que yo habia crecido en la opinion del partido, y que generalmente se hablaba de mí bastante bien; pues no solo todos los militares, cortesanos y políticos con quienes hablaba me mostraban mucha deferencia, sino que D. Carlos mismo se apresuró á recibirme, y llenarme de halagos. Como esta entrevista fué muy importante, le daré á V. algunos detalles de ella, que contribuyen á destacar la figura del Pretendiente.

Halléle tal como le dejára; ni mas flaco, ni mas gordo, ni mas tonto, ni mas malicioso; ni mas ligero, ni mas reflexivo; ni mas cortés, ni mas grosero: halléle tan menecato como antes; tan enamorado de sí mismo, tan ignorante, tan envidioso, tan bellaco, tan mal intencionado y vulgar, como el último dia que le vi, en mi primer viaje al Norte. Cogióme nerviosamente de la solapa, y tirando una y otra vez, me dijo: «Bien venido seas, Boet. Me alegró mucho de verte en estos momentos de prueba. La revolucion va á caer sobre nosotros con todas sus fuerzas, y ahora se necesita mas que nunca del concurso de todos los hombres de mérito, para contenerla y rechazarla. Estoy muy contento de tu conducta en el Centro y Cataluña. Sé lo que has hecho; y lo admiró sinceramente. Lástima que hayas ido tan tarde, porque tu lo habieras salvado todo. Sin embargo, procuraremos repararlo. Eres un gran organizador; tienes una táctica incontrastable; y además no eres ambicioso como muchos otros. Tu trabajas solo para lucirte y dar brillo á mi causa!»

fendiendo la Seo del modo mas cobarde é inepto. —  
«Hay gente, dije yo, que valdria mas que estuviera en  
un manicomio.» Colderon se echó á reir, y entonces nos  
separamos.

LI.

**El proceso de Dorregaray.**

*Milan 21 de Setiembre.*

Boet continuó así: A los pocos dias de estar en Durango conocí que mi amigo Pepe no me habia engañado diciendo que yo habia crecido en la opinion del partido, y que generalmente se hablaba de mí bastante bien; pues no solo todos los militares, cortesanos y políticos con quienes hablaba me mostraban mucha deferencia, sino que D. Carlos mismo se apresuró á recibirme, y llenarme de halagos. Como esta entrevista fué muy importante, le daré á V. algunos detalles de ella, que contribuyen á destacar la figura del Pretendiente.

Halléle tal como le dejára; ni mas flaco, ni mas gordo, ni mas tonto, ni mas malicioso; ni mas ligero, ni mas reflexivo; ni mas cortés, ni mas grosero: halléle tan menecato como antes; tan enamorado de sí mismo, tan ignorante, tan envidioso, tan bellaco, tan mal intencionado y vulgar, como el último dia que le vi, en mi primer viaje al Norte. Cogióme nerviosamente de la solapa, y tirando una y otra vez, me dijo: «Bien venido seas, Boet. Me alegró mucho de verte en estos momentos de prueba. La revolucion va á caer sobre nosotros con todas sus fuerzas, y ahora se necesita mas que nunca del concurso de todos los hombres de mérito, para contenerla y rechazarla. Estoy muy contento de tu conducta en el Centro y Cataluña. Sé lo que has hecho; y lo admiró sinceramente. Lástima que hayas ido tan tarde, porque tu lo habieras salvado todo. Sin embargo, procuraremos repararlo. Eres un gran organizador; tienes una táctica incontrastable; y además no eres ambicioso como muchos otros. Tu trabajas solo para lucirte y dar brillo á mi causa!»



Bravo, bravo, Boet, añadió pinchándome con la mano. Bravo. Si todos mis vasallos fuesen como tú, ya estaría en Madrid."

Aunque tuve el buen sentido de no dar importancia á estos cumplimientos, me apresuré á agradecerlos respetuosamente. «Señor, dije, me cabe la satisfaccion de haber hecho en servicio de V. M. todo lo que estaba en mi mano; y si en algo he faltado, no ha dependido de mi voluntad, que ha sido siempre buena. Doy gracias á V. M. por las lisonjeras palabras con que me remunera, y le suplico que utilice pronto mis humildes servicios." Don Carlos me cogió del brazo, y haciéndome sentar junto á él, me contestó: «Bien, siéntate acá, y hablemos, porque yo te quiero mucho; tengo fundadas en tí grandes esperanzas; te destino á altos empleos en el partido, y desde ahora te trataré con la mayor confianza. Ya sé que en el fondo lo mereces, y que siempre serás digno de ello. Pero vamos al grano."

Yo me incliné, en señal de agradecimiento, y me puse en guardia, recordando todo lo que Pepe me contara, lo que Dorregaray me reveló, y lo demás que habia sabido desde mi vuelta á España. Cogióme D. Carlos por la solapa, segun su indispensable costumbre, y unas veces aflojando, y otras tirando, á compás del interés que queria dar á sus palabras, me dijo: «Tu llegada ha caído en todos conceptos como pedrada en ojo de boticario; y particularmente en un asunto de gran importancia por su trascendencia; quiero decir en la causa de Dorregaray. Afortunadamente tu deposicion será decisiva, tanto por tu autoridad, como por la circunstancia de ser testigo presencial; y Dorregaray y sus partidarios no podrán negar más lo que es evidente."

Enseguida se estiró los puños de la camisa y prosiguió: «Boet, tu sabes como han marchado esas cosas del Centro, porque has podido saber los altos secretos de ellas. Conoces la reunion que tuvo Dorregaray para entregar todo el ejército, así que hubo lo de Sagunto; y que si no lo hizo, fué por la resistencia de mis voluntarios y de algunos jefes decididos; no ignoras que despues estuvo negociando con el gobierno revolucionario por medio de su muger; ya sabes tambien que la retirada del Centro fué una venta, y que el regreso aquí tenia por objeto facilitar las operaciones del ejército enemigo, y darle una

victoria segura. Todo esto tu lo conoces hasta en sus menores detalles. Ahora bien, llamaré á uno de mis gentiles hombres, y le haré acompañarte al fiscal para que inmediatamente se lo declares á este. No te olvides de nada por insignificante que sea; dilo todo; detállalo bien; acuérdate de que tanto en esto me sirves, como ganándome una gran batalla. Con que voy á llamar; vé enseguida, antes que no se te olvide lo que aquí hemos hablado; y despues vente á comer conmigo, porque en el fondo ya sabes que te quiero mucho, y que tengo mucha confianza en tí."

Aunque estaba prevenido, la escena me dejó estupefacto, porque superaba todo lo que sabia é imaginara en bellaquería é infamia. «¡Qué canalla y qué pillo es este hombre! pensé." Pero antes no llamase á nadie, me apresuré á desengañarle. «Señor, dije; crea V. M. que si supiese algo de lo que me acaba de decir, no solo lo declararia, sino que ya lo hubiera hecho desde Cataluña, desde Francia, ó al menos el mismo dia de llegar aquí. Mis noticias sobre el general Dorregaray son muy diferentes de las que V. M. supone; y yo ignoro la primera palabra de la traicion que se dice." Don Cárlos se echó atrás, y me miró estupefacto. «¡Cómo! exclamó. ¿Tu no sabes que me ha vendido, y que ahora venia á completar la traicion, entregándome á los revolucionarios las líneas de Navarra y de las Vascongadas?»—«En efecto, señor, lo ignoro, repuse."

«Pues no importa, replicó D. Cárlos, porque en el fondo ya lo sé yo, lo cual debe bastar á un leal y dócil vasallo como tú. Los reyes absolutos, Boet, en razon á nuestro derecho divino y á relaciones particulares, averiguamos reservadamente muchas cosas recónditas que se encubren á la perspicacia de los demás hombres, lo mismo del comun de la gente, que de lo mas instruido; y así cuando le decimos á un vasallo tal cosa es cierta, tal otra falsa, y estotra dudosa, el vasallo debe creernos ciegamente, porque no le es permitido dudar de la palabra del rey, discutirla, ni sospechar de ella."

«Así como los Papas ahora son infalibles, prosiguió, así los reyes de derecho divino lo hemos sido siempre en virtud de la misma prerogativa; porque el Papa representa á Dios, como iglesia; y nosotros á Dios como autoridad política y civil. Yo sé, pues, que en el fondo Dorregaray

me ha hecho traicion; que todos los detalles que te he dicho son ciertos; y que no contento con haberme arruinado en el Centro, queria consumir en estas provincias la iniquidad de que se habia encargado. Pero como yo soy el rey, y los reyes no podemos rebajarnos á declarar contra los vasallos, me he apresurado á informarte de mis noticias, para que tú, cumpliendo como bueno, te apresures a adoptarlas y declararlas al fiscal, á fin de que se haga terrible justicia en el culpable.”

Mientras D. Carlos hablaba, yo pensaba: «Si este hombre no está loco, está muy trastornado de juicio; porque cuanto dice es una insensatez.” Y cuando terminó, añadí en alta voz: «Señor, si el general Dorregaray es traidor, y V. M. lo sabe de cierto, pídamme enseguida á mí la espada y mándeme tambien encausar, pues no soy menos traidor que él; porque cabalmente asistí á la entrevista que el general Dorregaray tuvo con su esposa; y llegada la retirada, determiné y dirigí todas las operaciones que se hicieron hasta que nos reunimos con el general Castells.” D. Carlos quedó cortado, y me miró en silencio y con desconfianza. Al fin, me cogió del brazo, y exclamó: «¿Tú en lugar de Dorregaray hubieras resuelto marcharte del Centro al invadirlo Jovellar y Martínez Campos?” Y volvió á mirarme fijamente, sin dejarme del brazo.

«Permitame V. M., contesté. La permanencia era muy difícil, muy expuesta, muy peligrosa. Con todo, yo, á ser general en jefe, la hubiera probado, aun á riesgo de una catástrofe.”—«Bravo, exclamó D. Carlos. Pues he aquí una prueba de la traicion de Dorregaray.” Yo guardé un silencio intencionado. «¿No te parece? dijo el Pretendiente tirándome de la solapa.”—«No, señor, contesté. La cuestion militar era entonces muy discutible, y tan buenas razones se podian alegar en pró de mi plan, como del que se siguió. Cada uno tenia sus ventajas é inconvenientes. En el arte de la guerra, señor, cuando ocurre una contingencia así, los militares se deciden, segun su respectivo carácter; pues la parte matemática se halla tan equilibrada, que confunde á la razon, y lo deja todo al arbitrio del temperamento. Yo mas jóven y mas lleno de salud que el general Dorregaray, me hubiera quedado; pero él, que tiene mas años y mas experiencia que yo, y que está algo achacoso, creyó mejor retirarse. Por lo



demás ruego á V. M. que tenga presente que tomó la determinacion despues de oír un consejo de guerra, donde todo se propuso y examinó, optando la mayoría por el abandono del país.”

Don Carlos exclamó impetuosamente: «Entonces ¿por qué hay tantos testigos contra él? ¿por qué Cucala, Marco de bello, el cura de Flix, Lizárraga, el Padre Bonifacio y otros están contra él, y declaran á grito herido que ha hecho traicion?»—«Señor, dije una vez que estos señores afirman que se ha vendido, conviene escucharlos, y examinar bien sus razones, pues quizá saben datos que ignoro. Yo me reduzco á hablar de mí mismo, y repito que si el general Dorregaray es traidor, tambien lo soy en gran parte, pues muchas cosas las vi, ó hice con él.»—«¿Cómo? repuso el Pretendiente. ¿Tú ignoras lo que hizo cuando quiso secundar el pronunciamiento de Sagunto?»

«No sería extraño, contesté, porque me hallaba convaleciente de un ataque cerebral. Pero luego me enteré de muchas particularidades del cuartel general carlista, y me admiro de ignorar la mas interesante. Yo temo, señor, que este dato sea erróneo, porque atendido que el general Dorregaray acababa de llegar al Centro, dudo que, aunque hubiese querido venderse, se hubiese atrevido á proponerlo, ó intentarlo, no conociendo allí á nadie, ni siendo de nadie conocido. A menos de estar loco, ni él, ni otro podia pensar en esto con la mas mínima esperanza de éxito. Sé que entonces el general Dorregaray hizo algunas diligencias para averiguár si en las filas habia alfonsinos disfrazados de carlista, ó carlistas favorables á los alfonsinos; pero como V. M. comprende, era una medida necesaria para evitar defecciones que podian costarnos un quebranto. El general supo entonces que aunque hubiese algunos jefes y oficiales sospechosos, los voluntarios eran fieles, y no seguirian á los que quisiesen entregarlos. Lo mismo hizo cuando la defeccion de Cabrera, sin que hasta ahora se le haya acusado de haber querido secundarla. Otro tanto hice yo en ambas ocasiones, aunque nadie ha atacado mi fidelidad y reputacion. No digo, añadí, que mas adelante el general no haya podido darnos un gran disgusto, pasándose á los alfonsinos, ó al menos vendiéndose; pero repito que no lo ha hecho.”

Don Carlos estaba desconcertado; y no hacia mas que mirarme con recelo, estirarse todo confuso los puños de la camisa, y reflexionar, sin replicarme, ni tomar una expresion decidida. Conociase que sufría; que estaba irritado; que queria imponérseme; y que no hallaba medio de vencer mi resistencia. Despues de un largo silencio, me dijo: «¿Así, pues, tu crees inocente á Dorregaray?» — «Permitame V. M. que le diga, respondi; que yo no puedo afirmar nada sobre esto, porque habiéndolo aquél sido acusado y encausado, no me es dable formar concepto sin las declaraciones de cargo y descargo que se ha hecho en la causa. Lo único que puedo decir á V. M. es que hallándose en tela de juicio la conducta del general por su mando en el Centro, y estando yo envuelto en muchos hechos de esta época, deseo declarar, y que declararé la verdad, por mas que mis palabras contrasten con las de otros testigos.»

Don Carlos se mostró muy contrariado; y levantándose sin decir palabra, y con el rostro encendido, se puso á pasearse agitadamente arriba y abajo de la sala. Yo me levanté, y todo esperando sus órdenes, le contemplaba, y reflexionaba. «Si has creído, me decía, que soy un hombre sin carácter, capaz de satisfacer tus sanguinarios y vengativos apetitos, estás en un horror. Conozco el secreto de tu odio á Dorregaray, y no me engañarás.» En esto don Carlos se detuvo, y mirándome vagamente, volvió á estirarse los puños de la camisa, me cogió de brazo, y haciéndome pasear con él, reanudó la conversacion en voz baja y temblorosa. «Oye, Boet, me dijo. ¿Eres político?» — «No, señor, le contesté. No soy mas que soldado.» — «Así, replicó, te será mas difícil comprender lo que voy á decirte; pero si en el fondo no eres político, eres discreto, y ya le harás cargo de mis palabras. La situacion de los reyes absolutos es diferente de cualquier otra, y á veces exige actos severos para evitar muchos males. Un rey de mi origen y linaje puede verse en situaciones excepcionales, que requieran medidas del mismo género; y esto es lo que cabalmente ahora me está pasando.»

Despues de pensar un poco, añadió: «La revolucion, Boet, nos aprieta por todas partes, nos amenaza con fuerzas terribles, y á fin de vencernos mejor, ha puesto á su cabeza á un rey jóven y de mi propia familia. Con

esto se ha desmoralizado mucho mi bando, habiendo un gran número de gente importante, que espera la nueva irrupción, para abandonarme y pasarse. A mí me parece que si en tal momento hiciese fusilar por traidor á Dorregaray, en el fondo este acto produciría muy buen efecto entre mis masas, conteniendo por miedo á los que vacilan, y abatiendo á los que en secreto ya han renegado de mí. Un rey de mi linaje puede hacer esto con la conciencia tranquila, porque tiene ámplios poderes de Dios. Felipe II, su padre Cárlos V, y el fundador de nuestra dinastía en España, Luis el grande de Francia, y muchísimos otros reyes de derecho divino, nos han dado repetidos ejemplos de esto. Son tantos los intereses que debemos salvar y conservar; la religion, el derecho, la familia, la propiedad, el orden, la moral; que la vida de una víctima es nada comparada con ellos. Además, yo no digo que la víctima haya de ser inocente. Ténlo bien presente.”

«Dorregaray, prosiguió D. Cárlos, ha hecho sin duda algo; tú niegas mucho; pero otros afirman muchísimo; y en momentos de prueba á un rey de derecho divino como yo le ha bastado siempre la sospecha verosímil. Mis antepasados han mandado ejecutar pública ó secretamente á un gran número de personas, cuya culpabilidad era dudosa, sin que por esto se hayan arrepentido de ello. Llegado el caso, se procura que el culpable cumpla bien con los preceptos de la Iglesia; que confiese y comulgue con sinceridad; y así al ménos si el rey se vé en el triste caso de quitarle la vida, al ménos tiene el consuelo de enviarlo á la gloria”. Aunque estaba medio horrorizado, no pude ménos de sonreirme. «Señor: me parece, dije, que en estos casos todos renunciarían de buena gana á la gloria por la vida.”

D. Cárlos también se sonrió, pero mordiéndose los labios, procuró conservar la gravedad. «¿Te haces cargo, me dije, de todo lo que te he explicado?”—«Señor, perfectamente, contesté; pero tengo para mí que el fusilamiento de Dorregaray produciría un efecto muy diferente de lo que espera V. M., tanto porque ahora los tiempos son diferentes de los antiguos, como porque no se hallaría justificada la deshonra que la condena costaría á la víctima.”—«Mira, me replicó D. Cárlos; todos los curas dicen que esto de honra y deshonra son vanidades humanas que no valen la pena de estimarse en nada; y nosotros los reyes



absolutos así lo consideramos cuando se trata de un vasallo, cuyo compartamiento es malo ó sospechoso."—Es imposible, pensaba yo, que este hombre no esté ébrio." Pero por mas que observaba, no descubria ningun signo, fuera de un fuerte olor de algo que no sé si era *chartreuse*. Cuando mas adelante le traté intimamente, conocí que solia beber mucho licor de aquel, y que entonces hablaba sin rebozo con cualquiera, aunque conservase sus facultades.

Pero volvamos á la escena que cuento. Don Cárlos queriendo recargar su sentencia, añadió: «Además, has de saber que Dorregaray cometió un gran crimen en la otra época de su estancia aquí; consumó un gran sacrilegio; y en el fondo lo que falte para condenarlo por traidor, sobraré para condenarlo por sacrilego. Sabe que sedujo á una monja del convento... de Estella, la jóven Sor...» Y con el rostro encendido y chispeante me declaró el convento y el nombre. «Pero, añadió, no conviene decirlo, para evitar el escándalo. Si existiese la Inquisicion, esta se hubiera encargado del asunto con todo sigilo.» Viendo que al fin me hallaba en el verdadero centro de la cuestion Dorregaray; como tenia ganas de salvar á este de un peligro inminente, me apresuré á contestar á don Cárlos:

«Señor no me coge de sorpresa lo que V. M. me dice, porque cabalmente Dorregaray me habló de ello muchas veces.»—«Qué dices? exclamó poniéndose pálido. ¿El mismo te habló?...»—«Señor, sí, contesté; y me aseguró que no solo no habia cometido sacrilegio, sino que no era culpable de nada de lo que se le podia acusar, y que habia sido ajeno en todos conceptos á algunos accidentes de la vida de aquella monja. Ello es, que yo presencié algo que lo confirma; porque á pesar de poder escribirla, nunca la envié dos líneas, ni un sencillo recuerdo de palabra.» Don Cárlos estaba tembloroso, y me miraba con los ojos encendidos. «¿Seria cierto?... exclamó. ¿Lo has visto tú? ¿no te han engañado?»—«Señor, contesté, puedo asegurar á V. M. que el general no me engañó, porque lo hubiera conocido.» Y le di algunos detalles que le convencieron y tranquilizaron. «Pero dime, repuso, ¿sabes si ella le escribia?»—«Señor, respondí, permitame V. M. decirle que mi honor me prohíbe contestar.»

Don Carlos reflexionó, y entonces poniéndose algo alegre, me dijo: «Tus revelaciones son muy importantes, porque como yo soy el defensor de la religion, tuve noticia de que ocurrió algo en aquel convento cuando Dorregaray y yo lo frecuentábamos cada domingo, despues de la misa rezada; y á fin de averiguarlo, sin escándalos, para castigar al culpable, procuré conocer los sentimientos de aquella señora, y la escribí aparentando cierto interés; y como ella en vez de enorgullecerse de esto, rechazaba mis cartas, sin ni siquiera abrirlas, conceptué que el sacrilegio de Dorregaray era cierto.»—«Pues puedo asegurar á V. M. con mi palabra de honor que Dorregaray afirmaba no haber tenido nada con esa señora; y que aunque ví con mis propios ojos varias veces que no le faltaban medios de comunicarse con ella, jamás los aprovechó.» Entonces D. Carlos se tranquilizó, y cambiando de tono, me estrechó afectuosamente las manos, se estiró de nuevo los puños de la camisa y me dijo con amabilidad: «Boet, conozco que te interesas por Dorregaray, y con lo que me has dicho, tanto de su conducta política, como de lo sacrilegio, le has hecho mucho bien. Si quieres contribuir á su salvacion, abstente de hablar de él en ningun sentido; no vayas á verlo, ni te presentes á declarar en la causa hasta que el fiscal te llame. Entonces di la verdad. Quédate ahora á comer conmigo, que luego pondrán la mesa; y cuenta con mi eterno cariño, porque ya sabes que te quiero mucho.» Así lo hice, y tengo muchos motivos para creer que esta conversacion contribuyó bastante á salvar la vida á mi desgraciado compañero, porque entonces se aplazó la vista de lo causa que se habia determinado hacer en breve tiempo.

LII.

### El fotógrafo de Durango.

Milán 26 de Setiembre.

La situacion del partido era tan menguada en el Norte, que no cabía ya pensar en sostener la guerra. Don Carlos

Don Carlos reflexionó, y entonces poniéndose algo alegre, me dijo: «Tus revelaciones son muy importantes, porque como yo soy el defensor de la religion, tuve noticia de que ocurrió algo en aquel convento cuando Dorregaray y yo lo frecuentábamos cada domingo, despues de la misa rezada; y á fin de averiguarlo, sin escándalos, para castigar al culpable, procuré conocer los sentimientos de aquella señora, y la escribí aparentando cierto interés; y como ella en vez de enorgullecerse de esto, rechazaba mis cartas, sin ni siquiera abrirlas, conceptué que el sacrilegio de Dorregaray era cierto.»—«Pues puedo asegurar á V. M. con mi palabra de honor que Dorregaray afirmaba no haber tenido nada con esa señora; y que aunque ví con mis propios ojos varias veces que no le faltaban medios de comunicarse con ella, jamás los aprovechó.» Entonces D. Carlos se tranquilizó, y cambiando de tono, me estrechó afectuosamente las manos, se estiró de nuevo los puños de la camisa y me dijo con amabilidad: «Boet, conozco que te interesas por Dorregaray, y con lo que me has dicho, tanto de su conducta política, como de lo sacrilegio, le has hecho mucho bien. Si quieres contribuir á su salvacion, abstente de hablar de él en ningun sentido; no vayas á verlo, ni te presentes á declarar en la causa hasta que el fiscal te llame. Entonces di la verdad. Quédate ahora á comer conmigo, que luego pondrán la mesa; y cuenta con mi eterno cariño, porque ya sabes que te quiero mucho.» Así lo hice, y tengo muchos motivos para creer que esta conversacion contribuyó bastante á salvar la vida á mi desgraciado compañero, porque entonces se aplazó la vista de lo causa que se habia determinado hacer en breve tiempo.

LII.

**El fotógrafo de Durango.**

*Milán 26 de Setiembre.*

La situacion del partido era tan menguada en el Norte, que no cabía ya pensar en sostener la guerra. Don Carlos



y sus laborantes se habían desacreditado completamente; nadie tenía fe, ni confianza en ellos, y los vascos y navarros deseaban ardientemente que se marchasen para hacer la paz con el enemigo. El clero, escandalizado de la vida del Pretendiente, no hacía mas que deplorar la guerra que tan cándidamente predicara; las Diputaciones, avergonzadas de sacrificar el país á un hombre tan nulo, servían de mala gana; el ejército, irritado de la esterilidad de su abnegacion, suspiraba por el momento de tirar las armas, y el país cansado de una lucha tan larga, tan infructuosa y costosa, anhelaba un arreglo que le permitiese salvar sus fueros.

No crea V. que hubiese simpatías por la situacion que se formó en Sagunto, pues los carlistas, allí como en el Centro y Cataluña, no hablaban de ella sino en términos descomedidos, asegurando que jamás la apoyarían, aunque renegasen de D. Carlos; porque como no le hallaban la mas remota semejanza con sus ideas descentralizadoras, ni con sus tendencias claras y francas, antes querrian ser todo lo contrario en sentido democrático, que partidarios de aquella conservaduría constitucional. Pero si no habia simpatías por la obra de Sagunto, habia antipatías por el Pretendiente y sus camarillas; habia desengaños políticos y militares; una gran fatiga, un deseo no menor de reposo, y sobre todo la persuasión de que la guerra estaba perdida sin la menor esperanza de remedio.

A pesar de esto, Don Carlos seguia impertérritamente su antiguo género de vida, demostrando que continuaba aquella guerra como una calaverada de buen tono, de cuyo resultado no debia preocuparse, cualquiera que fuese. No solo en venganza de los justos desaires de una desgraciada monja habia hecho prender á Dorregaray con el objeto de deshonorarlo y fusilarlo; aunque era el único general que podia reanimar al país, dar homogeneidad á las operaciones, y hacer frente al enemigo; sino que perdía el tiempo en intrigas de vecindad, como antes; continuaba las crapulosas costumbres de que ya di alguna idea, y se entretenia en diversiones ridículas, ú odiosas, que acababan de empequeñecerlo, enlodarlo y desdorarle.

Habia en Durango un fotógrafo de la legua, que trabajaba tan mal, tanto y tanto, que ni los vascongados mas

rudos y tontos, querian que les retratase. El pelele se habia ganado la voluntad de D. Carlos, adulando é incesando á este del modo mas rastrero, y así logró ser su retratista, y tener alguna clientela. Cada vez que el Pretendiente llegaba á Durango iba al taller del fotógrafo para hacerse retratar, y como un dia se acompañaba de ese personaje de la corte ó del ejército, y tal otro de esotro, luego se sabian las cómicas escenas que allí pasaban.

Llegaba D. Carlos arrogantemente, resbalando los pies por la derecha y la izquierda y levantándolos en el aire; y el infeliz retratista corria á su encuentro con la sonrisa en los labios, se arrodillaba humildemente á sus pies y le besaba la mano con frases entrecortadas que expresaban la vehemencia de su agradecimiento. «Señor! exclamaba ¡qué honra para mí! ¡V. M. es tan bueno! ¡perdóneme S. M. si no soy digno de las mercedes que me hace visitando esta humilde casa!» El Pretendiente se erguia, estirábase los puños de la camisa, y cogiéndole por la solapa, le decia magnánimamente: «Levántate de mis pies, que yo no puedo permitir que esté mas tiempo en ellos un artista de tu mérito. Despues del homenaje de respetuoso y fiel vasallo que, como debias, me has prestado, te correspondé estar ante mí como un grande de España; porque así como mi ilustre antecesor Felipe IV, era amigo de los artistas de su tiempo en la persona de Velazquez, yo soy amigo de los del mio en tu persona. Créeme, y dilo bien alto á todos tus colegas: los que me llaman representante del oscurantismo; los que pretenden que soy enemigo de las ciencias y de las letras y de las artes; los que aseguran que bajo mi cetro España viviria en la barbarie, me calumnian, me ofenden, me difaman; porque en el fondo yo amo el arte, admiro las letras, venero las ciencias, y cuando reine seré el protector nato de literatos, artistas y sábios.»

«No sufriré, añadía levantando el brazo y estirando un pié, que los escritores mueran, como ahora, en el hospital, ó al menos en la pobreza; no toleraré que los artistas padezcan hambre, y anden por esas calles con el hongo abollado, las botas horadadas y los pantalones rotos, como hoy sucede con harta frecuencia; ni sufriré que los sábios se vean en apuros para continuar sus estudios y desembrimientos; y á todos os daré una posicion brillan-

tísima, que sea vuestra edad de oro. Tú serás el presidente de la Academia general de Bellas artes, porque tienes genio, y eres el primer artista fotógrafo del siglo; y lo que me aconsejes en beneficio de los artistas, esto haré sin falta, teniéndolo por justo y atinado. Te concederé un gran sueldo, te haré conde ó marqués, si es necesario, y te cuidarás de comprar para mis palacios y museos las mejores obras que á tu juicio hagan los artistas españoles, ya en pintura, ya en grabado, ya en otros ramos idénticos, como el arte de trabajar el cabello, que hay peluqueros que lo hacen divinamente, como sabes muy bien; pues el peluquero que yo tengo en París es una maravilla en este arte.

El pobre diablo del fotógrafo quedaba deslumbrado, abrumado y acurrucado bajo el peso de aquel discurso y de tantas promesas, y no hacía sino inclinarse y sonreírse, sin tener palabra que contestar, ni serenidad para buscarla. D. Carlos, entusiasmado por su propia elocuencia volvía á estirarse los puños de la camisa, y continuaba así: «Lo mismo que haré en las artes, haré en las letras y ciencias. Salvador Morales, que, en materia de escribir, es un águila, sin contar sus méritos de grande y profundo pensador, será el ministro de las letras; pues aunque ahora estoy descontento de él, en el fondo no he olvidado los buenos servicios que me ha hecho, y el genio que tiene, que es innegable. Me he incomodado por sus defectillos de carácter y por algunas cositas que hizo en la corte; pero en el fondo un gran rey debe ser magnánimo, y cuando llegue el caso, no sólo le daré la merced que le corresponde, sino que de mi bolsillo particular le pagará una edicion de los magníficos artículos y proclamas que, siguiendo mis indicaciones y planes, ha escrito para el *Cuartel Real*, con tanto aplauso de España y Europa, que han visto renovadas en dichos trabajos la belleza y pompa del siglo de oro de nuestra literatura.»

«Es cierto, añadía, pinchando el pecho del fotógrafo, con los tres dedos; que sin mi auxilio, Salvador Morales no hubiera volado tan alto. Porque en el fondo tú ya habrás supuesto que aquello no era todo suyo, ¿verdad?...»

—«En efecto, Señor, respondía el infeliz.»—«Claro está, continuaba D. Carlos. Los grandes artistas comprenden siempre á los grandes escritores. Pero como yo tengo



harta gloria en mis hazañas guerreras para cuidarme de excalinar la de Salvador Morales, bastará que en el prólogo de la edición éste consigne de cierto modo que así como Felipe IV inspiraba á Calderon muchas de sus mejores comedias, y Luis XIV formaba el gusto de Corneille, de Racine, de Moliere y Bossuet, así él, Salvador Morales, ha tenido la suerte de que un augusto príncipe, tan ilustre por sus heroicas hazañas, como por su trascendental política, y tan venerable por la magnífica posición que ocupa (porque esta edición ha de hacerse cuando yo sea rey), como admirable por la grandeza con que ha sobrellevado una triste y gloriosa época de infortunios, le ha dirigido y encaminado la pluma por los senderos del pensamiento y de la elegancia, dictándole mas de una vez frases célebres é inmortales como aquello de *cuantos mas vengan, mas caeran*, y otras, sin hablar de aquella que hizo tanta sensación, *no nos falta sino una bayoneta de repuesto; y esta la tenemos ya!* Pero dejemos esto, y veamos cómo me retratas hoy."

El pelele se inclinaba y decía: «Señor, V. M. mande, y será inmediatamente obedecido.» D. Carlos le cogía de la solapa, y dándole un tirón: «Mira, exclamaba; tú ya sabes que te quiero mucho, porque veo que correspondes á las mercedes con que te honro, teniéndote por mi fotógrafo oficial, y preparándote un pervenir halagüeño. Ahora bien, yo quisiera que hoy te lucieses en servicio mio, haciendo una manera de retrato que se me ha ocurrido, que sea mi verdadera fotografía moral y física. Ya sabes que para España y Europa yo soy un héroe legendario; una especie de caballero á la antigua usanza; uno de esos paladines, que ellos solos desafiaban con el solo esfuerzo de su brazo á ejércitos enteros; y además tengo la categoría de defensor del legitimismo español, de Carlomagno del catolicismo contemporáneo; y aparezco á los ojos del mundo como un ser sobrenatural, que metido en las breñas de estas montañas, lucho con el universo entero amotinado contra mí por la masonería y la revolución: ¿No es verdad todo esto? añadia tirándole del brazo."

«Señor, sí; todo lo que V. M. dice lo es, contestaba el pobre fotógrafo.»—D. Carlos se ponía á pasearse arriba y abajo resbalando los pies y levantándolos en el aire.

«Bien, decía al fotógrafo. El retrato que yo quiero ha

de representar todo esto. En él ha de verse al hombre que desafió al cielo y á la tierra, sublevados contra él; quiero decir, á los elementos y á los hombres desencadenándose sobre mí; para esto me pondrás con un pié apoyado en una roca de carton, que indique las montañas de estas provincias; yo me erguiré y echaré atrás la cabeza desnuda, sacando cuanto pueda los ojos, mirando á un cielo de papel pintado que me colocarás en perspectiva, lo cual significará que no tengo miedo de nadie, que provocho á todos mis enemigos, y que soy un héroe, como una especie de Cid Campeador, pero de más alta alcurnia. Tendré el sable apoyado en tierra, con una mano en la empuñadura, en actitud de militar esforzado; y la otra la colocaré en la cadera, como diciendo: ¿y á mí qué se me dá de la masonería? ¿y á mí qué me importa la revolucion? Vengan, vengan; que cuantos mas sean, mas caerán. ¿Me comprendes?"

«Señor, perfectamente, contestaba el fotógrafo.»—No te parece, añadió, que será una obra admirable?"—«Señor, sí, como imaginada por V. M.»—«Pues adelante, adelante; exclamaba D. Carlos. Toma los chirimboles de la fotografía, y no pierdas tiempo. Verás qué retrato vamos á hacer, y cómo será la mejor obra del siglo. Yo mismo me colocaré, porque tengo ya tan estudiada la posicion que no podré estar mejor.» Dicho esto, se ponía en facha del modo que habia dicho, quedando lo más exagerado y grotesco que cabe imaginar; y el fotógrafo, que aunque era tonto, conocia al tipo, en vez de corregirle, le dejaba como estaba, ponderando su acierto. En efecto, le miraba de frente, y hacia una inclinacion satisfactoria con la cabeza; se ponía á mirarlo desde los ángulos, movía la cabeza con placer, y decia: «Admirable; no puede estar mejor; la figura es de lo más arrogante que he visto; el retrato será un prodigio. No se mence V. M. Uno, dos, tres, cuatro.... Va bien; cinco, seis.... Perfectamente. Ya estamos al cabo de la calle. ¡V. M. me ha inmortalizado!» Y cogiendo el cristal, corría al laboratorio, diciendo ufano y pomposo al Pretendiente, que se marchaba completamente persuadido de haber hecho una gran cosa.

Cuando la fotografia estaba lista, se veía el esperpento mas atroz en tintas y posicion; y como de estos y otros retratos idénticos andan por el mundo muchos ejempla-

res, apelo al recuerdo de quien los conozca. D. Carlos parecía una caricatura hecha por algun diabólico mason que lo habia engañado del modo mas divertido. Pero el retratado opinaba diversamente; y contemplando aquella fotografia como un prodigio de arte, exclamaba: «No puede estar mejor. Aqui aparezco tal como soy; con todas mis cualidades y circunstancias; y bien puedo decir que soy otro yo, ni mas ni menos. Mirando este retrato, se vé al gran rey, al gran general y al gran político. La cabeza despide heroismo, los ojos echan llamas, la boca revela desden. Esta fisonomia parece decir: venid, valientes; venid, valentones; no os temo, ni uno á uno, ni de dos en dos, ni á todos juntos. Los que sean hombres, que se acerquen. ¿Quién no diria al ver esta cabeza que soy un héroe?... En cuanto á los ojos, hay en ellos una gravedad, que harto se conoce al diplomático que de una ojeada lo comprende todo, por recóndito que sea. Pero lo que sobre todo está bien, es la pierna apoyada en la roca, la mano descansando en el sable, y la otra en jarras. ¿Cómo se ve que este no puede ser sino yo!»

Don Carlos no se contentaba con admirar por sí solo aquellos retratos, sino que regalaba á sus cortesanos, haciendo participar á estos de su admiracion, y enviaba algun ejemplar á su esposa en la quinta de Pau. Los cortesanos, como era natural, ponderaban el mérito de la fotografia, salvo á reirse de ella a escondidas con las carcajadas mas destempladas; pero D.<sup>a</sup> Margarita que no era tan atenta, en lugar de agradecer aquella fineza á su herbico consorte, le movia por ella un escándalo. «No se cuando dejarás de ser tonto, le escribia, en estos ó parecidos términos; y sinó tonto, al menos chiquillo. La primera cosa que he hecho de aquel abominable retrato ha sido romperlo, y tirarlo al fuego de la chimenea, porque fotografia mas infernal y grotesca no la he visto jamás. Ya sería hora de que no te prestases á las bromas de los que se mofan de ti, haciéndote representar tantos papeles ridiculos.» D. Carlos no se desconcertaba, y rompiendo la carta, decia: «Bien, todo esto en el fondo son envidias de no poderse retratar con ese artista. Pero valdria mas que mi muger en lugar de maldecir una obra de arte tan acabada, procurase enmendar su ortografia y sintaxis, porque he hallado muchas faltas de



concordancia y no pocas cosas escritas sin *h* que debían llevarla, y en *s* en vez de *c ó e*."

LIII.

### Las velas de sebo.

*Milan 30 de Setiembre.*

Otro de los entretenimientos que D. Carlos acostumbraba era el de las velas de sebo y el del lobo. Voy á dar idea de ambos, porque los presencié varias veces en aquella época. Como S. M. se fastidiaba con frecuencia, y no sabía distraerse leyendo, ó conversando con hombres discretos, siempre andaba en busca de tretas de calavera ó de mozalbetes grosero que le divirtiesen á costa ajena, aunque se rebajase como príncipe, como jefe de partido y caballero.

Uno de sus cortesanos mas asquerosos le explicó la treta de las velas de sebo; sacándole de quicio con lo que le hizo reir. Consistía en recortar y mondar una manzana, hasta que fuese como un pedazo de vela de sebo; y mezclándolo con cachos de vela verdadera, presentarlo á la hora de comer á los convidados; comer el pedazo de manzana, aparentando que era de vela, y convidar á algun infeliz á mostrar su deferencia al rey, comiéndolo como éste un pedazo de verdadera vela. Si tenia la debilidad de ceder, el bromazo era completo; pues mientras D. Carlos, sin la menor repugnancia, comía la manzana, el otro se tragaba el sebo entre los visages mas violentos y grotescos, haciendo reir á los que conocian el secreto. Tal era uno de los entretenimientos favoritos del Pretendiente en Durango y Estella.

Muchas fueron las víctimas de esta treta; porque habiendo allí tanta y tan rastrera adulacion, no habia cosa que cierta gente no hiciera para tener contento á S. M. Me aseguraron que uno de los burlados fué el insigne Salvador Morales, quien se zampó media vela de sebo entre las carcajadas de la concurrencia, que se moria de risa, viendo el contraste de su gravedad natural con sus

concordancia y no pocas cosas escritas sin *h* que debían llevarla, y en *s* en vez de *c ó c'*."

LIII.

### Las velas de sebo.

*Milan 30 de Setiembre.*

Otro de los entretenimientos que D. Carlos acostumbraba era el de las velas de sebo y el del lobo. Voy á dar idea de ambos, porque los presencié varias veces en aquella época. Como S. M. se fastidiaba con frecuencia, y no sabía distraerse leyendo, ó conversando con hombres discretos, siempre andaba en busca de tretas de calavera ó de mozalbetes grosero que le divirtiesen á costa ajena, aunque se rebajase como príncipe, como jefe de partido y caballero.

Uno de sus cortesanos mas asquerosos le explicó la treta de las velas de sebo; sacándole de quicio con lo que le hizo reír. Consistía en recortar y mondar una manzana, hasta que fuese como un pedazo de vela de sebo; y mezclándolo con cachos de vela verdadera, presentarlo á la hora de comer á los convidados; comer el pedazo de manzana, aparentando que era de vela, y convidar á algun infeliz á mostrar su deferencia al rey, comiéndolo como éste un pedazo de verdadera vela. Si tenia la debilidad de ceder, el bromazo era completo; pues mientras D. Carlos, sin la menor repugnancia, comía la manzana, el otro se tragaba el sebo entre los visages mas violentos y grotescos, haciendo reír á los que conocian el secreto. Tal era uno de los entretenimientos favoritos del Pretendiente en Durango y Estella.

Muchas fueron las víctimas de esta treta; porque habiendo allí tanta y tan rastrera adulacion, no habia cosa que cierta gente no hiciera para tener contento á S. M. Me aseguraron que uno de los burlados fué el insigne Salvador Morales, quien se zampó media vela de sebo entre las carcajadas de la concurrencia, que se moria de risa, viendo el contraste de su gravedad natural con sus

visages de repugnancia. Pero como no lo vi, no lo puedo asegurar.

En cambio le contaré á V. la escena que pasó en la mesa con un legitimista francés, á quien el picaro don Carlos hizo aquella burla del modo mas inicuo é indecente. Mr. Laborde exalcalde de Biarritz, era un caballero de la frontera francesa que nos habia servido mucho desde el principio de la guerra, desempeñando un gran número de comisiones de confianza con la mayor honradez y abnegacion. Esto le habia grangeado el cariño y respeto de los carlistas mas importantes, quienes le trataban con toda la deferencia que merecia. Creyó el Pretendiente que este fiel servidor era muy á propósito para divertirlo; y sin atender á su calidad de extranjero, que le hacia sagrado, le burló en una comida, estando allí muchas personas.

Un día hizo preparar varios trozos de manzana en forma de vela, y otros trozos de vela del mismo tamaño de los de manzana; y habiendo convidado á comer á Mr. Laborde, dió orden de traerlo todo en un plato, cuando lo pidiese. Llegó el francés muy contento y ufano de la honra que el rey le hacia, admitiéndolo á su mesa; y D. Carlos le recibió con la mayor afabilidad, á fin de predisponerlo mas á hacer lo que queria. «Laborde, le dije, tendré mucho gusto en que hoy comas conmigo, porque me has servido con tanta lealtad, que mereces estos y mejores honores. Ya sabes que estoy contentísimo de verte, y que le quiero mucho y entrañablemente.» El francés quedó abrumado de reconocimiento, porque respetaba y admiraba á D. Carlos con la sinceridad de un legitimista de buena fé. «Señor, contestó. Lo que he hecho en servicio de V. M. es poco; es nada, en comparacion de lo que quisiera; pero aunque fuera tanto como deseo, quedaria pagado en exceso por el honor que hoy me hace.»

Llegada la hora, sentáronse á la mesa con los cortesanos y demás convidados; y durante la comida el Pretendiente tuvo particular cuidado de Mr. Laborde, animándole siempre á comer, haciéndole frecuentes preguntas, mandándole pasar manjares y poner vino, y elogiando su carácter, talento y servicios. «Come Laborde, come, decia. ¿Te han servido de ese guisado?... A ver, que le pongan un poco mas. No rehusés, mi querido Laborde; tó-



malo por mí, que según sabes, te quiero tanto. El plato es magnífico ¿verdad? Así, hombre; tajada al cuerpo, y húndase el cielo. ¿No bebes? Que se llene la copa de Mr. Laborde. Bebe Laborde, bebe, ya sabes que no hay cosa que yo no hiciese por tí. Mr. Laborde, señores, añadía, aunque francés, es uno de mis servidores más leales y desinteresados; y cuando estemos en Madrid, le daremos todo lo que quiera, porque todo lo merece.”

Con esto el pobre caballero no cabía en sí de contento, imaginando con la mayor buena fé que le echaban todas aquellas flores por su buena cara. Terminada la comida D. Carlos empezó á armarle el lazo. «Vamos á ver, Laborde, le dijo, ¿has comido bien?»—«Señor, sí, contestó él; sobre todo viendo las atenciones y finezas con que V. M. me favorecía á cada momento.” El Pretendiente se estiró los puños de la camisa y dijo: «Bien, hombre, bien; me alegro de que seas agradecido. Supongo que también has bebido regularmente, porque los franceses sois intrépidos bebedores. ¿Qué dices?»—«Señor, respondió Mr. Laborde; he creído que el mejor medio de corresponder á los favores de V. M. era comer cuanto pudiese de su pan y beber del mismo modo de su vino, ya que tan generosamente se dignaba ofrecérmelos.” D. Carlos hizo un gesto de admiración y levantando la cabeza exclamó: «Muy bien contestado, y harto se vé que eres francés en la sutil y elegante discreción de tus respuestas. ¿Así, pues, supongo que si me hiciese traer un plato extraordinario para mí solo, y te invitase á catarlo, no me desairarías refusándolo?”

«Señor, contestó el francés, aunque he comido y bebido mucho, y el cuerpo me está ya diciendo á veces basta, basta; por no cometer una irreverencia tan grande, haría lo que me mandase V. M., ó lo que se dignase indicarme.” Entonces los concurrentes se pusieron atentos, y tocándose del pié unos á otros, quedaron advertidos. «De modo, repuso D. Carlos, que comerías de lo que yo.”—«Señor, dijo Laborde, comería lo que me mandase V. M., aunque S. M. no lo tocase.”—«¡Hombre! exclamó el Pretendiente. Casi lo dudo, porque tal podría ser lo que te diese... Pero fuese lo que fuese, siempre yo lo comería antes que tú. ¿Qué te parece?”—«Señor, dijo el francés; jamás refusaré lo que V. M. me ofrezca de su plato.”—«¿De verás?”—«De veras, señor.”

D. Carlos se sonrió y se estiró los puños de la camisa. «Vamos á ver, dijo. Que traigan las velas de sebo.» Laborde quedó sorprendido, y quizá se le ocurrió creer que el Pretendiente queria encenderlas. Pero D. Carlos le sacó pronto de este error. «Has de saber, le dijo, que yo despues de comer suelo tomar unos cachos de vela de sebo, que hacen mucho bien al estómago; y desco que hoy me hagas el favor de comer en mi compañía un par, lo cual espero que no me negarás en vista de las promesas que me acabas de hacer.» El pobre francés estaba estupefacto y aturdido, y los comensales le miraban, unos con mal disimulado gozo, y otros con lástima y deseos de que no tuviese la debilidad de cumplirlo. Será posible, señor Corresponsal; que haya equivocado alguno de estos y de los demás detalles; pero la historia pasó en conjunto del modo que voy refiriendo.

Entró por fin un servidor con una fuente de velas y manzanas en forma de vela; y D. Carlos que ya tenia estas señaladas, tomó una, y dijo á Laborde: «Vamos á ver cómo te portas. No te figures que en el fondo sea una cosa muy repugnante. Nada de eso. Pasada la impresion del primer bocado, se toma como un sorbete delicioso. Pero para que lo veas prácticamente, mira como lo hago yo.» Dicho esto, le enseñó la vela fingida, y se la comió en dos bocados, dejando abrumado de confusion al pobre Laborde, que creyó que era una verdadera vela. «Vamos, dijo D. Carlos, tomando una de sebo, toma está tu y pecho al agua, mi querido Laborde.»—«Señor, exclamó este, yo quisiera que V. M. me dispensase de comerla porque tengo una repugnancia por el sebo que solo el olor de él me ofende.»

«¡Oh, mi querido Laborde! repuso D. Carlos. No te lo puedo dispensar, porque lo has prometido solemnemente delante de mí y de estos caballeros; y siendo así, has de cumplir so pena de darme un gran desaire, en pago de haberte admitido á mi mesa. Con que, mi querido Laborde, ámate; mírame á mí, y pega bocado con heroismo, que no es tan difícil como crees.» Dicho esto le pasó la vela de sebo, que el pobre francés tomó como si fuera un cordel para ahorcarse, y mirándola con tristeza y recelo, no se atrevia é tirarla, ni llevarla á la boca.

D. Carlos tomó otra de las fingidas, y dirigiéndose á su víctima, dijo: «Laborde, alma; mírame á mí; yo voy á

ayudarte; mete el cacho en la boca, como yo; aprieta ahora los dientes; crac; ya está." Y rompió la mitad de la suya, y la engulló. Pero Laborde, que habia ya incado los dientes en la propia, al apretarlos, sintió el gusto repugnante del sebo, y haciendo una gran contorsion, tuvo un estremecimiento de náuseas, y tosió como si se ahogase. Los circunstantes prorumpieron en una gran carcajada. Pero D. Carlos se reprimió, y mandándoles callar, exclamó: «Bien, Laborde, bien; esta ha sido la primera impresion; ahora lo comerás fácilmente. Adelante. Haz como yo. Aquí de tu intrepidez.»

Laborde hizo otro esfuerzo, y al fin engulló un pedazo con la repugnancia y el asco mas grotescos que se pueden imaginar. «Alma decía D. Carlos. Bien Laborde, bien. Otro pedacito. Vamos; que lo has de comer todo.»—«Señor, exclamaba el pobre. No puedo mas... el estómago no quiere... Perdone V. M...»—No, no, replicaba D. Carlos, un nuevo bocado; vamos, hombre; que ahora ya estás acostumbrado. Firme: á la una, á las dos, á las tres!" El pobre hacia otro esfuerzo, y se zampaba un nuevo bocado, entre ansias, gestos y gorgollos, que hacian reir como locos á todos los convidados.

Así se comió todo el cacho de vela, llenando de contento á D. Carlos y á sus cortesanos. «Bravo, Laborde, le dijo el Pretendiente. Te has conducido como el mas héroeico francés; y cuando triunfe, ya te tendré presente. Por ahora está seguro de que D. Carlos te quiere mucho." Pero ningun provecho sacó el Sr. Laborde de estas palabras, porque del asco de aquella vela, cogió una gástrica, que le produjo, si no recuerdo mal, una larga enfermedad. Así correspondió el Pretendiente á los servicios que aquel caballero le habia hecho desde el principio de la guerra.

Quando yo despues de lo del Centro llegué al Norte, D. Carlos me tendió el mismo lazo en una comida, delante tambien de mucha gente; pero como tengo otro carácter que Mr. Laborde, no le fué posible cogermé. «Boet, me dijo del modo mas amigable. Quiero honrarte, partiendo contigo una esquisidad que tomo despues de comer. ¿La tomarás?» «Señor, contesté: lo agradezco mucho; y la comeré si me gusta.»—«¿Y si no te gusta, no harás un esfuerzo por mí?» exclamó. Sí lo harás, sí."—«Perdone V. M., señor, repliqué. Mi estómago no conoce la etique-



ta, y si no gusta de lo que V. M. me ofrezca no podré tomarlo."

D. Carlos imaginó que me habian avisado, pero se engañaba, porque aunque un jefe que estaba frente de mí, á veces me guiñaba el ojo, yo no sabía nada, ni sospechaba ningun engaño. «¿Por ventura, me dijo el Pretendiente, supones ya lo que te ofrezco?»—«No, señor, contesté; porque tantas cosas puede ofrecerme V. M., que sería temerario suponer nada.»—«Traer las velas, dijo D. Carlos.» Y al verlas, tomó una, y repitió la trufanería ya contada. «Vamos, mi querido Boet, añadió. Yo suelo tomar unas velas de sebo despues de los postres, y quiero que no me disgustes rehusando el cachito que te ofrezco.»—«Señor, dije, siento no poder complacer á V. M. No me gusta el sebo ni para alumbrar!»—«Pero si yo lo como, repuso él. Mira. ¿Estás convencido?»

Y comió una manzana, que yo tomé por una vela. «Señor, contesté, estoy convencido de que V. M. gusta de comer velas de sebo, pero esto no me convence de que yo deba comerlas. V. M. sabe que en materia de gustos no hay reglas fijas.»—«Hombre, nñ militar como tú, replicaba D. Carlos, un hombre tan valiente... y espantarse de comer un cachito de vela...»—«Señor, dije, no sé que el ser militar y valiente tenga nada que ver con el comer velas de sebo...» D. Carlos me miró sonriendo, y me dijo: «Ya, ya, picarillo; suponía que eres listo, y veo que no me he engañado. Pero no lo digas á nadie ¿oyés?» Yo le miré sorprendido. «Vamos, repuso no bagas la desecha así. Harto conozco que has adivinado la maula. Sin embargo, vuelvo á recomendarte que te calles.» Entonces comprendi que habia engaño en aquel ofrecimiento, y en efecto, por la noche supe la verdad, lo cual me causó muy mala impresión. «¿Qué principio, qué pretendiente, y qué hombre! me dije. ¿Y pensar que ni el clero, ni sus consejeros le corrijen, ni reprenden por estos y otros devarios! ¿A dónde irá á parar el partido con ese hombre al frente? No puede ir sino á la vergüenza y al baldon.» No me equivocaba, porque ya sabe todo Europa que así ha sucedido.

### El lobo de Don Carlos.

*Milan 2 de Octubre.*

D. Carlos había adquirido un lobo desdentado y medio domesticado, á quien tenia por uno de sus favoritos, y se divertía haciéndole dar toda suerte de sustos á las personas que se le antojaba. Si convidaba algunos inexpertos á comer, y no les pegaba el bromazo repugnante de las velas, les daba el sobresalto del lobo. En efecto, conversaba con ellos, y cuando los veia bien atentos, hacia una seña á un criado, que con todo disimulo abria una puerta, donde estaba esperando el lobo. Lanzábase el inundo animal al comedor furiosamente, y dando un brinco, saltaba de repente sobre la mesa llena de manjares y vajilla. Los inexpertos daban un grito de espanto. «¡Jesus! ¡una fiera! ¡un lobo! exclamaban. ¡Salvar al rey que corre peligro!» Y levantándose azorados y en confusion, unos derribaban las sillas y escapaban, y otros, si eran militares, echaban mano á la espada con temblor y agitacion.

D. Carlos prorumpia en una gran carcajada, y haciendo las manos, contemplaba alegremente aquella escena. «¡Bravo, lobo, mil veces bravo! decia. ¡Cómo les has sobresaltado! ¡qué terror les has hecho á todos! ¡Magnifico! ¡Já! ¡já! ¡já! Señores, confesad que os la he sabido pegar. ¿Qué pálidos os habeis puesto! ¡qué temblor os ha cogido á muchos! ¡Hasta los militares habeis perdido el color de la cara! ¡já! ¡já! ¡já! ¡Y esto que habeis estado en tantos combates, y habeis visto tantas veces la muerte de cerca! ¡Cómo, señores, cómo! ¿No os dá vergüenza temblar así por un lobo? ¿no veis que el rey no ha pestañeado? ¿no veis que yo lo he mirado impertérritamente con la sonrisa en los labios? Vamos, que ya veo que en valor, dejais mucho que desear. Ea, añadia; todo el mundo á sentarse, y basta de confusion y miedo.»

Entretanto el lobo se habia arrojado sobre los manjares, derribando botellas y vasos, y devoraba todos

los manjares con una gula repugnante. El vino y el agua corrían por los manteles en regueros abundantes, y veíanse platos rotos, tientos de botellas y copas, fuentes hechas pedazos, y grandes manchas de caldo y salsas por la mesa. El Pretendiente dejaba hacer al animal, y cuando se había tragado toda la comida, lo llamaba tiernamente. «Lobito, lobito de mi corazón, le decía; ven acá conmigo; tu eres mi mejor amigo; y como me sirves con toda fidelidad, es justo que te pague de agradecido.» La fiera saltaba al suelo, y corría á poner su repugnante cabeza entre las piernas de D. Carlos, quien le acariciaba de mil modos, rascándole la cabeza, frotándole el lomo y metiéndole las manos en la boca.

«¡Precioso animal! exclamaba. Otros se entusiasman con los perros; yo, como rey, prefiero á un lobo; y si me fuese posible adquirir un tigre, un tigre tendría. Esto realza el carácter y da importancia á los personajes. ¡Qué susto han tenido todos estos señores, lobo mio! A fé, que te has portado bien, y que has saltado sobre la mesa con una agilidad y oportunidad sorprendentes. ¡Bravo por tí, lobo mio! Tu aparición me ha hecho mucha gracia; una gracia infinita, porque ha dado golpe! Bien, mi querido lobito, bien. ¿Has comido? ¿te ha gustado lo que has hallado? ¿Si, eh? Yo lo creo; como que todo era excelente. A ver, añadia á los convidados; podrémos comer ahora lo que falta. Que traigan lo menester. Señores, ya no hay de qué asustarse. El lobo es un buen animal; me quiere mucho; me obedece sumiso, y no hará daño á nadie. ¿Verdad, Lobito? Con que, contínuemos comiendo y bebiendo.»

Los convidados, apenas repuestos del susto, volvían á la mesa; traíaseles nueva vajilla y manjares, y seguía la comida; aunque de mala gana, sin apetito y con recelo del animal. Muchos sacaban de aquel susto una grave indisposición, ó enfermedad, y todos en su conciencia decían pestes de una diversion tan infame. Pero D. Carlos, que consideraba á aquella gente como materia vil, prescindía de ello, y en lugar de hacerles olvidar la injuria, se complacía en renovarla, dándose importancia con un aire de héroe. «Fulano, preguntaba, dí la verdad: ¿has tenido un gran susto, eh?»—«Señor, sí, lo confieso, respondía.»—«¡Já, já, já! exclamaba el Pretendiente. Ya lo creo. Si has pegado un saltó, que has ido á parar al



balcon. De veras creía que te echabas á la calle para huir mejor. ¿Cómo un hombre de tu valor, se ha mostrado tan poco intrépido? Hicieras como yo, y fueras un modelo de calma y sangre fría. Este es el valor verdadero; porque el de arrostrar las balas cualquiera lo tiene. Pero el difícil, el raro, el verdaderamente sublime, es ver sin pestañear que de repente un lobo sale de su escondrijo y acomete fieramente, y contemplar tranquilamente sus asaltos, como si estuviéramos en una sala de armas.”

«Tiene razón V. M., dijo aquel. ¿Pero como dominarse hasta este extremo? El Pretendiente se pavoneó todo estirándose los puños de la camisa. «¿No me domino yo? repuso. ¿No has visto mi calma, mi serenidad, mi sonrisa imperturbable? Pues así debíais hacerlo vosotros para ser dignos de la fama de valientes. ¿Quién me ha visto á mí palidecer? ¿quién me ha visto estremecerme, hacer un gesto de pavor, echarme un poco atrás, y mostrar el mas leve recelo? Todo el mundo callaba, porque aunque la respuesta estuviese en todos los labios, nadie se atrevía á darla. «¿Habré de creer, continuó D. Carlos, que no sois tan valientes y bizarros como por ahí pregona la fama? Una vez un cortesano tomó la palabra, y dijo: «Señor, no; vuestros servidores son héroes incomparables; pero si no tienen tanto valor como V. M. deseara, es porque ellos no son más que hombres, y V. M. es un hombre sobrenatural.”

«Así será, repuso el Pretendiente; porque en el fondo yo no puedo creer que tengais menos valor del que se dice; pues harto sé como os batís contra mis enemigos. La verdad es, añadió, que Dios me ha revestido á mí de un ánimo tan excepcional, que de los peligros que vosotros arrostrais, no hago caso; y de los que temeis, me rio, como ahora se acaba de ver. A vosotros os parece temible jugar con una fiera... ¿qué digo jugar? verla de cerca, que es menos, mucho menos aun. Pues á mí me parece un entretenimiento. Mirad cómo toco á esta; cómo le levanto la cabeza, le tomo las manos, le meto los dedos en la boca... lo mismo que si fuese un perro.”—«¡Oh! replicaba el cortesano. V. M. es D. Carlos, y nosotros no somos sino sus humildes vasallos y servidores.”

El Pretendiente se estiró complacientemente los puños de la camisa y dijo: «Tienes razón. Porque en el fon-

do Dios ha querido que hubiese una diferencia notable entre los reyes de derecho divino como yo, y los demás hombres como vosotros; á fin de que aquellos tuviesen toda la alteza de ánimo necesaria para dominar y sojuzgar á estos. Así nosotros todo lo vemos en grande, y vosotros todo en pequeño; nosotros somos magnánimos, y vosotros mezquinos; nosotros grandes y grandiosos, y vosotros pequeños; nosotros régios, soberanos y gigantes, y vosotros humildes, súbditos y de corta estatura; nosotros lo abarcamos y sabemos todo de una ojeada, y vosotros os perdeis en el callejon de los detalles.”— «¡Admirablemente dicho! exclamó el cortesano. V. M. acaba de hacer punto por punto su propio retrato, dibujando á rasgos olímpicos el de un soberano de derecho divino.” Tales eran las escenas que con frecuencia pasaban con el lobo, y las conversaciones de sobremesa que á veces inspiraban.

Pero no se contentaba S. M. con echar el lobo á sus convidados, sino que se lo llevaba á paseo para echarlo sobre los transeuntes, como sucedió en Estella, y sobre todo en Durango, donde entonces residia mucho. Llegada la hora de salir, subia al coche con el lobo, y si por desgracia pasaba por la calle alguna señora bonita y elegantita, la dejaba adelantarse, y tocando al animal, le decía en voz baja, empujándolo: «¡A ella mi querido lobito, á ella!» Saltaba el lobo al suelo, corria detrás de la mujer, y levantándose, le ponía las patas en el hombro. Volvíase sorprendida la señora, y al ver el espantoso hocico del animal, daba un grito de horror, y huía con el cabello erizado. «¡Socorro! ¡una fiera! ¡que me matan! gritaba.”

Don Carlos se reía deshechamente. «¡Ja, ja, ja! exclamaba. ¡Cómo corre la tentucla! ¡cómo escapa! ¡Bravo Lobito! Ven acá; ¡te has lucido á las mil maravillas! ¡Qué susto se lleva la picarilla! Bien, Lobito mio; bien; re-tebien. Toma un dulce, añadia dándole unas golosinas que para él llevaba. ¡Con que agilidad y gracia la has asallado! ¡y qué espanto ha tenido al verse encima tu extraño hocico y salvajes ojos! Al menos ya se daba por devorada. ¡Ja, ja, ja!”

Otras veces pasaban por algun sitio donde habia chicos y chicas de pocos años que estaban jugando con la mayor alegría y algazara; y la fiera se tiraba al suelo

expontáneamente, y saltaba en medio de aquellos pequeños, los cuales, unos huían despavoridos, llamando con alaridos á sus madres, y otros quedaban allí petrificados del terror. El lobo les quitaba y devoraba lo que estaban comiendo, y volvía á la carretela, sin hacerles otro daño. Pero una de las escenas que en estos pascos divertían mas á S. M. era cuando el lobo oía gallinas domésticas en el tránsito; y penetrando en las casas, hacia un degüello general de todas las aves que hallaba. El alboroto de las gallinas, al aparecer su terrible enemigo; y el de las mujeres, viéndolas destruidas; los gritos, el susto y la confusión, ponían en la gloria á D. Carlos, que se reía de ello á carcajada tendida, y con las lágrimas en los ojos.

Un día, que me paseaba con él en coche, estando con nosotros el lobo, éste hizo un movimiento que á mi me impresionó un poco; y el Pretendiente, sonriendo, me dijo: «Parece que temes al Lobito? De tí sí que me extraña mucho.»—«Señor, contesté, no le temo, porque sé que es inofensivo; pero la verdad, no me hace gracia tenerlo tan cerca, y á veces no puedo contener los nervios, como ahora, si cuando me he olvidado de él, lo veo levantarse de repente.»—«¿Qué cosas teneis los militares! respondió D. Carlos. A mí me divierte esta bestezuela; y le aseguro que en el fondo me ha dado los mejores ratos del mundo desde que estoy en estas montañas.»—«Señor, respondí, será posible, aunque me extraña mucho, pues yo comprendo que un actor, una comedia, un libro, ó un suceso, divierta; pero un lobo...? En fin, ya dicen que sobre gustos no hay nada escrito, por mas que se haya emborronado mucho papel.»

Don Carlos se estiró los puños de la camisa y me contestó con la mayor desenvoltura: «Has de saber, Boet, que en el fondo uno de los estados mas fastidiosos de la tierra es el de rey de derecho divino, porque como es tan superior á los demás, le falta esa lucha, esa contradicción, que dá á estos variedad y peripecias. Un rey absoluto es el árbitro de todo; y le basta levantar el dedo para ser obedecido sumisamente. ¿Vé á una hermosa mujer, y se encapricha por ella? hace una indicación y ya es suya. ¿Está cargado de algun ministro ó cortesano? sale un día sin mirarlo, y el desfavorecido se hunde. ¿Hay alguna celebridad que le hostigue los oidos? dice una sola palabra de desagrado, y toda la corte deguella al famoso.



¿Quiere comer lo mas regalado que en la tierra existe? con una indicacion se lo traen. Esto, pues, que á los demás hombres parece el colmo de la dicha, es para un rey el colmo del hastío y del cansancio. En el fondo llega á empalagarse de tanto poder, de tanta servicialidad y humildad. Yo me he encontrado en mi córte decir á las once de la mañana de un día que estaba lloviendo y nevando: Señores, hoy hace muy buen día; y todos los cortesanos respondian sonriendo: Magnífico, señor. El tiempo es de perlas. Y un cuarto de hora despues, sin acordarme de nada, he exclamado: ¡Qué día de perros! ¡qué nubes tan enfiadasas! ¡qué asco dá ese tiempo! A lo cual los mismos cortesanos decian con el rostro enfadado: Señor, mucho que sí; no se puede salir fuera, sin que uno se hiele; este es un día infernal. ¿No conoces; Boel, que aunque esto á uno le haga gracia, tambien ha de cargarle?..”

«No sé, señor, respondí; porque como no he sido nunca rey de derecho divino, ni humano...»—«¡Burlon! exclamó el Pretendiente. ¡Cómo te estás guaseando á costa mia!»—«De ningun modo, Señor, repuse. Era aquella la única respuesta que podía dar.»—«Bueno dijo D. Carlos. ¿Pero en el fondo no te amolaria á ti este continuo servilismo?»—«No, Señor, contesté; porque no daria tiempo; pues á la primera muestra echaria á puntapiés de palacio á aquellos cortesanos.” Estas palabras cayeron muy en gracia á S. M. «¡Hombre! exclamó. Hé aquí una buena idea que hasta ahora no se me habia ocurrido. A fé, que la he de tener presente á la primera ocasion. ¿Y que te parece que harian los cortesanos, al verse tan bien tratados?»—«Lo ignoro, Señor, dije. Quizá huir...»—«¡Cál! exclamó el Pretendiente. Se volverian de espaldas, y cada cual esperaria el turno de recibir su golpecito de bota.” Yo me eché á reir, y D. Carlos me acompañó, sonriéndose. «Parece que la ocurrencia te ha gustado, observó.»—«Confieso, dije, que es tan inesperada como aguda.”

Don Carlos quedó muy contento, y pavoneándose, se estiró los puños de la camisa, me cogió de la solapa, y dijo: «Pues como te iba diciendo, el estado del rey ha adolecido siempre de algo fastidioso por este mismo exceso de poder. Ya se entiende que hablo del rey verdadero, pues de los tronos constitucionales un hombre como yo no se ocupa, porque no pertenecen al reino animal ni mineral. Los reyes antiguos, para distraerse del

fastidio, solian mantener bufones de ambos sexos, que tenían el encargo de divertirlos en las horas de mal humor. Se les hacian decir cuatro chistes contra fulano ó metigano; y si no se hallaban bastante agudos, se les mandaban repicar las espaldas, para avivarles el ingenio con el dolor de los azotes; pues ya sabes que la letra con sangre entra.”

«La revolución con sus malditas opiniones, ha abolido el bufon régio; y hoy ni siquiera los pretendientes de derecho divino se atreven á ponerlo en sus programas. Pero yo, que no sólo soy pretendiente de este género, sino que ya reino en gran parte de España; yo, que no sólo quiero restablecer el trono de San Fernando, sino también todas las prerogativas régias, y que soy el único príncipe que ha osado desenvainar la espada, y caer sobre la Revolución; me he propuesto poner otra vez en boga á los bufones; y no habiendo hasta ahora hallado quien pudiese serlo á mi gusto, me divierto con las velas de sebo y el lobo, que, según has visto, me producen excelentes ratos. Esta fiera, aunque en el fondo no habla, parece comprenderme; y cada día hace cosas que me destornillan de risa. El me ayuda con sus travesuras á pasar esta triste época; él me alegra, cuando podría estar triste; él me da apetito, cuando voy á perderlo; él me distrae, cuando algun imbécil viene á cargarme de cabeza. Y mis vasallos contentísimos de saberlo; porque como son buenos carlistas, lo que ellos dicen, con tal que S. M. esté contento, todo irá bien; lo que importa es que S. M. se divierta; lo que conviene es que no esté triste; pues si nosotros morimos, no hacemos falta á nadie; al paso que si él muere, todos quedaríamos en la mayor orfandad y desamparo.”

A medida que yo oia estos disparates, le miraba temeroso de que estuviese ébrio, y desde luego supuse que antes de salir se había bebido al menos una docena de copas de chartreuse. Pero me engañé, pues aunque sin duda había bebido mucho, se paseó con la cabeza bastante serena. Con todo, parece que ni la corte ni los vascos estaban tan satisfechos, como él suponía, de que les arrojase el lobo; pues un día se concertaron media docena de hombres resneltos, y cogiendo á la bestia de noche, la mataron furiosamente á garrotazos. El Pretendiente, montó en cólera, y dió orden á Rosa Samaniego

de buscar á los autores, y echarlos á la sima de Yguisquiza. «Me la pagarán, exclamaba, porque es una falta de respeto á mi persona, que llega á crimen de lesa magestad; y yo no perdono, ni debo, ni puedo perdonar estas cosas.» Afortunadamente no se descubrió á nadie, y quedamos todos libres de las asquerosas acometidas de aquel repugnante animal.

LV.

**Fin de la guerra y principio de la emigracion.**

*Milan 5 de Octubre.*

Mientras D. Carlos se entretenia del modo que queda dicho, prosiguió Boet, los liberales se encaminaban á Navarra con fuerzas poderosísimas. Entre nosotros no habia mas que desaliento y confusion; y todo era dar quejas, y formar planes descabellados. Se habia nombrado general en jefe al príncipe italiano conde de Caserta, hombre de carácter muy simpático, y distinguido oficial de artillería; y se perdía el tiempo construyendo unas vastas líneas de atrincheramientos, que no tenian bastante carácter estratégico, ni proporcion alguna con nuestras fuerzas, que apenas llegaban á un tercio de lo que áquellas defensas requerian. La guarnicion del atrincheramiento de Estella estaba encomendada al insigne Lizárraga con su inseparable Virgen de los Dolores; lo cual equivalia á entregarla al enemigo, sin disparar casi un tiro.

A mí me habian hecho general, y querian destacarme con una division para que invadiese otra vez el Centro, y aunque me opuse por ser aquella operacion un gran disparate; y ofrecí invadir la Andalucía, y establecerme en ella, no querian escucharme, por mas que reconociesen que mi idea era feliz y estaba bien cimentada. Al fin no se verificó una ni otra empresa, porque nadie se entendia; y me ofrecieron el mando de unos batallones de catalanes, valencianos y aragoneses, que acepté.

En Navarra y las Vascongadas solo se oian rugidos y



de buscar á los autores, y echarlos á la sima de Yguis-  
quiza. «Me la pagarán, exclamaba, porque es una falta  
de respeto á mi persona, que llega á crimen de lesa ma-  
gestad; y yo no perdono, ni debo, ni puedo perdonar  
estas cosas.» Afortunadamente no se descubrió á nadie,  
y quedamos todos libres de las asquerosas acometidas de  
aquel repugnante animal.

LV.

**Fin de la guerra y principio de la emigracion.**

*Milan 5 de Octubre.*

Mientras D. Carlos se entretenia del modo que queda  
dicho, prosiguió Boet, los liberales se encaminaban á  
Navarra con fuerzas poderosísimas. Entre nosotros no  
habia mas que desaliento y confusion; y todo era dar  
quejas, y formar planes descabellados. Se habia nombra-  
do general en jefe al príncipe italiano conde de Caserta,  
hombre de carácter muy simpático, y distinguido oficial  
de artillería; y se perdía el tiempo construyendo unas  
vastas líneas de atrincheramientos, que no tenian bas-  
tante carácter estratégico, ni proporcion alguna con  
nuestras fuerzas, que apenas llegaban á un tercio de lo  
que áquellas defensas requerian. La guarnicion del atrin-  
cheramiento de Estella estaba encomendada al insigne  
Lizárraga con su inseparable Virgen de los Dolores; lo  
cual equivalia á entregarla al enemigo, sin disparar casi  
un tiro.

A mí me habian hecho general, y querian destacarme  
con una division para que invadiese otra vez el Centro,  
y aunque me opuse por ser aquella operacion un gran  
disparate; y ofrecí invadir la Andalucía, y establecerme  
en ella, no querian escucharme, por mas que reconocie-  
sen que mi idea era feliz y estaba bien cimentada. Al  
fin no se verificó una ni otra empresa, porque nadie se  
entendia; y me ofrecieron el mando de unos batallones  
de catalanes, valencianos y aragoneses, que acepté.

En Navarra y las Vascongadas solo se oian rugidos y

gemidos de los naturales del territorio; así de los que componían el ejército, como del paisanaje. Todos proveían el fin de la guerra, y como resultado, la pérdida de los fueros, y el establecimiento de la centralización. La melancolía, el espanto y el furor eran generales. Unos maldecían al clero que les engañó, obligándoles ó moviéndoles á tomar las armas por una causa tan antipática á la nación; muchos lo amenazaban siniestramente, diciendo que sobre él harían caer las consecuencias de la pérdida de las libertades lócales; otros culpaban á don Carlos, exclamando que si hubiese sido digno, no se habrían visto en tal peligro; y que la imbecilidad de éste, su corrupción, envidia y protervidad habían inutilizado todos los esfuerzos y sacrificios de las provincias carlistas; no faltaba también quien se cebase en la corte, en los generales y en todos los personajes, acusándolos de ineptitud y traición. Era, en fin, voz general que todo se había perdido por la mala conducta de la gente de pro; y que si hubiese mandado en jefe el cura de Santa Cruz, se hubiera ganado la guerra.

Me llamó á mí mucho la atención el auge que entonces tomó la fama de este odioso cabecilla, pues su nombre corría de boca en boca, sin distinción de sexo, ni de clases. Era evidente que allí se creía que aquel bandido podía abrirles las puertas de Madrid y sentar á D. Carlos en el trono de España. Nada prueba mejor el atraso intelectual de aquella gente, y las aberraciones mentales de que se alimentaban. Creer que un palurdo feroz y desalmado había de vencer al gobierno de Madrid, equivalía á demostrar la ignorancia mas crasa y la falta mas ridícula de sentido común. Es que los vascos y navarros, aunque tengan los primeros elementos de la instrucción, carecen, segun ya le dije, de ese conocimiento del mundo que no se aprende con el leer y escribir, sino con el trato de una vasta y complicada sociedad, ó con buenas y variadas lecturas políticas.

Por fin llegaron los ejércitos liberales ó invadieron el territorio del modo que V. sabe. No es mi ánimo trazarle un resumen de sus operaciones, porque esto pertenece á la historia y no á estas cartas; y aunque podría darle muchas noticias nuevas y curiosas, las suprimo por impropias. Sin embargo, le diré que los movimientos de las tropas liberales fueron muy defectuosos ó muy acertados,

según el criterio con que se examinen. Atendida nuestra situación concéntrica y la topografía del territorio, puedo asegurarle que en otras circunstancias el ejército carlista hubiera destruido en breves días á todos los ejércitos liberales, uno tras otro, de un modo fácil y matemático.

Así es que si los generales liberales operaron sin conocer nuestro verdadero estado moral, cometieron las faltas más garrafales. Pero si adoptaron aquel plan por saber que nosotros éramos incapaces de tomar aquella ofensiva defensiva, acertaron en prescindir de todas las reglas estratégicas. Ignoró el secreto de su conducta; y como quedaron victoriosos, parece que tuvieron razón. La historia desentrañará más adelante si hubo en esto la mano de la casualidad, ó la inteligencia de la sabiduría.

Apenas hubo resistencia formal en nuestras líneas: don Carlos y su corte se corrieron enseguida á la frontera con todos los equipajes; el conde de Caserta se batió con valor, aunque sin éxito, y el gran Lizárraga, que se proponía enterrar en sus trincheras á la mitad de los enemigos, huyó á toda prisa, por temor de que su Virgen de los Dolores le abandonase. Nuestro ejército era un caos espantoso: los cuerpos se disolvían, y tirando las armas, cada cual volvía á su casa, renegando de D. Carlos: batallones y escuadrones en masa se presentaban al enemigo por el sufragio universal de los soldados, que no querían batirse más por el carlismo; otros andaban errantes y perplejos, y muchos se dispersaban en grupos de hombres alborotados. Entonces Dorregaray quedó libre, y pudo salvarse en Francia, aprovechando aquel sinistrotro desorden.

Grandes bandas de carlistas vascos y navarros, furiosos de estos desastres, asaltaban los pueblos y caseríos, robando á los patronos todo lo que podían llevarse, y destruyendo el resto; y si reconocían á alguno de los que más fomentaron la guerra, aunque fuese sacerdote, lo maltrataban de mil maneras, echándolo vivo por las ventanas, ó matándolo á tiros ó bayonetazos, entre las imprecaciones y gritos más horribles. El general Egaña, que quiso contener estos desórdenes, murió á manos de su propia gente. Véanse casas quemadas, paisanos de toda clase asesinados por las calles y caminos, muebles rotos, arroyos de vino y aceite que corrían como



caudalosas fuentes, incendios pavorosos, y hombres y mujeres llorando y pidiendo favor al cielo contra sus propios compatriotas, locos de rabia y venganza.

Entretanto yo estaba aun en línea con mi división, conteniendo al enemigo, y avisado de que las demás divisiones habían huido, dejándome solo, ordené la retirada á Francia. Algunos jefes, que dudaban de que tan tarde pudiésemos escapar, se me presentaron, rogándome que si lo consideraba todo terminado, sacase de la situación el partido que pudiese en beneficio de todos. «Segun nuestras noticias, me dijeron, la frontera está cerrada, y no será posible pasarla, y como es indudable que en tal caso tendremos que rendirnos, valdria mas hacerlo antes, á fin de pedir concesiones.» Comprendí que deseaban salvar sus grados; pero no queriendo hacer pasteles de esta ni de otra clase, les contesté que estaba decidido á cumplir con mi deber hasta el fin. «Hagan Vds. lo que quieran, dije, pero ni negocio, ni me rindo, ni creo que el enemigo sea capaz de cortarme la retirada.» — «La retirada ya está cortada, exclamó uno.» Y lo apoyó en la situación de los cuerpos liberales, que le parecia fatal para nosotros. «Si el enemigo está del modo que V. dice, contesté, léjos de coparnos, nosotros podríamos derrotarlo. Pero ahora no es tiempo de entretenernos; que cada cual ocupe su lugar, y obedezca: ya verán Vds. como todas las fuerzas que se han aglomerado de aquí á la frontera, no nos impiden llegar á Francia con escasísimas pérdidas.»

Entonces nadie se atrevió á insistir, ni á separarse; y nos pusimos en marcha con rapidez y cautela, pasando sin estorbo por en medio del enemigo, que hallándose en una situación defectuosa, no pudo cerrarnos el paso. Mi gente seguia con firmeza, y en actitud silenciosa, y todos se mostraban resueltos á morir antes que rendirse.

Un gran número de jefes y oficiales de las fuerzas presentadas ó dispersas se nos agregaban con el semblante tétrico; otros con algunos generales pasaban á nuestra vista por caminos extraviados, arriesgando su vida; y en su actitud cabizbaja y silenciosa, revelaban grande abatimiento. Por do quiera se oia una murmuración general contra D. Carlos; no hallábamos cura y diputado que no se quejase enérgicamente de la conducta del Pretendiente; y el país les hacia coro con lastimosa amargura. No

podía darse un espectáculo mas confuso, mas triste y desolado.

Habíamos nosotros hecho alto en un sitio, cuando llegó un jefe á caballo, y me dijo que D. Carlos estaba cerca; que descabá arengar á mis fuerzas, y que le dijese si éstas se molestarían formando de nuevo. «La pregunta, añadió en voz baja, no es inoportuna, porque ahora mismo un batallón acaba de recibir muy mal á S. M.» Yo, que estaba ufano de la rígida disciplina de mi gente, contesté: «Las fuerzas que mando no se molestan nunca obedeciendo.» Y llamando á mi corneta de órdenes, le mandé tocar llamada. El corneta tocó, la gente formó enseguida, y yo monté á caballo, para esperar á don Carlos. En esto llegó otro correo del Cuartel Real, y me dijo que ordenase á mis tropas que apenas S. M. hubiese hablado le vitoreasen con entusiasmo. Incomodado de una orden tan ridícula, exclamé vivamente: «Responda V. de mi parte que no desmoralizo á mis batallones, mandando farsas. Lo que se me propone es una comedia en la cual no quiero tomar parte.» Entonces el mensajero, bajando la voz, me dijo al oído: «Es que un batallón acaba de dar un feo al rey, guardando silencio después de la arenga, á pesar de haberlo vitoreado el jefe; y quisiéramos evitar un nuevo disgusto.»—«Bien, contesté. Diga V. que como S. M. hable cuatro palabras á mis soldados, respondo que lo vitorearán espontáneamente.»

Partió el enviado, y poco después llegó D. Carlos al frente de una especie de plana mayor. Su vista nos reanimó á todos, y yo mismo llegué á creer que á pesar de su imbecilidad, el Pretendiente estaría á la altura de la situación, pues en momentos supremos como aquel, la misma extensión de la catástrofe y la sublimidad de las escenas que produce, inspiran bien á los hombres mas cortos. Don Carlos me miró, turbóse y me sonrió bestialmente, derribando todas mis esperanzas. Contesté gravemente al saludo, y esperé inmóvil lo demás. El Pretendiente, en vez de dirigirse inmediatamente á los soldados, se volvió á los ginetes que le acompañaban, y se puso á hablar con ellos del modo mas sosegado: «Animal, pensé. Está perdiendo miserablemente la primera impresion de su llegada, cuando le favorece tanto. ¡Ah, vive Dios!»

Don Carlos volvió á mirarme, se sonrió de nuevo con verdadera imbecilidad, y por fin se apartó un poco de su

escolta, volvió á mirarme, me sonrió otra vez, é hizo un movimiento con el brazo derecho. Creyendo que ya iba á empezar, me reanimé, y esperé su discurso con alegría. «Vamos, me dije; mi impaciencia me ha hecho injusto; ahora hablará, y por poco que se haya penetrado de su posicion, es imposible que no halle alguna palabra que nos conmueva á todos.» Pero enseguida quedé estupefacto. En efecto, D. Carlos en lugar de empezar su arenga, sacó un papel del bolsillo, lo desplegó tranquilamente, puso los ojos en blanco, y despues de escupir dos ó tres veces, nos leyó todo perturbado y confuso una arenga que llevaba escrita.

Yo no puedo describirle á V. lo que nos pasó á todos, porque de tal modo caímos del burro, que ni conciencia tuvimos para darnos cuenta de ello. La proclama era disparatada, y tan ridícula como la escena: decia que todo iba bien; que no nos espantásemos; que él no nos abandonaría, y otras sandeces parecidas. De vez en cuando don Carlos movia la mano ó alguna pierna para dar mas animacion á su lectura. En cierto pasaje, levantó la voz y la cabeza, haciéndo un movimiento de energía, y cuando fué á continuar, perdió el punto, buscó turbado la continuacion, empezó un párrafo, que habia ya leído, y al observarlo, lo dejó por otro; todo lo cual hacia un efecto tan grotesco, que mi gente apenas podia contener la risa. Al fin acabó, y yo dando un grito de viva el rey, logré que mis batallones lo repitieran. Pero apenas el Pretendiente se apartó, uno de mis voluntarios aragoneses se echó á reir, exclamando: «¡Caramba, muchachos! El Seco de las Parras no sabia leer, ni escribir; pero aunque no era mas que un pobre guerrillero, cuando queria arengarnos, se lucia.»

En esto se acercó uno de la escolta de D. Carlos, que era el general Fortun, y llegándoseme al oido, me dijo: «Boet, por Dios, corrija V. el mal efecto que ha producido D. Carlos, y arengue á su gente, porque la necesitamos mucho para meternos en Francia con seguridad.» — «Así pensaba hacerlo, contesté. Pero cómo el Rey va á pasar la frontera despues que acaba de decirnos que la guerra marcha viento en popa, y que será el primero en los peligros?» El general suspiró. «El rey, me dijo, está rodeado de locos y tontos. Arengue V. á esos muchachos, y protéjanos bien, porque de lo contrario nuestra retira-



da será peligrosa. Adios, Boet, y hasta Francia. Todo ha concluido ya." Dicho esto, me dejó y se alejó con don Carlos.

Entonces yo me volví á mis batallones, y abrasándoles de una mirada, exclamé: «¡Voluntarios! ¡Ya lo sabeis! El Rey cuenta con vosotros, y espero que no defraudareis sus esperanzas. Nos hallamos en un momento difícil. El enemigo nos rodea y amenaza por todas partes, y cada uno de nosotros ha de luchar con tres. Algunos de nuestros cuerpos se han desmoralizado, y faltando hasta á las leyes mas rigurosas de la humanidad, son el azote y la vergüenza de sus mismos paisanos, á quienes vejan y atropellan de mil modos. Es necesario ser fieles á nuestra bandera. Juradme que lo sereis." Todos contestaron frenéticamente: «¡Sí, sí!" Yo continué: «Es necesario ser disciplinados. ¡Juradme que lo sereis!" — «¡Sí, lo juramos!" gritaban. — «¡Juradme que me ayudareis á reprimir los desórdenes de aquellas turbas de asesinos!" exclamé. — «¡Lo juramos! ¡viva nuestro general!" contestaron." Y, en efecto, aquellos valientes lo cumplieron.

Después de algun descanso, continuamos la marcha hácia Francia. Por el camino hallábamos bandas de campesinos que huían despavoridos, y se refugiaban entre nosotros, pidiéndonos amparo contra sus perseguidores, que eran los carlistas desbandados. A lo lejos se levantaban grandes columnas de humo, que eran de las casas incendiadas; oíanse tiros sueltos, que resonaban siniestramente; y al acercarnos á los poblados, veíamos más huellas de aquel saqueo en los cadáveres que habia por las carreteras, y en las prendas de ropa, en las frutas, carnes y astillas de muebles que yacian por el suelo.

Los campesinos y campesinas llegaban á mi presencia llorando y gimiendo con sus criaturas á cuestas, las levantaban en brazos hácia mí, pidiendo misericordia y proteccion. «Señor, exclamaban, compadézcase de nosotros; una gavilla de carlistas furiosos nos han echado de nuestras casas, y lo lleva todo á sangre y fuego. ¡Piedad para nosotros! ¡Compadézcase V. de nuestras hijos!" Al mismo tiempo se veía á los furiosos corriendo por grupos acá y allá, rompiendo, destrozando y saliendo de las casas cargados de objetos que tiraban al suelo. Oíaseles abullar como fieras: «¡Venganza contra los traidores! ¡venganza contra los que nos engañaron! ¡venganza con-

tra todos los que han encendido la guerra! Indignado de estos excesos, envié alguna fuerza á reprimirlos, dando orden al comandante de que fusilara á todos aquellos desalmados que pudiese coger: «Por doloroso que sea, dije, no perdone V. á nadie, porque no lo merecen. Esa gente son mas ladrones que carlistas.» Adelantóse él, cogió y fusiló á algunos, ahuyentó á los demás, y de este modo pude contener por mi camino aquel horrible saqueo y desolación.

Al fin llegué á la frontera, y al saber que D. Carlos ya estaba en Francia, seguí el mismo camino, y salvé á toda mi division de la vergüenza de capitular. Algunos de mis oficiales debieron de sentirlo en el alma. Pero estoy convencido de que la mayor parte de la gente se alegró. Entré en Francia con el mayor orden, conservando toda la formacion militar que permitia el terreno, y me hallé con las tropas francesas, que me estaban esperando para desarmarnos. Mandé hacer alto, ordené el movimiento que correspondia; y entregando la gente al jefe francés, me puse á su disposicion, y partí para la residencia que me señalaron, siguiéndome luego los míos, que fueron colocados en unos depósitos. Así terminó la guerra carlista.

Entretanto D. Carlos habia llegado á Pau, y se dirigia á la hermosa quinta donde vivia D.<sup>a</sup> Margarita, rodeada de aquella corte de seminaristas, que ya le describí. Estaba despechado, nervioso, colérico, y los que le acompañaban no se atrevian á hablarle por miedo de alguna mala respuesta. Al ver la suntuosidad de aquella casa, aquellos jardines, aquel lujo y opulencia, el Pretendiente se detuvo, y mirando con enojo, cerró los puños, y prurumpió, segun dicen, en una blasfemia de las mas crudas. «¡Ira de Dios! exclamó entre dientes. Aquí há estado ella, mientras yo me helaba de frio en aquellos montañas; aquí se ha regalado con mi dinero, mientras yo carecia de lo mas necesario. Ahora me lo pagará todo.» Entró dentro con los ojos airados, les lábios temblorosos, y el cuerpo agitado, y al ver que D.<sup>a</sup> Margarita salia á recibirlo con indignacion y desprecio, acabó de exaltarse, y montando en cólera, se encerró con su mujer.

«¿Ya llegaste? exclamó la esposa mirándole altivamente y con los ojos llenos de lágrimas. Si la guerra se ha perdido, puedes bien agradecerlo á tu incapacidad, á tu

cobardía y disolutas costumbres. Los españoles no son tan degradados como supones; y tienen aun bastante dignidad para quererlo todo menos tu reinado. ¡Ah! ¡mal esposo! ¡mal padre! tu eres mi desgracia, y la de nuestros hijos. ¡Desdichado el día en que te conocí, y maldito aquel en que me casé contigo!" D. Carlos dió como un rugido, y cerrando los puños, contestó á su muger con un vendabal de improperios. «Quien ha perdido la guerra eres tú, exclamaba; tú, que has faltado á tu deber quedándole aquí; tú, que has malgastado en esta casa el dinero que yo necesitaba para ir á Madrid; tú, que me has comprometido ante la Europa, obligando los comités de Bélgica á no enviarme mas por tu conducto las cantidades que me recogian; tú, que pasabas el día cortejando y bailando con tus cortesanos, mientras nosotros nos hacíamos matar en las trincheras. ¿A qué hablarme de nuestros hijos? ¿cuándo les has tenido tú algun amor de madre? ¿cuándo les has sacrificado el menor de tus placeres y devaneos? ¿cuándo te has ocupado de ellos? Pero hoy me las vas á pagar todas, mala muger; hoy te ajustaré las cuentas, como mereces.

Y dándole un gran bofetón, arremetió contra ella como un loco sobrexitado, pegándola y maltratándola de mil maneras, golpeándola furiosamente en el rostro, en el pecho, en la espalda, tirándole puntapiés al vientre, cogiéndola por el cuello y ahogándola, y diciéndole las palabras mas insultantes y soeces que se pueden dirigir á una muger honrada. D.<sup>a</sup> Margarita lloraba, gritaba, pedía socorro, invocaba el nombre de sus hijos. Pero nada le valia. «¡Carlos, ten lástima de mí!» exclamaba. «¡Eres una miserable!» contestaba él. «Toma, toma, toma!» — «¡Piedad! ¡mira que no puedo mas! ¡socorro! ¡acuérdate de que soy la madre de tus hijos!»

La gente de la casa y la comitiva del Pretendiente oian perfectamente toda esta escena, pero ninguno se atrevia á moverse, para no incurrir en la colera de D. Carlos. Por fin, cuando este se hubo cebado en su víctima, abrió la puerta, y salió con los ojos sanguinolentos, el rostro pálido y las manos temblorosas. Entraron entonces dentro algunas mugeres, y hallaron á D.<sup>a</sup> Margarita casi desmayada, con el rostro hinchado, los ojos saliendo de las órbitas, y sin fuerzas para moverse. Desnudáronla enseguida, y viendo que su cuerpo estaba lleno de gran-



des contusiones, mandaron por un médico, y la llevaron á la cama, de donde no pudo levantarse hasta al cabo de muchos dias. Ella misma, contándome un dia aquel suceso, me dijo que aunque habia recibido muchas palizas de D. Carlos, esta fué la mas cruel y bárbara.

Creian algunos que de resultas habria entre ambos una separacion; pero no solo D.<sup>a</sup> Margarita no la pidió, sino que cometió la mayor ligereza que cabe imaginar. Apenas estuvo repuesta, escribió á otra señora lo que punto por punto habia pasado en aquella borrasca, describiendo la conducta de su marido con toda la odiosidad natural. La carta bastaba para matar, no á D. Carlos, sino al hombre mas virtuoso. Estaba dicha señora casada con Arjona el antiguo secretario de confianza del Pretendiente, á quien D.<sup>a</sup> Margarita, con sus exigencias, hizo quitar el empleo, á pesar de la oposicion de D. Carlos; y apenas el marido vió aquella carta, fué á enseñarla por todos los cafés y casas carlistas y legitimistas, para vengarse del agravio.

El efecto era fulminante. «Pero cómo D.<sup>a</sup> Margarita no se divorcia de un hombre tan brutal? exclamaban todos los que leian la carta.» No esperaba otra cosa el agraviado. «¡Oh! decia. Como es una muger tan singular, y está tan acostumbrada ya á estos atropellos, no hace caso; y todo lo sufre, con tal que D. Carlos la deje divertirse. A veces alguno le contestaba: «Pues entonces allá se las haya, y él y ella son tal para cual.» Otros callaban, por cortesia; pero desgraciadamente pensaban lo mismo. Así terminó aquella guerra civil, que tantas victimas y millones habia costado á España.

## LVI.

### Mis proyectos.

*Milan 8 de Octubre.*

Con la derrota y la emigracion aparecieron claramente y á la luz del dia todas las llagas y miserias que corroian y mataban al partido carlista, dando el espectácu-

des contusiones, mandaron por un médico, y la llevaron á la cama, de donde no pudo levantarse hasta al cabo de muchos dias. Ella misma, contándome un dia aquel suceso, me dijo que aunque habia recibido muchas palizas de D. Carlos, esta fué la mas cruel y bárbara.

Creian algunos que de resultas habria entre ambos una separacion; pero no solo D.<sup>a</sup> Margarita no la pidió, sino que cometió la mayor ligereza que cabe imaginar. Apenas estuvo repuesta, escribió á otra señora lo que punto por punto habia pasado en aquella borrasca, describiendo la conducta de su marido con toda la odiosidad natural. La carta bastaba para matar, no á D. Carlos, sino al hombre mas virtuoso. Estaba dicha señora casada con Arjona el antiguo secretario de confianza del Pretendiente, á quien D.<sup>a</sup> Margarita, con sus exigencias, hizo quitar el empleo, á pesar de la oposicion de D. Carlos; y apenas el marido vió aquella carta, fué á enseñarla por todos los cafés y casas carlistas y legitimistas, para vengarse del agravio.

El efecto era fulminante. «Pero cómo D.<sup>a</sup> Margarita no se divorcia de un hombre tan brutal? exclamaban todos los que leian la carta.» No esperaba otra cosa el agraviado. «¡Oh! decia. Como es una muger tan singular, y está tan acostumbrada ya á estos atropellos, no hace caso; y todo lo sufre, con tal que D. Carlos la deje divertirse. A veces alguno le contestaba: «Pues entonces allá se las haya, y él y ella son tal para cual.» Otros callaban, por cortesia; pero desgraciadamente pensaban lo mismo. Así terminó aquella guerra civil, que tantas victimas y millones habia costado á España.

LVI.

**Mis proyectos.**

*Milan 8 de Octubre.*

Con la derrota y la emigracion aparecieron claramente y á la luz del dia todas las llagas y miserias que corroian y mataban al partido carlista, dando el espectácu-

lo más triste y repugnante. No se veían sino grupos que se odiaban entre sí á muerte; gente que pasaba el día maldiciendo de unos ú otros; individuos y jefes que acusaban de las cosas más aviesas á sus superiores; personajes que maldecían á D. Carlos, con las imprecaciones más enérgicas y crudas; y una infinidad de mujeres y pequeñitos que lloraban, encerrados en su hogar por la desnudez y desamparo en que habían quedado.

D. Carlos, según ya le conté á V. en las conversaciones del toison, dejó plantadas allí á todas aquellas víctimas de su ambición y fatuidad; y embarcándose para Londres, fué á divertirse en esta capital, donde entre placeres y bellaqueñas nombró á la Junta reorganizadora, ordenándole la infamia del art. 8.º de las instrucciones secretas. Luego se embarcó otra vez, y se dirigió á América, en compañía de un espía que los conservadores españoles habían tenido la habilidad de colocar á su lado, para que les revelase sus costumbres. Este servicio, que según se murmuró, costó 30,000 pesetas, dió por resultado una serie de confidencias, que publicó la *Epoca*, que no sé si es quien pagó la cantidad, aunque se aseguraba que no.

D. Carlos hizo en América lo que en todas partes, y los detalles de aquel diario demuestran que no he exagerado, ni exagerado, al pintárselo á V. como un tipo de corrupción, procacidad y majadería. Voy á leerle á usted algunos párrafos de aquellas confidencias. En tonces el Sr. Boet sacó un número de la *Epoca*, del día 11 de abril de 1877, y me leyó los siguientes párrafos de un artículo firmado por D. Alfredo Escobar. «... Ya en Filadelfia habíamos visto al Pretendiente fumándose una inmensa pipa en el café Turco, y nos había costado trabajo creer que aquel hombre de modales vulgares, de traje cursi y plebeyo porte, fuera un príncipe, siquiera rebelde.... Y como si su retrato fuera el espejo de su conducta, cierta lady, digo mal, cierta cocotte que le aguardaba, nos hizo comprender, que si aquel era Don Carlos, este era indigno de representar á un partido de personas honradas...»

«Los periódicos americanos, continúa la *Epoca*, empezaron á referir sus aventuras, vergonzosas las más, y como consecuencia natural de sus excursiones nocturnas, el noble Pretendiente se veía aquejado de un mal



que se curó en el secreto de un hotel.... (1) Nada quiero añadir á los hechos conocidos de todo el mundo que han señalado el viaje de D. Carlos á los Estados-Unidos; el Pretendiente tanto en New-Port como en Nueva York y en Filadelfia, conoce mejor los garitos y burdeles que los Museos y establecimientos de Caridad.... Cierta noche D. Carlos estaba entregado á todas las delicias del amor y de la orgia. A la mañana siguiente, al despedirse de su lady se quita una sortija en la cual se leía *Margarita-Carlos*; 4, 2—1867; lo cual significaba que el 4 de febrero era la fecha de su enlace con D.<sup>a</sup> Margarita; la coloca en el dedo de la lady, y con voz majestuosa le dice en mal inglés: «Presentaos en el Palacio de Madrid cuando yo sea Rey de España, y se os concederá lo que pidais...»

«Cuando contó el caso á sus ayudantes, le hicieron estos ver la grave imprudencia que habia cometido, y le preguntaron las señas de la casa para recuperar la sortija. Su nueva propietaria se negó al principio á la devolución de la joya; pero como no era carlista, consintió en devolverla á cambio de 100 duros. ¡Cien duros! Si con ellos creyó D. Carlos haber pagado la noche que pasó, nos parece muy caro. Si con ellos creyó rescatar su honor, nos parece muy caro tambien.» Hasta aquí el episodio de la *Epoca*, señor Corresponsal; y como V. vé, corrobora perfectamente cuanto le llevo dicho. ¡Lástima que este diario no sacase mas partido de las confidencias que le hicieron, pues sin duda hubiera dado al Pretendiente un golpe mortal, que resonando entre nosotros, quizá me evitara á mi los disgustos que he pasado y estoy pasando! Concretóse á publicar unos apuntes bosquejados ó á anegar los sucesos en un piélago de cosas extrañas al caso; y nosotros apenas hicimos caso de sus palabras.

Mientras el Pretendiente andaba por aquellas regiones, yo me ocupaba en examinar una cuestion de gran importancia para mí. D. Carlos me habia ofrecido antes

(1) Los que alguna vez han tachado de desenvuelta la pluma del autor de las *Cárta*s Milanesas, pueden desengañarse leyendo los párrafos de la *Epoca*, el diario de las marquesas y duquesas españolas. Nuestro corresponsal no ha llegado nunca ni á la mitad de la desvoltura del diario madrileño.

de marcharse la direccion del partido y yo debia contestarle definitivamente á su regreso. Preocupado por una cosa tan grave, no sabia qué hacer, aunque me inclinase á aceptarlo. La idea de verme á la cabeza del carlismo me halagaba al par que me confundia. Aunque ignorase muchas de las bellaquerias que le he referido, sabia ya bastantes para recelarme de aquel hombre; y por otra parte no me inspiraba gran confianza el estado de un partido que, despues de una lucha prolongada, acababa de perder la guerra de un modo tan ridiculo. «¿Es posible ya hacer algo? me decia, considerando desde el primero hasta el último de nuestros elementos.» Y habia de contestarme tristemente: «Dificil y muy difencil seria.» Del mismo modo pensaban nuestros hombres mas eminentes, como ya le tengo dicho.

Al fin, por sorprendente que parezca, me decidí á aceptar; y voy á manifestarle en qué me fundé. Al axaminar el carlismo, no pude menos de fijarme en los deseos de revuncha que habia en todas nuestras clases, y en el profundo ódio que manifestaban á los conservadores españoles, que eran el partido triunfante. De todas partes de España nos llegaban voces que nos animaban á reorganizarnos y luchar otra vez; y por la emigracion se agitaban muchas personas que se ofrecian generosamente para nuevos trabajos políticos. Entonces no pude menos de decirme que si un hombre de tacto y enegia cogia aquellos elementos, los unia y dirigia, en breve formaria un núcleo poderoso, que absorbiendo por la fuerza moral de atraccion á todos los carlistas, constituiria una gran masa, capaz de un nuevo esfuerzo.

Los conservadores habian subido al poder pasando por encima de la democrácia; y aunque la daban por muerta y sepultada me parecia á mi que estaban en un gran error, y que la democrácia iria levantándose paulatinamente, y recobrando las fuerzas. Tambien observaba que se habian puesto en pugna con los moderados, de quienes se burlaban muy imprudentemente, por mas que éstos fuesen pocos. Los moderados eran gente de posición, de historia é intriga; y como tienen la manga ancha, son temibles en todas circunstancias para un partido oligárquico como el de los conservadores, al cual pueden desmoralizar con sus malas artes. Por fin, existian los sagastinos, que no érau menos despreciados

que los moderados, aunque fuesen mas temibles por la influencia que conservaba en ciertas partes su jefe el duque la Torre.

— Así, pues, vi enseguida, á pesar de mi inexperiencia política, que los conservadores liberales, como ellos se llamaban, eran débiles para luchar á la vez con los demócratas, los moderados y los sagastinos; ó para combatir sucesivamente con las tres falanges, y quedar al fin vencedores; porque si luchaban con una coalicion de los tres elementos, quedarían luego deshechos; y si solo con cada uno en particular, se entlaquecerían mucho, no vencerían definitivamente á ninguno, y despues perecerían en un choque cualquiera. Si el partido carlista entraba en esta pelea con buena organizacion y alguna direccion, es indudable que no solo podrá realzarse, sino hasta ser tan preponderante como la misma democracia.

— Pero habia un gran impedimento, y ya supondrá usted que era el héroe del *As de oros*. ¿Cómo hacer algo con un hombre tan vicioso, tan inepto, tan envidioso, tan bajo é ignorante? ¿Cómo ser carlista, estando el jefe tan desprestigiado?... Le confieso á V. que esto me impidió dormir mas de media docena de noches. Ya lo tenia por una imposibilidad absoluta; ya lo tomaba por una dificultad erizada de peligros. Observaba que la masa de nuestro partido prescindia de este inconveniente, no sé si por ignorancia ó indiferencia; figurando entre los más despreocupados el clero, á pesar de conocer bien á don Carlos; y que solo estaban cuidadosos los hombres de importancia que habian servido en altos cargos. Yo mismo reconocí al fin que no se podia ir adelante sin reformar al Pretendiente, obligándole á ser un hombre decente, como sus iguales; pues aunque estos lo sean á su modo, la sociedad es indulgente con ellos.

— ¿Pero sería posible este cambio? A mí me pareció que sí, con tal que se hiciese con enerjia, habilidad y flexibilidad. Fundéme para creerlo en que D. Carlos era jóven y muy ambicioso, y que á su edad los vicios no son definitivos, y la ambicion influye mucho en el ánimo. Si yo lograba despertar en el Pretendiente un vehemente deseo de lucir en la sociedad política, esto me serviría de base para corregirle de la mayor parte de vicios y ridiculeces de que adolecia. Conociendo la vida azarosa que á su lado pasaba D.<sup>a</sup> Margarita, esperé que esta par-



ticiparía de mis ideas, y me ayudaría á realizarlas, si- quiera con el objeto de ser mejor tratada. No podía yo imaginar que estimase tan poco á su marido y á sus hijos, que me dejase abandonado en una tarea de la cual ha- bía de reportar tanto. Si á estas influencias se añadian las que en la misma vida política y social había de traer, no era temerario calcular que se obtendría bastante éxito.

Empero algunos, que conocían mis esperanzas, me desengañaban de ellas rotundamente, asegurándome con energía que D. Carlos era incorregible, aunque fuese jó- ven y vanidoso; y que D.<sup>a</sup> Margarita no me ayudaría, por haber ya desesperado de la enmienda de su esposo, y acostumbroadose á la vida ligera y divertida de París. «Quite V. de la cabeza, me decían, todas estas ideas, y reduzca la cuestión á su verdadero estado, que es el si- guiente: ¿me conviene dirigir al partido, siendo D. Car- los tal cual es? ¿puede lograrse algo, estando al frente este hombre viciado y vicioso?» Esto me contrariaba mu- cho; y así contestaba: «No puedo creer que la situación sea tan pésima como VV. dicen. Un jóven de las aspi- raciones de D. Carlos es capaz, sino de convertirse, lo cual no pido, al menos de enmendarse.»—«Pues D. Car- los no se enmendará, me replicaban; y al tiempo nos re- mitimos. D.<sup>a</sup> Margarita será la primera en contrariarle á usted.»—«¿Por qué?» exclamaba. ¿Suponen VV. que sea mala?»—«No por cierto, decían; sino porque desconfía tanto de su marido, que será la primera en reirse del plan de V.»

Irritábanme y contrariábanme á mí estos valloinios no por parecerme mas bien indicios de una hostilidad de envidiosos, que juicios bien fundados. No podía creer que D.<sup>a</sup> Margarita fuese como me la describían, y tenía la seguridad de que me aprobaría y ayudaría, cuando no por otra cosa, por la decencia de su hogar. Tan mons- truosa hallaba la indiferencia de la esposa por una ten- tativa de este género, que la creía impropia de la naturaleza humana. Si D.<sup>a</sup> Margarita hubiese sido de costumbres disolutas, hubiera sido diferente, porque en- tonces tendría todavía mas interés en que su marido fuese bien corrompido. Pero desde el momento que todos los que la conocían me aseguraban que era una señora como la mayor parte de las del barrio de San Germán, ó

sea, de la antigua nobleza francesa, no era posible que se riese tanto de mis propósitos.

«Sin embargo, tomé en consideracion aquellas opiniones, y examiné concienzudamente lo que deberia hacer, si me convencía de que fuesen ciertas. ¿Podía yo servir á un hombre de aquellas condiciones morales? No. ¿Debia continuar en un partido que lo tuviese por jefe? Tampoco; y todo lo mas podria ser carlista, sin formar parte del carlismo, como tantos otros. ¿Pero estaba yo convencido ya de lo que mis conocidos me profetizaban? No. ¿Estaba dispuesto á creerlo, sin averiguarlo prácticamente? Mucho menos. Lleno de confianza en mí mismo, tenia esperanzas de triunfar, aunque lo reconociese muy difícil. ¿Y qué hacer, si me engañaba? En este caso, mi determinacion seria irrevocable: dejaria mi empleo, y me retiraria á casa; no descubriría mis motivos, pero no trabajaria mas por una causa inmoral é infame, desde el momento que tenia á la cabeza á un hombre tan vicioso, y tan incapaz de corregirse. «Yo trabajaré un año ó dos en esta obra, me dije; pues bastará para la experiencia que me propongo; y si nada alcanzo, plantaré á don Carlos y al carlismo para siempre jamás.»

— Ya le he dicho á V. en otras conversaciones algo de mis planes, y en las que irán siguiendo le revelaré parte del resto; pues ahora quiero circunscribirme á desarrollarle el suceso que le estoy contando. El Pretendiente regresó de sus viajes á Ultramar; me propuso la direccion del partido con el título de ayudante suyo y un sueldo regular; lo acepté enseguida, y poco despues me encargué del empleo.

«Así que me instalé en París, me enteré de la marcha de la familia de D. Carlos; del género de vida que este seguía, y del carácter de la gente de la casa; y aunque durante los primeros dias no hice mas que observar bien lo que sucedía, y penetrarme exactamente de ello; no dejé de aprovechar todas las ocasiones de insinuar mis propósitos ó al menos prepararlos. Don Carlos estaba entusiasmado conmigo, y á todos sus conocidos hablaba de mí poniéndome en las nubes; D.<sup>a</sup> Margarita me habia recibido con mucha afabilidad, y las personas que los trataban hablaban del mismo modo. Animado con tan buenos principios, andaba buscando medio de emprender mis reformas, sin apresurar el dia. Nadie sospechaba

mis propósitos; antes bien, todos mostraban creer que yo sería un favorito como mis antecesores.

Un día, hallándome á solas con D.<sup>a</sup> Margarita, ésta, que hablaba conmigo de cosas indiferentes, me dijo de repente, como si le acabase de asaltar una idea: «Desde que llegaste, Boet, ardo en deseos de hacerte una pregunta; y como antes no he tenido lugar, lo aprovecharé ahora, aunque encargándote el secreto. ¿Crees tú que nuestro partido podrá vencer? Dime la verdad; que yo también le guardaré el secreto.» Conociendo entonces que habia llegado una oportunidad de las que tanto deseaba, le contesté: «Señora, puedo decir en conciencia que no lo hallo imposible, sino muy difícil.» Doña Margarita suspiró. «A mí, repuso, me gustaria mucho ser reina; puedes creerlo; no solo porque soy mujer, sino tambien porque soy madre; pero lo creo imposible, del todo imposible, sobre todo desde los escándalos de la última guerra.»

«Señora, observé; ignoro en que se funda V. M.» Ella me contestó en seguida: «Me fundo en el carácter de Carlos, y en la mala influencia que tiene en nuestro partido. Quizá esta vez hubiéramos ido á Madrid, si mi esposo hubiese sido otro. De aquí todas mis dudas. Tú has tratado poco á mi marido, y por consiguiente no has podido aun conocer su verdadero fondo. Carlos no tiene talento, moralidad, ni medida en su conducta. Si supieses como vivimos ambos... Yo no lo considero ya como mi marido, sino como un enfermo, como un niño caprichoso y doliente, de quien he de sobrellevar las extravagancias y genialidades por inevitables é incorregibles. Si viaja, lo hace como una maleta. Si frecuenta un salon, parece un doctrino, y no sabe conversar, ni producirse, ni saludar, ni llevar debidamente los brazos ni colocar las piernas. Si habla de política, no dice mas que disparates, que dan una deplorable idea de su cacumen. Si galantea, prefiere siempre á las mujeres menos reputadas. Así es que no creo posible que nuestro partido triunfe, teniendo á Carlos por jefe.» Conociendo que verdaderamente habia llegado la hora de atraerme á D.<sup>a</sup> Margarita, tuve con ella la conversacion que le voy á referir.



### Conversacion con Doña Margarita.

*Milán 11 de Octubre.*

«Señora, dije, las palabras que V. M. acaba de decir me desanimarian completamente, obligándome á dejar el servicio del rey, si no las tomase por una exageracion inspirada por algun disgusto conyugal.»

«Te engañas, repuso D.<sup>a</sup> Margarita; te engañas de cabo á rabo, porque tantos son los disgustos que Carlos me ha dado ya de este género, que no hago caso de sus desórdenes, antes bien procuro ocultarlos, á fin de que sus enemigos políticos no saquen partido de ellos. Mi marido pasa á veces dos y tres dias ausente y de picos pardos, sin que yo, ni nadie de la casa sepamos qué es de él, dónde para, ni cómo está; y yo me quedo tranquila é indiferente, porque segun ya te he dicho, en vez de tenerle por marido, le tengo por un hijo defectuoso, á quien no es posible corregir. Así es que cuando vuelve, le recibo como si nos acabáramos de ver, y solo me incomodo cuando él, no contento con mi silencio, me provoca diciéndo: «¿á que no adivinarias donde he estado estos dias? ¿con quién he pasado las noches, y qué tal eran las damiselas?» Y si no le contesto, empieza una descripcion detallada de todos sus desórdenes, y si me enojo, me abofetea y me dá de puñetazos y puntapiés; que he de guardar cama para curarme.»

Le refiero á V. todo esto, señor Corresponsal, porque segun verá luego, es absolutamente necesario para el conocimiento de aquella familia y de los sucesos que le he de contar. A no ser así, lo suprimiria por lástima de D.<sup>a</sup> Margarita; aunque ésta como esposa de D. Carlos y como extranjera, no es de las que menos han trabajado para encender la última guerra civil, ni de las que menos trabajan para hacer otra; sin contar que á pesar de saber positivamente que soy inocente del robo del Toison, me ha atacado y sigue atacándome como una fiera leo-

na, sin conciencia, ni piedad de mi muger é hijos. Por esto, aunque no me proponga revelarle ciertas cosas del honor de dicha señora, le contaré todo aquello que puede tener interés político, ó que esté relacionado con el carácter, ideas y costumbres de D. Carlos y su familia.

Acuérdese D.<sup>a</sup> Margarita de lo que me callo, compárelo con todas las infamias que ella ha dicho y está diciendo de mí; y conocerá que aunque yo no soy mas que un caballero, y ella es una muger, nacida de príncipes, y con pretensiones de reina, cumplo mucho mejor con la educacion, la urbanidad y el decoro.

Yo, revelando algo de lo que pasó entre ambos, no la pierdo; al paso que ella prohibiendo las mentiras y los embustes de su corrompido marido y del imbecil Lorenzo, intenta deshonorarnos y cubrírnos de infamia, á mí y á mi familia: yo me callo mucho por respeto á su sexo; á pesar de que ella ha propagado y propaga por todos los salones de la antigua nobleza francesa, las calumnias mas viles contra mí, pintándome como un malvado ladrón, á pesar de saber perfectamente que soy honrado.

Siguiendo, pues, la conversacion que ella y yo tuvimos, le diré á V. que despues de aquella larga réplica, le contesté lo siguiente: «Permitame V. M., Señora, que le diga que aunque á simple vista su conducta sea admirable de paciencia y magnanimidad, no me parece muy adecuada á sus deberes de esposa; y que la moral y la política exigen de V. M. otra cosa. Si V. M. se ofende, me callaré; pero le ruego que esté persuadida de que hablo por su bienestar, por su dicha y por el porvenir de toda la familia.»

«Harto lo conozeo, me contestó; y lejos de ofenderme, veo que tienes razon. ¿Pero qué quieres que haga con un hombre como D. Carlos? ¿No ves que es irreflexivo, insensible, despótico y brutal hasta el mayor extremo?... Yo lo he probado todo: ruegos, lágrimas, quejas, amenazas de separarme; y todo ha sido inútil. Cuando no me pegaba, me decia los insultos mas groseros y humillantes que se pueden dar á una muger. Así es que al fin tomé el partido de hacerle indiferente; dejarle estar, y divertirme cuanto pudiese.»—«Señora, repuse, la sociedad no puede aprobar esta conducta, y esté V. M. persuadida de que no la aprueba de ningun modo; porque en aquellos casos exige de la esposa la separacion ma-

trimonial, so pena de acusarla de participacion en los mismos desórdenes del marido, ó al menos de consentimiento por un interés particular. Ahora bien; esto, que ya es grave tratándose de un matrimonio cualquiera, es gravísimo cuando se refiere al de SS. MM."

Estas palabras hicieron mucha impresion á D.<sup>a</sup> Margarita, que quedó toda preocupada. «¿Entonces tú crees, me dijo, que la sociedad reprueba mi conducta?—«Señora, siento decirlo, pero el deber me obliga. Sí, la sociedad la reprueba, y no con indulgencia, sino con toda severidad." D.<sup>a</sup> Margarita se enterneció y me contestó llorando: «¿Pues qué queria la sociedad que hiciese? ¿que me separase? ¿no ve que esto mataba á mi marido que es el representante de la legitimidad, de la religion y de la moral? ¿cómo podria ser entonces Carlos jefe del carlismo? ¿cómo podria yo tener la esperanza de ser reina? Mi separacion, Boet, era mi suicidio de princesa, y la muerte de mi familia."

«Perdone V. M. La trascendencia no era tan absoluta, como supone. No niego que hubiese escándalo, pero quizá hubiera sido un correctivo. Ahora todavia hay mayor escándalo, sin correctivo alguno."—«¡Ah, Boet! ¡Pobres de nosotros si yo me hubiese separado de Carlos! Toda nuestra importancia política, toda la figura que ahora hacemos, estaba acabada para siempre; y nos hubiera sido imposible hacer esta guerra de cuatro años, que nos ha dado tanto nombre en Europa; que á toda la familia ha cubierto de gloria, y que ha demostrado al mundo de cuánto somos aun capaces, y cuánto poder tenemos."—«Sea. ¿Pero quién le asegura á V. M. que esa guerra no ha sido estéril por la excesiva indulgencia de V. M.? Señora, en España y el resto de Europa, se sabia algo de los desórdenes de esta casa, aunque se ignorase mucho, y la guerra empezó estando el crédito del rey y el de V. M. en una situacion muy crítica. Si á pesar de esto, se ha hecho tanto, ¿qué no se hubiera hecho, á haber otras noticias?..."

«¿Pero tú crees, Boet, que el crédito de mi marido hubiera mejorado con mi reparacion? No comprendo tu modo de razonar."—«Señora, si la separacion se hubiese hecho como otras, no; pero V. M. podia haberse separado á la callada, retirarse con sus hijos á casa de su tío el señor conde de Chambord, guardar una gran reserva



sobre este acto, y tan solo negarse á recibir á S. M. el rey, y volver á su compañía. Entonces el rey hubiera reflexionado; las cabezas del partido hubieran intervenido; y tanto por el recelo de aquel, como por las recriminaciones de estos, se hubiera logrado un arreglo que refrenase un poco á D. Carlos."—«¡Ah, Boel! ¡Qué poco conoces á mi marido! Lo hubiera prometido todo; y al verme de nuevo en su casa, me hubiera dado otra gran paliza, y el mismo dia hubiera pasado la noche fuera."

«V. M. es muy pesimista. ¿Cómo sabe que hubiera sucedido esto?"—«Porque conozco á mi marido, como si fuese yo misma."—«¿Y si se equivocase? ¿quién le asegura á V. M. que no se equivocó?..."—«El corazon."—«¡Oh, Señora! El corazon engaña; el corazon no es ningun profeta, ni adivino. Además, sea como fuere, V. M. tenia el deber de probar aquel recurso, de modo que por no haberlo hecho, no podrá nunca justificarse de las críticas de la sociedad."—«La sociedad es injusta, porque juzga de cosas que no conoce bastante, replicó D.<sup>a</sup> Margarita."

«Como V. M. quiera. Pero no es menos cierto que aquellos juicios de la sociedad nos perjudican mucho á los carlistas. La sociedad, señora, procede por principios sencillos; y así ha hecho al juzgar del estado matrimonial de V. M. La sociedad dice: toda muger, cuyo marido falte repetida y escandalosamente á sus deberes conyugales, maltratándola á golpes y dejándola por las mugeres mas abandonadas, debe separarse enseguida de él, á no ser que sea su cómplice. Ahora bien; la sociedad ha creido que V. M. se hallaba en aquel caso; y ha dado su sentencia, sin circunstancias atenuantes, ni apelacion."

Entonces exclamó D.<sup>a</sup> Margarita con angustia: «¿Pues dí que yo me hallo en una situacion muy delicada, y que el mundo habla muy mal de mí?... No quise contestar directamente á estas palabras; y dije: «Señora, lo perdido se puede recobrar, si V. M. quiere; y yo me ofrezco á ayudarla." Doña Margarita comprendió mi indirecta á su pregunta, y exclamó llorando: «¿Me murmuran? ¿me critican? ¿me injurian?... Sin embargo, yo no doy escándalos; y aunque me divierto por los salones y en los teatros, no ofendo á la moral. Me porto como una mujer hourada, y hasta ahora nadie me ha podido acusar de tener lios con nadie. ¿Por qué, pues, no me respetan?

Ataquen, si quieren, á mi marido, ya que él se expone, dando toda suerte de escándalos; pero respétenme á mí, ya que no hago otra cosa que distraerme, yendo á bailes y á ver comedias.”

«Señora, V. M. tiene razon en muchas cosas, pero me parece que se queja de lo que no pasa, mientras calla de lo que ocurre. La sociedad no critica á V. M. del mismo modo que á S. M. el rey. Nó; nada de esto. La sociedad dice, por el contrario, que nada tiene que decir de la honra de V. M. Lo que reprueba es que mientras el rey vive del modo que todos sabemos, V. M. en vez de lamentarlo, ó separarse de su compañía, pase las noches riendo en los bailes de la antigua nobleza, y en los saínetes del Palais Royal, ó en las operitas de los Bufos Parisienses.”—«¡Oh, señor! exclamó ella. ¿Pues qué he de hacer? ¿consumirme en casa, gimiendo y llorando? ¿no vale mas que vaya á distraerme, riendo, bailando y divirtiéndome?...”

Doña Margarita dijo esto con tanto patético, que yo quedé cortado de ver la errónea moral de que estaba convencida; y despues de mirarla, y remirlarla, todo estupefacto, no pude menos de decirle: «Señora, veo con gran sentimiento mió que V. M. no conoce el mundo; ó al menos, que tiene de él una idea muy diferente de la mayoría de la gente.”—«¿De modo, dijo ella, que la sociedad quisiera que yo me consumiera mientras mi marido se divierte?”—«No lo creo, señora, sino que imagino que la sociedad desearia que V. M. hiciese todo lo posible para refrenar á su marido.”—«¿Cómo si es irrefrenable?”—«Intentándolo, dije.”—«¿Pero cómo? repuso.”—«Hay dos medios, dije. Separándose...”

«¡Jamás, jamás! exclamó D.<sup>a</sup> Margarita. Jamás, porque esto comprometeria la importancia política de Carlos; nos privaria quizá de la jefatura del carlismo; nos impediria hacer otra guerra civil; nos reduciria á vivir en el extranjero como simples particulares; y vale mas morir, no una vez, sino mil, que pasar de la posición que ahora ocupamos á un estado tan humillante. Nosotros ahora, gracias á Dios somos algo; y aunque no reinamos, ni tal vez reinaremos, tenemos el placer de que haya docenas de diarios que continuamente nos hacen la corte aquí, en España y otras partes; recibimos centenares de personas importantes que vienen á besarnos las manos

y tratarnos de majestad; y disponemos de millares de hombres que á todas horas estan dispuestos á matar y morir por nosotros. Nuestra vida es pública, nuestra importancia reconocida, nuestro poder temido; y donde quiera que sea, se sabe que D. Carlos y D.<sup>a</sup> Margarita son pretendientes de la corona de España, representantes del Altar y del Trono legítimo, y capaces de sostenerlo con la espada en una guerra á muerte, como la que acabamos de hacer. ¿Y tú quieres que yo comprometa mi posición? ¿tú quieres que la abandone, y que me exponga á vivir como fulanita y menganita, como la hija de un guantero, ó de un fondista de los bulevares? Yo soy princesa, Boet, y antes perderé la vida que mi estado."

«Señora, dije, no se trata de esto; antes al contrario, se trata de realzar todavía la posición de princesa de que V. M. disfruta. Sírvase V. M. escucharme atentamente. Yo me he encargado de la dirección del partido con el objeto de lograr algo serio; y mi primer triunfo debe ser la moderación de S. M. el rey, porque sin esto me es imposible llevarlo á cabo. En esta empresa yo no puedo nada, sin el auxilio de V. M. No le pido que se separe, porque ahora ya lo veo inoportuno, despues de todo lo que ha pasado. Le pido tan solo á V. M. que me ayude á desarrollar en el rey una ambición política tan grande, que le llegue á preocupar y dominar. El día que alcancemos esto, S. M. se moderará, porque en primer lugar no se ocupará ya tanto de los desórdenes que ahora le absorben; y yo tendré un medio de combatir sus malas propensiones, llevando todos sus pensamientos á las ideas políticas. Procure V. M. despertar y excitar á todas horas su ambición, su amor propio de pretendiente, su orgullo de jefe de dinastía y de partido; y como yo haré otro tanto, mucho será que ambos no salgamos con lo que nos proponemos." Doña Margarita se sonrió. «Lo dudo, me dijo."—«¿Pero por qué no lo hemos de probar? exclamé."—«Bien, probemos, dijo ella; yo te ayudaré siempre que pueda, aunque tengo en él poca influencia; y á ver que resultará; pues estoy convencida de que no sacaremos nada."



### La sociedad ante D. Carlos.

*Milan 14 de Octubre.*

Aunque el apoyo que D.<sup>a</sup> Margarita me prometió era muy tibio, lo tuve por suficiente, porque no necesitaba rigurosamente que dicha señora me apoyase, sino que no me contrariase, pues, como comprenderá V. muy bien, esta contradicción hubiera sido fatal á mis planes. Entonces esperé ocasion de franquearme con D. Carlos, quien como si conociera mis deseos, me la dió luego. En efecto, un dia al levantarse de la mesa, en su misma casa, me llevó á su habitacion, y mientras se acababa de vestir, me propuso que le acompañase á ver unas damiselas de vida alegre. «Les mandaré hacer unos cuadros al vivo, me dijo, y nos divertiremos un rato.» Entonces aproveché el momento para iniciar mis propósitos. «Señor, le dije; no solo no le acompañaré á V. M., sino que me permitiré aconsejarle que frecuente mejores compañías, si quiere conservar el prestigio que la guerra de España le ha dado.»

El Pretendiente quedó estupefacto, y cogiéndome de la salapa me preguntó porqué. —«Señor, deje; por que ni yo como primer ayudante de V. M. puedo acompañarle, ni V. M. como representante de la Religion y del Trono legítimo puede ir.» —«¿Qué tonterías estás diciendo? exclamó. Yo siempre he representado lo mismo, y ni me he abstenido de ir á tales casas, ni mis secretarios y ayudantes han rehusado acompañarme. Vamos, no te hagas así el melindroso; ya sé que has pasado casi todo tu servicio en Cuba, y que en esta isla los militares no haceis de damisela vergonzante.»

«Es muy cierto, repuse. Pero en esta misma isla los militares que ocupan ciertos cargos respetables y que se estiman, y tienen en cuenta la reputacion de su patria se abstienen de aquellas diversiones que no cuadran mal en un teniente ó capitán, y que hacen gracia en un cade-

te de diez y ocho años. A mayor abundamiento deben hacerlo en un París, cuando se hallan en una posición tan respetable como la que V. M. se ha servido concederme." D. Carlos me miró con extrañeza, y dijo. «¿Con qué quieres hacer el santo repliqué? En este caso ten entendido que la Iglesia ni siquiera te beatificará.»—«No quiero ser santo, repliqué sino un hombre como los demás...»—«Pues, hombre, exclamó el Pretendiente, los demás hacen lo que yo. Si lo sabré yo que tengo tanta experiencia.»—«Señor, repliqué; V. M. se equivoca. Los demás se divierten, se recrean y distraen de mil maneras, pero entre estas maneras no se hallan las que V. M. me propone.»

El pretendiente quedó pensativo; me miró, y estirándose los puños de la camisa, me dijo: «En el fondo no sé en verdad á que viene esto.»—«Si V. M. me permite, contesté, me explicaré claramente.» Y como él consintiese, añadió: «Señor, se trata de una cosa muy grave y muy urgente; se trata de salvar á V. M. y al partido carlista de su peligro que los amenaza. Ha llegado el dia en que V. M., penetrándose bien de sus derechos políticos, de la gran idea que representa, de la veneracion que inspira á tanta y tan importante gente, del prestigio de que está rodeado y de la aureola de héroismo que lo circunda, se modere y cambie de vida sin renunciar por esto á los placeres y distracciones, como hacen los políticos importantes. No diré á V. M. que imitando al señor conde de Chambord, se sepulte en las soledades de un Erhordof, pues sería excesivo para unos jóvenes como V. M. y su augusta esposa. Con todo no dejaré de advertirle que este sería el gran medio de realzar todavía la posición de V. M.; de enaltecer la gran figura que está haciendo, y concentrar mas en su persona la atención del mundo. Pero en fin, por ahora es inútil hablar de esto; y lo único que pido, lo que es necesario, lo que conviene hacer cuanto antes, y desde hoy si posible fuere, es que V. M. cambie de costumbres.»

El Pretendiente no sabía salir de su asombro. «¿Pero por qué? ¿por qué? me preguntaba.»—«Señor, dije; porque V. M. tiene muchos enemigos, que van diciendo que V. M. falta y ofende á la moral, llevando una vida indecible; y como V. M. representa á un gran partido, aquella censura recae sobre éste, que bajo su impresión cada dia va enflaqueciéndose mas; de modo que á con-

linnar las críticas, nos quedaremos en cuadro." D. Carlos me miró con suficiencia. «¡La moral! exclamó. Hé aquí una de las cosas que á mí me han preocupado menos, ó mejor una de las que no me han preocupado nunca. No sé, Boet, lo que eran los hombres de siglos atrás, pero como los del nuestro nose cuidan de la moralidad de nadie, supongo que los de entonces hacian otro tanto."

Dicho esto empezó á pasearse arriba y abajo irguiendo la cabeza, estirándose los puños de la camisa y resbalando la punta de los piés por el suelo y levantándola en el aire. Al fin se detuvo, y parándose delante de mí, volvió á estirarse los puños de la camisa, y continuó así: «¡La moral! Ni existe, ni en el fondo ha existido, ni cabe que exista, Boet. Observa como va el mundo, y te convencerás de que tengo razon. ¿Quién es moral hoy en día? Si yo fuese rey de veras, y mandase á mis vasallos que bajo pena de la vida el que pudiese probar que es moral levantase el dedo, cree que todo el mundo se meteria las manos en los bolsillos. La sociedad no se preocupa mas que del dinero y del tren de cada uno. Nunca pregunta á los ricos como han ganado su fortuna, sino que se apresura á reconocerla y adorarla; y aunque sepa que la han acopiado robando, hace como si lo ignorase. Para la gente, el éxito lo abona todo. ¿Has luchado con la pobreza á fuerza de trampas, de insidias, de delitos y crímenes? No importa, dice. Sepamos el resultado. ¿Has vencido? Eres un grande hombre, y por consiguiente sube á la cumbre. ¿Has perdido? Pues á presidio por tonto, y allá te las hayas." Dicho esto hizó una pierneta, y resbalando el pié derecho por el suelo, dió una vuelta por la sala cantoncándose como el pollo mas satisfecho.

«¿Qué importa, prosiguió, que un hombre sea calavera, mal marido, tronera, y padre negligente; que derroche lo suyo, contraiga deudas, ó haya malbaratado el patrimonio? La sociedad no se cuida sino de inquirir si es elegante, entendido en mujeres y caballos, y si frecuenta los clubs, los lupanares y las ruletas; y como le digan que sí, le aplaude y encomia. ¿Has encontrado alguna vez en los salones á algun hombre de bien pobre? Ni por pienso. En cambio te habrás codeado mucho con petardistas afortunados, con banqueros embaucadores, con industriales contrabandistas, y otros tipos del mismo jaez. Créeme, en este siglo todo es papa, todo comedia y aparato.



«Por esto yo que conozco á la sociedad, vivo como ella quiere, y gasto, derrocho, tiro el dinero en lo primero que se me antoja; en un traje, en un placer, en un capricho, en un banquete; soy calavera, soy trone-  
ra y disipado; no me cuido de Margarita, ni de la familia; como casi siempre fuera de casa; frecuento los salones de las mujeres galantes; paso noches enteras aquí y állí, y rio, y bromeo, y me divierto; sin perder la reputacion, ni disminuirla; sino al contrario, cobrando fama de galante, de rumboso, de príncipe ilustre, de caballero á la moda, y de hombre inteligente. En todas partes me reciben bien; las mas aristocráticas señoras se enorgullecen de mis visitas; los reyes y príncipes me tratan de igual á igual, menos los que están vendidos á la Revolucion; y en fin, soy uno de los personajes mas célebres de Paris, y por consiguiente del orbe entero.»

Escuchaba yo en silencio estas palabras, y solo de vez en cuando me decia con disgusto: «Frescos estamos con este mentecato. Si verdaderamente, como parece, se ha metido esto en la cabeza, razon tendrá D.<sup>a</sup> Margarita en tenerlo por incurable.» Cuando hubo terminado, me cogió de la solapa, y tirándome, exclamó: «¿Qué te parece? ¿no es así el mundo?»—«Señor, dije, acuérdesse V. M. de que representa á la religion; medite bien este concepto, y despues dignese contestarme.» Estírose D. Carlos los puños de la camisa, y me contestó: «Mira, Boel, en materias de religion no creo nada; solo que de resultas del miedo que desde la infancia me han hecho con aquello de la otra vida, en ciertos momentos de peligro, por sí ó por nó, llamo á los curas. ¿Qué quieres? En el fondo cada cual tiene sus debilidades. El nacimiento y la politica me han hecho representante del Catolicismo; y si triunfase, impondria el esclusivismo católico á mis vasallos, con tal que los curas me dejasen en libertad de decir y hacer lo que se me antojase; porque si llegasen á meterse conmigo entonces sí ¡vive Dios! que los habia de estrujar á todos.»

«Pero, volviendo al decir, yo la única religion que hallo de mi gusto es la turca; porque, la verdad, aquello de los harems y del paraiso de las huries me parece una gran idea. Se conoce, Boel, que Mahoma era un hombre muy largo. Este sí que de veras lo entendia. Nada de culto que haga sufrir; sino un culto que haga gozar. Mucha

sultana, mucha odalisca, mucha concubina, mucha blanca y mucha negra; hoy esta, y mañana aquella, y el día siguiente otra; y rueda la bola, y suene el pandero, y á reir y divertirse, hasta que venga la muerte, y vayamos á buscar á las divinas huries...”

«¡Si yo fuese turco, qué buen tiempo me daría! Bien que, propiamente, si no lo soy, procuro ya parecerlo. Porque lo mismo da, Boel, tener un harem concentrado en casa, que disperso por la ciudad; y todavía creo que aun es mejor de este último modo, pues dá mas golpe, encierra mas novedad, y produce mas sorpresa. Donde quiera que me halle, todas las mujeres hermosas me pertenecen. En viendo una, ya la marco por mia con la intencion. ¿Qué quieres? Para mí no hay virtudes. La que no cae por fas, cae por nefas. Soy rico, soy buen mozo, soy elegante; soy príncipe, soy célebre, soy D. Cárlos; como mucho, bebo indefinidamente, hablo sin descanso, galanteo con destreza; soy entusiasta por las rubias, transijo con las morenas, admiro á las altas, me muero en fin por las pequeñas.”

Confieso que oyendo estos disparates no pude menos de echarme á reir; al ver lo cual, D. Cárlos, interrumpiéndose, me miró y cogiéndome por la solapa, me dijo medio cortado: «¿De qué te ries?” Pero en vez de decirselo, aproveché lá pregunta para hacerle otra que le confundiese. «Señor, respondí; de una idea que ahora mismo se me ha ocurrido. Si la sociedad piensa en materias morales como V. M. asegura, ¿quiere V. M. que escriba la conversacion que acabamos de tener y la publique en algun periódico, por ejemplo en el *Figaro*, bajo la firma de V. M. misma?” El Pretendiente quedó estupefacto. «Vamos, señor, añadió; ya que el mundo hace lo que V. M. dice, V. M. no recibirá ningun daño de esa publicacion; antes al contrario, muchos loores. ¿Me da V. M. permiso de hacerlo?...”

Don Cárlos no hacia mas que mirarme confuso; y yo aprovechando su estupor, me apresuré á amonestarle. «Señor, dije, si V. M. quiere conservar su prestigio y mejorarlo, es necesario que cambie de ideas, y siga diferente conducta. Aunque sea cierto que en la sociedad pasa algo de lo que ha dicho, no tiene la insolente inmoralidad que V. M. se figura. Nadie pretende decir que el siglo sea moral. Pero es una aberracion creer que la in-

moralidad sea hoy en día el mejor pasaporte para la sociedad; y si V. M. entra en los salones que habeis dicho, si recibe las consideraciones que sabe, no se debe á su conducta, sino á su nacimiento y posición política, á pesar de las costumbres de V. M. Si V. M., quiere hacer fortuna, créame, es necesario que cambie de vida, ó al menos que modifique mucho la que ahora lleva. V. M. no lee, ni ha leído nada, en ningun género de literatura, ni en historia, ni en poesía, ni en política, ni en derecho; y si en su presencia hubiese una disputa ó simple conversacion sobre alguno de los grandes hombres que han existido, como Cervantes, Calderon, Moliere, Homero, Montesquiu, Tácito y tantos otros, V. M. no sabria intervenir ni escuchar con inteligencia. La sociedad, téngalo V. M. bien entendido, señor, toma ahora muy en cuenta estas cosas, y los príncipes que desean lucirse, se guardan mucho de olvidario..”

El Pretendiente, que hasta mis últimas palabras, estaba suspenso, pareció al fin reanimarse, y estirándose los puños de la camisa, me contestó en seguida: «Es que yo, Boet, no creo en los grandes hombres; y todavía te diré más, y es que estoy persuadido de que en el fondo nadie cree en ellos. Todos estos elogios que se dan á algunos tipos de los siglos pasados, son convencionales. Tú me hablabas de Cervantes... ¿Quién era ese hombre? Un don nadie, un pelele cualquiera, que escribia y cobraba contribuciones. Se hacen ahora lenguas de su *Quijote*; yo he procurado leerlo, y no he podido nunca pasar del tercer capítulo. ¡Que libro tan chavacano, soporífero y mal escrito! Prefiero mil veces las *Aventuras del baroncito de Faublas*. Esto sí que es una obra ingeniosa, chispeante, alegre y viva. Uno la lee de un tiron sin cansarse un momento. ¡Qué cuadros, qué sucesos, qué ocurrencias, que novedad y que génio! El autor es verdaderamente uno de los mas eminentes que han existido, y si viviese y me quisiese reconocer por rey, le haria en seguida marqués y brigadier de mis ejércitos.”

«Ahí tienes, prosiguió, otro tipo del mismo género de Cervantes en el renombrado y cacareado Dante. Yo no sé; yo no comprendo tampoco qué diablos hallan en su *Divina Comedia*, para hacer tanto ruido con ella. Jamás he podido acabar el primer canto; y te aseguro que me he convencido al fin de que es una obra macarrónica en to-



dos conceptos. Compárala con cualquiera operita de Offembach, y verás como en una sola escena de este hay mas chiste, mas gracia y poesia que en todos los cantos de aquel libro. Pero como cuatro imbéciles, llamados sabios, han dado en decir que el *Quijote* y la *Divina Comedia* son dos obras insignes, todos los majaderos, de que la sociedad está llena, han repetido y van repitiendo á coro, *¡oh, son sublimes, son admirables, son incomparables!*; bien que se guardan de leerlas, para no reventar de fastidio. Así va el mundo, Boet; así se hacen las reputaciones, y se engendran los grandes hombres de los pasados tiempos; porque lo que digo de Cervantes y Dante, se puede tambien decir de los demás que me citaste."

«Pues, nada, señor, nada, repuse; escribimos esta conversacion; V. M. la firma, y á un periódico con ella.» —«Hé aquí todo lo que me sabes decir, dijo él. No sales nunca de esto. Ya se comprende que no se puede publicar, porque aunque el mundo sea así, no gusta de que se lo echen en cara. La cuestion es hacer lo que quiere, decir lo que aparenta, seguir sus costumbres, y encubrirse con sus opiniones. ¿Qué soy para él, á pesar de mi desprecio por la moral, por la instruccion, por la gloria tradicional y por la religion? Un tipo acabado de elegancia; un modelo de pretendientes; un principe á la moda; un gallardo y arrogante mozo; una figura célebre. ¿Y por qué? porque además de ser un disoluto de la alta escuela, digo amen á todo lo que la sociedad aprueba; censuro todo lo que reprueba, y soy indiferente á todo aquello que no la interesa. Ya se comprende que si discrepase de sus opiniones me hundiria. Pero ya me guardo yo de tal renuncio. No Boet, no. En esto sigo la corriente general; y si en un salon me hablan del catolicismo, digo enseguida: es la religion mas sublime; si del Papa, exclamo con énfasis: es un santo hombre; si de Cervantes, ¡oh! digo, es un génio sin rival; y en mis adentros me rio, y me chanceo, y pienso: todo esto que ahora ulabo lo daria de buena gana por la mirada de una muchacha bonita.

**Las señas de Juanito.***Milan 17 de Octubre.*

«Bien, señor, dije entonces á D. Carlos: si es así, voy á extender mi dimision, y disponga V. M. de la plaza de primer ayudante. Yo me retiro á mi casa.” D. Carlos me miró con estupor; y cogiéndome el brazo, exclamó: «¿Pero te has vuelto loco, ó estás en tu juicio? ¿qué mala bestia te ha picado? ¿de qué te quejas? ¿qué quieres?”— «Señor, dije; quiero convencer á V. M. de que si el mundo hubiese oido la conversacion que acabamos de tener, preguntaria asombrado por qué no está V. M. encerrado en un manicomio; pues todo lo que V. M. ha dicho es tan erróneo, tan disparatado, tan absurdo, que si yo lo refiriese, me acusarian de exagerado los mismos enemigos de V. M.; porque no cabe imaginar que hoy en dia haya en Paris un hombre de la posición de V. M., un principe, un pretendiente á la corona, que imagina y dice en sério tales cosas.”

«¿De veras? exclamó D. Carlos estupefacto. Jamás lo sospechara. ¿Pero no te equivocas? ¿estás bien seguro de lo que dices?”— «Me parece, señor, que lo estoy suficientemente cuando presento mi dimision.”— «Nada de dimisiones, dijo el Pretendiente. Pero mira que eres la única persona que me ha hablado así.”— «Lo creo, señor, contesté. Pero es sensible que V. M. ignore que son á millares las que de detrás han dicho lo mismo, á pesar de ser carlistas, y de haber derramado su sangre por V. M.” D. Carlos exclamó con asombro: «¿Tú crees?...” — «Sí lo creo?... ¿si lo creo, señor? Pregúnteme mas bien V. M. si lo he leido y oido muchos millares de veces.” — «Lo habrás oido á personas de poco mas ó menos, porque en España he llevado la misma vida que en Paris, sin perder ningun partidario. ¡Qué de travesuras no hice en mis alojamientos! En Puente la Reina hubo la mar de cosas. ¡Y cómo me divertia á costa de los padres y de los maridos! A pesar de esto, *tutti contenti*, como decimos en Italia. ¿Y en Estella, y en Durango y

Tolosa? ¡Qué de emboscadas, qué de sorpresas, qué de victorias! Sin embargo, Boet, yo no se que nadie murmurase.

«Ya lo sé yo, señor, que oía lo que todo el mundo decía, y que en la emigracion lei las memorias que hicieron varias eminencias del partido.»—«¿Quiénes?»—«Valemas que V. M. no lo sepa, contesté.»—«¿Pero de qué se quejaban?»—«De lo mismo que yo, señor, y todavía con mas severidad.» D. Carlos se incomodó, y dijo: «Si no les gusto, que se vayan. Esos serán cabreristas.»—«Vaya V. M. diciéndolo así, y luego veremos cuántos quedan á su lado.»—«¿Pero esa gente, exclamó, pretende quizá que yo viva como un ermitaño?»—«No, señor.»—«¿Pues qué quiere, qué pide? dijo impaciente. ¿Se figuran imponérseme? ¿imaginan quizá arredrarme? En mi partido no hay hombres necesarios, fuera de mí, que soy indispensable, y así como mi abuelo, á pesar de ser estúpido, se deshizo de Zumalacárregui, enviándolo por fuerza á Bilbao para que se desacreditase, ó pereciese; yo, que soy listo y muy hombre, me desharré del mas pintado de mis defensores; que así lo demostré ya, humillando y matando de un disgusto á Aparisi y Guijarro, á pesar de ser mi primera cabeza política.»

Estas palabras me irritaron mucho, porque como soy de génio fuerte, me parecieron amenazadoras. «Señor, dije, si V. M. lo ha dicho por mí, sepa que no me matará, ni me desacreditará, pues aunque no sea un Zumalacárregui, ni un Aparisi, no me dejaré tratar como estos, aunque haya de quemar mis naves. Téngalo V. M. entendido.» D. Carlos se puso meloso, y tomándome las manos, las estrechó con cariño, y dijo: «Hombre, no aludias á tí; no lo tomes con esa vehemencia; ya sabes que te quiero mucho desde el dia que te conocí. Yo hablabá de esos señores que se me quieren imponer, amenazándome con dejar mis filas. Vamos, sentémonos, toma este puro, y continuemos hablando.»

Entonces me calmé, nos sentamos, encendimos los cigarros, y yo repuse: «Señor, no trataba de ofender á V. M. en lo que decía, sino que deseaba que V. M. quedase bien penetrado de que así como no me permitiré faltar al respeto que os debo, tampoco consentiré que nadie en esta casa falte á las consideraciones que me corresponden.»—«Bien dicho, exclamó el Pretendiente;



y si alguien no cumple con ellas, aunque sea Margarita, dímelo enseguida; que yo lo corregiré al instante.”—  
«Gracias, señor, le contesté. Pero á fin de no molestar á V. M., me encargo yo mismo de tener á raya á los que se propasen.” Supongo que D. Carlos comprendió el sentido de estas palabras, porque así como él con las suyas había intentado excluirse, yo con las mías tuve buen cuidado de incluirlo, pues á hablar con franqueza solo me recelaba de su egoísmo, grosería é ingratitud.

«Ahora, añadí, voy á resumir, Señor, lo que el partido desea de V. M., y lo que yo pido, á fin de terminar cuanto antes una conversacion penosa que nos detiene mas de lo que ambos quisiéramos. El partido carlista, Señor, desea ardientemente, no que V. M. viva como un ermitaño, como un viejo inútil, ó como el señor conde de Chambord, sino que se divierta con moderacion y decencia; que encubra sus placeres ilícitos; que no se ufane públicamente de sus deslices; que se abstenga de compañías infames; que haga, en fin, como esos príncipes jóvenes que saben unir lo alegre con lo decoroso.”—  
«Hay una dificultad, Boet, me contesto, y es que en el fondo no sé como me las compondré para hacer una vida de ese género; porque es tan diferente de la que siempre he seguido, que me parece impracticable.”

«Si no fuese mas que esto, observé, luego lo remediaríamos. ¿Pero está V. M. bien resuelto á adoptarlo? Sírvase contestarme con franqueza, porque todo depende de esto.” A lo cual, me dijo: «Una vez que en el fondo mi partido lo desea, y que no se trata de impedir que me divierta, te aseguro que estoy resuelto. Sin embargo, ¿crees tú que en el fondo así me divertiré?...”—«Mucho mas, señor, mucho mas que ahora, repuse. ¿Qué son los placeres de que V. M. disfruta en esas casas infames, entre mugeres sin pudor, vergüenza, ni instruccion, y en esas orgías repugnantes donde no se hace sino comer, beber, gritar, blasfemar y cubrirse de oprobio; que son digo, estos placeres comparados con los que V. M. puede disfrutar en casas aristocráticas de las mejores reputadas al lado de mugeres amables, instruidas y hermosas, que se desvivirán por recibir á V. M., hablarle, obsequiarle y atenderle en todo aquello que V. M. desee y la situacion de ellas consienta?”

«Lleno está el barrio de San German, de salones de la

antigua y legitimista nobleza francesa; y los salones llenos de aristocráticas, bellas, elegantes y jóvenes damas, que se tendrán por dichosas de merecer los obsequios de V. M., con tal que sean decentes y discretos. Allí, señor, no hay el hielo sino en las palabras; la rigidez solo campea en las formas; y tan solo se fastidian los indiscretos, y se estrellan los tontos. Frecuente V. M. aquellos salones con buenos modales y fina cortesía; y se divertirá cuanto quiera, y todavía le faltará tiempo de cumplir con todas las personas que buscarán su amistad. Entonces el partido de V. M. estará contento, nuestra nobleza batirán las palmas, el clero carlista alabará á Dios, y V. M. será proclamado tipo de moralidad, príncipe católico, jefe digno de la Iglesia militante. Porque no creáis que el partido carlista sea de una moralidad rígida é intransigente, y de una piedad religiosa ardiente; no; el partido desea tan solo que se cubran las apariencias; que no se llegue hasta el cieno del vicio; que se prefiera el disimulo al cinismo; en fin, que no se desahuce á la sociedad, haciendo gaba de malas costumbres; ó viviendo mal públicamente."

«Ni como podría el partido hacer lo contrario, si comprende una tan y tan innumerable turba de gente, cuya historia es un mosaico de vicios, de delitos, de trampas y toda clase de defectos! ¿Cómo se atrevería á pedirle á V. M. otra cosa, si mas que partido carlista, merece llamarse el partido de los siete pecados capitales? En esto, señor, se puede asegurar que no es inferior al partido legitimista de su augusto tío el conde de Chambord; y que difícilmente se hallaría en la sociedad gente mas ligera de costumbres, mas immoral de ideas y mas corrompida de conducta. Pero como una cosa es hacer y otra aparentar, ambos partidos quieren que la superficie sea inmaculada; que la apariencia huelga á perfumes; y que guardando todos la mayor reserva, y haciéndose el ignorante unos de otros, se viva como un tipo de decoro y urbanidad, y se respete la propia posición, y la de los demás. Hé aquí, señor, lo que piden á voces carlistas y legitimistas; hé aquí lo que desea el clero que nos sigue; lo que anhela el señor conde de Chambord, y lo que á todos les llenaría de alegría y orgullo."

Escuchóme D. Carlos atentamente; y cuando terminó, cogiéndome de la solapa, me dijo: «Pues concedido, por-

que en el fondo la idea me gusta, y la seguiré. Pero como no estoy acostumbrado á vivir con tanta decencia, conven-drá, que me enseñes algo; pues aunque he estado varias veces en el barrio de San German, me escapaba así que podia cargado de la etiqueta de aquella sociedad. Sin embargo, ahora ha de ser diferente, y no podria lucirme sin saber lo que debo hacer." Aunque en mi interior me rel, guardéme bien de demostrarlo, y conservando la misma seriedad, contesté: «Señor, V. M. ha aprendido en las casas de mala repulacion ciertos gestos y una manera de conversar que, aunque en sí mismos no sean malos, lo parecen á las personas de finura, y conviene que se desprenda de ello, adoptando formas mas elegantes. Si V. M. me permite, me explicaré."

«Sí, hombre, sí, me contestó. Di lo que quieras." En-tonces le dije: «Cuando V. M. habla con una persona, la coge por la solapa, ó por el brazo, y tira de ella, haciéndole hacer reverencias inoportunas; ó le toca en las rodillas, y de vez en cuando la pincha en el pecho con los tres dedos de la mano derecha."—Tienes razon. ¿Y tú crees que en el fondo esto sea malo?"—«Ya he dicho á V. M. que malo en sí mismo no lo es; pero que no debe hacerse nunca, mucho mas cuando se ocupa una posi-cion tan alta."—«Bien, Boet, bien. Te prometo que de hoy en adelante no lo haré mas." Y me tiró de la solapa de la levita, haciéndome dar una cabezada. «¡Ay! exclamó soltándome. Perdona. No he podido irme á la mano. Ya procuraré corregirme, ¿oyes?" Y me cogio del brazo, y me lo sacudió fuertemente.

«¿Pero, señor, exclamé; por qué me toca así V. M.? No es necesaria esta accion para dar energia á las pala-bras."—«Es cierto, dijo él; pero ya veras, en el fondo quiero advertirte..." Y me pinchó en el pecho con los tres dedos.—«Alto esas manos, Señor, alto, exclamé."—¡Ah! tienes razon, dijo D. Carlos. Ya no lo haré mas."—«Señor, repuse; á fin de que V. M. vaya acostumbrándose, desde hoy hablaremos de lejos, poniendo entre nos-otros una silla."—«Bien pensado, contestó. Así me en-sayaré.» Entonces me levanté, coloqué mi silla en medio del aposento, puse otra delante de mí, y volví á sentarme. «Vamos, Señor, dije; hable ahora V. M.»—«Pues como te iba diciendo, continuó D. Carlos, en el fondo de lo que tratamos... ¿Pero sabes que me parece



que hablando así me falta algo? Ya verás, añadió levantándose, y acercándose con la mano estirada.» Yo me levante corriendo y me coloqué detrás de mi silla como en una fortaleza: «Atrás, Señor, atrás, exclamé. V. M. no debe tocarme. Hable con las manos quedas.»

«Pero ¡por Dios, Boet! ¿Qué demonio quieres que haga de mis manos cuando hablo? ¿Me las meteré en las faltriqueras, ó me sentaré encima de ellas?»—«Dígnese V. M., tomar otra vez asiento, y se lo explicaré.» Don Carlos se sentó, y se quedó mirándome. «Observe V. M., le dije, como me sirvo yo de las mias. A medida que uno habla, se manejan los brazos y las manos con gracia y sobriedad, sin tocar al interlocutor, y acompañando la palabra. Se extiende el antebrazo hácia la derecha ó la izquierda; se abre ya una mano, ya otra, se extiende un dedo, uno se señala á sí mismo, indica á otros, procurando siempre no cansar al que tengamos delante. ¿Vé V. M.?»—«Sí, pero en el fondo me parece frio, y que nunca sabré hacerlo.»—«No importa, V. M. debe probarlo, porque á los señores del barrio de San German les incomoda mucho que V. M. les tire del brazo, ó de las solapas, les dé un torniscon alargando las manos, y les pinche en el pecho.»

«Pues procuraré corregirme, porque esto me impediría hacer conquistas, ¿eh?»—«Sin duda, sobre todo en ese París, donde se escandalizan tanto caso del ridículo.»—«¿De modo que tú crees que aquellas acciones mias eran ridículas? me preguntó.»—«Señor, al menos los franceses lo aseguraban.»—«Bien, bien, repuso D. Carlos. Ya no lo haré mas.»—«Convendrá tambien que V. M. se enmiende mucho de la costumbre de estirarse tanto los puños de la camisa, y usar y abusar de la frase *en el fondo*, que es una muletilla muy cursi.»—«Pero, hombre, Boet, en el fondo no me parece esto tan malo, porque he visto á muchos estirarse los puños de la camisa, y *en el fondo* es un modismo castellano.»—«Es muy cierto, contesté. Pero V. M. abusa de ello, y si algun chusco le toma á V. M. por su cuenta, le bautiza para siempre con el nombre de rey de los puños de camisa y del fondo.»—«Entonces me moderaré, dijo el Pretendiente. ¿Hay mas?»—Yo chupé mi puro y añadí: «Tambien debe V. M. desprenderse de aquella costumbre de caminar por el salon, gallardeando el cuerpo, arrastrando las puntas de los piés

á derecha é izquierda, y levantándolas en el aire con arrogancia." El Pretendiente quedó estupefacto. «¿Qué dices? exclamó. ¡Si yo creía que esto era elegantísimo! Bien, bien, procuraré desacostumbrarme. Pero dime, ¿cómo debo andar entonces?»—«V. M., debe andar por los salones á pasos cortos y mesurados, con la agilidad que le permite su robustez.»

«Hagamos una prueba, dijo él. ¿Así?» Y se puso á caminar rápidamente, moviendo mucho los brazos. «¡Por Dios, por Dios! exclamé yo. Haga V. M. pasos cortos y nueva menos los brazos. Míreme V. M. á mí. ¿Vé?» Y le dí el ejemplo. «Sí, comprendo, me contestó; y ya procuraré hacerlo como tú. Pero vamos á ver, dime ahora cómo me las compondré para sostener una conversacion elegante con esas señoras del barrio de San German.»—«Procurando, le contesté, no decir nada inconveniente delante de ellas.» D. Carlos hizo una suspension. «¿Y cómo conoceré, dijo, que una cosa es inconveniente?» Al oír esto, quedé cortado, sin saber qué contestar. «Aquí sí, pensé, que este imbécil me ha cogido.» Y despues de repensar, añadí: Señor, cuando V. M. esté sin mí en sociedad, escuche y observe bien lo que los caballeros mas cumplidos hagan y digan, y procure imitarlos, porque aquello es lo conveniente. Pero si yo estoy presente, entonces le haré unas señas diciéndole: si sacrifica un interlocutor á muchos otros, *hay muchos Juanitos en reserva; ó Juanito á retaguardia*, si vuelve las espaldas á alguna señora; ó bien *asfojar á Juanito*, si hostiga á alguien.»

«Bravo, exclamó don Carlos. Hé aquí una cosa que en el fondo está bien pensada. Así, cargo yo á alguna señora diciéndole esto ó aquello delante de quien no debiera oírlo; bien está; llegas tú y haciéndote el desentendido, me dices *asfojar á Juanito*. Me olvido de hablar con otras que se mueren de ganas de que les haga la corte; y tu sales con aquello de *muchos Juanitos en reserva*, etc., etc. ¡Oh, Boett! me has gustado mucho y en el fondo haré siempre cuanto me digas.» Euseguida levantándose y acercándose, añadió:

«Haz un plan de todo lo que podemos hacer para granjearnos las simpatías de la sociedad; y yo lo aprobaré. Con que adios, ya sabes que te quiero mucho.» Levantéme yo para irme, y él en señal de cariño, me cogió de la solapa y me dió un tan gran tirón, que por poco me

la desgarró. «¡Ah! perdona! exclamó cortado. No lo quería hacer.»

LX.

**Las contrariedades de doña Margarita.**

*Milan 19 de Octubre.*

No se figure V., señor Corresponsal, que yo tuviese mucha confianza en los propósitos que aquel día me mostró don Carlos, pues harto conocía que los vicios y defectos de éste eran demasiado inveterados para desaparecer por el solo esfuerzo de la voluntad. Si el Pretendiente hubiese tenido talento, la esperanza era mas fundada; pero siendo tan corto é ignorante, no cabia fiarse de sus palabras. En lo que yo confiaba era en su ambicion, en su vanidad insaciable, en su orgullo de príncipe, de Pretendiente y figurante; contando que si llegaba á hacerle tomar la política un poco en sério, esto serviria de contrapeso al vicio, y produciria forzosamente una modificacion de conducta.

En efecto, D. Carlos continuó su vida desarreglada, aunque ocultándose de mí, y yo por mas que lo supiese, me hice el desentendido, y me esforcé en plantear mis ideas. Con este objeto procuré que el Pretendiente comiese en casa el mayor número de dias posible, y que convidase á algunos carlistas, á fin de entablar de sobremesa conversaciones políticas que le entusiasmasen, entretuviesen y detuviesen mas tiempo. Todas las horas que pasase de este modo, las quitaríamos al vicio; pues como solia extraviarse de las nueve de la noche en adelante, si le reteníamos en casa y luego lográbamos conducirlo á algun teatro, ó salon decente, le haríamos perder lentamente la costumbre de pasar las noches en la crápula.

Yo no lo hallaba difícil, por haber observado que el Pretendiente era muy aficionado á hablar de sobremesa de los sucesos políticos del dia; y calculaba que impulsán-



la desgarró. «¡Ah! perdona! exclamó cortado. No lo quería hacer.»

LX.

**Las contrariedades de doña Margarita.**

*Milan 19 de Octubre.*

No se figure V., señor Corresponsal, que yo tuviese mucha confianza en los propósitos que aquel día me mostró don Carlos, pues harto conocía que los vicios y defectos de éste eran demasiado inveterados para desaparecer por el solo esfuerzo de la voluntad. Si el Pretendiente hubiese tenido talento, la esperanza era mas fundada; pero siendo tan corto é ignorante, no cabia fiarse de sus palabras. En lo que yo confiaba era en su ambicion, en su vanidad insaciable, en su orgullo de príncipe, de Pretendiente y figurante; contando que si llegaba á hacerle tomar la política un poco en sério, esto serviria de contrapeso al vicio, y produciria forzosamente una modificacion de conducta.

En efecto, D. Carlos continuó su vida desarreglada, aunque ocultándose de mí, y yo por mas que lo supiese, me hice el desentendido, y me esforcé en plantear mis ideas. Con este objeto procuré que el Pretendiente comiese en casa el mayor número de dias posible, y que convidase á algunos carlistas, á fin de entablar de sobremesa conversaciones políticas que le entusiasmasen, entretuviesen y detuviesen mas tiempo. Todas las horas que pasase de este modo, las quitaríamos al vicio; pues como solia extraviarse de las nueve de la noche en adelante, si le reteníamos en casa y luego lográbamos conducirlo á algun teatro, ó salon decente, le haríamos perder lentamente la costumbre de pasar las noches en la crápula.

Yo no lo hallaba difícil, por haber observado que el Pretendiente era muy aficionado á hablar de sobremesa de los sucesos políticos del dia; y calculaba que impulsán-

dole bien, se apasionaria en breve por esta distraccion. Así haria una vida mas sedentaria; contendria mas su fantasia; reflexionaria más, y cumpliria mejor. Si á esto se añadia un poco de trabajo diario conmigo en el despacho reducíamos á un corto número las horas que don Carlos podria dedicar á sus malas costumbres, lo cual por sí solo era ya un triunfo. Calculaba yo además que este ejercicio intelectual le haria conocer mejor el peligro y la vergüenza de sus malas costumbres, y le moveria á ser mas circunspecto, sino mas moral. Hé aquí, pues, porque confiaba en modificar á aquel tipo, á pesar de la incredulidad del partido.

Ni pensaba apoyarme solo en esto, sino en otras obligaciones de que me proponia rodear al Pretendiente, bien que halagando siempre su orgullo. No contento con haberle persuadido que frecuentase mas la buena sociedad del barrio de San Germán; temeroso de que se cansase pronto de ella, aproveché una buena disposicion que hallé en la casa para convencer á D. Carlos de que abriese sus salones á la nobleza legitimista, recibéndola en ciertos dias del mes. Así quedaria mas atado á las costumbres decentes; porque no solo se veria obligado á estar en casa para obsequiar á sus visitas, sino que habria de dedicar cierto tiempo á corresponder, frecuentando los salones de las mas distinguidas personas que fuesen á los suyos. Con esto le sacaba mas y mas de la atmósfera viciada y corrompida donde solia pasar el tiempo, y le acostumbraba al trato de gente, que aunque no fuese completamente pura, ni moral, al menos lo era como la mayor parte de la sociedad rica de nuestro siglo.

El dominio que desde el principio tuve sobre D. Carlos fué tal, que á combatir solo con él, y mucho mas á ser un poco secundado, quedo victorioso, y alcanzo lo que todo el mundo reputaba imposible. Por desgracia hallé un obstáculo insuperable en D.<sup>a</sup> Margarita, la cual lo maleó todo, por mucho que se perjudicase. Sé que al decirlo voy contra la voz de que esta señora es una víctima de su marido; pero aunque haya algo de cierto en esto, creo que es necesario ser justo diciendo que el Pretendiente no tiene la culpa de todo. La prensa conservadora liberal de España, y en particular el diario la *Época*, con el prurito de atacar al marido, han hecho un pedestal á la muger; lo cual, si se quiere, será todo lo galante del

mundo; pero no es lo histórico, ni lo conveniente, tratándose de asuntos y personajes políticos.

En la guerra que ha habido en España, en la enfermedad del partido carlista y en los escándalos que han ocurrido entre los carlistas, tanta parte tiene D. Carlos como D.<sup>a</sup> Margarita; y yo que quiero revelar la verdad, yo que quiero descubrir á los carlistas y liberales españoles todos los secretos importantes que tienen interés general, yo debo seguir otra conducta que los diarios conservadores. Así, pues, dejando aparte todo lo que se relaciona con la honra de D.<sup>a</sup> Margarita, que para mí es sagrado, contaré los actos de esta señora que refluyen contra el partido de su esposo.

Movido D. Carlos por su afición, y excitado discretamente por mí, empezó á ocuparse mas que antes de política, y muchas veces hacia largas sobremesas hablando conmigo y otros convidados de la política española y extranjera. Estaba yo contentísimo de tan buen principio, y esperaba mucho de aquella afición, cuando un día me llamó D.<sup>a</sup> Margarita, y me dijo: «Boet, quiero pedirte un favor, que espero no me negarás. He observado que Carlos pasa mucho tiempo en la mesa hablando y á mí no me conviene, porque yo quiero ir al teatro, y sus conversaciones me lo impiden. Ya ves, hoy he sabido que en el *Palais Royal* se estrena un sainete de unos autores que me gustan mucho, porque siempre hacen reír; y sentiria en el alma perder la función por una de aquellas interminables charlas que mi marido suele tener. Así, pues, le ruego que apenas hayamos comido los postres, tu, que tanto puedes, le propongas salir; y como él aceptará enseguida, yo podré ir al teatro.»

Cuando oí esto, quedé estupefacto, y estuve un rato mirando á D.<sup>a</sup> Margarita sin saber qué contestarle. «¿Por qué vacilas en prometérmelo?» repuso. Me parece que no te pido nada del otro jueves.» Entonces le dije: «Señora, estoy tan admirado de lo que V. M. me dice; tanto, tanto, que no lo acierto á creer. ¿Es posible que V. M. no se acuerde ya de la conversacion reservada que tuvimos dias pasados, y del plan que le expuse, y que V. M. me prometió apoyar?—«Pero, Boet, hazte cargo de que yo he de ir al teatro; y que si Carlos se entretiene en casa, llegaré al final de la representacion.»—«Señora, yo creia que V. M. tenia interés en que su marido cambiase de



costumbres; y veo con gran sorpresa que me habia en-  
gañado."—«¡Ay, pobre Boet! exclamó ella. ¿Y tú crees  
que Carlos es capaz de ser otro? Quitátele de la cabeza  
una vez para siempre, y resignate á tomarlo tal como lo  
has hallado."—«Naturalmente, Señora, que si no le qui-  
tamos las ocasiones, si no le distraemos, él con la pro-  
pension y la costumbre que ya tiene continuará el mis-  
mo género de vida. ¿No vé V. M. que cabalmente llevo  
este objeto al suscitar aquellas conversaciones de sobre-  
mesa? ¿no conoce V. M. que no hay otro medio de rete-  
nerlo en casa, que acostumbrándole á divertirse mas  
aquí que en otras partes?..."

«Todo esto, me contestó D.<sup>a</sup> Margarita, es tiempo per-  
dido, que redundá en perjuicio mio, pues me impide di-  
vertirme."—«Pero en cambio, repuse, impide al marido  
de V. M. ir á casas donde faltá á su propio decoro y al de  
V. M."—«No lo creas, porque irá á otras horas, me repli-  
có."—«Señora, exclamé, no comprendo este pesimismo:  
diríase que V. M. prefiere tener un marido malo á un ma-  
rido bueno. ¿No vé V. M. que redundá en perjuicio suyo  
de sus hijos y hacienda? Me parece imposible que  
V. M. no lo conozca."—«Y á mí, replicó, me extraña que  
te hagas ilusiones. ¿De qué sirve á mi marido hablar de  
política, si cada palabra que dice es un dislate? ¿qué sa-  
be él de cosas de Estado? ¿quién se lo ha enseñado, ni  
dónde lo ha aprendido?"—«Por Dios, señora exclamé.  
Aunque fuera cierto lo que V. M. dice, no ve que como  
esposa y madre le conviene á V. M. que se ocupe de esto,  
para que no se encenegue mas en el vicio?"

«Boet, todo es inútil, no te causes. Carlos no puede  
cambiar, y por consiguiente no cambiará. Ha nacido pa-  
ra ser lo que sabes, y vale mas dejarle estar. Así, pues,  
hoy sobre todo, una vez hayamos comido, invítale á sa-  
lir, á fin de que yo pueda ver el sainete nuevo, que su-  
pongo que será muy bonito."—«Permitame V. M. una  
palabra, repuse. ¿Dónde piensa V. M. que irá su marido  
al salir de aquí temprano?"—«No sé, me contestó."—«A  
casas infames, contestó."—«¡Bah! exclamó ella. Tambien  
iría mas tarde. Con que no te olvides de mi encargo, por-  
que me darias un disgusto." Dicho esto, me despidió sin  
querer oír nada mas.

Doña Margarita negará esto, porque estábamos solos.  
Pero lo que no podrá negar es la consecuencia, porque

varias veces la presenciaron su marido mismo y varios comensales, á cuya memoria apelo en justificaci6n mia. Terminada la cena, 6 comida á la francesa, D.<sup>a</sup> Margarita, á cuya derecha yo solia estar sentado, me tocaba del pié, 6 me daba del codo con disimulo, diciendo en voz baja: «Boet, dile aquello, no le dejes empezar.» Pero yo, irritado de su conducta, me hacia el desentendido, y no impedía que D. Carlos se metiese en una larga conversacion política. La señora volvia á tocarme. «Que no llegaré á tiempo, Boet, murmuraba. No me desaires, así, hombre.» Yo seguia firme en mi silencio. «Boet, exclamaba ella. Mira que pasa la hora, mira que me escapará la funcion.» Pero no sacaba nada de mí.

Entretanto D. Carlos me dirigia la palabra, y como yo estaba entre marido y muger, y tan cargado de los propósitos de esta, le contestaba de mal humor, y con monosílabos. Entonces se enfriaba la conversacion, y doña Margarita, aprovechando la frialdad, decia en alta voz: «Carlos, tú quizá quieres salir enseguida hoy. Pues sabe que va haciéndose tarde.» D. Carlos la miraba. «¿Calle! tienes razon, contestaba. Dejemos esto para otro dia, y vamos por ahí á dar una vuelta.» La señora le cogia la palabra enseguida, se levantaba, y saliendo á toda prisa, corria á vestirse para ir á ver los sainetes; y el Pretendiente se llevaba consigo á alguno de sus convidados, y pasaba con él la noche en casas infames. Con esto quedaba á veces destruido en algunas horas todo lo que yo habia ganado en quince dias. «¿Es posible, es posible, exclamaba yo, que no haya de salirme con la mia?» Y me desesperaba, y desanimaba; aunque luego reponiéndome por orgullo, volvia á luchar con el mismo teson. «Probemos otra vez, me decia. No se ganó Zamora en una hora.»

Lo mismo punto por punto me sucedió con la idea de las reuniones que yo habia fomentado. Abrió D. Carlos sus salones á la nobleza y literatura legitimistas, y varias personas importantes los frecuentaban con bastante solicitud. Concurrían tambien muchos carlistas, y aunque no eran todos escogidos, el pundonor de la política cubria los abigarramientos. En resumen, se empezó con medianos auspicios, y podia esperarse que poco á poco se obtendria un buen éxito. El Pretendiente no solo estaba contentísimo, sino que cada vez se entusiasmaba

mas con esta costumbre. Al principio no sabia recibir, pues en lugar de mostrarse atento con todas las visitas, se pegaba al lado de las dos ó tres mugeres mas bonitas que se presentaban, sin dejarlas hasta la salida. Pero habiéndole yo advertido que era de mal tono, tanto por comprometer á las designadas, como por dar celos á las demás señoras, se reprimió un poco, y con el tiempo quizá se hubiera corregido del todo.

Pero D.<sup>a</sup> Margarita me echó tambien á rodar este medio, y fué del modo siguiente. Como se precia de discreto, y ser mordaz, pasaba por el filo de su lengua á casi todas las francesas que acudian á sus reuniones; y no contenta con dar á cada una su atributo, lo escribió en un album, que dejaba con la mayor ligereza en la mesa de una antesala. Así entraba alguien allí; y como es común abrir los albums, tomaba aquel, y leia inscripciones tan curiosas como estas, ó parecidas: «Madama Hervey: hermosa, elegante, presumida y pagada de sí misma.»—«La condesa de Blacas: habladora en exceso, cargante, insufrible, inaguantable.»—«La de Montagut no sabe vestir. Sus trajes siempre dejan que desear. Se da demasiada importancia; y convendria que alguien le significara que la modestia es la primera cualidad de nuestro sexo.» Con estas habia muchísimas otras críticas contra la flor y nata de las señoras del barrio de San German. Empezó á cundir la voz; sacáronse copias, y el resultado fué que lentamente la nobleza francesa se abstuvo de concurrir á un salon, cuya dueña le trataba tan mal.

A pesar de todo, tal era mi energía en rodear los obstáculos que me oponia D.<sup>a</sup> Margarita, que habia ya logrado dividir la vida de D. Carlos en alternativas de moderacion y de exceso. A veces le contenia una semana, le perdía quince dias, volvía á aviarlo una semana mas, le mantenía en el mismo punto otra temporadita, le retenía á medias por espacio de ocho ó diez dias, no le podia contener luego y le pescaba otra vez. «¡Animo! pensaba. Esto ya es una victoria, y si D.<sup>a</sup> Margarita quisiese ayudarme, ya seria completa.»

Sin embargo, un dia supe que en una de estas alternativas D. Carlos habia llegado á poner para su entretenimiento una casa de ovejas extraviadas con una pastora al frente. La cosa me pareció tan inaudita, que no lo pude creer. Pero



había ya tantos carlistas que la sabían, que no me costó nada averiguarlo, pues hasta los chuscos habían ya bautizado el establecimiento, llamándolo *la casa de madama Bourbon*. Mi cólera y desaliento fueron tan grandes, que en seguida determiné separarme del lado de D. Carlos; y sin avisar á nadie para no tener estorbos, dispuse mis efectos para partir al día siguiente. «Esto me prueba, decía, que todo lo que hago es inútil, y que voy á perderme indefectiblemente al servicio de estos mequetrefes. Se acabó mi paciencia; me vuelvo á casa, me iré á América con mi familia, y allá se las hayan D. Carlos y sus carlistas.»

En esto compareció en mi propia estancia del *hotel de la Terrasse*, donde yo vivía modestamente, D.<sup>a</sup> Margarita en persona, toda trastornada y agitada; y dejándose caer en una silla prorumpió en un llanto deshecho. Creí yo de pronto que hubiese sabido mi idea; pero conociendo que era imposible, por no haberla descubierto á nadie, quedé suspenso de una visita tan extraordinaria y de tan fuerte sentimiento: «¡Ah, Boet! exclamó D.<sup>a</sup> Margarita. ¡Qué vergüenza! ¡que baldón! ¡qué afrenta para mí y mi familia! ¡Carlos ha puesto un lupanar en París para sus vicios personales, y la noticia ha cundido ya! Soy una desgraciada; me muero de dolor; y si tú no lo remedias, cojo mis hijos y me refugio con ellos en casa de mis tíos! Este libertinaje ya no se puede tolerar sin oprobio; y yo no quiero resistirlo mas.» Yo que estaba tan cargado del marido como de la muger, le dije á esta que ya sabía lo que pasaba, y que iba á marcharme á mi casa. «Tampoco quiero aguantar mas esas perrerías; añadí, y el rey puede disponer de mi plaza; que yo me retiro definitivamente.» D.<sup>a</sup> Margarita se levantó desesperada, y cogiéndome las manos y llorando, exclamó: «No, Boet; por Dios, no te vayas; tú eres mi última esperanza; ayúdame; haz otro esfuerzo; amenázale de mi parte y de la tuya, y quizá logremos sacarlo de este cieno. ¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío un lupanar! ¡hasta un lupanar! ¡El mismo! ¡No sé como no he muerto de vergüenza!»

Yo me resistí tenazmente; pero al fin me dejé vencer de sus lágrimas y gemidos, y me quedé. Afortunadamente no me costó nada obligar á D. Carlos á separarse de su infame casa, porque la pastora de aquellas ovejas descarriadas se levantó con el santó y la limosna, y po-

niendo al Pretendiente en la calle, le intimó la orden de pagar su entrada, lo cual disgustó á este de la diversion. ¿Pero cree V. que D.<sup>a</sup> Margarita entonces se corrigió? Nada de esto; como que algunos dias despues ella misma volvia á distraer á su marido de una conversacion politica de sobremesa para ir á ver una bufonada de Offenbuch.

LXI.

**D. Jaime Matamoscas  
y doña Petrucelli della Gattina**

*Milan 22 de Octubre.*

Como se sabe públicamente, D. Carlos vive en Passy junto á París, donde ocupa un hotel amueblado de alquiler, que con lo que ya le cuesta tenia bastante para fabricar y amueblar uno de su propiedad. Nada de lo que hay allí es suyo; ni siquiera los caballos, pues uno andaluz que le regalaron cuando la guerra, lo vendió D.<sup>a</sup> Margarita en la frontera por una miseria, cuando fuimos vencidos; y aunque los legitimistas del país, avergonzados de esta mezquindad, lo rescataron, y se lo volvieron á entregar, como un obsequio, ella lo volvió á vender por pocos cuartos dos ó tres dias despues, me parece que en Burdeos, á fin de hacer dinero.

La familia vive sin concierto ni orden económico; habiendo en unas cosas un gran despilfarro, y en otras una especie de avaricia. Así lo indica, entre otros hechos, la circunstancia de que como se hacen decir la misa á domicilio, cada domingo han de pedir al convento de Carmelitas del lado una botella de vino generoso para la consagracion, cosa que tiene bastante cargados á sus reverencias, no por el valor del género, sino por el desarreglo y la mezquindad que revela. Habia yo calculado que gastando un tercio menos, podia D. Carlos estar mucho mejor, y adquirir un hotel y muebles suyos; y esperaba ocasion de hablarle de esto, y proponerle mis planes. Pero no tuve nunca lugar, y lo dejé tal como lo hallé.

niendo al Pretendiente en la calle, le intimó la orden de pagar su entrada, lo cual disgustó á este de la diversion. ¿Pero cree V. que D.<sup>a</sup> Margarita entonces se corrigió? Nada de esto; como que algunos dias despues ella misma volvia á distraer á su marido de una conversacion politica de sobremesa para ir á ver una bufonada de Offenbuch.

LXI.

**D. Jaime Matamoscas  
y doña Petrucelli della Gattina**

*Milan 22 de Octubre.*

Como se sabe públicamente, D. Carlos vive en Passy junto á París, donde ocupa un hotel amueblado de alquiler, que con lo que ya le cuesta tenia bastante para fabricar y amueblar uno de su propiedad. Nada de lo que hay allí es suyo; ni siquiera los caballos, pues uno andaluz que le regalaron cuando la guerra, lo vendió D.<sup>a</sup> Margarita en la frontera por una miseria, cuando fuimos vencidos; y aunque los legitimistas del país, avergonzados de esta mezquindad, lo rescataron, y se lo volvieron á entregar, como un obsequio, ella lo volvió á vender por pocos cuartos dos ó tres dias despues, me parece que en Burdeos, á fin de hacer dinero.

La familia vive sin concierto ni orden económico; habiendo en unas cosas un gran despilfarro, y en otras una especie de avaricia. Así lo indica, entre otros hechos, la circunstancia de que como se hacen decir la misa á domicilio, cada domingo han de pedir al convento de Carmelitas del lado una botella de vino generoso para la consagracion, cosa que tiene bastante cargados á sus reverencias, no por el valor del género, sino por el desarreglo y la mezquindad que revela. Habia yo calculado que gastando un tercio menos, podia D. Carlos estar mucho mejor, y adquirir un hotel y muebles suyos; y esperaba ocasion de hablarle de esto, y proponerle mis planes. Pero no tuve nunca lugar, y lo dejé tal como lo hallé.



Los hijos de él y Doña Margarita son monitos, pero los inocentes empiezan ya á resentirse de los desórdenes de sus padres, y Don Jaime, que es el futuro Pretendiente, despunta ya de malicioso y mal enseñado. Como en el caso de ganar yo el proceso del Toison, este niño entrará quizá pronto en la escena política, creo oportuno hablarle á V. de él. En efecto, los carlistas mas recalcitrantes conocerán entonces que ha llegado el momento de hacer con D. Carlos lo que éste hizo con D. Juan, y destituyendo á aquél, proclamarán á D. Jaime con una regencia; quizá con la regencia de D. Alfonso, el marido de María de las Nieves; pues segun mas adelante le diré á V., en mi tiempo ya trató de hacerse algo parecido. Como V. vé, conviene mucho que los españoles sepan quien es ese niño Jaime, para tener idea del porvenir del partido carlista.

D. Jaime es un niño de ocho ó nueve años, muy endeble, apocado y sensual. Le han enseñado á tenerse por superior á los hombres, y á tratarlos con una alliva superioridad. No sé de qué modo ha aprendido á odiar á los generales, porque no puede sufrir que le presenten ninguno. Al ver á un general, sea quien fuere, baja la cabeza, le mira de reojo, y no le habla, por mas que le instan. No sabe nada, ni quiere estudiar; y como su padre le dió el título de coronel, aunque no sé si ahora le ha ascendido, pasa el tiempo ponderándose su importancia, y calculando cuando le harán general. Tiene ya respecto de ciertas cosas una precocidad tan alarmante, que sus padres le hacen vigilar cuidadosamente, prohibiendo que se le deje solo con niñas de su edad. Tal es el futuro rey de los carlistas, que lejos de cambiar, me parece que se desarrollará tal como le conocí, porque sus defectos nacen principalmente de su cortedad mental, de su temperamento y de las nociones de ser sobrenatural de que ya está definitivamente empapado.

Me había olvidado de decir que en su calidad de coronel se ha dedicado ya á la guerra; y como por ahora no la puede hacer á los españoles, la hace á las moscas, persiguiéndolas horas enteras, cogiendo cuantas puede, y matándolas con una crueldad y un refinamiento de suplicios, que sorprenden al observador. Don Jaime se complace mucho en dar muerte á estos insectos; y toda la familia le ha visto millares de veces contem-

plar con fruicion los estremecimientos de la víctima, entretenerse en prolongarle la agonía y calcular el medio de refinar sus tormentos. Cuando no puede cogerlas, pide á los criados y á las visitas que le cojan, y hace pasar á todas las que le dan por la muerte mas larga y atroz.

Uno de los usos que con mayor rapidez ha aprendido, en su calidad de niño sobrenatural, es lutear á todos y hacerse besar la manecita de los que van á saludarlo, de modo que si su instruccion consistiese en esto, desde ahora podría darse por completa, acabada y perfectísima. Sé que el inocente no tiene la culpa, y por consiguiente no me permito juzgarlo, lo cual fuera ridiculo y odioso; pero me ha parecido conveniente referir todos estos detalles, por el interés político que tienen: de estos polvos se formó don Carlos tal cual es, y de estos polvos resultará un D. Jaime, muy diferente del gran rey de Aragon. En efecto, aunque el niño tenia un ayo de carácter, que era el general Fortun, este no pudo nunca cambiar, ni modificar sus inclinaciones.

El primogénito de D. Carlos pasaba en mi tiempo la vida oyendo las lecciones de sus maestros, jugando y recibiendo visitas; y no será malo que le bosqueje á V. algunas escenas de esto, para ilustrarle mas. Es inútil decirle que D. Jaime no sabia nunca una palabra de lo que debía estudiar; pero si no hubiera mas que esto, podríamos aun disimularlo. El general Fortun me habia contado algun lance de estudios, que demuestra cuán corrompido está ya aquel niño. Un dia se le presentó mohino y mal humorado, y le dijo con los ojos bajos y mirando de través: «Fortun, estoy muy descontento de tí.»—«¿Por qué dice esto V. A.?» preguntó sorprendido el ayo.»—«Porque no me enseñas nada, contestó el chico.» Esto, como es natural, amostazó al general, quien repuso con gravedad: «V. A. no dice lo cierto, porque le enseñé á leer y escribir, le enseñé la geografía y la historia, y espero que sepa bien estas materias para enseñarlo otras.»

«No hablo de esto, exclamó D. Jaime; pues lo que dices tanto se me dá saberlo como ignorarlo. Lo que yo quisiera que me explicaras es como se hacen los chicos.» Fortun quedó estupefacto é indignado. «V. A., exclamó, es un pequeño poco vergüenza que merece una buena

mano de azotes; y hoy sin falta daré parte á S. M. el rey su padre para que le castigue severamente." Fortun, contándome esta escena, que no fué la única de su género, me decía: «Boet, ¿qué familia es esta? ¿qué paradero tendrá nuestro partido con estos Pretendientes al frente? ¿no vé V. qué porvenir espera á los carlistas que sigan á ese muñeco? Yo, la verdad, voy ya cansándome de servir aquí. ¿Qué digo cansándome? voy avergonzándome; y espero el resultado de los esfuerzos de V. para decidirme. Si V. modifica á D. Carlos, me quedo. Si se estrella me voy." Fortun ha acabado por marcharse, maldiciendo el día en que se hizo carlista; y los que duden de lo que estoy contando, pídanle á el su opinión.

Apenas D. Jaime recibe á algún desconocido, le pregunta con solicitud: «Qué eres tú, general ó coronel?" Si contesta general, le pone hocico, y vuelve la cara á un lado, murmurando en alta voz: «A mí no me gustan los generales, porque todos sois orgullosos, y quereis mandar demasiado." Pero si le dice que es coronel la recepcion cambia, y el primogénito se sonrie, y le tiende en seguida la mano, que algunos besan ligeramente, y otros con una efusion estúpida: «A mí me gustan mucho mucho los coroneles, dice, porque yo tambien soy coronel. Mira: cógeme algunas moscas; que las mataré. Aquí tengo un alfiler para pasarlas de parte á parte. Yo creo que papá cuantas mas moscas mate, mas pronto me ascenderá á brigadier, y entonces seré mas que tú, aunque ahora ya lo soy, pues soy principe, y tú eres un vasallo. ¿Sabes cuantas moscas mató mi papá para ser capitán general? ¿Debió matar muchas, verdad?..." Nadie se niega á obsequiar á S. A. dándole un placer tan fácil como el de cazarle media docena de moscas; y en mi tiempo solo el general Fortun y yo rehusamos complacerle. Cuando á mí me tendia la mano y me pedia alguna mosca, le decía: «Sí, sí, la mano es buena para que V. A. aprenda á escribir." El me miraba de reojo, y se ulejaba refunfuñando: «A mí no me gustan los generales, porque son demasiado orgullosos." Esta escena hacia reir mucho al general Fortun.

Ahora completaré el retrato de D.<sup>a</sup> Margarita, añadiendo algunos detalles que no salgan de los límites convenientes, y que tengan tambien interés para la política española. El rostro de aquella señora ya es bastante conocido



por las fotografías, y así, es inútil que yo trace su figura. Tiene los labios muy salientes y una voz hombruna y ronca. Si la viese V. de lejos correr y saltar por el jardín de su casa, la tomaría por una niña simpática. Pero como es muy aficionada á cantar, y siempre canta árias de los *Bufos Parisienses*, su voz aguardentosa y la letra saietesca del canto desvanecen de cerca aquel buen efecto. Lleva con mucha irregularidad el gobierno de su casa despilfarrando en cosas de gran monta, y economizando con gran mezquindad en cosas de escaso gasto. No puede sufrir á los criados españoles, á quienes siempre trata de puercos y mal educados; y procura servirse de franceses, los cuales le gustan mas por ser aduladores y obsequiosos. A las personas que sobre esto le dicen que los criados españoles son mas leales y formales, contesta que la importa poco que la roben con tal que le hagan bien las cortesías. Tenia entonces por doncella á una jóven francesa, que conociéndole el flaco, la capeaba gallardamente, haciendo un buen negocio.

Doña Margarita tiene, segun ya he indicado, el prurito, que ella llama talento, de satirizar á cuantos conoce; y si se le ocurre una cuchufleta contra el mismo don Carlos, aunque esten delante otras personas, y haya de costarla un disgusto, no se la calla, á trueque de pasar por aguda. Todas sus lecturas se reducen al *Figaro* y á los periódicos de modas, y toma el primero para divertirse, enterándose de todos los líos de París; y los otros para conocer las invenciones de las modistas.

No se ocupa de política, ni puede sufrir que se hable de esta en su presencia, á no ser que sea para burlarse del carlismo. Pero le gusta que los carlistas trabajen y se agiten, porque así le dan tono é importancia. No cree nada en el triunfo de la causa; y se mofa siempre de las conspiraciones y guerras del partido. Su única preocupación es figurar, sin devanarse los sesos ni contrariarse, sacrificando sus mas ligeras diversiones. Aunque cumple con algunas prácticas del culto no es devota sino por rutina, y todavía poco. Entre sus frivolidades, merece referirse que siente no ser hombre y llamarse *Petrucelli del-la Gattina*, nombre como V. sabe, de un diputado y publicista italiano moderado. Apenas puede conversar diez minutos con alguien sin decirle que le duele no pertenecer á nuestro sexo, y llamarse de aquel modo.

Hé oído varias veces á D.<sup>a</sup> Margarita en conversaciones de salon; y voy á ver si la puedo retratar en uno de estos momentos con su carácter ligero, indiferente y mordaz. Un día nos hallábamnos con ella D. Carlos, dos ó tres caballeros carlistas y yo, hablando de la lluvia, del buen tiempo y de los conocidos, y D.<sup>a</sup> Margarita se lucía y desahogaba, clavando flechazos á diestra y siniestra. «Boet, me dijo, nada de política; riámos y murmuremos; y quédense los negocios en el bufete. ¿Alguno de vosotros sabe el último chisme de la alta sociedad?»—«No, contestamos.»—«Vamos, dijo D. Carlos, ya estás deseando contarle. Ea, venga, y sepamos que hay.» Ella se sonrió. «Por desgracia, dijo, no ocurre nada, ó mejor no se sabe nada nuevo, aunque ocurra mucho; y me quedo reducida á callarme, ó á tener que contar tus lios, Carlos, porque creo que eres el único hombre de París que cada día los liene nuevos.»

Todos nos echamos á reir. «Bueno, dijo D. Carlos; ya me la has pegado. No pudiendo herir á tus amigas, le resuelves contra mí.»—«Si estoy tan fastidiada..., exclamó ella. Cuando veo que sois hombres y que yo soy mujer... ¡Ah! si mi madre hubiese podido consultarme...»—«Todas las señoras dicen lo mismo, repuso uno.»—«¿Y qué hubieras hecho á ser hombre?» exclamó D. Carlos.»—«¡Toma! hubiera sido el hombre mas feliz, con tal que me hubiese llamado Petrucel-li del-la Gattina.» Todos nos reimos, y D. Carlos exclamó: «Dale con esto; ya le lo he oido decir un millón de veces.»—«Si es un nombre tan bonito, repuso D.<sup>a</sup> Margarita. ¡Qué envidia tengo al que lo lleval Poder decir yo me llamo Petrucel-li del-la Gattina; un nombre tan armonioso, tan cadencioso y simpático...»

Y haciendo una mucca coquetona, añadió: «Pero dejemos esto. ¿Qué se sabe del marqués de Valdespina? Estoy muy incomodada con él, porque me hizo días atrás una mala pasada, que no se la perdono.»—«Señora, observó uno; V. M. debe perdonarlo todo á un anciano que es tan carlista, y que tanto ha hecho por V. M.» Doña Margarita soltó una carcajada. «¡Valdespina carlista! exclamó. Vamos, señores, no me trateis de niña. Hay mucha gente que se llama carlista, pero carlistas verdaderos no hay ninguno, ni mi marido siquiera.» Hubo un estupor general. «Gracias, hija, gracias, dijo el Preten-

diente.”—«Vamos, hombre, repuso ella; ya sabes que te conozco mas que la madre que le parió, y que puedo decir á boca llena que tu eres el menos carlista de tus propios partidarios. Pero, volvamos al señor marqués. ¿Sabéis el chasco que me dió? Pues voy á contároslo. Le escribí que debiendo partir mi secretario, viniese por unos dias á ocupar su lugar, y me contestó que si no le mandaba el importe del viaje, no podia venir por falta de dinero. Jamás se lo perdonaré.”

Entonces uno de los circunstantes dijo: «Buena elección hubiera hecho V. M., señora, porque el marqués de Valdespina tiene una ortografía tan amena, que se pueden leer sus cartas por el gusto de pasar un buen rato. El es de esos grandes gramáticos que escriben *resuelto* con dos *r*; *habido* sin *h*; *queso* con *j*; *sido* con *c*, y otras lindezas parecidas. Es verdad que suele decir que un gran general como él no se ocupa de estas menudencias.” Nosotros nos echamos á reir, incluso D. Carlos y D.<sup>a</sup> Margarita, que en punto á ortografía son tan fuertes como el mismo marqués.

«¡Si está chillado! exclamó D.<sup>a</sup> Margarita. Dicen que en San Juan de Luz pasa el dia delante del espejo con una espada en la mano; y tirando estocadas al espejo, se contempla extasiado exclamando: ¡muere, cobarde liberal! ó bien hace gestos de mando con la espada como si estuviera en una batalla y da gritos de ¡batallon! ¡armas al hombro! ¡já la bayoneta! ¡seguidme! Mientras la marquesa, saliendo despavorida de otro aposento, le grita desesperada: ¡Marqués, por Dios! mira que me romperás otro espejo, que ya me llevas rotos dos con tus extravagancias. Si quieres ejercitarte en matar liberales, tira las estocadas á la pared, que al menos no la romperás tan fácilmente.” Nosotros reiamos como unos locos, y doña Margarita estaba entonces hecha la mujer mas orgullosa y contenta del mundo.

Pero á veces su desentono é ingratitud indignaban. Habiendo un dia sabido que la esposa del brigadier Martinez Vallejos, profesor de matemáticas de D. Jaime, le agradecería que le mandase alguna ropa, aunque fuese usada, por hallarse la familia en gran estrechez, le envió un vestido viejo de seda. Fué poco despues á visitar á aquella familia el general Fortun, y al ver á la señora con aquel traje, quedó afectado y suspenso. «Mi general,



dijo el brigadier todo contento. Este vestido era de S. M. doña Margarita, que se ha dignado honrarnos enviándolo á mi mujer." El general se levantó con el rostro encendido de ira. «Señora, exclamó; quítese V. enseguida este vestido, y vaya á tirárselo á la cara de D.<sup>a</sup> Margarita, que lo merece por ingrata y grosera; porque este vestido no era suyo, sino de su doncella francesa, á quien ha dado delante de mí 50 duros para comprarse otro nuevo de calidad superior." Los esposos quedaron petrificados, de una injuria tan fuerte y bochornosa.

LXII.

**El general Fortun.**

*Milan 25 de Octubre.*

Ya le he indicado á V. de paso, me dijo Boet, que el general Fortun se habia encargado de la educacion del niño D. Jaime; y juzgo ahora conveniente extenderme sobre esto, porque comprende noticias importantes. Fortun era un militar de carrera, que procedia de las filas liberales; tenia alguna edad y escasa salud, y estaba dotado de un talento organizador muy distinguido, y de un tacto especial que lo hacian muy idóneo para el mando de tropas. Era de carácter modesto y afable; tenia práctica del mando y de la sociedad, y únicamente adolecia de una desconfianza en sí mismo, que á veces le perjudicaba.

Habia desempeñado en el Norte con lucimiento destinos importantes, que le valieron mucho crédito; y solo al fin de la guerra comprometió su carácter, viéndose obligado á aceptar el cargo de fiscal de Dorregaray, en la odiosa causa que se hizo contra éste. Conociendo por las irregularidades del procedimiento, por el sello parcial é infame de muchas declaraciones, y sobre todo por la presion que se le hacia, que era el instrumento de una ó mas venganzas, dimitió fundándose en su mala salud; pero D. Carlos se opuso terminantemente, declarándole que no aceptaria su dimision, y que le obligaria á con-

dijo el brigadier todo contento. Este vestido era de S. M. doña Margarita, que se ha dignado honrarnos enviándolo á mi mujer." El general se levantó con el rostro encendido de ira. «Señora, exclamó; quítese V. enseguida este vestido, y vaya á tirárselo á la cara de D.<sup>a</sup> Margarita, que lo merece por ingrata y grosera; porque este vestido no era suyo, sino de su doncella francesa, á quien ha dado delante de mí 50 duros para comprarse otro nuevo de calidad superior." Los esposos quedaron petrificados, de una injuria tan fuerte y bochornosa.

LXII.

**El general Fortun.**

*Milan 25 de Octubre.*

Ya le he indicado á V. de paso, me dijo Boet, que el general Fortun se habia encargado de la educacion del niño D. Jaime; y juzgo ahora conveniente extenderme sobre esto, porque comprende noticias importantes. Fortun era un militar de carrera, que procedia de las filas liberales; tenia alguna edad y escasa salud, y estaba dotado de un talento organizador muy distinguido, y de un tacto especial que lo hacian muy idóneo para el mando de tropas. Era de carácter modesto y afable; tenia práctica del mando y de la sociedad, y únicamente adolecia de una desconfianza en sí mismo, que á veces le perjudicaba.

Habia desempeñado en el Norte con lucimiento destinos importantes, que le valieron mucho crédito; y solo al fin de la guerra comprometió su carácter, viéndose obligado á aceptar el cargo de fiscal de Dorregaray, en la odiosa causa que se hizo contra éste. Conociendo por las irregularidades del procedimiento, por el sello parcial é infame de muchas declaraciones, y sobre todo por la presion que se le hacia, que era el instrumento de una ó mas venganzas, dimitió fundándose en su mala salud; pero D. Carlos se opuso terminantemente, declarándole que no aceptaria su dimision, y que le obligaria á con-

tinuar de fiscal de la causa hasta que se muriese, ó que el proceso terminase. Protestó Fortun de esta respuesta; y alegando entonces sus derechos de fiscal, reivindicó la independencia que correspondía á su cargo. Pero don Carlos le replicó que las reales ordenanzas y todas las leyes en que él fundaba sus derechos, emanaban del rey, quien podía mantenerlas, derogarlas, ó ampliarlas; y que en virtud de esto le ordenaba, por razones de estado que no debía manifestar, que continuase la instruccion de la causa tal como se habia empezado. Fortun obedeció, resignado y descontento; pero afortunadamente para él sobrevino la catastrofe de la guerra, que, suspendiendo la causa, le evitó un gran disgusto ó una gran afrenta.

Al retirarnos á Francia, se incorporó al Cuartel Real, escoltando á D. Carlos. Una noche hubo una gran alarma en el alojamiento de este, corriendo la voz de que los liberales llegaban por dos ó tres partes, y que habian tomado todos los caminos principales. Asustado el Pretendiente se puso pálido y tembloroso, y como es tan cobarde, perdió enseguida el tino, y quiso disfrazarse en un traje ridiculo, y huir acompañado de buenos guias y de pocos servidores. Espantados tambien los demás de aquel peligro imaginario, se disponian ya á verificar este plan, cuando Fortun intervino con gran energia, y demostrando el feo papel que D. Carlos iba á hacer, prometió que si se conservaba la serenidad, podria llegarse sin peligro á Francia.

«El disfraz que VV. aprueban, exclamó, dejará á S. M. en mal lugar ante Europa, que le está mirando en una ocasion tan suprema. Los periódicos liberales se apoderarán de ello, y describiéndolo en términos cómicos, dejarán como un trapo al rey, y nos avergonzarán á todos nosotros. S. M. ha de entrar en Francia con su propio nombre, vestido de uniforme, con la cabeza alta, y al frente de un brillante Estado Mayor, a fin de que el mundo sepa que si se ha retirado ante las insuperables fuerzas del enemigo, no ha huido como un cobarde, ni se ha escondido pusilánimemente. Aun contamos con algunos batallones castellanos y de otras provincias que nos permitirán rechazar á los liberales, si estos se presentan; y además Boel nos sigue á retaguardia con una division bien disciplinada y aguerrida, que no solo nos cubre las espaldas, sino que nos apoyará eficazmente en un con-



flicto. El enemigo no avanza tanto como se dice, ni con la impavidez que se asegura; y de todos modos, aunque nos cerrase la marcha, nuestro deber es abrirnos paso á la fuerza, y salvar al rey con todos los honores de la guerra." Conociendo D. Carlos y los demás que Fortun tenia razon, cedieron, y siguiendo las instrucciones de éste, pudieron evitar una vergüenza que hasta hubiera corrido á la mujer mas pusilánime.

Creció entonces mucho Fortun entre los carlistas; y apenas D. Carlos, despues de la retirada, hubo partido para América, D.<sup>a</sup> Margarita le llamó y encomendó la educacion de su hijo mayor. Este nombramiento fué generalmente aprobado, estimándose como uno de los actos mas acertados de aquella señora. En efecto, Fortun correspondió tan bien á la confianza de D.<sup>a</sup> Margarita, que aunque tuviese envidiosos, todo el mundo alababa el tino con que educaba á D. Jaime. El buen general habia tomado en sério su cargo, y se proponia instruir discretamente al heredero del Rey de los carlistas. «Quiero, me decia, que sea digno por su ilustracion de la fama de don Jaime el Conquistador, y que haga olvidar con sus virtudes y conocimientos la ignorancia y mala conducta de su padre.»

Sin embargo, conoció luego que en casa de D. Carlos no se le respetaba, ni estimaba bastante; y que cada día tropezaba en dificultades, que le contrariaban y ofendian. Observó que D.<sup>a</sup> Margarita le trataba á él y su familia con cierta ironía ó impertinencia; y aunque no conociése el secreto, tenia bastante mundo para ver que aquello le desdoraba. En efecto, habia en la conducta de D.<sup>a</sup> Margarita un misterio, que nunca quise descubrir al general Fortun, para no indisponerle y exasperarle, y que ahora voy á revelar, porque no solo contribuirá á retratar á aquella señora, sino á demostrar cuantos vejámenes han de sufrir los que viven en su casa, y no le caen en gracia.

El general Fortun tenia unas hijas que de vez en cuando visitaban á D.<sup>a</sup> Margarita; y esta, que no puede sufrir á las personas de su sexo, y que desprecia profundamente á los españoles, tomó á aquellas jóvenes por su cuenta, y además de ponerlas en mala situacion cuantas veces podia, hablaba siempre á escondidas de ellas, como de las mujeres mas cargantes, mas estúpidas y vanido-

sas. Pero un día, como si no tuviese bastante de mortificar y ridiculizar á las hijas, quiso envolver á su padre en aquella burla; y dándose á entender que lo había enamorado, lo trató con la guasa de una señora que viéndose objeto de un amor desproporcionado, toma á su enamorado por bufon. Así es que empezó á exagerar sus atenciones para con él, aparentando que le hacía gran caso; que le tenía lástima; que le dolía no poder corresponderle, y que estaba muy conmovida de verlo traspasado de una pasión tan insensata. El pobre Fortun, que no sabía nada, tomaba en serio aquellas exageraciones; y aunque las hallase extrañas y algo inoportunas, no caía en la cuenta de lo que significaban. Además doña Margarita á veces se impacientaba, y le pegaba cada alfilerazo con su viperina lengua, que le hacía ver las estrellas.

Tampoco sabíamos nosotros nada, por más que notásemos algo, cuando D.<sup>a</sup> Margarita quiso hacernos el favor de revelárnoslo; y tomándome á mí por su confidente y pregonero, un día que había venido á verme en mi hotel, para hablarme de las cosas de su marido, terminada la conversacion, me reveló aquel imaginario descubrimiento, quejándose mucho del atrevimiento y tenacidad de Fortun. «Si, me dijo; este viejo se ha enamorado de mí como un loco rematado; y aunque yo le he indicado ya con mil befas, que me río de sus ridículas pretensiones, no he podido desengañarlo, y librarme de sus miradas y palabras intencionadas. Con esto me aburre mucho, y quisiera verme libre de él y de sus hijas, que son tan cárgantes como su padre.»

Yo quedé estupefacto; y temeroso de que se burlase, la estuve mirando un rato, como si esperase que se sonriese. Observolo ella, y queriendo desengañarme, repuso con energía: «Te aseguro que se ha enamorado de mí furiosamente; y que no sé ya cómo curarlo de esta locura. Por desgracia se ha puesto celoso de todos los de casa, y cada día anda en cuestiones con ellos, lo cual le hace mas inaguantable. A mí me habla de mil modos extraños, me mira ya con ternura, ya con furor, y hace otras extravagancias, que no sé cómo no me hacen reventar de risa delante de él mismo.»

Enseguida conocí que D.<sup>a</sup> Margarita deliraba, porque no solo Fortun no estaba enamorado de ella, sino que la

miraba con cierta antipatía, por las expresiones ofensivas é insultantes con que siempre hablaba de España y los españoles. En efecto, Fortun, que era muy amigo mio, y que me trataba con la mayor intimidad, me habia confiado esto, doliéndose vivamente de los sentimientos de D.<sup>a</sup> Margarita, y de la ligereza con que los manifestaba á propósito de cualquier cosa. Fortun tampoco podia sufrir que los cortesanos de la casa maltratasen á nuestro país; y apenas les oía alguna palabra malsonante, arremetia contra ellos, por mas que los apoyase la pretendiente.

Queriendo yo desvanecer aquel error, me apresuré á contestar á D.<sup>a</sup> Margarita, que segun todas las probabilidades, se habia equivocado. «Fortun, la dije, me comunica sus mas secretos pensamientos; y puedo asegurar á V. M. que jamás me ha dicho nada de lo que V. M. supone, ni yo le he oido, ni observado nada que lo hiciese sospechar. Lleno de preocupaciones y tristezas, no solo no está enamorado de V. M., sino que ni siquiera piensa en amores de ninguna clase.»—«¿Cómo le engañas! repuso ella. Tú no sabes lo que son los viejos; y Fortun no iba á decirte a tí una cosa semejante. Yo te aseguro que está loco por mí; y ya sabes que una muger conoce esto facilmente, y sin engañarse nunca. Además, ¿por qué no habia de enamorarse de mí, ó de otra muger como yo? ¿seria quizá el primero que á pesar de la desproporcion de linaje, me ha querido violentamente, y ha suspirado años enteros por mí, por mas desaires que le diese? El prestigio de princesa y la juventud, Boet, cuando no otras cosas, bastan para enloquecer al hombre mas sensuoso. Asi es que no dudes de que el pobre diablo de Fortun me quiere frenéticamente, y sufre de este amor como un jovencito de veinte años.» Viendo que era inutil disuadirla, me callé medio risueño y apesadumbrado; pero lejos de hacer de este secreto el uso que quizá ella descaba, para que el general fuese la fábula de toda la casa; lo guardé cuidadosamente, y creo que de este modo evité que corriese tan absurda y maligno noticia.

No estaba Fortun tan solo cargado de D.<sup>a</sup> Margarita, sino tambien disgustado del papel que le hacia D. Carlos desde que regresó de América. El Pretendiente habia quedado muy sorprendido de ver á su hijo en manos de tal preceptor; y aunque tratase bien á este, se mostraba muy



caviloso de los elogios que le oía dar, y de los adelantos que decían había hecho D. Jaime. Siempre que veía á su hijo le miraba con ojos ceñudos; y si el niño le pedía caricias, se lo quitaba de delante con malas palabras que lo hacían llorar. No solo le hablaba con gran indiferencia, sino con una antipatía y recelo, que se parecían mucho al ódio. Fortun me comunicó estas observaciones, y se quejó amargamente de la conducta de don Carlos. «Aunque el chico tenga muchos defectos, me dijo, le he cobrado ya cariño, y me duele que su padre haga eso. No sé qué motivos puede tener. Al principio temí que estuviese descontento de mi nombramiento, pero como veo que me trata bien, he debido cambiar de sentimientos. Así es que me pierdo en conjeturas; y unas veces pienso de un modo, y otras de otro, sin quedar satisfecho de mí mismo. A lé, Boel, que esta conducta me tiene cargado, atónito y mareado.»

También lo había yo observado, y tampoco atinaba en la causa, cuando un día D. Carlos mismo me la reveló. Háblame llamado no sé con qué objeto; y al llegar á Passy, me dijeron que estaba indispuerto, y que iba á ponerse una lavativa. No queriendo asistir á una operación tan íntima, fui á hablar con Fortun, que se hallaba en los aposentos de su pupilo, y una hora despues recibí órden de presentarme en seguida á D. Carlos. Halléle pálido, desmalazado, y de muy mal humor; y como es natural, le pregunté cómo estaba. «Me han dicho que V. M. estaba tomando una lavativa, y me he retirado dejando aviso de que esperaba sus órdenes.»—«En efecto, me contestó. No me hallaba bien, pero con esa lavativa me he puesto mejor. ¿Dónde estabas?»—«Señor, dije, estaba con Fortun y D. Jaime; S. A. me ha hablado con su gracia infantil acostumbrada, y me ha dicho que me quería mucho, pero que me quisiera mas, si no fuese general; porque los generales hacen estudiar, lo cual es muy cargante.»

D. Carlos se puso sombrío, y me contestó con un tono displicente: «Parece que las habitaciones de Jaime son ahora el lugar de las tertulias de mis cortesanos. Esto no me gusta nada, y aunque quería hablarte de otras cosas, prefiero hacerlo de esta, ya que viene al caso, porque hace días que me tiene muy preocupado.» Yo le miré con sorpresa, sin atinar en lo que me quería decir. «A

mi no me disgusta, añadió, que hayan nombrado á Fortun director de la educacion de Jaime; pero temo que Fortun no comprenda lo que debe hacer, y tome á Jaime por un niño como cualquier otro. Tú ya sabes la historia de mi familia, y en general de todas las monarquías de derecho divino; y recordarás que el gran escollo de ellas son las conspiraciones del hijo para derribar y suplantar al padre. Yo hice lo mismo con el mio, y no estoy de humor para tolerar que se enseñe á Jaime á pagarme con la misma moneda. En mi partido hay mucha gente descontenta de mí; y no sería extraño que mas adelante me hostigaran por medio de mi hijo, si hallaren en éste la predisposicion necesaria. De ahí que tema la educacion necesaria. De ahí que tema la educacion de Fortun, quien de seguro no habrá previsto tal caso, ni el modo de evitarlo.

Yo quedé estupefacto, y despues de una pauso, le dije: «Señor, V. M. sabe que Fortun es un hombre grave y muy moral, y que de su enseñanza no se puede temer nada malo. Me comunicó su plan, y me pareció bien; pero como soy amigo suyo, temí equivocarme, y lo referí á la señora, que lo halló tan bueno como yo. No obstante, V. M. puede informarse, y ordenar lo que le parezca mas prudente.»—«Mi hijo, repuso D. Carlos, tiene ya mucha malicia; es precoz en ciertas cosas del mundo, y promete ser ambicioso y voluntarioso como yo mismo. En general, es un tipo de mi índole misma, un verdadero trasunto de mi carácter; y como yo me acuerdo de que armé contra mi padre cada intriga que temblaba el misterio, creo que con razon debo recelarme de que Jaime me imite eficazmente. A mi me contuvo entonces un poco el Cojo de Frhorsdorff, que no quiso reconocermé hasta que mi padre abdicase. Pero el cojo habrá muerto cuando mi hijo esté en edad de darme aquellos disgustos, y yo no tendré defensa alguna. Además, aunque el Cojo aun viviese, así como no pudo impedir que yo levantase contra mi padre la animadversion del partido, así tampoco impediría que Jaime hiciese contra mi camarillos semejantes.»

Admirado y turbado de una conversacion que me revelaba tan claramente las malas entrañas de D. Carlos, y no sabiendo qué decir de provecho, contesté con una salida de pié de banco que se me ocurrió. «Señor, dije,

la primera cosa que Fortun enseña á S. A. es á venerar á Dios y á sus padres." D. Carlos me cogió por las solapas, y exclamó: «¡Qué respuesta tan cursi me das ahí! Lo mismo me enseñaron á mí y lo mismo enseñaron y enseñan á los demás príncipes sin el menor resultado. No; yo creo que el modo de evitarlo no es este, sino procurar que la educacion de Jaime sea lo menos política posible. Fortun, segun me indicaron, quiere hacer de mi hijo un muchacho muy instruido en historia y ciencias; y temo que esto abra los ojos al chico, y un dia le inspire malas pasiones. Yo no tengo actualmente un plan fijo de educacion; pero me preocupo de ello; y quisiera que desde ahora se evitase todo lo que mas adelante puede ser peligroso. Otra vez hablaré contigo extensamente de lo mismo, y entretanto busca tú alguna idea, á fin de evitarme tantos quebraderos de cabeza. Dile á Fortun que estoy muy satisfecho de su comportamiento; y como si fuese cosa tuya, indícale la necesidad de ser previsor. No importa que Jaime haga pocos progresos y que cobre escasa aficion á las letras. Como sepa leer y escribir medianamente, ya basta. Sobre todo que le hable lo menos posible de sus destinos; que no le permita ocuparse de política, y que le aficione mucho á divertirse y distraerse."»

«Un príncipe, Boet, no necesita ser un abogado, ni un doctor, porque al nacer, ya posee todo lo esencial: tiene la conciencia de su superioridad, la altivez para tratar con el mundo, y el criterio necesario para hablar y juzgar de todo con elevada competencia. No necesita ciencias, ni libros. Ya ves, yo no he aprendido nada, y á pesar de esto lo sé todo mejor que cualquier otro. No escribo nunca; apenas leo; y casi siempre le dejo trabajar á tí solo; todo lo cual no impide que tengo sobre vosotros una superioridad indiscutible. Por consiguiente tampoco es necesario que se dé á Jaime mas de lo que ha tomado su padre. Nada de llenarle la cabeza de cosas inútiles. Cuatro elementos de leer, escribir y contar; poca historia, y la mas inocente posible; mucha distraccion y nada de política."»

Retiréme atontado de oír estas enormidades; y aunque hice todo lo posible para que Fortun no se cuidara de ellas, me fué imposible evitar que este se causase de los papeles ridiculos y odiosos que le querian imponer; di-



mitiese, y se retirase á Cuba, donde aun vive. «Boet, me dijo al despedirse; no puedo aguantar mas. Esta es una casa de locos, donde yo acabaria por perder la poca salud que me queda y el juicio que todavia tengo. Allá se las hayan D. Carlos, D.<sup>a</sup> Margarita, D. Jaime y los calaveras y seminaristas de que están rodeados. Quisiera esperar el resultado de los trabajos de V., pero me seria imposible. Adios, y que tenga V. buena suerte.»

Pero lejos D.<sup>a</sup> Margarita de creer en las verdaderas causas de esta partida, atribuyó el retiro de Fortun á la violencia de su amor. «¿Vés, me dijo, como tenia razon? El pobre viejo no ha podido sufrir mas. Si ya te lo decia yo que las mugeres no nos equivocamos nunca en estas cosas. Allá irá con el corazon traspasado. Que la tierra de Cuba le sea propicia y le alivie, porque á pesar de todo, le tengo lástima, y deseo que se olvide de aquella locura. Cuando vino á despedirse de mí, estaba desesperado, y se conocia que se separaba con el dolor mas cruel. ¡Pobre Fortun! ¿Quién se lo habia de decir á su edad y con sus achaques? Pero las pasiones, Boet, no entienden de edades, ni de enfermedades, y del mismo modo atacan á los jóvenes que á los ancianos, y á los enfermos que á los sanos. En fin, que tenga buen viaje, que se cure, y no vuelva mas por acá; porque aunque él y sus hijas me han divertido mucho, tambien es cierto que me han cargado bastante.»

### LXIII.

#### El dia de Carlistas.

Milan 28 de Octubre.

D. Carlos tenia señalado un dia á la semana para recibir á hora fija á todos los carlistas que deseaban visitarlo; lo cual se llamaba *el dia de Carlistas*. Se habia establecido esta costumbre tanto por comodidad del Pretendiente, como para satisfaccion del partido. Los carlistas acudian de todas partes, y muchas veces de muy lejos, por pobres y desgraciados que fuesen, vestido cada

mitiese, y se retirase á Cuba, donde aun vive. «Boet, me dijo al despedirse; no puedo aguantar mas. Esta es una casa de locos, donde yo acabaria por perder la poca salud que me queda y el juicio que todavia tengo. Allá se las hayan D. Carlos, D.<sup>a</sup> Margarita, D. Jaime y los calaveras y seminaristas de que están rodeados. Quisiera esperar el resultado de los trabajos de V., pero me seria imposible. Adios, y que tenga V. buena suerte.»

Pero lejos D.<sup>a</sup> Margarita de creer en las verdaderas causas de esta partida, atribuyó el retiro de Fortun á la violencia de su amor. «¿Vés, me dijo, como tenia razon? El pobre viejo no ha podido sufrir mas. Si ya te lo decia yo que las mugeres no nos equivocamos nunca en estas cosas. Allá irá con el corazon traspasado. Que la tierra de Cuba le sea propicia y le alivie, porque á pesar de todo, le tengo lástima, y deseo que se olvide de aquella locura. Cuando vino á despedirse de mí, estaba desesperado, y se conocia que se separaba con el dolor mas cruel. ¡Pobre Fortun! ¿Quién se lo habia de decir á su edad y con sus achaques? Pero las pasiones, Boet, no entienden de edades, ni de enfermedades, y del mismo modo atacan á los jóvenes que á los ancianos, y á los enfermos que á los sanos. En fin, que tenga buen viaje, que se cure, y no vuelva mas por acá; porque aunque él y sus hijas me han divertido mucho, tambien es cierto que me han cargado bastante.»

### LXIII.

#### El dia de Carlistas.

Milan 28 de Octubre.

D. Carlos tenia señalado un dia á la semana para recibir á hora fija á todos los carlistas que deseaban visitarlo; lo cual se llamaba *el dia de Carlistas*. Se habia establecido esta costumbre tanto por comodidad del Pretendiente, como para satisfaccion del partido. Los carlistas acudian de todas partes, y muchas veces de muy lejos, por pobres y desgraciados que fuesen, vestido cada

cual del mejor modo posible; y algunos eran tan indigentes, que á pesar de pertenecer á buenas familias, apenas podian presentarse con la camisa limpia. Habia gente, que en fé de su entusiasmo, llegaban á sacrificar el jornal de un dia para poder asistir á la recepcion, dándose por bien pagados con el placer de haber visto á SS. MM. Era, en fin, *el dia de Carlista*, como una especie de besamanos democrático.

Pero no cabe imaginar en qué términos hablaban de esta ceremonia D. Carlos y su esposa, bien que cada uno en diferente sentido. El Pretendiente se mostraba cargadísimo de la fiesta, y D.<sup>a</sup> Margarita se burlaba de ella como de una escena digna del teatro del *Palais Royal*, ó de los *Bufos parisienses*. Lo único que ésta le hallaba bueno era la intencion política. D. Carlos exclamaba á veces suspirando: «¡Ah! ¡Mañana es *dia de Carlistas*! ¡quisiera que nunca llegase este maldito dia, porque siempre es el mas fastidioso de toda la semana. Por esto me gusta viajar; pues cuando estoy lejos de París, no veo carlistas ni llega nunca el dia de recibirlos. Verdaderamente yo hice un gran disparate estableciendo esta costumbre; porque en el fondo es una de las cosas mas inconvenientes para un rey de derecho divino. Que un monarca constitucional se deje ver de cerca y con frecuencia de sus súbditos, ¡he! poco importa; pero un rey de derecho sobrenatural como yo no puede hacerlo, sin comprometer su prestigio.»

«Porque es el caso, que enanto mas ven los vasallos á su rey y señor tanto mas se familiarizan con su persona y tanto menos la veneran; de lo cual resulta primero el poco temor, despues el poco respeto, y por fin el menosprecio. De aquí que todos los reyes de derecho divino, hayan procurado siempre rodearse de tinieblas, de misterio y buenos guardias; que raras veces se hayan presentado en público; y que cuando lo hacian, se revistiesen de un gran aparato de autoridad y fuerza que impusiese. Si los hombres ven mucho á su rey, pronto llegan á imaginar que es de la misma carne y huesos que ellos, y olvidándose del abismo que los separa, ya no creen que él ha nacido para mandarlos, y ellos para obedecerlo y morir en su servicio; que él deriva de Dios, que le ha encargado una mision sobrenatural, y ellos derivan de Adán y Eva, que es todo lo que pueden pre-



lender. No: yo hice un gran disparate al instituir *el día de Carlistas.*”

Tanto por esto, como porque á veces sus orgias le tenían fuera de casa ó tendido en la cama, se pasaban con frecuencia varias semanas sin celebrarse la recepcion; y los carlistas que se presentaban, habian de volverse en ayunas de la visita de nuestro gracioso monarca. Disgustados de esta contrariedad, se marchaban descontentos, y cuando oian los motivos, habia una murmuracion, que perjudicaba mucho al partido. «Si no quiere sacrificarnos un solo dia de sus placeres, exclamaban, que lo diga; y al ménos no dejaremos nuestras ocupaciones, ni haremos un largo viaje inútil. Así nos paga ahora la sangre que hemos derramado por él, las privaciones que sufrimos en una emigracion voluntaria, y la fidelidad que le guardamos.”

Avisado yo de esto, rogué á D.<sup>a</sup> Margarita que lo hiciese presente á D. Carlos, lo cual cumplió. Pero este no se dió por convencido. «Bien, contestó. En el fondo esto no es malo, sino muy bueno; porque así los carlistas dejando de verme, me atribuirán mas prestigio, y creeran que estoy ocupado en grandes trabajos políticos. Mira, Margarita: *el día de Carlistas* que yo no esté, contestad á los que vengan que estoy hablando con el embajador de Rusia ó con el Nuncio del Papa, ó con un enviado del Cojo de Frhorsdoff; y los mentecatos saldrán á propagarlo por la ciudad, reventando de gozo.” En vano D.<sup>a</sup> Margarita le dió á entender que no habia ya tanta lana, y que se sabia perfectamente la causa de su ausencia, pues el Pretendiente no lo quiso reconocer. «¡Qué disparate! exclamó. Mi partido es el mas lanudo que existe; y si le dijesen que el emperador de China viene con doscientos mil sarracenos á ponerme en el trono, se lo pagarían como la mas sabrosa gollería. Tú no conoces como yo á los carlistas.”

En cambio la Pretendienta se lucia el dia que se celebraba la ceremonie. Marido y muger recibian mas ó menos atentamente á los bonifacios; pero ella los inspeccionaba detenidamente de cabeza á piés, y cuando terminaba la fiesta, y quedaba solo la gente de confianza, los pasaba por lengua con una sátira implacable. Los carlistas se presentaban, besaban la mano á SS. MM., ó á D. Carlos tan solo, si ella no asistia al acto; hablaban

de sus cosas, de las del partido y de la política española y europea, y despues de un rato de visita, se retiraban con el mayor respeto y contento. Apenas daba la hora de cerrar la audiencia, D. Carlos exclamaba: «Gracias á Dios que quedo libre de estos tipos. ¡Señor! ¡que mal rato! ¡qué breva! ¡qué posma! ¡no sé que pagaría de que nunca fuese el *dia de Carlistas!*» D.<sup>a</sup> Margarita se sonreia. «En verdad, exclamaba, que no eres justo; porque además de darnos esto una gran importancia á las ojos del mundo, que lo vé de lejos, nos ofrece ocasion de divertirnos, dejándonos contemplar á nuestro sabor una galeria de personajes que serian capaces de inspirar cosas deliciosas á Offenbach. En una palabra, Carlos; ya pagaria algo nuestro tio de Chambord de poder recibir esta gente; y yo te aseguro que si te fijases en aquellas caras y vestidos, pasarias un dia delicioso.»

«Tú todo lo vé del lado ridiculo, exclamó D. Carlos. Pues yo todo lo veo del lado cargante.»—«Mal hecho, repuso ella, porque así no sabras nunca vivir. ¿Verdad, señores? añadía á los cortesanos.» Estos se sonreian. «Uno de los tipos mas salados de la audiencia de hoy, dijo D.<sup>a</sup> Margarita, era sin duda fulano de tal, de quien me admiro que por la nariz de que Dios le dotó, los liberales no le hayan llamado *el Cabecilla Alcalchofa.*» Los cortesanos prorumpieron en una hilaridad general. «Yo no le visto en mi vida, añadió, una nariz mas estrafalaria; y apuesto que cuando mandaba, mas terror debía infundir con ella que con su gente. Si ganó algun combate, no lo dudeis, ha de haber sido sonándose las narices.» Las risas redoblaban, y todos los cortesanos decian: «Muy agudamente dicho, muy agudamente. ¡Qué graciosa es S. M.!»

Don Carlos se sonreia, y solo de vez en cuando decia: «Con tal que despues de haber jabonado á los carlistas, no jabones á su rey...» Doña Margarita contestaba toda envanecida: «No, hijo; hoy saldrás de aquí limpio de polvo y paja. Harto tengo que hacer con nuestros fieles vasallos. A tí te reservo para las grandes solemnidades.» Los cortesanos miraban sonriendo á D. Carlos, que no replicaba. D.<sup>a</sup> Margarita continuó: «¿Habeis observado las botas del comandante zutano? ¡Pobre hombre, y que figura hacíat! Las dos eran del pié izquierdo. Hé aquí un hombre que ya no podrá morir de necesidad, porque ponién-

dose esas botas y la boina, y enseñándose en los bulevares por diez céntimos, hará un dineral en este París tan lleno de curiosos. ¡Cuántos ingleses llegarían á pasar la Mancha para ver un monstruo tan raro." Hubo sonrisas, y un cortesano tomó la palabra y dijo: «Nada, señora. ¿Sabe V. M. qué habrá sido? que tendría dos calzados con las botas de la derecha estropeadas, y para presentarse sin demasiada inconveniencia, habrá echado mano de las del mismo pié."—«Te engañas, repuso D.<sup>a</sup> Margarita; porque la una era mas larga y ancha que la otra." Hubo una risa general, de que el mismo Pretendiente no se defendió.

D.<sup>a</sup> Margarita continuó: «Pero todavía he hecho una observacion mas curiosa. ¿Habeis notado que el coronel fulano llevaba la camisa tapada y el cuello limpio y blanco, como si lo acabasen de planchar? Pues bien sospechando el secreto de esto, lo he llamado; y moríis de risa, señores; moríis de risa: he visto, á través de la levita, que no llevaba camisa." Este descubrimiento fué recibido con una carcajada estrepitosa. «Pero, dijo la Señora, la averiguacion mas importante que hoy he hecho es la siguiente: Hace tiempo habia observado que cuando venia el capitán zutano, no se presentaba el comandante mengano, que es tan amigo suyo; y vice-versa; y queriendo averiguar la verdadera causa, despues de mucho pensar, me fijé en una cosa, que hasta hoy no he comprobado completamente. Los dos no tienen sino un vestido y unas botas para salir á la calle; y cuando el uno se viste, el otro ha de quedar en casa medio desnudo. Pero no es esto lo bueno; sino que como el vestido no ha sido hecho para ninguno de los dos, al capitán, que es alto y grueso, le viene corto y estrecho, y al comandante que es corto y delgado, le viene largo y ancho excesivamente." Todo el mundo se echó á reir con viveza de este contraste satírico.

«Vamos, Carlos, añadió D.<sup>a</sup> Margarita; que tenemos unos vasallos, que son una flor de esquisidad. El que no está medio muerto de hambre, no tiene traje; el que posee unas botas carece de levita; el que lleva camisa no se la puede cambiar. ¡Oh, Dios mio! ¡Qué partido tan brillante es el nuestro! ¡qué coleccion de cursis, de míseros, y danzantes son los carlistas, salvo algunas excepciones! Bien que, á decir la verdad, tratándose de es-



pañoles y de España no me admiro; porque, señores, hay que reconocer que vuestro país está tan atrasado, que viene á ser una especie de pequeña Africa. ¡Jesus! Cuando yo estuve allí, creí morir de susto, de malestar y asco. Vea unos tipos por los caminos, con unas caras tan estúpidas y fieras! Y luego las mugeres ¡qué puercas y desaseadas y faltas de gracia son! La cocina es tambien detestable. Nadie sabe cocinar; y temí caer enferma del astío que me causaron aquellos manjares tan estrafalariamente condimentados. Alguno me dijo que esto solo pasaba en Navarra. Pero, me he convencido de que era general; porque los españoles no sabeis mas que tocar la guitarra y el pandero, excepto algunos, que por haber estado mucho tiempo en Francia, habeis aprendido á ser hombres civilizados.”—«V. M. tiene mucha razon, contestaban los cortesanos sonriendo. La pobre España está muy atrasada.

«A mí, proseguía D.<sup>a</sup> Margarita, me gustaria mucho vivir en Madrid, como reina de España. Pero sentiria vivamente dejar París, porque aunque sea italiana, me he criado tanto á la francesa, que ya me considero como tal. España necesita de muchos siglos y de muchos gobiernos fuertes para ser un país medianamente civilizado. La misma fisonomía de los españoles revela ya la rusticidad de la nacion; porque hasta las señoras y los caballeros tienen la facha agreste. Los hombres son como unos malamoros, y las mujeres parecen estúpidas. Además ni unos ni otros saben vestir. Aquí se han presentado muchas señoras, que parecian lavanderas, aunque de seguro tenían menos elegancia que las lavanderas parisienses. En fin, Carlos, la corona española valdrá tanto como tu quieras; pero la España es muy poca cosa, y yo prefiero París.” Los cortesanos no solo aprobaban por galantería estas brutalidades, sino que á veces las ampliaban; y únicamente D. Carlos se mostraba un poco descontento.

Cargábanme á mí mucho estas cosas, y habiendo sabido que ya circulaban entre los carlistas, produciendo muy mal efecto, un dia aproveché la ocasion de representar á D.<sup>a</sup> Margarita lo injustas é impolíticas que eran. «V. M., le dije, está haciendo burla del infortunio de millares de personas que están en la emigracion muriéndose de hambre con sus familias; y no contenta con esto,

que ya de sí es bastante duro, habla públicamente de nuestra nación en los términos mas ofensivos. La colonia carlista de París lo ha sabido; y aunque crea que hay exageracion en lo que se dice, está muy mal impresionada. Yo me atrevo á rogar á V. M. que se modere un poco, á fin de evitar un conflicto."

«A fé, Boet, me contestó, que me pides mas de lo que puedo darte. Así está en mí dejar de burlarme de los carlistas y de España, como dejar de comer."—«¿Pues entonces, exclamé, por qué no renuncia V. M. á querer ser nuestra reina? ¿por qué no persuade á su marido que abdique y eche todo esto al diablo? ¿por qué fomenta V. M. nuestros trabajos? ¿por qué quiere que se erie á D. Jaime para futuro pretendiente? Si tan insignificantes somos, déjenos V. M." Ella se puso seria y me contestó con altivez: «Boet, una cosa son mis opiniones y otra mis derechos; una cosa es la mujer y otra la princesa de sangre régia. Aunque yo no os hago caso, no por esto he renunciado, ni puedo renunciar al señorío que tengo sobre vosotros. Siendo mi marido vuestro legitimo rey; yo, cualesquiera que sean mis simpatías, soy vuestra reina, y debo sostenerlo ante la sociedad. Una princesa de mi rango no es una señora como otra cualquiera. Si no fuera así, no solo no me ocuparía del partido carlista, sino que ya me hubiera separado de mi marido. Yo nací con un prestigio soberano; y no me puedo desprender de él, por ninguna consideracion. Soy D.<sup>a</sup> Margarita, hija del duque de Parma y esposa de D. Carlos, y en tal concepto tengo un rango superior, y estoy obligada á guardarlo. Si ocupase el trono de mi padre, ó de mi marido, lo haria gobernando. Pero ya que estoy en una especie de destierro político, debo hacerlo sosteniendo las pretensiones de mi familia conspirando contra los liberales españoles, encendiendo todas las guerras posibles en España, y enseñando á mis hijos á hacer lo mismo hasta vencer, ó morir, aunque cueste millones de duros y centenares de miles de vidas."

«Pero entonces, ¿por qué no se vá V. M. un poco á la mano en maltratar al mismo partido que ha abrazado sus derechos? ¿No conoce V. M. que lo que dice es impolítico?"—«Sí; pero soy tan satírica, que no creo en nada, ni puedo tomar nada en serio. La vida me parece una comedia en la cual el que no llora debe reir; y como

á veces Carlos me hace llorar bastante, aprovecho todas las ocasiones de reirme. ¿Te figuras tú que solo me burlo de España y de los carlistas? Lo mismo hago con los franceses. Toma mi album, y verás á las principales señoras del barrio de San Germain acribilladas de pullas sangrientas; y si no quieres darte tanta molestia, cuando veas á Mr. Chesnelong, pregúntale como le traté el otro dia, que me lo quité de delante con las palabras mas duras y despresivas, á pesar de ser uno de los mas importantes legitimistas. No, Boet; yo no puedo hablar seriamente de nada, porque todo me parece sainetesco. El amor, el heroismo, la abnegacion, la fidelidad, el génio, me hacen reir, como si fuesen cosas contadas por la musa de *Madama Angot*. Solo una cosa me impresiona aun fuertemente, aunque te rias; y es el nombre de Petrucel-li del-la Gattina; porque en verdad te digo, que quisiera de veras ser hombre, y llamarme *il signor Petrucel-li del-la Gattina*.

#### LXIV.

### Una comida en casa de D. Carlos

*Milan 30 de Octubre.*

Al salir de los aposentos de D.<sup>a</sup> Margarita, fui á despedirme de D. Carlos, quien al verme con el rostro amostazado, me miró sorprendido. «Algo te pasa, Boet, me dijo. ¿Qué hay? ¿has tenido malas noticias?» Yo procuré dominarme, y contesté: «Señor, nó. Acabo de hablar de España y de los carlistas con la Señora, y estoy muy apesadumbrado de sus chistes, no porque me haya ofendido, sino porque como no se recata de hablar así delante de otras personas menos reservadas, luego se sabe entre los emigrados, y produce irritacion.»—«Yo lo creo, repuso D. Carlos, pero no esperes corregirla, porque la sátira le es tan esencial, que no podria vivir un dia sin maltratar á la gente.»

«Señor, dije, siento mucho que una señora que es tan buena esposa y madre; que tiene tanta paciencia con



á veces Carlos me hace llorar bastante, aprovecho todas las ocasiones de reirme. ¿Te figuras tú que solo me burlo de España y de los carlistas? Lo mismo hago con los franceses. Toma mi album, y verás á las principales señoras del barrio de San Germain acribilladas de pullas sangrientas; y si no quieres darte tanta molestia, cuando veas á Mr. Chesnelong, pregúntale como le traté el otro dia, que me lo quité de delante con las palabras mas duras y despresivas, á pesar de ser uno de los mas importantes legitimistas. No, Boet; yo no puedo hablar seriamente de nada, porque todo me parece sainetesco. El amor, el heroismo, la abnegacion, la fidelidad, el génio, me hacen reir, como si fuesen cosas contadas por la musa de *Madama Angot*. Solo una cosa me impresiona aun fuertemente, aunque te rias; y es el nombre de Petrucel-li del-la Gattina; porque en verdad te digo, que quisiera de veras ser hombre, y llamarme *il signor Petrucel-li del-la Gattina*.

#### LXIV.

### Una comida en casa de D. Carlos

*Milan 30 de Octubre.*

Al salir de los aposentos de D.<sup>a</sup> Margarita, fui á despedirme de D. Carlos, quien al verme con el rostro amostazado, me miró sorprendido. «Algo te pasa, Boet, me dijo. ¿Qué hay? ¿has tenido malas noticias?» Yo procuré dominarme, y contesté: «Señor, nó. Acabo de hablar de España y de los carlistas con la Señora, y estoy muy apesadumbrado de sus chistes, no porque me haya ofendido, sino porque como no se recata de hablar así delante de otras personas menos reservadas, luego se sabe entre los emigrados, y produce irritacion.»—«Yo lo creo, repuso D. Carlos, pero no esperes corregirla, porque la sátira le es tan esencial, que no podria vivir un dia sin maltratar á la gente.»

«Señor, dije, siento mucho que una señora que es tan buena esposa y madre; que tiene tanta paciencia con

V. M., y hace mucho bien, no quiera reprimir su humor irónico, reduciéndose á decir chistes, sin ofender á nadie. Es lástima que este defectillo empañe las grandes virtudes de S. M. vuestra esposa.”—«¿Qué equivocados estais, dijo el Pretendiente; al creer que el prurito satírico de Margarita sea como la mancha de un sol! Pero siéntate, hombre, y en desquite del mal rato que has pasado, quédate á comer con nosotros.” Despues de darle las gracias, me senté; y él prosiguió: «Margarita os ha deslumbrado á la mayor parte de los que la tratais, haciéndoos creer que es una gran muger que tiene algunos defectos, cuando Margarita es un carácter muy irregular, en el cual no hay nada absolutamente bueno; ni absolutamente malo. Ella posee un gran número de cualidades y defectos que en rigor no llegan á ser propiamente ni defectos, ni cualidades. ¿Comprendes?»

Pero yo, que en las contiendas matrimoniales de la casa estaba siempre de parte de la señora, porque en último resultado esta tenia razon, aunque no hiciese lo posible para corregir los desórdenes del marido; no concedi lo que este decia, y repuse enseguida: «Señor, á mí no me corresponde hablar de los defectos de la Señora; pero ya que V. M. habla de sus cualidades, permítame que le diga que lejos de ser dudosas, son muy positivas. Sin ánimo de ofender á V. M., debo decir que V. M. tiene un carácter tan extraño, y sigue una vida tan libre, que no sé si en Paris se hallarian muchas mugeres capaces de hacer por V. M. los sacrificios que la señora. Ella calla cuando V. M. no la trata bien; ella no se queja cuando V. M. falta de casa por espacio de dos y tres dias con sus noches; y á fin de disimular mejor esta ausencia, se levanta de madrugada, y entrando en la alcoba de V. M. desarregla la cama, lo cual da á entender despues á los criados que V. M. ha dormido aquí. Yo tengo algun murdo; señor, y puedo asegurar á V. M. que hay muy pocos matrimonios donde se vean actos de una abnegacion semejante.”

D. Carlos me contestó con indiferencia; «¡Pse! No niego que sea cierto; porque además de serlo, no quita lo que digo. Margarita es capaz de hacer por mi esto, y mucho más; pero no deduzcas que sea una esposa heroica, porque así se preocupa ella de heroismos, como yo de la luna.”—«Señor, repuse, si tan poco le importase

no lo haria; y me atrevo á decir que V. M. es un ingrato, dejando de reconocerlo. D.<sup>a</sup> Margarita merece más, mucho más, que V. M. no le concede." El Pretendiente me cogió de la solapa, y dándome un tiron, me dijo riendo: «Calla, hombre, calla; que no sabes lo que te dices. Margarita no es mala, pero es hija de su padre el duque de Parma, que murió asesinado de puro inaguantable y anti-pático. Este duque tenia malas entrañas; y aunque por fortuna no lo legó á Margarita, no puede negarse que la dotó de cierta ligereza y desarreglo de carácter, que no la favorecen. Mas adelante pasó á Chambord, donde se educó al lado de su tia y del Cojo; pero estos se ocupaban tan poco de ella, que la chica pasaba los dias corriendo á caballo y sola por aquellos besques, sin aprender nada, ni cuidarse mas que de la etiqueta de la casa. Al fin me casaron con ella, y aunque no reniego de ello enteramente, he de confesar por fuerza que no hice un gran negocio.»

Yo me sonrei. «¡Pardiez, señor! exclamé. Yo creo que es ella la que no lo hizo, porque aunque todos los maridos tengamos nuestros peros, V. M. tiene tantos, y son tan pesados y abrumadores, que no se hallarian muchas docenas de esposas capaces de soportar lo que D.<sup>a</sup> Margarita.»—«Lo reconozco, me contestó D. Carlos. Yo la he engañado y reengañado millares de veces; no me escondo de demostrarle, ni me abstengo de decirle que no la quiero; si me enfada y arrebatara... no la trato bien, y hay grandes escándalos en casa; y ella todo lo tolera, de nada hace caso, á veces hasta me obliga á contarle mis locuras, se rie de ellas, y no solo no se separa de mí, sino que procura encubrirme. Pero sabe, Boet, que tambien habria pocas docenas, muy pocas docenas de Carlos capaces de soportar á D.<sup>a</sup> Margarita.»

Iba yo á replicar, cuando avisaron que la mesa estaba puesta, y fuimos á comer. Sentámonos, ocupando yo la derecha de D.<sup>a</sup> Margarita, y esta al verme, exclamó: «No sabia que te hubieses quedado á comer. Me alegro mucho, porque continúo con la misma vena satírica que sabes, como luego tendré lugar de probártelo.» Yo me sonrei, y callé. No recuerdo quien estaba á la mesa aquel dia, pero en junto seriamos unas ocho ó diez personas, entre los dueños, los hijos y los convidados. Durante la comida, D.<sup>a</sup> Margarita, dirigiéndose á su esposo,



le dijo alegremente: «¿No sabes que Boet está incomodado porque no hablo bien de España?» Y volviéndose á mí, añadió: «¿No es esto, Boet?»

El Pretendiente tomó la palabra. «Sobre España, dijo solemnemente, hay mucho que decir; porque los españoles que no se han educado en el extranjero tienen unas extravagancias tan raras, que aunque estén dotados de grandes cualidades, son algo ridículos.»—«¡Habló el huey y dijo *mí!* pensé yo.» D. Carlos prosiguió: «Por ejemplo, todos los españoles hacen grandes bocados del *Quijote*, cuando no hay una persona de mediano gusto que pueda leer un capítulo entero de esta insulsa y pesada obra. Los franceses si que tienen una gran novela, y sin embargo no hacen de ella los bocados que los españoles del *Quijote*.»—«Es natural, repuso D. Margarita, porque en Francia se teme mucho el ridículo.»—«Justo, dijo D. Carlos. Los franceses, que poseen aquella perla literaria, hablan de ella con modestia, al paso que los españoles parece como que se quieren comer el mundo con aquel librote.»

Uno de los comensales dijo: «¿Qué novela francesa es esa señor?» Yo me puse á temblar por la respuesta. «¡Ay, Dios! pensé entre mí.» D. Carlos respondió: «Una novela titulada *Angélica y Juanillo*, de Pigault Lebrun, el Paul de Kock del siglo pasado. ¿La has leído, Boet?» Hubo un silencio general. «No, señor, contesté.»—«Aparisi Guijarro tampoco la había leído, según me confesó un día que hablabamos de obras maestras. Pero le aconsejé que la leyera. Los españoles no leéis sino media docena de libros sin sustancia, y ya os creis instruidos.» Un adulator repuso: «Tiene mucha razon V. M. En España hay poca instruccion.» D. Carlos repuso: «En el fondo se puede decir mucho sobre las otras naciones, pues á veces se ataca a España por cosas que la honran. Yo he observado que en los demás países hay muchas preocupaciones en materia de enseñanza. Aquí teneis las matemáticas. Yo estoy persuadido no solo de que no sirven de nada, sino de que es necesario ser tonto para comprenderlas. Sin embargo, todo el mundo dice lo contrario. El caso es que cuando yo y mi hermano éramos pequeños, yo apenas pude aprender á sumar; al paso que él tenia mucha disposición para la aritmética, aunque fuese de tan corta inteligencia.»

Afortunadamente D.<sup>a</sup> Margarita cortó tan deplorable conversacion, diciendo: «Señores, si continuais hablando de literatura y matemáticas; se nos va á indigestar la comida. Yo tengo un sucedido muy sabroso en los labios y si me escuchais, lo contaré.»—«Algún chiste tuyo será, repuso D. Carlos.» D.<sup>a</sup> Margarita se sonrió. «Es, dijo, un caso muy alegre, que tiene por título *quien mal anda, mal acaba*, por protagonista un general carlista, por víctima un marqués de los nuestros, y por cuerpo de delito unas botas.»—«Ya me lo figuraba, exclamó D. Carlos. Pero como hoy ya has incomodado bastante á Boet con tus sátiras, no quiero que renueves el fuego.» Iba yo á replicar, cuando D.<sup>a</sup> Margarita contestó: «Esto sí que es como aquello: dijo la sarten al agua cristalina, quítame de ahí, cochina. Acabas tú de echar pestes sobre el *Quijote*, que es el libro favorito de Boet, y me reprendes á mí por algunas pullas contra España y los carlistas.» El Pretendiente repuso: «Es que Boet está preocupado, más que por su criterio, por los absurdos elogios que en el extranjero se dan al *Quijote*. Cervantes no tenía ningún talento; era un mendigo, un hombre ordinario, un hidalguito presuntuoso, un burlon estúpido; y si reinando yo, hubiese escrito aquel libro, lo hubiera hecho encerrar en la Inquisición. Cervantes es uno de los autores que más me han cargado, y no puedo sufrir que se hable de él delante de mí.»—«Sea, repuse yo con sequedad. Pero las opiniones de V. M. no impiden que Cervantes sea uno de los autores más extraordinarios que han existido.»—«En el arte de empujar á los lectores, exclamó D. Carlos con ira.»

Hubo un silencio general, durante el cual no se oía más que el ruido de las cucharas y tenedores de los comensales. De repente, D. Jaime, que hasta entonces no había hecho sino comer, exclamó con su vozecita infantil: «Papá, hoy he cogido quince moscas y las he degollado á todas. ¿Cuándo me harás brigadier?» Esta salida nos alegró é hizo reír desechamente «General carlista hay, dijo D.<sup>a</sup> Margarita, que en su vida las ha matado, lo cual no impide que lleve faja.»—«Por ejemplo, dijo un cortesano, el general Algarra.»—«Y el general Argonz, añadió otro.»—«Yo no creo, añadió D.<sup>a</sup> Margarita, que el marqués de Valdespina haya matado gran cosa más en sus grandes campañas carlistas.» D. Carlos se echó á reír, y los demás le imitaron. «¿Qué tipos hay en nuestro partido! re-

puso la Señora. Pero ¡chist! añadió mirándome con sorna. Boet no gusta de esto, y nos va á echar un gran sermón á todos. ¡Que nadie murmure estando él presente!"

D. Cárlos tomó la palabra. «Yo voy á poner á Boet de buen humor, dijo, y respondo de ello.»—«Señor, contesté; sepa V. M. que no me he incomodado, y que no le será nada difícil lo que promete.» El repuso: «Es que te voy á dar una gran sorpresa, que no podrá menos de ser-te grata. Entre ayer y hoy he resuelto dos de las mas difíciles cuestiones que hallaré, al sentarme en el trono de San Fernando. Ya véas que me ocupo de firme en la política, y te secundo; porque mientras tú estás pensando en los medios de hacernos triunfar, yo me preparo ya para el día del triunfo.» Temblé yo, previendo algun disparate, y la Señora, que debió prever lo mismo, miró á su marido con ironía. En aquel momento el príncipe heredero D. Jaime, gritó: «¡Papá! ¿cuántas moscas he de matar aun para ser brigadier?» D. Cárlos, que ya estaba incomodado de las sonrisas de la mujer, acabó de cargarse oyendo estas impertinencias de su hijo. «¡Que te calles, grándísimo sin vergüenza! exclamó. En la mesa no se habla de matar moscas; y si vuelves á decir una palabra de esto, te doy tales azoles, que te saltará la piel del trasero.» Bajó la cabeza el chico, y fijándose en las golosinas que tenia en el plato, no se cuidó mas que de ellas.

D. Cárlos reanudó la conversacion, y dirigiéndose á mí, dijo: «He resuelto una cosa que facilitará en gran manera la reconquista de América, y llenará mis reales arcas. Ya sé que tú tomas por locura mis planes sobre América; pero no negarás que una de las cosas que de ellos te espantan es el gasto que costarán. Pues bien: te hago saber que España no pagará un cuarto por aquella expedicion. De un tiro mataremos dos pájaros.»—«Ya estoy deseando saber tu gran proyecto, dijo D.<sup>a</sup> Margarita. Explicáte, hombre.»—«¿Para burlarte de él, eh? repuso el marido. Tú, Margarita, no tomas en serio sino á *Barba Azul* y *Madama Angot*." La señora se sonrió. «Es, dijo con ironía, que cuando veo á *Barba Azul*, me parece que lo conozco mucho." Comprendió la pulla D. Cárlos, y repuso: «Y cuando yo veo á *Madama Angot*, me parece que la he tratado demasiado." Nosotros callábamos y comíamos en silencio, unos pesarosos y otros alegres de ver



aquel fuego graneado entre marido y muger. «Vamos, repuso esta sonriendo: hoy no tengo suerte, Carlos; y hasta con mis armas me bates. Cuéntanos tu plan; que deseo tomar el desquite.»

D. Carlos no hizo caso, y mirándome á mí, me dijo: «Boet, ¿has pensado nunca en lo que convendrá hacer con la nobleza española liberal el día que nos apoderemos de España?»—«A fé que nó, le contesté.»—«Pues yo sí, repuso él triunfalmente. Yo he pensado, y me he decidido ya. Esa nobleza merece un severo castigo, porque ha sido culpable de todas nuestras desgracias. Si no hubiese renegado de nuestra causa, mi abuelo hubiera ganado; si toda ella hubiese secundado á mi tío Montemolin, no fracasa lo de la Rápita; y si en la última guerra se hubiese puesto de mi parte, yo ya estaría en Madrid.»—«Es muy cierto, dijeron á coro los comensales.»—«No se puede negar que tienes razon, exclamó la señora.»—«Nuestra familia, añadió el Pretendiente; no ha contado nunca sinó con la fidelidad de cuatro nobles pelones de provincia; y ha debido morderse los puños, viendo á la flor y nata de la aristocracia española pasarse con armas y bagages á los enemigos del trono y del altar.»

D.<sup>a</sup> Margarita contestó con una sonrisa voluble: «Pues yo, hijo, no me he mordido por esto los puños, ni las manos, como tu dices.»—«¿Quieres callarte? repuso el Pretendiente. Ahora bien, Boet; en gobernando yo, destierro en masa á toda la nobleza liberal; secuestro todos sus bienes, los pongo á la venta; me quedo con la mitad del precio, y empleo el resto en hacer la conquista de América. ¿Qué te parece?»—«Voy á darte un consejo, observó la señora. El dinero que te quedas, ponlo en el banco de Francia, ó de Lóndres, por si acaso, ¿comprendes? Porque dan unos casos en el mundo...» D. Carlos se encogió de hombros y dijo: «Entre yo en Madrid, y ya verás si duraré. ¿Te figuras que seré como el rey de Nápoles y los duques de Toscana y Parma? A mí la revolucion no me la pega, porque la huelo de léjos.»

Enseguida, mirándome otra vez á mí, añadió: «Ya ves, Boet, que aquella idea facilita en gran manera mis proyectos contra los americanos. ¡Oh! digan lo que quieran; Méjico, Buenos-Aires, Chile y Perú volverán á ser de España. allí ondeará otra vez el sagrado pendon de Castilla, y yo podré repetir lo que mi ilustre antecesor Carlos V.:

*en mis estados nunca se pone el sol.* Españoles volverán á ser los mejicanos, mal que les pese; españoles los peruanos, aunque revienten de rabia; españolas las demás repúblicas de allí, por mas que bramen y rujan; y será D. Carlos, seré yo, sera el Rey de los Carlistas quien les conquiste, reduzca y domine. Pero ¿sabes lo que pienso hacer tambien cuando sea rey de España? Castigaré severamente á toda la oficialidad del ejército liberal, destituyéndola en masa; y para evitar conflictos, les concederé una peseta diaria durante un año, para que aprendan un oficio; y los que al cabo de este tiempo no tengan oficio, ó colocacion, serán desterrados como los nobles. ¿Qué te parece de mi proyecto?...” — “Me parece... contesté.” Pero D.<sup>a</sup> Margarita me saltó la palabra, y dijo riendo: “¿Sabes que me parece á mí? que esta noche pensaba ir á los *Bufos*, y ahora he cambiado de plan, y me quedo en casa.”

LXV.

**Un milagro carlista.**

*Milan 2 de Noviembre.*

Boet interrumpió aquí su relacion, y me dijo: Mis enemigos se quejarán de que le descubra á V. los defectos del carlismo y me calle los míos; de que le refiera los vicios de D. Carlos, y le oculte los que le toleraba; y tomando un tono misterioso, andarán murmurando: «Nosotros sabemos cosas graves de Boet; nosotros podríamos revelarlas; nosotros tenemos medios de hundirlo.” Bien, pues; que las revelen, y me hundan. Gracioso sería que yo mismo me encargase de hacerme daño, disparándome las armas que mis enemigos deben manejar contra mí. No he aprendido aun este modo de hacer la guerra. Yo creo que á mí me toca anonadarlos á ellos, y á ellos salvarse anonadándome á mí. ¿Pero qué dirán, ni qué pueden decir estos señores de mí, que valga la pena de preocuparme é interesar al público?... Permítame V., señor Corresponsal, que me entretenga un poco en esto.

Todas aquellas palabras misteriosas se refieren á mi

*en mis estados nunca se pone el sol.* Españoles volverán á ser los mejicanos, mal que les pese; españoles los peruanos, aunque revienten de rabia; españolas las demás repúblicas de allí, por mas que bramen y rujan; y será D. Carlos, seré yo, sera el Rey de los Carlistas quien les conquiste, reduzca y domine. Pero ¿sabes lo que pienso hacer tambien cuando sea rey de España? Castigaré severamente á toda la oficialidad del ejército liberal, destituyéndola en masa; y para evitar conflictos, les concederé una peseta diaria durante un año, para que aprendan un oficio; y los que al cabo de este tiempo no tengan oficio, ó colocacion, serán desterrados como los nobles. ¿Qué te parece de mi proyecto?...” — “Me parece... contesté.” Pero D.<sup>a</sup> Margarita me saltó la palabra, y dijo riendo: «¿Sabes que me parece á mí? que esta noche pensaba ir á los *Bufos*, y ahora he cambiado de plan, y me quedo en casa.”

LXV.

**Un milagro carlista.**

*Milan 2 de Noviembre.*

Boet interrumpió aquí su relacion, y me dijo: Mis enemigos se quejarán de que le descubra á V. los defectos del carlismo y me calle los míos; de que le refiera los vicios de D. Carlos, y le oculte los que le toleraba; y tomando un tono misterioso, andarán murmurando: «Nosotros sabemos cosas graves de Boet; nosotros podríamos revelarlas; nosotros tenemos medios de hundirlo.” Bien, pues; que las revelen, y me hundan. Gracioso sería que yo mismo me encargase de hacerme daño, disparándome las armas que mis enemigos deben manejar contra mí. No he aprendido aun este modo de hacer la guerra. Yo creo que á mí me toca anonadarlos á ellos, y á ellos salvarse anonadándome á mí. ¿Pero qué dirán, ni qué pueden decir estos señores de mí, que valga la pena de preocuparme é interesar al público?... Permítame V., señor Corresponsal, que me entretenga un poco en esto.

Todas aquellas palabras misteriosas se refieren á mi



vida de Cuba. Pero en esta isla yo hice como la mayor parte de los militares españoles que allí residen; sin ser nunca procesado por deudas, ni abusar de los miles de duros del gobierno que cada día pasaban por mis manos, como habilitado del cuerpo de salva-guardias; de modo que en esta parte soy invulnerable. Yo viví en Cuba de tal modo, que no fuese la fabula de mis compañeros por mi parsimonia ó mezquindad, ni cayese en las tristes debilidades de algunos que llegaban hasta comprometer su honra. Desengáñense los que quisieran que los militares viviésemos con la escrupulosidad de los paisanos. En el ejército, y sobre todo en el de Cuba, es imposible; y el que lo hiciese quedaria luego cubierto de un ridículo que echaria á perder su carrera. Por esto fui bien querido del ejército y de los peninsulares, y tuve una influencia militar que era notoria y pública.

Es cierto que al llegar allí Caballero de Rodas, empezó contra mí una persecucion oficial encarnizada y terrible. Pero esto es muy fácil de explicar. Caballero de Rodas llevaba la mision de quitar á toda costa al Conde de Valmaseda su popularidad, á fin de poderlo destituir; y habiéndolo preguntado cómo se podria hacer, le dijeron que anulando á tres ó cuatro jefes de columna que daban á aquel prestigio, y en particular acabando conmigo, que era quien le inspiraba muchas cosas. Caballero de Rodas intentó amolarme por unos fusilamientos de rebeldes; pero como demostré que habia obrado de orden superior, se me absolvió, y tuvieron que darme otra vez el mando de una columna. ¿Qué hicieron entónces? Me rodearon ciertos hombres de tales insidias, amontonaron tantos obstáculos en mi camino, que irritándome y exasperándome, me obligaron á hacerlo que tanto deseaban, que era marcharme. Ayudábanlos los filibusteros y hojalateros, quienes furiosos de los repetidos quebrantos que habia dado á la insurreccion, querian de cualquier modo deshacerse de mí. Esta ingratitud y sangrienta hostilidad del gobierno español, junto con los antecedentes de mi familia, me movieron á volver á España, á ingresar en el ejército del Pretendiente; y algunos meses despues en venganza de mi cambio de frente, se expedia una orden injuriosa é insultante, separándome del ejército liberal, como si yo no me hubiese ya marchado de él mucho tiempo antes.

— ¿Son estas las cosas de que murmuran hoy mis enemigos? Pues que las publiquen, y no les faltará respuesta. Lo que ellos jamás podrán decir es que durante la guerra de Cuba, en vez de perseguir á los rebeldes, me ocupase en recoger manadas de bueyes de los que andaban sueltos por los bosques, y las mandase clandestinamente á la Habana á onza de oro por cabeza; lo que jamás podrán decir es que pasase el tiempo en el campo tallando diez ó doce onzas con mis subordinados, en lugar de cumplir las operaciones que se me ordenaban; lo que jamás podrán negar, aunque refunfunen y se alboroten, es que tratase bien á las mujeres que caían en mis manos, y que esto me valiese algunas presentaciones importantes; lo que tampoco podrán negar es que fuese uno de los jefes mas activos y afortunados; que gozase en el pais de una gran popularidad, y que fuese obsequiado con bailes y otros regocijos en distintas poblaciones, y con una suscripcion pública para dárseme una espada de honor. ¿Que fusilé á muchos rebeldes? Así se nos había ordenado á todos. Pero todavía debo advertir que fusilé menos que otros; solo que yo ejecutaba en general á los jefes y á los conspiradores importantes, á pesar de ofrecérseme miles de onzas por sus vidas, y perdonaba á cuantos individuos podia, aunque me excediese; y como es natural que nadie se interese por los pequeños, los filibusteros no hacían caso de la salvacion de estos, al paso que me odiaban con una ferocidad violentísima por la muerte de insurrectos de alto rango, que eran parientes ó amigos suyos. En Cuba se hacia por ambas partes una guerra terrible é implacable; y si nosotros fusilábamos, el enemigo nos mataba á machetazos los prisioneros, y luego los mutilaba horriblemente, cortándoles el sexo. Sin embargo, debo advertir que á nadié fusilé cuando no se me mandó por orden superior.

Mis adversarios pueden hacer cuanto uso quieran de la orden con que en 1874 se me destituyó de un servicio que yo por mí mismo habia dejado. Aquello fué un tiro que no me hirió á mí, sino á quién lo disparó, porque se veía que no era mas que la venganza de la ira impotente. Lo que mis enemigos no podrán nunca explicar es que estando en las líneas de Bilbao, el general Serrano me propusiese volver al ejército liberal, con ventajosisimas condiciones, á pesar de aquella ridícula orden que lan-

tas injurias me arroja; y que yo no quisiese aceptarlo, porque soy un hombre decente, por mas que tenga los defectos de mi profesion junto con los de mi carácter; lo que mis enemigos no podrán nunca explicar es que llegado al Centro, no fusilase á ningun prisionero, ni maltratase á los liberales del pais que tenia bajo mi dominio, aunque ahora me acusen de haber sido cruel en Cuba; lo que tampoco podrán explicar es que habiendo hallado en el Centro una falta absoluta de administracion, que permitia al jefe superior robar á mansalva, y sin parecerlo; puse orden en aquel caos, prohibiendo que se sacase un cuarto de las cajas militares, sin la firma de tres personas; y encomendando la administracion del pais á los diputados, segun ya he explicado. En verdad que si adoleciese de crueldad y falta de probidad, fui en el Centro un gran imbecil, pues yo mismo me quité todos los medios de desahogar mis bilis y hacer negocio. En cuanto á mis propósitos sobre D. Carlos, repito lo que ya he dicho siempre, que no intenté jamás convertir á este en un modelo de virtud, sino que quise reprimirlo y obligarle á ser mas reservado; pues como la moral del siglo no va mas allá, no me he creido nunca obligado á ser mas riguroso que la sociedad; y si entonces me quejaba de las costumbres de Pretendiente, y ahora las divulgo, no es porque fuesen irregulares, sino porque llegaban á un grado de disolucion y escándalo que no cabia tolerar.

Reanudando la historia de mis confianzas, voy á referir un hecho político-religioso, de cuya exactitud algunos dudarian si no pudiese apoyarlo en una carta escrita de un sacerdote francés á D. Carlos.

En junio de 1877 se presentó en Passy una tal Gertrudis Torres, acompañada de un cura español, que tenia por nombre D. José Peris y Ramos; y solicitó de D. Carlos una audiencia para darle cuenta de cosas importantes. Viendo que se trataba de una mujer, les hizo entrar enseguida; ella se arrodilló á sus piés, y besándole la mano, exclamó toda inspirada: «Señor, gran príncipe, gran rey, yo soy Gertrudis Torres, natural de Tortosa, vivo en Francia en Montauban, y vengo de esta ciudad para hablaros en nombre de Jesucristo, que me lo ha ordenado.» El Pretendiente quedó suspenso, y empezó á sospechar que aquella mujer fuese loca, aunque la presencia del



cura parecía confirmarlo. En efecto, el cura añadió: «Señor, suplico á V. M. que escuche á esta santa cristiana con la mayor atencion, porque así lo han creído necesario varios eclesiásticos de Montauban. Sin duda V. M. los aprobará, cuando sepa de que se trata.» Quedó el Pretendiente suspeso y absorto, y no hacia mas que mirar á Gertrudis, como á una cosa rara.

«Gran rey, espada invencible del catolicismo, exclamó ella; esperanza de la Iglesia, terror de la heregia y de la impiedad, no dudeis de lo que os digo, pues me ha sido revelado por el mismo Jesucristo, y voy á daros una prueba de ello, diciéndoos cosas que soló vos y vuestra santa consorte sabeis, y que Dios me ha contado.» En seguida se acercó á su oído, y le dijo algo que el Pretendiente me ocultó á mí. «¿Señor, exclamó Gertrudis: es cierto esto, ó nó?»—«Díme lo que quieras, contestó don Carlos, y te escucharé atentamente.»

«Señor, gran rey, gracioso y hermoso soberano, dijo la tortosina; Jesucristo se me ha aparecido varias veces en la figura del Cristo de Salmera, y me ha dicho: Gertrudis, yo soy el que por salvarte fué crucificado; vé á ver á don Carlos, el legítimo soberano de España, y díle de mi parte: Animo, augusto príncipe, el triunfo es tuyo; yo te ayudaré; tu derrota no es mas que una prueba que he querido imponerte; te amo por tu valor heroico en los campos de batalla, por tus buenas y piadosas costumbres, y por tu inquebrantable firmeza; levanta otra vez el pendon de la guerra; marcha impávido á Madrid, y mis legiones de ángeles te precederán armados de espadas de fuego que amedrentarán á tus enemigos. Restablece en seguida la Inquisicion; destruye con el hierro y el fuego á los liberales, á los masones y demás herejes; y gobernarás tus Estados en santa paz el resto de tu vida, rodeado de una religion floreciente y de un clero virtuoso. Al mismo tiempo que tú triunfarás, el magnánimo Enrique V, entrará victorioso en París. Tales son mis órdenes, Gertrudis; y así lo comunicarás á Carlos VII, bajo pena de ser condenada.»

Quedó D. Carlos estupefacto; y no sabiendo como quitarse de encima á aquella discípula de Juana de Arco, imaginó endosársela á D.<sup>a</sup> Margarita con algunas palabras de consuelo. «Bien, Gertrudis, bien, contestó; has hecho muy santamente dándome parte de tus revplucio-

nes, y yo las consultaré con algunos eclesiásticos, á fin de proceder con toda madurez. No obstante, como no puedo entretenerme mucho contigo, será mejor que vayas á ver á mi esposa, la cual te hará todas aquellas preguntas que son necesarias para ilustrarnos mas.”—«Señor, dijo Gertrúdis; haré con mucho gusto cuanto desee V. M. Pero le suplico que no demore esta consulta que dice, porque Jesucristo empezaba á incomodarse de vuestra inacción.” Aseguróle el Pretendiente que así lo haría, y la envió á D.<sup>a</sup> Margarita, que la recibió con mucha curiosidad. Pero al oír aquello de que Jesucristo estaba entusiasmado del valor y de las buenas costumbres de su marido, le vino una explosión de risa tan grande, que apenas pudo contenerla; y empezó á chancearse con la niña, bien que con algun disimulo. «Cree, Gertrudis, la dijo, que hago mucho caso de tus revelaciones, porque segun los datos que me das, no pueden ser mas auténticas. Ahora quisiera que me dijases, para mayor inteligencia mia, si este Jesucristo que se te ha aparecido tenía la voz plateada, ó gruesa, y si llevaba boina ó sombrero de copa alta.” La jóven conoció la burla, y contestó: «Señora, Jesucristo no me ha ordenado que os hablase de esto, sino que os diese sus órdenes.”

Disimuló D.<sup>a</sup> Margarita, y despues de algunas buenas palabras, envió á la española y al cura al capellan de su casa; y sollando una carcajada, fué á buscar á su marido. «Carlos, Carlos, dijo riendo; loado sea Dios de quererte tanto bien, y de haber formado tan buen concepto de tí. Estoy verdaderamente extasiada de saber que eres tan heróico y virtuoso y que estás rodeado de una proteccion celeste tan eficaz. Si Jesucristo ha dicho que eres un modelo de valor y de virtud, ahora si que no será posible dudarlo.” Estas ironías incomodaron al Pretendiente. «¿Parece, replicó, que lo has tomado á broma? Pues yo creo que la aparicion es cierta.” D.<sup>a</sup> Margarita soltó una risotada. «¿Tú? exclamó. ¿Y de cuándo acá crees tu en Jesucristo?”—«Bueno, bueno, replicó el Pretendiente; déjame en paz, y basta de burlas. Si yo no creo en todo lo que los curas dicen de Jesucristo, creo que Jesús existió; que puede tener interés en protegerme, y que algo debe haber revelado á esa mujer cuando me ha dicho cosas que solo yo sé.”—«¿Ella? exclamó Margarita. ¡Imposible, Carlos! Porque cuanto sabes, y te pasa, lo dices

en seguida á todas las cocotas de los bulevares.

Gertrudis y el cura Peris regresaron á Montauban, sin llevarse de París otra cosa que buenas palabras; y como la mujer volvió á tener apariciones místicas, que la intimaban continuase exitando al Pretendiente, lo comunicó al Párroco de Montauban, su confesor, quien á instancias suyas, escribió á D. Carlos la siguiente carta, que le regalo á V., como un documento carlista de los mas curiosos.—Enseguida Boet me la leyó en francés, que decia así, traducida al español: «Montauban 21 de junio de 1877.—Monseñor: Una mujer española, Gertrudis Torres, natural de Tortosa, y habitante en Montauban desde el desastre de nuestro ejército (el ejército carlista), se os ha presentado hace poco en París, acompañada del sacerdote español José Peris y Ramos. En los breves instantes que V. M. ha podido dedicarla, esta mujer os ha hablado de lo que Dios esperaba de vos, y de los medios que debéis seguir para realizar sus designios sobre V. M. y el reino de España. Lo que el tiempo no le ha permitido deciros de los medios necesarios, lo ha confiado al capellan de vuestra augusta esposa, recomendándole que os lo participase, quien no lo ha hecho sin duda por olvido.»

«En las frecuentes apariciones de Nuestro Señor Jesucristo, bajo la imágen del Cristo venerado en la Salmera, que esta mujer ha tenido, y que aun tiene, Jesucristo le ha recomendado que os invitase á no perder tiempo; y á valeros de los medios que os ha hecho indicar. Vuestras tergiversaciones ofenden á Dios, que en sus últimas apariciones se queja de ello, porque dejais á la pobre España en tal estado, que le desgarrá el corazon como el día de su dolorosa pasion. Cumplid lo que Dios os manda; y cuando hayais principiado, quince dias bastaran para llegar al Trono, sin que cueste una gota de sangre, ni grandes dificultades.»

«La aparicion dice ademas, que si no comprendéis bastante lo que se os revela, ó necesitais otras señales para conocer la voluntad de Dios, lo pidais por conducto de Gertrudis. Se os ordena que comuniquéis todo esto á Monseñor el conde de Chambord, quien subirá al trono de Francia inmediatamente que vos habreis alcanzado el de España.»

«Tal es, Monseñor, lo que despues de una larga y ma-



dura reflexión, he debido escribiros á instancias de Gertrudis, que me lo ha pedido de orden de Jesucristo. Yo no pretendo asegurar de un modo absoluto la verdad de aquellas apariciones divinas. Pero puedo certificaros que Gertrudis Torres, de quien soy el confesor, es una persona muy decente, completamente sincera, de un carácter tranquilo y de una piedad ejemplar.”

«A fin de demostraros la verdad de su misión, parece que os habló en París con gran asombro vuestro, de cosas que solo vos y vuestra señora esposa sabiais. Estos indicios y otros que os ha dado, junto con los que todavía podría añadir parece bastan para demostraros la voluntad de Dios. Si creéis necesario preguntar algo á esa muger sobre un asunto tan importante, servíos dirigirmelo en pliego cerrado, que yo tendré mucho gusto en entregárselo. Por prudencia firmad únicamente con vuestras iniciales C. D. M. (Cárlos Duque de Madrid). Soy de V. M. seguro servidor, como también de vuestra causa, que así mismo es la de la religión.—Belloc, párroco de Villenouvelle—Tarn y Garona—Montauban.”

«P. D. Permitid, señor, que añada que Jesucristo ha dicho últimamente á Gertrudis que vuestra augusta esposa parecia creer menos que V. M. en las apariciones de que se trata. V. M. puede averiguar fácilmente si es cierto.”

El original de esta carta está en poder del Corresponsal del Diluvio, quien tendrá mucho gusto en enseñarla á cuantos deseen verla.

## LXVI.

### El duque de Madrid.

*Milán 6 de Noviembre.*

Mis conversaciones políticas con D. Cárlos ofrecían con gran sentimiento mio, un carácter tan típico como las que últimamente le he referido; de modo que le daré á V. algunos detalles que le permitirán describirlas exac-

dura reflexión, he debido escribiros á instancias de Gertrudis, que me lo ha pedido de orden de Jesucristo. Yo no pretendo asegurar de un modo absoluto la verdad de aquellas apariciones divinas. Pero puedo certificaros que Gertrudis Torres, de quien soy el confesor, es una persona muy decente, completamente sincera, de un carácter tranquilo y de una piedad ejemplar.”

«A fin de demostraros la verdad de su mision, parece que os habló en Paris con gran asombro vuestro, de cosas que solo vos y vuestra señora esposa sabiais. Estos indicios y otros que os ha dado, junto con los que todavía podria añadir parece bastan para demostraros la voluntad de Dios. Si creéis necesario preguntar algo á esa muger sobre un asunto tan importante, servíds dirigirmelo en pliego cerrado, que yo tendré mucho gusto en entregárselo. Por prudencia firmad únicamente con vuestras iniciales C. D. M. (Cárlos Duque de Madrid). Soy de V. M. seguro servidor, como tambien de vuestra causa, que así mismo es la de la religion.—Belloc, párroco de Villenouvelle—Tarn y Garona—Montauban.”

«P. D. Permitid, señor, que añada que Jesucristo ha dicho últimamente á Gertrudis que vuestra augusta esposa parecia creer menos que V. M. en las apariciones de que se trata. V. M. puede averiguar fácilmente si es cierto.”

El original de esta carta está en poder del Corresponsal del Diluvio, quien tendrá mucho gusto en enseñarla á cuantos deseen verla.

## LXVI.

### El duque de Madrid.

*Milan 6 de Noviembre.*

Mis conversaciones políticas con D. Cárlos ofrecian con gran sentimiento mio, un carácter tan típico como las que últimamente le he referido; de modo que le daré á V. algunos detalles que le permitirán describirlas exac-

ta y cómicamente, sin faltar un punto á la verdad. «Señor, dije un día al Pretendiente; aunque V. M. se ha dignado ya hablar conmigo varias veces de la reorganizacion del partido carlista y de la política general, ha sido tan solo preparatoria; y hoy desearia que V. M. se sirviera ocuparse otra vez de ello, á fin de que me fijara algunos puntos cardinales que me sirvan de guia.»

D. Carlos se estiró los puños de la camisa y me contestó: «Con mucho gusto; porque tambien estoy de humor para hablar de esto.» Y tirándome de la solapa, añadió: «Mira, el partido carlista...»—«Pero, señor, exclamé; ¿por qué no deja V. M. ese vicio de coger á sus interlocutores y darles estos tirones que les revientan? ¿No me habia V. M. prometido que renunciaria á esta mala costumbre? Poco me importa que lo haga conmigo, porque mayores mortificaciones he pasado por V. M., y mayores estoy aun dispuesto á sufrir; pero como V. M. lo hace con todo el mundo, sus interlocutores se aburren y murmuran de su educacion.»—«¡Hombre! dijo el Pretendiente. Si no sé qué demonios hacer de las manos... Sin embargo, ten paciencia; que poco á poco ya me iré corrigiendo. Pues como habia empezado á decirte, el partido carlista no está en mala, sino en excelente situacion, á pesar del desastre de la guerra; porque como yo, segun sabes, soy muy ladino y previsor, desde hace mucho tiempo pegué un vuelo, que permitirá á mis partidarios tener alta la cabeza, aunque estén proscritos de España.»

«La gran dificultad de mi posicion, añadió cogiéndome y tirándome del brazo...»—«Señor, las manos, las manos, por Dios! dije sonriendo.» D. Carlos hizo un gesto de disgusto, y me soltó. «Decia, proseguí, que al empezar yo á figurar, hallé un gran obstáculo en mi camino, que era cómo me las compondria para tomar un nombre de Pretendiente, digao de mi rango y de los elevados destinos que Dios me señalara; porque ser Pretendiente á un Trono, tener vastos designios sobre la pobre y querida España, y llamarse D. Carlos de Borbon á secas, era, como tú comprenderás, una mezquindad, una ridiculez, que me hubiera perjudicado mucho. Imaginé, pues, que debia añadir á mi nombre un título, y que convenia que este título fuese sonoro, altisonante, retumbante, ambicioso, pretensioso y amenazador, á fin de que, á la vez que revelase mis inconcusos é indiscutibles derechos,



serviese de bandera á mis partidarios, y equivaliese al título mismo de rey de España."

Entonces hizo una pausa, volvió á estirarse los puños de la camisa, y dijo: «Llamarme, como mis antecesores, conde de Molina ó de Montemolin, era imbécil, porque además de que estos títulos no significan nada, se resienten de vulgaridad, y se prestan á la caricatura; pues Molina parece cosa de molinero, y Montemolin suena demasiado á Montemolino, y de molinero y montemolino á los molinos de viento de D. Quijote, ya ves tú que no hay más que un paso. Así es que me convenia salir de esas ramplonerías, prohibiendo un nombre de mejor casta y de más alto sentido. ¿Qué hice entonces? Por una de esas iluminaciones que los príncipes de derecho divino solemos tener, se me ocurrió llamarme *duque de Madrid*; y tan acertado estuve, que no hubo nadie que no se maravillase, pasmase y asombrase de tanto acierto y tanta intencion."

«En efecto, el título de *duque de Madrid* es elegante, bello, cadencioso y armonioso, sonando á los oídos como la música mas dulce que cabe imaginar. Por sí solo revela maneras aristocráticas, porte régio, distincion sobrenatural, destinos misteriosos, elevados y portentosos; y un estado de grandeza, de poder y magnificencia, insuperables. Como significado político es elocuentísimo, porque no habiéndolo existido jamás tal ducado, no lo ha llevado nadie antes que yo; y siendo Madrid la capital de España, el título de duque de esta equivale al título de rey verdadero del país, de solo rey legítimo de España, y es un insulto para los liberales y para cualquier gobierno que no sea mio; pues les opone constantemente un nombre que reivindica mis derechos y que les amenaza terriblemente."

«A favor de esto, mis partidarios pueden á todas horas citarme en España misma como el legítimo rey, burlando todas las leyes del despotismo liberal; y aunque pierdan campañas y guerras, muestran su teson y fortaleza con solo decir *soy partidario del duque de Madrid*, que es como decir á la faz de los enemigos victoriosos, *soy de los que tan solo obedecen al verdadero rey de España, aunque vosotros me prohibais decirlo*. Ya ves si estuve atinado, Boet; ya ves si prevé los malos sucesos; y con qué ingenio y facilidad puse mi gente á cubierto de cualquier

desgracia." Dicho esto, me miró todo satisfecho, pinchándome en el pecho con los tres dedos de la mano.

«No sabia, contesté, que V. M. hubiese dado tanto significado al título de duque de Madrid. Yo creía que lo había adoptado por capricho.»—«¿Es posible? exclamó, tirándome de la solapa. ¡Ah! perdona, añadió soltándome. No lo haré más. Pues sí, Boet, sí; al tomar aquel nombre me propuse una gran idea, tuve el propósito de insultar continuamente á mi enemigo, oponiendo á su título el mio, que es tan significativo como el suyo." A pesar de esto, no creí que D. Carlos me dijese la verdad, y atribuí á su carácter fátno cuanto me acababa de decir. Pero después supe por personas bien enteradas que no había mentido, y que lo único falso era atribuirse el hallazgo del título, pues pertenecía á otra persona, cuyo nombre ahora no recuerdo.

«Me parece buena idea, conteste. Sin embargo, añadió... —«Espera un poco, me interrumpió D. Carlos; todavía no he acabado. ¿Que ha resultado de aquella providencia mia? Lo vas á ver claramente. Mientras estuve en España haciendo la guerra, me titulaba Carlos VII, porque como ya dominaba estados míos, era rey de hecho. Pero viene mi nueva emigracion, y tomando el título de duque de Madrid, continué llamándome de hecho Carlos VII. Así mis partidarios no han quedado anonadados, abatidos y pulverizados; sino que continúan briosos y fuertes, y tomarán las armas el día que les haga una señal. Ahora bien, conviene que en todo lo que hagas tengas presente que tanto yo como mi partido estamos erguidos, envalentonados, belicosos; y que somos capaces de volver al combate mañana mismo, según ya lo revela el nombre de duque de Madrid que uso, y el de partidarios del duque de Madrid que han tomado los míos. ¿Comprendes ahora, Boet, la filosofía de aquel título?" Y alargó la mano para cogerme la solapa, lo cual no pudo hacer, porque le contuve echándome un poco atrás precipitadamente.

«Magnífico, señor, dije; comprendo ahora toda la intencion y trascendencia del título; de modo que si añadimos á estos buenos efectos, una serie de disposiciones acertadas, creo que el partido de V. M. se hallará luego en estado de hacer nuevas grandes cosas con mejor éxito que antes.»—«Lo mismo pienso yo, me contestó. Así es

que me dirás lo que se te haya ocurrido.”—«Señor, dije yo, ante todo quisiera que V. M. me manifestara con franqueza lo que una vez en el trono piensa hacer, pues los carlistas creemos que no solo V. M. tiene derechos sobre los españoles, sino que estos los tienen también con respecto á V. M. En esta guerra, V. M. ha prometido ya fueros á todo el país; y lo único que falta es arreglar esta promesa, á fin de que se sepa que no es una cosa vaga, sino decidida, que se cumplirá inmediatamente.”

D. Carlos me dió una mirada severa, y estirándose los puños de la camisa, contestó: «Boet, los pueblos no tienen derechos, sino deberes; el deber de obedecer, el deber de pagar, el deber de morir, y el deber de callar y resignarse. Quien tiene derechos es el rey, que es el omnipotente soberano de todo. El derecho del país es la negación del derecho verdadero, porque niega al rey lo que le pertenece por orden divina, y concede al vasallo lo que no es suyo, ni puede serlo. Entre el rey y el vasallo hay la misma diferencia que entre el blanco y el negro en los países esclavistas. El blanco es el rey, y el negro el vasallo. El rey, armado del látigo de su soberanía, manda absolutamente; y el vasallo, lleno de la conciencia de su deber, obedece con las espaldas desnudas, para que al menor olvido, el rey se digne avisarle zurrándolo de firme. Lo que se llama justicia no es en el fondo otra cosa que el símbolo, ó la síntesis, como ahora dicen, de estos principios.”

Volvió á estirarse los puños de la camisa, y añadió: «Puede decirse que la esclavitud está fundada en los mismos principios que mi soberanía. Así como Dios reveló á la sociedad que los blancos se dividían en familias semidivinas, que son los reyes; y en familias humanas, que es el resto; y que en virtud de esta desigualdad, las primeras estaban destinadas á mandar á las segundas, y estas solo eran aptas para obedecer ciegamente á aquellas; así despues los reyes descubrimos que la masa de los blancos era superior á la de los negros, y que esta debía por ley natural ser esclava de aquella. De ahí que los blancos tengan sobre los negros los mismos derechos que un rey absoluto. En efecto, ¿para quién trabajan los negros? Para los blancos. ¿Quién dispone de ellos? Los blancos. ¿Quién es dueño de castigar, premiar, vender y alquilar á un negro? Los blancos y solo los blancos. Por



esto te digo que aunque yo tenga derechos sobre España, los españoles no tienen mas que deberes para conmigo.

«Señor, dije yo; me extraña mucho que V. M., que según le he oído decir varias veces, no cree en Dios, me haya hecho este largo razonamiento fundándolo en revelaciones divinas, y...»—«¿Quién te ha dicho, exclamó él, que yo no creo absolutamente en Dios? Lo que yo en el fondo no creo es que Dios sea lo que los católicos dicen; pero estoy seguro de que existe, y de que mis derechos dimanen de él.»—«Será, repuse, que no comprendí bastante á V. M. Con todo permítame V. M. que añada que los blancos no son tan dueños absolutos de sus esclavos, como imagina, y que no sólo hay leyes que les contienen, sino que los esclavos tienen el derecho de invocarlas.»—«Pero son letra muerta, me contestó D. Carlos; y el amo hace lo que quiere de ellos. No, Boet, no; conozco mis derechos, y no cederé por nada del mundo un ápice de ellos.»—«Pero no vé V. M., repuse, como transige el señor conde de Chambord?...»—«El cojo de Frhosdorff, me contestó el Pretendiente, no transige de buena fé, pues todo lo que promete, lo quitará, si lo otorga, ó lo negará antes, apenas se halle bien sentado en el trono. Pero yo que dispongo de un partido mucho mas batallador y fuerte que el de mi tío, no tengo necesidad de hacer transacciones, y puedo presentarme con todo mi carácter absolutista, reivindicando la plena posesion de mis derechos.»

«Permítame V. M., repuse, que le haga una observacion práctica, que me parece le convencerá. Se comprende que hombres como Napoleon I, Federico el Grande, Carlos I de España y otros de la misma índole, quisieran derechos absolutos, porque los necesitaban para algo. Habiéndose propuesto revolver el mundo con guerras y conquistas, era natural que tuviesen aquella plenitud de poder que habia de ser la base de sus empresas. Pero recuerde V. M., Señor, que ahora estamos en otra época; que el carácter de la sociedad actual es contrario á las conquistas; y que siendo España una nacion de segundo orden, cuando V. M. reine sobre ella, solo deberá ocuparse de las artes de la paz. ¿Qué hará entonces de toda esa extension de poder? ¿qué sacará de ella?

«¡Cómo! exclamó D. Carlos. ¿Estás loco ó has perdido

la memoria? ¿Te has olvidado ya de que me propongo reconquistar Portugal y toda la América latina que Fernando VII se dejó quitar de las manos; sin contar la ayuda que daré al Cojo de Frhosdorff y á Francisco de Nápoles, con lo demás que hubiese lugar? Sí, Boet; así que yo reine, formo un gran ejército, entro en Portugal y me meto este país en el bolsillo; junto una gran escuadra, y la envío á Méjico, al Perú y Buenos-Aires, que caeran en mi poder del mismo modo; establezco en España el cuartel general de los legitimistas, y si esos pretendidos republicanos franceses murmuran, les declaro la guerra, y los aplasto en quince dias con la ayuda de los partidarios de mi tío; y unidas entonces las fuerzas de Francia y España, ya verá el mundo de lo que D. Carlos es capaz.”

Y estirándose los puños de la camisa, prosiguió con su gran arranque: «No; jamás me contentaré de ser rey de la España actual. Mis alas son grandes, y me permiten volar mas alto. Yo quiero que mi reinado sea una época de esplendor, de gloria y magnificencia; quiero renovar los prodigios de Carlos V. y las maravillas de Felipe II; quiero que Alemania, Austria y Rusia se quiten el sombrero ante nosotros; quiero que mi querida España sea la envidia y el terror de las otras naciones; y que los que me han conocido en París digan un dia de mí: «Cuando no era mas que el duque de Madrid, las mujeres mas bonitas no podian verlo sin temblar por su corazon; ahora no pueden mirarlo los pueblos sin temblar por su seguridad.” Y cogiéndome con ambas manos de las solapas, me dió un gran tirón del que apenas pude deshacerme.

LXVII.

**Don Carlos, Castells y Dorregaray.**

*Milan 10 de Noviembre.*

En las conversaciones que tuve con V. sobre el Toison, prosiguió Boet, ya le conté las disputas de mí y de D. Carlos sobre los derechos de las provincias españolas;

la memoria? ¿Te has olvidado ya de que me propongo reconquistar Portugal y toda la América latina que Fernando VII se dejó quitar de las manos; sin contar la ayuda que daré al Cojo de Frhosdorff y á Francisco de Nápoles, con lo demás que hubiese lugar? Sí, Boet; así que yo reine, formo un gran ejército, entro en Portugal y me meto este país en el bolsillo; junto una gran escuadra, y la envío á Méjico, al Perú y Buenos-Aires, que caeran en mi poder del mismo modo; establezco en España el cuartel general de los legitimistas, y si esos pretendidos republicanos franceses murmuran, les declaro la guerra, y los aplasto en quince dias con la ayuda de los partidarios de mi tío; y unidas entonces las fuerzas de Francia y España, ya verá el mundo de lo que D. Carlos es capaz.”

Y estirándose los puños de la camisa, prosiguió con su gran arranque: «No; jamás me contentaré de ser rey de la España actual. Mis alas son grandes, y me permiten volar mas alto. Yo quiero que mi reinado sea una época de esplendor, de gloria y magnificencia; quiero renovar los prodigios de Carlos V. y las maravillas de Felipe II; quiero que Alemania, Austria y Rusia se quiten el sombrero ante nosotros; quiero que mi querida España sea la envidia y el terror de las otras naciones; y que los que me han conocido en París digan un dia de mí: «Cuando no era mas que el duque de Madrid, las mujeres mas bonitas no podian verlo sin temblar por su corazon; ahora no pueden mirarlo los pueblos sin temblar por su seguridad.” Y cogiéndome con ambas manos de las solapas, me dió un gran tirón del que apenas pude deshacerme.

LXVII.

**Don Carlos, Castells y Dorregaray.**

*Milan 10 de Noviembre.*

En las conversaciones que tuve con V. sobre el Toison, prosiguió Boet, ya le conté las disputas de mí y de D. Carlos sobre los derechos de las provincias españolas;



y si ahora algun lector quiere enterarse de ello, remítale usted á las cartas que enlonces escribió. En este momento me bastará decir que á fuerza de gritos y amenazas de irme, logré obtener algo para las provincias vascongadas, aunque me ví obligado á aplazar lo referente al programa general.

No me seria posible resumirle á V. todas las conversaciones de mí y D. Carlos sobre la reorganizacion del partido, y las disposiciones que se habian de tomar, ya porque muchas cosas carecerian de interés, contándolas aisladas, ya porque no se pueden referir muchas, sin comprometer á centenares de personas que viven en España. V. ha visto la correspondencia carlista que tengo en mis cofres de Milán; y aunque sea muy numerosa, no representa nada comparada con la que tengo en diferentes puntos de Francia. Pues bien: todas estas cartas no son otra cosa que las relaciones que nuestros agentes nos enviaban de España, preparándo una nueva guerra, mucho mas formidable que la primera, porque estaba reorganizándose con sentido comun. El escándalo del Toison y la conducta de D. Carlos han desbaratado estos trabajos, y no hay cuidado de que nadie cargue con la herencia que yo dejé, aunque algunos sigan trabajando en nuevas conspiraciones. Todo lo que ahora se haga ha de ser política de pacotilla.

Sin embargo, le contaré á V. algunos episodios de mis conversaciones políticas con D. Carlos, á fin de que el público conozca la mayor parte de secretos de este imbécil y malvado. Como era natural que reorganizado el partido, yo quisiese servirme de la gente mas á propósito para ayudarme, un dia le entablé la cuestión de personas, en la cual habia mucho que hacer. «Señor, le dije; he estado dos veces en Cataluña, y siempre he formado mal concepto de lo que allí hacia el partido carlista. Los jefes no correspondian á lo que V. M. esperaba de ellos; no habia una capacidad que dirigiese; la organizacion no existia, y cada cual hacia lo que le daba la gana. Saballs, que mejor servia para subalterno que para capitán general, acabó su mando de un modo desastroso; y al retirarse, habia perdido de tal modo el entusiasmo, que parecia dispuesto á no ocuparse mas de la política. Sus lugartenientes estaban descontentos de él, y tampoco se mostraban deseosos de tenerlo mas por jefe supre-

mo. Así es que conviene buscar otro hombre importante que conserve el prestigio, á pesar del desastre que hemos sufrido.”

D. Carlos se estiró los puños de la camisa, y me contestó: «Estoy conforme. Pero no sé si te has fijado en alguno.»—«Sí, señor, contesté. Me he fijado en Castells; quien, aunque adolezca de muchos defectos militares, tiene una gran historia, es puro y desinteresado, goza de reputacion entre los carlistas catalanes, y está tan dispuesto á trabajar, que ya he recibido varias cartas tuyas, ofreciéndose me y proponiéndome cosas de mérito.” El Pretendiente me miró con sorpresa: «¡Castells! dijo. ¡Castells! Si es un viejo que no sirve para nada; un tuno que no hace mas que emborracharse, jugar, pedirme dinero, y quejarse de lo que hago por sus compañeros; un miserable envidioso que no puede sufrir que nadie prospere sino él; y que varias veces me ha amolado enviándome memoriales que he destinado siempre al lugar comun. Apostaria que en las cartas que te ha escrito, te pedia dinero.»—«En efecto, contesté.” D. Carlos se sonrió. «¿Ves? ¿ves? repuso. Ya te lo dije. No sirve para nada mas.”

«Perdone V. M., señor. No hallo que sea tan grave lo que V. M. acaba de decir. Si Castells pide dinero, ¿que significa esto? que no ha robado; que ha sido íntegro; que ha salido de España con las manos limpias y la honra en salvo.»—«¡Disparate! exclamó D. Carlos. Prueba tan solo que se ha jugado ya lo que sacó.”—«Señor, repliqué, lo que V. M. dice es muy duro, y si no está fundado, puede suponerse que mañana lo dirá de mí por la misma razon que hoy de Castells.”—«¡Hombre, no! exclamó el Pretendiente. Esto nunca.”—«Pues sírvase V. M. decirme en que se funda para tratar tan mal á Castells; pues yo he andado mucho tiempo con él por Cataluña, y jamás he visto que se emborrachase, jugase, robase, ni tuviese envidia de nadie; y no solo no oí acusarle de tales cosas á los otros jefes de Cataluña, sino que el mismo Saballs le juzgaba con mucho respeto, á pesar de saber que Castells lo maltrataba bastante.”

D. Carlos quedó algo confuso, y me contestó: «En este momento no puedo darte los detalles que me pides; pero yo sé que entre mis papeles hay noticias que dejan muy mal parado á Castells; por cuyo motivo no quiero que se

le emplee más en Cataluña.”—«¿Pues de quién piensa echar mano V. M.? ¿De Rafael Tristany?”—«Ni por pienso, me contestó. Rafael Tristany es un danzante que no sirve sino para el cargo que le había dado en Estella; que era decirme cada día las mayores pestes posibles de todos los carlistas que conocía. Como militar es tonto y cobarde; como político imbécil, y solo como maldiciente vale alguna cosa; no mucho, créelo; pues aunque tiene muy mala lengua, como es tan zopenco, la maneja sin gracia y de un modo muy zurdo. Deja á Tristany pavonearse con su título de conde de Aviñon, y no lo metas en nada más.”

«Estoy conforme, repuse, en que V. M. no puede encargarse lo de Cataluña á Tristany, porque este carece allí de influencia y prestigio, y no haría sino daño. ¿Pero entonces de quién nos valdremos?... Saballs está fuera de servicio; Castells no es del agrado de V. M.; Rafael Tristany carece de simpatías; no sé ya quién queda, Señor.” D. Carlos estuvo un rato pensativo, y luego mirándome, me cogió de la solapa, y dijo: «Ahora recuerdo...”—«Recuerde V. M. todo lo que quiera, le interrumpí. Pero sírvase olvidarse de mis solapas.”—«¡Ah! es verdad, dijo. Pero ello es que tienes muy poca paciencia.”—«Es que V. M. me pone nervioso con esta manía de cogermé, tirarme y sacudirme á cada momento.”—«Bueno, bueno, repuso; no te enfades; ya procuraré acordarme.”

«Ya me lo ha prometido V. M. varias docenas de veces; y sin embargo, no puede hablar cuatro palabras conmigo, sin cogermé enseguida de las solapas, y tira que tira, y tira que tirarás. Conozco que me obligará á abrocharme hasta el cuello, á fin de que no viendo las solapas dobladas, se desacostumbre V. M. á cogermé de ellas. Pero vamos al grano.”—«Vamos, me dijo un poco sonriente y cortado. Te decía que empezaba á acordarme de que allá en el 60 y tantos, cuando nosotros residíamos en Vevey, en una de las grandes reuniones ó recepciones que tuve, se presentó un jefe catalán, ó alguien me habló de un jefe catalán de gran prestigio en su país. Ya digo: no tengo presente si él mismo vino, ó si uno de sus paisanos me habló de él, ó ambas cosas á la vez. Lo que sé perfectamente es que alguien de mi confianza... ¿quién era? ¿quién era?... Ahora no lo recuerdo... Si hace tantos años... Digo, pues, que este me habló de dicho jefe con



gran entusiasmo, ponderándome su valor, su estrategia y talento; y como ya ha figurado también en la última guerra, pues alguna vez he oído hablar de él; podríamos encargarle de la dirección del partido catalán bajo tus órdenes."

Interesóme lo que D. Carlos acababa de decirme; y como sabía que á veces figuran hombres de mérito en un partido, haciéndole papeles secundarios por no haber llegado aun su día, creí que este sería un caso parecido; y pregunté por su nombre. «Si tiene las condiciones que V. M. dice, añadí, será una buena idea, mucho más si aun es joven.»—«Me parece que no era joven, ni viejo, me contestó.»—«Mejor que mejor, repuse. ¿Y quién era?"

«Ahí está el caso, me contestó; que me baila el nombre por la cabeza y no lo acabo de coger. Era un nombre muy catalán: era... era...»—«¿Auguet? dije yo.»—«No, no.»—«¿Vila de Viladran, Vila del Prat?"—«Tampoco, tampoco.»—«¿Seria...? dije.»—«Ahora caigo, me interrumpió. Se llama *Cagarcims*." Solté una carjada, que dejó avergonzado á D. Carlos; y despues de reirme bien, le conté quién era este buen hombre, á quien tomara por un gran caudillo. El Pretendiente se convenció, y me dijo: «Pues me habian engañado, Boet. Como ya te he dicho, me hablaron de él en Vevey con grandes elogios, y aun me parece recordar que me lo presentaron allí... Sí; yo casi juraria que *Cagarcims* fué á besarme la mano en Vevey. Pero en fin, dejémosle en paz; y ya que no hay otro remedio que valerse de Castells, por ahora sírvete de él, aunque de un modo interino, y sin hacerle mucho caso."

Entonces pasé á ocuparme del Centro, y le dije: «Señor, por mas que tengo en estas regiones algun prestigio como no operé sino en parte de ellas, no lo juzgo suficiente para atrarnos á todos los elementos; y así habia pensado ayudarme de Gamundi, que es allí...» D. Carlos soltó á su vez una gran carcajada, y mirándome como un bienaventurado, se rió de mí á todo su sabor, exclamando: «¿Gamundi?... ¿Gamundi?... ¿Gamundi?..." Mirele yo con sorpresa, y le repliqué: «Sí, señor, Gamundi, Gamundi. ¿Qué tiene esto de particular? Ha servido en tres guerras, fué capitán de la guardia de seguridad de Cabrera, es brigadier, y por sus últimos servicios merece

ser general: le damos este grado; y él se pondrá contento, y hará todo lo que se le pida."

D. Carlos me escuchaba sonriendo. «Oye, me dijo. Lo que has de hacer con Gamundi es lo siguiente: lo llamas a París, le compras un coche simon, y le colocas de cochero en este vehículo; porque como ya tiene la cara del oficio, no le costará nada aprenderlo, y de todos modos, aunque le cueste, la gente al verlo, le tomarán por un simon de toda la vida. Con que deja en su casa al mentecato de Gamundi, y dirige tú mismo los trabajos del Centro, porque eres el mas á propósito.»—«Sea, le respondí. Pero este modo de tratar á los partidarios mas importantes del carlismo, me parece, señor, de muy mal agüero para el éxito de nuestros planes. Hoy V. M. la toma con Gamundi; mañana la tomará con otro, y así iremos eliminando á la gente mas valiosa.»—«Gamundi no vale nada, hombre, me replicó D. Carlos. Pero acabemos, porque la conversacion va siendo muy larga. ¿De quién quieres hablarme más?..."

«Señor, contesté, ahora quiero hablar á V. M. del general Dorregaray." D. Carlos se puso sério. «Dorregaray es un traidor, me contestó; y cada dia me arrepiento más de no haberlo mandado fusilar antes de salir de España. No me hables de tal hombre.»—«Perdone V. M.: es necesario que hablemos de él, y que resolvamos de una vez tan grave y enojosa cuestion. Dorregaray ha sido durante la última guerra la primera figura del partido; nuestro mejor general, y nuestro mas importante político; es un hombre honrado, y la fama de su probidad es conocida en toda España. De ahí que Dorregaray tenga en el carlismo muchos y muy importantes amigos, y un prestigio de consideracion. Ahora bien: yo no quiero prescindir de la cooperacion de tal hombre, en los trabajos que voy á emprender; á menos que sea cierto que se vendió al enemigo, lo cual hasta ahora no creo, por lo tanto ruego á V. M. que me diga todo lo que sabe."

«Lo que sé, repuso D. Carlos, es que en la misma embajada española de París se dice en voz baja que Dorregaray me fué traidor; y ya ves que el origen no es sospechoso.»—«Al contrario, señor, repuse; el origen lo es mucho; porque ha de saber V. M. que los conservadores se lisonjearan de que al subir al poder, los jefes pasados les seguiríamos; y como lo habían prometido á

España, y nosotros no nos fuimos con ellos, no nos han perdonado, ni jamás nos perdonarán que los hayamos puesto en ridículo de este modo. Hoy cargan sobre Dorregaray, y mañana cargarán sobre mí, inventando cualquier chisme para vengarse é inutilizarnos. Así, pues, V. M. debe considerar, no lo que se dice en las embajadas, si todavía es cierto que se dice algo, cosa que ignoro, y que quizá es falsa; sino lo que verdaderamente se sepa de cierto contra Dorregaray.”—«Yo sé de cierto que Dorregaray me fué traidor, replicó D. Carlos.”—«Me alegro de que al menos lo sepa de cierto, dije. Pero en este caso conviene que se defina la situación del acusado. Yo sé que de la causa que se formaba no resulta nada; déme V. M. las nuevas pruebas; yo las haré añadir á los autos, y así acabaremos de una vez.”

D. Carlos quedó confuso y estuvo un rato estirándose los puños de la camisa. «No tengo pruebas, me replicó, sino la convicción de que me fué traidor.” Esto me irritó. «Vamos, señor, dije: es necesario que hablemos claro V. M. y yo; estamos solos; yo soy callado, y no he de abusar de lo que aquí se diga. V. M. sabe perfectamente que Dorregaray no fué traidor; pero se venga de él aparentando creerlo, por varios motivos particulares, entre los cuales el de la monja de Estella. V. M. tenía ciertas pretensiones; la monja las rechazaba, y las rechazó siempre; V. M. creyó que Dorregaray era el obstáculo, aunque no se cuidase de estas cosas; y fué tal el odio que le cobró, que unido á otras antipatías, quiso deshonorarlo y malarlo.”—«Es falso, me contestó D. Carlos confuso.”—«No lo niegue V. M., repliqué, porque sé toda esta historia de cabo á rabo; conozco todos los detalles, y será inútil que V. M. quiera persuadirme que en París es medio día á media noche. ¿Pero, señor, añadió; no es una tontería que V. M. sacrifique por una friolera de estas á un servidor de tal mérito y de tan buenos servicios? ¿á qué acordarse todavía de una monja, cuando se trata de salvar á un gran partido de un espantoso naufragio?...”

Conociase que el Pretendiente vacilaba entre su ira y mis ataques, y que no queriendo cejar, buscaba un medio de laparme la boca. Al fin dijo: «Yo sé otras cosas de Dorregaray que en el fondo prueban su traición; pues se me ha asegurado que está en tratos con el gobierno español para renegar de mi causa.”—«Señor, repliqué, mal se



avienen estas cosas con las cartas que me escribe de Burdeos, rogándome que se impulse su proceso, y ofreciéndome sus servicios; pues Dorregaray no es de aquellos caractéres que deshacen con la izquierda lo que hacen con la derecha; no adolece de doblez, de hipocresía, ni astucia; es claro, recto y franco, y va siempre con el corazón en la mano. Lo que V. M. me dice es una calumnia forjada por los enemigos de Dorregaray."

«Si es una calumnia, repuso D. Carlos, que haga una declaracion pública y solemne de fidelidad y lealtad á mi persona; y entonces mandaré sobreeser en su causa, y le declararé buen carlista.»—«Por mi parte lo acepto, contesté; y estoy seguro que él no se hará de rogar.» En efecto se avisó enseguida á Dorregaray de lo que pasaba; y este sin perder tiempo, publicó en los diarios la declaracion pedida, escrita en términos dignos y enérgicos. Así que la lei, se la presenté á D. Carlos, y le invité á cumplir su palabra. «Mi promesa era condicional, me contestó. Ahora he sabido que mi hermano Alfonso ha enviado al Centro á un delegado de toda su confianza para averiguar la conducta de Dorregaray, y no puedo hacer nada hasta que sepa el resultado.» Como yo habia oido decir lo mismo, no pude reclamar, aunque conocí que en las palabras del Pretendiente habia mucha trau-nería.

## LXVIII.

### El Carlismo ante D. Carlos.

*Milan 15 de Noviembre.*

Los que no conocen la vida política mas que de oídas, se admirarán de que tuviese tanta paciencia al lado de aquel loco y corrompido, y dirán que á estar en mi lugar se habrían marchado mil veces. Pero los que saben cuánto doblega al hombre mas inflexible la necesidad política, no verán en mi constancia sino una cosa muy natural. Las transacciones que yo hacia con D. Carlos en todas las materias, las hacen tambien los jefes cons-

avienen estas cosas con las cartas que me escribe de Burdeos, rogándome que se impulse su proceso, y ofreciéndome sus servicios; pues Dorregaray no es de aquellos caractéres que deshacen con la izquierda lo que hacen con la derecha; no adolece de doblez, de hipocresía, ni astucia; es claro, recto y franco, y va siempre con el corazón en la mano. Lo que V. M. me dice es una calumnia forjada por los enemigos de Dorregaray."

«Si es una calumnia, repuso D. Carlos, que haga una declaracion pública y solemne de fidelidad y lealtad á mi persona; y entonces mandaré sobreseer en su causa, y le declararé buen carlista.»—«Por mi parte lo acepto, contesté; y estoy seguro que él no se hará de rogar.» En efecto se avisó enseguida á Dorregaray de lo que pasaba; y este sin perder tiempo, publicó en los diarios la declaracion pedida, escrita en términos dignos y enérgicos. Así que la lei, se la presenté á D. Carlos, y le invité á cumplir su palabra. «Mi promesa era condicional, me contestó. Ahora he sabido que mi hermano Alfonso ha enviado al Centro á un delegado de toda su confianza para averiguar la conducta de Dorregaray, y no puedo hacer nada hasta que sepa el resultado.» Como yo habia oido decir lo mismo, no pude reclamar, aunque conocí que en las palabras del Pretendiente habia mucha trau-

## LXVIII.

### El Carlismo ante D. Carlos.

*Milan 15 de Noviembre.*

Los que no conocen la vida política mas que de oídas, se admirarán de que tuviese tanta paciencia al lado de aquel loco y corrompido, y dirán que á estar en mi lugar se habrían marchado mil veces. Pero los que saben cuánto doblega al hombre mas inflexible la necesidad política, no verán en mi constancia sino una cosa muy natural. Las transacciones que yo hacia con D. Carlos en todas las materias, las hacen tambien los jefes cons-

titucionales, los jefes democráticos, los representantes de los partidos monárquicos y los de los partidos republicanos. Uno se propone alcanzar por diez, y al ver que un día le dan tres, otro nada, luego uno, mas adelante medio, se anima, tiene paciencia y espera, aunque así vaya eclipsándose.

Los sacrificios de conciencia y delicadeza que yo entonces hice por D. Carlos, cerrando los ojos á muchos desvarios suyos de todo género, los habian hecho antes Cabrera, Aparisi Guijarro, Dorregaray y Mendiri, quienes iban reprobando, tolerando y enmendando, con el objeto de salvar y reformar el partido. Todos lucharon mas ó menos tiempo de este modo, hasta caer en el abismo del descrédito, y recibir un despido ignominioso, ó verse obligados á renegar del Pretendiente. Mi historia no es un suceso aislado en el carlismo, sino la continuacion de una série de fenómenos conocidos; y si ha hecho mas escándalo que las catástrofes anteriores, dimana de haberse complicado con la farsa del Toison. Sepárese de mi caída este incidente, y se tendrá una repetición del mando de mis antecesores. Lo mismo les pasará á cuantos me hayan reemplazado.

Pero volvamos á mis conversaciones políticas con don Carlos. Una de las cosas en que me fijaba atentamente era nuestro periodismo; á cuyo efecto no solo procuraba animar á los escritores carlistas, sino que yo mismo tomaba á veces la pluma, y daba á luz artículos que tenían la fortuna de llamar la atención, y atribuirse á las mejores plumas del partido. Un día recibí cartas de uno de nuestros mas antiguos periodistas, Vildósola, haciendo una pintura desastrosa del estado de su fortuna, y de los sacrificios pecuniarios que habia hecho, publicando en varias épocas contra viento y marea uno de nuestros mas valientes diarios; y como es natural, hablé al Pretendiente de la conveniencia de señalarle una subvención mensual, por corta que fuese.

«Conviene, le dije, que se vea el interés que V. M. tiene por los periódicos del partido, y que aunque sea poco, dé algo para animar y mantener la esperanza. Haga V. M. un pequeño sacrificio; destine cada mes al diario de Vildósola el dinero de un día de diversion, y Vildósola no cabrá en sí de gozo. Esto servirá de estímulo á los demás, que al ver atendido un compañero, redoblarán de esfuer-



zos. Al mismo tiempo se verá la buena voluntad de V. M., su agradecimiento y generosidad, lo cual siempre hace efecto."

El Pretendiente meneó la cabeza, y me contestó con displicencia: «Boet, estás mal enterado, si crees que mis periódicos necesitan de mi dinero para sostenerse; pues á mí me consta que para prosperar les basta llamarse carlistas, y que yo me digne no desautorizarlos. Es falso que el diario haya comprometido la fortuna de Vildósola; muy al contrario, el diario la ha mantenido, y mas de una vez la ha enderezado; y si esta fortuna ha decaído, no depende de los sacrificios periodísticos, sino de la mala cabeza de la familia, que la ha derrochado miserablemente." En vano quise convencer á D. Carlos de que se equivocaba y de que le habian engañado; pues sea ardid suyo, sea error, se negó siempre á creerme. Entonces cambiando de táctica, le dije: «Bien, señor; no discutamos mas si la familia Vildósola se ha arruinado por sus vicios, ó por el partido; y encerrémonos en el hecho de que está arruinada. ¿Negará esto V. M.?»—«No, porque lo sé de cierto, me contestó."—«En hora buena, repliqué. Entonces ayudémosla, ya que publica un diario que nos sirve bien." El Pretendiente quedó mudo, y despues de este silencio, me dijo: «Es que si le socorro á él, los demás tambien lo pedirán; y el dinero se me andará en diarios."—«Bueno, repuse. ¿Quiere V. M. que le presente un plan equitativo de subvenciones para la prensa, fijándome en los tres diarios mas importantes del partido?»—«Si, hazlo, me contestó, y entonces veremos." Así lo hice; pero cuando se lo presenté, tomó la minuta, me dijo que ya la veria, y despues se excusó de cumplir, aunque le hablé de ello con motivo de las súplicas que los periodistas nos mandaban. «No hay que creer sino á medias á los periodistas, me dijo; porque son embusturos de profesion, y tanto mienten cuando escriben para el público, como para los particulares."

Pero la discusión que interesará particularmente es la que un dia tuvimos sobre el jefe de los neo-católicos. Como este caballero está en España, juzgo discreto suprimir todo lo que podria decirle de su conducta política, aunque en vista de su comportamiento conmigo desde lo del Toison, no merece que le trate tan bien. Ya sabe V. que se halla en mi poder toda su correspondencia

con D. Carlos, y que ésta correspondencia tiene un carácter... Pero dejémoslo, ya que he prometido no comprometerle, y vamos al grano. Con motivo de unas cartas que se recibieron de cierto político que reside en Madrid; pedí instrucciones á D. Carlos sobre D. Cándido Nocedal; y he aquí poco mas ó menos la conversacion que tuvimos. «Nocedal, me dijo el Pretendiente, es un camaleon político; no tiene convicciones políticas, ni religiosas; ha hecho un gran negocio como abogado carlista; y ahora continúa la comedia para legar su posicion á su hijo que promete ser un literato de tanta letra menuda como su padre. Todos esos neo-católicos me abrasan, me fastidian y aburren, y todo lo daría por librarme de ellos. No piensan en mí, sino en sí mismos; no se proponen mi triunfo, sino su fortuna; y á trueque de hacer negocio, cometerán cualquier apostasia.»

«Estoy conforme con V. M., contesté. Pero hoy en dia el jefe de los neo-católicos es el primer orador y escritor que tenemos, y no sería prudente eliminarlo, porque es imposible prescindir de sus servicios.» D. Carlos exclamó: «Has de saber que en mi partido no ha habido, ni hay hombres necesarios; y que si aquel abre demasiado el pico, yo sabré cerrárselo para siempre, como hice con su colega Aparisi Guijarro, que valía mas que él y era mejor carlista; ó mas exacto, era carlista de veras; que Nocedal no lo ha sido nunca. Tambien se creía Aparisi un gigante; tambien imaginaba que no podría prescindirse de él; y no solo le demostré que no lo necesitaba para nada, sino que le probé que, comparado conmigo, era un pigmeo, matándolo por su mal comportamiento, sin necesidad de verdugos, ni suplicios.»

Estas palabras me sorprendieron mucho. «¿Cómo matándolo! le dije. No comprendo lo que V. M. quiere decir.»—«Es muy sencillo, me contestó. Al principio de la revolucion de setiembre se formaron en mi partido dos bandos, uno que queria tomar la corona seduciendo á los españoles por medio de la propagánda, y otro que queria conquistarla con las armas en la mano. Al frente del primero estaba Aparisi, y yo capitaneaba el segundo. Cargado, irritado y reventado ya de la oposicion tenaz y hasta temeraria que el primer bando me hacía, resolví deshacerme de su jefe Aparisi, y como sabía que este tenia mucho amor propio, y era achacoso, una vez que

debía presentármeme, formé el plan de darle un disgusto tan fuerte, que no tuviese lugar de sufrir otro."

»Con este objeto, ordené á uno de mis cortesanos que estuviese presente á la audiencia, y cada vez que yo le mirase sonriendo, soltase la mas estrepitosa carcajada. Dicho y hecho. Llega Aparisi todo grave, todo sério y pomposo: le recibí yo á la ligera, medio atento é irónico, y le invito á esplicarse. El pobre diablo venia á arengarme para que no encendiese la guerra, y estaba provisto de todos sus argumentos y retóricas mas formidables. Toma la palabra, y me espeta media docena de períodos, que escuché sin pestañear. Luego me sonrío, y miro intencionadamente á mi cortesano, quien, siguiendo mi consigna, se echa á reír con una hilaridad tan deshecha, que Aparisi queda cortado, pálido y asombrado.—«Prosigue, hombre, prosigue, le digo yo." Y él recoje todo sorprendido el hilo de su discurso, y dale que dale en favor de la paz. Vuelvo yo á mirar sonriendo al otro, y este suelta una carcajada tan bien figurada, que parecia no poderse contener."

«Aparisi no sabia lo que le pasaba; habia perdido la brújula, y ya ponía un color, ya otro; ya tenia la cara verde, ya amarotada. Sin embargo, continuó hablando; pero á una seña mia el cortesano prosigue riendo, y entonces aquel abrevia, y se retira con la muerte en el corazon. En efecto, aquella afrenta se le clavó en el alma, y algun tiempo despues le mató. Tal es el secreto de la muerte de Aparisi; y tal es el trato que yo doy á los hombres de mi partido que se creen necesarios. En el carlismo, Boet, no hay mas hombre necesario que yo."

Aunque habia oido hablar de un disgusto muy fuerte de Aparisi, ignoraba esta historia; y quedé tan afectado é irritado de ella, y sobre todo de la presuncion con que el mismo Pretendiente me la contara, que no pudiendo contenerme, exclamé: «Si V. M. dió este pago á un hombre que tanto hizo por su triunfo, y tantos años sirvió la causa, ya puedo suponer la que me dará á mí, que soy carlista nuevo. Pero sepa V. M. de una vez que aunque yo esté siempre dispuesto á marcharme á mi casa el dia que V. M. quiera, no estoy nada dispuesto á sufrir afrentas de aquel ni de otro género; porque juro á Dios! que si V. M. hubiese hecho conmigo lo que con Aparisi, cojo aquel miserable cortesano, y le hago saltar



los sesos estrellándole la cabeza en una pared; pues aquello fué una indignidad que V. M. debería avergonzarse de referir."

Los ojos airados y la voz tonante con que dije esto, impresionaron á D. Carlos, quien despues de mirarme atónito, me contestó: «¡Oh! ya supongo que si un dia riño contigo, tendremos un choque sério. Pero yo jamás te trataré como á Aparisi Guijarro; porque así como este y otros tipos de la misma índole no se pueden sufrir, tú eres otro hombre mas práctico, mas útil y mejor consejero. Por lo demás, no te he contado aquella historia para amedrentarte, sino para que vieses cuanta antipatía tengo por esos hombres de palabra, como los Aparisi Nocedal, Manterola y demas cursis políticos del carlismo. A Aparisi lo maté; de Manterola ya no hago caso, porque me bastaria echar mano de Santa Amalia, para cortarle los buelos.

«¿Qué es esto de Santa Amalia? pregunté admirado.»—  
«¡Oh! me contestó. Es una historia muy curiosa, que otro dia te contaré. Manterola es muy devoto de Santa Amalia, y tiene siempre en su campaña una imágen de esta deidad, de la cual no sabe separarse. Con este motivo han ocurrido muchos lances de gran interés, sobre todo cuando lo nombré mi embajador en Roma y fué á ocupar su puesto. Pero como es una historia muy larga, la dejaremos para otro rato. Decía, pues, que ya he desembarazado á mi partido de los tipos cursis que le embrollaban, menos de ese Nocedal, á quien tengo mas ganas de fusilar que de premiar, porque créeme, es el hombre que me inspira mas repulsion, y me revieuta mas.»—  
«Señor, repliqué; en los partidos hay que tolerar muchas cosas, aunque nos carguen mucho. Yo no tengo confianza en los neo-católicos; no creo que se haya de esperar mucho de Nocedal y su gente; conozco que comercian á costa nuestra; y á pesar de esto no podemos despreciarlos completamente. Los neos no nos sirven directa, sino indirectamente; son como los batidores que descubren el terreno; como los ingenieros que nos preparan la marcha. Es cierto que lo son, no en virtud de sus planes, sino en virtud del partido que nosotros sacamos de su conducta; porque si nosotros no utilizásemos de un modo fino y particular sus maniobras, crea V. M. que nos harían mas daño que provecho.»

«Entonces ¿qué harías tú con respecto á su jefe? me preguntó D. Carlos.»—«Lo mismo que V. M. me aconsejó hiciere con Castells, aunque este merece mucha mas confianza.»—«¿Quieres que te diga la verdad? me preguntó. Yo creo generalizando la materia, que lo que nos falta en Madrid no es un Nocedal, ni un Vildósola, sino un Villemessant, que fundando allí un diario como el *Figaro*, hiciere simpático á nuestro partido, seduciendo á las masas con esa mezcla de política, de elegancia, calaveradas, maledicencias, indiscreciones femeniles, anuncios cróticos y demas, que han dado al *Figaro* de aquí tanta nombradía é influencia. Con un general como tú, y un político como Villemessant, en pocos meses me hallaria en Madrid.»

«Todo eso de Vildósolas y Nocedales no vale nada: su propaganda es monótona, cansada y soporifera, aunque cada uno la haga á su modo. Es necesario tratar al público á la moderna: conviene divertirlo; cebarlo cada dia, darle junto al artículo de fondo el adulterio de la condesa tal; al lado de la noticia política la descripción de la última agarrada que la bailarina Z. y la cantante B. tuvieron por los bellos doblones del duque X.: flanquear la descripción de una fiesta religiosa con media docena de anuncios donde un tronera dá una cita á una casada; donde una doncella se ofrece á un caballero rico, ó una viuda desamparada busca á un eclesiástico de buen carácter. Así el público se entusiasma por un diario; y no pasa un dia sin buscarlo ni leerlo con afán. Mas legitimistas franceses ha hecho el *Figaro* que el *Univers*, lo *Union* y los demás diarios de mi tio que hay en toda Francia. El *Figaro* es el inespugnable baluarte del Cojo de Fribosdorff; el *Figaro* es su mas formidable paladin; el *Figaro* es su gran palanca; y lo que no alcance éste, nadie ni nada lo alcanzará. Figúrate que hasta ha convertido al legitimismo á las mismas cocotas de París, muchas de las cuales varias veces delante de mí se han hecho lenguas de mi tio, á pesar de que el Cojo Fribosdorff es un tipo muy cargante.»

Sonreime yo, y le contesté. «V. M. ha de saber que un *Figaro* no cuajaría en España, pues nuestro clero lo rechazaría con el mayor desden, avergonzado de que un periódico de tal indole defendiese sus intereses. Nosotros no podemos separarnos de la prensa que tenemos, ni

despreciar la cooperacion de los escritores y oradores que se llaman carlistas. Así es que necesito saber qué frato debo dar á los neo-católicos y á la prensa de su jefe."—«¿Qué harías tú en mi lugar? me preguntó." Yo le contesté lo siguiente: «No los trataría mal, ni con desconfianza aparente; pero trataría públicamente muy bien á los escritores genuinamente carlistas, mostrándoles gran cariño y confianza, para que este contraste demostrase que aunque no quiero reunirme con los neos, no tengo apego á esta gente."—«Admirablemente pensado, exclamó D. Carlos. Hazlo así mismo, porque no podría interpretarse mejor lo que yo mismo pienso de ellos. Son gente que me tiene tan cargado, que de buena gana los fusilaría á todos."»

LXIX.

**Carlos Calderon y Rosa Samaniego.**

*Milán 20 de Noviembre.*

Lo que se me atravesaba en mis trabajos no eran solo las inconsecuencias y ligerizas de D.<sup>a</sup> Margarita, y los vicios y resistencias de D. Carlos, sino también los disparates políticos que éste á veces cometía, obrando de su propio albedrío. Como si no le bastase que yo dirigiese la reorganizacion del partido, él mismo tomaba de tarde en tarde disposiciones que comunmente eran grandes disparates. Voy á contarles dos que bastan por todos.

En tiempo de la guerra se habia afiliado al carlismo un caballero andaluz, joven ligero y elegante, hijo de una distinguidísima familia, y dueño de una fortuna de muchos millones. Era el D. Carlos Calderon, de quien he hablado ya cuando mi segunda llegada al Norte. Este caballero, que tenia un grado en nuestro ejército, habia figurado en las últimas operaciones de un modo brillante, peleando en las líneas de Estella con tanto denuedo, con tanto heroismo, que abandonado de sus soldados quedó solo en una trinchera, donde se defendió á sablazos de un batallon liberal, que la asaltaba á la bayoneta. Iba á sucumbir cosido á bayonetazos, cuando unos ofi-



despreciar la cooperacion de los escritores y oradores que se llaman carlistas. Así es que necesito saber qué frato debo dar á los neo-católicos y á la prensa de su jefe."—«¿Qué harías tú en mi lugar? me preguntó." Yo le contesté lo siguiente: «No los trataría mal, ni con desconfianza aparente; pero trataría públicamente muy bien á los escritores genuinamente carlistas, mostrándoles gran cariño y confianza, para que este contraste demostrase que aunque no quiero reunirme con los neos, no tengo apego á esta gente."—«Admirablemente pensado, exclamó D. Carlos. Hazlo así mismo, porque no podría interpretarse mejor lo que yo mismo pienso de ellos. Son gente que me tiene tan cargado, que de buena gana los fusilaría á todos."»

LXIX.

**Carlos Calderon y Rosa Samaniego.**

*Milán 20 de Noviembre.*

Lo que se me atravesaba en mis trabajos no eran solo las inconsecuencias y ligerizas de D.<sup>a</sup> Margarita, y los vicios y resistencias de D. Carlos, sino también los disparates políticos que éste á veces cometía, obrando de su propio albedrío. Como si no le bastase que yo dirigiese la reorganizacion del partido, él mismo tomaba de tarde en tarde disposiciones que comunmente eran grandes disparates. Voy á contarles dos que bastan por todos.

En tiempo de la guerra se habia afiliado al carlismo un caballero andaluz, joven ligero y elegante, hijo de una distinguidísima familia, y dueño de una fortuna de muchos millones. Era el D. Carlos Calderon, de quien he hablado ya cuando mi segunda llegada al Norte. Este caballero, que tenia un grado en nuestro ejército, habia figurado en las últimas operaciones de un modo brillante, peleando en las líneas de Estella con tanto denuedo, con tanto heroismo, que abandonado de sus soldados quedó solo en una trinchera, donde se defendió á sablazos de un batallon liberal, que la asaltaba á la bayoneta. Iba á sucumbir cosido á bayonetazos, cuando unes ofi-

ciales liberales le reconocieron, y abrazándose con él, lo libraron de los golpes de los soldados enfurecidos.

Terminada la guerra, Calderon recobró la libertad, y no queriendo reconocer á D. Alfonso, emigró á Francia y se estableció en París, donde volvió á ofrecerse al Pretendiente. La fama de su valor, de su nobleza aristocrática, consecuencia política y notable fortuna le abrieron ensoguada los salones de la alta sociedad francesa, que le recibia del modo mas distinguido. Entró en relaciones por sus costumbres brillantes y alegres con la juventud dorada de la ciudad, y era de los clubs mas renombrados. Las mugeres á la moda le distinguian por su opulencia y finura, y se susurraba que algunas suspiraban por obtener de él mas que su atencion y amistad. En una palabra, Calderon era uno de los carlistas mas amables de la emigracion, y por consiguiente uno de los que hacian mas simpáticos á los demás emigrados.

D. Carlos lo trataba familiarmente, llevándolo muchas veces consigo, y hasta echando mano de su bolsa en algun caso de apuro; y á mi no me disgustaba esta franqueza, calculando que Calderon le enseñaria prácticamente á unir el placer con la decencia, y sobre todo á tratar á la gente con urbanidad. Pero un dia el Pretendiente le cogió envidia; y no pudiendo sufrir que fuese tan bien visto y tan cordialmente recibido, empezó á dar la voz de alerta contra él, murmurando entre los perdularios de que solia rodearse que era un traidor, por haber entregado las trincheras de Estella á los liberales.

Viendo la camarilla la ocasion de deshacerse de un hombre, cuya superioridad los irritaba, se apoderaron de aquella acusacion, aunque supiesen su falsedad; y la propagaron solapadamente por los salones del barrio de San German. Reusó creerlo la antigua nobleza francesa, y continuó distinguiendo al jóven; pero como los calumniadores no cesaron, al fin pareció oportuno tomar informes; y un dia que el Pretendiente se hallaba en una casa de aquel barrio, un importante legitimista le dió parte de las voces que corrian, y le preguntó qué se habia de pensar de ellas. «Nosotros, dijo, tenemos esto por una invencion, persuadidos de que el acusado es demasiado caballero para deshonorarse con una felonía cualquiera, pero V. M. se servira sacarnos de dudas.»

D. Carlos, que no esperaba otra cosa, tomó un aspecto misterioso, aparentó balbucear, y contestó: «Si; tambien he oido yo algo; y aunque no digo que Calderon haya sido traidor, sin embargo su conducta ante Estella es muy oscura, y si no fuese porque el partido se halla ahora en una de aquellas situaciones en las cuales importa disimular y ser tolerante, no se, no sé qué sesgo lomaria la cuestion.» Estas palabras, que en boca del Pretendiente daban una gravedad extraordinaria á aquellos rumores, confirmándolos hasta cierto punto, impresionaron profundamente á aquel legitimista, quien se apresuró á avisar á todas las personas que recibian á Calderon de que, segun indicaciones de D. Carlos, era cierto que aquel habia sido traidor y habia entregado al enemigo las líneas de Estella. Inmediatamente cada cual decidió expulsar de su casa al jóven, y toda la gente de coturno empezó á recibirlo con frialdad y mala cara, como invitándole á retirarse.

Calderon que nada sabia, quedó asombrado de este cambio; y conociendo que era victima de alguna intriga, procuró activamente averiguar todo lo que habia pasado. Imagine V. su ira y desesperacion al saber que el autor de aquel conflicto era cabalmente el mismo hombre por cuya causa habia dado dinero, su sangre y porvenir, y á quien acompañaba por París mas como amigo que como partidario. No lo acababa de creer; le parecia un sueño; y aunque una y otra vez se lo asegurase quien podia, lo dudaba, de puro villano y monstruoso que le parecia. Convencido al fin de que era cierto, decidió exigir de D. Carlos una retractacion terminante, y como este y yo habiamos en aquellos momentos salido para Austria, enseguida nos escribió y telegrafió, contando lo que habia pasado, lo que se decia, y lo que queria.

Quedé yo estupefacto de tanta ingratitud y vileza, y me puse enseguida de parte de Calderon, ya porque se quejaba con justicia, ya porque preví el mal efecto que la conducta de D. Carlos iba á causar entre muchos emigrados. No me equivocaba en esta suposicion, porque los mas distinguidos se habian ya alborotado clamando contra aquella calumnia. Así que el Pretendiente vió los telégramas, los tiró con desden, y me dijo: «¡He! Calderon es un danzante de quien estoy mas que medianamente cargado, y hazme el favor de no hablarme mas de



tal tipo."—«V. M., contesté, es un hombre muy particular; deshonra á un caballero, y si el perjudicado reclama, cree salir del paso, tratándolo de esto ó aquello. Cuando V. M. esté en el trono será posible que se zafe así de estos conflictos; pero ahora no hay mas remedio que hablar de ellos.»

En aquel momento llegó otro telégrama de Calderon pidiendo explicaciones, y exigiéndolas con una vehemente energía. Conociábase que estaba furioso, y que no quería esperar. Pedia una respuesta por el telégrafo, y amenazaba al Pretendiente, si no se la mandábase pronto. Todos estos telégramas se hallan en mi poder aquí, y se los puedo enseñar á V. cuando quiera. «Ya ve V. M. como anda el negocio, dije á D. Carlos. V. M. ha ofendido á un hombre de honor, y ahora no hay mas remedio que retractarse.»—«Yo no he dicho nada que no fuera, me contestó.»—«¿Y qué ha dicho V. M.? le pregunté.» D. Carlos me contestó: «No lo recuerdo literalmente, pero no he desmentido lo que se susurraba.»—«Pues ahora debe desmetirlo V. M., repuse; porque harto sabe que es mentira.»—«A mí no me consta, porque no lo ví, me replicó.»—«Tampoco vió V. M. que yo era leal en el Centro y Cataluña; y á pesar de esto lo orce. V. M. tiene una inquina contra Calderon; se ha ofendido de algo que este habrá hecho en París, y quiere vengarse deshonrándolo. Pero V. M. no tiene este derecho, y solo puede separarlo de su servicio y cerrarle su casa, respetándole el nombre y fama de caballero.»

El Pretendiente, amoscado, me contestó: «Yo puedo hacer contra mis vasallos todo lo que crea conveniente, porque soy el señor y ellos los servidores; y quién no esté conforme, que se vaya. Calderon es un simple, un presumido, un tipo cargante; está siempre lleno de pretensiones; no sabe hablar sino de sus conquistas y galanterías; y no lo quiero sufrir más. Dicen que me vendió en Estella. Ignoro si el hecho es cierto. Pero á mí me lo parece, y esto me basta. Soy el rey; opino como me cuadra; y no necesito de testigos, ni papelotes para formar mis juicios. Yo estoy convencido de que Calderon es capaz de haberse entregado al enemigo, y le expulsó de mi partido. Váyase enhoramala. Los que le compraron son sus señores, y no yo. ¿Quién sabe si está á mi lado para expiarles cuanto digo y hago; revelándoles mis

ideas, mis propósitos, relaciones y planes? Así acabemos de una vez. No le quiero más; y desde ahora le echo de mis filas. Telegráfale esto."

Aunque quedé muy irritado de tal respuesta, conocí que á las malas no sacaría nada, y pensé en convencerle de un modo mucho mas eficaz: «Señor, dije, V. M. tiene, segun ya he dicho, ideas que en la emigracion es muy difícil plantear y sostener; y lejos por consiguiente de cumplir estas órdenes, las suspendo para que V. M. vuelva sobre ellas, reflexionando lo que vá á pasar. Segun se desprende de estos telégramas, Calderon está fuera de sí, y como es jóven y tiene mucho pundonor, si no le damos una respuesta satisfactoria, tomará el tren y se pondrá en seguimiento nuestro. Calderon es un carlista nuevo, y no tiene por V. M. aquel profundo respeto que los carlistas de raza. De todo esto resulta que al dar con nosotros, le exigirá á V. M. la retractacion, y si no la obtiene... Dios sabe lo que puede pasar."

D. Carlos palideció, y mirandome con temor, dijo: «¿Qué hará, qué hará?»—«V. M. no ignora, repuse, que Calderon es muy valiente; lo cual tiene ya acreditado; y no seria extraño que se atreviese á poner de firme las manos en V. M...»—«El exclamó D. Carlos.»—«Sin duda, repuse; ó quizá levantarle á V. M. la tapa de los sesos de un pistolezo. V. M., que conoce muy bien á Calderon, sabe que es hombre para hacer esto y otras cosas á quien intente deshonrarlo." El Pretendiente estaba asustado y balbuceó: «¡Oh! yo, teniéndote á tí á mi lado, no temo á nadie; porque si alguno me insulta, tú me defenderás."—«Sin la menor duda, repliqué. Con tal que no sea gente á quien V. M. haya deshonrado, porque en este caso dejaré á V. M. defenderse á sí mismo, so pena de hacerme cómplice del acto de la deshonra."—«De modo, dijo D. Carlos, que si Calderon...»—«En esto, Señor, yo soy neutral, repuse. La cuestion no es política, sino particular entre V. M. y él."

D. Carlos no habia caído en esto, y por momentos iba cambiando de aspecto. «¿Pero tú crees, exclamó, que Calderon sea capaz de ponerse en camino?»—«Lea V. M. los telégramas, y juzgue; contesté. Vea si no son telégramas de un hombre indignado que está dispuesto á todas las violencias."—«Pero si él viene, dijo D. Carlos, tú puedes y debes defenderme, porque yo ataco á Calderon

por motivos políticos.”—«Ni puedo, ni debo, le contesté con calma; porque V. M. le deshonra sin pruebas; y si yo estuviera en lugar de aquel haria lo mismo.” El Pretendiente me miró asombrado. «¡Tú! exclamó. Me alegro de saberlo.”—«Yo tambien, Señor, contesté; porque bueno es saber con quien se trata. Pero ruego á V. M. que resuelva este asunto cuanto antes, no sea que mañana nos hallemos aquí mismo de manos á boca con Calderon.”—«¿Pero de veras me harías una mala partida si yo te deshonrase? repuso el Pretendiente.”—«No he dicho esto, Señor, dije; porque el caso es imposible. He hablado en general, y creo que V. M. mismo dirá que tengo razon.”—«Es verdad, me contestó. Yo habia entendido otra cosa. Bien; ya verás; en esto de Calderon hay lo siguiente: yo no sé de cierto si él se entregó; y así no tengo inconveniente en declararlo, con tal que mis declaraciones no sean humillantes. Haz tú mismo un borrador, y si me gusta, lo firmaré.”

Cogile la palabra; hice una declaracion lo mas satisfactoria posible para ambas partes; aprobóla D. Carlos, la firmó, enviéla á Calderon, y este se rehabilitó, presentándola á sus detractores y á los que habian sospechado de su lealtad. Pero el mal ya estaba hecho; y aquel jóven conoció desde entonces que D. Carlos era peor de lo que se habia figurado, y se entibió, aunque no se separase del partido.

No menos característico fué el incidente de Rosa Samaniego, que consiste en lo que voy á referir. Como recordará V., el gobierno español habia pedido la extradicion de aquel sujeto, alegando que era reo de delitos comunes; y aunque yo no hubiera consentido sus ejecuciones á hallarme de capitán general carlista del Norte, una vez en la emigracion, no podia dejar en manos de los liberales á un hombre á quien perseguian no solo con el objeto de herirlo á él, sino en particular con el propósito de matar moralmente á D. Carlos, que le habia ordenado aquellos excesos. Así, pues, no abandoné á Rosa Samaniego por mas antipático que me fuera, porque su extradicion era un golpe contra el carlismo; y no un golpe de corta, sino de mucha importancia.

Era al principio de la emigracion. D. Carlos viajaba por América y yo vivia aun en Bayona. Rosa Samaniego, que se hallaba en esta ciudad muriéndose casi de ham-



bra por falta de recursos y por estar imposibilitado de un brazo que no le dejaba trabajar, se veía amenazado cada día de ser preso y entregado; y conociendo que le convenia huir de Francia, al ver ausente á D. Carlos, se me presentó á mí en demanda de auxilios, por haber oido decir que yo era el futuro privado del Pretendiente. La vista de Rosa Samaniego en mi casa me causó el mismo efecto que en la plaza Mayor de Estella el día de la corrida de toros que le conté á V. Era una especie de labrador navarro de cortos alcances, decidido, ignorante y honradote á su modo. Los liberales, que le han pintado como un mónstruo, quedarian muy sorprendidos de conocerle, y sobre tado de saber que la parte de su vida anterior á la guerra no tiene tachas.

«Mi general, me dijo Rosa Samaniego; yo no puedo estar mas tiempo aquí, porque el Cónsul me persigue á muerte, y me hará prender un dia ú otro. En Madrid los diarios piden cada dia que los franceses me prendan y entreguen al gobierno español; y hasta parece que un señor llamado Castelar, que no sé quién es, pero que dicen que habla mucho, se ha ocupado en las Cortes de mí, tratándome de asesino. V tu sabe, general, que yo no soy, ni he sido nunca asesino, sino un servidor fiel á S. M.; y que en cuanto á honradez no tengo que bajar la cabeza por nadie. Mi familia es honradísima, y todo el mundo sabe en Navarra que yo no desdigo de ella. Si he matado gente, ha sido por órden de S. M., que era muy dueño de mandármelo á mí, ó á otro; y yo lo cumplía, como debemos hacerlo todos los súbditos fieles. Ahora, pues, he de huir de Francia, para que no me entreguen al gobierno de Madrid que me quiere matar; y he pensado refugiarme en Bélgica, ó Inglaterra; pero como no tengo un cuarto, y mi familia no puede socorrerme, ni S. M. está aquí, vengo á pedirle á V. que me dé lo necesario para el viaje.»

Siguiendo yo las ideas que tenia sobre este hombre, le envié á Pau, donde aun residia D.<sup>a</sup> Margarita, con una carta para esta señora, en la cual le recomendaba el asunto. «Señora, le decia; no nos conviene de ningun modo dejar abandonado este hombre á los enemigos de SS. MM., porque ha sido instrumento de S. M. vuestro augusto esposo, y si fuese preso, podria comprometer mucho á éste revelando secretos importantes. Ruego,

pues á V. M. que no lo desampare, porque aunque todo el mundo sea enemigo de Rosa Samaniego, S. M. no puede abandonarlo." Conoció la razon D.<sup>a</sup> Margarita, y dándole enseguida una cantidad, le ordenó que se refugiase en Bélgica con otro nombre, y se presentase al comité católico de Bruselas, á quien escribió una carta recomendándolo mucho.

Estableciase el sicario en dicha ciudad con el nombre de Antonio Sanchez, y viendo que el comité le socorria poco, y empezaba á cansarse de él, me escribió varias veces quejándose de esto y otras cosas. Entretanto don Carlos ya habia regresado y establecido en París; y yo también ya vivia aquí, y dirigia los negocios del partido. Un dia, viendo una oportunidad, hablé al Pretendiente de la situacion de Rosa.

«Señor, le dije; es necesario que se auxilie á este hombre, porque si cayese en manos del gobierno español, podria perjudicar mucho á V. M. revelando las comisiones que V. M. le encomendó y ordenó. El no tiene dinero, ni puede ganarlo; y urge darle alguna cosa, porque se conoce que los belgas lo abandonan. Quisiera, pues, que V. M. me señalara lo que debe enviársele." El Pretendiente, que desde las primeras palabras habia hecho un movimiento de displicencia, se mostró muy disgustado así que oyó las últimas. «Yo no veo la necesidad de contestar friamente, de proteger á Rosa Samaniego. Si no puede vivir en Bélgica, que regrese á Francia. Probablemente nadie le molestará ahora; y si le molestan es cuenta suya, porque no estoy obligado á ocuparme de seres tan insignificantes."

Ya me lo figuraba, y repliqué: «Observe V. M. que el gobierno español no tira contra Rosa, aunque lo parezca, sino contra V. M. en persona; pues harto sabe que Rosa no era mas que un súbdito que recibia las órdenes directas de V. M."—«¿Qué me importa? repuso D. Carlos. Tire cuanto quiera contra mí, con tal que tome por blanco á Samaniego; que estos tiros me tienen sin cuidado. Pero dejemos esto, y hablemos de otras cosas." Indignado yo de esa frialdad, exclamé con exaltacion: «Muy al contrario; dejemos otras cosas, y hablemos de esta, que es muy importante. Los tiros que el gobierno de Madrid hace á Rosa Samaniego, son capaces de matar á V. M. y al partido, porque como me decian muy bien tiempo

atrás el reverendo señor Urra, ex-diputado de la junta de Navarra, y otras personas no menos respetables. Rosa Samaniego se halla en tal situación, que no es V. M. ni el partido quienes pueden acusarlo á él, sino él quien puede acusar á V. M. y al partido. La conducta, pues, que V. M. tiene con Rosa Samaniego, es gravísima; y cualquiera diría que V. M. quiere hacer asesinar á un hombre de quien se sirvió como instrumento. Yo no defendiendo á Rosa, sino que me quejo de V. M., que lo ha utilizado. Si un día Rosa cae en manos del gobierno de Madrid, y éste lo mata, no crea V. M. que la tumba sepulte los secretos del ajusticiado, porque éste no vacilará en revelarlos antes de morir; y el público dirá que si lo que Rosa Samaniego hizo no pertenece al derecho de la guerra, sino al ramo criminal, V. M. debe ser juzgado como un jefe que ordenó actos que son delitos comunes.”

D. Carlos se encogió de hombros. «¿El público? exclamó. ¿El público? ¡Qué ignorante eres de las cosas del mundo! El público dirá que Rosa era un asesino, y que yo soy un príncipe; que era un patán despreciable, y que yo soy un hombre á la moda; que él ha nacido de gente villana, y que yo soy un Pretendiente de derecho divino. ¿No pasa ya así? Todo el mundo sabe que Rosa Samaniego no movía un pié en Estella sin orden mía; que no desempeñaba á nadie en la cima, sin mi consentimiento; y á pesar de esto, todo el mundo clama contra él, y me respeta á mí; los diarios lo atacan á él, y me dejan á mí en paz; el gobierno de Madrid pide su extradición, y no se atreve á pedir la mía. Las cosas del mundo van así, Boet. Hay millares de hombres que se apartarían con horror de la presencia de Rosa Samaniego, y que en cambio se creerían honradísimos de que yo les apretase la mano. A un personaje como yo todo le está permitido en el mundo. La gente lo considera como un ser superior á las leyes ordinarias de la sociedad; y lo venera rendidamente, cualquiera que sea su conducta. Si me hallase en Berlín con el oficial y el piquete que fusilaron por orden mía á aquel oficial alemán que hicimos prisionero en la batalla de Monte-Muru, ¿qué crees que pasaría? ¿que nos fusilarían á todos? Ni por pienso. Los fusilados serían el oficial y el piquete, y yo continuaria tranquilamente mi viaje. Así, pues, Boet, dejemos que Rosa Samanie-



go allá se las haya, y ocupémonos de otras cosas.”

Una mañana me hallaba yo medio dormido en mi cuarto del *hotel de la Terrasse* en París, cuando oigo llamar á la puerta, doy permiso, y entra Rosa Samaniego. Yo quedé estupefacto. «Mi general, me dijo; buenos dias nos dé Dios. Me he marchado de Bélgica, porque me moría de hambre, y conocía que aquellos señores del comité no me querían mantener mas; y he venido aquí á ponerme á las órdenes del Señor.»—«V. está loco sin duda, exclamé. ¿Ignora que la policía le busca, y que si le encuentra y entrega á los liberales está V. despachado?»—«Mi general, me contestó, ya lo sé; pero yo no soy reo de nada; yo no he tirado á los abismos de Iguzquiza sino á las personas que el Señor me mandaba; y si esto son asesinatos, pídase la responsabilidad al Señor; que yo no hacía mas que cumplir sus órdenes. Es verdad que odio á los liberales, porque son enemigos de la religión; pero si S. M. no me hubiese dicho despeña á fulano ó á zutano y mengano, yo no lo hubiera hecho; porque soy hombre honrado, y todo el mundo sabe en mi país que Rosa Samaniego no ha robado nunca un ochavo á nadie. Siempre he vivido como Dios manda; y no he sido sanguinario, ni asesino.”

«¿Y qué piensa V. hacer ahora? le pregunté.»—«Me he presentado á S. M., me contestó, y me ha ordenado que fuera á Bayona; que buscara gente á propósito, y entrara con ella en Navarra y proclamase la república. Con este objeto me ha dicho que fuera á ver á Ruiz Zorrilla, para ponerme de acuerdo con este...” Yo me incorporé como un rayo. «¿Qué dice V.? exclamé.»—«Lo que V. oye, mi general, repuso; y he ido ya, solo que no ha querido recibirme; pero á pesar de esto, yo parto enseguida, á fin de estar en Navarra antes de tres dias. Yo no comprendía tanta perfidia de parte de uno, ni tanta bestialidad de parte de otro. «Haga V. lo que quiera, le dije; pero tenga bien entendido que si va á Bayona, está V. perdido sin remedio.”

A pesar de esto, Rosa Samaniego emprendió el viaje, y yo fui á ver á D. Carlos, muy colérico de lo que acababa de hacer. Halléle radiante de júbilo, y apenas me vió, me cogió de la solapa, y me dijo: «Boet, hoy he dado un golpe maestro, que sin duda producirá gran resultado.” Y me contó la visita de Rosa Samaniego con

los mismos detalles que éste. «Así, añadió, me deshago de un tipo tan molesto como Rosa, porque sin duda sera cogido y ahorcado, y desacredito á Ruiz Zorrilla y á los republicanos, haciendo ver que se han aliado con hombres como Samaniego. ¿Qué le parece? ¿no lo hallas magistral...?» «Yo me marché despechado, diciéndole: «Mañana se lo sabré decir á V. M.» Aquella misma noche lei en un diario de Paris el telegrama siguiente: «Bayona.... Rosa Samaniego acaba de ser preso al bajar del tren de Paris.»

## LXX.

### Revelaciones.

*Milan 25 de Noviembre.*

No me he propuesto, dijo Boet, revelarle á V., para consignarse en las Cartas, mis trabajos de organización; sino aquellos hechos que sirven para retratar á la familia del Pretendiente y al partido carlista, que es el asunto que se ha propuesto V. describir. Asi es que continuando mi sistema, le diré que pareciéndome un día que ya era hora de resolver la cuestión Dorregaray, le pregunté á D. Carlos en qué habian quedado las averiguaciones de su hermano D. Alfonso. Contribuian á mi pregunta el estado en que habíamos dejado á Darregaray, despues de haberle movido á escribir su carta-manifiesto, rechazando todo arreglo con la nueva monarquía española, y unas cartas que con mucha solicitud me escribia de Madrid el historiador Pirala, que deseaba saber mi opinion sobre los misterios del Centro.

«Señor, dije á D. Carlos; el mutismo que guardamos no puede durar mas; conviene resolverse en pró ó en contra de Dorregaray, y sacar á este de la incertidumbre en que se halla. Si está probado que fué traidor, proclamémoslo á la faz del mundo; y si no lo fué, declarémoslo con toda imparcialidad.» El Pretendiente me contestó con despecho; «¿Todavía no está harto declarado lo que fué? Me parece que una vez que le he dejado publicar

los mismos detalles que éste. «Así, añadió, me deshago de un tipo tan molesto como Rosa, porque sin duda sera cogido y ahorcado, y desacredito á Ruiz Zorrilla y á los republicanos, haciendo ver que se han aliado con hombres como Samaniego. ¿Qué le parece? ¿no lo hallas magistral...?» «Yo me marché despechado, diciéndole: «Mañana se lo sabré decir á V. M.» Aquella misma noche lei en un diario de Paris el telegrama siguiente: «Bayona.... Rosa Samaniego acaba de ser preso al bajar del tren de Paris.»

## LXX.

### Revelaciones.

*Milan 25 de Noviembre.*

No me he propuesto, dijo Boet, revelarle á V., para consignarse en las Cartas, mis trabajos de organización; sino aquellos hechos que sirven para retratar á la familia del Pretendiente y al partido carlista, que es el asunto que se ha propuesto V. describir. Asi es que continuando mi sistema, le diré que pareciéndome un día que ya era hora de resolver la cuestión Dorregaray, le pregunté á D. Carlos en qué habian quedado las averiguaciones de su hermano D. Alfonso. Contribuian á mi pregunta el estado en que habíamos dejado á Darregaray, despues de haberle movido á escribir su carta-manifiesto, rechazando todo arreglo con la nueva monarquía española, y unas cartas que con mucha solicitud me escribía de Madrid el historiador Pirala, que deseaba saber mi opinion sobre los misterios del Centro.

«Señor, dije á D. Carlos; el mutismo que guardamos no puede durar mas; conviene resolverse en pró ó en contra de Dorregaray, y sacar á este de la incertidumbre en que se halla. Si está probado que fué traidor, proclamémoslo á la faz del mundo; y si no lo fué, declarémoslo con toda imparcialidad.» El Pretendiente me contestó con despecho; «¿Todavía no está harto declarado lo que fué? Me parece que una vez que le he dejado publicar



una carta de adhesion á mi causa, sin hacerle caso, queda ya dicho de sobras que le tengo por traidor.”— «Si de este modo juzga V. M. á sus servidores, répliqué, ya podemos todos imaginar lo que nos espera. Me parece que me dijo V. M. que su hermano habia enviado alguno á tomar informes en el Centro; y que una vez conocidas sus averiguaciones, daríamos la última mano á esta cuestion. ¿Cómo no las ha esperado, pues, V. M.?”

«Te engañas, me replicó D. Carlos. Tengo ya esos datos, y de ellos he sacado la conviccion de que Dorregaray me fué traidor. Te los voy á dar.” En efecto, se levantó, fué á una mesa, y sacó un pliego de papeles que todavia guardo, y que ahoré mismo puedo enseñarle á usted. En prueba, ahí están, añadió entregándomelos. Yo, prosiguió Boet, quedé ansioso y maravillado, y no pude menos de decir á D. Carlos: «Me extraña mucho que V. M., que me comunica todo lo que recibe, se haya reservado una cosa tan importante para mí.”—«¡Oh! exclamó él. La razón es muy sencilla. Como tú no querrás convencerte, me abstuve de enseñártelos para evitar discusiones. Al fin y al cabo esto ya no lenia interés para mí, despues de la elocuente actitud que tomé con el traidor.”

De esto deduje que los datos no eran concluyentes, y me apresuré á leerlos con la mayor atencion. Segun puede V. mismo ver, estos papeles son una memoria de un carlista conocido, quien despues de consignar que don Alfonso le envió al Centro para hacer aquellas investigaciones, da cuenta del resultado, y concluye por la traicion. Los datos formaban tres grupos. Los primeros contaban como Dorregaray, apenas llegado al Centro y luego de haberse proclamado D. Alfonso en Sagunto, trabajó para adherirse directamente al movimiento, explorando sin rebozo la voluntad de los jefes y oficiales de los cuerpos. A mí me constaba que esto era mentira. Los segundos versaban sobre la actitud que tomó cuando Jovellar y Martinez Campos invadieron el Centro, las comisiones de alfonsinos que recibió y las batallas que dió. El mensajero observaba que se puso de acuerdo con los invasores y se dejó vencer, pudiendo ser vencedor. Esto ya no era una mentira, sino una aberracion mental, como lo conocerá quien lea lo que á V. le he contado. Finalmente, el tercer grupo se referia á la retirada, su-

poniendo que estaba convenida con los generales de don Alfonso.

«Señor, dije; si antes tenía á Dorregaray por honrado, ahora me convenzo de que no me engañé, porque veo que despues de tanto como se ha dicho contra él, y de los esfuerzos que se han hecho para confundirlo, no se ha logrado ninguna prueba directa, ni indirecta; lo cual demuestra la inocencia del acusado, pues los hechos son bien públicos. Los primeros datos de esta memoria son lontos; porque si Dorregaray hubiese querido pasarse á los saguntinos, no tenía necesidad de explorar personalmente á la gente, declarándoles su objeto, como aquí se dice. Dorregaray es hombre de bastante talento para no cometer estas simplezas en caso de mala intención. Los segundos datos puedo comprobarlos yo mismo, puesto que ví los sucesos con mis propios ojos; y no vacilo en decir que son descabellados. En cuanto á los demás, diré que la retirada es una determinacion militar que se puede disentir, pero nunca achacar á traicion. Yo no me hubiera retirado, aunque confieso que era muy difícil sostenerse, y que quizá á la postre hubiera debido irme por fuerza. Pero como V. M. comprenderá, esta es una opinion personal, y en semejantes circunstancias cada cual piensa á su modo. En pró y en contra de la retirada había razones de peso; y las de pró ganaron. Así, pues, no hubo traicion, sino un error discutible, ó un acierto dudoso; y cada cual puede justificar bien su parecer.»

«Ya me figuraba, replicó D. Carlos, que me saldrias con estas añagazas, y por esto no quise hablarte de los papeles.»—«Señor, exclamé; esto no son añagazas, sino razones de peso; y cualquiera las atendería para no verse privado de una espada tan ilustre como Dorregaray.» D. Carlos me miró con cólera. «Ilustre, pero traidora, dijo.»—«Ilustre y leal, repuse con energía, como lo prueba esta memoria. Dorregaray, añadí, ha sido siempre decoroso; y una vez en Cuba, no vaciló en exponer su situacion y carrera, para no cometer en materia de esclavos una indignidad, que otros muchos de mas alta posicion cometían llanamente cada dia. En vano le ofrecieron miles de duros; en vano le amenazaron con destituirlo, y echarlo á perder; todo lo rechazó, diciendo que estimaba mas la pureza de su conciencia que todos los

empleos, todo el oro y todos los ascensos. Perdió el dinero y el destino, pero no se arrepintió jamás de haber hecho su deber.”—«Todo esto son historias muy antiguas, me contestó D. Carlos; y como no hacen al caso, puedes suprimirlas. Mi determinacion irrevocable está tomada. Tengo á Dorregaray por traidor; no le quiero mas en mi partido, y de hoy en adelante no escucharé lo que de él me hables.”—«Se vé, repuse, que la cuestion de la monja de Estella todavia escuece á V. M. Pero sea como fuere, si V. M. piensa que Dorregaray fué traidor, yo pienso de otro modo, y así se lo escribiré á Pirala que desea conocer mi opinion.” D. Carlos me contestó: «Me es indiferente, con tal que no vuelva á ver á semejante hombre ante mí, ni en mi partido.”

En efecto contesté al historiador madrileño del modo que le tengo dicho; y aunque mas adelante recibí de otra persona una nueva copia de la Memoria del enviado de D. Alfonso, con una carta donde se me aseguraba que podia creer firmemente en los datos, no cambié de parecer. Entretanto Dorregaray, que estaba justamente indignado de la conducta de D. Carlos, permitió que su jefe de Estado mayor Oliver escribiese un libro, á testado de documentos, que no solo justificaban su lealtad, sino que tambien ponian al Pretendiente en berlina, boscuejando á este tal como yo se lo he descrito á V. Don Carlos se ofendió mucho del golpe, y hubo momentos en que temió que le costase su posicion política; porque las revelaciones de Oliver eran muy graves y ridiculas. «¿Has leído esto? me preguntaba con espanto. ¿No te parece que deberiamos contestar?

Aunque el libro me hacia á mí mucho daño, pues contrariaba indirectamente mis trabajos, y ocultaba todo lo que podia de mi campaña en el Centro, no pude menos de conocer en seguida que Dorregaray tenia razon, y que yo en su lugar me hubiera vengado del mismo modo. «V. M., dije al Pretendiente, ha querido castigar sangrientamente á Dorregaray por lo de la monja; y Dorregaray le demuestra ahora á V. M. los inconvenientes de confundir los asuntos privados con los políticos. Nada de contestar; porque sería peor. Aparentemos no dar importancia á la publicacion, y dejemos que caiga en el olvido. Afortunadamente el libro está hecho á la buca de Dios, y no producirá mucha impresion. Pero esto de-



he servirle á V. M. de escarmiento, porque andando el tiempo pueden suceder peores cosas." Así quedó definitivamente segregado del partido carlista su mas distinguida espada y uno de los hombres que por su carácter le habian dado mas prestigio. Dorregaray ha continuado despues, y continúa todavía emigrado, á pesar de los ofrecimientos que desde Madrid le han hecho, y de la miseria en que vive; lo cual prueba cuanta razon tuve siempre de negar que hubiese sido traidor.

Una de las cosas que tambien me ocuparon mucho fueron las relaciones de D. Carlos con su familia, en particular con su hermano D. Alfonso y el conde de Chambord, su tio. Desde lo del Centro los dos hermanos apenas se trataban, habiendo entre ambos un odio verdadero y profundo, que D. Alfonso dejaba entrever, pero que D. Carlos no disimulaba nada. El conde de Chambord y el Pretendiente tampoco se querian, juzgándose mutuamente con el mayor desprecio; solo que el segundo tenia por su tio un temor, que el sobrino no inspiraba al tio. Proponíame yo estrechar los vínculos de la familia, y valerme de ello para hacer entrar mas en razon á D. Carlos y á D.<sup>a</sup> Margarita, obligando al primero á ser mas moral, y á la segunda á cuidarse mas de sus intereses conyugales. De este modo haria mas compacto y vigoroso al partido carlista, y uniéndolo mejor con el legitimista de Francia, y el ultramontano de otros paises, le daria mas empuje, significacion y consistencia; porque la buena correspondencia de todas aquellas personas habia de traernos mejor el concurso de la gente que acaudillaban.

No puede V. imaginar cuán difícil me fué alcanzarlo, así del Pretendiente como de su esposa. Esta, que fué la primera á quien hablé de ello, se desbocó enseguida contra su cuñada María de las Nieves, á quien puso como un trapo con su ironia acostumbrada. «No me hables de esa gente, Boet, me contestó; porque aunque me vea obligada á tratar con ellos, siempre los odiaré. Alfonso y María son dos intrigantes que nos han hecho todo el mal posible, así durante la guerra como despues; y una de sus tretas mas pérfidas y refinadas es indisponernos con nuestro tio el conde de Chambord, á fin de que este nos quite el apoyo de su partido y de los ultramontanos de otros paises y al morir, nos desherede.»

«¡Oh! añadió. Tú no conoces á Maria. ¿Sabes por qué acompañó á Alfonso á la guerra? Para poverme en ridiculo á mí, que me habia establecido en Pau, donde esperaba el resultado. Ella sabia bien que para los tontos aquel contraste redundaria en beneficio suyo, pues asi parecia mas animosa y enamorada. Pero la estúpida no conocia que la gente se reia de ver aquella especie de *marimilitara* á caballo, yendo de ceca en meca, fugitiva aquí y apaleada allí, llevando una boinaza en la cabeza, que atendida su personita, le daba el aspecto de un guardacanton á caballo con la catedral de Paris encima.»

No pude menos de reirme de estas comparaciones; y D.<sup>a</sup> Margarita, que quedó toda satisfecha del efecto, prosiguió: «Pero si no fuera mas que esto, Boet..... La perfidia de mis cuñados va mas allá, mucho mas allá, pues tienen gran empeño en desacreditarnos ante el conde de Chambord. Figúrate que ellos saben que la mamá de Carlos se escribe frecuentemente con la condesa de Chambord, su hermana, y le cuenta todo lo que le pasa con la mayor confianza; y como conocen por sus espías de Paris la mala vida que lleva Carlos; cada vez que van á ver á mi suegra la apesadumbran refiriéndole todas las calaveradas de éste. La pobre muger se desahoga escribiéndoselo á la condesa de Chambord, y esta entrega las cartas al conde que forma el concepto que se supone. Yo no sé todo lo que mis cuñados se proponen con estas intrigas, ni qué lio llevan entre manos; pero esto y otras cositas me impidieran siempre que los quiera, y que tenga con ellos medianas relaciones. Por lo demás conozco que conviene á nuestros fines políticos que todos nos unamos estrechamente; y como ya corro bien con los de Frhosdorff, me avendré, si Carlos quiere, á disimular los sentimientos que me inspiran mis cuñados, con tal que no exijais de mí un sacrificio demasiado grande.»

Aunque no fuese muy lisonjera esta respuesta, menos lo fué la de D. Carlos, cuando le hablé del asunto. «El Cojo de Frhosdorff, me dijo, es un imbécil, y mi hermano un presumido, y medio rebelde, con quien todavia he de ajustar cuentas. ¡Oh! tú no sabes cuantos disgustos me dió en el Centro, sobre todo al marcharse á Francia; y si un dia nos vemos en Madrid; ó se desdirá de la pro-

clama que entonces dió contra mí insultándome sangrientamente, ó le fusilaré sin piedad. Si Alfonso imagina que él y yo haremos la segunda parte de D. Pedro el Cruel y D. Enrique de Trastámara, está muy engañado; porque yo lo enviaré al otro mundo antes que tenga tiempo de hacerme daño. Soy mas listo yo que D. Pedro el Cruel, Boet." No me sorprendieron estos sentimientos, porque ya tenia desde tiempo atrás noticia de ellos; pero como es natural, procuré atenuarlos, apelando al amor fraternal. «V. M. debe recordar, dije, que S. A. es hermano suyo, y que no conviene que haya divisiones de esa naturaleza en su familia, porque son muy graves, y producen mal efecto en el público."

«No creo en el amor fraternal, me replicó D. Carlos. Ese amor es una de las mayores embusterías que ha inventado el género humano. Existe el amor sexual, el conyugal, el paternal... Estos sí. ¿Pero el amor de hermanos?... Este amor consiste en comerse un hermano el hígado del otro, si puede; en desear el menor que reviente el mayor, para heredarlo, y el mayor que se hunda el menor, para reirse de él y esclavizarlo; el uno envidia al otro; el que tiene menos no puede ver al que tiene mas; el que prospera se recela del que no hace fortuna, y esté rábia del que tiene mas suerte que él. Entre hermanos, Boet, todo son celos, todo críticas, todo murmuraciones, todo rencillas y ódios mal disimulados. Alfonso me detesta á mí, y yo á él; y ambos engañamos al mundo aparentando no correr mal. Pero cada cual sabe bien á que atenerse con respecto al otro. No obstante, apruebo tu pensamiento de relacionarnos mas. Tengo deseos de enterarme de lo que Alfonso hace en Gratz, y el mejor medio es ir yo mismo. Mi hermano no me gusta ni muy cerca, ni muy lejos de mí. Iremos, sí, iremos un dia. Al mismo tiempo nos llegaremos á Chambord á ver al Cojo. Sé que está celoso de mis campañas y triunfos; y podria hacerme daño, si no le apaciguase visitándolo. Aunque le cargo mucho, siempre se enorgullecerá de recibirme." No quedé, como V. supondrá, muy satisfecho de estas resoluciones; pero las tomé por base de la concordia que queria establecer.



LXXI. (1)

### Doña María de las Nieves.

*Milan 5 de Diciembre.*

No puede negarse que las revelaciones de Boet. son preciosas; y que si como han caído en mis manos, caen en las de un Miguel de Cervantes, producen otra sátira inmortal. ¿Porque quién negará que D. Carlos sea positivamente un D. Quijote, lleno de la originalidad de nuestro siglo; Doña Margarita una nueva Dulcinea del Toboso; D.<sup>a</sup> María de las Nieves una especie de infanta Micomicona; Boet, un Sancho Panza trágico, el partido carlista una verdadera caballería andante con todas sus campanillas; la direccion de él una insula Baralaria hecha y derecha; y los demás personajes una serie de tipos tan lastimosos ó ridiculos como el resto del libro cervantesco? ¡Oh, naturaleza! ¡y qué rica, y qué prodigiosa y opulenta eres en tus creaciones; y cuán sensible es que no nazcan con mas frecuencia genios capaces de inmortalizarlas, dándoles vida y forma artísticas!

Si estas *Cartas* fueran escritas por un digno sucesor de los Aristófaues, de los Cervantes y de los Molieres, pasarían sin duda á la posteridad; y yo imagino desde aquí lo que sucedería dentro de dos ó trescientos años, cuando extinguidos todos los carlistas, y relegado su nombre á la historia; constituida democráticamente mi querida España, y olvidados de sus actuales aversiones políticas todos los españoles; en las noches del invierno, se juntasen las familias en torno de la lumbre, para defenderse de los rigores del frio, y pasar la velada discuriendo ó leyendo algun libro ameno. «Hoy, hijos míos,

---

(1) El Corresponsal debe advertir al público que al narrar los viajes de D. Carlos no ha seguido el orden cronológico, sino un orden político y literario.

diría el padre, leeremos la aventura de las batallas del *Ingenioso hidalgo D. Quijote*, la cual es tan espantable y sabrosa, que á la vez hace temblar y reír."—«No, papá, no, interrumpiría quizá el mayorcito. Ayer y anteayer ya leímos *Quijote*; y hoy para variar nos deberías leer alguna carta milanésa del *Rey de los carlistas*."—«Si, si, papá, exclamarían todos."—«Léenos, añadiría el mayorcito, aquella aventura de D. Carlos cuando la chica rumana le tomó los dientes postizos en Bucarest para hacerse pagar lo que aquel aun le debía."—«Yo prefiero, diría la niña, que nos leas aquello de D.<sup>a</sup> María de las Nieves cuando iba por montes y valles con su látigo de marimilitara y con aquella boina que parecía la catedral de París."—«No, papá, replicaría otro niño pequeño, á mí me gustaría mas aquello de cuando D.<sup>a</sup> Petrucci della Gattina creía que el general Fortun estaba enamorado de ella."—«Pues yo preferiría, diría el mayor, la escena de Pau, cuando D. Carlos llega todo colérico de la guerra, y dá á D.<sup>a</sup> Margarita aquella gran paliza que la tuvo quince días con tantas cataplasmas en las costillas."—«¿No sería mas bonito, interrumpiría otro chiquitín, que papá nos leyese como D. Jaime Matamoscas perseguía y mataba á las moscas, y preguntaba á los carlistas cuántas había matado D. Carlos para ser capitán general de ellos?"—Entonces el padre y la madre intervendrían para calmar á los alborotados, y poniendo en paz á toda aquella tierna é inocente confraternidad, les leerían estos episodios entre la admiración y la risa generales.

Pero por mi desgracia, y mas que todo, por desgracia de las letras patrias, mi pobre pluma está tan por debajo de la belleza y gracia del asunto, que lo único que deseo y anhelo es que dentro de aquellos dos ó trescientos años los historiadores literarios al ocuparse de la sátira en el siglo XIX puedan decir con toda justicia de mis *Cartas* estas ó parecidas palabras: «Allá por los años de 1879 ú 80, pues la fecha exacta no se ha podido averiguar bien: un autor, cuyo nombre ha desaparecido entre la indiferencia general, y que nosotros no hemos llegado ni siquiera á rastrear: publicó en un diario llamado *El Diluvio*, de Barcelona, una historia íntima del Carlismo y de D. Carlos, que resultaba ser por su conformidad especial una sátira desapiadada de estos odiosos

azotes de la paz, dignidad y progreso de los españoles. Se ignora lo que venia á ser dicha obra, de la cual ya no queda ni un ejemplar; y solo se ha sabido por una tradicion vaga que el autor hizo todo lo que pudo, y que sus lectores se lo tuvieron en cuenta." Si logro esto, será posible que enseguida los historiadores, sin ocuparse mas de estas cartas, pasen gravemente adelante, añadiendo: «Hablemos ahora del gran satírico español del siglo XIX, del incomparable orador humorístico D. Antonio Cánovas del Castillo, el cual en una serie de discursos inmortales donde se proclamaba demócrata y decia que el partido liberal conservador habia hecho la felicidad de los españoles; se elevó á una altura satirica tan prodigiosa, que seria difícil decidir si es mas grande que Cervantes, ó si Cervantes llega á ser tan grande como él."

Pero estoy observando, señor Director, que abuso un poco de la paciencia de V. y sus lectores; y devolviendo la palabra al general Boet, le dejo continuar su relacion que fué asi: Ya le contesté á V., dijo, cuando nuestras conversaciones sobre el Toison, que D. Alfonso y doña Maria de las Nieves se habian establecido á poco trecho de Viena, en Gratz, donde ocupaban un modesto y cómodo hotel. Segun mis noticias, la casa estaba montada y dirigida con el mayor orden y prudencia, teniendo un aspecto muy diferente de la de D. Carlos. Los príncipes evitaban exhibirse y llamar la atencion del mundo; pero no por esto estaban aislados; porque además de sostener relaciones con muchos carlistas de España y de la emigracion, hacian viajes de incógnito por Europa y América. Habia yo tenido ya lugar de conocer que enviaban á escondidas muchas limosnas á nuestros emigrados y á varias familias carlistas de España, de aquellas que estaban en la miseria; y que aunque no fuesen populares en el partido, contaban con una fraccion de amigos bastante importante.

Sorprendido del aislamiento aparente de esta pareja, y sobre todo de aquel tenaz silencio, y de la secreta guerra que hacian á D. Carlos en casa del conde de Chambord, por medio de su misma madre; deseé en gran manera ver de cerca á los dos príncipes, con objeto de formar concepto de su conducta, y conocer si en el fondo de esta habia alguna ambicion. Las revelaciones



de D.<sup>a</sup> Margarita me habían infundida grandes sospechas que dilatando mis miradas, me movían á temer cosas que antes no imaginara. Así es que fui á Gratz, y no fui una vez, y solo, sino varias, ya con D. Carlos, ya con este y su misma esposa. Como en estas cartas no se ha propuesto V. narrar cronológicamente y detalle por detalle mis revelaciones, sino formar grandes agrupaciones de noticias, bajo la unidad del carácter de don Carlos y de la vida del carlismo; yo le comunicaré á V. mis recuerdos en masa, prescindiendo de si una cosa ocurrió, ó se dijo en la primera, ó en la última visita, estando ausente, ó presente D.<sup>a</sup> Margarita; pues lo importante es que sea cierta, y que la dijese allí la persona á quien la atribuyó.

Los principales recibieron á los Pretendientes con una cordialidad aparente; y sobre todo con un respeto ceremonioso, que me pareció exagerado. Tanto D. Alfonso como D.<sup>a</sup> María los trataron como si ya fuesen verdaderos reyes, y ocupasen el palacio de Madrid. Escuchaban con respetuosa atención cuanto decían; y apenas se tomaban la libertad de contradecirles, y no se sentaban en su presencia sin haber antes obtenido permiso. En una palabra, D. Carlos y D.<sup>a</sup> Margarita estaban allí como en su casa, y D. Alfonso y D.<sup>a</sup> María como en la de un magnate forastero, que les fuese superior. A mí me pareció siempre que no había para tanto, y que dado el carácter de los Pretendientes, aquella etiqueta era artificial, y estaba destinada á ocultar una secreta intención. En efecto, no significaba respeto; porque además de no poderse ver las dos cuñadas, los príncipes conocían bastante la vida de D. Carlos y D.<sup>a</sup> Margarita, para no tomarlos en serio; y tampoco indicaba amor, porque desde el momento que descubrían á su madre lo que ya he dicho, revelaban que no solo no les querían poco ni mucho, sino que procuraban desacreditarlos. Observé también que D.<sup>a</sup> María trataba con mas atildamiento y gravedad á D. Carlos, y que cuando estaba á solas con él, además de hacerse de rogar para sentarse, procuraba estar á alguna distancia de él. Acordéme entonces de las revelaciones que aquel ayudante de D. Alfonso me hizo en Gandesa sobre una bellaquería que el Pretendiente intentó cometer en Estella contra su cuñada; y á veces mirando disimulada y profundamente á los dos parien-

tes, me decía: «¿Si será cierto? y si lo es ¿que pasará ahora en la imaginación de cada cuál? ¿qué debe pensar ella, viéndose á esta distancia de él, y este mirándola y hablándole á ella? ¡Con qué sorna no estará D.<sup>a</sup> María, y con qué despecho D. Carlos!» Pero nada observé nunca que me confirmase ó refutase aquellas revelaciones; porque la actitud de los dos así podía significar una como otra cosa.

Por mi parte debo decir que en Gratz siempre fui recibido con la mayor cordialidad y distinción, tanto del marido como de la esposa; y que ambos, y sobre todo ella, me trataron tan llana y confiadamente, que no se puede desear mas. Había un contraste tan grande entre la recepción que me hacían á mí, y la que hacían á sus hermanos, que me chocó siempre, y hubiera chocado á cualquiera. La he llamado cordial, porque no puedo negar que lo fuese. ¿Pero lo era verdaderamente? ¿no adolecía también de alguna intención? Lo ignoro; y únicamente diré, que aunque hubiese allí gato encerrado, es indudable que no faltaba un poco de sinceridad.

Durante mi estancia en casa de los príncipes tuve varias conversaciones con D. Alfonso sobre las cosas del partido; pero como ya le dije á V. que este no es de gran inteligencia, y por otra parte yo le hablaba con prudencia, no sería interesante reproducir lo que dijimos. Lo mas característico de estas conversaciones era el aliento del príncipe, que es tan fétido, que no se puede resistir ni con un habano en la boca. Conversé también mucho con D.<sup>a</sup> María, y aunque esta no tenga tampoco un talento notable, su fisonomía y carácter mugeril daban originalidad á todo lo que me decía. En efecto, ya le referí que era una mugercita toda pequeñita, descolorida, delgadísima é intencionada. D.<sup>a</sup> Margarita suele decir de ella que debe todas sus cualidades y toda su elegancia á ser física rematada; y no sería extraño que lo acertase. Tomóme luego la famosa princesa audante mucha amistad, y pasaba horas enteras charlando conmigo. Me contaba la vida que ella y su marido llevaban allí, y los viajes que hacían á escondidas; me enseñaba sus vestidos; me refería lances de sus campañas de Cataluña y el Centro, y todo con una sencillez y un romanticismo que me sorprendían y encantaban. «¡Qué mujer tan singular! me decía yo. No es extraño que se haya ha-

blado tanto de ella en diverso sentido; porque ya parece una loca, ya una discreta, ya una aventurera, ya una señora. Es indudable que nació con buena cabeza, pero que su calidad de princesa de derecho divino la trastornó completamente. En todo lo que dice hay á la vez una muger fantástica bien educada y una marimilitara de las mas estafalarias y antipáticas. ¡Qué fenómeno!"

— Pero nada le dará á V. una idea mas cabal de nuestras conversaciones, como un resúmen de ellas. «¿Qué te parece, Boet, de nuestro hotel? me decía.»—«Muy bonito, señora, contestaba yo. Me gusta mucho.»—«No es grande, repuso ella; pero nos basta. Nosotros vivimos modestamente, procurando que no falte nada, y que cada cosa esté en su lugar. Así hacemos economías, y de vez en cuando podemos escaparnos á correr el mundo. ¡A mí me gusta tanto viajar! No te lo puedo decir. Loca estoy por los viajes. Quisiera haber dado la vuelta al mundo, y haber visto hasta los países mas salvajes. No me amedrenta nada cuando se trata de hacer un viaje; y á decirte la verdad, cuanto mas peligroso es, mas me gusta, pues soy aficionada á las fuertes emociones. ¡Oh, Dios mio! añadió. Pensar que no he tenido nunca la suerte de descarrilar, de naufragar, ni de tropezar con una partida de ladrones, á pesar de haberlo deseado tanto!"

— Yo me eché á reír. «Señora, dije, V. A. tiene unos gustos muy extraordinarios. No sé si se hallarian muchas mugeres que desearan estas calamidades." Ella me contestó muy seria: «Pues yo, Boet, me muero por ellas; y cuando emprendo un viaje, siempre voy con la secreta esperanza de que nos suceda algo que me haga sentir mucho. Si navegamos, me digo: *¡quiera Dios que naufraguemos! ¡qué bonito seria hallarse ahora en un naufragio!* Si vamos en un tren, pienso en las gratas sensaciones que tendria de que hubiese un terrible choque que nos echase todos á rodar; y si pasamos por algun sitio solitario, no puedo menos de pensar *¡lástima que no nos asalten una docena de bandidos, y nos roben cuanto llevamos!* Por desgracia nunca nos ha sucedido nada; y no puedes imaginar cuanto he envidiado á aquellos que se han hallado en semejantes conflictos; pues á veces viajando he tenido tan mala suerte, que si en vez de tomar el buque ó el tren de las dos, hubiésemos tomado el de las tres, hubiéramos naufragado, descarrilado, ó caído en manos



de ladrones. Alfonso mismo te podría decir cuanto lo he sentido."

«Señora, lo creo, contesté sonriendo. Pero libreme de viajar mucho con una persona que lleva tan singulares intenciones.»—«¿Por qué? exclamó ella. ¿Por el peligro? Si esto es lo de menos. ¿Hay nada mas monótono que navegar, ó viajar en tren, sin ocurrir el menor accidente? Yo no lo puedo resistir. Pero ven, que te voy á mostrar mi guarda ropa. Verás que vestidos tan bonitos y elegantes tengo.» Enseguida me acompañó al sitio donde tenia sus trajes, y me los enseñó uno á uno explicándome el uso que hacia de ellos, y preguntándome mi parecer sobre su corte y belleza. «¿Verdad que son bonitos? me decia.»—«Mucho, contestaba yo. S. A. debe estar muy linda con ese cuerpecito tan monito y airoso.» Ella se sonrió.» «Mejor estaba, repuso con el vestido de amazona, el látigo de montar á caballo y la boina. Aquel traje, sí, que me caía á maravilla.»

Enseguida me condujo á otras partes, donde me enseñó varios objetos, como flores secas, unas alpargatas y un sable. «Mira, me dijo: flores de Olot, flores de Manlleu, flores de Vich. ¿Tú eres catalan, verdad?» Yo contesté: «Sí y no, señora. Nací en Francia, estando mis padres emigrados, pero mi madre era catalana, y pasé algun tiempo en Mataró donde vivia su familia.»—«Cataluña es muy agreste y me gusta mucho, dijo ella. Estas son flores de Puigcerdá. ¡Qué valiente es la gente de aquella villa, Boet! quisiera que los hubieses visto defenderse! Yo no creí nunca que el valor humano pudiese llegar tan allá. Nuestro ejército los atacó con heroismo. Pero ellos nos rechazaron con un valor sublime. Dicen que hasta las mujeres nos hacian fuego; y la verdad es que si yo hubiese estado con ellas, hubiera hecho lo mismo. Te aseguro que lo de Puigcerdá nos dió muy malos ratos.» Entonces yo la interrumpí. «Oí decir en Cataluña, dije, que V. A. durante el asalto de esta villa animaba á los voluntarios gritándoles: *Petróleo, voluntarios, petróleo.*»—«No lo recuerdo, me contestó; aunque es posible, porque necesario era echar mano de esto, ya que no podíamos triunfar á tiros. Estas flores, añadió, son de Caldas de Montbuy. Allí tambien sufrimos un descalabro, que no esperábamos. Los voluntarios de la Diputacion hicieron una brillante defensa, que nos costó muchas

bajas. Yo deseaba tomar un baño en las termas, y me volví sin bañarme. ¡Cómo ha de ser!

«Pero fortuna tuvieron los de Caldas de la gente que les llegó de Granollers, de Sabadell y Tarrasa; que de lo contrario, entramos. ¿Sabes que son valientes los catalanes, cuando se han acostumbrado á las armas? Son hombres de aquellos de poco ruido y muchas nueces. Mientras atacábamos á Caldas, yo estaba á corta distancia en una masía presenciando el ataque. De repente tocan socorro en el campanario de la villa. ¿Qué hay? preguntó.—Nada, me contesta Miret. Dos ó tres docenas de esos locos de Senmanat, que han pasado á la bayoneta por entre nosotros y se han metido en la villa. ¿Sabes, Boet, que se necesita ser bien templado para hacer esto?—Mucho que sí, contesté.»

«Mira bien estas alpargatas, añadió. Yo las he llevado. Una vez Alfonso y yo nos perdimos en Cataluña, y anduvimos errantes muchos días por entre las columnas, disfrazados de payeses. Imagina qué figura hacíamos los dos. Yo llevaba jubon, falda corta y alpargatas; y Alfonso una gran barretina. Cada vez que nos mirábamos, nos moríamos de risa. Estas alpargatas eran las mías, y las conservo en memoria del suceso.» Entonces yo le dije: «¿Y no temía V. A. caer prisionera de una columna y recibir una afrenta, peor que la muerte?»—«No, me contestó. Porque llevaba siempre una pistola amartillada para atravesarme el corazón.» Yo me callé.

Entonces ella tomando el sable que he citado, me dijo: «¿Ves este sable? Era del héroe liberal de la guerra de Cataluña; del enemigo mas terrible que hemos hallado en el antiguo Principado y el Centro. Es la espada de Cabrinety. ¡Qué hombre, Boet! ¡qué valor! ¡qué talento! ¡qué actividad! No; no era un hombre, sino la guerra, la persecucion y la audacia personificadas. Si vive quince días mas, acaba con todos nosotros. Su muerte fué digna de su vida. Aquel era un hombre de veras y un militar de temple. Nos perseguía como el aire, y nos caía encima como el rayo. No se podía vivir llevándolo á él detrás. Afortunadamente murió; pero murió como debió morir, peleando como un héroe. Nosotros conservamos su espada, como el mejor trofeo de nuestras campañas de España. Ahora, Boet, voy á darte una gran sorpresa, la mejor sorpresa que puede darse á un catalán. *¡Te agrada,* añadió,

*tot lo que t'hi enseniat?* (¿Te gusta lo que te he enseñado?)” Y continuó hablando en catalán, como una verdadera catalana. Sorprendido y confuso yo de esto, me puse colorado, y contesté: «Perdone V. A. que no le conteste en mi lengua materna, pues me sacaron de Cataluña muy jovenito, y se me olvidó en fuerza de no oirlo hablar.» — «¡Qué vergüenza! exclamó ella riendo. Esto si que no merece perdon. Apréndela cuanto antes, y cada vez que vengas, la hablaremos, porque es una de las lenguas que me gustan más.»

## LXXII.

### Las conversaciones de Gratz.

*Milan 8 de Diciembre.*

Sin embargo, prosiguió Boet, el bosquejo que le hecho á V. no bastaría á representar completamente lo que pasaba en aquella casa cuando nosotros estábamos de huéspedes; porque las escenas características ocurrían cuando reunidos los cuatro parientes, departían en un tono que parecia amigable. En efecto, entonces se hablaba del partido en un interesante abandono; y cada cual mordía á su sabor, contando sucedidos, atacando jefes, defendiendo villanías y justificándose de acusaciones, lo cual producía un contraste que daba más luz á aquellos cuatro caracteres.

Describamos, pues, señor Corresponsal, una de estas escenas. Nos hallamos cómodamente sentados en el salon del hotel, en torno á una mesa redonda, donde hay varios libros encuadernados, de diferente tamaño; y doña María, tomando un fóllo y abriéndolo, dice á su cuñada: «Margarita: esta es la coleccion de la *Flaca*, donde varias veces tuve el honor de ser puesta como un trapo, en prosa, en verso y en lápiz, junto con S. M. tu marido. Voy á enseñarte las láminas mas saladas. Aquí es donde me pintaban como á D.<sup>a</sup> Blanca de Barcelona, lo cual nos hacia morir de risa á Alfonso y á mí.» D. Carlos se apresuró á coger el libro, diciendo: «A ver, á ver como



*tot lo que t'hi enseniat?* (¿Te gusta lo que te he enseñado?)” Y continuó hablando en catalán, como una verdadera catalana. Sorprendido y confuso yo de esto, me puse colorado, y contesté: «Perdone V. A. que no le conteste en mi lengua materna, pues me sacaron de Cataluña muy jovenito, y se me olvidó en fuerza de no oirlo hablar.» — «¡Qué vergüenza! exclamó ella riendo. Esto si que no merece perdon. Apréndela cuanto antes, y cada vez que vengas, la hablaremos, porque es una de las lenguas que me gustan más.»

## LXXII.

### Las conversaciones de Gratz.

*Milan 8 de Diciembre.*

Sin embargo, prosiguió Boet, el bosquejo que le hecho á V. no bastaría á representar completamente lo que pasaba en aquella casa cuando nosotros estábamos de huéspedes; porque las escenas características ocurrían cuando reunidos los cuatro parientes, departían en un tono que parecia amigable. En efecto, entonces se hablaba del partido en un interesante abandono; y cada cual mordía á su sabor, contando sucedidos, atacando jefes, defendiendo villanías y justificándose de acusaciones, lo cual producía un contraste que daba más luz á aquellos cuatro caracteres.

Describamos, pues, señor Corresponsal, una de estas escenas. Nos hallamos cómodamente sentados en el salon del hotel, en torno á una mesa redonda, donde hay varios libros encuadernados, de diferente tamaño; y doña María, tomando un fóllo y abriéndolo, dice á su cuñada: «Margarita: esta es la coleccion de la *Flaca*, donde varias veces tuve el honor de ser puesta como un trapo, en prosa, en verso y en lápiz, junto con S. M. tu marido. Voy á enseñarte las láminas mas saladas. Aquí es donde me pintaban como á D.<sup>a</sup> Blanca de Barcelona, lo cual nos hacia morir de risa á Alfonso y á mí.» D. Carlos se apresuró á coger el libro, diciendo: «A ver, á ver como

me retraban."—«¡Cuánto me voy á reir! exclamaba doña Margarita." Enseguida hojeaban la coleccion, soltando fuertes carcajadas cada vez que hallaban una buena caricatura. «Cárlas, decia D.<sup>a</sup> Margarita; á ti te pintan con la misma facha que un mico. ¿Si será por tus aficiones al bello sexo? Mira ¡qué figura tan rara haces aquí! ¡Jesús! Para ser un orangutan no te falta mas que el rabo. ¿No le parece, María? Mirale bien. Es propiamente un orangutan." D. Cárlas se volvía todo colérico á su esposa, le miraba los lábios, que, segun ya dije, tiene muy salientes, y exclamaba: «¡Chical si lo soy, al ménos no me falta una compañera digna de mí; porque aunque te pintes de blanco, con esos lábios de embudo siempre parecerás una negra." Los príncipes callaban y se sonreían, y D.<sup>a</sup> Margarita haciendo como que no habia comprendido, tomó otro libro y dijo:

«¿Qué fóleo es este?"—«Es un semanario de Barcelona, llamado la *Campana de Gracia*, contestó D. Alfonso. María gusta mucho de leerlo; y unos conocidos nos lo mandan semanalmente."—«¿Lleva caricaturas? preguntó Don Cárlas."—«Sí, contestó D. Alfonso; y no son malas."—«¿Y estoy yo? dijo el Pretendiente abriéndolo."—«Sin duda, respondió el hermano."—«¡A ver si te habrán favorecido un poco mas que en la *Placa!* exclamó D.<sup>a</sup> Margarita. ¡Aíto! que aquí veo unas inmensas piernas y brazos, que sin duda son los tuyos, Cárlas. A fé, que no me equivoqué. Es su propio retrato. Extasiate, Cárlas; que te han puesto como eres." Todos mirábamos sonriendo la caricatura, sin decir palabra, cuando D. Margarita dijo: «Cárlas; si pudiéran ver tu esqueleto andando, con esos grandes palos por brazos y piernas ¡qué modo de escapar de tú presencia!"—«Pues yo no estoy descontento de estas caricaturas, repuso el Pretendiente. Así me hicieran una docena cada dia."—«¡Oh! exclamó D.<sup>a</sup> Margarita. Lo creo perfectamente. Pero confiesa que no te gustarian tanto si te pintasen huyendo del enemigo." D. Cárlas calló, mordiéndose los lábios.

«Boet, dijo D.<sup>a</sup> María, ¿sabes leer el catalan?"—«Con dificultad, señora, contesté. Pero comprendo la lengua."—«Yo cada semana leo á mi marido la *Campana de Gracia*, repuso ella; y á veces nos reimos como unos locos. Los chistes catalanes tienen un sabor particular que los distingue de los de otras lenguas. Pero no se saborean,

sino cuando se es catalan, ó se ha pasado mucho tiempo en Cataluña.”—«Se conoce, dije, que V. A. se penetró bien del carácter de aquella tierra.”—«A fé que sí, me contestó; porque me gusta por lo original. No se parece á nada de lo que he visto en otras partes.” Entonces don Alfonso me dirigió la palabra, y me dijo: «¿Se acordaban todavía de nosotros, cuando tú estuviste por última vez?” Yo contesté: «Sí, señor; mucho.” Entretanto D. Carlos y su mujer hojeaban la coleccion. «¿Y qué decia la gente? me preguntó D. Alfonso.” Entonces los Pretendientes levantaron la cabeza, y me miraron. Yo, que me ví cogido, balbucé una excusa. «Señor, bien, dije; hablaban mucho; en verdad que tenian muy presentes á vuestras altezas.”—«Vamos hombre, repuso D. Carlos; no digas tantas mentiras.”—«Habla con franqueza, exclamó doña María. Los que nos reimos de los ataques de la *Placa* y de la *Campana de Gracia*, bien podemos oír los del país. ¿Qué decian, qué decian?”

«Señora, contesté, tantas cosas, que no deben ser ciertas... En general se quejaban de que SS. AA. hicieran fusilar á los prisioneros, aunque hubiesen capitulado con la vida salva.” D.<sup>a</sup> María se encogió de hombros para indicar su indiferencia. «Nosotros, dijo D. Alfonso, no fusilábamos á todos los prisioneros, sino á los que servian como voluntarios; los cuales por este hecho no merecian cuartel. Por esto, así como á la tropa se le salvaba la vida, á los carabineros, cipayos, milicianos y guardias civiles se les pasaba por las armas con toda justicia, por rebeldes á S. M. mi hermano.”—«Naturalmente, hizo D.<sup>a</sup> María con un gesto.”—«Bien hecho, exclamó D. Carlos.”—«María dijo D.<sup>a</sup> Margarita; tú habrás visto fusilar á muchos hombres. ¿Es divertido?”—«No he visto fusilar á nadie, contestó la preguntada. Pero he visto á muchos prisioneros que iban á ser fusilados; y es una cosa muy curioso, muy particular y entretenida.”

D. Alfonso volvió á tomar la palabra. «Verdaderamente, dije, no comprendo todo el alboroto que ha habido en Europa contra nosotros, por estos fusilamientos y algunas otras cosillas de la misma índole. Dicen que los liberales daban cuartel á los carlistas á pesar de que todos estos eran voluntarios. Pero la comparacion no es justa; porque nuestros voluntarios defendian la legitimidad, y por consiguiente eran fieles y leales vasallos; al



paso que los voluntarios liberales la atacaban, lo cual les convertía en rebeldes. Por consiguiente, los liberales tenían el deber de dar cuartel á los carlistas, so pena de ser asesinos; al paso que nosotros teníamos el derecho de fusilar á los liberales, por rebeldes. Del mismo modo opinaban todos los jefes carlistas de Cataluña. Por esto hice matar á los carabineros y cipayos de Ripoll y Berga, sin oposicion de mis tropas; y hoy por hoy haría lo mismo, si volviese á hallarme en aquel caso.”—«María, dijo D.<sup>a</sup> Margarita, ¿no te inspiraban lástima los que iban á ser fusilados?”—«No, contestó aquella. ¿Por qué se la había de tener? Eran enemigos de nuestra dinastía; y habían sido presos haciéndo armas contra nosotros.”—«¡Parece imposible! exclamó D.<sup>a</sup> Margarita.”—«¡Bah! dijo D.<sup>a</sup> María. A fuerza de verlo cada dia, una llega á no hacer caso de nada. Cuando ví á Cabrinety muerto, me eché á reir espontáneamente. ¿Qué quieres? Si hubieses estado conmigo, pronto hubieras hecho como yo. Verías que un ayudante te dice: ¿Vé V. A. á aquel prisionero? Ahora lo llevan á fusilar: Y tú lo miras con curiosidad é ironía, pensando: ¡qué mal rato debe pasar ahora! cómo debe pensar: dentro de unos minutos ya no veré nada de lo que veo! Luego no te acuerdas más y te ocupas de otras cosas.”

«Es cierto, repuso D. Carlos.”—«Esto de cerca, dijo D. Alfonso, parece siempre mas sencillo que de léjos. Lo mismo que el cisco que nos armaron por lo de Cuenca, acusándonos de que nuestras tropas mataron, saquearon y violaron. ¡Como si no hubiesen tomado la ciudad por asalto, y no se supiese lo que en estos casos ocurre! Que vayan los que se quejan á contener á gente que acaba de entrar á la bayoneta en una plaza, despues de una resistencia horrorosa. Yo dejé hacer, porque tambien hubiera sido inútil oponerme. Además, ¿qué nos importaba á nosotros? Era una ciudad liberal.” D.<sup>a</sup> María dijo: «En Cuenca no pasó nada particular, y nosotros tendremos siempre este hecho de armas, por uno de los mas gloriosos de nuestras campañas. La guarnicion se defendió brillantemente, y quedó toda prisionera y con la vida salva, aunque comprendia muchos voluntarios. Allí fuimos mas generosos que en otras partes, y sin embargo, nadie nos lo toma en cuenta; como si no fuera mucho que unas personas como nosotros perdonasen á los mismos que

acababan de disputarles á muerte una ciudad que pertenece á su familia. Dicen que hubo doncellas violadas y casadas deshonradas... Si esas casadas y doncellas se hubiesen matado, nadie las hubiera tocado. Yo cada día estaba expuesta á lo mismo, y siempre iba preparada para no caer viva en manos del enemigo. Sin duda es sensible que nuestro ejército maltratara á las mujeres. Pero la culpa es de ellas; pues nosotros no lo podíamos evitar."

Entonces D.<sup>a</sup> Margarita dijo, tomando un gran tomo: «¿Qué libro es este, que aun no lo hemos abierto?»—«Es una novela alemana de la guerra carlista, con muchas láminas, contestó Don Alfonso. Os divertiría mucho ver los grabados, algunos de los cuales son muy preciosos.»—«¿Estoy yo? preguntó D. Carlos.»—«Muchas veces, contestó D. Alfonso.»—«A ver, á ver, dijo el Pretendiente.» Enseguida lo abrió, y todos empezaron á mirar los dibujos. D. Carlos se extasió ante uno, donde figuraba apoyado en un cañon, vestido de bandolero y con unas pistolas en la cintura. «¡Bravo! exclamó. ¡Así me gusta verme! ¡qué actitud tan heroica tengo! ¡con qué arrogancia estoy! Parece Juan *sin miedo*. Será necesario comprar esta obra, porque me honra mucho. ¡Oh! Esos alemanes son lince. Los españoles me acusan de cobarde; pero no lo soy, y la prueba es que los alemanes que son gente muy formal y no hablan sino de lo que saben, me describen aquí como un héroe.» D.<sup>a</sup> Margarita se sonrió y dijo con sorna: «Se conoce que esta obra está atestada de fábulas. Al menos las láminas mienten mucho.»

Nadie replicó, aunque alguno entre sí ríese de firme. «¿Quién será este? preguntó D. Carlos fijándose en otro dibujo. Parece el general Argonz.»—«¿Quién, exclamó D. Alfonso; aquel general carlista que antes de la guerra vendía casullas?»—«El mismo, contestó D.<sup>a</sup> Margarita. A fé que era un tipo...»—«Es el hombre mas alto, mas delgado y gallina que he visto en mi vida, dijo D. Carlos. Su cobardía no se puede comparar sino con su estatura.»

D. Margarita tomó la palabra y dijo: «Argonz con su cuello larguísimo y su andar lento y majestuoso ha representado siempre mejor que nadie la majestad del pavo real. Pero su estrella palidece, comparado con su mujer. Cuando Argonz era comandante general de Navarra,

y recibía noticia de algun movimiento del enemigo, al instante imaginaba que sería contra Estella, donde él residía; y temblando de piés á cabeza, llamaba á su mujer, y la decía: Amiga mía, estoy malo; me ha sabrevenido un redoblamiento de tos, y conviene que me acueste. Pero segun noticias, el enemigo se acerca, y convendrá enviar un reconocimiento con un cañon. Tú misma llama á algun jefe, y mándale salir del modo que te parezca mejor. Entónces la señora Argonz se ponía seria, y mirando á su marido, decía: Bueno. ¿Pero no sería mejor dos cañones? Porque supon que van con uno; hallan al enemigo, y atacan. Si llevan un cañon, tan solo podrán disparar cañonazos un minuto sí y otro no; al paso que si llevan dos, podrán tirar á cada momento. Tienes razon, contestaba él. Arréglalo tu misma, porque me viene un cólico atroz. En efecto, la generala llamaba á un jefe y le daba orden de salir con dos cañones. Enseguida tomando una entonacion heróica, añadía: Mi marido está indispuesto, y no puede ocuparse de la expedicion de V. Pero como me ha encangado a mí que me pusiese en su lugar y vigilara, puede V. ir tranquilo, que no le perderé de vista, y como le vea en un apuro, expediré enseguida refuerzos."

Este episodio nos hizo reir á todos como locos. «¿Cuánto lipo no hay en mi partido! exclamó D. Cárlos. Bien puede decirse que es el mas típico y pintoresco de todos los de España, y que ninguno le iguala en hombres raros y bufos. ¿Quién es capaz de contener la risa ante Velasco, aquel extraordinario sombrerero de Búrgos, elevado á la categoria de general carlista? Lleno siempre de pomadas y cosméticos, se daba un gran aspecto militar, atufándose las guías del bigote." D.<sup>a</sup> Margarita añadió sonriendo: «Sin contar su hija, que parece una señorita del Circo." Los príncipes no contestaron. «¿Y Mogrovejo? exclamó el Pretendiente. Al principio de la guerra imaginábamos que este general se habia de comer al mundo; y despues se vió que no servía mas que para comer sopas y calentarse."—«Hombre, dijo la esposa. No te olvides de su hijo, que con aquellas piernas tan largas y delgadas es otro característico de los mas agradables; sin contar el resto de la familia, que nada tiene que envidiar al padre, ni al hijo." Tampoco los príncipes contestaron.



«No hablemos ahora del general Plana, dijo D. Carlos; porque en mi vida he visto un viejo más hipocondríaco, mas inútil y chillado. ¡Qué posma! ¡qué roedor! ¡qué carga!» D.<sup>a</sup> María hizo un gesto de disgusto. «¡Pobre Plana! exclamó.»—«Carlos, dijo con timidez D. Alfonso; la Plana no merece esto: fué un buen servidor y un militar inteligente.»—«¿Qué no lo merece? repuso el Pretendiente. Comparado con aquella otra posma del general Maestre, no; porque yo no creo que se hallase en el resto del mundo un ser mas abrumador que éste. Le dieron la dirección de la artillería, y mejor hubiera desempeñado la del fastidio y aburrimento universales.»

«Sin embargo, dijo D.<sup>a</sup> Margarita, una de las cosas que me hicieron mas gracia en la última guerra, fué nombrar á un sordo como Valdespina general en jefe del sitio de Bilbao. Petrucelli della Gattina hubiera preferido nombrarlo alumno de una escuela de sordo-mudos.» Los príncipes se callaron. «Valdespina no sirve mas que para ir vestido de general y pedirme cruces, dijo D. Carlos. Pero no me negarás que el general Algarra, con su hotel, sus riquezas, y las treinta conversaciones que aprende cada mes para recitar una al dia, es tan típico como Valdespina. Lo bueno es verlo el último dia de los meses de treinta y uno, porque como ya ha acabado los cuentos, ha de repetir el primero.»—«Vamos, Carlos, observó D.<sup>a</sup> Margarita. No digas mal del hombre á quien debes la práctica de ciertas casas de Paris.»—«Es falso, contestó el Pretendiente. No he necesitado nunca que Algarra me enseñase lo que yo sabía aprenderme por mí mismo.»

Viendo D.<sup>a</sup> Margarita el silencio de los príncipes, dijo á su cuñada: «¿Y á vosotros, María, cómo os fué en Cataluña y el Centro con aquella sarta de generales grotescos?»—«Muy mal, contestó la interpelada. A excepcion de Freixa, no hallamos mas que calamidades.»—«Cataluña, dijo D. Alfonso, estaba llena de bandoleros y el Centro de ladrones y traidores. ¡Cuánto sufrimos!»—«Es muy cierto, repuso D.<sup>a</sup> María.»—«Saballs nos atormentó mucho, añadió D. Alfonso. ¡Qué malo es! ¡qué perverso! Cuando de vuelta de Estella pasamos otra vez por Cataluña, para ir al Centro, apostó gente en el camino para asesinarlos, y á no haber tenido aviso, y cambiado en seguida de itinerario, perecemos sin remedio á sus

manos. Pero á pesar de esto, más nos hizo sufrir Lizárraga en el Centro. ¡Qué cobarde é hipócrita era este hombre! ¡qué antipático y danzante! Cierito, no se podía aguantar á Saballs, porque es el más grosero é insolente de los hombres; pero al menos mientras anduvimos con él nos hería de frente; que Lizárraga atacaba á traicion."

—«Lizárraga era un imbécil, dijo el Pretendiente. No servía sino para comer sopas, y contar las apariciones de la Virgen de los Dolores.»—«Entre Saballs y Lizárraga, dijo D.<sup>a</sup> María, padecimos lo que no se puede contar.»—«Dios me libre, exclamó D. Alfonso, de verme nunca jamás rodeado de aquel atajo de perdidos que hacían la guerra del Centro y Cataluña: hombres sin escrúpulos, sin educación, sin talento, sin probidad, sin valor, ni convicciones; que solo se ocupaban en recoger dinero, y comer buenos bocados.»—«Así era, repuso D.<sup>a</sup> María. Porque aunque todas aquellas costumbres nuevas de Cataluña y el Centro, aquellas correrías, aquellos combates, aquellos peligros, aquellos asaltos y fusilamientos me divirtieron mucho, las intrigas me hicieron sufrir más."

«¿Y qué me dices de los curas de aquellas provincias? preguntó D.<sup>a</sup> Margarita; ¿son tan típicos como los que vi en Navarra cuando fui á ver á mi calaveresco y augusto esposo?»—«Mucho que sí, Margarita, contestó María; y á fé que nos pasó con unos cierta cosa que Alfonso y yo no olvidaremos fácilmente." D. Carlos la miró. »;Holal dijo. ¿Quisieron hacerte algún desaguisado de mala índole?» D.<sup>a</sup> María, desentendiéndose hábilmente, contestó: «A Alfonso y á mí lo hicieron, y á fé que todavía estoy en duda de si dimanó de imbecilidad ó de malicia."

«A ver, cuenta, repuso D.<sup>a</sup> Margarita.»—«Un dia, dijo María, fuimos al monasterio de la montaña de Monserrat, donde hay unos frailes ó monjes; el sitio es muy pintoresco y extraño, y tan original, que no recuerdo haber visto nada que se le pueda comparar. Pues sabréis que los monjes nos recibieron así, así, alojándonos en un aposento tan mezquino y súcio, que Alfonso y yo creímos que no habria otro mejor en toda la casa. Al dia siguiente un fraile, no sé si el prior ú otro, nos llevó á ver todo lo notable del edificio, y haciéndonos entrar en unas cámaras suntuosamente adornadas, nos dijo con mucha frescura: «Han de saber SS. AA. que aquí alojamos á los reyes, príncipes y otros personajes cuando visitan el mo-

nasterio." Nosotros quedamos estupefactos, y yo repuse con una sonrisa nerviosa: «¿Con que nosotros no somos príncipes, ni personajes? Bueno es saberlo. Vamos, vamos, Alfonso; que despues de esto no nos queda mas que ver.»

D.<sup>a</sup> Margarita oyó esta humillacion con una complacencia evidente. «¿Qué modo de rebajaros y abochornaros! exclamó para herir mas á sus cuñados.»—«¿Y no os vengasteis? exclamó D. Cárlos.»—«¿Qué habíamos de hacer? dijo D. Alfonso.»—«¿Qué? exclamó el Pretendiente. A los dos ó tres dias disfrazar á una partida carlista de partida republicana, y enviándola á Montserrat, hacer degollar á todos los frailes y pegar fuego al monasterio. Lo que es yo les doy esta paga, como dos y dos son cuatro.» Muchas otras cosas se dijeron allí bastante nuevas y curiosas; pero como alargarian esta relacion, sin dar mas relieve á los personajes, me parece mejor suprimirlas.

Concluiré contando un suceso muy extraño que me dió mucho que pensar. Un dia que estaba en casa de los príncipes con el marqués de Respaldiza, éste entró todo asustado en mi cuarto, y acrecándoseme recelosamente, me dijo en voz baja al oido: «¿No sabe V. lo que pasa? Ha llegado á París una comision de carlistas importantes de España para ofrecer la Corona á D. Alfonso y D.<sup>a</sup> Maria." Yo di un salto. «¡Imposible! exclamé con impetu.»—«El hecho es cierto, repuso él, y si V. no lo contiene, aquí va á haber la mar.»—«¿Lo sabe D. Cárlos? pregunté.»—«No lo creo, porque yo acabo de recibir en confidencia la noticia de París.»—«Pues cállésela V., dije; que yo tomaré precauciones.»

Hízolo él, y yo, sin avisar á D. Cárlos, procuré conocer aqnel misterio, que me parecia importantísimo, atendida la extraña conducta de los príncipes. «Me revela esto su plan? decia. ¿Se proponen esto? Su aislamiento, sus limosnas, sus denuncias á la madre de D. Cárlos contra éste, se encaminan á producir una segunda edicion de la intriga que hubo contra D. Juan? En tal caso, pensaba, no se pondrán suplantar á D. Cárlos, sino destituirlo, proclamando á D. Jaime con la regencia de ellos; y la comision, que segun Respaldiza, hay en París, debe ser un movimiento espontáneo de algunos carlistas impacientes é imprudentes; porque lo que ofrecen no se po-



dria realizar, existiendo los hijos de Don Carlos.”

Sin embargo, no pude avergnar nada, pues aquella comision desapareció con el mismo sigilo que habia llegado. ¿La hicieron retroceder por inoportuna ó imprudente los mismos príncipes? ¿se negaron á recibirla por llevar un mensaje excesivo? Lo ignoro. Pero en Gratz me convencí de que D. Alfonso y D.<sup>a</sup> María traman contra don Carlos la misma intriga que éste contra su padre don Juan; que esperan el momento de sublevar al partido carlista á su favor como regentes ó con otro título; y que disponen ya de un número notable de partidarios, ganados á fuerza de buenas palabras y de obsequios pecuniarios. Veremos si la sublevacion estallará en el caso de que D. Carlos pierda el proceso del Toison. Yo creo que los príncipes esperan ahora este momento para clavar el puñal en el corazon de su hermano.

LXXIII.

**El cojo de Fhorsdorff.**

*Milan 13 de Diciembre.*

En cumplimiento de mi plan, fuimos tambien á Fhorsdorff, donde reside el conde de Chambord, jefe y rey de los legitimistas franceses y tío de D. Carlos. Aunque estuvimos varias veces, unas con D.<sup>a</sup> Margarita y otras sin ella, narraré en conjunto lo que allí nos pasó á los tres. El castillo de Fhorsdorff está situado en un despoblado cerca de unos grandes bosques, que le dan un aspecto triste y desconsolador. Las habitaciones, medianamente bien amuebladas, son melancólicas y monásticas como las celdas de un convento. La misma luz parece que avergonzada de penetrar en ellas, las deja en una media oscuridad que desmaya al hombre más alegre. En toda la casa reina un silencio profundo, como si fuese un cementerio.

Allí vive el conde de Chambord, príncipe de derecho divino, educado á la moderna, bajo los principios religiosos y morales más estrechos en todo lo que no se opo-

dria realizar, existiendo los hijos de Don Carlos.”

Sin embargo, no pude avergnar nada, pues aquella comision desapareció con el mismo sigilo que habia llegado. ¿La hicieron retroceder por inoportuna ó imprudente los mismos príncipes? ¿se negaron á recibirla por llevar un mensaje excesivo? Lo ignoro. Pero en Gratz me convencí de que D. Alfonso y D.<sup>a</sup> María traman contra don Carlos la misma intriga que éste contra su padre don Juan; que esperan el momento de sublevar al partido carlista á su favor como regentes ó con otro título; y que disponen ya de un número notable de partidarios, ganados á fuerza de buenas palabras y de obsequios pecuniarios. Veremos si la sublevacion estallará en el caso de que D. Carlos pierda el proceso del Toison. Yo creo que los príncipes esperan ahora este momento para clavar el puñal en el corazon de su hermano.

LXXIII.

**El cojo de Fhorsdorff.**

*Milan 13 de Diciembre.*

En cumplimiento de mi plan, fuimos tambien á Fhorsdorff, donde reside el conde de Chambord, jefe y rey de los legitimistas franceses y tío de D. Carlos. Aunque estuvimos varias veces, unas con D.<sup>a</sup> Margarita y otras sin ella, narraré en conjunto lo que allí nos pasó á los tres. El castillo de Fhorsdorff está situado en un despoblado cerca de unos grandes bosques, que le dan un aspecto triste y desconsolador. Las habitaciones, medianamente bien amuebladas, son melancólicas y monásticas como las celdas de un convento. La misma luz parece que avergonzada de penetrar en ellas, las deja en una media oscuridad que desmaya al hombre más alegre. En toda la casa reina un silencio profundo, como si fuese un cementerio.

Allí vive el conde de Chambord, príncipe de derecho divino, educado á la moderna, bajo los principios religiosos y morales más estrechos en todo lo que no se opo-

ne al libre desarrollo de sus intereses políticos. El conde es un hombrecillo pequeño, de gruesa cabeza, de ojos infantiles y místicos, de fisonomía distinguida y de un rostro lleno de carnes, que indica una glotonería muy desarrollada, y un estómago excelente y bien alimentado. Es rechoncho, corto de piernas y algo cojo. Tiene, en fin, el aspecto de una persona bien educada, enamorada de sí misma, abstraída, y acostumbrada á comer delicada y suculentamente; á no tener quebraderos de cabeza de ningun género, y á ver á todos sus conocidos sujetos respetuosamente á su omnimoda voluntad. La condesa es una señora muy fea, sorda, y con la nariz torcida; modesta, sin ambicion, resignada, religiosa y de buenas entrañas. Vive consagrada á la admiracion y servicio de su marido, y pone todo su afan y felicidad en que este no carezca en lo mas mínimo de las comodidades y respetos que exige.

Atendidos estos precedentes, ya se comprende la vida que allí hace. El Conde y la Condesa se levantan por la mañana y oyen misa en su oratorio. Despues ó antes del desayuno, el Conde se digna despachar con su secretario, lo mas brevemente posible. Aunque se reciben todos los diarios, folletos y libros legitimistas de Francia, incluso el *Figaro*; no se permite la entrada á ninguna publicacion liberal, por conservadora que sea. El Conde no lee nada, y solo cuando aparece un artículo muy notable y de estruendo, se digna pasar los ojos por él, y manifestar su aprobacion. Cada día se recogen cuidadosamente los periódicos, y se colocan bien doblados en unas casillas que para este objeto hay en el *fumadero* del castillo. La diversion mas ordinaria del Conde es la caza; bien que D. Carlos pretende, con su bellaqueria acostumbrada, que no es oro todo lo que reluce, y que el bueno del tío con pretexto de cazar, frecuenta un cercano convento de monjas del cual la Condesa es fundadora ó protectora.

Los parientes y forasteros son libres en la casa hasta las seis de la tarde en punto, á cuya hora todos deben presentarse en el salon, con frac y corbata blanca los hombres, y vestido escotado las señoras, para saludar á los Condes, y acompañarlos á la mesa. ¡Ay si faltase uno! ¡ay del que no fuese puntual, por encumbrado que estuviese! El Júpiter Olímpico del lugar lo anonadaria de



una terrible mirada. Contóme D.<sup>a</sup> Margarita que siendo aun soltera, un día tardó dos minutos en comparecer, y que fué tan grande el terror que su tío le infundió, que aun recordaba temblando aquel lance.

En Erhorsdorff hay siempre una comision de legitimistas franceses de ambos sexos, que forma como una especie de corte, y que es reemplazada cada diez ó quince dias, tanto por sus necesidades de familia, como por el fastidio que aquella morada causa. Los caballeros tienen el encargo de poner al Conde en mas intimas relaciones con el partido, enterarlo bien de los sucesos, é impedir que haga barbaridades; y las señoras, que son siempre algunas viejas, cargadas de tirabuzones, hacen compañía á la Condesa.

A las seis en punto, pues los comisionados y demás huéspedes, se juntan en el gran salon, bien peinados, vestidos y charolados; y el conde de Chambord y su muger entran, con el mismo traje de etiqueta, y la mas altisonante solemnidad. Entonces los concurrentes se ponen en pié, y saludan profundamente á Júpiter Olimpico y á la buena de su Juno, en medio de un silencio sepulcral. Despues de contestar el conde con benévola deferencia, da la vuelta por la estancia, dirigiendo á cada cual la palabra. «Buenas tardes, caballero, dice. ¿Está usted bueno?»—«Bueno, Monseñor, gracias.» El conde se frota las manos. «Hoy ha nevado mucho, dice.»—«Sí, Monseñor, replica el otro.» El conde vuelve á frotarse las manos, y pasa á otro convidado. «¿Y V. tambien bueno, caballero?»—«Mucho, Monseñor.» El conde se frota de nuevo las manos. «¡Cómo ha nevado! exclama.»—«Sí, Monseñor.» El conde se sonrie, y todo frotándose las manos, pasa al tercero. «¿Y V. bueno? dice.»—«Sí, Monseñor, gracias.» El conde continúa frotándose las manos. «Ha caido una buena nevada, exclama.»—«Verdad es, Monseñor.» El conde va al cuarto, sin dejar de frotarse las manos. «Buenas tardes, caballero, ¿Cómo está V.?»—«Perfectamente, Monseñor.» El conde sigue frándose las manos. «¿Ha visto V. cuanta nieve? dice; y así continúa invariablemente hasta saludarlos á todos.

Al fin se levanta el tapiz, y el mayordomo dice: «Monseñor, la mesa está puesta.» Entonces el conde da el brazo á la condesa, y pasa al comedor, seguido de toda la concurrencia. Marido y muger toman el asiento que

les corresponde, y las demás personas ocupan el que se les ha designado por rigurosa dignidad. La primera parte de la comida es fría y silenciosa, pues se emplea tan solo en comer y beber. Pero quien asiste por vez primera, queda estupefacto de las acciones del conde de Chambord: quien come tanto y con tal rapidez, que sus quijadas no paran un momento, produciendo un ruido confuso de vianda masticada, que dura largo rato sin interrupcion. Pero no es esto lo mas original é interesante, sino la esgrima de cuchillo y tenedor con que corta el manjar, lo coge y mete en la boca; pues las puntas de los dos instrumentos se juntan, se enlazan, se confunden, se separan, vuelven á unirse y confundirse, pescan, cortan, acompañan, sueltan y pescan otra vez con una destreza, ligereza, soltura y facilidad, que los ojos mas listos no pueden seguir aquel movimiento vertiginoso.

No se oye mas que el *tin tilia, plia, repilin, tirilin* de aquel fantástico cuchillo y tenedor, que van corriendo del plato á la boca, y de la boca al plato, cogiendo tajadas y depositándolas en las muelas; asiendo de otras, y añadiéndolas á las medio masticadas; mientras la garganta produce un continuo *af, aaf, aaaf, graaff* trágando voluptuosamente aquel monton de buenos bocados que le llegan sin cesar. El Conde goza de un modo supremo en aquellos momentos; y sus ojos brillan con una alegría infantil, su rostro se colora y dilata, su imaginacion se exalta y entusiasmo, y sus fuerzas se despliegan con mas energía, con una agilidad y vigor, que lo trasforman en un atleta. Entonces parece como que renace á la vida, y que es capaz de alguna cosa.

Cuando empieza á tener el estómago bien lleno, se digna acordarse de que le acompañan á la mesa otros seres inferiores; y levantando la vista del plato, mira benevolamente en torno suyo, y da la señal de la conversacion. Los comensales rompen en seguida aquel helado silencio, y se hablan con una franqueza, que aunque contenida por la etiqueta, no excluye los chistes, ni las sonrisas y risas. Si el conde toma la palabra, toda la concurrencia escucha con la mayor atencion, y luego aprueba con un movimiento de cabeza, ó una expresion de *bien dicho*, ó *es cierto* todo lo que aquel acaba de decir, aunque sea el desatino mas colosal.

Esta costumbre me dió lugar de medir un día al Conde de Chambord de piés á la cabeza, como quizá no se le ha medido nunca mas exactamente. Tomó este la palabra, y contó un sucedido, que ahora no recuerdo. Un diputado francés, que es manco de un brazo, perdido en la guerra franco-alemana, le contradijo urbanisimamente. «Monseñor, dijo inclinándose. Permitidme una observacion que pienso haceros con el mayor respeto. En lo que os habeis dignado contarnos hay un detalle que no os han referido exactamente.» En seguida hizo con muchos modos y tacto la rectificacion.

El conde le dejó decir, y tomando luego la palabra, repuso: «No, caballero. El hecho pasó como yo he dicho. Lo sé de cierto, porque me lo refirió quien estaba bastante enterado.» Todos los circunstantes escuchábamos en silencio. El diputado manco se inclinó respetuosamente y replicó en las mas atentas formas: «Monseñor, esa persona no debia saberlo bien, porque yo soy testigo ocular del suceso, yo figuré en él, y puedo aseguraros que ocurrió del modo que me he permitido deciros.» El conde de Chambord lo miró coléricamente; frunció las cejas, apretó los dientes y cogiendo un plato, lo levantó en el aire y sin decir palabra, lo rompió con furia en la mesa. Hubo un silencio y terror general; y pareció que el techo se habia venido abajo, y nos habia sepultado á todos. «¿Qué majadería! pensé yo. Y este hombre quiere gobernar á un país, que como Francia, ha pasado por tantas revoluciones? Ya veo que en el fondo es tan negado, tan típico y ridículo como D. Carlos; aunque en la forma sea mas caballero y decente.» Tal es el conde de Chambord.

La condesa tiene menos pretensiones y mejor trato que su marido y habla con la gente del modo mas llano y atento, sin romper platos cuando la contradicen. Pocas mugeres he visto en mi vida mas feas y simpáticas que ella; y puede decirse con exactitud que es un ángel con una figura desagradable. Tiene los sentimientos humanos y tiernos; carece de ambicion política; no cree en el triunfo de su marido, y juzga del estado de Europa con mucho criterio. Yo hablé varias veces con ella y jamás olvidaré sus palabras, ni el simpático efecto que su exquisita bondad me produjo. «Señor Boel, me dijo, el tiempo de las monarquías de derecho divino ha ter-



minado y verá V. como ni Monseñor, ni D. Carlos reinarán. Vds. preparan en España una nueva guerra, y esten seguros de que será tan inútil como las anteriores. Si yo hubiese de darles un consejo, les diría y rogaría que no ensangrentasen más á su patria. ¡Oh, señor Boet! Crea usted que es horrible que tanta gente se mate por una cosa tan imposible como el triunfo de mi sobrino. Si nuestro partido quisiese en Francia hacer otro tanto, yo le aconsejaría y rogaría lo mismo que á V."

Sorprendido de estas palabras, le contesté: «Señora, en España es inevitable, porque somos tan batalladores los españoles, que en último resultado siempre decidimos por las armas nuestras divergencias políticas." Estábamos la condesa y yo de pié, junto á una ventana, desde la cual se veía el campo cubierto de nieve. «¡Qué triste es pensar, repuso aquella, que estas divisiones hayan de producir tantas matanzas! Sobre todo, añadió con melancolía, cuando uno ve tan palpablemente que la democracia es inevitable, que nada la ha detenido, ni podrá detener, que todo lo invade, trastorna y arrolla, y que va siendo la soberana universal. Yo estoy muy contenta de que Monseñor no reine, porque sabe Dios cómo hubieramos acabado nuestros días. Al menos ahora disfrutamos de paz y tranquilidad en este rincón del mundo, y somos tan felices como puede serlo un mortal." Yo me sonreí. «V. A. es muy pesimista, dije." Ella repuso: «¡Oh, señor Boet! es que conozco la situación de Europa. Crea V. que los países mas seguros son hoy en día los que como Francia han pasado ya por la revolución. Si supiese V. cómo está Austria... Dios sabe lo que un día sucederá en ella." Tales eran las tristes conversaciones que la condesa de Chambord tenía conmigo.

Aunque D. Carlos y D.<sup>a</sup> Margarita eran allí tratados con la mayor atención, conocí en seguida que tenían poca influencia, y que el Conde de Chambord hacia muy poco caso de ellos. Sin embargo, como yo me proponía estrechar las relaciones del carlismo y legitimismo francés, procuraba ganar por mis propios esfuerzos la simpatía que necesitábamos. El Pretendiente me dejaba hacer, sin contrariarme; por mas que de vez en cuando cometiese majaderías que le dañaban; pero D.<sup>a</sup> Margarita se reía de mis trabajos y me desengañaba de mis esperanzas, como si se propusiese hacerme desistir.

«Mira, Boet, me decía; no seas inocente. Aunque llegases á interesar cuanto deseas al Conde de Chambord, no seríamos mas fuertes, porque el partido legitimista es impotente, y cada día se enflaquece más. Hubo un día que pudo esperar algo, pero fué una ilusión de veinticuatro horas. La rama de Orleans quiso reconciliarse con mi tío; y un príncipe de aquella familia se presentó aquí en representación de los demás, acompañado de una hija suya. Esta circunstancia lo acabó de embrollar todo. La chica al ver el aspecto ridículo de mi tío, se echó á reír con la mayor desenvoltura, sin respeto á su mismo padre; y cuando vió á mi tía con sus narices de través, prorumpió en una gran hilaridad. Queriendo su padre disculparla, dijo á los Condes que era tal el desco que aquella chica habia tenido de conocerlos, que ahora no habia podido reprimir la alegría. Pero la niña mirando atrevidamente á su padre, repuso: «Qué dices ahí, papá? Yo no he deseado conocer á estos señores; y si estoy aquí, es porque tú me has llevado á la fuerza.» Con que imagina Boel lo que despues ocurrió: el príncipe y mis tíos se separaron odiándose y despreciándose mas que antes; porque un insulto se olvida, pero una befa como aquella se recuerda siempre.»

D.<sup>a</sup> Margarita tenia en el fondo razon; pero aunque le correspondiense avisarme, no le estaba bien contrariarme del modo que lo hacia, poniendo allí en ridículo á su mismo marido. Un día, estando á la mesa, D. Carlos contó alguna tontería; y apenas cerró la boca, D.<sup>a</sup> Margarita se echó á reír, burlándose de él sarcásticamente. «Vamos, Carlos, dijo. Ya nos la has pegado, como sueles.» D. Carlos replicó enérgicamente que era cierto lo que acababa de referir. «Me extraña que lo dudes así, exclamó.» Pero D.<sup>a</sup> Margarita soltó entonces una verdadera carcajada; indicando que habia mentido. «¡Oh! exclamó. Esta es demasiado gorda.» Juzgue V. de la sorpresa y estupor de todos los circunstantes, y del desprestigio que la escena causaba á D. Carlos. Temiendo el conde de Chambord que resultase un conflicto, tomó la palabra, y cambió rápidamente de conversacion.

Pero cuando mas tarde se retiró con la condesa le dijo que estaba muy incomodado de sus sobrinos, y que esperaba que no volverian á hacer en su casa escándalos como el de aquella noche. «Que vayan á Passy á regañar

y disputarsé, dijo.<sup>21</sup> La condesa cogió al día siguiente á D.<sup>a</sup> Margarita, y le dió un solfeado que la hizo llorar. «Tía, exclamaba esta; yo no puedo contenerme, porque Carlos dijo una mentira tan grande, que era capaz de hacer reir á las piedras.» La condesa replicó: «No importa. Tú debias callarte, y disimulárselo, por vuestro propio bien; porque al descrédito que ya tiene tu marido, le añadias el de tus risas y denegaciones, ante Monseñor y tantos personajes importantes de Francia.» D.<sup>a</sup> Margarita bajó la cabeza; pero el daño ya estaba hecho, y el conde de Chambord y su partido, que tan mal concepto tenian ya de los Pretendientes, acabaron entónces de extremarlo.

#### LXXIV.

### Viaje á Londres.

*Milan 18 de Diciembre.*

Después de la guerra civil D. Carlos tenia un delirio por los viajes, pues como se dió á entender que ya era ilustre, queria gozar de su celebridad, mostrándose á las naciones que se habian ocupado de sus hazañas. No me oponia yo en principio á que viajase, antes al contrario, creia que era necesario, para que se ilustrara y modificara mas; pero deseaba que lo hiciese con economía y oportunidad, á fin de no empobrecerse y sacar de ello alguna ventaja política; y sobre todo que antes se corrigiese bastante de los defectos de trato social que lo vulgarizaban y ridiculizaban. No lo alcancé, tanto por la ligereza del Pretendiente, como por la intolerancia del gobierno francés, que por dos veces desterró á este de Francia.

Así es que, á pesar mio, D. Carlos viajó antes de suzon y sin oportunidad. Pero lo peor fué que no pude excusarme de acompañarlo, y cargar con una parte del ridiculo de su conducta. En efecto, aunque me avine á ir con él á Gratz y Frhosdorff, donde me proponia alcanzar un fin



y disputarsé, dijo.<sup>21</sup> La condesa cogió al día siguiente á D.<sup>a</sup> Margarita, y le dió un solfeado que la hizo llorar. «Tía, exclamaba esta; yo no puedo contenerme, porque Carlos dijo una mentira tan grande, que era capaz de hacer reir á las piedras.» La condesa replicó: «No importa. Tú debias callarte, y disimulárselo, por vuestro propio bien; porque al descrédito que ya tiene tu marido, le añadias el de tus risas y denegaciones, ante Monseñor y tantos personajes importantes de Francia.» D.<sup>a</sup> Margarita bajó la cabeza; pero el daño ya estaba hecho, y el conde de Chambord y su partido, que tan mal concepto tenían ya de los Pretendientes, acabaron entónces de extremarlo.

#### LXXIV.

### Viaje á Londres.

*Milan 18 de Diciembre.*

Después de la guerra civil D. Carlos tenía un delirio por los viajes, pues como se dió á entender que ya era ilustre, quería gozar de su celebridad, mostrándose á las naciones que se habian ocupado de sus hazañas. No me oponia yo en principio á que viajase, antes al contrario, creia que era necesario, para que se ilustrara y modificara mas; pero deseaba que lo hiciese con economía y oportunidad, á fin de no empobrecerse y sacar de ello alguna ventaja política; y sobre todo que antes se corrigiese bastante de los defectos de trato social que lo vulgarizaban y ridiculizaban. No lo alcancé, tanto por la ligereza del Pretendiente, como por la intolerancia del gobierno francés, que por dos veces desterró á este de Francia.

Así es que, á pesar mio, D. Carlos viajó antes de suzon y sin oportunidad. Pero lo peor fué que no pude excusarme de acompañarlo, y cargar con una parte del ridiculo de su conducta. En efecto, aunque me avine á ir con él á Gratz y Frhosdorff, donde me proponia alcanzar un fin

político; me negaba rotundamente á seguirlo despues; y sin las vivas instancias, ruegos y súplicas de D.<sup>a</sup> Margarita, no hubiera cedido. Me decía D.<sup>a</sup> Margarita textualmente, que su marido era un hombre sin cabeza, é ignorante; que viajaba lo mismo que una maleta, y que en cualquier parte que fuese se hallaria con príncipes instruidos; que, viendo su necedad, no le respetarian, si no llevaba á una persona que lo dirigiese y escudase. «Mira, Boet, añadía; lo que te pido no es un servicio egoísta, sino relacionado con tus planes; porque si Carlos parte solo, su viaje será como el de América, una odisea de escándalos y ridiculeces, que retumbarán por Europa, desacreditándolo mas á él y desbaratándote á tí tus trabajos.»

D.<sup>a</sup> Margarita tenia razon, y hube de concederselo, mal que me pesare. Pero antes de partir, tomé algunas precauciones, que me defendiesen de la lluvia de ridiculo que nos amenazaba; y habiéndolo hecho á D. Carlos un cuadro de todos los conflictos en que podíamos hallarnos, le dije: «Señor, ahora es mas necesario que nunca que V. M. se ponga muy sobre sí, y se reparte; porque vamos á ver personajes, príncipes, reyes y emperadores, que son en la forma un dechado de cortesía, aunque en el fondo adolezcan de lo que Dios quiera; y si V. M. no rivaliza con ellos en buen tono y elegancia, quedará perdido sin remedio.»—«Llevándote á tí no me asusto, me contestó; porque tú me guiarás en todo. Sin embargo, dime desde luego lo que me conviene hacer; que entretanto me lo encasquetaré en la cabeza.»

«Señor, repuse: Nada de nuevo he de encargar á V. M. sino al contrario, recordarle otra vez lo que ya le tengo dicho y redicho; que ponga mucho cuidado en el movimiento de sus piernas y brazos; que cuando camine por un palacio ú hotel, no arrastre los piés á derecha é izquierda levantándolos en el aire con un gallardeamiento de cabeza y cuerpo; que no coja por las solapas, ni por los brazos á nadie, y mucho menos, á reyes y emperadores; que cuando esté en un salon no dé con el codo al del lado; ni vuelva la espalda al de su derecha, al hablar con el de la izquierda; y sobre todo que se acuerde de las contraseñas que tenemos convenidas, para advertir á V. M. de sus inconveniencias; como, por ejemplo, si digo en español *Señor: zy Juanito?* fíjese en lo que está dicien-

do; si digo: *Señor: muchos Juanitos en reserva*, advierta que obsequia á uno en perjuicio de muchos; y si mi seña es *Juanito á retaguardia*, echese atrás en seguida, porque se hallará en una situacion descortés." Prometiome D. Carlos hacer al pié de la letra cuanto le decia y le encargase; y aunque yo le creí á medias, no tuve mas remedio que tomar la cruz, y seguirlo al calvario. «Te juro, me dijo el Pretendiente, que estarás contento de mí.»

Fuimos á Londres, y apenas habíamos salido de París, dí de bruces en una calamidad, que no habia recordado, y que de puro soez no podrá V. referir. Cuando D. Carlos viaja en ferro-carril tiene la costumbre mas puerca y singular del mundo. Se mete el pulgar y el inmediato en las fosas nasales, y pescando sapos y culebras, hace pildoras de Morisson, y las deposita cuidadosamente en las almohadas y respaldos del coche, donde se limpia con mucho cuidado los dedos. La primera vez aparenté estar distraido; pero viendo que S. M. continuaba pescando y haciendo pildoras, ya no quise callarme más. Acerquémele mucho, y le dije al oido: «¡Por Dios! ¿qué hace V. M.?»—«Nada, me contestó. Me limpio las narices.»—«¿Pero no tiene V. M. pañuelo? repuse.»—«Sí, dijo; pero lo hago mejor con los dedos.»—«Señor, repliqué, cuidado con esto, que es una de las inconveniencias mas feas y repugnantes que se conocen.»

El pretendiente se encogió de hombros. «¿Qué quieres que le haga? exclamó. Me he acostumbrado desde pequeño á hacer esto en los vagones, y ahora no sabria corregirme; pues mas que limpiarme me distraigo.» Y en efecto, continuó todo el viaje metiendo los dedos, elaborando y depositando, á pesar de mis miradas, de mis indirectas y ruegos; lo cual me convenció de que era un vicio que habia adquirido mucho antes, porque á haberse limpiado siempre que metió los dedos, hubiera producido tanto material, que arruina de golpe á los doctores Brandell y Holloway. Pero, repito, señor Corresponsal, que esta escena adolece tanto de lo que ahora VV. llaman *realismo literario*, que no la podrá V. describir."

Entonces interrumpí al señor Boel, y le dije: «Perdone V., general. Esas palabras de *realismo é idealismo literarios* no son otra cosa que majaderías de cuatro escritores extranjeros mas llenos de presuntuosidad y mala instruccion, que de talento y buenos estudios. Los mas



eminentes escritores griegos, desde Aristófanes hasta Sófocles, á pesar de su gran idealismo, pintaron siempre los defectos de la naturaleza humana, por desagradables que fuesen; y nuestro Cervantes, que también era idealista, no vaciló en pintarnos á Sancho desatándose las calzas y aliviándose de un dolor de vientre, y á D. Quijote tapándose las narices y quejándose amargamente del mal olor de su escudero. Por consiguiente El Duuvio, que se ríe de toda esa gerga de realismo é idealismo, no vacilará en publicar una escena que autorizan los maestros griegos, y Cervantes, el gran maestro español.”

Entonces el general repuso: «Tanto mejor, señor Corresponsal, porque la escena, aunque desagradable, merecía contarse. En fin, prosiguió, llegamos al mar, tomamos el vapor, y partimos para Inglaterra. D. Carlos iba de incógnito, y según me dijo, quería conservarlo rigurosamente, hasta llegar á Londres. Pero como siempre reventaba de ganas de que le reconozcan, cuando nadie le ha descubierto, procura por algunos medios ridículos darse él mismo á conocer. Así es que al observar que allí nadie le hacia caso, empezó á maniobrar para descubrirse, y hé aquí lo que hizo, que es lo mismo que invariablemente hace en casi todos los hoteles y buques. Escapóseme; y viendo á un inglés de aspecto importante que se paseaba solo por el puente, blandió su baston, y fué á pasarse paralelamente á aquel, fumando un puro. Al cabo de un rato se detuvo, púsose el puño del baston delante de los ojos, y como llevaba grabados en él los nombres de todos los combates que le habíamos ganado, así que el inglés pasó, empezó á leer en voz inteligible: *Estella Monte Muru, Alpens, Lacar, Daroca, Cariñena...* Pero el extranjero continuó su pasco, sin fijarse en nada.

Conociendo D. Carlos que no habia llegado la oportunidad, volvió á pasearse con el puro en la boca, espionando la ocasion de hablar al inglés. Al fin este sacó un cigarro, y se lo puso en los labios El Pretendiente corre enseguida á su encuentro; y quitándose el suyo de la boca, le ofrece fuego sonriendo. «¡Sirvase V.! dijo.” Quedó sorprendido el inglés, y tomando el fuego para no hacer un desaire, saludó ceremoniosamente. «Gracias, caballero, contestó.” Pero aunque iba á separarme, don Carlos se le puso al lado intrépidamente. «¿V. es inglés?

dijo." El desconocido se incomodó de este atrevimiento. «Sí, contestó secamente."—«A mí me gustan mucho los ingleses, porque son muy serios, añadió el Pretendiente."—«Gracias, dijo el otro con la misma sequedad."—«Ahora voy á Londres, dijo D. Carlos. Es una grande y hermosa ciudad."—«Gracias, contestó el inglés, sin mirarle."

«Yo soy español, dijo el Pretendiente. ¿Ha estado V. en España?"—«No, contestó en voz breve el inglés."—«Es un país muy curioso; añadió D. Carlos."—«Dicen, repuso el inglés de un modo seco." El Pretendiente no se daba por repelido. «¿Ha oído V. hablar de la gran guerra carlista? prosiguió."—«Algo, contestó el inglés secamente."—«Ha sido una sangrienta y terrible guerra, exclamó D. Carlos; y ha costado muchas vidas. ¿Conoce V. á don Carlos?"—«No, respondió el otro con displicencia."—«Pero de nombre lo conocerá V. mucho, repuso el Pretendiente."—«Algo, dijo el inglés todo indiferente."—«Le gustaría á V. conocerlo? añadió D. Carlos." Entonces el inglés comprendió que allí había un misterio; y deteniéndose, miró en silencio al Pretendiente. Acercósele este al oído, y despues de mirar en torno suyo con recelo, se puso un dedo en la boca y dijo: «Caballero, no lo descubra V. á nadie, porque voy de incógnito. D. Carlos... soy yo!"

El inglés lo miró estupefacto. «¿Vos? exclamó." D. Carlos retrocedió un paso, se cuadró, echó atrás la cabeza, llevó la mano al sombrero saludando, y dijo: «Sí, caballero; yo soy la espada del catolicismo; yo soy el defensor del trono y del altar; yo soy el enemigo terrible de la revolucion. No crea V. á los que dicen que quiero restablecer el Santo Oficio; pues conozco demasiado á mi siglo para cometer esa barbaridad. Lo que yo quiero restablecer en mi querida España es el imperio de la ley y de las buenas costumbres; la religion y la moralidad, la gloria, el honor, la paz y la agricultura. No soy fanático, ni clerical, sino tolerante, moral y religioso. Grandes sacrificios he hecho ya para cumplir mis designios; mayores estoy dispuesto á hacerlos, si Dios me conserva la vida. He ganado combates y batallas; he tomado fortalezas y ciudades; he hecho millares de prisioneros; he sido el terror de la demagogia."

«Si me han vencido, no ha sido por la fuerza, sino por la traicion. Pero nadie me quitará la gloria de haber pe-

leado hasta el último trance, con un heroísmo insuperable. ¿Vé V. el puño de este bastón? Todos estos nombres grabados son las victorias que alcancé. Habrá oído V. hablar de las grandes batallas de Bilbao... Allí había V. de verme. Yo en persona mandaba á mis tropas. Eramos unos 50,000 contra 100,000 que mandaba Serrano. Pero entre los míos estaba yo, y los míos no temían la desigualdad. Montado en un brioso caballo blanco, me arrojé sobre el enemigo al frente de mis tropas; y al uno cortándole la cabeza de un sablazo, al otro haciéndole saltar los sesos de un tiro de pistola, á este pasándole de parte á parte de una estocada, á aquel derribándole mal herido de un revés; aquí acorralando y arremolinando con mi impetu batallones enteros, allí espantando y poniendo en fuga con mis ataques á diversos regimientos; produjo un terror tan grande, que puse al enemigo en vergonzosa derrota." El extranjero, que hasta entonces habia escuchado con interés, comprendió al fin qué tipo tenia delante, y dijo con finura: «Caballero: yo no conozco sino á dos hombres que hayan hecho prodigios semejantes: *Ricardo Corazon de Leon* y *Don Quijote de la Mancha*." Dicho esto, lo saludó, y lo dejó plantado.

Al fin llegamos á Londres, y despues de haber tomado algun descanso, empezamos á visitar la gran ciudad. Un dia al salir del Banco Nacional, nos encontramos rodeados de una multitud de comerciantes é industriales de la *Cité*, que habian corrido á esperarnos, así que supieron que D. Carlos estaba allí. No bien reconocieron al Pretendiente, prurumpieron en una silba tan espantosa, que parecia una tempestad de gruñidos, gritos y amenazas. «¡Bandido, ladrón, píllo, incendiario, asesino, hipócrita, miserable! exclamaban. ¡Fuera! ¡fuera ese monstruo! ¡fuera ese bellaco!" Y le enseñaban los puños, y gritaban y gruñían con violento furor. D. Carlos estaba pálido, y yo me puse á su lado, temiendo un conflicto. «¡Animo, Señor! le dije. No perder la serenidad." El temblaba, y no sabia por donde dirigirse, ante aquel inesperado motin. Empujéle hácia el coche, pudimos entrar, y partimos corriendo." ¡Bandido, ladrón, incendiario, hipócrita! gritaban los ingleses. ¡Fuera ese miserable! ¡fuera ese perdido!" Entonces D. Carlos exclamó: «Esto es obra de la embajada, pero aquí me las dén todas. Ahora ya estoy seguro, y no se me dá nada de sus gritos;



porque ellos prueban la rabia de mis enemigos, y la importancia que tengo." Y haciendo un gesto indecente, añadió: «Señores ingleses: para vosotros y los que os han dicho que me silbeis. Me río de vuestro país y de vuestras libras esterlinas.»

En los días siguientes continuamos visitando Londres sin novedad; y una mañana, que habíamos entrado en una iglesia católica, en compañía de Lorenzo, el ayuda de Cámara de D. Carlos, al salir, dicho criado exclamó: «Señor, ó mucho me engaño, ó el sacerdote que en este momento acaba de decir la misa es el cura de Santa Cruz en persona." Nosotros quedamos parados, y D. Carlos dijo: «¡Hombre! esto no es posible." Pero repensándose añadió: «Sin embargo, todo podría ser. Tú, que has sido sargento de su partida, le conoces bien; y además el cura ha desaparecido hace tiempo del mundo, sin que se sepa donde para; y no sería mucho que estuviese aquí. ¿No te parece Boet?"—«En efecto, contesté; lo que V. M. dice lleva camino, por muy sorprendente que sea el descubrimiento de Lorenzo." Entonces el Pretendiente se volvió á éste, y le dijo: «Vete á la sacristía á informarte de si es él; y si lo fuere, dile que le espero á almorzar, y llévatelo contigo."

Corrió Lorenzo á cumplir la orden, y nosotros nos fuimos al hotel, hablando de tan extraño encuentro. «Si es el cura de Santa Cruz, me decía D. Carlos, vamos á tener el mejor almuerzo del mundo; porque no puedes imaginar un tipo mas curioso y fanático. Le haremos contar sus hazañas y fusilamientos, y verás con qué mansedumbre evangélica nos refiere que antes de matar á un liberal, procuraba confesarlo, porque aunque por interés de partido le quitase la vida, esto no obstaba para que procurase darle la gloria. Santa Cruz viene á ser una especie de Rosa Samaniego eclesiástico, pues así como este invoca aun su bonraz, despues de haber hecho las barbaridades de Igusquiza, aquel invoca el Evangelio, despues de haber asesinado á tanto prisionero de guerra. Sin embargo, para que veas lo asnos y brutos que son los vascos y navarros, éstos al fin de la guerra decian que si yo no lo hubiese desterrado, él nos hubiera llevado á Madrid."—«Lo mismo oí decir, repuse, cuando regresé al Norte."—«Si era una voz general entre la gente menuda, exclamó D. Carlos. Yo dudo que

en España haya hombres mas lanudos que en Navarra y el pais vasco.”

Hablando así, llegamos al hotel, y apenas nos habíamos sentado á la mesa, entra Lorenzo, seguido del cura de Santa Cruz vestido de caballero. «¡Con que, señor cura, es V. mismo! exclamó D. Carlos. Me alegro mucho. Siéntese V., y almuerce con nosotros.” El cura se inclinó, le besó la mano, y contestó: «Señor. V. M. me honra demasiado.”—«No, hombre, repuso el Pretendiente. No hago mas que darle á V. lo que merece. Siéntese. Este caballero, añadió señalándome, es mi primer ayudante, el general Boet.” Saludóme el cura, y tomó asiento; Lorenzo le presentó un cubierto con gran solícitud, y empezamos á almorzar. Aquel cabecilla era el tipo mas desencantador que se puede imaginar. Figúrese V. un hombre de corta estatura, de ojos algo inteligentes, de rostro vulgar y frailuno, de cierto teson, y de una gran humildad y cortedad de maneras. Comia con los ojos bajos y no hablaba sino cuando le preguntaban.

D. Carlos entabló la conversacion. «Señor cura, dijo, ¿cómo se halla V. en Lóndres, sin que se sepa?” El cura respondió: «Señor, cuando los liberales españoles empezaron á perseguirme en Francia, sus reverencias los padres jesuitas me ocultaron en su casa de Paris; hasta que temerosos de que la policia me buscara allí, me hicieron pasar escondidamente á Lóndres, para que estuviese mas seguro.”—«¡Bravo! exclamó el Pretendiente. Los jesuitas se portaron muy cuerdaamente, porque interesa mucho á mi causa la conservacion de un hombre como V.; pues ha de saber que ahora estamos preparando otra guerra, que será una cosa muy seria y formidable; y pienso darle á V. un mando importante en el cual ha de lucirse mucho.”

El cura de Santa Cruz contestó con gran sosiego: «Señor, agradezco á V. M. el obsequio. Pero no lo podré aceptar, porque desde que salí de España, he reflexionado mucho, y me he convencido de que falté á mis deberes, poniéndome al frente de una partida, y haciendo la guerra á los liberales. Yo creia, Señor, que mi estado era compatible con el ejercicio de las armas, con tal que por mi mano no derramase sangre de mis semejantes. Pero ya sé que me engañé, y que mi mision era de paz, de dulzura y caridad; porque Dios me habia mandado dar la vida

por su santa religion; no perseguir por ella á los liberales, ni á ningun linaje de hombres. ¡Que él me perdone mi extravío, y las víctimas que hice y sus familias la muerte que di á tantos desgraciados! Aunque errase llevaba buen fin. Pero ya sé que esto no basta para disculparme; y crea V. M. que quisiera poder deshacer con mi sangre todo el daño que causé. Así, pues, en expiacion de mis culpas, he decidido, Señor, expatriarme para siempre de España y de todo pais civilizado, é irme á las tierras salvajes para convertir indios y negros. Los papes jesuitas, á quienes he comunicado mi idea, la han aprobado, y ahora aprendo el inglés, para predicar allí el evangelio en esta lengua; y como ya estoy un poco adelantado, no tardaré mucho tiempo en partir. ¡Feliz yo si logro morir por la causa de Jesucristo!

Dicho esto calló, dejándonos á todos estupefactos. Hizole D. Carlos algunas preguntas de escaso interés; contestó él brevemente; y apenas terminó el almuerzo, Santa Cruz se levantó, pidió permiso para retirarse, y habiéndolo obtenido se marchó, despues de besar otra vez la mano al Pretendiente. Cuando hubo salido, éste me miró, y dijo con despecho: «Cansado el diablo de hacer daño, se metió á ermitaño. Hé aquí la historia del cura de Santa Cruz.» Yo no contesté, porque me habia afectado mucho de oír aquella relacion.

## LXXV.

### D. Carlos é Inglaterra.

*Milan 19 de Diciembre.*

A pesar de todos los tropiezos que he referido, D. Carlos á ser otro hombre hubiera sacado bastante partido del viaje á Inglaterra; porque apenas se supo su llegada, se apresuraron á visitarle un gran número de nobles irlandeses y algunos de ingleses, pertenecientes al catolicismo; todos los cuales lo trataron con un respeto y adoracion que me sorprendió. Distinguíase entre otros un gran señor irlandés, ya anciano, con una larga barba



por su santa religion; no perseguir por ella á los liberales, ni á ningun linaje de hombres. ¡Que él me perdone mi extravío, y las víctimas que hice y sus familias la muerte que di á tantos desgraciados! Aunque errase llevaba buen fin. Pero ya sé que esto no basta para disculparme; y crea V. M. que quisiera poder deshacer con mi sangre todo el daño que causé. Así, pues, en expiacion de mis culpas, he decidido, Señor, expatriarme para siempre de España y de todo pais civilizado, é irme á las tierras salvajes para convertir indios y negros. Los papes jesuitas, á quienes he comunicado mi idea, la han aprobado, y ahora aprendo el inglés, para predicar allí el evangelio en esta lengua; y como ya estoy un poco adelantado, no tardaré mucho tiempo en partir. ¡Feliz yo si logro morir por la causa de Jesucristo!

Dicho esto calló, dejándonos á todos estupefactos. Hizole D. Carlos algunas preguntas de escaso interés; contestó él brevemente; y apenas terminó el almuerzo, Santa Cruz se levantó, pidió permiso para retirarse, y habiéndolo obtenido se marchó, despues de besar otra vez la mano al Pretendiente. Cuando hubo salido, éste me miró, y dijo con despecho: «Cansado el diablo de hacer daño, se metió á ermitaño. Hé aquí la historia del cura de Santa Cruz.» Yo no contesté, porque me habia afectado mucho de oír aquella relacion.

## LXXV.

### D. Carlos é Inglaterra.

*Milan 19 de Diciembre.*

A pesar de todos los tropiezos que he referido, D. Carlos á ser otro hombre hubiera sacado bastante partido del viaje á Inglaterra; porque apenas se supo su llegada, se apresuraron á visitarle un gran número de nobles irlandeses y algunos de ingleses, pertenecientes al catolicismo; todos los cuales lo trataron con un respeto y adoracion que me sorprendió. Distinguíase entre otros un gran señor irlandés, ya anciano, con una larga barba

blanca, que lloraba de ternura, mirando al Pretendiente. Todos se le ofrecían con la mayor efusión; le felicitaban por la guerra de España, y por su actitud intransigente; y hacían entusiastas votos por el éxito de sus esfuerzos.

«Señor, exclamaban; que el Dios de las batallas os bendiga y conceda el triunfo.»—«¡Ojalá que V. M. reconquiste el trono de S. Fernando, y restablezca en su país el imperio del catolicismo.»—«En V. M. tiene el mundo fijos sus ojos; V. M. es el único dique de la revolución y de la demagogia. Si al orden, á la familia y al catolicismo les faltasen la poderosa defensa de vuestra espada, pronto la sociedad perdería su última esperanza.»

Pero el mas entusiasta era el gran señor irlandés de la barba blanca, quien con los ojos aun húmedos de lágrimas, cogió la mano del Pretendiente, y besándola con gran ternura, dijo: «¡Oh, señor! ¡cómo bendigo á Dios de que me haya permitido vivir bastante para conoceros, admirar vuestras nobles hazañas, contemplar vuestro heroico ardimiento y constancia, y besaros ahora las manos, esas manos cubiertas de tanta gloria! Yo no era digno, Señor, de esta felicidad; pero Dios ha querido recompensarme generosamente, dándome tanto gozo, por algunos pequeños sacrificios que he hecho á favor vuestro. ¡Animo, gran príncipe! ¡ánimo héroe invencible é indomable del catolicismo, del trono y de la moralidad! Continúad luchando con el mismo teson, que el triunfo será vuestro.» D. Carlos recibió todo hinchado y pomposo aquellos cumplidos de hombres fanáticos é ignorantes de la historia; pero como sabe tan poca urbanidad, á veces se entretenía demasiado con unos, dejando plantados á los demás, que se admiraban mucho de ello. Entonces yo le decia en español; «*Señor, muchos Juanitos en reserva.* Al oír la contraseña el Pretendiente se reponia, y volviéndose á todos, contestaba con frases entrecortadas que procuraria merecer aquellos elogios. «No cederé, señores. No. Yo, dijo, lucharé mientras tenga fuerzas, ó vida; y si caigo, me reemplazará en el consejo y en el campo de batalla mi hijo D. Jaime, que segun revela ya por luminosos indicios, será digno del famoso y católico rey aragonés que la historia llama D. Jaime el *Conquistador.*»

Quedaron aquellos señores contentísimos de la recep-

cion del Pretendiente, y se retiraron convencidos de que este era uno de los primeros hombres que existian. Pero apenas se marcharon, la decoracion cambió, pues queriendo yo que beneficiásemos decorosamente este entusiasmo, D. Carlos despreció mi parecer, mostrando una gran indiferencia por aquellas personas.

«No te ilusiones, Boet, me dijo, esta gente hace mucho ruido, pero da pocas nueces. Tú no conoces á los ingleses, los cuales quieren mas una libra esterlina que un principio político. En tiempo de la guerra aquellos señores que has visto apenas me han enviado un cuarto; y á excepcion de consejos, avisos, elogios y otras majaderías de la misma naturaleza, mi partido casi no les debe nada. Si ellos me hubiesen facilitado un empréstito de un millon de libras, ya estaríamos en Madrid; y si hoy mismo nos proporcionasen la mitad, podríamos hacer grandes cosas. Pero no hay cuidado. Son ingleses, y aunque hablen mucho de religion, de familia y moralidad, piensan mas en sus beneficios que en el triunfo de nuestra causa, á pesar de confundirse esta con la suya; pues como conoces tu mismo, si yo y el Cojo de Frhordorff triunfásemos, no sería mucho que unidas las armas de España y Francia, librásemos á la pobre Irlanda de la opresion en que gime. A mayor abundamiento que Inglaterra nos reliene aun Gibraltar; y cuando yo, Boet, ocupe el trono de San Fernando, no sufriré este baldon.

«Señor, le contesté: V. M. opina exactamente, pero olvida que en política se ha de sacar de cada elemento todo el beneficio que puede dar, y que la suma de todos produce la fuerza de un partido. Ya sé que estos señores no nos darán el dinero necesario para nuestra empresa; porque son egoistas ó desconfiados. Pero acuérdesese V. M. de que son hombres de posicion nobiliar y de fortuna, y que su concurso da al carlismo mas prestigio del que tendría sin él. No digo que la importancia de V. M. dependa del apoyo de ellos, sino que se acrecienta mucho teniéndolo. Inglaterra hoy es una gran nacion, quizá la primera de Europa en todos conceptos; y V. M. tiene mas talla por el simple hecho de haber adquirido partidarios en la misma aristocrácia inglesa.

D. Carlos me miró bastante descontento. «Parece, dijo, que tú haces gran caso de este país.»—«Mucho, señor, contesté, porque hallo en él bastante que estudiar y



aplicar." El Pretendiente repuso con indiferencia: «¿Qué, las fábricas de algodón y lana?»—«Señor, dije, esto y otras muchas cosas: en primer lugar la descentralización municipal y provincial de que goza; luego esa grande y popular instrucción que veo por todas partes; y en fin, ese amor al trabajo que abraza desde la clase obrera hasta á la misma nobleza." D. Carlos exclamó todo irri-tado: «¿Qué diablos estás diciendo? ¿Serías por ventura un carlista constitucional?»—«Lo sería en Francia, repuse, donde lo son todos los legitimistas, incluso el señor conde de Chambord; pero no lo soy en España; porque sé que es incompatible con el carlismo. Sin embargo, ya sabe V. M. que los carlistas queremos una amplia descentralización provincial y municipal, como la de las Provincias Vascaas; y por esto dije que Inglaterra, que ya goza de ella, puede y debe servirnos de maestra.

«¿Cómo? exclamó el Pretendiente. ¿Yo quiero quitar á las provincias del Norte sus fueros, y tú quieres que se los dé al resto de España? ¿me tomas por algun mentecato?»—«Señor, repuse, ya sé que V. M. es contrario á los fueros, porque no los puede sufrir; pero tambien sé que V. M. ha cedido en principio desde hace mucho tiempo, porque el partido no queria un absolutismo como el de Felipe V. y Fernando VII, sino una monarquía rodeada de instituciones libres á la antigua. En prueba V. M. ha prometido siempre fueros á los españoles."—«De un modo muy vago, me contestó D. Carlos: porque aquel programa es irrealizable, como lo conocí al hallarme en las Provincias Vascaas, donde nunca pude hacer cosa de provecho por las trabas de aquellos malditos fueros."—«Es cierto, señor, contesté. Pero ya sabe V. M. que yo me he puesto al frente del partido con dos condiciones: formacion de un programa político y económico, que venga á ser el sistema autonómico antiguo aplicado á la sociedad moderna; y modificación de las costumbres y maneras de V. M.; y que si no puedo alcanzarlo, me apresuraré á retirarme.

D. Carlos me miró con despecho «¿Por ventura te crees necesario? exclamó. En mi partido no hay otro hombre necesario que yo."—«En el partido de V. M., todos los individuos son necesarios en la medida de sus fuerzas; y sino, tome V. M. solo un fusil, y vaya á defender sus derechos. Pero sepa V. M. que lo mas necesario de todo

en su partido es un programa ajustado á los principios que acabo de decir; un programa sério, moderno y práctico; y que si V. M. no sale pronto de las nebulosidades de mala fé con que hasta ahora en sus programas ha hablado de fueros, se desacreditará, y perderá mucha y muy importante gente."

El Pretendiente sacó un cigarro, se lo puso en la boca sin encenderlo y empezó á pasearse todo agitado por la estancia; hasta que despues de algunas vueltas, se detuvo, encendió, sentóse otra vez á mi lado, me dió un puro, y cogiéndome de la solapa, me dijo: «Tienes razon. Yo no quiero fueros, porque he visto que los de los vascos son detestables para el libre ejercicio del poder real. Pero no me opongo á que un dia se forme un programa como el que dices, modernizando aquellas antiguallas. Mas adelante ya hablaremos extensamente de esto. Lo que ahora quiero decirte es que jamás consentiré que el pueblo español se forme á imágen del inglés, que es uno de los mas agoistas, prosáicos é hipócritas del mundo. Si á la monarquía inglesa le conviene tal pueblo, á la mia no. Cada cual, Boet, tiene su modo de idear la importancia de una nacion; y yo he ideado la de la mia, no segun lo que es Inglaterra, sino segun lo que conviene á mi querida España."

«Estoy conforme con V. M., dije yo encendiendo el cigarro.»—«Sí, repuso D. Carlos; porque siendo mi querida España de un temperamento diferente de Inglaterra, tiene otras necesidades. El español es vivo por naturaleza, y el inglés tonto; el español es de un carácter fogoso, y el inglés de genio flemático; el español sigue el catolicismo, y el inglés el protestantismo; por cuyas razones mis súbditos no deben instruirse tanto en letras y ciencias, como los ingleses, ni á mí me interesa que lo hagan; pues la instruccion que despierta á los tontos, puede extraviar á los que por naturaleza son despavitados; la instruccion que dá movimiento á los flemáticos, causa vértigo á los fogosos, y la instruccion que enseña á discutir á los protestantes, enseña á desvariar á los católicos. Así es que aplicando yo á España lo que aquí veo en estas materias, heriría de muerte á mi monarquía."

«Tampoco me conviene, prosiguió, que en mis Estados se desarrollen el comercio y la industria; porque mi mo-

narquía y la de Inglaterra tienen opuestos objetos. Mi fin, Boel, es el restablecimiento de la antigua España en todo aquello que ahora podemos, y en la forma que la sociedad consiente; porque yo quiero que el mundo y la historia hablen de mí como de un gran rey. Pues la monarquía inglesa no tiene mas objeto que producir mucha maquinaria, mucha tela, mucha lana, mucha indiana, mucho paño, y venderlo por el universo á mejor precio que las demás naciones. Así que yo esté sentado en el trono, conquisto á Portugal y las Américas....." Yo me sonrei. «¿Te ries? exclamó él, tirándome de la levita. Bien; riete cuanto quieras; que esto no impedirá que tu seas el general en jefe de los ejércitos conquistadores; pues aunque adolecas de muchos defectos de carácter, ya sabes que te quiero mucho.»—«Gracias, señor, contesté; y ya que V. M. me quiere tanto, le ruego que no me rompa la levita con estos tirones.»

«Sea, me dijo. Pero déjame continuar. Lo de Portugal no nos costará nada, como que será un pasco militar. Mas dificultades hallaremos en América, pero las arros-traremos, y mientras tú allí te immortalizarás renovando las hazañas de Pizarro y Hernan Cortés, yo preparé una expedicion contra Italia, en combinacion con el Cojo de Frhorsdorff, que entonces ya será rey de Francia; batiremos á los italianos, restableceremos algunos ducados, el poder temporal y el reino de Nápoles; yo y el Cojo nos repartiremos el Milasnado y el Veneciado, rechazando los derechos de Austria en castigo de su comportamiento; si el emperador de este país quiere recobrar el imperio absoluto, le ayudaremos, pondremos en el Piamonte otra dinastía, ó nos lo anexionaremos el Cojo y yo; y despues iremos á dar la libertad á la Irlanda, que será una de las empresas mas colosales del siglo.»

«Todo esto requiere sacrificios, continuó D. Carlos; y si mi monarquía fuese industrial como la inglesa, no podría llevarlo á cabo; porque la industria y el comercio requieren paz, rechazan las guerras, están reñidas con las armas; é impedirian mis empresas, negándose á hacer sacrificios; mientras que si mis Estados no son comerciales ni industriales, no hallaré obstáculos, ni dificultades, porque los labradores son gente dócil, que cumplen todo lo que les mandan, y la agricultura es un



arte que lo mismo florece en la paz que en la guerra.”—  
«Señor, dije sonriendo: si V. M. hace tan solo la mitad de lo que dice será mas grande que Napoleon I.” D. Carlos volvió á cogerme por la solapa, y exclamó: «¿Qué duda tiene que lo seré? ¿ni cómo no lo habia de ser? Napoleon no fué mas que un hombre dotado por la Providencia del genio necesario para matar la revolucion francesa y abrir el camino á la restauracion borbónica; y cumplido su destino, cayó como un pobre diablo; al paso que yo soy un príncipe de derecho divino, enviado por Dios para matar la revolucion universal, exterminando á los demagogos españoles, dando la mano al Cojo de Frhordsdorff para domar á los franceses y ocupar el trono de San Luis; y uniéndome con él para destruir á los carbonarios y masones italianos y á los tiranos de Irlanda.”—«Yo tenia entendido, repuse con ironia, que V. M. no creía en Dios.”—«Ya me lo has dicho otras veces, me contestó; y te he contestado siempre que lo que yo no creo son las cosas que los curas dicen de él; pero que no puedo dudar de su existencia desde el momento que él mismo me ha enviado á la tierra para destruir la cizaña de la revolucion. Si, Boet; hay Dios; y no solo lo creo, sino que lo afirmo, pues la mejor prueba de que no me engaño, es que yo existo.”

«Pero volviendo á lo que estábamos hablando de Inglaterra, sabe que una de las cosas mas escandalosas de este pais es la aristocrácia; porque pensar que aquí los condes, marqueses y duques trafican en agricultura, industria y comercio, como la gentuza de la clase media, como esa muchedumbre de mercaderes é industriales que dias pasados me silvaron; es una de las mayores abominaciones que se hayan visto, y uno de los excesos mas peligrosos para la monarquía. La nobleza, Boet, deshounra y envilece sus blasones haciendo la competencia á los negociantes. Los reyes instituímos á la aristocrácia para que fuese lo pulcro, lo nítido y gentil de la sociedad; la perla de la elegancia, la quinta esencia del buen tono y de la distincion, y el gran modelo de la altivez y orgullo. Los nobles no deben contar nunca, ni aprender á contar, pues la aritmética es una de las cosas que mas rebajan al hombre; los nobles deben hablar alto, menos delante del rey; tirar el dinero, galantear á las señoras, hacer la guerra, tener los plebeyos á raya,

y sobre todo amar y servir al soberano como á Dios; ser el adorno y esplendor de su corte, y morir por él donde sea necesario. Todo noble que no proceda así es un traidor solopado, que especula con sus haciendas para hacerse independiente de la manarquía, y uniéndose con otros, ponerla á sujecion."

El pretendiente echó una bocanada de humo, y prosiguió: «Los reyes, por su parte, tienen grandes deberes para con la nobleza: como son quererla mucho; distinguirla siempre; remunerarla con frecuencia; concederle amplia libertad para con los inferiores; celebrar sus galanterías, travesuras y hazañas, y no dejarla empobrecer. Un rey ha de procurar siempre que sus nobles gasten mucho, gasten mas de lo que consienten sus capitales; porque cuanto mas despilfarran, mas pendientes estarán de él, mas disposición tendrán á servirlo, y mejor se sacrificarán. No te fies nunca, Boet, de una aristocrécia que no dependa de las mercedes de palacio; no cuentes nunca con una nobleza que pueda vivir opulentamente sin las larguezas del rey; porque será el mayor y mas terrible enemigo de la monarquía. Yo he oido decir, aunque ignoro si es cierto, que el mismo Napoleon I se preocupaba de esto, llegando á temer á aquellos altos funcionarios que no estaban nunca á dos dedos de la ruina; y que Napoleon III hacia lo mismo, procurando tener á pension á sus mas importantes secuaces.»

Le confieso á V., señor Corresponsal, que como á mí estas teorías me cogieron de nuevo, las tomé por simpleszas de D. Carlos, y que solo mas adelante comprendí que me engañaba, y que aquellas ideas del Pretendiente formaban positivamente parte de la doctrina absolutista. Pero creyendo en aquel entonces que eran una majadería, que no merecia ni los honores de una observacion, le dije á D. Carlos: «¿Señor: si no hemos venido aquí para estudiar, ni para animar á los partidarios de V. M., qué objeto tiene este viaje?»—«Dos muy importantes, aunque de índole diferente, me contestó. Primero darme importancia ante Europa y las Américas, dejándome ver en Lóndres rodeado de mis partidarios y admiradores de Inglaterra; y segundo, pesar algunos dias con las inglesas, las cuales por ser blancas y rubias, son de las mujeres que me gustan mas; porque ya

sabes que por una rubia sería capaz de renunciar, si pudiese, hasta á mis propios derechos á la corona de España.» Y en efecto, mientras el pretendiente estuvo allí no se ocupó mas que en hacer el hombre importante y pasar las noches con algunas rubias de malas costumbres.

LXXVI.

**D. Carlos en Italia.**

*Milan 22 de Diciembre.*

Dos veces pasamos por Italia el Pretendiente y yo durante mi jefatura política; y de lo que nos sucedió en estos viajes solo le contaré á V. tres incidentes, ya por haberme extendido en mis narraciones de la comedia del Toison, ya por no querer ocuparme de ciertos detalles que le ocurrieron á D. Carlos en cierta casa escandalosa de Florencia, llamada de la *Palata*.

Hallándonos en Milan nos invitó á tomar un té el señor Galvani, hermano del conde del mismo nombre, de quien ya se ocupó V. en su primera serie de *Cartas*. El Sr. Galvani era un caballero muy distinguido y cortés, que se había casado recientemente con una jóven, de raza judáica, aunque nosotros ignorábamos entonces esta última circunstancia. Fuimos el Pretendiente y yo á su casa, acompañados de otro ayudante de órdenes el mentecato y corrompido Suelves; y marido y muger nos recibieron con una cordialidad y finura insuperables. Era ya de noche; todos habíamos comido, y tomamos juntos un delicioso té, que nos ayudó á pasar agradabilísimamente la velada, pues la conversacion y galantería de los señores de la casa la hicieron ya por sí solas agradable.

D. Carlos se arrellanó cómodamente en su asiento; y apoderándose de la *teera* y del rom, empezó á servirse grandes tazas de bebida con la mitad de rom y la otra de té, á la manera de los rusos. Terminada una taza, se preparaba otra, que se apresuraba á zamparse del modo



sabes que por una rubia sería capaz de renunciar, si pudiese, hasta á mis propios derechos á la corona de España.» Y en efecto, mientras el pretendiente estuvo allí no se ocupó mas que en hacer el hombre importante y pasar las noches con algunas rubias de malas costumbres.

LXXVI.

**D. Carlos en Italia.**

*Milan 22 de Diciembre.*

Dos veces pasamos por Italia el Pretendiente y yo durante mi jefatura política; y de lo que nos sucedió en estos viajes solo le contaré á V. tres incidentes, ya por haberme extendido en mis narraciones de la comedia del Toison, ya por no querer ocuparme de ciertos detalles que le ocurrieron á D. Carlos en cierta casa escandalosa de Florencia, llamada de la *Palata*.

Hallándonos en Milan nos invitó á tomar un té el señor Galvani, hermano del conde del mismo nombre, de quien ya se ocupó V. en su primera serie de *Cartas*. El Sr. Galvani era un caballero muy distinguido y cortés, que se había casado recientemente con una jóven, de raza judáica, aunque nosotros ignorábamos entonces esta última circunstancia. Fuimos el Pretendiente y yo á su casa, acompañados de otro ayudante de órdenes el mentecato y corrompido Suelves; y marido y muger nos recibieron con una cordialidad y finura insuperables. Era ya de noche; todos habíamos comido, y tomamos juntos un delicioso té, que nos ayudó á pasar agradabilísimamente la velada, pues la conversacion y galantería de los señores de la casa la hicieron ya por sí solas agradable.

D. Carlos se arrellanó cómodamente en su asiento; y apoderándose de la *teera* y del rom, empezó á servirse grandes tazas de bebida con la mitad de rom y la otra de té, á la manera de los rusos. Terminada una taza, se preparaba otra, que se apresuraba á zamparse del modo

mas desenvuelto. Entretanto se hablaba bien y familiarmente, departiéndose de varias cosas; y cada cual toma parte en la conversacion, segun la medida de su carácter y talento. No era por cierto la señora de la casa la persona que menos se distinguía por el decir elegante. De repente no sé como vinieron rodadas las cosas, que se salió á hablar de los judios; y D. Carlos, que no los puede ver, y que ignoraba que la señora lo fuese, dejando la taza, y dando torpemente un codazo al que tenía al lado, se volvió, y dijo con gran desgarbo, que era la raza mas imaginable que existía. «No se me hable de esa gente, exclamó estirándose los puños de la camisa; porque todos son avaros, miserables, ruines, mezquinos, excépticos, y qué se yo cuantas otras cosas. Yo, señores, transijo con todas las razas, con los hotentotes, con los cafres, con los antropófagos y hasta con los liberales; pero con los judios, jamás.»

Quedó sofocada la señora y desconcertado el Sr. Galvani; y yo que lo observé, conocí que pasaba algo grave, que no me podia explicar. Sin embargo la señora, dominando su emocion y serenándose, contestó á D. Carlos con una amable sonrisa: «Señor: V. M. es muy rigoroso con un pueblo que ha tenido la virtud de conservarse y hacerse una gran posicion social, á pesar de los desprecios, de las represiones y sangrientas persecuciones que ha sufrido durante mil y ochocientos años. Yo le ruego á V. M. que sea mas indulgente con los defectos de los israelitas, y sobre todo justo con sus cualidades; porque el israelita no es lo que V. M. ha dicho, aunque algunos adolezcan de ello; sinó que el israelita en general es sobrio, inteligente, probo, trabajador y no descansa, ni se cansa para alcanzar su honrado objeto.»

— El Sr. Galvani aprobó esta respuesta con un movimiento de cabeza; y comprendiendo yo que era necesario maniobrar en retirada, me apresuré á advertir á D. Carlos, diciéndole rápidamente en español: «Señor: atento con *Juanito*, atento.» Enseguida tomé la palabra, y dije: Señora: S. M. conoce bastante á la raza israelita para hacerle la debida justicia que V. desea; y yo, que varias veces le he oido hablar de los hebreos, puedo asegurarlo á V. que al hacerlo ahora con tanta severidad, no ha querido otra cosa que inspirarle á V. aquella hermosa defensa, por saber que V. los distinguía y quería mu-

cho.”—«En efecto, contestó ella con finura; los distingo y quiero, porque así debo hacerlo, y agradezco mucho á S. M. la ingeniosa travesura con que me ha sorprendido y favorecido.” Entonces el Pretendiente procuró cubrirse. «Boet tiene razon, dijo, puesto que en el fondo ha adivinado perfectamente mi objeto.”

Creyéronlo ó no aquellos señores; pero lo cierto es que se repusieron muy bien y continuaron obsequiándonos y sirviéndonos con la mayor afabilidad. En esto D. Carlos, que ya se habia bebido un caldero de té con rom, tomó otra vez la *teera* y vaciándola groseramente, se halló con que ya no habia té, lo cual dejó avergonzada y y confusa á la señora. «¡Ah, Dios mio! exclamó ¿Descaba V. M. tomar mas té?”—«Sí, señora, contestó todo grosero el Pretendiente. Pero no le hace. Ya tomaré despues en el hotel.” Ella quedó sufocada. «¡Cómo, señor! repuso. Le pidó á V. M. mil perdones de ignorar que le gustase tanto, que á saberlo, hubiera dispuesto que se hiciese mas. Pero la falta no es irreparable y con permiso de V. M., voy yo misma á hacerlo y enseguida lo tendrá aqui.” Dicho esto se levantó, y acompañada de una doncella, salió con la *teera*.

Continuó D. Carlos hablando con el Sr. Galvani; y de repente fué acometido de un aprieto, que le puso en un compromiso. Como es tan débil, aquel exceso de té con rom le removió el estómago de mala manera; y atacándole los intestinos, empezó á producirle unos ronquidos y dolorcillos, que pronosticaban una tempestad *colical*. Resistióse él cuanto pudo; pero al ver que el dolor apretaba, que los ronquidos levantaban mas la voz, y que sobrevenian otros aprietos inaguantables, no tuvo mas remedio que capitular, y llamando aparte al Sr. Galvani, le dijo en voz baja: «Oye Galvani; tengo cierta necesidad, y quisiera ir al gabinete.”—«Esto ocurre á todo el mundo, contestó el otro. Salga V. M. por aquí, tome por la derecha, y la primera puerta que encuentre, es el sitio que V. M. pide.” D. Carlos pareció embarazado y perplejo, y agitándose vivamente, repuso en la misma voz baja: «Bien; pero... pero...”—«¿Qué, señor? exclamó Galvani maravillado.” El Pretendiente se le acercó al oido, y le dijo del modo mas bajo: «Es que yo...” Y se detuvo irresoluto.—«Animo, señor, dijo Galvani.»—«Es que yo... yo..., añadió titubeando el Pretendiente.



Yo... yo...»—«Pero, señor, repuso Galvani. V. M. me ofende dudando de mí.» Entonces D. Carlos se le pegó mas al oído y en voz casi imperceptible, le dijo: «Es que yo uso siempre el orinal.» Soltó Galvani la risa, y contestó alegremente: «¡Oh! en cuanto á esto no falta, no. Vaya V. M. que hallará uno que le vendrá como hecho á la medida.»

Salió D. Carlos todo aprisa y apretado, y comprendiendo yo lo que habia pasado, no cabia en mí de vergüenza. El señor Galvani disimulaba tambien su impresion, pero no pudo evitar que yo conociese que en su interior reventaba de risa. Volvió un buen rato despues el Pretendiente, y se puso á hablar, como si no hubiese ocurrido nada. Galvani le contestaba, aparentando la mayor formalidad y reverencia. Así que la señora entró con el té, D. Carlos se animó en extremo, y tomando la *teera*, dijo groseramente que llegaba á tiempo, porque tenia mucha sed. Entonces Galvani, aprovechando la confusion que esto produjo, se colocó detrás de su esposa, y me pareció que en dos palabras, la enteraba de lo que habia pasado. La señora se sintió acometida de una gran carcajada, á lo que creó; y solo tuvo tiempo de volverse rápidamente de espaldas, y meterse el pañuelo en la boca.

Sin embargo, marido y mujer disimularon, y la velada continuó del modo mas conveniente. Pero yo observaba que de vez en cuando la señora miraba con curiosidad al Pretendiente, y que se sentia acometida de una risa tan fuerte, que apenas podia dominarse. D. Carlos, que seguia bebiendo, llegó á notar aquellas miradas, y como no sospechaba el motivo, imaginó que de repente la señora se habia enamorado de él, y aunque esta era mo-rena, la miró y habló con cierta ternura, procurando que el marido no lo viese, y algunas veces hasta le hizo señas, que no sé si ella observó.

Al fin llegó la hora de retirarnos; y despidiéndonos de aquella amable familia, salimos, y volvimos á pié al hotel. D. Carlos estaba medianamente turbio de aquel exceso de té con rom, y caminaba delante de mí y Suelves, dando á veces cada traspié que se iba á caer. Mirábamole nosotros con tristeza y curiosidad, y el ayudante, rompiendo el silencio, me dijo: «Mi general: ahora sí que S. M. parece propiamente uno de los cadetes de aquel tiempo el día que salían del colegio.» De repente D. Car-

los se detuvo, y dándose un golpe en el pecho, exclamó: «Yo soy el duque de Madrid; yo soy la espada del catolicismo; yo soy el defensor del trono y del altar! ¡Tiemble la demagogia, que D. Carlos soy yo!»

Corrí enseguida á hacerle callar, y cogiéndole del brazo, lo arrastré conmigo sin resistencia. «Boet, me dijo él con la voz insegura. ¿No sabes lo que pasa? La Galvani se ha enamorado de mí. No lo puedo dudar. Me miraba tiernamente, y mas que mirarme, se me comia con los ojos; y á cada momento daba unos suspiros que partian las piedras. Lo que es ser buen mozo, arrogante y célebre, y llamarse *el duque de Madrid*. ¿Quién le dijera, Boet, á aquella desventurada, media hora antes de entrar yo en su casa, que el famoso vencedor de Monte Muru iba á hacer tal estrago en su corazón?... Mañana probablemente me dará una cita; pues se conocia que no podia resistir á la violencia de su pasión. Avisa al hotel, que así que se reciba una carta, la entreguen pronto á Lorenzo. No sé aun si complaceré á esa señora, porque como no es rubia, no me gusta; pero en fin, basta que sea una Galvani para que sea indulgente; escriba ella, que luego yo dispondré.» No le repliqué para abreviar; y así que llegamos al hotel, lo dejé en manos de Lorenzo, que lo desnudó, y lo arrojó en la cama, donde quedó dormido como un lirón.

Al dia siguiente supe por informes de un camarero del hotel que la señora Galvani era judía; y entonces comprendí toda la gravedad de las expresiones que le habia dirigido el Pretendiente. Llamóme éste al medio dia, y le encontré aun en la cama, ya despierto, pero medio atontado por los vómitos que acababa de tener. «Boet, me dijo, ha enviado ya esa carta la Galvani?»—«¿Qué carta ni qué majadería? exclamé. ¿Sabe V. M. quién es esa señora? Una israelita; y las miradas suyas que V. M. atribuye á enamoramiento, dimanaban de haberle contado su marido lo que pasó cuando V. M. fué al <sup>al</sup> ~~al~~ <sup>comite</sup> ~~comite~~ te.» D. Carlos se incorporó sobresaltado. «¡Imposible! exclamó. Galvani no se habrá atrevido á hacer esta mala partida al duque de Madrid.»—«Pues yo creo que no solo se la ha hecho á V. M., sino que se la hizo enseguida anoche mismo, porque entre él y la señora hubo unos cuchicheos rápidos que me parecieron muy sospechosos.»

El Pretendiente me miró, y dejándose caer de nuevo

en la cama, dijo tranquilamente: «Boet, estás tocando el violon. La Galvani no supo nada de aquel lance, y te digo que sus miradas eran de amor. Tu no la viste darme vueltas, flecharme, sonreirme, ablandarme, como diciendo indirectamente: ¡qué guapo es V. M.! ¡qué entusiasmo inspira! ¡qué dichosa sería de merecer su corazón! ¿Pero sabes por qué no me ha escrito? Porque siendo judía, y habiéndoyo hablado tan mal de su raza, habrá comprendido que no la atendería; y en verdad que lo ha adivinado, porque un hombre como el duque de Madrid, un hombre que representa la espada del catolicismo, no puede enredarse con mujeres de aquella raza maldita que crucificó á Jesucristo.» Diciendo esto, medespidió, y yo me fui riendo de sus tonterías.

Sin embargo, la escena mas cómica de nuestros viajes por Italia, fué en Roma, cuando visitamos á Pio IX. Yo tenia mucho empeño en esta visita, y antes de hacerla, advertí bien á D. Carlos de todo lo que habia de hacer, y decir, para sacar fruto de ella. «Se trata, le dije, de comprometer en tales términos al Papa, que parezca que éste nos es adicto, aunque no lo sea. Muéstrese V. M. generoso; prométale mucho y quéjese con viveza de que en España no se haya restablecido la intolerancia religiosa.» El Pretendiente me prometió seguir literalmente mis instrucciones, y me contestó con aplomo: «No temas, vendrás conmigo, y verás como me explico.»

En efecto, obtenida de Pio IX una audiencia, nos presentamos en el Vaticano á la hora señalada; y Su Santidad nos recibió muy amablemente. Yo no le conocia, y enseguida quedó prendado del carácter de aquel vejete, que á pesar de sus luchas políticas se conservaba tan fresco y campechano. Despues de las ceremonias de etiqueta, el Papa nos hizo levantar y sentar, y ocupando tambien un sillón, empezó él mismo á hablarnos, dirigiéndose al Pretendiente: «V. A., dijo, habrá ya sabido que está en Roma la ex-emperatriz de los franceses. No comprendo, añadió con desden, el aplomo de cierta gente. Va á visitar á ese que llaman el rey de Italia, y luego tiene la pretension de que el Papa la reciba. Asi es que le he negado la audiencia. La ex-emperatriz habrá imaginado que porque su marido con pretexto de ampararme echó de Roma á los demagogos, y despues la ocupó, todo le será permitido; como si el Papa no conociese



que el emperador lo hizo, no en beneficio del Vaticano, sino en el de su imperio y dinastía. Esto, prosiguió, es como uno de los mas graciosos cuentos de Lafontaine." Y nos lo contó, aplicándolo con tanto chiste, que nos hizo reir espontáneamente.

Yo estaba contentísimo del sesgo que tomaba la entrevista, y D. Carlos tambien. Pero este, al oír aquel cuento, quiso lucirse, y tomando la palabra, dijo: «Su Santidad tiene razon; y su cuento me recuerda el del mono sabio, del titiritero y la madre." Al oírlo, creí que todo el Vaticano me caía encima, porque este era un cuento estúpido que el Pretendiente contaba sin ton ni son á todo el mundo. Quise contenerle con una de las señas del *Juanito*, pero no lo hice por no dar sospechas al Papa, que hablaba nuestra lengua. Las palabras de Don Carlos habian tambien llamado la atencion de Pio IX, quien atribuyéndolas una intencion política que no tenían, miraba y remiraba al Pretendiente, como diciendo entre sí: «Parece que ese chico ha ganado mucho de algun tiempo á esta parte, cuando sabe ya aplicar cuentos á la política. Tanto mejor, porque antes era muy tonto. Quizás ese cuento sea gracioso!" El caso es que despues de una breve suspension, añadió en alta voz: «Y qué cuento es ese del mono, de la madre y el titiritero? Entonces un sudor frio bañó mi cuerpo: «Adios, planes, pensé. Todo mi trabajo se ha perdido."»

Irguióse D. Carlos oyendo aquellos deseos, y dijo: «Padre Santo: el cuento no es largo."—«Éstos son los mejores, repuso Pio IX. A ver que sucedió entre ese mono, la madre y el titiritero."—«Verá Su Santidad, dijo el Pretendiente. Una vez en una casa habia un niño de pocos meses; y habiendo llegado de visita un titiritero con un mono, éste aprovechando un momento de descuido, se escapa, coje al niño, y por una ventana trepa al tejado." El Papa, escuchaba atentamente, buscando la relacion del cuento con la conducta de Napoleon y su esposa. «Pues Señor, prosiguió D. Carlos; al ver aquel lance, se levantó el titiritero, y dijo: Calma, calma, porque si espantamos ó perseguimos al mono sabio, este arrojara el niño á la calle para escaparse mejor; al paso que si lo dejamos, volverá, y nos traerá el niño. En efecto, al poco rato, volvió el mono, y dejó á la criatura sana y salva en la misma cama de donde la sacara. Tal es el cuento.

Pero imagine Vuestra Santidad el susto que tuvo la madre, y sobre todo el del titiritero."

Quedó estupefacto el Papa, como si no hubiese comprendido; pero conociendo enseguida la necedad, se repuso y miró á D. Carlos con una sonrisita que significaba: «A fé que me la has pegado. No creia que dieses este chasco á un hombre tan agudo como yo." Pero levantando todo alegre y malicioso la voz, dijo con una intencion fina y sangrienta: «Bonito es el cuento de V. A.; muy bonito. No sé en verdad quien seria el titiritero, ni el niño, ni la madre; pero adivino quien era el mono sabio y aunque lo he visto poco, me parece que le conozco bastante."

## LXXVII.

### Inspiraciones de D. Carlos en Italia.

*Milan 24 de Diciembre.*

D. Carlos salió furioso del Vaticano, ya por la sátira que le clavó tan certeramente Pio IX, ya porque este fué tomando siempre á broma lo que despues le oyó decir; y cuando estuvimos en el coche, todo andando, me cogió del brazo, y me dijo: «¿Ves? ¿ves cómo trata el Papa á los que le defendemos; á los que reivindicamos sus derechos; á los que podemos librarlo del yugo de los italianos, á los que somos la espada del catolicismo? A Eugenia la llama sarcásticamente ex-emperatriz y se niega á recibirla; desprecia la intervencion de su difunto esposo como un negocio, que se vió obligado á tolerar; y á mí me compara con un mono, á pesar de haber hecho tanto por la unidad católica de España, y de ser el único príncipe en quien puede tener confianza."

«Ah, Boet! haz bien á los curas, y te sacarán los ojos. Protégelos, defiéndelos, ampáralos, sostenlos, y dales el triunfo para que luego te llamen egoista, ex-emperatriz y mono sabio. ¿Qué se ha figurado Pio IX? ¿Espera que

Pero imagine Vuestra Santidad el susto que tuvo la madre, y sobre todo el del titiritero."

Quedó estupefacto el Papa, como si no hubiese comprendido; pero conociendo enseguida la necedad, se repuso y miró á D. Carlos con una sonrisita que significaba: «A fé que me la has pegado. No creia que dieses este chasco á un hombre tan agudo como yo." Pero levantando todo alegre y malicioso la voz, dijo con una intencion fina y sangrienta: «Bonito es el cuento de V. A.; muy bonito. No sé en verdad quien seria el titiritero, ni el niño, ni la madre; pero adivino quien era el mono sabio y aunque lo he visto poco, me parece que le conozco bastante."

## LXXVII.

### Inspiraciones de D. Carlos en Italia.

*Milan 24 de Diciembre.*

D. Carlos salió furioso del Vaticano, ya por la sátira que le clavó tan certeramente Pio IX, ya porque este fué tomando siempre á broma lo que despues le oyó decir; y cuando estuvimos en el coche, todo andando, me cogió del brazo, y me dijo: «¿Ves? ¿ves cómo trata el Papa á los que le defendemos; á los que reivindicamos sus derechos; á los que podemos librarlo del yugo de los italianos, á los que somos la espada del catolicismo? A Eugenia la llama sarcásticamente ex-emperatriz y se niega á recibirla; desprecia la intervencion de su difunto esposo como un negocio, que se vió obligado á tolerar; y á mí me compara con un mono, á pesar de haber hecho tanto por la unidad católica de España, y de ser el único príncipe en quien puede tener confianza."

«Ah, Boet! haz bien á los curas, y te sacarán los ojos. Protégelos, defiéndelos, ampáralos, sostenlos, y dales el triunfo para que luego te llamen egoista, ex-emperatriz y mono sabio. ¿Qué se ha figurado Pio IX? ¿Espera que



San Pedro y San Pablo armados de espadas bajen del cielo á devolverle Roma con el poder temporal? ¿imagina quizá que el cojo de Frhosdorff de un momento á otro subirá al trono de San Luis, y entrará en Italia, para echar de aquí á Victor Manuel?... ¡Qué absurdo! El Cojo no será rey de Francia hasta que yo le ayude, y yo no le podré ayudar hasta conquistar la corona de San Fernando. Con que, que se desengañe el Papa: yo soy por ahora su única esperanza; la sola espada con que cuenta el catolicismo; y lo que no haga D. Carlos, nadie lo hará."

«Bien, dije yo; cálmese V. M.; no hable con esa exaltación.»—«¿Cómo no? repuso él. ¿Por ventura no tengo motivo para quejarme de la conducta de Pio IX? ¿quién se hubiera atrevido á decirme lo que él? ¡Comparar á un príncipe con un mono! ¡y sobre todo siendo este príncipe el duque de Madrid, el vencedor de tantas batallas y el glorioso defensor de la fé y de los derechos del Papa! ¡Ah! la conducta de Pio IX no tiene excusa, ni perdon. ¡Ex-emperatriz y mono sabio! hé aqui la sustancia de su conversacion conmigo. ¿Cómo hubiera tratado á Eugenia, si esta hubiese continuado en el trono? ¿y qué me hubiera dicho á mí, si yo hubiese triunfado? ¡Ah! Entonces ni ella hubiera sido una ex, ni yo un mono, sino los hijos mimados, los hijos predilectos de la Iglesia. Bátete, bátete por el Vaticano. Si vences, serás un santo, y si eres vencido un ex y un mono. Esta es la táctica de aquellos señores. Pero mírame bien, Boet ¿me parezco yo á ningun mono sábio? Dime la verdad."

Yo me sonreí. «Me parece que no, le contesté.»—«Es claro, repuso D. Carlos. ¿Cómo ha de tener ninguna semejanza con un mono un hombre como yo, buen mozo, bien formado, inteligente, príncipe de derecho divino, elegantísimamente vestido, célebre, famoso é inmortal por la gran guerra que acabo de hacer; admirado y envidiado de los mas apuestos pollos de París, y querido y solicitado de tantas y tan hermosas mujeres de Europa y América?... No, Boet; Pio IX no me ha comparado con el mono porque yo me pareciese á éste animal, sino porque le han dado á entender que el Cojo de Frhosdorff está en vísperas de coronarse, é invadirá enseguida la Italia. ¡Qué disparate! Ni mi tio, ni sus partidarios creen en el triunfo del partido legitimista; y todos los manejos que hacen, todos sus aspavientos y predicaciones, no son

otra cosa que una vasta comedia política para darse importancia á los ojos del mundo.”

«Es de moda en el barrio de San German ser legitimista, defender al Cojo y al Vaticano, y aparentar gran celo religioso; pero pídeles en política el mas leve sacrificio, y se excusarán de hacerlo; observa sus costumbres, y verás que á pesar de sus remilgos devotos, son mas verdes que las de los demagogos. ¿Por qué á los cuatro dias de estar en Frhosdorff los mas ardientes legitimistas se mueren de hastío, bostezan y se duermen á la mesa? Porque suspiran por las cantantes de los bufos y por las bailarinas de la Opera de París, y su abnegacion no llega á privarse una semana de ellas. ¿Por qué las jóvenes señoras del legitimismo no van nunca á visitar á la Condesa de Chambord, dejando este cuidado á las viejas, á aquellos trasgos del siglo pasado, que aun se emperifollan la cabeza de un bosque de tirabuzones? Porque no quieren separarse de los tenores y baritonos que se disputan entre si. ¿Y por qué las mismas viejas se resuelven á hacer el viaje? ¿por sacrificio? ¿por fidelidad? ¿por cariño? No, Boet; sino por interés; pues en muchas casas de la nobleza legitimista hay apuros, y el Cojo ayuda á sobrellevarlos.”

«¿Y Pio IX confía en el triunfo de esa gente? Sí los que están tronados solo esperan que se consolide la república para ofrecer á esta sus servicios... ¿No lo hicieron ya así en tiempo de Napoleon I y III?... Desengáñese el Papa: si alguien puede salvarlo y levantarlo es el duque de Madrid, soy yo, yo, D. Carlos; y el que le ha dicho otra cosa, le ha engañado tontamente. ¿No te parece, Boet?»—«En efecto, contesté; creo que V. M. es la única esperanza del Vaticano, y que si V. M. no lo salva nadie lo salvará.”—«¡Bravo! exclamó el Pretendiente. Pues entonces ¿por qué me compara Pio IX con un mono? ¿se trata así al único príncipe que puede redimiros, que puede aniquilar á nuestros enemigos, y devolveros los estados que habeis perdido? ¿se le anima, se le lisonjea, se le entusiasma y obliga llamándole mono sabio? ¡Ah, Boet! yo me acordaré de esta insolencia; y un dia ú otro el Vaticano me la pagará. ¿No ha demostrado el Papa que le escocía la ocupacion francesa, del modo que la hizo Napoleon III? Pues ya conozco su flaco; y así que conquistemos Roma, dejaré en ella una fuerte guarnicion car-

lista con encargo de mortificar al Vaticano mucho mas punzantemente que no lo amoló la guarnición napoleónica." Así terminó aquel cómico incidente; pues conociendo yo que D. Carlos tenía la culpa del desaire del Papa, pero que sería inútil decirselo, no le repliqué.

Visitamos en Roma las iglesias, pinturas, museos y ruinas mas célebres; y aunque yo hubiera querido hacerlo despacio, el Pretendiente me contrarió y lo impidió. Nada le gustaba. Entró en San Pedro del Vaticano, miró y se encogió de hombros; recorrió la Sixtina de Miguel Angel y las Estancias de Rafael, y salió en seguida; entró en el gran museo de escultura, y pasó de largo. «Si yo hubiese sido Papa, me dijo, mi primer acto hubiera sido borrar esas pinturas, romper esas estatuas, y derribar las iglesias modernas. El Vaticano se ha perdido, conservando todo esto, que era una propaganda continua contra sus doctrinas.»

«Las iglesias modernas, como las de Roma, no están en carácter, Boet; y en vez de inspirar á la gente el terror y abatimiento que convenían al Papado, parecen salas de baile, que inspiran placer y confianza, y convidan á instruirse y gozar. Cuando yo sea rey de España, no toleraré mas que las iglesias góticas, las cuales son las únicas que convienen á las monarquías de derecho divino; pues en lugar de dilatar el espíritu, lo encogen; en lugar de inspirar civilización, inspiran dureza y barbarie; y siempre causan miedo con sus ogivas y rincones. Los Papas, como los Reyes, debían procurar que sus vasallos no frecentasen ni conociesen esos edificios que parecen difundir la luz, la belleza, la buena vida y el espíritu social; porque son otros tantos libros que corrompen el espíritu humano, despertándole sentimientos anárquicos. Ellos imaginaron que cerrando las escuelas, alcanzarían lo mismo, aunque conservasen estas iglesias; y se engañaron de medio á medio, porque lo que ganaban por la derecha lo perdían por la izquierda.»

«¿Cómo los vasallos del Papa no se habían de erguir yendo á misa en tales iglesias, contemplando aquellas pinturas y visitando esos museos de estatuas? Si todo son cosas agradables y atractivas; si todo dice al que lo vé: *tu eres mucho; tu puedes mucho; tu serás lo que quieras.* ¿Y quién duda que el vasallo que se acostumbra á esto, por encorvado que esté, al fin se endereza, mira en torno su-



yo, se repone, mide de arriba abajo á su soberano, y al fin se subleva y le derriba? Así les ha pasado á los Papas, y así tambien á los monarcas de derecho divino, que no lo impidieron en sus tierras. Todo el mal, Boet, ha venido de esto; porque los primeros revolucionarios salieron de Roma; y si los Papas algunas centurias atrás no hubiesen protegido las Bellas Artes, nadie hubiera aprendido aquí á tener mucha confianza en sí mismo, y en inculcarla á los pueblos.”

«Cuando yo sea rey, no solo cerraré el Museo de Madrid, sino que haré distribuir todos los cuadros por mis palacios, á fin de que nadie los vea mas que yo y la corte. Así lo hicieron mis antepasados; porque ya sabes que ni los Cárlos, ni los Felipes formaron Museos, aunque fuesen aficionados á las Bellas Artes, y la historia demuestra que entouces España iba muy bien.” Tomaba yo todo esto por extravagancias; y como el Pretendiente me las decía generalmente de noche con una botella de Chartreuse delante, y un puro en la boca, no hacia caso, y me reducía á escuchar, sonreirme y fumar. Sin embargo, estoy ahora convencido de que en el fondo no eran ideas tan disparatadas como supuse, y que D. Cárlos habia aprendido esto de algun excelente discipulo del absolutismo.

Las ruinas de Roma que llamaron mas la atencion del Pretendiente, fueron el *Foro romano* y el *Coliseo*; sobre todo éste, que pareció complacerle extraordinariamente. D. Cárlos se hizo explicar por el guia todos los detalles é historias que se sabian de aquel Circó romano, que tantas veces sirvió de lugar de suplicio á los esclavos y cristianos, y escuchaba la relacion del modo mas atento y placentero. Sin embargo, no conocí sus ideas hasta que de allí á dos dias me las refirió en una de las conversaciones que de noche solia tener conmigo. «Lo único que me divierte de la antigua Roma, me dijo, es el *Foro romano* y el *Coliseo*; ruinas que en el órden político se completan. El *Foro* es las antiguas córtes romanas, lo que hoy los demagogos llaman el Parlamento; y el *Coliseo*, el cadalso permanente donde los emperadores romanos, verdaderos maestros de la monarquia, castigaban á los enemigos de su poder. ¡Lo que son las cosas! del *Foro* no queda piedra sobre piedra; al paso que el *Coliseo* todavía se levanta de un modo imponente, como dán-

donos una lección á los príncipes, y haciendo una amenaza á los pueblos. Hé aquí por qué son las únicas ruinas cuya vista me complace. ¿Qué te parece, Boet? añadió, dándome un puro y encendiendo otro.”

Como á mí me repugnaban estas ideas, le contesté: «Me parece que si V. M. hablase en serio, sería cosa de horrorizarse y escapar de aquí.” D. Carlos me miró sorprendido. «¿Cómo si hablase en serio! exclamó. Pues ¿cómo te figuras que hablo? Sería bastante singular que á un hombre como al duque de Madrid y á los que son del mismo y parecido linaje no les complaciésemos ver arrasadas unas cortes como el *Foro romano*, y en pie todavía el *Coliseo*, apoyo de nuestra doctrina. ¿Te figuras tú que Francisco de Nápoles, el Cojo de Frhosdorff, el duque de Modena y otros de las mismas ideas piensan y sienten de otro modo? Cierto es, añadió, que ahora no se arrasan las Cortes como el *Foro romano*, ni se mata en los *Coliseos* á los demagogos; pero no hay mas diferencia que en las formas, pues en el fondo se hace todo del mismo modo. Las Cortes se bombardean ó allanan; y á los demagogos se les deporta á islas desiertas del África y Asia, ó se los fusila en masa en las explanadas ó plazuelas. No me repliques que esto lo hacemos tan solo los reyes de derecho divino; porque es tan bueno y útil, que hasta lo hacen nuestros enemigos mismos cuando de otro modo no pueden salirse con la suya. Los dos Napoleones lo han hecho en Francia; otros monarcas lo han hecho en el Piamonte, Austria, Prusia y Alemania; O'Donnell y Pavia en España, y Mr. Thiers los ha dejado á todos en zaga cuando lo de los comunistas de París.”

«Entre ahora, prosiguió D. Carlos, y el tiempo del imperio romano no hay mas diferencia que el nombre. Entonces los demagogos se llamaban *cristianos*, y hoy se llaman *republicanos*, *comunistas*, *liberales* ó *progresistas*, segun quien da el golpe; porque lo divertido de esta época es que todos los partidarios del régimen parlamentario han pasado por los mismos apuros, y cada uno ha tenido su día de ser echado á las fieras; lo cual no ha impedido que despues hayan echado á ellas á los mas avanzados. Dimana esto, Boet, de que todos los partidos comprenden que con *foros romanos* en pie no se puede marchar, al paso que los *coliseos* son edificios de una necesidad absoluta para cualquier gobierno que sea. Así

recuerda como los primeros republicanos franceses tuvieron tambien el suyo con una excelente fiera llamada guillotina, que devoraba rápidamente todo lo que le daban de comer. ¿Qué quieres? Ya te dije que son tan buenos los principios de nuestra manera de gobernar, que *mutatis mutandis* hasta nuestros mas encarnizados enemigos los copian.”

—«Con estas ideas, repliqué, V. M. no será nunca rey.”

—«Estás en un error, dijo D. Carlos. Yo no soy ya el rey, por no haberlas seguido con mis propios partidarios. Si una por una cada vez que mis generales perdian una batalla, los hubiese mandado fusilar; si despues de lo de Bilbao hubiese matado á Elío, á Valdespina y Dorregaray; despues de lo de Iruu á Ceballos; á Mendiri despues de lo del Carrascal, y á Saballs despues de lo de la Seo, ya reinaria. Pero yo no tenia la experiencia que ahora, y no supe hacer lo que convenia. Me habian dado á entender que necesitaba generales; que sin ellos no ganaria la guerra; que sus talentos me habian de llevar á Madrid; y como me lo creí á medias, pues el corazon ya me avisaba de que me engañaban, esto me perdió.”

«No, Boet; mal que te pese, los generales no sirven para lo que decis; pues quien gana las guerras no es el jefe A ó B; sinó el número de soldados. Pon en frente dos ejércitos, uno de veinte mil y otro de cuarenta mil hombres, y este vencerá á aquel, sin necesidad de generales. Ya se supone que no quiero decir que los ejércitos han de carecer de alguien que los mande, para que hagan esto, ó lo otro. Mi conviccion es que lo que se llama talento militar no existe, ni si existiese serviria de nada. ¿Quién ha ganado la guerra de Francia y Prusia? El que ha tenido mas soldados. ¿Cuando me han vencido á mí los liberales? cuando me han atacado con triple número de gente. ¿Por que perdió Austria la guerra de Italia y Rusia la de Sebastopol? Por el mismo motivo. Si yo cuando era hora hubiese castigado á mis generales, no me hallaria ahora en la emigracion. Pero no lo he echado en saco roto, Boet; y así que volvamos á levantarnos, ya verás como lo aplico.”

Entonces yo solté una carcajada de desprecio y cólera. «Y V. M., exclamé, me lo dice á mí que soy general, para que me prepare á morir bien, ¿verdad? ¡Ah, Señor! yo no dudo de que V. M. hubiera fusilado de buena gana



á Elio, Dorregaray Mendiri y otros, como me dice; pero V. M. sabe que del dicho al hecho hay gran trecho, y que estos señores no se hubieran dejado fusilar tan mansamente. Hé aquí porque V. M. no los fusiló. Pues sepa que lo mismo pasará siempre; y que los generles, cualesquiera que sean nuestros talentos, no permitiremos que V. M. nos fusile con el desparpajo que me acaba de decir." Y le dejé estar, marchándome á mi aposento con la mayor displicencia.

### LXXVIII.

#### En Grecia y Turquía.

*Milan 26 de Diciembre.*

Boet continuó así: La primera vez que pasamos por Italia, al salir de ella, fuimos á Grecia, en cuya corte se nos recibió con mucha franqueza. El país es despoblado, pobre y atrasado; pero dicen que ha ganado mucho desde su independencía acá, lo cual no me extrañaría, porque conserva el orgullo de sus antepasados, y esto impulsa mucho el progreso de los pueblos que han sido ilustres.

Sabia yo que vivia aun el famoso almirante de la guerra de la Independencia, Canaris, el Garibaldi griego, no menos intrépido, inteligente y constante que este; no menos terrible á sus enemigos, ni menos querido, venerado y adorado de la nacion; y procuré convencer á don Carlos de que fuese á visitarlo, como un homenaje á la Grecia, lo cual produciria buen efecto en el país, y en el resto de Europa. A mayor abundamiento el mismo monarca griego nos tenia, por decirlo así, abierto el camino, puesto que él iba á verle de vez en cuando. «Señor, dije al Pretendiente; aunque Grecia sea hoy un pequeño y humilde pueblo, ha sido el más célebre de todos por sus artes, ciencias y letras; y hoy en día se considera aun á sus antiguos maestros como los primeros del mundo. Vamos, pues, á ver al almirante Canaris, cuya visita será como un tributo de respeto á la antigua nacion mas ilustre de la tierra." »

á Elio, Dorregaray Mendiri y otros, como me dice; pero V. M. sabe que del dicho al hecho hay gran trecho, y que estos señores no se hubieran dejado fusilar tan mansamente. Hé aquí porque V. M. no los fusiló. Pues sepa que lo mismo pasará siempre; y que los generles, cualesquiera que sean nuestros talentos, no permitiremos que V. M. nos fusile con el desparpajo que me acaba de decir." Y le dejé estar, marchándome á mi aposento con la mayor displicencia.

### LXXVIII.

#### En Grecia y Turquía.

*Milan 26 de Diciembre.*

Boet continuó así: La primera vez que pasamos por Italia, al salir de ella, fuimos á Grecia, en cuya corte se nos recibió con mucha franqueza. El país es despoblado, pobre y atrasado; pero dicen que ha ganado mucho desde su independencía acá, lo cual no me extrañaría, porque conserva el orgullo de sus antepasados, y esto impulsa mucho el progreso de los pueblos que han sido ilustres.

Sabia yo que vivia aun el famoso almirante de la guerra de la Independencia, Canaris, el Garibaldi griego, no menos intrépido, inteligente y constante que este; no menos terrible á sus enemigos, ni menos querido, venerado y adorado de la nacion; y procuré convencer á don Carlos de que fuese á visitarlo, como un homenaje á la Grecia, lo cual produciria buen efecto en el país, y en el resto de Europa. A mayor abundamiento el mismo monarca griego nos tenia, por decirlo así, abierto el camino, puesto que él iba á verle de vez en cuando. «Señor, dije al Pretendiente; aunque Grecia sea hoy un pequeño y humilde pueblo, ha sido el más célebre de todos por sus artes, ciencias y letras; y hoy en día se considera aun á sus antiguos maestros como los primeros del mundo. Vamos, pues, á ver al almirante Canaris, cuya visita será como un tributo de respeto á la antigua nacion mas ilustre de la tierra.»

D. Carlos me miró sorprendido, y me dijo: «¿El duque de Madrid rebajarse á poner los pies en casa de un pelee llamado Canarias, ó Canarias ó Canario? Tú te has olvidado, Boet, de lo que me debo á mí mismo y al partido. Un hombre como yo no puede hacer estas visitas. Si ese señor Canario ó Canarias quiere visitarme, envíe un memorial, y entonces le concederé una audiencia, basta que estemos en Grecia y que sea algo en este país.» Al oír tales majaderías, me cargué y repuse: «Advierta V. M. que el rey de Grecia no se cree rebajado, sino honrado, entrando en aquella casa.» El Pretendiente me contestó con altivez: «Si el rey de Grecia va, yo, que soy el duque de Madrid, no voy. ¿Que comparacion hay entre nosotros? ¿qué es él y qué representa, comparado conmigo? El es el rey constitucional de un microscópico país; al paso que yo soy el héroe de una de las guerras mas colosales de este siglo, y el rey de un partido, de quien depende el triunfo del Cojo de Prhosdorff, el restablecimiento del poder temporal; la libertad de Nápoles é Irlanda y la reconquista de Portugal y las Américas. Apenas hay en Europa quien sepa el nombre del rey de Grecia; al paso que no hay villorio en el mundo donde no haya resonado el nombre de D. Carlos.» Y añadió reprendiéndome: «Es preciso confesar, Boet, que de algun tiempo acá te vuelves tonto.» Yo que estaba irritado, repliqué: «En tal caso será por tratar con V. M., pues la tontería es una enfermedad pegadiza.»

No le hablé mas del asunto, y fui yo mismo á ver al ilustre Canarias, que vivía cerca de Atenas en una casita de campo aseada, pequeña y graciosa, dotada de un reducido huerto donde se cultivaban frescas hortalizas y hermosas flores. El héroe me recibió enseguida. Era un viejo de mediana estatura, fuerte y vivo; llevaba un gorro colorado, paletó y zapatillas. «Sea V. bien venido, me dijo. ¿V. es español y militar? tanto mejor. Yo he estado en España cuando era chico. ¿Cuánto fraile y pescado habia entonces en el país de V.! ¡Ja, ja! ¿Hay todavía tantos frailes en España?»—«Están suprimidos desde el año 35, le contesté.»—«Tanto mejor repuso. ¿Y se coge aun mucho pescado?»—«Todavía, señor Canarias.»—«Yo creia observó, que los buques de vapor lo destruirian. Buen país es la España, añadió. Su historia, segun he oido decir, está llena de grandes cosas, y la nacion todavía



da que hablar. Un viejo marino como yo no puede olvidar la fama de la marina española."

«Y los marineros españoles, repuse, tampoco pueden olvidar las hazañas del ilustre Canaris.»—«Vaya, vaya, dijo él con complacencia. Ya veo que quiere V. poner á prueba mi modestia. Pero V. es militar, ha hecho la guerra, y sabe que no nos disgusta á la gente de armas hablar de nuestros lances. ¿Pero quiere que le diga á V. la verdad? Aunque el valor es una gran cualidad, que yo estimé mucho en mi juventud; despues me he modificado, conociendo que vale poco sin la pericia y prudencia. Así lo que mas aprecio ahora de mis golpes es la idea.»—«En efecto, repliqué; pero la idea sin el valor no produce nada en la guerra, señor almirante.»—«Sin duda, me contestó. Pero el valor se adquiere. La primera vez que yo estuve en un combate naval, tuve un miedo tan atroz, que me tendí en el suelo. Pero un marino me arremó un puntapié tan colosal en el trasero, que desde entonces fui un valiente.» Echose á reir, y yo le acompañé. «¿Ha visto V. al rey? me dijo.»—«Si señor, le contesté.»

«Es un buen jóven, muy bueno, me dijo. Con frecuencia viene á verme, y me pregunta mi parecer de las cosas del pais; yo se lo digo llanamente, pero él no lo sigue nunca. ¡Como ha de ser! ¡Cosas de estos señores! Por lo demás, yo soy, como V. ve, muy viejecito, y no puedo tardar en morirme. A buen seguro que no volvamos á vernos. Pero la verdad, antes de morir, quisiera que mi pais se enredase otra vez con esos perros turcos; pues estoy seguro de que mis compatriotas serian dignos de sus padres. El griego es muy valiente, mucho. Si abrimos una campaña, he de hacerme conducir á la guerra, aunque sea en camilla, para tener la dicha de ver á los jóvenes griegos batiéndose como nosotros. A fé, que esto me quitaria cincuenta años de encima, porque me haria la ilusion de creer que aun estamos en los buenos tiempos de lord Byron y de.....» ¿No ha visto V., se interrumpió diciendo, qué veneracion hay aquí por el gran poeta inglés?"

«Mucho, contesté.»—«Era un gran corazon, exclamó él; y Grecia lo ama no solo como á uno de sus hijos y mártires, sino como á uno de sus grandes poetas antiguos.» Mucho mas hablamos aun; y conociendo al fin

que era hora de retirarme, me despedí de él. «Adios, me dijo; adios, caballero; agradezco su visita, pues admiro mucho las glorias marítimas de España.» Regresé á Atenas, contentísimo de haber conocido al mas ilustre y puro de los griegos contemporáneos; y al verme D. Carlos, exclamó: «Apostaría que has estado á ver á ese Canario de quien me hablaste.»—«Punto por punto, contesté; y siento mucho que V. M. no haya venido.»—«Ya te dije, me replicó, que el duque de Madrid no se podía rebajar hasta este punto.»

El Pretendiente se complacía mas en visitar la corte, aunque mas por vanidad que por simpatía, pues de detras hablaba muy mal de ella. El rey y su esposa eran muy sencillotes de puertas adentro, y criaban del mismo modo á sus hijos, que aun son pequeñitos. En las veladas se tocaba un riquísimo organillo, se contaban cuentos y se hacia mucha broma. El rey en persona tocaba á veces el organillo sudando como un faquin, y se usaba en extremo de que se aplaudiesen las piezas que habia escogido. D. Carlos se mofaba de esto con palabras indignas, diciendo que aquel entretenimiento era propio de un rey constitucional.

Pero cuando queria lucirse se ponía en tal ridículo, que nadie podia aguantarlo. Figúrese V. que en dos dias contó dos veces el cuento del mono, la madre y el titiritero. La primera vez hubo tolerancia. Pero la segunda ya no se disimuló la risa. Al oír aquello de «y figúrense SS. MM. la angustia de la madre, y sobre todo la del titiritero,» una dama de la reina fué acometida de una carcajada tan estrepitosa, que tuvo que salir corriendo para no comprometer á los monárcaas. Así es que al volver al hotel, le dije terminantemente: «Si V. M. vuelve á referir este cuento, no le acompaño mas á la corte. Parece imposible que á la edad de V. M. se cometan aun esos dislates. Quiere V. M. dejar aquí la reputacion de un mentecato? ¿quiere que se diga irónicamente *discreto como el duque de Madrid?* ¿No le basta ya á V. M. la leccion de Pio IX?» Confundido por estas reprensiones, me prometió reportarse, como en efecto lo hizo; pero no por esto cambió.

Un dia los reyes de Grecia se nos llevaron á una granja muy vasta que poseen en los contornas de Atenas; y viendo la reina el jardin lleno de nieve, nos propuso una

diversión que le gustaba mucho. «Supondremos lo siguiente, nos dijo. Vosotros me perseguireis, y yo huiré, sin dejarme alcanzar. Entonces cogereis grandes puñados de nieve, y me la tirareis por la cabeza, procurando tocarme bien. Tú, Jorge, añadió al rey, ten juicio y no hagas como otras veces, que me incomodas. Tirame también bolas de nieve, como los demás, y sin excederte.» El rey se echó á reír. «Bien, respondió. Tú escupa, que yo ya sé lo que debo hacer. Señores, añadió, armarse bien, y fuego. ¡A ella! gritó. ¡A ella, sin piedad!» La reina escapó por el jardín; y todos nosotros formando grupo, le corríamos detrás, tirándole nieve. Ella riendo gritaba: «¡No me cogereis! ¡no me cogereis!»—«¡Fuego! ¡fuego! exclamaba el rey.» La reina recibía un diluvio de nieve, que cayéndole por la cabeza y el cuello, la cubría de copos blancos. Pero cuanta mas le tirábamos, mas alegre parecía. Al fin su marido cogió dos grandes puñados, y dando la vuelta por una senda, salió al encuentro de la reina, que no le esperaba. «Cogida te tengo, exclamó deteniéndola.»—«¡Oh! ¡socorro! ¡socorro! gritó ella.» El rey se abalanzó y le echó toda la nieve dentro del pecho soltando grandes carcajadas. La reina entonces se detuvo riendo como una loca, y entre las explosiones de risa exclamaba: «Basta, basta. Ya me rindo. ¡Cuanto me he divertido! ¡es uno de mis días mas felices! ¡Ah, señores, qué dichosa soy! Solo que ese Jorge siempre ha de hacer alguna de las suyas.»—«Esto te gusta á tí, repuso el marido con malicia.» Así terminó la diversión, y mas tarde volvimos á Atenas.

D. Carlos quedó muy cargado de esta partida de campo, y al regresar á la ciudad, prorumpió en las mayores inconveniencias contra los rejos esposos. «Si yo fuese rey de Grecia, exclamó, otro gallo les cantara á los griegos. Ante todo me haria elegir rey absoluto, por medio de una propaganda disolvente que aterrorizase al país. Gastaría la mitad del dinero en fomentar á la demagogia mas incendiaria; permitiría que esta se desenfrenase terriblemente; y cuando las clases pudientes se hubiesen espantado bien, me apoderaría de toda la autoridad, y diría *aquí solo mando yo*. Una vez rey absoluto, pondría á todo el mundo sobre las armas, y declarando la guerra al turco, no pararía hasta conquistar Constantinopla. Pero, añadió con desden, alguna diferencia ha de haber



entre el rey Jorge de Grecia y el duque de Madrid." Yo le repliqué con viveza: «En efecto, el rey Jorge no es absoluto, ni conquista Constantinopla, pero tiene sentido común; y en cambio el duque de Madrid sabe el cuento del mono, la madre y el tirititero.»

Al salir de Grecia fuimos á Constantinopla, donde no nos sucedió ninguna aventura extraordinaria, aunque sí algunos casos que merecen contarse. Encontramos allí establecidos en una casa-convento á tres frailes franciscanos españoles de la Comisaría de los Santos Lugares. Recibiéronnos muy afectuosamente, y colmaron de obsequios á D. Carlos, regalándole un gran paquete de reliquias y objetos piadosos de Tierra Santa. Aunque yo indiqué al Pretendiente la conveniencia de darles una limosna, éste se negó á hacerlo, diciéndome que ya les daría algunos retratos suyos, y los convidaría á comer, lo cual bastaría.

En efecto, ellos se mostraban muy contentos, porque aunque fuesen algo despreocupados, eran muy carlistas. El superior tenía tal fanatismo por D. Carlos, que había jurado no renovar su hábito hasta que aquel subiese al trono de San Fernando. «No, exclamaba Su Paternidad con exaltacion; mientras V. M. ande errante por el extranjero; mientras el ilustre defensor del trono y del altar no esté en Madrid; mientras España lllore de verse en la calamidad que la devora, yo he de vestir luto; yo no puedo engalanarme; y por esto no me pongo el hábito nuevo que tengo comprado y preparado para el día que V. M. triunfe.»

El Pretendiente le alabó mucho su determinacion, diciéndole: «Padre, esto demuestra que Vuestra Paternidad es un buen carlista y un excelente católico. Así debiera hacer todo el clero español.» Pero cuando les convidamos á todos á comer, yo rogué al superior que con este motivo se pudiese el traje nuevo, pues el que llevaba no solo era muy viejo, cosa disculpable, sino muy sucio, como que tenía un dedo de grasa en varias partes, lo cual no habia de resultar muy sabroso en la mesa. «Vuestra Paternidad, dije con sorna al fraile, debe esta muestra de respeto y gozo á S. M.; pues si no festeja la entrada de este en Madrid, al menos festeja su entrada en la capital de los turcos, que quizá por voluntad de Dios es una cosa muy significativa.» Estas palabras impresionaron al

fraile, y D. Carlos que debió de conocer mi intencion, las apoyó oportunamente: «Boel tiene razon, dijo. Póngase V. por esta vez el hábito nuevo, pues quizá mi llegada á la capital de los infieles sea precursora de mi llegada á la capital de los masones españoles.»—«Quizá sí, quizá sí, exclamó el fraile entusiasmado. Por esto obedeceré las indicaciones de V. M., como si fuesen del profeta Jeremías.»

En efecto, el fraile se puso el hábito nuevo y se presentó en nuestro hotel con sus compañeros, donde celebramos juntos un banquete. Todos hicimos gran honor á los platos que se nos sirvieron, y el bueno del superior no se cansaba de comer, de beber, mirar con éxtasis al Pretendiente y alabar á Dios. «¡Qué fortuna me ha dispensado el cielo, exclamaba, permitiéndome ver con mis propios ojos á V. M.; hablar con ella y estar sentado á su misma mesa! Ahora sí que puedo morir, porque ya he conocido la felicidad. Si Dios me abre las puertas del cielo, apiadándose de este pobre pecador, dudo que me haga mas dichoso.»

Durante la comida hablamos de diversas cosas, y yo pregunté al superior por el estado del catolicismo en Constantinopla. «¿Les molestan á VV., los turcos? dije. ¿Les persiguen?»—«¡Oh! no, señor, me contestó. Los turcos son una gente de bien á carta cabal. Estamos aquí como el pez en el agua: tan tranquilos, tan seguros y respetados, que parece un milagro de la divina Providencia. Hasta nos permiten hacer procesiones por las calles. Figúrese V. si somos libres.»—«Entonces, observé yo, será natural que viendo Vuestras Paternidades los buenos frutos de la tolerancia religiosa, sean partidarios de ella para cuando triunfemos en España.»—«Esto nunca, exclamó impetuosamente el fraile. Si los turcos son tontos, y nos dejan hacer lo que queremos; yo no, y jamás defenderé que se permita introducir otras religiones en España. Yo no niego que los sectarios de otra religion sean buenos. Eso no, porque seria faltar á la verdad. Pero los católicos debemos ser absolutos, y prohibir los demás cultos con todos los rigores de la ley; porque el catolicismo es la única religion verdadera, y por consiguiente excluye las demás, que no son hijas de Dios, sino del hombre, del orgullo humano. Cabalmente esta es una de las ideas que á nosotros nos hacen mas adictos á S. M.; la que con mas vehemencia nos conser-

va fieles á su causa, y nos obliga á desear tanto su triunfo. Sí, añadió dirigiéndose al Pretendiente; apenas V. M. esté en España, extirpe con el hierro y el fuego todas las heregias que han nacido en ella; restablezca la Santa Inquisicion; devuelva á la Iglesia la vida y el esplendor antiguos; restaure las órdenes monásticas con los bienes de que estaban dotadas; y el Altísimo bendecirá á V. M. como hijo predilecto de Roma." Al oír tanto absurdo, me encogí de hombros, y le deje estar.

En los días que permanecemos allí, visitamos todo lo mas notable que se permite ver; y aunque D. Carlos no gustaba de la ciudad, se complacia en todas aquellas cosas de ella que tenían relacion con sus ideas y costumbres. «Si Constantinopla fuese como París, decia, me vendria á vivir aquí, porque es la ciudad del absolutismo en toda su pureza, y del placer en su expresion mas refinada. Observa que vida lleva el Sultán; reina como una especie de Dios; apenas se deja ver del pueblo; quita y pone ministros como si fuesen juguetes, y pasa el resto del tiempo entre sus circasianas y georgianas, que lo llevan en palmas, unas dándole aire con el abanico, otras perfumándolo, estas cantándole canciones de amor, aquellas tocando la guzla y las demás bailando danzas embriagadoras. No sé, Boet, qué pagaria de ser sultán."

Yo me echaba á reír, y le decia: «Ni esto sabria ser V. M., pues los sultanes han de ser muy graves para sostener su papel, y V. M. no lo es.»—«¿Que no lo soy? exclamó. Se conoce que no me has visto fumar en pipa, arrellanado en un sofá, y con los ojos en el techo, echando bocanadas de humo con una impassibilidad inalterable. Si entonces algun eunuco me pusiese el gorro turco y me rodease de una buena cuadrilla de odaliscas, nadie que me viese de lejos podria creer que soy el duque de Madrid, pues mi facha seria de un Sultán de los mas castizos." Y tomáudo una expresion melancólica, añadia: «La verdad es que no he tenido suerte, porque mi carácter mas sirve para un trono mahometano, que cristiano. Considerándome tal como soy, no se puede negar que aunque triunfe, no podré desplegar todos mis talentos, por ser bastante incompatibles con las ideas del cristianismo. ¡Lástima que no haya nacido aquí, con la misma posicion que tengo! Yo hubiera sido en Turquía... ¿Quién sabe la que hubiera sido, Boet?...»—«¡Bah!



le contesté. V. M. hubiera sido un Adonis de su harem hasta que algun visir lo hubiese destronado y extranguado; porque aquí los sultanes no son tan absolutos como parece, ni como V. M. dice. El verdadero absolutismo, Señor, ha sido casi siempre un mito; pero hoy es una tontería que ya pertenece á los bufos.

LXXIX.

**D. Carlos envenado por los Jesuitas.**

*Milan 27 de Diciembre.*

Un dia que nos hallábamnos en la casa de aquellos frailes franciscanos de Constantinopla, se presentó un P. Jesuita, recién llegado de Marsella, y con gran disgusto suyo se halló de manos á boca con D. Carlos. No lo sintió menos éste, que como no puede sufrir ni ver á los Jesuitas, de buena gana hubiera evitado el encuentro. Pero ambos aparentaron lo contrario, y el Jesuita, expresándose con gran frialdad y cortesía, y el Pretendiente, mostrándose franco y amigable, entraron en conocimiento el uno del otro, por mediacion de dos de aquellos frailes. «Padre, dijo D. Carlos al Jusuita, me alegró mucho de ver aquí á un distinguido individuo de una orden tan gloriosa ó importante, porque yo soy gran admirador de S. Ignacio de Loyola; he orado diferentes veces en su grandioso santuario de las Provincias Vascas, y tengo por su gran institucion un respeto insuperable. ¡Ah! crea su reverencia que el dia que yo suba al trono de San Fernando, le habrá caído el premio gordo á la ilustre Compañía de Jesús.»

El Jesuita escuchó impertérrito estos elogios; y como si cumpliese una consigna, se inclinó y contestó con mucha mansedumbre. «Vuestra Alteza es muy cortés y le doy gracias por las atentas expresiones que acaba de dirigir al último de los hijos del glorioso san Ignacio.» Al oirse tratar de alteza, en vez de majestad, como hacían los otros frailes, y al ver que el Jusuita se desentendia del cumplido que habia dirigido á la orden, fu-

le contesté. V. M. hubiera sido un Adonis de su harem hasta que algun visir lo hubiese destronado y extranguado; porque aquí los sultanes no son tan absolutos como parece, ni como V. M. dice. El verdadero absolutismo, Señor, ha sido casi siempre un mito; pero hoy es una tontería que ya pertenece á los bufos.

LXXIX.

**D. Carlos envenado por los Jesuitas.**

*Milan 27 de Diciembre.*

Un dia que nos hallábamós en la casa de aquellos frailes franciscanos de Constantinopla, se presentó un P. Jesuita, recién llegado de Marsella, y con gran disgusto suyo se halló de manos á boca con D. Carlos. No lo sintió menos éste, que como no puede sufrir ni ver á los Jesuitas, de buena gana hubiera evitado el encuentro. Pero ambos aparentaron lo contrario, y el Jesuita, expresándose con gran frialdad y cortesía, y el Pretendiente, mostrándose franco y amigable, entraron en conocimiento el uno del otro, por mediacion de dos de aquellos frailes. «Padre, dijo D. Carlos al Jusuita, me alegró mucho de ver aquí á un distinguido individuo de una orden tan gloriosa ó importante, porque yo soy gran admirador de S. Ignacio de Loyola; he orado diferentes veces en su grandioso santuario de las Provincias Vascas, y tengo por su gran institucion un respeto insuperable. ¡Ah! crea su reverencia que el dia que yo suba al trono de San Fernando, le habrá caído el premio gordo á la ilustre Compañía de Jesús.»

El Jesuita escuchó impertérrito estos elogios; y como si cumpliese una consigna, se inclinó y contestó con mucha mansedumbre. «Vuestra Alteza es muy cortés y le doy gracias por las atentas expresiones que acaba de dirigir al último de los hijos del glorioso san Ignacio.» Al oirse tratar de alteza, en vez de majestad, como hacían los otros frailes, y al ver que el Jusuita se desentendía del cumplido que habia dirigido á la orden, fu-

giendo creer que se lo habia hecho á él, D. Carlos palideció de rabia, comprendiendo que aquel hombre no hacia mas que interpretar los sentimientos que para con el carlismo tenian los Jesuitas. Así es que, aunque disimuló su cólera, no pudo sobreponerse á ella; y lleno de mal humor contra el jesuitismo, mientras estuvimos en Constantinopla, á una ú otra hora habia de hablarme mal de aquella gente.

«Boet, me decia bajando la voz; si á alguien odio profundamente en el mundo es á los jesuitas, porque tu no puedes imaginar lo que son y la guerra que hay entre yo y ellos. Los jesuitas son... son... Mira: ¿recuerdas todo lo que ellos han dicho de los liberales? ¿todo lo malo, todo lo pésimo, todo lo rabioso que han vomitado contra el jesuitismo? Pues no solo no se han equivocado de una sílaba, sinó que todavía se han quedado cortos. ¡Oh! ¡qué frailes! ¡qué frailes! siempre rodeados de misterio; siempre silenciosos é intencionados; siempre manejando la mano oculta; siempre presentes é invisibles en los palacios de los príncipes y reyes, en los gabinetes de los ministros y en los consejos de los gobernantes para hacer lo que llaman *ad majorem Dei gloriam*.»

«A mí, añadía bajando mas la voz, me tienen entre cejas, y yo á ellos; porque si ellos me han penetrado á mí, yo les he conocido á ellos. En efecto, Boet, la Compañía de Jesús sabe que no solo no la quiero, que no solo desconfío de ella, que no solo no me fio de ningun jesuita, sinó que si de un golpe pudiese acabar con todos, no vacilaria un momento en dárselo con todo mi corazón y vigor. Pero yo tambien sé de ellos que me critican, que me desprecian, que se han servido y entienden servirse de mí como de un instrumento; y que si un dia les estorbo... si un dia les estorbo... ¿comprendes, Boet? ¡me darán el *requiescat in pace!* Por esto á pesar de todo, les hago buena cara, aunque me insulten tratándome de alteza, pues no pudiendo degollarlos á todos, lo más prudente es obsequiarlos.» Como aquel jesuita residia eventualmente en la ciudad, á veces D. Carlos se preocupaba de ello, y forjando mil delirios, imaginaba conspiraciones y planes tenebrosos. «Boet, me decia, mirando con misterio en torno suyo; ¿no te llama la atención que aquel jesuita esté aquí al mismo tiempo que yo? ¡Hum! A mí la coincidencia me da qué pensar. No me fio de es-



ta gente, ni de ese hombre. La gente es... lo que ya sabemos, y el hombre tiene todo el aspecto de un emisario siniestro: aquel silencio suyo, aquellas cortesías, aquellos monosílabos me aterrorizan. Conviene no dormir, Boet, porque te digo que aquí hay gato encerrado. La venida de aquel jesuita no es casual." Encogíame yo de hombros, y le contestaba que su aprension era ridícula. «Señor, le decia, si los jesuitas hubiesen querido deshacerse de V. M., tenían mil ocasiones mejores, porque cualquiera las tendría, sin ser jesuita."

Pero no pude nunca convencerlo. «Tendrías razon hablando en general, me contestaba, pero no cuando se trata de la Compañía de Jesús, que escogé sus dias y sus ocasiones, en virtud de una política secreta, que hasta ahora nadie ha podido averiguar." Por fin, salimos de Constantinopla, para continuar nuestro viaje, y entonces el Pretendiente se tranquilizó. «Ahora respiro, Boet, me dijo; ahora me doy por seguro, sean cuales fueren las tramas que aquel jesuita haya urdido contra mí. Te aseguro que estos dias no las tenía todas conmigo, y que ya empezaba á no fiarme demasiado de los camareros del hotel; porque uno ha oído hablar tanto de ciertos venenos sin antidoto y de ciertos envenenamientos misteriosos..." Yo me sonreí. «Sí, ríete, ríete, repuso D. Carlos. Se conoce que no tienes idea de los hijos de Loyola. Sabe que en mi familia siempre ha habido la máxima de guardarse de la compañía de Jesús."

Nos dirigimos á San Petersburgo, pasando por Rumanía, y el Pretendiente no me habló más de jesuitas. Visitamos el ejército ruso, que estaba agolpado á las puertas de Oriente, esperando el momento de invadir la Turquía; fuimos muy bien recibidos en el cuartel general, continuamos el viaje hácia el Norte, y por fin llegamos á la capital de Rusia, donde nos hospedamos en uno de los más suntuosos hoteles. Todavía hacía frio, y era menester arroparse bien. D. Carlos, que durante estos viajes habia continuado sus expediciones de picos pardos, uno de los primeros dias de nuestra llegada, despues de comer, se puso unas botas de calle, una pellisa y una gorra de pieles, y salió dejándome á mí en el hotel; y despues de vagar de zeca en meca, entró en un café donde se hizo traer su acostumbrado *chartreuse*.

Pasó allí largo rato fumando y bebiendo, y de puro en

puro y de copa en copa, se tragó toda la botella, lo cual hace con mucha frecuencia. Salió del café medio turbio y mareado, y no había aun hecho dos pasos, cuando dió de bruces con un transeunte, y al mirarle, sea casualidad, sea niebla intelectual, le pareció que tenía una gran semejanza con el jesuita de Constantinopla. Continuó el camino, sin fijarse mucho en el encuentro; y luego le salió al paso una jóven de aventuras, que le invitó en francés á acompañarla á su casa. El Pretendiente lo aceptó con mil amores, y dándole el brazo, se dejó conducir. Llegaron á una escalera, subieron, y al llamar á una puerta, esta se abrió, y salió un jóven adonis, todo arropado en sus pieles, que saludó familiarmente á la mujer, y miró á D. Carlos con malicia.

Entraron, y la jóven lo introdujo en un salon muy caliente y bien adornado, con una mesa en medio, junto á la cual estaban sentadas cinco ó seis ninfas y una experimentada dueña, que hablaban en ruso y francés. Al verse D. Carlos en tan buena compañía, dió un grito de placer, se quitó los abrigos, que un criado recogió, abrazó estrepitosamente á todas las jóvenes, y en seguida pidió champaña para todos. El criado trajo en una gran fuente copas y botellas, y en breve se improvisó allí una de las orgías mas cómicas. En efecto, el Pretendiente, que ya estaba turbio de tanta *chartreuse*, acabó de alumbrarse con el champaña, y á las cuatro ó cinco copas dió al traste con toda su razon y empezó á desvariar.

Entonces se le ocurrió la idea mas extraordinaria; porque habiendo recordado en medio del delirio de la embriaguez, al transeunte que se parecia al jesuita de Constantinopla, y al jóven que le sourió en la puerta de la casa, barajándolo todo del modo mas infernal, y aderezándolo con las aprensiones que tuviera en Turquía, imaginó que el jesuita le habia seguido á San Petersburgo, y preparándole un complot con la aventurera y aquel jóven, que eran afiliados, lo habian metido en aquella casa para envenenarlo por órden de la Compañía de Jesús.

Espantado y desesperado de esto, se levanta gritando y llorando, y empieza á correr y tropezar por la sala, diciendo á voces en francés que le habian envenenado; que aquella casa estaba llena de jesuitas; que habia sido victima de una emboscada; que era necesario que la jus-

lucía acudiese, y que de un momento á otro iba á morir-se. Al principio la comedia hizo gracia á aquellas mujeres, quienes se ahogaban de risa, viendo una *turca* tan extraordinaria. Pero al oír el ama tanto veneno y tanto jesuita, entró en sospechas de que allí hubiese algun misterio; y temerosa de la policia, mandó callar á sus colegialas, y rogó á D. Carlos que pagara y se fuera. Pero en lugar de hacerlo, el Pretendiente, que no sabia lo que se pescaba, se insolentó con ella acusándola de cómplice de los jesuitas; y prorumpiendo en mayores gritos, parece que llegó á pegarle. Levantó entonces la voz el ama, alborotáronse las chicas, y saliendo de dentro un hombre armado de un palo, dió por detrás un garrotazo tan tremebundo á D. Carlos, que este cayó en el suelo sin poder decir ni siquiera ay.

Restablecióse el orden y el silencio, levantaron al Pretendiente, quitáronle del portamonedas el dinero que habia gastado, pusieronle la gorra y la pellisa, y el hombre, cogiéndolo del brazo, lo acompañó á la puerta, y lo empujó escalera abajo. Salió D. Carlos de la casa medio aturdido y todo adolorido de aquel palo, y tomó por cualquier calle, haciendo unas eses descomunales, y murmurando que estaba envenenado por los jesuitas, y que estos habian intentado rematarlo de una gran porrada. En esto un polizonte que le divisó, fué á detenerlo, y conociendo por el acento que era un forastero de posicion, le preguntó medio en ruso y francés por su nombre y domicilio. «Soy el duque de Madrid, contestó el Pretendiente, y estoy envenenado por los jesuitas.» No sé si el polizonte no le comprendió ó si conoció de qué veneno se trataba; ello es que sin hacer caso, volvió á preguntarle donde se hospedaba. Afortunadamente don Carlos pudo aun atinar con el nombre del hotel, y entonces el polizonte detuvo un coche desocupado, ayudó á meter dentro al Pretendiente, y ordenó al cochero que lo condujese al hotel.

Durante el camino D. Carlos imaginó que los jesuitas le habian cogido y le llevaban á sepultar en algun espantoso subterráneo; y conmovido por esta idea, y trastornado por el paso del frio de la calle al calor del coche y por el traqueteo de una marcha rápida, entró en una agitacion y en unas ansias, que parecía que se iba á morir. «No hay remedio para mí... estoy en manos de los



jesuitas, exclamaba. Ahora acabarán conmigo, viendo que ni su veneno, ni sus porradas han podido matarme pronto... ¡Desdichado de mí! ¡Ay, qué muerte tan horrosa me espera! ¡Compadeceos de mí! ¡Salvadme! ¡Soy el duque de Madrid, envenenado y secuestrado por la Compañía de Jesús!"

Al llegar al hotel, todavía daba estas voces, acudieron dos criados, ayudáronle á bajar, y como por fortuna D. Carlos reconoció la casa, no se opuso á que le llevaran al asensor, y le subieron al cuarto que ocupaba. Avisado yo de lo que pasaba, acudí enseguida, y le hallé en un estado deplorable. Apenas D. Carlos oyó mi voz, quiso echarse en mis brazos, y prorumpió en lágrimas, y se exaltó extraordinariamente de ternura, de miedo y terror. «¡Sálvame, Boet! exclamaba. ¡Estoy envenenado! Los jesuitas me han dado sus polvos! ¡Un médico enseguida! ¡No hay salvación para mí! ¡Ha llegado el jesuita de Constantinopla! ¡Soy muerto sin remedio! ¡Un médico pronto! ¡Han querido rematarme de una porrada! ¡Los polvos de la Compañía no tienen antidoto! ¡Compadeceos del rey de España envenenado por los discípulos de Loyola!"

Di en seguida orden de desnudarlo, y meterlo en la cama; y como por desgracia no nos habíamos llevado en aquel viaje á Lorenzo, tuvieron que hacerlo los camareros de la fonda, quienes se enteraron de aquél escándalo. «¡El médico, el médico pronto! continuaba gritando el Pretendiente. ¡Es un veneno sin antidoto! ¡Boet, compadécete de mí! ¡Los jesuitas no tienen entrañas! ¡ya ves como han escogido su hora! ¡aquí morirá el rey de España sin remisión! ¡No hay esperanza para el desdichado duque de Madrid!"—«En seguida vendrá el médico, Señor, conteste yo. Calma, calma." Y daba prisa á los camareros, á pesar de ver que lo desnudaban diligentemente. Al fin lo acostaron, y ordené que hicieran un té, para ver si con esta bebida se pondría mejor.

Apenas D. Carlos estuvo en la cama, empezó á quejarse de dolores terribles, y á tener grandes ansias; sudaba angustiosamente; y su cara estaba encendida y amoratada. «El veneno me va ya matando, decía.... Ya siento que me destroza las espaldas... Como me las pica, como me las quema, como me las roe. ¡Oh! Ya tengo todos los hombros gangrenados.... No hay salvacion para mí....

Adios mundo adios placeres... Muero envenenado por los jesuitas." Aunque yo estaba rabioso, como no sabia lo que habia pasado, atribuia todas aquellas incoherencias á la borrachera, y no podia menos de reirme de un delirio tan singular, que hacia creer á quel mentecato que los venenos empezaban por destrozár los hombros del envenenado.

De repente se le presentó á D. Carlos la idea del infierno; é imaginando que si en aquel momento moria, estaria en pecado mortal, tuvo un acceso de terror tan furioso, que incorporándose con el pelo erizado, empezó á gritar: «¡Un cura católico! ¡por amor de Dios! ¡quiero confesarme! ¡tengo miedo del fuego del infierno! ¡quiero ir al cielo! ¡un cura católico! ¡un cural! ¡un cura pronto!" Asustado ya de su alboroto, levanté la voz, y dije como dando una órden: «¡Pronto! ¡hagan venir el cura católico de ahí al lado!"—«¡Pronto, pronto! gritaba don Carlos. Tengo miedo del infierno! ¡quiero confesarme! ¡no quiero ir al fuego eterno! ¡ya creo en todo ahora! ¡el cura, el cural!"

En esto se presentó un camarero con el té; y como don Carlos lo vió vestido de negro, y con corbata blanca, imaginó que era el cura que llegaba. «Padre, padre, le gritó. Venga. Quiero confesarme... Soy católico, apostólico, romano... Tengo miedo de ir al infierno... Oigame usted..." Afortunadamente hablaba en español, de modo que aunque los camareros comprendiesen algo, no podian darse cuenta de todo. Apresuráme yo á presentarle una taza de té, y dí órden al camarero que se acercase á la cama con la jofaina por si sobrevenia algun vómito.

Pero D. Carlos en vez de tomar el té, no pensaba sino en confesarse. «No, no, decia con angustia: la confesion; quiero salvarme del infierno; mi mal no tiene remedio. Padre, oigame V." Y cogiendo por las solapas al pobre camarero, empezó á gritar: «Yo pecador, me confieso con Dios... Padre he cometido muchos pecados... pero mas con las rubias que con las morenas... Las chicas me han gustado mucho, y no he podido nunca irme á la mano... *Mea culpa, mea grandisima culpa...* Es que hallaba á las morenas menos encantadoras que á las rubias... No volveré á pecar mas... *Miserere mihi, miserere me...* Ya haré la penitencia en el otro mundo, porque los jesuitas me han envenenado, y me voy á morir." Oyendo

yo estos disparates, tuve una avenida de risa tan grande, que huí de la cámara mordiéndome el brazo, para no soltar las mas extrepitosas carcajadas; dejando allí al pobre camarero, que con la jofaina en la mano, escuchaba aquellas palabras españolas del modo mas impasible.

Sin embargo, conociendo que de un modo á otro habia de cortar aquella exaltacion, se me ocurrió hacer creer á D. Carlos que me habia provisto de un antídoto secreto para el veneno jesuítico, y volviendo á entrar, le dije: «¡Animo, Señor, que V. M. está salvado! En Constantinopla compré un contraveneno que destruye eficazmente los polvos de la Compañía de Jesús, y voy corriendo á buscarlo.»—«¿Sí? exclamó todo alegre. Pues corre, corre, ¡Oh qué suerte habré tenido!» Entonces olvidándose de la confesion, ya no pensó mas que en el contraveneno. Tomé yo la teera, fui al tocador de D. Carlos, y viendo una botella de agua de Colonia, eché dentro del té una buena cantidad, y volví á la cámara. «¡Animo, Señor! dijo. ¡Que vamos á amolar á todos los jesuitas habidos y por haber!» Llené una taza, y se la presenté. Bebióla él, y aunque lo hizo de buena gana, se detuvo exclamando: «¡Que gusto tan extraño tiene!»—«Es la fuerza del contraveneno, dije yo. ¡Alma!» Pero no hubo menester mucha mas, porque revuelto por aquella diabólica bebida, fué acometido de un vómito tan colosal, que no le quedó nada en las tripas. «Ahora va bien, exclamaba yo. Mire V. M. como sale el veneno. ¡Picaros jesuitas! Pero esta vez nos burlamos de ellos.»

Entonces D. Carlos quedó como muerto, y dejándole yo que durmiese la mona, me retiré á mi aposento todo cargado y amolado, pues aunque al fin hubiese tomado aquel suceso á broma, lo habia sentido en gran manera. Al dia siguiente á cosa del medio dia fui á verlo, y lo hallé aun en la cama, ya despierto y en su acuerdo, pero abatido y atontado. «No sé, me dijo, qué demonios tuve anoche. Me pasó algo, pero no me acuerdo de nada. ¿Estabas aquí tú, cuando volví?»—«Si, Señor, le dije, y V. M. dió el escándalo mas grande que jamás se haya visto en un hotel. Ya sería hora de que tuviese juicio y cambiase de vida, porque estos desórdenes no se pueden sufrir.» Enseguida le conté lo que habia hecho. «La borrachera en sí misma, me contestó, no es nada, porque en Rusia



es nuestro pan de cada día entre la gente de importancia. Lo que no me cabe en el magín es la ocurrencia que tuve de que los jesuitas me hubiesen envenenado.»

Y despues de pensar un poco añadió: «No sé, en verdad, cómo pude forjarme aquella extraña idea.» En seguida empezó á hacer memoria; y de una cosa en otra vino á acordarse, bien que confusamente, de los puntos capitales de su aventura, y me los contó detenidamente. «Ahora lo comprendo, dijo. Pero ¡bah! Son cosas sin importancia. Lo que me admira, añadió, es que desde que estoy despierto todos los erutos y bostezos que hago todos saben á agua de Colonia. No sé de qué puede dimanar una cosa tan inverosímil. Cualquiera diría que tengo en el cuerpo una fábrica de esta agua.» A mi me escapó la risa, pero me reprimí; y contesté: «Será efecto de la que anoche se echó en las sábanas para desinfectarlas del hedor del vómito.»

D. Carlos se lo creyó. «Así será, repuso.» Y ladeándose, añadió con un suspiro: «Ahora quisiera que me miraras esas espaldas, porque me hacen un dolor que no me deja vivir.» Ayudéle á incorporarse, y bajándole la camisa, le examiné el sitio del dolor que estaba todo hinchado y amoratado. «Quisiera, exclamé, que V. M. pudiese ver la carnicería que ahí tiene.»—«¡Oh, Boet! contestó él quejumbrosamente. No hace menester, porque si no veo el mal, en cambio ya lo siento bastante.»—«Se conoce, dije, que el hombre tenía grandes puños y apretó de firme, y que el baston era largo, fuerte y flexible, porque V. M. tiene un gran surco amoratado que va oblicuamente del hombro al homoplato opuesto.»—«Yo lo creo, exclamó D. Carlos. Si cuando recibí el golpe me pareció que me caía en las espaldas una cucina de quince mil quintales que me abría las carnes y me rompía y pulverizaba los huesos.» Éstupefacto yo de aquel horroroso surco, repuse con todas mis cuatro patas: «¿Y se acuerda V. M. de si le dieron el golpe de derecha á izquierda, ó de izquierda á derecha?»—«No lo sé, me contestó, porque quedé tendido en el suelo, como si me hubiesen partido en dos trozos.» Al fin le persuadí que para evitar murmuraciones, se curase en familia, y por medio de unos parches de espíritu de vino alcanforado, poco á poco quedó curado. Tal fué el terrible suceso del envenenamiento de don Carlos por los

jesuitas. No recuerdo el nombre del hotel de San Petersburgo donde ocurrió tal escándalo, pero tengo sí presente que fué el mismo donde sucedió hace poco el ruidoso rompimiento de la Pati con su marido el marqués de Caux, por las furtivas relaciones de aquella con Nicolini. De seguro que todavía debe de haber en el hotel servidores que se acuerden de aquella escandalosa y ridícula embriaguez de D. Carlos.

### LXXX.

## El despotismo en Rusia.

*Milan 28 de Diciembre.*

A pesar, prosiguió Boet, de que el imperio ruso es, con el turco, uno de los mas absolutistas del mundo, ni el emperador, ni el príncipe heredero, ni Gortschakoff tomaron á bien el viaje de D. Carlos, porque el emperador estaba resentido de que el Pretendiente durante la guerra civil hubiese publicado una carta de mera contesía que le dirigió en contestacion á otra de este; el príncipe imperial, porque teniendo ideas algo constitucionales, no simpatizaba con el carlismo, y el canciller porque no lo puede sufrir desde que años atrás, siendo embajador de Viena, le comprometió Elío, dejándose sorprender una correspondencia suya política, á pesar de haberle avisado del peligro.

No obstante no se nos faltó al respeto; y el Czar nos recibió, y el Czarevitch nos invitó á su mesa. Sorprendiome mucho la disolución y recelo que se observaba en todas partes; pues aunque la guerra con los nihilistas no embraveciése aun, conociáse que toda la sociedad vivía en la angustia, ó en la indiferencia libertina. En San Petersburgo el palacio del emperador era como un triste desierto en medio de una gran ciudad; y las prevenciones de que estaba rodeado le daban el aspecto de una fortaleza en tiempo de guerra.

Cualesquiera que sean los sentimientos que inspire la

jesuitas. No recuerdo el nombre del hotel de San Petersburgo donde ocurrió tal escándalo, pero tengo sí presente que fué el mismo donde sucedió hace poco el ruidoso rompimiento de la Pati con su marido el marqués de Caux, por las furtivas relaciones de aquella con Nicolini. De seguro que todavía debe de haber en el hotel servidores que se acuerden de aquella escandalosa y ridícula embriaguez de D. Carlos.

### LXXX.

## El despotismo en Rusia.

*Milan 28 de Diciembre.*

A pesar, prosiguió Boet, de que el imperio ruso es, con el turco, uno de los mas absolutistas del mundo, ni el emperador, ni el príncipe heredero, ni Gortschakoff tomaron á bien el viaje de D. Carlos, porque el emperador estaba resentido de que el Pretendiente durante la guerra civil hubiese publicado una carta de mera contesía que le dirigió en contestacion á otra de este; el príncipe imperial, porque teniendo ideas algo constitucionales, no simpatizaba con el carlismo, y el canciller porque no lo puede sufrir desde que años atrás, siendo embajador de Viena, le comprometió Elío, dejándose sorprender una correspondencia suya política, á pesar de haberle avisado del peligro.

No obstante no se nos faltó al respeto; y el Czar nos recibió, y el Czarevitch nos invitó á su mesa. Sorprendiome mucho la disolución y recelo que se observaba en todas partes; pues aunque la guerra con los nihilistas no embraveciése aun, conociáse que toda la sociedad vivía en la angustia, ó en la indiferencia libertina. En San Petersburgo el palacio del emperador era como un triste desierto en medio de una gran ciudad; y las prevenciones de que estaba rodeado le daban el aspecto de una fortaleza en tiempo de guerra.

Cualesquiera que sean los sentimientos que inspire la



política del Czar, es imposible que quien haya hablado con este, le niegue modos finos, amables y francos. Trató á D. Carlos con fría y esquisita deferencia; habló conmigo con una atención é intimidad sencillísimas; y en todo lo que hizo y dijo delante de nosotros se veía al Dios político que procuraba disimular su alta posición y su absoluto poder. «V. A., dijo al Pretendiente, me ha favorecido, visitándome, y le doy la enhorabuena de haber llegado á esta ciudad con salud.” Y volviéndose á mí, añadió: «Tengo mucho gusto en conocerle á V., general. Ya habia oído hablar de V. lisongeramente.” Don Carlos delante del emperador parecia un doctrino ante su ayo; y lo único que se le puede alabar es que no le tirase de las solapas de la levita, ni le contase el cuento del titiritero, el mono y la madre. Pero tambien debo decir que el emperador en aquel palacio tenia todo el semblante de un hombre que vive aislado de la sociedad, por temor de peligrosas asechanzas. El silencio que allí habia daba á aquellas estancias un aspecto de tétrica desolacion. Terminada la entrevista, el Czar se puso en pié y nos dió familiarmente la mano. «Que V. A. se conserve, dijo el Pretendiente; y V. tambien, general, añadió.” Nosotros lo saludamos profundamente y salimos.

Cuando estuvimos fuera, D. Carlos me preguntó con impaciencia: «¿Qué te ha parecido, Boet? Supongo que hoy no te quejarás de mi comportamiento.”—«En efecto, contesté; V. M. ha estado pasable; y en cuanto al Czar me ha parecido un hombre que celebraria haber entrado á reinar sin despotismo político.”—«¿Qué disparate! exclamó él. Si fuese así, ya habria dado una constitucion.” Yo le contesté: «A tener otro carácter, sí; pero se conoce que es de poca iniciativa; que el estado social del imperio le tiene perplejo, y que teme las consecuencias de establecer un régimen liberal, habiendo en Rusia tantas sectas revolucionarias que se servirian de él para causar una catástrofe. Un hombre mas activo conoceria que la perplejidad es peor; y se constitucionizaría sin embajes; pero el Czar no es activo, sino muy caviloso; y de aquí que no lo haga, y que sienta que su padre no le haya dado la obra hecha, ó al menos empezada. Hé aquí porque sin desprenderse del absolutismo, no protege á los pretendientes como V. M., ni rom-

pe con los gobiernos de los países liberales, según costumbre de su padre Nicolás.

D. Carlos quedó pensativo y después de un momento de reflexión, me dijo: «Me parece que tus palabras tienen más miga de lo que indican, ¿eh?»—«Mis palabras no tienen otro sentido que demostrarle á V. M. que hoy por hoy el absolutismo es un contrasentido que pesa á los mismos emperadores rusos; y que si V. M. quiere hacer carrera es necesario que siga otra marcha; que adopte costumbres democráticas, y proponga un programa de gobierno, que sin ser constitucional, valga más que una constitución.» El Pretendiente me replicó en tono triunfante: «Respecto de lo de las garantías, ya te dije que en principio lo acepto, y que un día ú otro lo resolveremos definitivamente; y sobre lo de las costumbres las mías no pueden ser ya más democráticas, porque hártos sabes que siempre suelo acompañarme de uno ú otro de mis partidarios hasta cuando visito á ciertas señoritas.»

El resto de la alta sociedad rusa nos recibió con más cordialidad. Frecuentando á esta gente, quedé sorprendido y afectado de ver sus costumbres desenvueltas. La nobleza es instruida, despejada y elegante; pero escéptica, libertina, dejada y ligera. Nada la entusiasma, ni interesa, fuera del juego, la galantería y la bebida. Los nobles hablan de política con la sonrisa en la boca, y aunque algunos son liberales, muchísimos apechugan demasiado con el sistema actual para serle hostiles. Las señoras se resienten de todo esto, y llevan una vida de placeres y frivolidades, que ellas mismas confiesan con pesar. Una princesa á quien lo indicaba, me decía francamente: «Sí; las mujeres rusas tenemos en Europa mala reputación, y no seré yo quien niegue su fundamento. ¿Pero cómo no, si es resultado de las costumbres de los hombres? Los jóvenes empiezan sus diversiones y aventuras á los diez y ocho años; y á treinta se han gastado tanto, que son como viejos octogenarios. Entonces nos casan con ellos, y en lugar de vivir como marido y mujer, hemos de vivir poco menos que como hermanos. Durante algún tiempo nos defendemos de las seducciones que por todas partes nos rodean y asaltan; pero al fin vencidas por la naturaleza, por el abandono y la galantería, caemos, y seguimos la carrera general.»

Filosofando yo sobre esto, lo creía originado del siste-

ma absoluto de la nacion, suponiendo que la holganza en que dejaba á la aristocracia, y sobre todo los excesivos derechos que le concedia sobre el país, producian aquel desórden. «Si aquí, me decia, hubiese vida política, ¿quién duda de que no habria tan numerosas monstruosidades? y si la nobleza sintiese sobre sí el peso de la opinion pública, quién puede negar que se reportaria? Pero como viven como hombres superiores y medio divinos, no sabiendo en qué emplear sus fuerzas, las dedican al libertinaje.»

«Pero D. Carlos, á quien hablé de esto, era de otro parecer. «La aristocracia rusa, me replicó, es encantadora, y vive como debe, y como nos conviene que viva á los principios de nuestra indole. No temas que derribe al Czar, como derribaria la inglesa á la reina Victoria, si esta la tirase de las riendas. Mientras Alejandro vea á sus nobles jugando, comiendo, bebiendo y galanteando desde que se levantan hasta que se acuestan, no tendrá nada que temer. El peligro sería si lo hiciesen menos. Pero lo que no conocen ciertos príncipes es cuan conveniente sea impedir que la nobleza se enerve, disfrutando de una larga paz. Los nobles, Boet, son el principal nervio de todo trono de derecho divino, y los reyes verdaderos, así debemos impedir que se corrompan del todo, como que sigan una vida moderada; pues el exceso de placeres los inutiliza tanto, como las costumbres morigeradas los hacen formidables. El medio de impedir ambas cosas es promover de vez en cuando guerras sangrientas que los distraigan, entusiasmen y vigoricen. Con esto se deslumbra á la nacion; se la apasiona por cosas que á ella no le van, ni le vienen, y se la hace llevar con mas paciencia la carga del absolutismo. Esto no produce otro mal que matar á un centenar de miles de vasallos, y gastar algunas docenas de millones, lo cual no tiene comparacion con el bien que produce al trono. ¿Por qué te figuras que hicieron principalmente tantas guerras los Napoleon y otros monarcas absolutos? Por esto, Boet; pues el motivo que alegaban no era más que la ocasion escogida para hacer la sangría al país, y restaurar la salud de la aristocracia.» Cargado de esta inhumana teoria, repliqué: «Señor: así conviene en gran manera que V. M. dé garantías al partido.» D. Carlos se cuadró y me replicó con altivez: «¡Oh! Ni tú, ni el parti-



do, ni ningun poder humano podrá impedirme que una vez en el Irono lleve á cabo la reconquista de Portugal y las Américas."

La nobleza rusa confirmaba aquellas sanguinarias palabras del Pretendiente; porque como entonces el Czar se habia echado de cabeza en la cuestion de Oriente, la aristocracia estaba loca de entusiasmo, y aunque no dejaba sus costumbres ordinarias, las unia á un espíritu belicoso que le daban marcialidad y grandeza. El pueblo se dejaba llevar del mismo entusiasmo; alababa y vitorreaba al Emperador; le ofrecia vidas y haciendas; y por mucho que fuese gobernado bajo el despotismo mas rudo, hablaba, como el pueblo francés de los Napoleones, de ir á libertar á los búlgaros del despotismo turco, que es menos cruel que el gobierno ruso. «Señor, me decia yo; esta gente han perdido el juicio, y no ven que hacen el papel mas ridiculo del mundo, hablando de los derechos del pueblo búlgaro á la libertad del deber que los rusos tienen de ayudarles á alcanzarla, ó mejor, de dársela generosamente. ¿Se han olvidado acaso de su propia situacion? ¿han perdido ya la memoria de los miles de presidiarios políticos que gimen en las minas de Siberia? ¿imaginan tener siquiera un régimen constitucional con medianas garantías? Lo que hoy pasa en Rusia no es mas que un vasto y triste sainete."

D. Carlos, que á veces oia mis exclamaciones, se reia de mí, y me decia: «Si tú no sabes de la misa la media, Boet. ¿No te dije ya que las guerras eran necesarias al absolutismo; porque sin ellas se corrompe y disuelve, y con ellas se vigoriza y sostiene? ¿Ves cómo la nobleza rusa ha tomado proporciones colosales desde que se habla de ir á Constantinopla? ¿Ves como el pueblo revienta de satisfaccion, y se deshace en entusiasmo por el Czar?... En cuanto al contrasentido de que los rusos que no tienen libertades, se desvivan ahora para darlas á los cristianos de Turquía, no tiene nada de bárbaro y estúpido; porque lo mismo hemos visto hacer durante muchos años á los franceses, que no son gente ignorante, ni tonta."

«Napoleon I los tenia á todos en el puño y los mandaba con la punta de las botas de montar; y á pesar de esto, ellos decian que su emperador era el jefe de la revolucion política y los llevaba á dar la libertad á los otros

pueblos; Napoleon III hizo lo mismo: y aquellos franceses, que en su país vivían en la arbitrariedad mas tiránica, marchaban con entusiasmo al degolladero, creyendo que iban á dar la libertad á los italianos. Los pueblos, Boet, no son lo que tú imaginas; son chiquillos que deben ser tratados de tales. Mételos en guerras, hincha su vanidad, llámalos grandes redentores, trátalos de invencibles; y aunque por intereses dinásticos hagas matar sus hijos á millares, besarán las cadenas que les pongas, adornarán el látigo con que los azotes, y al verte en pública te harán grandes ovaciones. Por esto te digo que una vez en el trono de San Fernando, me guardaré bien de echar la receta en saco roto; y empezando por la conquista de Portugal y las Américas, acabaré por la de Italia é Irlanda en combinacion con el Cojo de Frhordorff."

Estando en San Petersburgo fui testigo de otro hecho que me llamó mucho la atención. Cuando el Pretendiente y yo fuimos á comer en casa del príncipe heredero, llamado el Czarevich, nos hallamos en una mesa concurrida por lo mas notable de la aristocracia rusa. El héroe de la fiesta era el embajador en Constantinopla, general Ignatieff; hombre desenvuelto y de talento vulgar, que se pavoneaba entre todos como un gigante. Cuanto decia era escuchado y aplaudido con un fervor incomparable, por comun é impropio que fuese; pues todos los comensales, todas aquellas princesas, príncipes y duquesas, competían en obsequiarlo y alabarlo.

Una vez la Czarevina dijo á Ignatieff: «Así, pues, general, los turcos son la raza más abominable del mundo.»—«V. A. tiene razon, contestó él. Ni las tribus más bárbaras de Africa son tan embusteras y bribonas como ellos. El turco no es hombre, sino pajarraco. Por esto digo que del Danubio á Constantinopla no hay más que un paseo militar, para un ejército ruso. Pero dejemos esto, y volvamos á lo que V. A. me decia. Voy á contar un caso á V. A. que le demostrará qué raza es aquella de bribones y embusteros. Figúrese V. A. que Constantinopla está llena de centenares de miles de perros; y cargados nosotros, los de la embajada, de esta inmundicia, decidimos exterminarlos con veneno. A este efecto, un desconocido fué á comprar en casa de un boticario turco una gran porcion, dándole á entender que tenía otro ob-

jeto; y todos mis empleados pasaron un día haciendo bolas, las cuales llegaron á diez ó doce mil. Llegada la noche, salimos, y en un quitame allá esas pajas distribuímos la provision del modo mas fácil, imaginando que al día siguiente las calles estarían sembradas de cadáveres. Salimos en efecto, por la mañana á ver el estrago. Pero ¡oh sorpresa! el pícaro del boticario, para hacer negocio, nos habia dado en lugar de veneno, un fuerte purgante; y nosotros en vez de hallar á doce mil perros reventando, los encontramos...” Una carcajada general interrumpió al narrador, y la Czarevina reía con tanto entusiasmo, que no podia contenerse.

Aunque el lance tenia gracia, á mí me sorprendió que se contase allí, y fuese bien recibido. Pero un diplomático alemán, que conoció mi extrañeza, me dijo sonriendo: «No se admire V. Ignatieff triunfa en una monarquía absoluta; es el favorito de la corte y tiene carta blanca para decirlo todo con la seguridad de agradar. Pero ¡ay si la guerra va mal! Allí verá V. lo que es del favorito de hoy. No crea V. que en estas tierras los hombres suban y caigan como en los pueblos libres. Aquí la fortuna y la desgracia están siempre pendientes, no del mérito de los súbditos, sino de una mirada del que todo lo puede.”

Pocos meses despues y o mismo pude comprobar la exactitud de esta crítica. Nos hallábamos con D. Carlos en la guerra de Oriente, y habiéndonos invitado el Czar á su mesa en Turuc Magurela, fui testigo de la caída de aquel hombre. Los rusos habian sufrido grandes derrotas; y la corte estaba apesadumbrada, temerosa y desconsolada. Al sentarnos á la mesa imperial, entre un gran número de militares y diplomáticos, vi al general Ignatieff, confuso, avergonzado, silencioso y cabizbajo. Apenas habiamos empezado á comer, se desencadenó contra él una lluvia de improperios indirectos. No habia oficial, ni oficialito que no le tirase los platos por la cabeza. «Ahora si que ganaremos, decia uno.»—«Siempre hemos ganado, segun se entiende la palabra, replicaba con ironía otro.»—«Sí, decia un tercero; como esos grandes diplomáticos decian que los turcos eran cuatro pajarracos...” Sin contar, añadia otro, que del Danubio á Constantino- pla no hay mas que un paseo.” Ignatieff sufría en silencio estos sarcasmos; y el emperador ni le miraba, ni reprimia á los maldicientes; su rostro expresaba la mas



terrible frialdad por el triunfador de casa el Czarewich.

«¡Bravo! me dijo D. Carlos. Veo que en Rusia se sigue la misma táctica que en Estella cuando yo estaba. Se permite subir la cumbre de la fortuna á los guapos, y luego que están y se han pavoneado bien, se les derriba en el abismo de la perdicion, entre las risas de sus rivales. Lo mismo hice yo con Elío, con Dorregaray, con Mendiri, Caserta y Perula; y así ellos cayeron, y yó me quedé en pié, mas grande que nunca." Yo le contesté todo irritado: «Señor, gracias por haberlo dicho delante de mí; porque si V. M. se propone un dia derribarme en el abismo, me cogeré de su cuerpo, y ambos caeremos juntos. Yo no me dejaré burlar como mis antecesores." Conoció él su imprudencia, y dijo en tono meloso: «¡Oh! yo te quiero demasiado para hacerte una mala partida." Pero yo repliqué: «Ya sé lo que se puede esperar del amor de V. M."»

Finalmente, algunos dias despues presencié otro cuadro que completa los anteriores. Se habian perdido las primeras batallas de Plevna; y el gobierno ruso queria á toda costa el desquite con gloria. Agolpáronse grandes fuerzas delante las posiciones de Osman Bajá; y cuando se tuvo la seguridad de ganar, se ordenó que en desagravio de las afrentas sufridas, se venceria el dia del santo del Czar, y cuando éste se levantase de la mesa, á fin de que el mismo presenciase la revancha desde una altura. Aunque esto fuese uno de los mayores disparates tácticos que un general puede cometer, porque obligaba á empezar la batalla entre cinco y seis de la tarde, no hubo remedio, y se tomaron las disposiciones para hacerlo, mandando que algunas horas antes las divisiones ocupasen sus puestos, sin romper el fuego hasta que el Czar hubiese comido.

Cumplióse; y viendo Osman-Bajá tanta gente parada á derecha é izquierda, hace lo que debia; concentra fuerzas, cae en masa sobre una division rusa, y la destroza espantosamente; se precipita enseguida sobre otra, y la aniquila; ataca á una tercera, y la dispersa. Yo contemplaba con estupor y angustia esta horrenda catástrofe desde una altura cercana. «¡Sostenednos, sostenednos! gritaban las divisiones atacadas á las demás." Pero estas contestaban: «Es imposible. No podemos entrar en accion hasta que el Czar se levante de la mesa. Así se nos

ha mandado." Entre tanto llega Osman-Bajá; embiste á estotros cuerpos, los arrolla, los hunde los ahuyenta y hace en ellos una carnicería indescriptible. Cuando el Czar al acabar de comer fué á presenciár la batalla, todo su gran ejército estaba ya hecho trizas, y mas de diez mil rusos yacian por el suelo.

### LXXXI.

## El marqués de Logroño y una gitana princesa y vírgen.

*Milan 29 de Diciembre.*

Un dia comiendo con D. Carlos y su familia en Passy se hablaba de ensaladas, y un carlista viejo, que era de los comensales, dijo que nunca habia vislo un pimiento tan grande como uno de Logroño. Apenas D. Carlos oyó este nombre, se puso pálido, y dejó caer de las manos el tenedor, mirándome á mí y á su mujer, que se sonrió de la sorpresa de su marido. Pero ofendido este de aquella sonrisa, increpó duramente á la esposa. «¿De qué tienes que reírte tú? dijo con voz airada." Los comensales quedaron serios y no se habló más de ensaladas. Pero al levantarnos de la mesa, D.<sup>a</sup> Margarita que tenia mucha curiosidad de conocer aquel misterio, me preguntó: «Por qué Carlos se ha puesto como un basilisco al oír hablar de pimientos de Logroño?" Respondile cualquier cosa, todo pensando que no eran los pimientos lo que le irritára, sino el nombre de Logroño. Ahora sabrá D.<sup>a</sup> Margarita el secreto que tanto entonces apeteció.

Al salir de San Petersburgo, despues del envenenamiento de los jesuitas, fuimos á Moscou; y una noche D. Carlos se puso su pelliza y gorro de pieles, tomó un coche descubierto y se hizo llevar á las afueras de la ciudad, donde hay establecidos unos preciosos jardines cafés en forma de invernáculos. Allí bajo una temperatura tropical viven y crecen las plantas mas raras y preciosas de los climas ardientes, en medio de un país nevado y horrorosamente frio como Rusia. Quitose el

ha mandado." Entre tanto llega Osman-Bajá; embiste á estotros cuerpos, los arrolla, los hunde los ahuyenta y hace en ellos una carnicería indescriptible. Cuando el Czar al acabar de comer fué á presenciár la batalla, todo su gran ejército estaba ya hecho trizas, y mas de diez mil rusos yacian por el suelo.

### LXXXI.

## El marqués de Logroño y una gitana princesa y virgen.

*Milan 29 de Diciembre.*

Un dia comiendo con D. Carlos y su familia en Passy se hablaba de ensaladas, y un carlista viejo, que era de los comensales, dijo que nunca habia vislo un pimiento tan grande como uno de Logroño. Apenas D. Carlos oyó este nombre, se puso pálido, y dejó caer de las manos el tenedor, mirándome á mí y á su mujer, que se sonrió de la sorpresa de su marido. Pero ofendido este de aquella sonrisa, increpó duramente á la esposa. «¿De qué tienes que reírte tú? dijo con voz airada." Los comensales quedaron serios y no se habló más de ensaladas. Pero al levantarnos de la mesa, D.<sup>a</sup> Margarita que tenia mucha curiosidad de conocer aquel misterio, me preguntó: «Por qué Carlos se ha puesto como un basilisco al oír hablar de pimientos de Logroño?" Respondile cualquier cosa, todo pensando que no eran los pimientos lo que le irritára, sino el nombre de Logroño. Ahora sabrá D.<sup>a</sup> Margarita el secreto que tanto entonces apeteció.

Al salir de San Petersburgo, despues del envenenamiento de los jesuitas, fuimos á Moscou; y una noche D. Carlos se puso su pelliza y gorro de pieles, tomó un coche descubierto y se hizo llevar á las afueras de la ciudad, donde hay establecidos unos preciosos jardines cafés en forma de invernáculos. Allí bajo una temperatura tropical viven y crecen las plantas mas raras y preciosas de los climas ardientes, en medio de un país nevado y horrorosamente frio como Rusia. Quitose el



Pretendiente sus abrigos, pidió una botella de *chartreuse* y puros, sentose y empezó á beber y fumar.

Al breve rato presentósele un caballero de aspecto raro, pues aunque su fisonomía no era vulgar, tenia un tipo original y burlesco: sus ojos eran intencionados y pequeñitos, su nariz afilada, su boca grande y su tez ajada, todo lo cual le daba un aire astuto y charlatanesco. Saludó respetuosamente á D. Carlos y dijo: «Monseñor, se conoce que sois extranjero.» El Pretendiente lisonjeado por el saludo y las palabras, contestó: «En efecto, soy español.» Pareció el desconocido recordar algo, y haciendo una reverencia mayor, añadió tendidamente: «Si V. A. se digna pasar á una sala donde hay una partida de músicos y cantantes gitanos, oirá una de las músicas mas originales del mundo.»

Aceptólo D. Carlos, todo contento de haber sido reconocido, y entró en una gran sala, donde en una tarima se hallaba una cuadrilla de gitanos de ambos sexos. Sentáronse él y su introductor, un camarero les trajo la botella de *chartreuse* y dos copas, y ambos empezaron á beber y fumar como si se conociesen de largo tiempo.

El desconocido tomó la palabra, y hablaba en francés con tal rapidez y volubilidad, que parecia uno de esos vendedores ambulantes que pregonan y recomiendan de coro su mercancía. «Yo, alteza, decia, he visto mucho mundo, conozco toda la Rusia, toda la Alemania y casi toda el Austria; he sido y soy un viajero incansable; no estoy un mes seguido en ninguna parte; ya me veria V. A. aquí, ya allí, hoy en el Setentrion, mañana en Oriente, tal dia en San Petersburgo, dos despues en Moscou, luego en Francfort, ó en Odesa, ó en Berlin. ¿Qué sé yo? Poseo quince lenguas, pues hablo nueve idiomas y seis dialectos. No conozco el español, pero á haber sabido el viaje de V. A. lo hubiera estudiado ocho dias, porque no necesito mas para aprender una lengua.»

«Esos gitanos, añadió, son gente de mucho mérito; recorren las principales ciudades de Rusia, Alemania y Austria dando conciertos en los cafés; y como trabajan bien, ganan muy buenos cuartos. No hay monarca, príncipe, ni potentado que no los galardone espléndidamente. Su repertorio es gitanesco, y está revestido de una originalidad incomparable. Yo he visto, visto con mis propios ojos, á S. M. I. el Czar llorando como un chi-

quillo bajo la impresion de esta música. Así calcule V. A. el regalo que les hizo. S. M. el emperador de Alemania y el principe imperial están tambien enamorados de ella, y cada vez que una banda de esos gitanos va á Berlin, los llaman a Palacio, remunerándolos con esplendidez. En fin, no acabaria si quisiese contarle á V. A. los magníficos regalos que han recibido de las altísimas personas que les han oido cantar y tocar."

Cualquiera hubiera entrevisto que el desconocido era el empresario de aquella banda; pero D. Carlos es tan mentecato, tan sumamente mentecato, que no atinó en una cosa tan natural. Así es que contestó: «Todo lo que V. me dice es muy interesante, y ya estoy impaciente de oír esa música."

Al poco rato entró una gitanilla de unos veintidos años, acompañada de una vieja, las cuales fueron á colocarse en el tablado; y apenas el Pretendiente vió á la jóven, la miró con ojos abrasadores, y empezó á estirarse los puños de la camisa y la punta del bigote. Aunque la jóven no era hermosa, tenia una fisonomía picaresca y reservada y un aire gallardo y atractivo. «Quién es esa gitanilla? preguntó D. Carlos." El otro dió un profundo suspiro, y bajando la voz, contestó: «No es gitana, señor. Es... es... una señorita de altísima posicion, que habiendo venido á menos, se ha afiliado en esta banda para ganarse honradamente la vida tomando el nombre de Estrella. Aquella anciana es su madre. Muchos personajes se han disputado el honor de protegerlas pero ellas han rehusado, diciendo que vale mas ser pobre y honrado, que opulento sin honra. Para que V. A. acabe de conocer á Estrella añadiré que todavía es virgen, y que suele decir que no será sino del hombre á quien ame, aunque sea un desgraciado. Pero hablemos de otra cosa, señor, porque el infortunio de esa jóven ha sido tan grande, que no puedo recordarlo sin llorar." Y sacando el pañuelo del bolsillo, hizo como que se enjugaba los ojos.

Interesado y curioso D. Carlos, apretó al desconocido redoblando sus obsequios. «Beba V., hombre, lo decía, beba V. ¿Así, pues, esa chica es de familia distinguida? Ya se conoce, ya, porque ella y su madre tienen una majestad que enamora. ¿No puede saberse quienes son?" — «Imposible, respondió el otro. Pero oigamos á la banda, que se dispone á cantar."

En efecto, los gitanos empezaron á tocar y cantar una música muy coloreada y original, titulada *El triste destino del gitano*, y en un pasaje, la gitanilla, como si fuese acometida de un gran dolor, prorumpió en sollozos, y no pudo cantar mas. «¡Dios mío! exclamó D. Carlos. ¿Ve usted como la pobrecita llora? ¿qué tendrá, la triste?»— «¿Qué ha de tener, Señor, repuso el otro, sinó el sentimiento de verse en tan abatida situacion, despues de haber ocupado tan alto lugar?»— «¿Pero quién es esa jóven?» exclamó D. Carlos.»— «No puedo revelarlo á V. A., contestó el otro; porque... porque, añadió bajando la voz, es un secreto de Estado.» Don Carlos abrió los ojos, y dijo tambien bajo: «¡Oh! por esto no quede, porque yo soy tambien un gran personaje político, yo soy nada menos que el duque de Madrid, ó sea D. Carlos, el verdadero rey de España por derecho divino, ese que ha hecho la famosa guerra que V. sabe, y que tanto ha resonado por el mundo.»

«Ya habia reconocido á V. M. por las noticias de los periódicos, dijo el desconocido, y en prueba de respeto por haberse dignado confiarme su secreto, le diré que esta gitanilla es nada menos que hija natural del último príncipe heredero de Polonia, que no ha dejado otro vástago, ni pariente. Yo, señor, soy un polaco llamado Ostrowski; y hé aquí porque no puedo ver sin lágrimas el estado de mi ilustre princesa.»— «Pues diga V., repuso D. Carlos, que si el reino de Polonia viniese á ser resablecido, esta jóven sería la reina de él.»— «¡Por amor de Dios, señor! exclamó el polaco. No diga V. M. esto, sino quiere empeorar la desgracia de Estrella, entregando la cabeza de ésta al verdugo.»

Habiase acabado ya aquel canto, y la vieja y la jóven bajaron para marcharse, mostrándose aun esta muy conmovida. El polaco pidió licencia á D. Carlos para ir á saludarlas, y obtenida, fué, habló con ellas un momento, afectando mucho respeto, y luego volvió, y se sentó á la mesa. «¡Pobrecita! dijo. Hoy ha de retirarse temprano, porque no puede mas. Aquella cancion la ha afligido en extremo.» Salieron las gitanas, y al pasar por delante de la mesa, la niña dió como á hurtadillas una mirada á don Carlos, que trastornó la cabeza de este haciéndole ver mil luminarias. «Se ha enamorado de mí, pensó nuestro héroe. ¡Oh, que fortuna!»



Entonces los demas gitanos continuaron cantando y tocando. Pero D. Carlos que estaba lleno de aquella miradita, no se cuidaba ya de músicas, y arrimándose al polaco, le dijo: «¿Es V. amigo de esas señoras?»—«¡Oh, señor! contestó él. Mi posicion es demasiado humilde para tan alto honor. No soy mas que su criado, y todavia no lo merezco.»—«Bien, repuso el Pretendiente. En el fondo es lo mismo. Se lo preguntaba, porque yo puedo hacer mucho por ellas, y no en un concepto, sino en varios. Ya sabe V. que soy el legitimo rey de España. Pues tenga V. entendido que dentro de tres meses ya estaré en el trono. Hay en mi país una vasta y terrible conspiracion, que luego me abrirá las puertas de la capital. Como futuro rey, tengo mis proyectos internacionales; y como quince dias despues de ser coronado, mi tio el conde de Chambord será rey de Francia, unidas nuestras armas haremos lo que queramos de Europa. Así, pues, nada me costaria levantar el trono de Polonia y poner en él á Estrella.»

El desconocido escuchaba atentamente á D. Carlos, todo mirando con recelo á una y otra parte, aunque el ruido de la música impedia que otro oyese la conversacion. «Sin embargo, continuó el Pretendiente, seria necesario que Estrella no fuese conmigo tan uraña como con los que han solicitado protegerla. Yo las sacaria á ella y á su mamá de esa triste situacion; me las llevaria á París, y las mantendria con comodidad hasta que pudiese establecerlas en Madrid. V. seria el mayordomo de la casa. Yo le ennobleceria, haciéndole marqués de alguna parte, como por ejemplo marqués de Logroño, que es un título muy bonito, y mas adelante podria V. llegar á ministro de Polonia. ¿Qué le parece á V.?»

«Señor, contestó Ostrowski. Hay un gran impedimento; porque Estrella estima tanto su entereza que será imposible convencerla de rendirse á un hombre de quien no esté enamorada. Además, su mamá no la deja un momento, y siempre dice que jamás se olvidará de las tiernas palabras con que el príncipe al morir le recomendó el honor de su hija.»—«¿Y si Estrella se enamorase de mí? exclamó D. Carlos. ¿Y si ya estuviese enamorada? ¿Qué dice V.?» El desconocido quedó aturdido, y miraba con admiracion al Pretendiente. Este se sonrió lodo complaciente, y dijo: «V. no conoce á D. Carlos, amiguito,

V. no sabe quien es el duque de Madrid; el militar que con un puñado de hombres ha hecho temblar á España, y ha llenado á Europa de su nombre. El prestigio que tengo sobre las mas jóvenes y hermosas parisienses, que son las mujeres mas difíciles de conquistar; sepa V. que ya lo tengo sobre Estrella, la cual ha salido de aquí con el corazón perturbado."

«¿Sería posible? exclamó Ostrowski. Entonces me parece que V. M. no lo tiene del todo mal, pero no nos apresuremos demasiado. Yo me avengo á indicar las proposiciones de V. M. á su debido tiempo; y entre tanto sería conveniente que con un pretexto cualquiera V. M. tuviese una entrevista con ella y su mamá. ¿Quiere V. M. que mañana las invite de su parte á almorzar en un sitio retirado?»—«Magnífico, contestó D. Carlos." El polaco pensó un momento, y dijo: «Pues mañana á las diez en en el sitio que voy á designar. No sé si lograré convencerlas; no lo sé, Señor, porque desconfían mucho; pero probaremos." Enseguida sacó un pedazo de carton blanco, escribió en él unas señas, y lo entregó á D. Carlos, quien lisonjeado por tanta fortuna, pagó el gasto del café, y entregó al polaco diez y ocho monedas de cinco duros, rogándole que las diese á los gitanos en remuneracion de su música. «No les doy mas, añadió, porque no llevo mas dinero encima." El polaco llamó á un gitano, y le entregó la cantidad, como si fuese ageno á aquel negocio.

Al dia siguiente D. Carlos se hizo conducir al sitio designado, y un camarero, que parecia esperarle, le introdujo en una sala grande y oscura, donde habia una mesa pequeñita con tres cubiertos, sirviendo como de cabecera á otra mesa muy larga, sin cubiertos, ni manteles, de la cual estaba un poco separada. En las paredes no se veia mas adorno que un espejo con dorados de mal gusto y un cuadro grande que representaba aun feo sátiro retozando con una alegre ninfa. Hacia ya rato que el Pretendiente esperaba, cuando quedó estupefacto de ver entrar á toda la banda de gitanos y gitanas del café, excepto Estrella y su madre. La banda lo saludó en silencio, y fué á sentarse á la mesa larga, dejando sin ocupar la cabecera y los sitios inmediatos. Al mismo tiempo entraron dos camareros, cargados de platos, manteles y velas; prepararon la mesa de los gitanos como para una comi-

da, y encendieron muchas luces para que se viera mejor.

Al poco rato llegó el polaco Ostrowski con el rostro medio consternado y alegre, y haciendo una gran reverencia á D. Carlos, le dijo en voz baja: «Señor: no extrañe V. M. lo que pasa, porque desde ayer peleó sin éxito. Es indudable que V. M. ha hecho el milagro de rendir el corazón de Estrella, y que con un poco de paciencia llevará á cabo sus designios; pero como no estamos aun al cabo de la calle, la princesa y su madre se han negado á venir. Entonces he ideado decirles que V. M. había convidado á almorzar á toda la compañía, y de este modo he obtenido que se dejasen ver un momento á los postres.»

Por absurdo, por maravilloso y colosalmente extravagante que parezca, le aseguro á V., señor Corresponsal, que el suceso pasó del modo que le estoy contando; y que el Pretendiente, que es un majadero hecho y derecho, creyó á piés juntillas todo lo que Ostrowski le dijo. Así, pues, hizo sentar á éste á su mesita, dió orden de servir el almuerzo, y se empezó á comer y hablar con mucha animacion.

De repente entró un gallo, y fué corriendo á la mesa de los gitanos; quienes levantándose con terror, lo rodearon confusamente. No sé como el gallo quedó muerto entre los piés de aquella gente, la cual como aterrada del suceso, se refugió en un rincon dando ahullidos de espanto. Entonces tres gitanas apagaron las luces, dejándolas tres encendidas, sacaron una baraja, se arrodillaron junto al cadáver, y unas veces mirando el rostro del Pretendiente y otras revolviendo el gallo, ceñaban y recogían naipes, murmurando en voz baja. Impresionado y medio aterrorizado D. Carlos, preguntó al polaco: «¿Qué es esto, Ostrowski?»—« Por amor de Dios, calle V. M., exclamó éste con espanto. Se está averiguando si la entrada y muerte del gallo es un mal ó un bien para V. M.»

Al fin las gitanas baten palmas y dan gritos alegres; acércanse los demás con algazara, encienden las luces apagadas; y dándose las manos, empiezan á saltar y bailar en torno del gallo gritando en su lengua: «¡Viva! ¡Don Carlos vencerá á todos sus enemigos y será un rey terrible y victorioso! ¡Viva! ¡D. Carlos vencerá á todos sus enemigos y será un rey terrible y victorioso!» Entonces



Ostrowski respiró, y dijo al Pretendiente: «Señor, doy la enhorabuena á V. M., porque segun la ciencia de esta buena gente, que predicen maravillosamente el porvenir, V. M. no tardará en ocupar el trono que le corresponde.»

En aquel momento entraba la pudorosa Estrella, acompañada de su madre. Levantóse D. Carlos para recibir las, y acompañándolas obsequiosamente á la cabecera de la gran mesa, mandó traer vino y dulces y se sentó á su lado junto con el polaco y los demás comensales.

A pesar de todos los esfuerzos del Pretendiente la matrona conservaba una actitud grave y reservada, y la niña apenas se atrevia á beber y levantar los ojos de la mesa. Al fin Ostrowski llenó su copa, y poniéndose en pié, dijo en ruso: «Señores gitanos: brindo por el triunfo del augusto príncipe que nos ha hecho el honor de convidarnos á almorzar.» Asociáronse todos á este bridis, y el Pretendiente se levantó para dar las gracias, lo cual hizo en francés, sirviéndole el polaco de traductor: «Señores gitanos, dijo; me alegro de haberos conocido, y espero que cuando estaré en el trono de San Fernando, no os olvidareis de ir á verme, porque desde hoy me envaneceré de ser protector de todos los gitanos, en obsequio á vuestras predicciones. La divina Providencia, señores, me protege altamente, como á todos los príncipes de mi indole; de lo cual tengo innumerables pruebas en las numerosas batallas que he dado, donde á pesar de correr gravísimos peligros, he conseguido la victoria sin perder la vida.»

«Ahora acabo de hacer unos grandes viajes recorriendo la China, la Australia, las Californias, Méjico y otros remotos países; de modo que hasta he estado en Jerusalem; y si alguno lo dudare, podría convencerse viendo las sagradas reliquias que de aquí he traído, todas lacradas y selladas por la Comisaría régia de los frailes franciscanos, las cuales tengo en el hotel. Dentro de unos dias partiré para París, por ciertos acontecimientos quizá relacionados con la muerte de aquel gallo. Por consiguiente en señal de cariño, repartiré entre los ocho gitanos mas distinguidos otras tantas fotografías mias con mi autógrafo, sin otras dos para Estrella y su madre. Así, pues, que traigan un tintero, y mientras tanto brindando á la salud de la hermosa Estrella.»

Bebió alegremente la compañía, trájose un tintero,

sacó D. Carlos de la faltriguera interior un paquete de retratos suyos, que nunca se olvida de traer, y escribió al dorso unas dedicatorias. «Suplico, dijo, á la preciosa Estrella, reciba estos dos para ella y su mamá, y entregue los restantes á los gitanos mas distinguidos.» Recogiólos la madre, y dijo: «Señor: así se hará despues. Ahora permítanos V. M. que nos retiremos, porque una doncella no puede permanecer mas tiempo aquí, sin hacer murmurar al mundo.» Enseguida cogiendo á Estrella de la mano, se retiró, seguida de D. Carlos que las acompañó hasta la puerta, haciendo grandes reverencias. Entonces la princesa, aprovechando un momento de descuido, dió un suspiro reprimido y lanzó al Pretendiente una miradita que lo derriñó.

Poco despues un camarero trajo la cuenta, que subia á 500 francos; y D. Carlos se despidió de los gitanos, y volvió al hotel con Ostrowski, para dar el dinero. Apenas estuvieron en el coche, el polaco le dijo: «Señor: hemos triunfado. Deme V. M. las reliquias que ha traído de Jerusalem, y mucho me engaño, si la plaza no queda ganada, porque la madre y la princesa son tan cristianas, que no podrán resistir á este regalo.» El Pretendiente se lo prometió alegremente, y una vez en el hotel, le entregó los 500 francos y el paquete de las reliquias, rogándole que hiciese diligencia, porque habia de partir cuanto antes. No lo olvidó el polaco; y dándose mucha maña cinco ó seis horas despues se presentó de nuevo en el hotel, aparentando gran cansancio y contento. «¡Victoria, señor! exclamó. Pero Jesús, cuanto me ha costado, y cuanto he debido hablar y sudar. En fin, despues de grandes esfuerzos la plaza se ha rendido.»—«¿De veras? exclamó el Pretendiente. ¡Oh! voy á darle á V. enseguida el título de marqués de Logroño.»—«Pero repito que me ha costado mucho, señor, repuso el polaco, pues la madre no queria de ningun modo. Pero ablandada por la vista de las reliquias y enterneñida por los ruegos y lágrimas de la princesa, ha cedido toda llorosa, diciendo que un dia ú otro habia de succeder.»

«Se ha acordado, pues, añadió Ostrowski, que V. M. se sirva enviarles por mí conducto 20.000 francos, para que se provean de joyas y vestidos, é indemnicen de la pérdida de Estrella á la compañía de gitanos; que Estrella mañana á las tres de la tarde, venga debidamente ata-

viada á dar las gracias á V. M., acompañada de mí, que esperaré en otra sala, y que la madre y la hija se trasladaran á París cuando V. M. lo ordene.”—«Magníficamente pensado, dijo D. Carlos, pero es el caso que no tengo ahora bastantes fondos para dar los 20,000 francos. Le entregaré á V. 5,000 y dígame que ya arreglaremos el resto.” Hizo el polaco una mueca de desagrado, aunque aparentó resignarse; fué D. Carlos por la cantidad y poniéndola en manos del mensajero dijo: «Ahora voy á darle á V. el nombramiento de marqués de Logroño. V. acompañará como mayordomo á las señoras á París, y en esta ciudad se extenderá el título con todas las formalidades.” Enseguida escribió y entregó el papel á Ostrowski. «Vaya V., dijo y haga presente á la hermosa Estrellita todo lo que sufriré hasta las tres de mañana.”

Al día siguiente todo almorzando, el Pretendiente me contó esta ridícula aventura, dejándome tan sorprendido de su imbecilidad, que no lo acababa de creer. «¡Dios mío! exclamé. ¡Y que niño, y que crédulo es V. M.! ¿Qué hombre por escaso juicio que tuviera llegaría á caer en un tejido de cosas tan insensatas como las que acaba de contarme? ¿No vé V. M. que le han engañado como al salvaje mas inexperto?”—«¿Tú dudas, repuso él, de que Ostrowski me traiga á Estrella?”—«No, señor, contesté, porque poco cuesta traerla. Lo que digo es que toda aquella historia es una aberracion mental, que solo un salvaje hubiera creído. ¿Qué habrá dicho el emperador de Rusia cuando haya sabido estos delirios?”—«¿Y quién se lo ha de contar? replicó D. Carlos.”—«La policía, señor, la policía, contesté; que de seguro está enteradita de casi todo. No, señor, no. Esto no puede continuar así. Yo no solo no acompañaré más á V. M. en sus viajes, sino que si V. M. no cambia luego, me retiraré, dando por perdida mi empresa de convertirle en un príncipe serio.”—«Yo soy un príncipe como los demás, repuso D. Carlos.”

Iba á contestarle, cuando entró un camarero con una carta para él. Abrióla, y se puso tan blanco, que le pregunté que tenia. «Es una carta del marqués de Logroño, me contestó, donde me dice que Estrella se ha puesto enferma de la emoción y que no podrá venir hasta mañana.” Yo solté una carcajada y repuse: «Vamos se la han hecho á V. M. peor de lo que yo temia. La princesa, el señor marqués y los cinco mil francos deben á estas ho-



ras andar ya viajando por estos mundos." D. Carlos se levantó airado, exclamando: «¡Vive Dios, que lo he de averiguar!»—«¿A dónde va ahora V. M.? le dije.»—«A dónde? A buscar á Estrella y al marqués.»—«¿Tiene V. M. las señas de la casa de alguno de ellos? dije.» El Pretendiente quedó clavado. «No, dijo con voz lúgubre." Pero habiéndosele ocurrido una cosa, añadió enseguida: «Estoy salvado. Tengo aun las señas de la casa donde comimos.»—«Pues vamos enseguida, dije, yo acompañaré á V. M.»

Cubrimonos inmediatamente de pieles, tomamos un coche y nos hicimos conducir á aquel sitio; y como la puerta estaba cerrada, llamamos fuertemente. Salió el mozo de una hosteria cercana, y viéndolo que le hablábamos en francés, nos dijo en la misma lengua: «El dueño de la casa vive tres puertas mas abajo. Si VV. quieren les acompañaré y serviré de intérprete.»—«Vamos, le contesté." Llamamos, abriéronos un jorobado, y al oír al intérprete, nos introdujo en una sala llena de muebles. Don Carlos me cogió nerviosamente del brazo, y me dijo con alegría: «Es aquí mismo. Mira los retratos que la di, y el paquete de reliquias." En efecto, todo esto se hallaba encima de una cómoda.

Salió un viejo alto y seco y nos preguntó por conducto del jóven qué queríamos. «Dígale V., contestó D. Carlos, que quiero ver á Estrella." El viejo contestó, y el intérprete dijo: «Responde que Estrella partió anoche de Moscou no sabe para donde." El Pretendiente quedó suspenso. «Dígale, repuso, que al menos quiero ver á su madre." El viejo se enteró y respondió por conducto del intérprete. «Dice que Estrella no tiene madre, porque es hija de unos aldeanos de la Lituania que murieron siendo ella pequeñita, y los gitanos la recogieron." Fué tal la cara que D. Carlos puso, que no sé como no solté una carcajada. «Entonces, exclamó este, quiero hablar con el polaco Ostrowski." El viejo contestó. «Dice, continuó el intérprete; que no sabe quien es." D. Carlos se apresuró á dar las señas, y el viejo respondió enseguida. «Dice, dijo el intérprete, que este no es polaco, ni se llama Ostrowski, sino un cosaco llamado Bodanowitch, que es el empresario de la banda de gitanos donde figura Estrella, y ademas el amante de esta."—«¿Dónde está este hombre? preguntó D. Carlos con angustia." El viejo contestó

y el intérprete tradujo: «Dice que anoche se marchó con toda la compañía, sin decir donde iba.» D. Carlos estaba exasperado. «Pues entonces, exclamó, como tiene V. aquí esas reliquias y retratos?» El viejo se enteró. «Dice, contestó el jóven, que lo compró todo á Bonadowski anoche mismo, porque él comercia en objetos de lance.»

Viendo yo la cosa tan mal parada, dije: «Señor, rescatemos los retratos, ya que tienen autógrafo, y escapemos. Pregúntele V., añadió al intérprete, cuanto pide por estos retratos.» El intérprete trasmitió la pregunta, el viejo contestó, y el jóven tradujo: «Dice que habiéndole preguntado hoy la policía lo que habia comprado á los gitanos, el comisario le ha dicho que quedaban secuestrados estos retratos, y que hoy mismo los presentase.» D. Carlos dió como un rugido, y corrió á la calle desesperado. Entregué yo un par de francos al jóven, y saliendo, dije al Pretendiente: «Si V. M. quiere, quizá podamos rescatar los 5,000 francos, dando inmediatamente parte de la estafa.»—«Calla, me contestó todo abatido. Antes daría 15,000 mas para que no hubiese sucedido; que hacer lo que me dices.»

## LXXXII Y ULTIMA.

### Las aventuras de Viena y Rumania.

*Milan 31 de Diciembre.*

El Sr. Boet prosiguió de este modo: De resultas de sus excesos, D. Carlos es acometido frecuentemente de unos ataques de cierta frialdad... *sui generis*, que lo dejan mas helado que el Montblanch. Poco antes de nuestro último viaje, que fué el de Austria y Rumania, hizo resbalar en París á una principal señora de la nobleza legitimista; pero cuando ésta llegó á la cita, se halló en las nevadas regiones del Polo Norte, y aunque no descubrió á ningun oso blanco, ni negro, en cambio vió á D. Carlos que estaba haciendo el mas triste papel de oso que se puede imaginar.

y el intérprete tradujo: «Dice que anoche se marchó con toda la compañía, sin decir donde iba.» D. Carlos estaba exasperado. «Pues entonces, exclamó, como tiene V. aquí esas reliquias y retratos?» El viejo se enteró. «Dice, contestó el jóven, que lo compró todo á Bonadowski anoche mismo, porque él comercia en objetos de lance.»

Viendo yo la cosa tan mal parada, dije: «Señor, rescatemos los retratos, ya que tienen autógrafo, y escapemos. Pregúntele V., añadió al intérprete, cuanto pide por estos retratos.» El intérprete trasmitió la pregunta, el viejo contestó, y el jóven tradujo: «Dice que habiéndole preguntado hoy la policía lo que habia comprado á los gitanos, el comisario le ha dicho que quedaban secuestrados estos retratos, y que hoy mismo los presentase.» D. Carlos dió como un rugido, y corrió á la calle desesperado. Entregué yo un par de francos al jóven, y saliendo, dije al Pretendiente: «Si V. M. quiere, quizá podamos rescatar los 5,000 francos, dando inmediatamente parte de la estafa.»—«Calla, me contestó todo abatido. Antes daría 15,000 mas para que no hubiese sucedido; que hacer lo que me dices.»

## LXXXII Y ULTIMA.

### Las aventuras de Viena y Rumania.

*Milan 31 de Diciembre.*

El Sr. Boet prosiguió de este modo: De resultas de sus excesos, D. Carlos es acometido frecuentemente de unos ataques de cierta frialdad... *sui generis*, que lo dejan mas helado que el Montblanch. Poco antes de nuestro último viaje, que fué el de Austria y Rumania, hizo resbalar en París á una principal señora de la nobleza legitimista; pero cuando ésta llegó á la cita, se halló en las nevadas regiones del Polo Norte, y aunque no descubrió á ningun oso blanco, ni negro, en cambio vió á D. Carlos que estaba haciendo el mas triste papel de oso que se puede imaginar.



Avergonzado el Pretendiente de esta escena, determinó consultar su mal con un médico; y á fin de que no le descubriesen y ridiculizasen en París, aprovechó el viaje á Austria para hacerlo en Viena, donde esperaba guardar mejor el incógnito. Sabido es que en Francia se llama al médico *el doctor*; y como en Alemania y Austria se dá este mismo título á los abogados que son doctores en leyes; conviene aqui explicarse bien para evitar una confusion. Preguntó D. Carlos en el hotel por un buen doctor; y como habla muy mal el aleman, y no se explicó mucho por miedo de que sospecharan el motivo de buscarlo; entendiendolo los de la fonda que descaba un doctor en leyes, le designaron á uno de los mas célebres abogados de la ciudad.

Fué el pretendiente á verle, y le introdujeron en un saloncito, donde al poco rato se presentó un caballero grueso, con gafas puestas, y un semblante de mucha autoridad, que era el abogado. Levantose el pretendiente, saludóle el patron cortésmente; invitólo á sentarse, y le preguntó qué se le ofrecia. D. Carlos, que apenas sabe hablar cuatro palabras de aleman, le dijo lo siguiente medio en esta lengua y medio en francés: «Señor Doctor: vengo á hablarle á V. de un caso muy delicado y peliagudo que ha sucedido varias veces, y espero que á favor de la ciencia y talento de V., saldré de los apuros en que me veo con frecuencia.» Creyó el abogado que iba á proponerle uno de los casos más enrevesados de derecho; y asegurándose bien las gafas en las narices, se hizo todo oidos. «Hable V., caballero, dijo, que yo le diré con franqueza lo que sepa.»

D. Carlos cruzó una pierna sobre otra, apoyó la mano en el baston, y habló así: «Yo soy un jefe del ejército español, que vivo en París, me llamo Fernandez, y soy casado y padre de dos hijos...» Enseguida entró en la parte delicada del asunto, y fué contando punto por punto sin olvidar un detalle la seducción, la cita y la llegada de la legitimista seducida. Imaginando el abogado que de repente habia aparecido el marido de esta señora, que tambien era casada; ó la esposa del seductor; escuchaba con atencion, figurándose que el nudo de la consulta estaba aqui; y aunque hallaba que el Sr. Fernandez se extendia demasiado en cosas que no pertenecian al derecho, tenia paciencia, é iba cavilando qué

cuestion forense podia haber dimanado de aquello.

El Pretendiente, continuando su narracion, refirió lo que habia sucedido en la cita; los apuros, la nieve, la escarcha, la vergüenza; y habiendo llegado al punto final, añadió solícitamente: «Ahora sírvase V. decirme de qué proviene esto, y darme un remedio bien eficaz para curarme de una vez.» Quedó el abogado estupefacto, con un palmo de boca abierta, y tres palmos de narices; y mirando á D. Carlos, parecia caer de las nubes. Pero reponiéndose enseguida, creyó que este habia ido á burlarse de él, y se levantó indignado, colérico y furioso con los ojos que le echaban llamas: «¡Indecente, puerco, bribon, majadero, canalla! exclamó. Váyase V. inmediatamente de mi casa, ó cojo una silla, y se la rompo por las costillas. ¿Me ha tomado V. por algun payaso? ¿se figura V. que soy algun pelele? ¡Prontol Desfile V. corriendo ó le rompo esas piernas, que parecen dos palos.»

D. Carlos quedó á su vez estupefacto; porque como no creia haberse excedido, hallaba absurda la indignacion del austriaco; y aunque al ver el alboroto se levantó asustado, no sabia moverse del mismo sitio, mirando sin decir palabra y con ojos desencajados y atónitos á aquel furioso. «¿Aun no se va V.? gritaba este. ¿Aun tiene V. la sin vergüenza de desafiarme y provocarme? ¡Si se habrá imaginado que es V. aquí el amo! Enseguida váyase V., socarron grosero; cuadrúpedo en figura de hombre. ¡Fritz, Fritz, añadió llamando.» Y como apareciese un criado muy fornido, le dijo: «Cógeme á ese bellaco por las orejas y échalo á la calle á puntapiés; y si vuelve rómpele la cabeza, que yo respondo de todo.» Conoció por fin el Pretendiente que la escena se ponía mala; y antes que el criado cumpliese las órdenes de su amo, lomó el sombrero y se fué todo turbado y miedoso sin darse cuenta del motivo de aquel lance, ni aun sospecharlo remotamente.

Algunos días despues se pascaba de noche con un caballero vienés por el *Prater*, cuando queriendo tomar un refresco, entraron en un espléndido café. De allí á un rato llegaron tambien dos caballeros, uno grueso y de talante grave, y se sentaron en una mesa fronteriza. El compañero de D. Carlos los saludó, y recibida la contestacion, dijo á este: «Permítame V. M. que vaya á decir

una palabra á uno de aquellos señores, á quien debo pedir una cita." D. Carlos respondió distraidamente: «Ve enhorabuena." Llegóse el otro al caballero grueso y de tono autoritario, y le dijo al oído: «Si quiere V. conocer á D. Carlos, el de la guerra de España, es aquel que está sentado á mi lado."—Sí, hombre, contestó el grueso."

En efecto, mientras aquel volvía á su asiento, éste sacó unas gafas y se las puso. Pero al ver al Pretendiente, quedó con la boca abierta y los brazos tendidos. «Oh! exclamó." Sentóse el compañero de D. Carlos y dijo á este: «Si V. M. quiere conocer á uno de los primeros abogados de Viena, es aquel que ahora está admirando á V. M." Volvió D. Carlos la vista, y al fijarse en aquella figura, los cabellos se le pusieron de punta, porque acababa de reconocer á su médico. «¡Jesus! exclamó. ¿Quién dices que es?"—«Uno de los mas famosos abogados de Austria, Señor, contesta el otro.» El Pretendiente lo comprende todo; se levanta horrorizado de vergüenza; y dejando plantado al caballero, escapa todo trémulo del café, y corre como un loco á buscarme en el hotel. «Boet, me dice; sálvame, sálvame; estoy perdido; y si los diarios de Viena lo saben, no hay ya remedio para mí.» Entonces con voz trémula me cuenta lo que acababa de pasar; y aunque no pude menos de reirme, conocí que verdaderamente se hallaba en mucho peligro, y vistiéndome á toda prisa, hice enseguida algunas diligencias, y aquella misma noche se logró orillar las dificultades, evitando que los periodistas se apoderasen del suceso. Al saberlo D. Carlos me abrazó exclamando: «¡Ah Boet! me has dado la vida. Ahora comprendo lo que me pasó en aquella maldita casa, y cuánta razon tuvo aquel hombre de ponerse furioso. ¡Si en vez de médico era abogado!"

Estando en Viena el Pretendiente quiso proveerse de un pasaporte austriaco para ir á la guerra de Oriente; pues como habia oido decir que los bachibozucs mataban á los prisioneros, ó los ponian en estado de ir á guardar á las señoras del Sultan, esperaba que si le hallaban á él con pasaporte austriaco le respetarian, por ser Austria amiga de los turcos. Con este objeto fué á ver al ministro de Estado, conde Andrassi, que le recibió friamente; y le pidió aquel documento. Entonces ocurrió una escena que demuestra el poco respeto que



allí le tenían. «No hay inconveniente en daros el pasaporte que me pedis, le dijo el conde. ¿Pero bajo qué nombre lo quereis?» D. Carlos se cuadró y contestó gallardamente: «Bajo el nombre de Duque de Madrid.» El conde replicó cortésmente: «Perdonad: vos no sois duque de Madrid, ni de ninguna parte; ese título no existe, y es una invención vuestra que la cancillería austro-húngara no puede reconocer.» D. Carlos quedó confuso y avergonzado. «Entonces, dijo, dádmelo como infante de España.»—«Siento recordaros, repuso el ministro, que tampoco sois infante. Lo único que puedo daros es un pasaporte como príncipe, en atención á la familia de que formais parte.» Aunque bramaba de rabia, el Pretendiente tuvo que pasar por esta humillación.

Al principio D. Carlos fué bien visto en Rumania, tanto de la generalidad de la alta aristocracia rusa, como de la rumana; pero apenas dejó asomar la punta de las orejas, todos sus conocidos lo trataron mal; y si aun obtuvo alguna consideración, lo debió al respeto y simpatía que aquellos señores se dignaron siempre tenerme á mí. Solo el Czar y Gortschakoff se le mostraron siempre frios ú hostiles. El soberano de Rumania, que antes le hablaba en serio de política y guerra, se hizo el reservado, así que conoció su ignorancia y falta de urbanidad; el gran duque Nicolás, general en jefe del ejército ruso, lo plantó al fin con la mayor indiferencia; y el gran duque Alejo y el príncipe de Leutemberg, que primero lo habían tomado por compañero, llegaron á aburrirse de él y lo ahuyentaron á fuerza de burlas.

El gran duque Alejo, hijo del emperador de Rusia, es un jóven oficial de marina, robusto, gallardo, alegre y buen vividor, que no carece de talento y conocimientos, y Leutemberg, su primo, es tambien robusto y de carácter travieso. Chocados de los rasgos entre sañetescos y políticos del Pretendiente, se divertieron con él, y muchas veces en Turnie Magurela, al pié del Danubio, pasaban la noche en un café al aire libre, haciendo socarronamente contar á D. Carlos las campañas de Navarra. Como el Pretendiente no tiene ninguna instrucción militar, ni idea alguna de los ejércitos, soltaba cada disparate que la bóveda celeste del establecimiento palidecía de vergüenza. «A mí me deja patético, decía Alejo; la gran serenidad y arrojo con que V. A. se condujo en la

gran batalla de Bilbao, y aseguro, á fe de quien soy, que V. A. es uno de los mas portentosos generales que existen." D. Carlos, sin conocer la chacota decia: «¡Oh! sí! Allí hice cosas buenas; y por esto venet, á pesar de la inferioridad de mis fuerzas."

Entonces tomaba la palabra el principe de Leutemberg. «Sin embargo, Alejo, decia; V. A. no hace justicia á los méritos de S. A. D. Carlos cuando la batalla de Lácár. En mi opinion, su heroismo fué superior al de Bilbao.»—«Sin duda V. A. debe tener razon, contestaba el gran duque; y si S. A. se sirve referir de nuevo aquel combate, yo lo reconoceré enseguida.» D. Carlos levantó el puño del baston y exclamó: «¡Oh! aquella victoria fué un milagro. Nosotros sitiábamos á Pamplona; el enemigo nos acometió con un ejército quintuplicado, y tuvimos que levantar el sitio á toda prisa, y retirarnos á Estella. Pero yo lloraba de rabia de no poderme batir; y al fin, rompiendo con todas las consideraciones, mando hacer alto al ejército que desfilaba; cojo un fusil con la bayoneta calada, y volviéndome á los míos, les grito atronadoramente: «Voluntarios; es una mala vergüenza que nos vayamos, sin escalear á las tropas de la revolucion. ¿Qué nos falta para vencerlas? No nos faltan ni corazones, ni municiones; no nos falta mas que una bayoneta de repuesto, pero esta la teneis ya; porque soy yo!» Entonces se electrizan, me siguen, ataco y venzo completamente. Por esto Lácár es una de mis grandes victorias."

Alejo y Leutemberg no podian contener la risa; pero reprimiéndose para no chocar demasiado, se reducian á tirar cuchuflatas á D. Carlos del modo mas placentero. «Fué un rasgo admirable, exclamó el gran duque.»—«Tétrico, fúnebre, sublime y lúgubre, añadió con ironía Leutemberg. ¿Por supuesto, que V. A. cargando con su bayoneta de repuesto haria un gran destrozo de enemigos?»—«¡Oh! maté á muchísimos, dijo D. Carlos. Todos mis vestidos estaban inundados de sangre.»—«Y diga V. A., preguntó Alejo; entre el infinito número de muertos que llenaban el campo de batalla, ¿no se halló á algun gran avestruz?...» D. Carlos se hacia el incomodado y regañaba á los dos bromistas; pero como no tiene educacion, al dia siguiente volvia á hablarles de las mismas extravagancias. Al fin, cansados ambos de qua

conversacion tan poco variada, convidaban á beber á algun general ó jefe ruso, y apenas llegaba el Pretendiente, se lo endosaban á aquel, para quitarse la carga. Pero así que se conoció el ardid de los príncipes, los primeros escarmentados avisaron á sus amigos, y cuando aquellos invitaban á otros, no podian cogerlos. «Gracias, altezas, gracias, decian cortesmente. Preferimos admirar de oídas el heroismo de D. Carlos.»

Un dia este cometió la majaderia de ponderar á los dos príncipes sus conquistas galantes y sus orgias de París; y ellos haciéndose un guiño, le dieron por ahí. «Todo lo que V. A. refiere, dijo el gran duque, es tan interesante y divertido que me hace venir el agua á la boca de deseos de gozarlo.»—«Permítame V. A., le interrumpió Leutemberg. Si S. A. D. Carlos quiere, podríamos hacer aquí algo análogo.»—«¡Oh! exclamó Alejo; S. A. no nos favorecerá.» D. Carlos cayó de cuatro palas en el lazo. «Si VV. AA. quieren, sí, contestó; porque tanto podemos divertirnos aquí como en París. Además, hace seis dias que no he celebrado ninguna orgia y esta me vendria como pedrada en ojo de boticario.»—«¡Bravo! exclamó Leutemberg.»—«Entonces, hé aquí lo que podremos hacer, dijo Alejo. Cada cual conquistará á una muger, y dentro de tres dias nos reunimos con las conquistadas en el hotel y comemos juntos. Yo me encargo de ordenar la comida.» Aceptólo enseguida D. Carlos, y se volvió loco buscando por Turnie Magurela alguna individuoa que lo quisiese acompañar; pero como no halló ninguna de vistosita que aceptase, tuvo que echar mano de una ex-fregona, que andaba por allí vestida á lo *cocola*: muger alta, estirada y fea, que parecia un coracero disfrazado de muger.

Llegado el dia de la cita se presentó en la fonda con aquel trasgo del brazo; y halló á los príncipes que sin muger alguna le estaban esperando en una sala baja, con ventanas á la calle. «¡Cómo! exclamaron fingiendo sorprenderse. ¿Ha podido V. A. en tan poco tiempo hacer la conquista de tan buena moza? ¡Ay! nosotros nos hemos estrellado.» D. Carlos no conoció que estaban burlándose de él, y se pavoneó como un gallo triunfante. «¡Oh! exclamó. ¿Qué les dije á VV. AA.? ¿No ven como me he salido con la mia? Lo mismo me sucede en París.» Alejo levantó trágicamente los brazos al cielo. «¡Di-



choso V. A. exclamó. ¡Quién fuera tan afortunado!" En fin, sentáronse á la mesa, dejando las ventanas abiertas; y no bien habían empezado á comer, llegó un chusco, miró desde la calle á la convidada, y exclamó: «¡Jesus! ¡qué dragon!" Y soltando una carcajada, escapó. Acercóse luego otro, miró, y dijo á gritos! «¡Qué esperpento! ¡ni por dinero se puede mirar!" Apenas aquel se había alejado, llega un tercero, y dice: «¡Por Cristol parece el furriel Petrowisk, mal disfrazado!" Llega otro enseguida, suelta una risotada, y grita: «¡Qué demonio de figura de muger! ¡qué fantasmón, vestido de señora! ¡qué horror en forma humana!" Aunque D. Carlos conociese que se burlaban de su compañera, callaba: ésta no hacia mas que comer, mostrando la mayor indiferencia; y los príncipes y la servidumbre del hotel, se hacían el desentendido, por mas que se muriesen de risa. Pero ya llegó un momento en que no se pudo disimular mas, y Alejo dijo al Pretendiente: «D. Carlos, V. A. debe tener muchos enemigos en esta ciudad, porque así lo demuestran las palabrotas que esos perdidos dirigen á su hermosa compañera."—«Yo supongo, observó Leutemberg, que serán los enamorados de ella, á quien S. A. ha suplantado."—«Enamorados, no, repuso Alejo; sino enviados de los novios; porque no se puede creer que una señora tan gentil y principal tenga novios de la estofa de esa gente.» D. Carlos estaba medio sofocado, pero haciendo un esfuerzo para mostrarse impávido, dijo: «Poco importa que cierta gente me silbe. El duque de Madrid se ríe de ello con el mayor desprecio; pues cuando se es ilustre y célebre como yo, los silbidos hacen el efecto de la música mas deliciosa y de los vivas mas entusiastas.» Aprobáronlo los príncipes con la risa en la boca; continuaron la broma, y despues de haber comido bien y divertidose mejor, lo dejaron, proclamándole el mentecato mas original, que jamás hubiesen conocido. «Leutemberg, decia Alejo; D. Carlos no tiene precio; y si uno pudiese tomarlo á pequeñas dosis; sería cosa de guardarlo como un depósito de risa, para los días de mal humor.»

Pero aunque el Pretendiente fuese un mentecato, tenía las uñas de tigre, y á lo mejor pegaba zarpazo á sus inferiores. Estando allí nos llegó la noticia de haber fallecido el general carlista Carassa, hombre de gran in-

fluencia en Navarra; y D. Carlos, tergiversando una conversacion que sobre el difunto tuvimos, imaginó la canallada mas indecente que cabe hacer á una familia desgraciada. «Voy á escribir una carta á la viuda, me dijo, dándole el pésame; y le diré que he hecho decir una misa en Bulgaria por el alma de su marido, y que han asistido á ella muchos personajes rusos. La imbecil lo creerá y enseñará la carta; esta correrá de mano en mano por Navarra; y como los navarros son tan brutos, se entusiasmarán, lo cual contribuirá á levantar allí mi crédito.» Opúseme yo enérgicamente á este acto de infamia, diciendo que era burlarse del dolor de la viuda; insultar un cadáver, y mofarse de los sentimientos religiosos de Navarra; pero no le pude convencer; la carta partió y por conducto del marqués de Valdespina llegó á manos de la pobre señora, que convencida de que el funeral era cierto, quedó toda consolada, y enseñó la carta á un gran número de personas. Al saberlo D. Carlos, soltó una gran carcajada, exclamando: «¿No lo dije yo? ¡si en Navarra no hay mas que brutos!»

Mucho mas podria añadir á lo dicho, señor Corresponsal; pero no lo creo necesario, y aqui termino, porque, segun ya le manifesté en la historia del Toison, considerando en este viaje que era imposible reformar á don Carlos, determiné separarme de él, como así empecé á hacerlo apenas regresamos á París. Me parece que con lo dicho he descrito bastante al carlismo y á D. Carlos. Si el público me hubiese juzgado severamente por haber formado parte de aquel partido y haber estado al lado del mónstruo, diré que es injusto, porque las cosas políticas no deben juzgarse como las civiles. Nadie hasta ahora ha dudado de la honra de Aparisi Guijarro, de Dorregaray, Laplana y otros; y con todo estos servian al Pretendiente, á pesar de conocerlo tan bien como yo, sino más. De todos modos, si como carlista hice algun daño á mi patria, creo haberle hecho un bien mucho mayor, revelándole á V. todos estos secretos, y espero que los españoles justos y despreocupados, lo reconozcan, y me lo agradecerán.

## APÉNDICE.

### Observaciones, pruebas y rectificaciones.

Séale licito al Corresponsal añadir á estas conversaciones algunas palabras que cierren el libro. ¿Las revelaciones del Sr. Boet son exactas? ¿No hay en ellas algo inventado? Hé aqui un escrúpulo que mas de una vez habrán tenido mis lectores; de modo que me creo obligado á hablar de él.

En las revelaciones de Boet hay dos partes: la que él vió con sus propios ojos, y la que oyó referir á otras personas. En la primera creo fundadamente que no hay mas inexactitudes que algun detalle mal recordado; en la otra puede haber faltas mas graves, pero Boet no ha respondido nunca de ella. Como se ha visto, la parte mas importante es la primera, pues el Sr. Boet habla poco de oídas, fijándose sobre todo en lo que vió, y en aquello en lo cual intervino; que es lo mas característico é importante de sus confidencias.

¿Porque creo que no me ha engañado al referirme cosas tan colosales como las del Pretendiente, entre las cuales figura el viaje á Londres, el Envenenamiento de los Jesuitas y la desventura de Moscou? Por varias razones. Porque el tipo que me pintó, y que yo reproduje, de D. Carlos, es exacto en todos sus rasgos; de lo cual puedo responder, despues de haber oido á diferentes personas que han tratado ó servido al Pretendiente, asi españolas, como extranjeras. D. Carlos no habla con la facundia que se ve á veces en el libro, sino cuando está muy bebido ó muy exitado; y en las demás ocasiones apenas sabe sacarse las palabras de la boca. Pero sus ideas y lenguaje sobre su persona y la monarquía son las que aqui están estampadas. Los libros que sobre el Pretendiente se han escrito antes que el mio, revelan ya lo mismo. El mio no hace mas que extenderlo y completarlo.



Creo también en la exactitud de todos los episodios, porque aunque algunos archicrudos y archigrotescos no pueden comprobarse de un modo riguroso; otros que pasaron delante de muchos españoles son tan crudos y grotescos como aquellos. ¿Como dudar de la escena del envenenamiento por los jesuitas y de la de los gitanos de Moscou, después de las de las velas de sebo y del lobo, que pasaron tantas veces en Estella y Durango á la vista de infinitas personas? El D. Carlos de las velas de sebo es el mismo del de desventuras de Rusia, y otro tanto puede decirse del D. Carlos del lobo de Durango.

Sobre estas dos escenas he sabido una noticia preciosa al volver de Milan; y es que el médico de cámara de D. Carlos, Sr. Ratés, el mismo que en Milan me desafió tan ridiculamente; habia dicho en la Administracion de El Diluvio, delante de varias personas, que era tan cierto el lance del lobo, que él era quien hizo matar á este animal, y que no era menos cierto lo de las velas de sebo, aunque estaba pintado con alguna exageracion. Hé aqui un testimonio bien inesperado, y que nadie podrá poner en duda. Respecto á lo de estar exagerada la escena de las velas de sebo, lo dudo, tanto porque la escribí tal como el Sr. Boet me la refirió, como porque no podía pasar de otro modo. Se comprende fácilmente que desde el momento que el Sr. Ratés confesó que el Pretendiente hacia comer velas de sebo á sus comensales, fingiendo que también él las comía; los lances habian de pasar literalmente del modo contado en mis cartas. Pero como todas las cosas de este mundo tienen su explicacion, también la tiene la reserva del Sr. Rates, y voy á dársela al público. Un día D. Carlos le invitó á comer un cachó de vela, y el Sr. Rates... ¡lo comió! Así me lo refirió el Sr. Boet en Milan; solo que no queriendo comprometer al designado, una vez que vivia en Barcelona, tuve lástima de él y me lo callé.

Otra de las pruebas fehacientes de que el Sr. Boet no ha inventado los lances ridiculos que no se pueden comprobar bien; es la evidente veracidad de aquéllos en que figuran nada menos que el gran duque de Rusia Alejo, hijo del emperador Alejandro, y su primo el príncipe de Leutemberg; cuyos lances son también tan estrafalarios como los mas grotescos de mis cartas. Boet no es hombre para mentir tan descaradamente, citando como testigos de sus revelaciones á dos personajes como aquellos; mucho menos sabiendo que mis Cartas Milanesas corrian por Europa, traducidas al francés, por grandes extractos; y que si faltaba á la verdad en una cosa tan averiguada, se acreditaria también de mentiroso en lo del Toison; lo cual en vez de perjudicar á su enemigo, le favoreceria. Por esto nunca temi que me engañase, porque dándose á luz sus revelaciones, se perjudicaba á sí mismo en la causa del Toison, si mentia al referir las aventuras del Pretendiente, habiendo tantas personas que en ellas figuraban. De la veracidad que en esto guardase dependia que le diesen fé en lo que se referia á los diamantes. Finalmente las cosas que han puesto en evidencia los debates del Toison, y la misma ne-

cedad de haber entablado esta causa, prueban que D. Carlos es tan insigne mentecato y malvado, como Boet lo ha descrito.

Sin embargo deseoso de que estas revelaciones tengan la mayor precision posible, quiero añadir aqui algunas notas sobre varios puntos, que no carecen de interés histórico; los cuales he tenido ocasion de comprobar antes y despues de mi regreso á España. Helos aqui:

1.º Al primer tomo, carta 8.ª donde se habla de haber el Pretendiente violado á una aldeana navarra, de cuya violacion tuvo un hijo; puedo añadir, que no acordándose bien el Sr. Boet de si la aldeana era de Vallibona, no me permitió declarar su lugar de nacimiento. Pero en los autos de la causa del Toison se hablaba del mismo asunto, segun vi en las sesiones del Jurado de Milan; y constaba por los documentos que se leyeron que la niña violada era positivamente del pueblo navarro de Vallibona. Asi pues tenemos ya otro dato histórico de alta importancia, que confirma las costumbres del representante del Altar y el Trono.

2.º Los datos que Boet me dió sobre el Sr. Dorregaray me han valido muchas observaciones y reclamaciones, asegurándome varias personas que Boet me habia engañado, al negarme la traicion de aquel caudillo, ó que no sabia la verdad. Un jefe cabrerista me aseguró que el Sr. Oliver, jefe de Estado Mayor de Dorregaray, no se escondia de decir poco antes ó poco despues de la proclamacion de Sagunto, que se pasarían á D. Alfonso, así que tuviesen lugar. No niego, ni confirmo, ya que se trata de un caballero de quien no se ocupó Boet en sus conversaciones conmigo. Dire tan solo que las opiniones politicas de un jefe de E. M. no envuelven siempre las de su general.

Se me aseguró por quien puede saberlo que el gobierno alfonsino estuvo en tratos con Dorregaray en Cataluña por conducto del señor Vilaseca, vice presidente de la Comision provincial de la Diputacion de Barcelona. Me parece muy posible, porque lo mismo pasó en el Centro, por medio de otras personas, segun revelaciones de Boet. Aquella persona me decia que Dorregaray consumió su traicion en Cataluña, y que consistió en no socorrer á la Seo de Urgel, en combinacion con Castells. Sobre este punto debo manifestar dos cosas muy importantes, y son que jamás los carlistas han acusado á Dorregaray de haberles engañado en Cataluña, sino en el Centro; por cuya razon la causa que se le formó en el Norte versaba sobre su retirada del Centro, y no sobre sus operaciones de Cataluña; y que el motivo de no haber Dorregaray secundado á Castells, lo explica claramente Boet en la Carta de Maulleu. No es extraño que este no me diese mas detalles sobre las operaciones de Dorregaray en Cataluña, por no haberle visto mas desde que se separaron, al entrar en la provincia de Lérida; ni haber sabido nada particular de él. Asi pues todo demuestra que el juicio que el Sr. Boet formó ante mí de la conducta de Dorregaray era bastante fundado.

Asegurábame siempre Boet que gran parte de la inquina del Pre-

tendiente contra Dorregaray dimanaba de la cuestión monjil, de que ya he hablado; y como sé que algunos lectores le han atribuido a malicia mía, debo manifestar que el hecho es cierto en todas sus partes. Tratándose de una monja que todavía vive y de un hombre casado como Dorregaray, yo no puedo referir todos los detalles que el señor Boet me dió del suceso, pero contaré algunos, todo declarando que el resto prueba que dicha monja es una señora de gran corazón; y Dorregaray un cumplido caballero.

D. Carlos solía oír misa en un convento de monjas enseñantes de Estella, y terminada, iba á tomar chocolate dentro de él, en compañía de su corte, y de Dorregaray, cuando este se hallaba allí. Todas las monjas salían á obsequiarle, acompañadas de la superiora, y sino siempre, muchas veces, despues del chocolate, una monja tocaba una guitarra, y D. Carlos y su corte bailaban con las demás monjas, á la vista de la superiora que se reducía á decir textualmente: *Vamos vamos; así se reza; así nos encomendamos á Dios.*

El Pretendiente pues se enamoró vivamente de una de esas monjas, que era de una hermosura preciosa; y aprovechaba todas las ocasiones para solicitarla. Pero la monja le rechazó con energía, negándose á los más leves favores que D. Carlos le pedia. Entonces imaginó este que era desdeñado porque la monja se había enamorado con vehemente pasión de Dorregaray, y que este la correspondía, y fueron tales los celos que tuvo, que de ellos provino la mayor parte de su odio. Nada mas puedo decir de este particular, aunque se lo restante. Añadiré tan solo que fueron tales los escándalos que con tal motivo promovió D. Carlos en el convento, que se dió orden á la superiora de cerrarle terminantemente las puertas, y vigilar con todo cuidado á la monja, lo cual fué hecho con gran detrimento de esta pobre desgraciada, que llegó á punto de perder la vida ó el juicio. Creo que esta señora aun vive, aunque no lo sé de cierto. Por lo demás terminaré diciendo sobre el capitulo de Dorregaray que la obstinada emigracion de este, que aun dura, parece confirmar su inocencia de la traicion que le atribuyen, pues careciendo de recursos, vive en la pobreza mas angustiada, segun es público y notorio.

3.º En las escenas de Manlleu debo hacer una rectificacion curiosa que me contó D. Leon Fontova, primer actor del *Teatro Catalan* de Barcelona. Parece que la compañía de cómicos que allí habia era de aficionados de la misma villa, y que con motivo de estar veraneando en el mismo sitio dicho señor, Saballs le obligó á que dirigiese la representacion de una obra del *Teatro Catalan*. Me dijo el Sr. Fontova que no es cierto que la sala del teatro se convirtiese en un café, donde los carlistas bebían, mientras se representaba, pues aquellos asistieron á la representacion, como se hace siempre. La obra representada fué *las Jajas de la Róser*, y dice que fue tal el entusiasmo con que Saballs la escuchó, que en cierto momento dió una gran voz al actor, invitándole á invadir á Francia á mano armada, lo cual se explica por la profunda antipatia que Saballs tiene á



los franceses. Fontova habló allí con el Sr. Boet, de cuya figura todavía está prendado, y cuya fisonomía y carácter recuerda perfectamente.

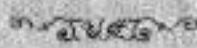
Sobre el episodio del teatro debo manifestar que era tan confusa la memoria que Boet tenía de él, que hasta dudaba de que hubiese llegado á representarse nada, en términos que desde la cárcel me escribió una carta rogándome que no me comprometiese, asegurándome. La imagen que mejor conservaba era la de las escenas del café; lo cual chocaba con la rectificación del Sr. Fontova. Pero este mismo me dió la solución diciéndome que á la entrada de la sala del teatro había un café, y hé aquí la causa del error de Boet, quien perdida la memoria de los detalles, confundía el teatro con el café. Por lo demás el Sr. Fontova me confirmó la grande irritación que había entre los carlistas contra Saballs por no socorrer á la Seo.

4.º En una de las Cartas del último tomo se habla del brigadier carlista del Norte D. Carlos Calderon. Boet lo pinta como á un héroe de la defensa de Montejurra, aunque me advirtió que no había presenciado las hazañas que le contaron; y como á un cumplido caballero, á quien D. Carlos dejó acusar y aun acusó de traidor á su causa, por haber entregado aquellas posiciones sin resistencia. He conocido al Sr. Calderon en el Tribunal de Milan, y puedo asegurar que lejos de ser un caballero, es uno de los calaverones más vulgares, groseros, impertinentes, cínicos y hediondos que en mi vida he visto. No sé como Boet me habló de semejante canalla como de un hombre de honor. Basta saber que además de las embusterías que dijo en el tribunal, las cuales le valieron el más profundo desprecio de todos los espectadores; en la sala de testigos ofendió de tal modo el pudor de la señorita Gigola, que uno de los testigos de D. Carlos, Mr. Viollet de Tours, confesó que entonces había comprendido que el robo del Toison había sido una farsa de D. Carlos y su corte, y que sentía tanto haberse dejado engañar por semejantes infames. Téngase presente que Mr. Viollet es uno de los más antiguos y calurosos partidarios del conde de Chambord.

Respecto á la conducta de Calderon en Montejurra afirmaron muchos oficiales liberales que aquel tipo había vendido la posición, pues no hizo nada de lo que le contaron á Boet de haberla defendido por sí solo á sablazos de una columna de asalto. Sin embargo parece que tampoco hizo traición, y que las cosas pasaron del siguiente modo. Atacado Montejurra, los carlistas huyeron, despeñándose por aquellos barrancos, y dejando á Calderon, que no supo contenerlos; y al verse este perdido, salió al encuentro de los liberales y agitó un pañuelo blanco para que conocieran que entregaba la fortaleza. Algunos soldados querían matarlo, pero contenidos por sus oficiales, D. Carlos Calderon salvó su vida. Esta es la historia de aquel suceso, tal como posteriormente la he averiguado en España.

Podría completar este *apéndice*, aprovechando la lectura que hice de los papeles carlistas de Boet durante la prisión de este, que me

los confió al ser detenido. Pero como no estoy autorizado para decir muchas cosas interesantísimas, habría de callarme lo más importante, aunque tuviese importancia todo lo que dijese. Los papeles de Boet son un arsenal precioso: correspondencias de generales, de políticos, sacerdotes, canónigos y obispos; listas de los comités de las principales ciudades; relación de intrigas políticas; secretos de estado, órdenes, preparativos, he aquí la materia de que están llenos. Otros dos tomos se necesitarían para resumir aquellas preciosidades. Baste decir que aunque el carlismo haya sucumbido en Milan el tradicionalismo todavía es muy temible.



## INDICE.

	<u>Pag.</u>
CARTA XLIII.—Aspecto político de la alta montaña..	3
CARTA XLIV.—El cabecilla Saballs..	10
CARTA XLV.—Opiniones de Saballs . . . . .	18
CARTA XLVI.—Revelaciones de Saballs..	24
CARTA XLVII.—Escenas carlistas. . . . .	31
CARTA XLVIII.—Escenas de Manlleu. . . . .	39
CARTA XLIX.—Retirada de Cataluña..	46
CARTA L.—Regreso al Norte..	51
CARTA LI.—El progreso de Dorregaray . . . . .	61
CARTA LII.—El fotógrafo de Durango..	69
CARTA LIII.—Las velas de sebo..	76
CARTA LIV.—El lobo de D. Carlos..	81
CARTA LV.—Fin de la guerra y principio de la emi- gracion. . . . .	89
CARTA LVI.—Mis proyectos. . . . .	98
CARTA LVII.—Conversacion con D. <sup>a</sup> Margarita. . . .	106
CARTA LVIII.—La sociedad ante D. Carlos..	112
CARTA LIX.—Las señas de Juanito. . . . .	119
CARTA LX.—Las contrariedades de D. <sup>a</sup> Margarita. .	126
CARTA LXI.—D. Jaime Matamoscas y D. <sup>a</sup> Petrucelli della Gattina. . . . .	133
CARTA LXII.—El general Fortun . . . . .	140
CARTA LXIII.—El dia de Carlistas. . . . .	148
CARTA LXIV.—Una comida en casa de D. Carlos..	155
CARTA LXV.—Un milagro Carlista..	162
CARTA LXVI.—El duque de Madrid. . . . .	169
CARTA LXVII.—D. Carlos, Castells y Dorregaray..	175
CARTA LXVIII.—El carlismo ante D. Carlos. . . . .	182



CARTA LXXIX.—Carlos Calderon y Rosa Samaniego. . . . .	189
CARTA LXX.—Revelaciones. . . . .	199
CARTA LXXI.—D. <sup>a</sup> Maria de las Nieves. . . . .	206
CARTA LXXII.—Las conversaciones de Gratz. . . . .	215
CARTA LXXIII.—El cojo de Frhosdorff. . . . .	223
CARTA LXXIV.—Viaje á Londres. . . . .	230
CARTA LXXV.—D. Carlos en Inglaterra. . . . .	238
CARTA LXXVI.—D. Carlos en Italia. . . . .	246
CARTA LXXVII.—Impresiones de don Carlos en	
Italia. . . . .	253
CARTA LXXVIII.—En Grecia y Turquía. . . . .	259
CARTA LXXIX.—D. Carlos envenenado por los Je-	
suitas. . . . .	268
CARTA LXXX.—El despotismo en Rusia. . . . .	277
CARTA LXXXI.—El Marqués de Logroño y una gitana	
princesa y virgen. . . . .	285
CARTA LXXXII Y ÚLTIMA.—Las aventuras de Viena y	
Rumanía. . . . .	296
APÉNDICE.—Observaciones, pruebas y rectificaciones. . . . .	305

FIN DEL TOMO SEGUNDO.



LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHYSICS DEPARTMENT

5720 S. UNIVERSITY AVENUE

CHICAGO, ILL.

PHYSICS DEPARTMENT

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CHICAGO



Esta obra se vende en Barcelona en la Administración de El Diluvio, Plaza Real, 7, bajos, y en la librería de Inocencio Lopez, Rambla del Centro, al precio de 12 rs. el tomo. Puede tomarse también el tomo por cuadernos de más de 100 páginas, al precio de 4 rs. cuaderno, por semana ó quincena, á voluntad del comprador. Todo el tomo está dividido en tres cuadernos.

En América fijan el precio los corresponsales.

Los pedidos deben dirigirse á la Administración de El Diluvio.

El Tomo 2.º y último está en prensa y saldrá antes de fin de año.

---

## OBRAS DEL MISMO AUTOR.

---

### EL REY DE LOS CARLISTAS.

D. Carlos, el Toison y el general Boet.

2.ª EDICION.

En esta colección, que es célebre ya en Europa, por haber sido traducida á casi todas las lenguas europeas, están contenidas las revelaciones que el general Boet hizo al autor en Milan sobre el robo del Toison y los vicios de D. Carlos. Es obra indispensable para la completa inteligencia de la anterior y del proceso de Milan.

Forma un tomo en 8.º de 120 páginas de letra clara y compacta y se vende en los mismos puntos al precio de 4 rs.

---

## LAS PASIONES DE LA MUGER.

---

### HISTORIA DE LA MUGER,

DESDE LA INFANCIA HASTA LA SENECTUD

CON SUS SECRETOS, SUS ARRANQUES, DEBILIDADES, ETC., Y UN  
TRATADO SOBRE EL MODO DE ESTUDIARLA EN TODAS LAS ÉPOCAS  
DE SU VIDA.

Consta la obra de 137 entregas y se vende completa al precio de 68 rs. en los mismos puntos donde se vende el presente tomo.



